MARTIN AMIS

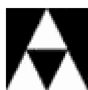
Experiencia



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EXPERIENCIA

MARTIN AMIS



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Experience

Edición en formato digital: noviembre de 2021

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4368-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Isabel Fonseca

AGRADECIMIENTOS

El autor y los editores agradecen la autorización para reproducir pasajes de las siguientes obras:

Kingslsey Amis: *The Amis Collection* (Hutchinson, 1991), *Ending Up* (Jonathan Cape, 1974), *Girl 20* (Jonathan Cape, 1971), *I Want it Now* (Jonathan Cape, 1968), *Jake's Things* (Hutchinson, 1978), *Memoirs* (Century Hutchinson, 1991), *The Old Devils* (Hutchinson, 1986), *Stanley and the Women* (Hutchinson, 1984), «What Became of Jane Austen?» de *The Amis Collection* (Hutchinson, 1991), reproducido con permiso de The Random House Group Limited, *The Anti-Death League* (Victor Gollancz, 1966), *Lucky Jim* (Victor Gollancz, 1954), *One Fat Englishman* (Victor Gollancz, 1963), *Take a Girl Like You* (Victor Gollancz, 1960), *That Uncertain Feeling* (Victor Gollancz), reproducidos con permiso de The Orion Publishing Group, *The Biographer's Moustache* (1995), *The King's English* (1997), reproducido con permiso de HarperCollins Publishers Ltd, «A Bookshop Idyll» (1956), «A Chromatic Passing-Note» (© 1967), «A Dream of Fair Women» (1956), «A. E. H.» (© 1967), «The Huge Artifice» (© 1967), *I Like It Here* (© 1958), «*In Memoriam*: W. R. A.» (© 1967), «Ode to Me» (© 1979), «Real and Made-Up People» (© 1973), «Something Does Not Work in My Car» (© 1962), «Wasted» (© 1979), «Ye WearieWayfarer» (© 2000), reproducido con permiso de Jonathan Clowes Ltd, de parte de los herederos literarios de Sir Kingsley Amis; Saul Bellow: «A Silver Dish» de *Him With His Foot in His Mouth* (Secker & Warburg), *More Die of Heartbreak* (Secker & Warburg), con permiso de The Random House Group Limited, *Ravelstein* (Londres, 2000), © 2000, reproducido con permiso de Penguin Books Ltd; Jorge Luis Borges: «The Circular Ruins» de *Labyrinths: Selected Stories and Other Writings*, editado por Donals A. Yates y James E. Irby, traducido por James E. Irby, con permiso de New Directions Publishing Corporation: C. Day Lewis: «At Lemmons» de *The Complet Poems* (Sinclair-Stevenson, 1992), copyright © 1992 en esta edición y herederos de C. Day Lewis; Don DeLillo: Underwold (Picador, 1998), con permiso de Macmillan Publishers Ltd; George Macdonald Fraser: *The Flashman Papers Volume III: Flash For Freedom*, con permiso de HarperCollins Publishers Ltd; Christopher Hitchens: «On Not Knowing the Half of It» de *Prepared for the Worst*,

reproducido con permiso de The Wylie Agency; Eric Jacobs: *Kingsley Amis: A Biography*, reproducido con permiso de Hodder & Stoughton Limited; James Joyce: «A Prayer» de *Poems Penyeach*, reproducido con permiso de los herederos de James Joyce — © Herederos de James Joyce; Frank Kafka: «A Fasting-Artist» de *Stories 1904-1924*, traducido por J. A. Underwood, reproducido con permiso de Little, Brown and Company; Philip Larkin: «Aubade», «The Building», «A Letter to a Friend About Girls», «Livings», «Money», «The Old Fools», *The Selected Letters of Philip Larkin*, «Self's the Man», «This Be the Verse», «The Trees», reproducido con permiso de Faber & Faber; Vladimir Nabokov: *The Eye, The Nabokov-Wilson Letters 1940-1971*, editado por Simon Karlinsky, *Lolita, Pale Fire, Speak Memory, Strong Opinions*, publicado por Weidenfeld and Nicolson, reproducido con permiso de The Orion Publishing Group Ltd; Siegfried Sassoon: «Everybody Sang», copyright Siegfried Sassoon, con permiso de George Sassoon.

Si bien ha llevado mucho tiempo y esfuerzo obtener los permisos de los propietarios de los derechos, los editores piden disculpas por cualquier omisión, y con gusto la subsanación en futuras ediciones.

PRIMERA PARTE

ANTES DEL DESPERTAR

INTRODUCCIÓN: LOS QUE ME FALTAN

—Papá…

Era mi hijo mayor, Louis, que entonces tenía once años.

—¿Sí?

Mi padre habría dicho: «*Siiiíí*?», con una suerte de bajada en picado del tono, indicando una ligera pero invariable irritación. Una vez le pregunté por qué reaccionaba así, y él dijo:

—Bueno, estoy contigo, ¿no?

Para él, el interludio entre «Papá» y «¿Sí?» era una clara redundancia, porque estábamos juntos en la misma habitación y se suponía que teníamos algún tipo de conversación, por desganada (y poco estimulante, desde su punto de vista) que fuera. Yo le entendía lo que me decía, pero al cabo de unos minutos me sorprendía a mí mismo diciendo:

—Papá…

Y hacía acopio de toda mi presencia de ánimo para escucharle un «¿Sí?» especialmente vehemente. No perdí este hábito hasta la adolescencia. Los niños necesitan cierto compás de espera que les asegure la atención de aquellos con quienes hablan mientras su pensamiento va tomando forma.

Lo que sigue es de *Me gusta estar aquí* (1958), tercera —y más ceñida a la vida cotidiana— novela de Kingsley Amis:[1]

> —Papá.
>
> —¿Sí?
>
> —¿Cómo es de grande el barco que nos va a llevar a Portugal?
>
> —No lo sé exactamente. Bastante grande, diría yo.
>
> —¿Tan grande como una orca?
>
> —¿Qué? Oh, sí, fácilmente.
>
> —¿Tan grande como una ballena azul?
>
> —Sí, claro. Tan grande como cualquier tipo de ballena.
>
> —¿Más grande?

—Sí, mucho más grande.

—¿Cuánto más grande?

—Qué diablos te importa cuánto más grande. Más grande: es todo lo que puedo decirte.

Hay una pausa, y la conversación continúa:

—… Papá.

—¿Sí?

—Si dos tigres atacan a una ballena azul, ¿podrían matarla?

—Eso no podría darse nunca, ¿entiendes? Si la ballena está en el mar los tigres se ahogarían enseguida, y si la ballena estuviera…

—Pero supón que de todas formas la atacan…

—Oh, Dios… Bueno, supongo que los tigres acabarían matándola, pero les llevaría mucho tiempo.

—¿Y cuánto tiempo le llevaría a un solo tigre?

—Pues mucho más. Bien, no voy a seguir contestando a más preguntas sobre ballenas o tigres.

—Papá.

—Oh, ¿qué quieres ahora, David? —Si dos serpientes de mar…

Cuán bien recuerdo aquellas charlas. Eran enormemente estimulantes. Pero mis tigres no eran tigres comunes y corrientes: eran tigres con colmillos como sables. Y los enfrentamientos agonísticos que concebía eran bastante más complicados de lo que *Me gusta estar aquí* permite imaginar. Si dos boas constrictor, cuatro barracudas, tres anacondas y un pulpo gigantesco… Calculo que entonces debía de tener unos cinco o seis años.

Ahora, al mirar atrás, veo que tales preguntas quizá rozaban de algún modo los miedos más profundos de mi padre. Kingsley, que se negaba a conducir y a volar, que a duras penas podía viajar solo en autobús o en tren o quedarse solo en un ascensor (o en una casa después del anochecer), no era lo que se dice un entusiasta de los barcos —o de las serpientes marinas—. Además, no quería ir a Portugal, ni a ninguna otra parte. El viaje le venía impuesto por las bases del Premio Somerset Maugham; una «orden de deportación», la llamó en una carta a Philip Larkin («forzado a ir al extranjero, jodidamente *forzado*, amigo mío»). Ganó el premio por su novela *Lucky Jim*, publicada en 1954. Veinte años después, a mí también me sería concedido este galardón.

El libro de Rachel apareció a mediados de noviembre de 1973. La noche del 27 de diciembre del mismo año, a mi prima Lucy

Partington, que vivía con su madre en Gloucestershire, la llevaron en coche a Cheltenham a visitar a su vieja amiga Helen Render. Lucy y Helen pasaron la tarde charlando sobre su futuro; habían redactado juntas sendas solicitudes al Courtauld Institute de Londres, donde Lucy quería seguir estudiando arte medieval. Se despidieron a las diez y cuarto de la noche. Se tardaban tres minutos hasta la parada de autobús. Lucy no echó la carta al buzón, ni montó en ningún autobús. Tenía veintiún años. Y habrían de pasar otros veintiún años para que el mundo supiera lo que había sido de ella.

—Papá.

—¿Sí?

Louis y yo íbamos en el coche (escenario de tantas transacciones paternales al cabo de cierto tiempo, cuando tus Años de Conductor empiezan a hacérsete eternos como una autopista).

—Si dejaras de ser famoso y no cambiara nada más que dejar de serlo, ¿seguirías queriendo ser famoso?

Una pregunta muy bien formulada, pensé. Él sabía que la fama era un subproducto necesario del hecho de ganar lectores. Pero, aparte de eso, ¿qué era? La fama es una mercancía sin valor. A veces puede conseguirte un trato especial, si es eso lo que te interesa. Pero también te deparará una mucho mayor y más notoria curiosidad hostil. A mí eso no me importa, pero yo soy un caso especial. Lo que tiende a singularizarme en relación con la fama tiende también a habituarme a ella. En una palabra: el apellido Kingsley.

—No creo —le respondí.

—¿Por qué?

—Porque la fama es mala para la cabeza.

Se quedó pensativo, asimilando lo que le había dicho mientras asentía con la cabeza.[2]

Antes solía decirse que todos llevamos un novelista dentro. Y yo me lo creía; y sigo creyéndolo en cierto modo. Si eres novelista tienes que creerlo, porque forma parte de tu trabajo: pasas mucho tiempo escribiendo las ficciones que otra gente lleva dentro.[3] Es ahora, sin embargo, en 1999, cuando uno se ve quizá forzado a poner en duda la afirmación de partida: lo que todo el mundo lleva dentro, actualmente, no es una novela sino unas memorias.

Vivimos en la era de locuacidad de masas. Todos escribimos algo, o al menos hablamos de ello: memorias, apologías, currículum vitae, apasionados ruegos o protestas. Pero nada, por ahora, puede competir con la experiencia —tan irrefutablemente auténtica, tan pródiga y democráticamente dispensada—. La experiencia es la única cosa que compartimos por igual (es algo que todo el mundo siente). Estamos

rodeados de casos especiales, de alegatos especiales…, e inmersos en una atmósfera de celebridad universal.[4] Yo soy un novelista, y mi oficio me ha enseñado a utilizar la experiencia para otros fines. ¿Por qué habría, pues, de contar la historia de mi vida?

Lo hago porque mi padre ya ha muerto, y porque siempre he sabido que algún día tendría que honrar su memoria. Era escritor y yo soy escritor; y siento como un deber el relatar nuestro caso: una curiosidad literaria que al tiempo es un ejemplo más del binomio «padre e hijo». Ello va a implicar que en ocasiones me entregue a ciertos hábitos feos: citar nombres importantes será uno de ellos. Pero he estado complaciéndome en tal hábito, en cierto modo, desde la primera vez que dije «papi».

Lo hago porque siento las mismas inquietudes que cualquiera. Quiero dejar las cosas claras (mucho de lo que voy a contar es *ya* de dominio público), y hablar, por una vez, sin artificios. Aunque no sin formalismos. El problema de la vida (siente el novelista) reside en su calidad de informe, en su fluidez ridícula. Mírenla: sin apenas trama, casi sin tema, sentimental, ineluctablemente manida. El diálogo es pobre; o violentamente irregular, al menos. Los sesgos son o predecibles o sensacionalistas. Y siempre tiene el mismo principio, y el mismo final… Mis criterios organizativos, por tanto, nacen de un apremio interior, y de la adicción del novelista a ver paralelismos y crear nexos. El método, amén de la utilización de las notas a pie de página (a fin de respetar el pensamiento colateral), debería ofrecer una clara visión de la geografía mental del escritor. Si el efecto, a veces, resulta de *staccato*, o tangencial, o de «detenciones y avances», etc., sólo me cabe decir que así se ven las cosas de este lado de mi mesa.

Y lo hago —escribir la historia de mi vida— porque me ha venido como impuesto. He visto lo que acaso ningún escritor debería ver jamás: el lugar de mi inconsciente donde nacen mis novelas. No habría podido dar con él sin ayuda. Pero la he tenido. He leído acerca de ello en los periódicos…

Alguien ya no está aquí. La figura mediadora, el padre, el hombre que está entre el hijo y la muerte, ya no está; y ya nada volverá a ser lo mismo. Mi padre falta. Pero sé que es normal: todo lo que vive ha de morir, pasar de la naturaleza a la eternidad. Mi padre perdió a su padre, y mis hijos perderán al suyo, y sus hijos (y éste es un pensamiento inmensamente doloroso) les perderán a ellos.

En el anaquel que hay junto a mi mesa tengo un pequeño portarretratos de dos hojas con dos fotografías. Una es en blanco y negro y de tamaño pasaporte: muestra a una colegiala con jersey de pico, camisa y corbata. Lleva el largo pelo castaño peinado con raya

en medio, y gafas, y esboza tenuemente una sonrisa. Sobre su cabeza ha escrito, con mayúsculas: «Alienígena indeseable». Es Lucy Partington… La segunda fotografía es en color, y en ella se ve a una niña pequeña con un vestido oscuro de flores, con bordado de nido de abeja en el pecho, mangas cortas y abombadas y ribetes rosas. Tiene un hermoso pelo rubio. Su sonrisa es recatada: contenta, pero apaciblemente contenta. Es Delilah Seale.

Las fotografías están juntas, y durante casi veinte años las personas a quienes representan han vivido también juntas en la trastienda de mi mente. Porque son, o eran, quienes me faltaban.

CARTA ESCOLAR

Sussex Tutors
55 Marine Parade
Brighton, Sussex
23 de octubre [1967]

Queridísimos papá y Jane:[5]

Gracias mil por vuestra carta. Al parecer estamos trabajando todos como putos locos. Yo parezco pasar de la más férrea confianza en mí mismo a la depresión más gemebunda. En literatura inglesa voy muy bien, pero el latín se me antoja difícil, tedioso, minuciosamente poco gratificante. Sería horrible que me jodiera el examen de ingreso en Oxford. Le dedico unas dos o tres horas al día, pero siento que adolezco de una penosa falta de conocimientos básicos (no he sido uno de esos pequeños gilipollas que entonaban «amo, amas, amat» desde que tenían dieciocho meses). En fin, el texto obligatorio (la *Eneida*, tomo II) es espléndido, y si logro ir desentrañándolo con el suficiente rigor no debería tener ningún problema en el examen.

El señor Ardagh sostiene que lo mejor para el ingreso en Oxford es escoger a unos seis autores y conocerlos al dedillo, y no perder el tiempo sabiendo un poco de todo el mundo. Y he elegido a Shakespeare; a Donne y Marvell, a Coleridge y Keats; a Jane Austen; a [Wilfred] Owen; a Greene; y posiblemente también al viejo Yeats. Disfruto con la literatura inglesa, pero debo confesar que paso por períodos en que me muero de ganas de hacer algo diferente. La perspectiva de enseñar ha perdido su atractivo porque significa que tendré que seguir lidiando con el mismo *tipo* de asunto durante los próximos cuatro años, y sin demasiado tiempo de descanso. Espero que no penséis que me estoy echando atrás en lo de la literatura inglesa, porque ardo de deseos de leer y leer de forma insaciable. En los últimos días que he pasado en Londres he leído *Middlemarch* (en

tres días), *El proceso* (Kafka es un jodido loco), en un día, y *El revés de la trama* en otro, e incluso aquí me las arreglo para leer un par de novelas a la semana (además de montones de poesía). Sólo que estoy un poco harto de centrarme en las mismas ideas todo el santo día, y no creo que sea algo que una arenga paterna, o de la mujer de mi padre, pueda arreglarlo. Siento ser un pelmazo, y seguramente sólo se trata de una etapa (puede que tenga que ver incluso con la formación del carácter, quién sabe).

Me ha parecido muy propio de tu integridad, Jane, advertirme de las deficiencias (sic) de Nashville.[6] Por mucho que me muera de ganas de veros a ambos, no parece que tenga mucho sentido que me ponga a devanarme los sesos o a hacer encaje de bolillos (seguro que Jane puede traducir *esto* a una de sus delirantes metáforas mezcladas) para poder escabullirme dos o tres semanas. Es posible que me llamen de Oxford para una entrevista *tan tarde* como el 20 de diciembre, y que las diversas contestaciones empiecen a llegarme *tan pronto* como el 1 de enero. Ello, sumado al terrible argumento disuasorio de la *infame* televisión norteamericana, me desaconseja, me temo, viajar a esas tierras. Es una pena, porque me encantaría de veras veros a los dos.

Veo al joven Bruce[7] a menudo, pero no con la suficiente regularidad, al parecer, para que consiga tener las reservas necesarias de croquetas de pescado para mis visitas. Sin embargo, parece en buena forma… Como era previsible, esta última palabra[8] ha sido como una campana que me impele a volver a la traducción de latín sin diccionario, el análisis sintáctico y otras nimiedades por el estilo…

Por favor, escribidme rápido; os echo enormemente de menos.

Con todo mi amor, besos

Mart

Posdata: Transmitidle mis más cordiales saludos a Karen — que, según la recuerdo, debe de medir ya unos tres metros.

Posposdata: Retrospectivamente (sic), *Middlemarch* me parece JODIDAMENTE buena (Jane Austen + pasión + dimensión). Espléndida.

Con amor,

Mart

RANGO

Lo de Karen y su altura de unos tres metros se refería al hecho de que yo medía entonces uno cincuenta y ocho (y me quedaban por crecer tan sólo unos diez centímetros). Todo el mundo me decía una y otra vez: «Darás el estirón de repente», y yo, tras esperar cierto tiempo, le decía una y otra vez a todo el mundo: «¿Qué diablos es eso de que iba a dar el estirón de repente? *No me ha sucedido.*» Me importaba ser bajo, más que nada, porque me parecía que el hecho de serlo dejaba fuera de mi alcance a la mitad de las mujeres. Cuando era más pequeño y más bajo tuve una amiga que medía como uno ochenta y cinco. Teníamos un acuerdo tácito: jamás estábamos de pie al mismo tiempo. Y jamás salíamos juntos. Aparte de eso, fue una relación bastante normal, salvo en otro aspecto peculiar: cuando nos metíamos en la cama nunca llegábamos realmente a «meternos en harina», porque mis pies no le llegaban a Alison más que hasta la cintura.

Sería estupendo poder decir que no «pido disculpas» por mis cartas de los primeros tiempos, que —como se verá— irán salpicando la primera parte de este libro. Pero sí, las pido: pido vehementes disculpas por ellas. Cada vez se hacen peores. Todo se hace cada vez peor. Estoy muy, muy compungido al respecto. Las trabajosas perífrasis, las pullas «chistosas»…, ésas incluso las puedo perdonar. Mi descalificación de Kafka es ridícula,[9] y sólo en parte es compensada por la más o menos certera justicia que se hace en la pos-posdata (¿en qué estaría pensando cuando escribí ese «retrospectivamente»). Pero al menos ahí me reconozco a mí mismo. Las otras partes de la carta, sin embargo, parecen escritas por un extraño: me refiero a su tono de mimada intolerancia, a su estupidez política. Me repelen los clichés mentales, las formulaciones no meditadas, de rebaño. Y aún hay algo más. Algo de lo que supongo me ocuparé más tarde.

Cuando llegué a Sussex Tutors, a finales de 1967, sólo tenía dieciocho años y estaba saliendo de una hondísima melancolía adolescente. Ya saben a lo que me refiero: me llevaba un día entero trasladar un calcetín de un extremo a otro del cuarto. Y eso en los días buenos. El letargo no era sólo físico. Tenía dieciocho años y estaba tardando dos años en sacar adelante cada materia de secundaria. Pero

me consolaba el hecho de que parecía tener talento para el idioma. Me presenté a segundo de secundaria de inglés bastante precozmente, a los quince o dieciséis años. Y a pesar de caerme por las escaleras delante de trescientos jovenzuelos —la mitad de ellos chicas— camino del aula del examen, salí de ésta muy contento. Las dificultades que normalmente se asociaban al segundo de secundaria, me dije a mí mismo, se habían exagerado mucho. «¡Martin!», había gritado mi madre desde el pie de la escalera, estando yo dormido en mi cama una mañana en la casa de Fulham Road. Mi madre normalmente me llamaba «Mart». El nombre completo, Martin, significaba siempre… «¡Has *suspendido*!» Ni siquiera había sacado un mero «insuficiente», sino un «muy deficiente».

El problema residía en que no me gustaba estudiar porque carecía de poder de concentración. La *concentración* era una fortaleza que jamás se me había ocurrido escalar; y recuerdo que en clase me pasaba las horas muertas con la boca abierta, sin un solo pensamiento en la cabeza. No me gustaba estudiar. Lo que me gustaba era hacer novillos e irme por ahí con mi amigo Rob, y apostar en las casas de apuestas (no en las carreras de caballos, sino en las de galgos), y pasearnos de un lado a otro de King’s Road con pantalones ajustados y mugrientos fulares de seda, y frecuentar un café llamado Picasso y fumar *hash* (a ocho libras la onza, entonces), e intentar ligar. Una vez dije:

—Vamos a King’s Road.

Rob miró para otro lado. Aquí convendría hacer constar que Rob tenía y tiene mi estatura.

—Venga. ¿Qué te pasa? Vamos a ligar un poco.

—¿Dónde? ¿En el Picasso?

—Sí, en el Picasso.

—No soporto el Picasso. Casi no soporto ni mi propio cuarto.

Como de costumbre, estábamos *fumados* y en un estado de paranoia clínica.

—¿Qué pasa con el Picasso? Está bien, pues no vamos al Picasso. Vamos a ligar a otra parte.

—¿Adónde?

—Pues… a ese otro sitio. Más allá del Picasso.

—Pero acabaremos en el Picasso.

—No vamos a ir al Picasso.

—Me siento siempre tan pequeño en el Picasso…

—Yo también. Por eso no vamos a intentar ligar en el Picasso. Venga, vamos.

—Está bien. Pero no quiero acabar sintiéndome un pigmeo por intentar ligar en el Picasso.

Y eso es lo que acabábamos haciendo. Y nos pasamos así trimestres y trimestres: preguntándonos si iríamos o no al Picasso. Poco después, y muy fugazmente, Rob y yo entramos en el mundo de las debutantes. Al principio nos pareció estupendo, pero nos teníamos que ver las caras con las gigantas de la alta burguesía. Las mujeres habían sido «alargadas» por siglos de fastuosos banquetes, lo mismo que los varones, y mi amigo y yo pronto tuvimos la impresión de que, al deambular por los salones, íbamos pasando por entre las piernas de todos los presentes.

Sussex Tutors era el final del camino: mi última oportunidad. Hasta yo sabía eso. Mi enseñanza secundaria hacía aguas por todas partes. Había pasado por el Bishopgore Grammar, en Swansea; el Cambridgeshire High School for Boys, en la capital de ese condado; el International School de Palma de Mallorca y el Sir Walter St John's, en el sur de Londres. Y luego, tras los Grammar Schools, los colegios intensivos, instituciones privadas supuestamente especializadas en remediar los fracasos escolares de los vástagos de unos itinerantes y desorganizados pero siempre solventes padres. Sussex Tutors era uno de esos colegios. Un *internado*. Y se dedicaba a los casos límite. Yo necesitaba aprobar cuatro o cinco materias más de primero de secundaria (incluido el latín, que habría de empezar más o menos desde cero), y tres de segundo, con notas lo bastante buenas para permitirme presentarme al examen de ingreso en Oxford en diciembre próximo. Tenía un año para lograrlo.

Y la cosa había funcionado. Había trabajado duro. La ciudad se hallaba desplegada en una serie de hileras en torno a un único escenario: el mar. Y Sussex Tutors, una especie de conejera destartalada que parecía todo ático, se alzaba sobre un acantilado urbanizado que daba al muelle y a una playa de guijarros donde rompían las olas con ruido y espuma. Se decía que el edificio había sido en tiempos un asilo de ancianos. Contiguo a él había una residencia de ancianos, y a su alrededor varias más. El mismo Brighton era una residencia de ancianos, y en los días cálidos la gente de la tercera edad salía o era sacada en silla de ruedas a las terrazas y azoteas protegidas por barandillas; filas y filas de cabellos de algodón de azúcar y rostros vagos, pecosos, vueltos hacia lo alto, disfrutando del sol y del viento invariablemente bárbaro. También yo me sentía como un convaleciente, tras los esfuerzos oscuros y totalmente pasivos de la adolescencia: los dolores de cabeza, los mareos, el dolor de huesos. Cuando llegué a Sussex Tutors estaba enamorado: mi primer amor. Vino, se quedó en mí, se fue. Después de haberme llenado, me dejó vacío. Quería volver a enamorarme, y, por supuesto, todo instante que me dejaba libre el estudio lo dedicaba a tratar de que tal cosa pudiera sucederme: vagando, mirando, ruborizándome,

anhelando, esperando. Pero ahora al menos estaba enamorado de la literatura —de la poesía, en especial—. Leía poesía durante días enteros. Mira por la ventana, me decía: hay gaviotas en el cielo y yo me siento triste. Leía poesía y escribía poesía. Cultivaba el espíritu. ¿Estaba, por tanto, mejorándome?

El héroe de diecinueve años de mi primera novela era descrito en una crítica como «una criatura a un tiempo dorada y repulsiva». Acepto esa descripción, para mi héroe y para mí mismo. Yo era un nuevo Osric («*Hamlet*… [*Al lado de Horacio*] ¿conoce a esta libélula?).[10] Lo que concita mi más ronco gemido de vergüenza son aquellos modos empenachados que vanamente yo trataba de cultivar. El estudiar en colegios privados me había facilitado un inu sual contacto con los hijos de los ricos y poderosos (uno de mis compañeros en Brighton era el conde de Caithness, un personaje larguirucho y como embobado que no decía gran cosa en favor de la aristocracia). Y me dio ideas —que ni podían durar ni duraron mucho —. Martin era el nombre de pila de la mitad de la selección inglesa de fútbol, y cuando miré Amis en un diccionario de apellidos me vi enfrentado a lo siguiente: «De las clases más bajas, *especialmente* esclavos.»

Y, tras una breve conversación que un día tuve con mi padre, supe que debía olvidarme por completo del asunto.

—Papá.

—¿Sí?

—¿Somos *nuevos ricos*?

Corría el año 1966. Estábamos en la cocina del 108 de Maida Vale, adonde Kingsley y Jane se habían mudado para vivir en pareja. Mi hermano y yo nos habíamos incorporado recientemente a la familia. Habíamos dejado de vivir con mi madre para irnos a vivir con mi padre. Por iniciativa de Jane. Ella vio que íbamos directamente camino de la calle… Nuestra cocina era una cocina boyante: bonita y pródigamente llena de vituallas; continuamente abastecida por hombres de bata blanca. Jane era una mujer muy elegante, y yo tenía la impresión de que habíamos progresado en el mundo. Sabía, como es natural, que ser nuevos ricos era algo nada bueno, y esperaba, con cierta suficiencia, que mi padre me asegurara que éramos un poco mejor que eso.

—Bueno —dijo—. *Muy* nuevos. Y *en absoluto* ricos.

—Papá.

Treinta años más tarde, en el coche de nuevo, de nuevo Louis.

—¿Sí?

—¿De qué clase somos?

Contesté rudamente, desde el volante:

—No somos de ninguna clase. No aceptamos esas cosas.

—Entonces, ¿*qué* somos?

—Estamos al margen de todo eso. Somos la *intelligentsia*.

—Oh —dijo él. Y añadió en un deliberado falsete—: ¿Soy un intelectual?

—Papá.

Éste era mi hijo número dos, Jacob, entonces de nueve años.

—¿Sí?

—¿Por qué dices «*Fraidi*» y «*Mandi*» y «*Cersdi*»?[11]

—¿Y cómo lo dices tú? ¿Frai-*dei* y Man-*dei*?

—Es que suena estúpido si lo dices con *esa* voz. ¿Y también dices «*berzdi*»?[12]

—Sí. «Berzdi.» «Berz-dei» es lo que tu abuelo llamaría una *pronunciation* «ortográfica». Aunque supongo que tú dirás *pronounciation*.

—¿Qué quiere decir…?

—Una pronunciación «ortográfica» es cuando te guías por cómo se escriben las palabras en lugar de por cómo se dicen en la lengua hablada. Como cuando dices *often* en lugar de *ofen*.[13]

—¿Tú dices «*yesterdi*»?[14] —preguntó Louis.

—Sí.

—Pero no dices «*tudi*»,[15] ¿o sí?

—No. Claro que no.

—Y no dices «*di*»,[16] supongo. Qué maravilloso «*di*» hace.

—Al «*di*» siguiente temprano —dijo Jacob.

—¿Te parecería bien decir «*di*», entonces?

—No, claro que no.

—Entonces, ¿por qué dices «*Mandi*» y «*Fraidi*» y «Sand*i*»?[17]

—Santo Dios… Me acostumbré cuando era un jovencito porque me parecía «fino».

—¿Y por qué te acostumbraste porque te parecía fino? —preguntó Louis con sincero asombro.

—Porque en aquel tiempo estaba de moda ser «fino».

Su cabeza se volvió hacia mí.

—¿Sí…? Joder… —dijo.

A mi padre, en Tennessee, en 1967, le estaban sucediendo cosas harto interesantes, pero era tristemente típico de Osric el no darse cuenta de ello. Basta con echar un vistazo al primer párrafo de la carta escolar de unas hojas más adelante: todo un poema en prosa de una falta de curiosidad embotada. Y con qué apatía dejé pasar la ocasión

de visitar Nashville durante las vacaciones. Estaba estudiando mucho, es cierto, y era posible que me llamaran para alguna entrevista. Y no me apetecía pasarme toda una quincena sin preguntarme si ir o no ir al Picasso.

Al llegar al Sur de los Estados Unidos mi padre se encontró con la estampa tradicional por aquellos pagos: «Para evocarla necesitaría no una descripción sino una lista, o sólo un mero comienzo de ella porque todo el mundo sabría cómo continuarla.» Se topó con que tomar copas seguía prohibido en el estado. Uno se llevaba la botella al bar y pedía un «avío»: un vaso con hielo. Kingsley prosigue: «Las mismas normas regían en los restaurantes; por cierto, al parecer sólo había dos (en una ciudad de casi medio millón de habitantes): uno con mala cocina, el otro con pésima cocina y servicio, y ambos aunados en no admitir reservas.» En los demás sitios, siendo inglés, se le trataba como a una curiosidad aristocrática. «Esta noche tenemos con nosotros a *otro* caballero de Inglaterra», decía el presidente, con el recatado orgullo del empleado de un zoo provincial que anunciara poseer no uno sino *dos* órix árabes.» Y —lo que es más singular— a veces se encontraba a sí mismo embarcado en conversaciones como la siguiente (con la mujer de un catedrático de filología hispánica):

> —¿Ha visto esa película —dijo ella en un tono no mucho más que medianamente inverosímil— en la que *serr* Laurence *Oh-livyey* hacía el *Oh-telo* de Shakespeare?
>
> —…
>
> —¿Y qué le ha parecido? No me refiero exactamente a la película, sino a *él*.
>
> —Pues… que estuvo realmente bien.
>
> —¡Pero si hacen que parezca un esclavo negro…!
>
> —Sí, en efecto, es cierto…
>
> —¡Pero si hasta habla como un esclavo negro…!
>
> —Sí, quizá un tanto…
>
> —¡Pero si hasta *anda* como un esclavo negro…! ¿Pero ¿cómo puede una auténtica dama enamorarse de un hombre como ése…?[18]

Y, más singularmente aún, Kingsley estaba en un departamento de literatura inglesa en el que un colega —catedrático y novelista— se volvió hacia él y le dijo (literalmente):

—No me sale del alma darle a un negro [pronunciado «nigra»] o a un judío un sobresaliente.

«Dorado y repulsivo» (y jamás concebido para durar), el Osric que yo era se habría desmoronado a los diez minutos de estar en Nashville. ¿Así que hubo un tiempo en que estaba de moda ser «fino»? Sí, Louis,

déjame exclamar contigo: ¡*Joder*…!

CARTA ESCOLAR

Sussex Tutors
55 Marine Parade
Brighton
4-11-1967

Queridísimos papá + Jane:

Recibí vuestras cartas simultáneamente, y las dos me han parecido magníficas. Siento enterarme de que no os lleváis demasiado bien con la gente de las colonias (¿son *todos* tan asquerosos?). Veo que también vosotros estáis trabajando duro. Pero estaréis de vuelta antes de que podáis daros cuenta. Sí, antes de que podáis siquiera daros cuenta.

El pequeño duende del señor Ardagh, en efecto, me ha conseguido un trabajo aquí en Rottingdean. Tendré que ocuparme de los juegos de esos pequeños cabrones. ¿Cómo saldrá el asunto? Esos críos van a pasarse el día vapuleándome, e inventándome ingeniosos e hirientes motes. Sin embargo, es un reto y…

El CGB (Cuartel General de los Bastardos) está ahora en Brighton. Hemos tenido diez días de lluvias torrenciales salpicadas de ventiscas, huracanes, torbellinos, terremotos y calamidades por el estilo. Mi solo consuelo es entregarme, cual «hombre de los elementos», a agotadores paseos bajo la lluvia cegadora. También se me ha visto mirar por la ventana y decidir silenciosamente, con ojeroso estoicismo, ponerme los pantalones de franela blanca e irme a pasear por la playa.

Tengo unas pequeñas nuevas para vosotros que sin duda alimentarán vuestros respectivos egos.

La primera, y para Jane: hace un par de semanas conocí a una chica estupenda llamada Charlotte, y un día fui a buscarla a su apartamento de Hamilton Terrace para salir. Me presentó solemnemente a su madre, quien, después de preguntarme si quería tomar algo, expresó su deseo de saber dónde vivía. Se lo dije, y ella exclamó, como extasiada: «¡Oh, entonces debes de vivir cerca de Elizabeth Jane Howard!» Le expliqué cuán cerca vivía de ella. Se quedó lógicamente impresionada, y pasó a elogiar calurosamente *After Julius*. El caso es que luego procedí a hacer mía a Charlotte: un complemento perfecto para una grata velada.[19] Y una conquista en la que Jane quizá ha jugado un papel nada desdeñable.

La otra, para mi distinguido padre: un amigo mío me preguntó con deferencia cuál de tus libros le recomendaba. *Lucky Jim*, respondí yo. Lo compró sin dilación, y una noche entré en su cuarto y lo encontré

vomitando en el lavabo, con lágrimas en las mejillas, recuperándose de un acceso de risa provocado por un pasaje de la citada novela.[20] Bien por mi padre.

A propósito: confío en que no me escatimaréis el comprar algunos libros y cargarlos en la cuenta —todos ellos respetables, debo añadir—. Ahora tengo una venerable biblioteca de unos veinticinco libros (la mayoría de bolsillo) que me vendrán de perlas cuando vaya a la universidad.

Otra cosa que ese genuino duendecillo del señor Ardagh ha hecho es ponerme en el cuarto de al lado a un ardiente marica. Entra en mi cuarto en tromba todas las noches, entre las doce y la una, con los ojos encendidos y con esperanza de pillarme cuando me estoy desnudando. Querría darme por el culo, como veis, pero, no sé, el saberlo no me ayuda gran cosa. He pensado en vengarme —poniéndole mocos en el café, o escupiéndole en el cepillo de diente, o robándole el champú, o ensuciándole el pijama, etc.—, pero no creo que eso me hiciera sentirme mejor al respecto. Al final me veré obligado a enumerarme a mí mismo las razones por las que me resulta imposible entender por qué no se va a la mierda.

Veo *El gran robo*, la última película de Peter Yates. Es muy «moderna» —es decir, conscientemente mala—, ya sabéis, media hora de secuencias de total oscuridad y demás…

Me voy a la cama ahora mismo. Os echo de menos a los dos. Escribidme rápido.

Con todo mi amor, besos

Mart

A propósito, Jane, estudié *El arco-aburrimiento*,[21] de Lawrence, para el examen de segundo, de modo que me siento capacitado para explicar por qué no es bueno. Leeré sus otras novelas antes de la entrevista, y también, espero, *Guerra y paz*, y —en el mismo abanico— la sugerencia del duendecillo: *Daniel Deronda*. Ahí van otras opiniones esclarecedoras (sic):

Ezra Pound: un mariquita muy «moderno».

Auden: bueno, pero me da que tiene que ser un tipo bastante horroroso.

Hopkins: muy divertido de leer, pero no resiste el más ligero análisis.

Donne: verdaderamente espléndido.

Marvell: ” ”

Keats: está bien cuando no dice: «Soy poeta, ¿lo entendéis?» «La belle dame sans merci»[22] es casi mi poema preferido.

Más, muy pronto.

LAS MUJERES Y EL AMOR — 1

Mi padre y yo estábamos sentados en la casa de las afueras de Barnet, en un esplendor de alta burguesía, tomándonos una copa antes del almuerzo y hablando del primer relato que había publicado: «El rinoceronte sagrado de Uganda» (en 1932, a los diez años). Corría el año 1972, y él acababa de cumplir los cincuenta, ocasión que celebró con el poema «Ode to me» [Oda a mí]: «Cincuenta hoy, ¿eh, muchacho? / Bien, no está nada mal…» Se hallaba entonces en el ápice de su productividad y bonanza económica, y su matrimonio con Jane aún se veía sin nubes —o eso creía yo, al menos—. Comentábamos «El rinoceronte sagrado de Uganda»…

—Era horrible en todos los aspectos. Y lleno de excesos. Cosas como: «*Raging and cursing in the blazing heat.*»[23]

—¿Y dónde están esos excesos? Quiero decir que sí, que es un tanto anticuado y…

—No puedes poner tres *ing* así, seguidos.

—¿No?

—No. Tendría que ser: «*Raging and cursing in the intolerable heat.*»[24]

No se podía poner tres *ing* seguidos. Y a veces ni dos. Y lo mismo sucedía con los *ic, ive, ly* y *tion*. Y con todos los prefijos.

Después de comer subí a mi cuarto y dediqué unas horas a la novela que estaba a punto de enviar a una editorial. Más tarde, mientras nos tomábamos una copa antes de la cena, dije:

—He estado revisando la novela. Y ¿sabes qué? Es puro ripio.

—Estoy seguro de que no.

—Lo es. Está lleno de cosas como «*the cook took a look at the book*».[25] Es como una poesía de jardín de infancia. Tatachín, tatachún, tatachán, el ratoncito se metió en el champán.

—Estás exagerando.

Sí, exageraba, pero volví a revisar la novela una vez más, con la guerra declarada a los *ing* y a los *ic*, a los *pre* y a los *pro*.

Fue el único consejo literario que habría de darme en su vida. Y, por supuesto, jamás expresó ningún deseo de que hiciera una carrera literaria, pese a que era absolutamente obvio que yo tenía tal idea en la cabeza. Siempre lo atribuí a simple indolencia por su parte, pero

ahora creo que obedecía a un instinto paternal, a un instinto acertado. Cinco años más tarde, siendo yo director de la sección literaria del *New Statesman*, un conocido escritor vino a verme con su hijo a mi despacho. El chico —de unos diecisiete años— escribía poemas, y el padre quería que les echara un vistazo (a lo mejor, por qué no, le publicaba un par de ellos). Yo tenía unos diez años más que aquel poeta en ciernes. El chico me caía bien, pero creo que puse de manifiesto de inmediato que nadie había escrito nunca en lengua inglesa nada digno de mérito antes de los veinte años. (No, ni siquiera el pobre Thomas Chatterton, «el jovencito maravilloso» que a los diecisiete años —en la completa indigencia después de su éxito temprano— se suicidó tomando arsénico.) El conocido escritor persistió educadamente. Y yo pensé: de acuerdo, podría ser: Rimbaud tenía la misma edad cuando escribió «El barco ebrio». Leí los poemas del chico. Y se los devolví con una carta en la que le decía que los encontraba prometedores —lo cual era verdad— y que me encantaría —tampoco mentía— que me siguiera mandando lo que fuera produciendo para poder seguir su evolución poética.

En las artes, que los padres animen a sus hijos a seguir sus pasos es asunto altamente delicado, y siempre habrá la sospecha de un pecado de egotismo en quien exhorta a un vástago suyo en tal sentido. ¿Es la promesa artística en el hijo un tributo a la sobreabundancia de los talentos del padre? Históricamente, ¿qué tenemos al respecto? Están la señora Trollope y su hijo Anthony, y los Dumas *père et fils*, y prácticamente eso es todo. Lo que suele suceder es que el hijo sea productivo durante un tiempo, y que luego la rivalidad filial remita y cese. Creo que el talento literario puede en gran medida heredarse, pero no el «aguante» literario.

Poco tiempo después oí que el conocido escritor y su hijo el poeta se habían peleado. Fue el comienzo de una larga ruptura. El último poema que me envió el hijo trataba del padre: una diatriba ligeramente versificada.

No puedo imaginar cómo habría sido mi vida adulta si hubiera sobrevenido entre mi padre y yo una ruptura semejante. Hay oscuridad, hay mala visibilidad en los motivos de la ambición literaria —*nostalgie*, aislamiento ácido; y ya hay bastante conflicto entre padres e hijos sin necesidad de más enfrentamientos—. Sentí un intenso e instantáneo dolor cuando Kingsley, que había declarado que le había gustado mi primera novela, dijo luego que «no pudo» con la segunda. Pero así eran las cosas: yo sabía que mi padre era incapaz de subterfugios o eufemismos en cuestiones literarias. Y recuerdo que tenía una expresión contrita, casi implorante en la mirada cuando lo decía… (Tampoco le gustaba Nabokov, ni nadie, salvo Anthony Powell.) Por otra parte, teníamos broncas y peleas y discusiones

encendidas, pero jamás nada que no pudiéramos resolver a la mañana siguiente. Sólo una vez, cuando iba a cumplir treinta años, consideré seriamente la posibilidad de un *froideur* con mi padre, que había hablado indelicadamente —aunque movido sólo por el cariño hacia su predecesora— de la mujer de la que acababa de enamorarme.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté por teléfono al día siguiente de presentársela, esperando toda una parrafada de ceremoniosas alabanzas; un soneto, un cántico…

—No me importa que la traigas a casa —dijo él—. Si eso es lo que quieres saber.[26]

Mis inflamados sentimientos se inflamaron aún más. Durante unos segundos la ruptura se me antojó atractivamente romántica, como un duelo al amanecer. Me recuerdo deleitán dome, paladeando de antemano este *froideur*. Y al poco descartándolo, convulsivamente, como una expectoración. Zas, fuera. Y fuera también el pensamiento: jamás volvería a considerar la posibilidad de distanciarme de mi padre. Yo iba a cumplir treinta años, y él sesenta. Nos acercábamos a unas edades bisagra: pronto íbamos a necesitarnos el uno al otro de complejas maneras… Mi padre nunca me animó a escribir, nunca me invitó a intentar aquella incierta aventura.[27] Me elogiaba con menos frecuencia de lo que públicamente me criticaba; y la cosa funcio naba.

Con mis hijos pretendo ser más pródigo en elogios. Aunque me gusta la vida de escritor —el día a día— mucho más de lo que le gustaba a mi padre, tampoco animaré a mis hijos a seguirme. No les alentaré en tal sentido. En absoluto.

Mediados de noviembre de 1973. Unos quince meses después de la charla en la que dije que mi novela era «puro ripio», ésta está a punto de publicarse.[28] El acontecimiento habría de desarrollarse en lo que hoy nos parecería una calma improbable: ninguna entrevista, ninguna presentación ni lectura, ninguna sesión fotográfica. Y ninguna fiesta (por parte de la editorial, al menos). Era una primera novela, es cierto, pero tampoco hubo acto alguno con motivo de la publicación de la segunda, ni de la tercera. Así estaban las cosas en aquellos tiempos. Era un campo de interés minoritario. Todo tranquilidad y silencio.

Ninguna fiesta oficial, pues, en 1973. Cuando tecleo estas líneas ha pasado un cuarto de siglo (con una exactitud casi de horas). Pero tuve una fiesta, de todas formas.[29] Entonces vivía en un pequeño y elegante dúplex, con Rob y su novia Olivia. Yo no podía permitírmelo, y Rob, que había invertido la totalidad de una pequeña herencia en el arrendamiento, tampoco podía costearlo. El acuerdo habría de deshacerse muy pronto. Menos de un mes después yo me vería en una habitación polvorienta de Earls Court. Pero aquella noche nos lo pasamos en grande. Mi hermano Philip aportó un mágnum de whisky.

Y estuvo mi hermana, y estuvo mi padre. Lo recuerdo subiendo las escaleras hacia la sala con aquel destello de expectación máxima (anhelaba las invitaciones de todo tipo con una intensidad juvenil, pueril, producto —imagino— de una infancia y juventud absolutamente anodinas y sin hermanos). También estuvo su viejo amigo el sovietólogo y poeta Robert Conquest. Y Christopher Hitchens: apuesto, festivo, enjutamente izquierdista. Y Clive James, con su complexión de ciclista y su barba y su peinado, no mucho después de bajarse del barco a su llegada de Australia y «locamente entusiasmado» (como Charlie Citrine en la novela de Bellow) por haber arribado a la ciudad de las palabras.

¿Qué puedo decir yo? Era la década de los años setenta: la década de las bromas. Clive llevaba unos vaqueros de tiro corto y una chaqueta de cazador furtivo. Hitchens llevaría seguramente sus controvertidos tejanos a retazos, con la mancha parecida a un soberano sin brillo muy cerca de la pandeada bragueta (creo que los consiguió, o se deshizo de ellos, en Moscú, mediante trueque). Yo, como Rob, llevaba casi con certeza una camisa de flores con cuello largo en punta y pantalones campana de terciopelo verde (y arrugados, de forma que las partes no gastadas despedían un brillo enfermizo). Hasta los pantalones con vuelta de Kingsley tenían unos centímetros más de anchura. Hoy me asombro de que alguno de nosotros fuera capaz de escribir una palabra con sentido durante toda aquella década, teniendo en cuenta que éramos lo suficientemente estúpidos como para llevar pantalones de pata de elefante. Aquella noche Rob y Olivia me regalaron una camiseta azul con el título de mi novela estampado en el pecho con letras mayúsculas de color púrpura, en la que me embutí para el resto de la velada. Y habíamos colocado un ejemplar de mi novela sobre el pequeño televisor (de pie, apuntalado con algo).

Fue una fiesta increíble. Terminó entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Quienes nos reunimos al día siguiente para comer parecíamos —y nos sentíamos como tales— extras de la secuencia del bar galáctico de *La guerra de las galaxias* (ella misma algo del futuro, pues faltaban aún cuatro años para su estreno). Aquella noche se iniciaron varios romances, entre ellos el de Hitchens y mi hermana Sally, que acabaron en un hotel cercano, el Cadogan. Al alba Rob y Olivia se fueron a la cama juntos, arriba, y yo me fui a la cama abajo, solo. No estaba enamorado. De hecho no parecía capaz de conseguir ninguna novia. Aún sueño con aquel período de mi vida relativamente breve: sueños imbuidos de sentimientos de desconexión, de desapego y, por supuesto, de falta de atractivo. De profunda falta de atractivo. Cuando estás sin una mujer, es asombroso cuán rápidamente te haces odioso a ti mismo. Es asombroso, también, lo rápidamente que tal

nueva se propala: toda mujer con la que te encuentras parece saberlo todo acerca de ello… Las cosas, finalmente, mejoraron; de un modo que incluso entonces se me antojó espectacular. A principios del verano de 1974 me vería yo mismo en el Hotel Cadogan, tomando el té —un té de presentación, levemente inquisitorial— con los padres de una adolescente: Tina Brown. Pero antes tendría que pasar días, semanas, meses en mi cuarto de Earls Court, sin mujer alguna.

—Córtate el pelo —decía Kingsley con obstinación—. Córtate el pelo.

No había nadie más en la sala, pero no me lo decía a mí. A lo largo de los años mi padre me había dicho que me cortara el pelo un millón de veces. Pero en aquella ocasión no era a mí a quien le decía que se cortara el pelo. Era el año 1984. Yo me había casado recientemente con una profesora universitaria norteamericana, Antonia Phillips, y había un niño en camino. No necesitaba en absoluto cortarme el pelo.

—Córtate el pelo… Córtate el pelo.

La sugerencia iba dirigida a la actriz Linda Hamilton cada vez que aparecía en la pantalla. Estábamos viendo en vídeo —de nuevo— *Terminator*. Viejo aficionado a la ciencia ficción, Kingsley era un gran fan de *Terminator*, y siete años más tarde no ocultaría su admiración por *Terminator 2* («una impecable obra maestra»), que vimos juntos (le había invitado yo) en el Odeon, en Marble Arch.

—Córtate el pelo… Córtate el pelo.

En *Terminator 2* (1991), Linda Hamilton llevaba el pelo hacia arriba, o hacia atrás. En *Terminator*, sin embargo, lo llevaba largo y suelto, como solía llevarlo la gente en 1984.

—Córtate el pelo… Córtate el pelo.

—Espero que sigas con esa cantinela, papá —le dije—. Espero que no desfallezcas por mucho que alguien te acuse de ser pelma o repetitivo.

—Córtate el pelo… Córtate el pelo.

—Porque hay quienes podrían recordarte que esta película ya está hecha. Incluso aunque Linda Hamilton pudiera oírte, e incluso aunque pensara que es una buena idea, no podría retroceder en el tiempo para cortarse el pelo.

—Córtate el pelo… Córtate el pelo.

—Pero no les escuches, papá. Tú has mostrado claramente tus preferencias. Lo que podrías hacer ahora es acabar con ese sonsonete.

—Córtate el pelo… Córtate el pelo.

Al rato, cuando la acción empezó a animarse y había quedado claro que Linda Hamilton no tenía ni tiempo ni ocasión para cortarse el pelo, Kingsley dejó de decirle que se lo cortara.

Jane dejó a Kingsley en diciembre de 1980. Es decir, hacía cuatro años. Y no había habido ninguna otra mujer en su vida desde entonces. Cuando me disponía a marcharme, dije:

—¿Cómo estás de verdad, papá?

—Oh, bien… Pero sabes perfectamente que la vida sin una mujer no es más que media vida.

—¿Lo es?

Me sorprendió, y en cierto modo me complació mucho oírle decir eso. Sonaba inusitadamente indulgente en él (yo imaginaba que su amargura era más crónica, que estaba amargado por el largo y duro camino recorrido a solas). No era una actitud propia de él; no era el tipo de cosas que decía normalmente. Era algo evidente en sus novelas —en especial en aquella curva antirromántica que iba de *Jake's Thing* [El caso de Jake] (1978) a *Stanley and the Women* [Stanley y las mujeres] (1984) y que parecía cancelar cualquier esperanza —e incluso memoria— de consuelo en tal sentido. Yo no cometía el error elemental de mezclar al hombre con su obra, pero todo escritor sabe que la verdad está en la *ficción*. En ella es donde el termómetro espiritual da su medición exacta. Y las novelas de Kingsley, en aquel tiempo, me parecían una suerte de repliegue moral, como si estuviera clausurando toda una dimensión: la que contenía a las mujeres y el amor. Así que, sorprendido no por la formulación, que sabía acertada (y media vida no es mucho), sino por el hecho de que fuera él quien la formulara, le pregunté:

—¿Lo es?

—Sí —dijo. Y me dio la espalda.

A partir de entonces, y durante el resto de su vida, Kingsley vivió sin amor romántico. Pero su narrativa volvió a tratar ese tema. Indulgentemente en *Los viejos demonios* (1986), nostálgicamente en *You Can't Do Both* [No puedes hacer ambas cosas] (1994) y rotunda e incluso grandilocuentemente en *The Russian Girl* [La chica rusa] (1992). En *Jake's Thing* su protagonista afirma:

> Ellas [las mujeres] no quieren decir lo que dicen, no utilizan el lenguaje para el discurso sino para prolongar su personalidad; toman todo desacuerdo como oposición, sí, eso es lo que hacen, incluso la más brillante de ellas, y ello implica el final de la búsqueda de la verdad, que es en definitiva de lo que todo se trata.

Y en la atmósfera del cuarto de baño de *Stanley and the Women* encontramos la siguiente evocación de las «ofensas femeninas contra el sentido común, las buenas maneras, el juego limpio, la verdad, etc.» (quien habla es un productor cinematográfico de mediana importancia

llamado Bert, cuyo «tono» de borracho, al menos, es satirizado con eficacia):

> Puedes meterle una buena dosis de esa droga de la verdad, sí, de eso, de escopolamina; puedes llenarla hasta las orejas de jodida escopolamina y seguirá negándolo… Es una… Es un puto caso *perdido*, eso es lo que es. Habría que retirarla de la circulación. Por su propio bien.

Todo esto cambió luego (y sé por qué). En *The Russian Girl*, que escribió a los setenta años, el amor es exaltado no sólo por encima de la política y —lo que es más sorprendente— por encima de la poesía;[30] es exaltado asimismo por encima de la verdad.

La crítica de la condición femenina que rezuman *Jake's Thing* y *Stanley and the Women* no carece ciertamente de interés o pertinencia (ambas novelas son siniestramente vigorosas). Pero tampoco equilibra la cuestión diciendo: Escuchad, la actitud femenina respecto de la verdad tiene su exacto contrapeso en el hábito masculino de hablar y actuar *ex cátedra* («con la cabal autoridad de los cargos…, y llevando aparejada la infalibilidad»). Mi objeción a estas novelas es más sencilla que todo eso: puedo sentir el dedo de papá en la balanza. T. S. Eliot sugirió que la literatura era un uso «impersonal» de palabras. El gran crítico y utópico Northrop Frye mejoró —a mi juicio— esta afirmación cuando dijo que la literatura era un *desinteresado* uso de palabras: uno no tenía por qué estar interesado en las consecuencias. Y Kingsley tenía interés en ellas. Ajustaba las cuentas con el amor y las mujeres, y con Jane.

Siempre supo qué era lo correcto al respecto, y aún volvería a saberlo una vez más. En un poema de los primeros tiempos titulado «A Bookshop Idyll» [Un idilio de librería], Kingsley Amis hojea tranquilamente una «delgada antología» del estante de la poesía:

> Como a todos los extraños, les divide el sexo:
> *Paisaje cercano a Parma*
> interesa al varón, lo mismo que *El doble vórtice,*
> lo mismo que *Rilke y Buda*.
> «Yo viajo, ¿sabes?», «yo pienso» y «yo sé leer»
> parecen decir estos títulos;
> pero *Te recuerdo, El amor es mi credo,*
> *Poema para J*.

es la elección de las damas, y descalifica mi palabrería…

> ¿Deben los poetas «inflar» —como con una bomba de

bicicletael corazón humano, o aplastarlo?
El amor del hombre es una cosa aparte en la vida de éste; las chicas no son así.

Nosotros los varones tenemos el amor bien sopesado; la pasta de que estamos hechos puede arreglárselas sin él.
Las mujeres no parecen pensar que esto baste; y escriben sobre ello,

y el terrible modo en que se exponen en los poemas
no les resulta chocante.
Las mujeres son mucho mejores que los hombres.
No es extraño que nos gusten.

Una vez aceptado esto, podemos olvidar aquellos días en que nos pasábamos la mitad de la noche en vela
henchidos de amor, repletos de brillantes pensamientos,
de nombres, de rimas,
y no podíamos escribir.

Es el poema de un hombre joven, pese a su ingenio y a su rica técnica. En la última estrofa percibimos pesar por la deficiencia masculina, pero también que el autor se reconciliará enseguida con ella.[31] Los varones no pueden escribir en el ápice de la emoción. La emoción debe ser «evocada y ordenada» dócilmente, en la paz wordsworthiana. Por otra parte, «A Bookshop Idyll» sugiere que la escritura ganará con ello a la postre, serán más altas la precisión y la autoridad y las demás virtudes (del varón)… Lo que me sorprende e intriga ahora es la cita «coloquializada» de Byron, en la que, en el quinto verso de una de las estrofas, «las chicas no son así» hace las veces de «es la entera existencia de las mujeres». Quizá el poema insinúa que la otra cara de la proposición también es verdadera: «El arte de las mujeres es una cosa aparte en la vida de éstas; los chicos no son así.» El arte es, o intenta ser, la entera existencia de los hombres. Y así ha debido de parecérselo a un hombre joven en el ápice de su afán. Ya sesentón, sin embargo, cuando ya no tenía el amor de una mujer, reconocía que lo que le había quedado era sólo media vida.

PAPÁ NOS LO CUENTA TODO

Una tarde de verano, en Swansea (sur de Gales), a mediados de los años cincuenta, mi madre les dijo a sus dos hijos —a mi hermano y a mí— que fuéramos al estudio a ver a nuestro padre. Kingsley lo recoge

en las primeras páginas de *Memoirs*:

> Philip y Martin entraron, con semblante inexpresivo, inocentes en todo sentido imaginable… Tenían, calculo, siete y seis años. El breve monólogo que les endilgué se me iría luego de la cabeza a la primera oportunidad, aunque sé que hice un uso pródigo de lo que podríamos llamar la «cruda anatomía» y los «nombres concretos», aunque también debí de emplear la palabra «cosa» multitud de veces, y hablarles de «papá planta una semilla en…». Bien, ¿qué quieren…? Jamás los he amado y admirado tanto como cuando aquella tarde vi la calma y seriedad con que me escuchaban. Sabía que ellos sabían; ellos sabían que yo sabía que ellos sabían, pero no importa. Se fueron en un silencio que prolongaron hasta que ya no pude oírles… En ningún campo es más cierto que es necesario decir lo que es innecesario decir.

Hubo una ulterior y menos anatómica sesión de iniciación. Una noche, recuerdo, me hallaba yo jugando con placer y concentración máximos en una máquina de *pin-ball* (el escenario ha cambiado a España, y tengo doce años), cuando, por absorto que pudiera estar, me puse de inmediato alerta cuando mi hermano se acercó y me dijo, simplemente: «Ven rápido, Mart. Papá nos lo va a contar todo.» Nos sentamos ante él en la mesa del restaurante y le escuchamos, mudos… En un patio de colegio empapado de lluvia, a la edad de cinco años, yo le había oído a un amigo explicar los hechos de la vida. Y mi reacción fue, diría, universal: mi madre jamás le hubiera permitido —¡a ese bastardo!— hacerle *eso*. Pero en España, en 1962, salí del trance con los mejores pensamientos y sentimientos: mi padre y mi madre se amaban, y mi hermano y mi hermana y yo éramos de algún modo fruto de ese amor. La familia estaba de regreso —en coche y barco— de un viaje de diez días a Mallorca, donde nos habíamos alojado en la *posada*,[32] o casa de huéspedes, de Robert Graves. Viajábamos desde Barcelona rumbo al norte cuando algo vital empezó a fallar en el coche. Me pasé mi decimotercer cumpleaños ayudando, bastante alegremente, a empujar el coche Pirineos arriba. Seis semanas después, Kingsley conoció a Elizabeth Jane Howard.[33] Y para el siguiente verano su matrimonio se había acabado. Mi padre nunca había dejado ni nunca dejó de amar a mi madre. Sin embargo, como sus *Letters* [Cartas] dejan claro, lo de Jane Howard fue un *coup de foudre*.

«Es un hombre excepcionalmente inteligente», escribe Saul Bellow en «A Silver Dish» [Una fuente de plata] (uno de los mejores relatos cortos de todos los tiempos), «que no está marcado para siempre por

las teorías sexuales que le oye a su padre…». Durante nuestra adolescencia Kingsley siguió engatusándonos a mi hermano y a mí con apotegmas románticamente prometedores. «La parte más atractiva de una mujer desnuda», decía, «es la cara.» Lo cual sonaba muy bien. Pero lo que levantó un auténtico revuelo en nosotros fue lo siguiente: «Las sensaciones físicas del sexo son inmensamente magnificadas por el amor.» Entonces *ésa* es la razón por la que fuiste tras el amor: por el sexo. No. Philip y yo estábamos tan broncamente llenos de energía como la mayoría de los chicos de nuestra edad; pero no habríamos sido hijos de nuestro padre si no hubiéramos mostrado impaciencia por experimentar *aquello*, plenamente, en la práctica. Cuando tenía dieciséis años leí el original mecanografiado de *La liga antimuerte* (1966), y me quedé fascinado por las dos breves preguntas que la heroína (hasta entonces no amada) se hace a sí misma al sentir la primera oleada de atracción hacia el héroe: «¿Es ahora? ¿Eres tú?» Y luego, poco después, las dos breves respuestas vocalizadas apenas: «Es ahora. Eres tú.» Yo siempre me he estado haciendo esas dos preguntas, y siempre he esperado oírme esas dos respuestas.

¿Cómo era yo, por lo demás, en noviembre de 1973?

Mi vida parecía buena sobre el papel (donde, de hecho, casi toda ella era vivida).

Mi primera novela había tardado tanto en ver la luz que me encontraba ya a mitad de camino de la siguiente. Tenía un trabajo editorial de jornada completa en el *Times Literary Supplement*.[34] Escribía críticas y artículos para el *TLS* y para otras publicaciones. En el número del 23 de noviembre del *New Statesman* la sección de Libros abría con una reseña mía —1.500 palabras— de *The Violent Effigy* [La efigie violenta], el ensayo de John Carey sobre Dickens. La semana anterior —y una semana antes de tiempo— esta misma sección de Libros había cerrado con la reseña (de 500 palabras y última de una tanda de tres) de mi primera novela, *El libro de Rachel*, firmada por el novelista Peter Prince. La tengo ahora aquí delante,[35] y estoy en desacuerdo con ella sólo en algunas cosas.

Un joven novelista novel se halla condenado a escribir sobre su propia conciencia, pero el señor Prince no vio ninguna ironía en ello, ni estilización —no vio diferencia alguna entre yo y mi narrador, con sus «pequeñas y pobres *bon mots*» y «pequeños y deslucidos *aperçus*»—. Ahí tenéis a mi narrador, sin embargo: a medio camino entre el «factor Osric» («el Precoz, el Escolar Burlón: esa combinación de privilegio de clase media y de meritocracia de secundaria») y el sexismo del instinto gregario. Los demás críticos mostraron tolerancia, y algunos hasta indulgencia.[36] Todos pa recían pensar que me estaba resultando todo particularmente difícil, al tener que darme a conocer

después de mi padre, pero no era cierto; la sombra de mi padre fue para mí como una especie de amparo. Y yo, por otra parte, tampoco tenía el sentimiento de haber logrado gran cosa. Se vive como una extraña sorpresa el hecho de convertirse en escritor, pero nada es más vulgar y corriente para uno que lo que su padre hace durante todo el día. En mí, por tanto, los sinsabores —y quizá algunos de los placeres— de ser escritor se hallaban un tanto mitigados. Era algo cotidiano. Estaba trabajando duro, y con una gran tenacidad, pero era lo mínimo que podía hacer.

Y seguía sintiéndome como un estudiante. El *TLS* era, como una biblioteca, las reuniones con los editores literarios eran como tutorías, y mis artículos eran como trabajos semanales de estudiante. Mi cuarto grande, sin alfombras, lleno de polvo de la casa de Earls Court me hacía sentirme como un estudiante. Mi ropa, y en especial mi chaqueta tipo chaquetón de operario, me hacían sentirme como un estudiante. Mis cenas solitarias, mis interminables cafés instantáneos, me hacían sentirme como un estudiante. Mis dolores de cabeza y de cara (y mi cutis, aún rico en seborrea)[37] me hacían sentirme como un estudiante. Los estrictos principios, o esencial indiferencia, de la chica a la que estaba vanamente pretendiendo (sólo besos: nada más) me hacían sentirme como un estudiante. Al mismo tiempo, aunque me iba aproximando a él, el mundo adulto de la promoción y el ascenso seguía pareciéndome amenazador, ajeno. Pese a todas las evidencias diarias, seguía en mí la sospecha de que no sólo iba a fracasar sino que me iba a ir definitivamente a pique. Puede que todo el mundo sienta esto. Christopher Hitchens lo sentía; lo llamábamos «el terror del vagabundo». Earls Court estaba, en efecto, lleno de vagabundos, borrachos, mendigos, parlanchines… Y en la casa donde vivía había un viejo médico, a punto de jubilarse, que a veces se dejaba ver por la noche, desplomado sobre una botella de jerez en la cocina de linóleo, o tambaleándose y dando bandazos por la casa en su albornoz sin cinturón, con unos increíbles calzoncillos (informes y movedizos, de un color gris verdoso).

Tenía veinticuatro años, y mi estado era el siguiente: me comportaba como si lo supiera todo, y no sabía nada; hacía como que estaba seguro de todo, cuando en realidad nunca estaba seguro de nada. Me sentía como un estudiante, y no estaba enamorado. Pero también había otro mundo, un mundo que —sentía— podía ordenar y controlar: el de la ficción. Y siempre he estado enamorado de eso.

Hacia Navidades de 1973, la experiencia —en forma, según ahora lo veo, de algo estrechamente ligado al infinito miedo— entró en mi vida y se instaló de forma permanente en mi inconsciente. Y tal circunstancia fortuita me ha enseñado, al cabo de una larga mirada

atrás, que hasta la ficción es incontrolable. Puedes pensar que la controlas. Puedes *sentir* que la controlas. Pero no la controlas.

Pero antes de que encaremos la experiencia, ese mísero enemigo, quedémonos un poco más en la inocencia. Sólo durante un rato.

CARTA ESCOLAR

55 Marine Parade
Brighton, Sussex
7-11-67

Queridísimos papá y Jane:

Otra carta tan seguida, ya veis, porque quiero haceros unas preguntas bastante delicadas que espero no os alarmen demasiado. Por extraño que os parezca, he olvidado qué planes hicimos respecto a mi alojamiento (sic) de enero a junio/julio. Creo que acordamos que me iría a una pensión, ¿no es eso? También creo recordar vagamente que sugerí la posibilidad de alquilar un apartamento, y que Jane me dijo que no estaría a gusto, y que yo estuve de acuerdo. Pues bien, ahora se me ocurre que sí, que me gustaría coger un apartamento. Y no es un simple capricho de altos vuelos. ¿Cuánto costaría a la semana una pensión? ¿Unas tres o cuatro libras? Bien, pues un apartamento en Brighton (dormitorio, salón, baño y cocina) saldría por unas seis o siete libras. Yo pagaría gustosamente la diferencia. Veréis: me encantaría disfrutar de un *poco* de independencia en mis, por así decir, últimos días de independencia. En cualquier caso, no veo por qué este tiempo deba traerme unas restricciones añadidas. La independencia no ha de implicar por fuerza algaradas, ni insurrección, ni descuido de la propia salud, ni —en general— ningún tipo de conducta licenciosa. Lo único que quiero es estar cómodo, tener la sensación de que, al hacer ciertas cosas por mí mismo, me fijo mi propia disciplina. Y poder follarme a chicas (una lítote a la que no he podido resistirme y a la que no hay que dar más énfasis del debido).[38]

En cuanto a fregar y cocinar y hacer la colada…, probablemente podré seguir utilizando las instalaciones del colegio: comería en Rottingdean o en cualquier otro sitio, y cenaría en Marine Parade.

Creo que esto marcaría una radical diferencia respecto de si he de afrontar nueve agradables aunque disciplinados meses o empezar a cosechar «la recompensa que trae consigo el coraje». Me apresuro a añadir que tengo la absoluta certeza de que seguiré diciendo lo mismo después de vivir durante tres meses en mi propio apartamento.

Pasarme el fin de semana en el cuarto de una pensión corrigiendo ejercicios es una perspectiva harto sombría. Aquí tengo mucho más espacio. Además, se me antoja sobrecogedora la idea de compartir el

cuarto de baño con trece o catorce camioneros. Sé que no viene demasiado a cuento, pero después de haber compartido uno con vosotros no os puedo imaginar poniéndoos cada mañana en una torva cola en un pasillo lleno de corrientes…

Sabéis que si me decís que no os parece bien que tenga mi propio apartamento no voy a protestar *demasiado* ruidosamente, y que si no puedo conseguir la independencia que deseo no voy a negarme a quedarme en Brighton. Pero creo que me he ganado el derecho a sacar algo en limpio de mi estancia aquí (organizándome una vida más agradable sin dejar de cumplir con mis obligaciones), así que por favor no descartéis la idea sin más ni más, y por favor no presupongáis que no voy a ser capaz de arreglármelas solo. Si no funciona siempre podré dejar el apartamento e irme a una pensión (además no tiene por qué haber complicaciones con el arrendamiento, como le sucedió a Phil con su apartamento).

De todas formas, siento haber sido tan pelmazo, pero creo que entenderéis que es una sugerencia bien meditada —«debidamente rumiada, no un pensamiento del momento»—, y espero que la consideréis como tal. Os dejo, pues, con ella.

Con montones de amor, besos

Mart

Posdata: ¿Podríais darme una contestación rápida? Porque me gustaría tener resuelto cuanto antes este enojoso asunto. M.

Al releer lo anterior siento que debo poner de manifiesto que no estoy pensando en fiestas y orgías, sino en un marco cómodo para mis estudios. No sabría ir por ahí enredándome con malas compañías o algo parecido, y, de todas formas, el duende del señor Ardagh podría vigilarme con esos ojos redondos como cuentas.

APRENDER SOBRE EL TIEMPO

En el interludio entre el colegio y la universidad se espera tradicionalmente que los jóvenes ingleses de ambos sexos vayan de excursión a Filipinas o cuiden enfermos en Madagascar. Yo apenas puedo dar cuenta de mis «nueve meses», salvo de las tres semanas que pasé sentado tras la caja registradora de la tienda de discos de mi tío político, en Rickmansworth. Aunque algo sí viajé. Y el viaje que hice fue como sigue:

Íbamos cuatro en el Mini Moke: Rob y yo, y Fran y Si (que eran pareja). Ataviados con el acostumbrado caos de terciopelo arrugado y fulares floreados, sin ser invitados ni anunciados (y razonablemente «pasados» de hachís), estábamos a punto de perturbar la paz de uno de los más grandes poetas vivos: Robert Graves.

—¿Se acordará de ti? —me preguntó alguien.

—De vista, no.

Pero dije que probablemente me recordaría después de explicarle con detalle quién era. Yo a él lo recordaba bien.

Un inciso: éste es mi padre haciendo de lord David Cecil, el apuesto, teatral, naturalmente afectado y sobre todo aristocrático profesor universitario de literatura inglesa (que, entre otras distinciones, suspendió la literatura inglesa impartida por Kingsley en Oxford):

> *Dams*…, *dams* y caballeros, cuando decimos que un hombre tiene aspecto de poeta…, queremos decir… que se parece a *Chauza* (Chaucer)…, queremos decir… que se parece a *Dvaiden* (Dryden)…, queremos decir… que se parece a *Checkspyum* [o algo mínimamente reconocible como «Shakespeare»]…, queremos decir que se parece a Shelley [lo pronuncia *Chellem* o algo parecido]. Matthew Arnold [ahora *prestissimo*] llamaba a Shelley «ángel bello e inútil». Matthew Arnold tenía cara [ahora *rallentando*] de *caballo*. Pero mi tema de esta mañana no es el poeta Shelley. Es Jane… Austen…

Los corchetes son del original (*Memoirs*). Me sorprende ver «Austen» en redondilla: en la lengua hablada de Kingsley la primera

sílaba —*Aus*— siempre iba ferozmente acentuada.

Cuando *yo* digo que un hombre tiene aspecto de poeta, quiero decir que se parece a Robert Graves. Alto, anguloso, de gruesos labios sensuales, la nariz aplastada y sin embargo esquemáticamente aguileña, los ojos legañosos y de mirada larga, larga… Y, amén de ello, un cuerpo ágil, grande, gestual: lo recuerdo escalando las rocas que ascendían desde una orilla sin arena; saltando sobre ellas y volviendo a aparecer por el otro lado para lanzarse agitando los brazos al mar. He ahí, sin duda, un poeta-guerrero. Y sin embargo yo sabía que poseía un alma indulgente. Una noche, en 1962, nos había tenido a los hermanos Amis en su casa mientras mi padre y mi madre salían a cenar. Estaba Beryl, la mujer de Graves (sorprendentemente varonil, mojigata y aristocrática, y siempre flanqueada por sus dos caniches gigantes), y estaban otros miembros de la progenie y el entorno del poeta. Hacia el final de la cena Graves propuso un juego: la composición oral de un poema entre todos; sentados alrededor de la mesa, cada cual contribuiría con un verso. Philip y yo nos sentíamos un tanto apagados por varias horas del mejor de los comportamientos. Y cuando Graves dijo: «¿Por qué no empiezas tú, Philip?», mi temido, venerado y muy adorado hermano echó mano al instante —muy propio de él— de lo más subversivo (y, sobre todo, más reciente) que le vino a las mientes. Dijo: «Había un viejo granjero que estaba sentado en un almiar…» Me zumbaron los oídos. Nos la vamos a cargar, pensé. Porque tal «poema» —nos lo había enseñado nuestro padre aquella misma mañana— seguía así: «Riendo y agitando su gran puño peludo / en dirección a los marineros que…», etcétera.[39] Graves sonrió y, bajando la mirada, dijo suavemente: «No tendrías que conocer ese poema.» Creo que fue Beryl quien entonces desvió el juego hacia algo relacionado con los animales domésticos. El único verso que recuerdo de aquella velada es uno de los de Graves: «*The cat was grey, and Siamese…*»[40] Un sobrio octosílabo yámbico (según sabría años después).

—¿Cómo es Graves? —dijo Rob—. ¿Cómo debemos actuar?

Estábamos cruzando ya el pueblo de Deià, y preguntando «¿El señor Graves?», «*¿El poeta?*»[41] a los viandantes, que señalaban una dirección sin el menor asomo de duda. Para entonces Graves había terminado su período de cinco años como catedrático de poesía en Oxford. Una de sus novelas históricas, *Yo, Claudio*, había sido recientemente emitida por televisión, y sus obras especializadas —*La diosa blanca, Los mitos griegos*— seguían estando muy de actualidad. Graves tendría entonces unos setenta y tres años.

—Oh, no te preocupes —le respondí—. Trátalo como si fuera un dios.

Graves pareció un tanto desconcertado, pero en general bastante

complacido de vernos. Quizá se hallaba un tanto mermado respecto del ágil coloso que había sido hacía sólo unos años, pero seguía muy erguido, con la cabeza alzada al viento, y su rostro de moneda antigua no había perdido su prestancia. Le presenté a mis amigos, y dije:

—Siento aparecer así, Robert. Aunque ahora debe de venir a verte gente bastante rara. Ahora que eres tan famoso.

—Oh, sí, es cierto. Ahora viene a verme gente *extraordinaria*. Sí, *extraordinaria*.

Los cinco miramos hacia el terreno rocoso: espolones y riscos, bancales, olivos artríticos. Rob, entonces, le dijo a Graves:

—Haga que aquella montaña se abra.

—¿Qué?

—Conviértala en un volcán.

—¿Qué?

—Venga. Puede hacerlo. Haga que aquella nube se esfume.

—Oh, eres…

—Haga que haya un maremoto.

—¡Eh, tú..!

—Haga que salga la luna.

—Oooh… ¡Serás…!

—Haga que…

Robert agarró a Rob y se puso a hacerle cosquillas como un loco…

42

Un par de horas después el Mini Moke bajaba por el camino de entrada de la casa. Graves corrió hacia ella varias veces para traernos más pan recién hecho, más tarros etiquetados de encurtidos y mermelada casera.

Era el año 1968, tiempo de devaluación y de restricciones de moneda (y de muchas más cosas). El límite de efectivo para los viajes al extranjero era de cincuenta libras por persona. Yo había sacado del país cincuenta libras, y Rob algo menos, porque el día anterior a nuestra partida había ido a una casa de apuestas. Tras dos o tres años de frecuentarlas casi a diario, yo había dejado de ir a las casas de apuestas. Lo dejé cuando de pronto caí en la cuenta de que por tales locales pululaban no gentes ricas que se hacían más y más ricas sino gentes pobres que se hacían más y más pobres. Le comenté tal observación a Rob, que no obstante siguió yendo. Sea como fuere, para cuando llegamos a Mallorca (donde nos alojamos gratis en la casa del padre de Si) a Rob ya no le quedaba dinero para la vuelta.

Y este mal pronto habría de extenderse. Cuando nos dirigíamos hacia el norte desde Barcelona algo vital empezó a fallar en el coche. Me pasé mi decimonoveno cumpleaños del mismo modo que me había

pasado el decimotercero: empujando un coche Pirineos arriba. Pero no fue lo mismo exactamente, porque a este coche también había que empujarlo Pirineos *abajo*. El maldito trasto ni siquiera conseguía deslizarse por la pendiente con el motor apagado. En un texto de 1962 titulado «Something Does Not Work with My Car» [Algo falla en mi coche], Kingsley escribió:

> Al cabo de unos quince kilómetros llegamos a una cuesta ligeramente empinada. Y se acabó. Estábamos en una pequeña localidad llamada Le Boulou, un nombre que jamás podré ver en un mapa (lo más cerca de tal lugar que llegaré a estar en mi vida) sin un horrorizado estremecimiento.

Y allí es donde estábamos. En Le Boulou.[43] La primera vez que tuve que empujar un coche —durante aquel viaje de mi adolescencia—, me encantó, pero ahora, mientras veía cómo Rob se dirigía hacia a la casa más cercana (con intención de llamar por teléfono a un taller de reparaciones) y hacía sonar la aldaba y decía, con lastimosa despreocupación: «*Bon après-midi*…», mientras veía todo esto, antes incluso de que le dieran con la puerta en las narices, yo tenía plena conciencia de la inmensidad del camino que teníamos por delante.

Al final el coche fue remolcado hasta Perpignan. Retrocedimos, pues, y reaccionamos ante la crisis como todos los aventureros de clase media del ancho mundo: telefoneando a casa para pedir más dinero. Yo llamé a mi tío político Colin (Kingsley y Jane también estaban de vacaciones) y le dije:

—Oye, necesitamos que nos mandéis algo de dinero.

—¿Por qué? ¿No podéis trabajar?

—¿Trabajar? ¿En qué? ¿Haciendo qué?

Esperé en Correos mientras Rob lo intentaba con su madre.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho: «Encuentra un trabajo.»

—Dios. Qué manía con que encontremos un trabajo…

No encontramos ningún trabajo. Seguí insistiendo con Colin hasta que logré ablandarlo. Al contable de mi padre le llevaría algo de tiempo ordenar la transferencia (una gestión complicada y quizá no totalmente legal). Rob y yo fuimos gastando con liberalidad lo que nos quedaba, y al día siguiente, tras gastarnos los últimos francos en Coca-Colas y en el juego de la máquina, nos dispusimos a pasar una semana de paciente tembleque y hambre y merodeo constante por la oficina de Correos. Dormíamos en un albergue juvenil de la Asociación de Jóvenes Cristianos regentado por el Estado. Durante el día temblábamos y nos moríamos de hambre en los jardines públicos. En ellos nos mezclábamos con enormes —y enormemente evolucionados

— autoestopistas suecos y alemanes, nórdicos titanes de seguridad en sí mismos que daban la vuelta al mundo por un dólar al año. A un puñado de ellos les invitamos a cigarrillos españoles, y nos quedaron muy agradecidos.

—¿Venís de Barcelona? ¿Es fácil encontrar trabajo en Barcelona?

—Depende.

—¿En los muelles, por ejemplo? ¿Se puede encontrar trabajo en los muelles de Barcelona?

Rob y yo nos miramos: nuestra palidez, nuestra baja estatura, nuestras camisas floreadas… Y, con voces que de pronto sonaron auténticamente adolescentes, empezamos:

—Bueno, es bastante fácil.

—Se puede conseguir.

—Me refiero, bueno, a que no te dan trabajo *así como así* en los muelles de Barcelona.

El dinero nos llegó al fin, por supuesto. Tras recuperar el coche nos quedaron unos quince francos para provisiones. Rob se fue y volvió con unas pastillas de menta, unas galletas de café a la crema y unas naranjadas —combinación que, incluso en el papel, sigue produciéndome un estremecimiento—. El cuello de mi botella de naranjada se rompió cuando intenté abrirla (durante una tormenta histérica en el extrarradio norte de Perpignan), y me di un profundo tajo en la mano. Y a la mañana siguiente vería un poco más de sangre cuando me puse a toser en un área de descanso: mi boca expulsó una especie de medusa traslúcida con una gota de plasma sanguíneo en el centro. Yo sólo estuve un cuarto de hora al volante: una colilla, lanzada hacia mi ventanilla abierta desde el asiento trasero, fue a caerme en la parte trasera de los pantalones vaqueros. Di un volantazo, e invadí el carril contrario cuando venía de frente un camión de mudanzas. Ya no volví a tocar el volante. Rob condujo toda la noche. Firmamos un pagaré en el ferry del canal y llegamos a casa con los últimos decilitros de gasolina.

Cuando era niño siempre anduvimos cortos de dinero. Dormía en un gran cajón y me bañaban en una pila que había en el patio. Mis pañales llevaban siempre unas quemaduras triangulares de haber estado secándose sobre la pantalla de la chimenea. Era duro. La cena de mi padre solía ser la bolsa de sobras que mi madre traía de la cafetería del cine (el Tívoli) donde trabajaba (*Memoirs*: «Swansea»). Había veces en que Kingsley le escribía a Philip Larkin rogándole que le prestara cinco libras —o incluso *una*—. Era realmente duro; pero no recuerdo nada de ello.

Un día, en 1978, en otro coche, Rob me dijo mientras se estaba

apeando:

—Perdona, Mart, pero ¿me podrías dejar diez libras?

Podía, y normalmente solía prestárselas. Pero esta vez no iba a hacerlo.

—Cinco —insistió—. Bueno, *una*.

—De acuerdo, una.

Aquella semana en Perpignan fue mi única experiencia de privación, y de hambre. Las cosas eran diferentes para Rob, que era víctima de los tiempos duros tan sólo ocasionalmente y que demostró tener talento para la adversidad —no para los desastres normales y corrientes, sino para los extraordinarios—. El Rob de buena cuna enseñó con el ejemplo a Osric todo lo relativo a los «*Fraidee*» y «*Saterdee*», a *sofa* y a *lavatory* y a (*with) drawing-room*[44] y a *miffy*.[45] Sin embargo, no había nada de burgués en sus apuros y tribulaciones. Por mucho que lo intentara, mi estimado[46] lector no lograría nunca imaginar los tormentos —de banco de parque, de carbonera de invierno, de carencia de abrigo, de prisión— de mi amigo. Rob, de niño, había ido a un añejo centro privado de primaria: el Christ's Hospital. Luego fue al Westminster, un colegio privado de secundaria igualmente añejo. Luego, a Wormwood Scrubs.[47] Ahora —en 1999— Rob está bien. Hay gente que no sabe jugar con las reglas del juego vigentes; otras reglas tal vez habrían estado bien para él, pero no las existentes. Hace treinta años su cara era nureyeviana; luego —durante cierto tiempo— la experiencia le dio un aire medieval: heridas autoinfligidas, sobrellevadas sin resentimiento. Ahora está bien. Y —por haber vivido en su propia carne la experiencia del total naufragio— vive muy cercano a lo que yo escribo.

DE «AGUA, NO» A «AGUA, SÍ»[48]

En un vagón de metro, en Earls Court, vi a un hombre joven leyendo *El libro de Rachel* una semana después de su publicación. Le estaba gustando, y de la mejor manera imaginable: una sonrisa reacia, una sonrisa abierta, una sonrisa reacia…, y así sucesivamente. Aún hoy sigo lamentando no haberle abordado. Pero aquel día me dije: «Escucha: esto va a sucederte continuamente; acostúmbrate.» Resulta casi innecesario añadir que no volvió a sucederme en mucho tiempo (unos quince años después, alguien con auriculares, en un avión, con el ceño fruncido, leía *El Infierno americano*). Cuando mi primera novela ganó el Premio Somerset Maugham me dije a mí mismo lo mismo: acostúmbrate. Y ya no volvieron a darme *nunca* ningún premio.[49]

Las cláusulas del Somerset Maugham, sobremanera enojosas para

Kingsley, como ya he dicho, exigían que el autor pasase varios meses en el extranjero. Mi padre nos había llevado a todos a Portugal. Yo, cuando lo gané, me fui a España a casa de mi madre. España: de nuevo España. España es mi otro país europeo: no Italia, no Francia. España… En aquel tiempo mamá (porque es así como la llamo y como pienso en ella; incluso he de concentrarme un instante para recordar su nombre, Hilary) confiaba en ganar dinero regentando un bar en Ronda, Málaga. Siempre había creído poseer cierto talento empresarial para la hostelería. Años después, de vuelta en Inglaterra, se ponía cada mañana —a las seis— al volante de una de esas furgonetas que expenden hamburguesas y perritos calientes y pueden verse estacionadas furtivamente en las áreas de descanso. Su gran éxito empresarial, con el que aún seguía entusiasmada entonces, fue un local de *fish and chips* del que fue copropietaria en Ann Arbor, Michigan, y que se llamaba Lucky Jim. En 1974 estaba prosperando, y tenía un nuevo marido (el tercero) y un nuevo hijo (el cuarto). Su casa, Casa de Mondragón, era un calco en pequeño del *palacio*[50] contiguo del mismo nombre.

Fue en una de las habitaciones de ese palacio donde (mientras —para disgusto de quien se alojaría después de mí en el cuarto— llenaba dos botellas de litro de colillas de cigarrillos) pasé mi segunda novela a máquina. Para almorzar cruzaba el puente y entraba en el pueblo, y al acabar de comer me pasaba media hora sintiendo el cálido aliento de los *niños*[51] que, extasiados, no perdían ni un movimiento de mis dedos mientras jugaba a la máquina. Hemingway[52] —en cada bar de Andalucía hay una fotografía firmada de Hemingway emborrachándose o persistiendo en su borrachera en compañía del propietario— recomendaba Ronda, y en particular su casino/club/hotel de la plaza principal, como el óptimo refugio para una fuga amorosa. Ya no hay mucha actividad en el casino: una mesa de billar sin troneras, unos cuantos ancianos jugando al ajedrez al estilo no demasiado cerebral de los españoles, haciendo golpear ruidosamente las fichas contra los escaques mientras lanzan un gruñido y una pulla. Pero Ronda sigue siendo prodigiosa —físicamente emocionante de habitar—. Se alza sobre una alta meseta dividida por una abismal garganta. Si miras desde la cornisa de ésta verás pájaros en vuelo unas decenas de metros más abajo.

España es también el otro país de mi madre, y ella y su marido han vuelto a él recientemente. Viven —ahora, mientras escribo— en la primitiva *casita*[53] cuyo terreno intentaron convertir en una «granja de subsistencia» a finales de los años setenta. Del alcance de su dominio del idioma podrá dar cierta idea la anécdota siguiente: en una ocasión fue víctima de un indeciso intento de violación por parte de un jovenzuelo de la localidad, y mi madre le gritó: «*¡Venga! ¡Venga!*»[54]

Aun así —piénsese en Robert Graves—, aquél era *su* país, el país que más amaba. Y creo saber por qué. Una tarde de 1974 íbamos paseando por la principal calle comercial y nos encontramos con Rafael, un personaje famoso en el municipio. En aquellos días (Franco aún seguiría al frente del Estado un año más) era casi inevitable constatar que en España había gran cantidad de tullidos y lisiados (gente con muletas y demás), pero Rafael era algo realmente especial. De inverosímiles andares, absolutamente inofensivo pese a su cara fieramente contraída, era un espástico espectacular. Parecía Marcel Marceau poniendo toda su alma en la interpretación de un borracho escénico. ¿Cómo un paso tan poco «económico» (se preguntaba uno) podía llevarle a alguna parte? Mientras Rafael —un agitado bulto en la acera— se alejaba centímetro a centímetro, y los convecinos con quienes se cruzaba le saludaban con gritos de «*¡Eh, coño!*»,[55] y le daban un abrazo o le lanzaban un gancho de izquierda en broma, mi madre se volvió hacia mí y me dijo:

—*Adoro* vivir en España. Yo ahora veo a Rafael como a alguien *absolutamente* normal.

Resultaba sorprendente —o me sorprendía a mí, al menosque en Ronda no se hubiera experimentado aún la «timidez dental». Muchos semblantes perfectamente correctos se abrían ante ti sin la menor reserva y dejaban al descubierto un montón de frutos secos, o —más frecuentemente en Andalucía— un montón de frutos secos mezclados con pasas. Era algo que a mí me tocaba muy de cerca, porque no había sonreído abiertamente —como mínimodesde hacía quince años. Mi madre y mi padre llevaban toda la vida padeciendo el tormento de una mala dentadura, y era ya obvio que yo iba a correr la misma suerte. «Lléveselo a casa», le había dicho nuestro dentista galés a mi madre, lavándose las manos después de una sesión particularmente dura. «Es un auténtico *desastre*.» Yo tenía entonces diez años. Ahora mi dentadura estaba acusando un proceso de deterioro que un dentista posterior no dudó en calificar de *dramático*. En los últimos años de la adolescencia uno de mis incisivos superiores se me había metido hacia dentro, en ángulo recto, por un codazo de mi hermano (durante una de las raras trifulcas a tres que un día tuvimos mi hermano y yo y nuestro padre), y años después uno de los incisivos *inferiores* se me partió a la altura de la encía cuando Rob me lanzó a la cara un puñado de fichas de póquer (al cabo de grandes provocaciones por mi parte, y sin excesiva contundencia). Mi dentadura no era buena. Mis dientes y muelas no casaban. *No casaban*. Cuando apretaba los dientes, no casaban. La boca es tremendamente vulnerable a la obsesión. Si algo está sucediendo en el interior de una persona, sucede donde uno habita: en la boca. Uno de los personajes de la novela que estaba a punto de terminar entonces era un monomaniaco dental (incapaz, de

principio a fin, de pensar en ninguna otra cosa), y ése era casi mi caso. Así que entendía y compartía el amor de mi madre por España. Era muy sencillo: los niveles de exigencia eran más bajos, y menor la vergüenza aparejada al cuerpo propio.

Mi medio hermano Jaime tenía dos años en 1974, y por tanto tengo casi la certeza de que el incidente que voy a relatar tuvo lugar en un verano posterior. Lo cuento ahora, sin embargo, porque se me antoja una mordaz apostilla satírica a la vida sentimental que yo llevaba entonces.

Como a muchos niños en España, a Jaime se le permitía acompañar la cena con un vaso de vino tinto[56] convenientemente rebajado con agua. Aquella noche Jaime siguió con ojo crítico la operación de aguado de su vino. «*Agua, no*», decía una y otra vez, con el dedo índice levantado cada vez que mi madre iba hasta el grifo. «*Agua, no.*» Probablemente se había tomado ya dos o tres vasos cuando, antes de que nadie pudiera impedírselo, agarró un gin-tónic desatendido y se lo echó al coleto. Lo que siguió fue un descarnado (y asombrosamente compendiado) paradigma de la borrachera. Jaime rió, bailó, cantó, vociferó, armó camorra y finalmente se quedó dormido, todo ello en un cuarto de hora. Luego, como media hora después, nos llegaron unos gemidos resecos desde su habitación. Jaime tenía una resaca considerable. La voz, débilmente, decía:

—¡*Agua…! ¡Agua…*!

—*Agua, sí* —dijo Kingsley cuando se lo conté.

—Exacto. Todo el camino desde el «*agua, no*» al «*agua, sí*» en el lapso de una hora.

Una avidez, un solipsismo y una indisciplina tales parecían marcar mi vida amorosa; y muy a menudo tenía la sensación de que el tiempo se aceleraba, de que alguien jugaba con él a su antojo. Mi idilio con Tina Brown[57] fue amor (las preguntas «¿Es ahora? ¿Eres tú?» tenían una respuesta claramente positiva), pero se acabó muy pronto, como si algo mucho más extenso se hubiera comprimido por error hasta verse reducido a seis o siete meses… Cuando mi padre hubo de hacer el viaje del Premio Somerset Maugham tenía treinta y tres años, y éramos cinco de familia. Mi madre fue mi madre cuando tenía veintiún años, y la de Philip cuando tenía veinte. Ésa era la pauta de su generación. La pauta de la mía era casarse tarde, y tener hijos tarde.[58] Yo entonces no lo sabía, pero aún me quedaba mucho, mucho tiempo de soltería por delante. Y empezaban a germinar en mí los inicios de una pauta nueva. La pasión se marchitaba. Tres meses, seis meses, doce meses…, y los amores tendían a marchitarse hasta desaparecer. Tina, hablando de un espacio en blanco en mi repertorio emocional, afirmaría tiempo después que a mí jamás me había partido el corazón un asunto amoroso. Hoy soy capaz de reconocer que en

alguna parte de mi corazón albergaba una desconfianza subconsciente respecto del amor (volveré sobre ello más tarde). Pero en aquel tiempo yo vivía esto como un proceso —un proceso cada día más familiar e inexorable—. La pasión, luego la pasión menguante…, y vuelta a empezar. Todo el proceso desde «*venga*» a «*fuera*», desde «*agua, sí*» a «*agua, no*».

Uno de mis más breves idilios —uno de los más condensados en el tiempo— motivó otra de mis visitas a mi madre, no mucho después de su regreso —a regañadientes— a Inglaterra en 1977. Le dije que tenía algo que contarle. Y que quería enseñarle una fotografía.

—Sí, querido.

Casi tres años atrás, le expliqué, había tenido un romance con una mujer joven llamada Lamorna. Entonces estaba casada —y seguía estándolo ahora— con un hombre mucho mayor que ella llamado Patrick, a quien yo conocía superficialmente desde hacía algún tiempo («Es un tipo que salió con Gully, mamá», le expliqué, refiriéndome a la destinataria de la dedicatoria de mi primera novela. Mi madre, entonces, sonrió, sintiéndose ya más cómoda en todo aquel asunto). Patrick y Lamorna —continué— no se llevaban bien en aquel tiempo, y su matrimonio era absolutamente casto.

—Sí, querido.

Le conté que Lamorna y yo seguíamos siendo amigos, y que recientemente habíamos comido juntos. No seguí contándole que Lamorna me había impresionado con su porte y su esplendor: su belleza, su cordura. Lamorna padecía un trastorno maniacodepresivo, un mal frívola pero memorablemente descrito en cierta ocasión como el Arnold Schwarzenegger de las enfermedades mentales. En el pasado la había visto, y volvería a verla de nuevo, en un estado de agitación sedada: desorganizada mentalmente, y acosada por pequeños miedos, por pequeños enemigos. El día en que almorzamos juntos era yo quien era presa de una gran agitación (un asunto del corazón), y recuerdo que Lamorna me sugirió que pidiera algo no monolítico —como un estofado o un fricandó—, porque así no tendría que enfrentarme al enorme bloque de un bistec o una chuleta. Lamorna conocía bien la agitación. El restaurante era el viejo Bertorelli’s de Queensway, justo enfrente de la librería (ambos han desaparecido hace ya tiempo, como constata sin pena el narrador de *Dinero*), y Lamorna estaba hermosa y radiante en medio de aquella madera oscura y aquellas luminosas mantelerías. Yo estaba, como de costumbre, obsesivamente atento a la salud y belleza de su dentadura; cuando mordió su tostada de huevas de pescado, empezaron a brotarle como unas húmedas inflorescencias rosas entre los mínimos vértices de los dientes. Me había dado la impresión de que jamás había estado más fuerte y más feliz. Me había

dado la impresión de que había encontrado el equilibrio. Y estaba equivocado: diametralmente equivocado.

—Me habló de su hija —continué—. Y luego vino la fotografía, mamá. Me dio la fotografía.

—Sí, querido.

La tenía preparada en el bolsillo. Mostraba a una niñita de dos años con un vestido oscuro de flores, con bordado de nido de abeja en el pecho, mangas cortas y abombadas y ribetes rosas. Su pelo era rubio, hermoso. Su sonrisa era recatada: contenta, pero apaciblemente contenta.

Mi madre me la quitó de la mano.

—Lamorna dice que soy el padre. ¿Qué piensas tú, mamá?

Mi madre sostuvo la fotografía en el aire, a distintas distancias de los ojos. Primero la alejó hasta donde le alcanzaba el brazo, mientras se ajustaba las gafas con la mano libre. Luego la puso más cerca. Luego, sin alzar la mirada, dijo:

—*No hay ninguna duda*.

Lamorna tardaría aún unos meses en aparecer en mi vida. Yo estaba sentado en mi mesa del *palacio* (en el edificio se respiraba esa atmósfera de inmovilidad que precede a la decadencia), y tenía en la mente la ausencia de alguien consanguíneo. En algún hondo lugar de la mente.

Había muchas razones por las que a mi madre le encantaba vivir en España. Y el hecho de que en la mayoría de las farmacias se pudieran comprar libremente anfetaminas no era la menos importante de ellas. En un momento dado las autoridades prohibieron su venta sin receta, y ella tuvo que ponerse diez capas de ropa encima e ir al hospital y fingir que era sobremanera obesa (algo que pudo simular bien en el invierno, pero no tan fácilmente durante los meses de calor africano de julio y agosto). Veía esta droga principalmente como un medio de ahorrarse las penalidades del trabajo. Siempre sabíamos cuándo mi madre «estaba en anfetas», porque de pronto se ponía a limpiar y a reorganizar la casa como una loca. La oíamos ir de cuarto en cuarto, cantando, con un sofá bajo el brazo y un aparador bajo el otro. Y aquella vez, siendo verano, la vi entregarse a una limpieza a fondo con la misma meticulosidad de siempre pero sin el mismo brío. Creo que le pregunté si ya no le quedaban más pastillas. Y ella me recordó que mi tía Miggy estaba a punto de llegar para pasar unos días con ella. Y, claro, quería que la casa estuviera impecable. No hablamos más de ello.

La visita de mi tía me hizo pensar —si es ésa exactamente la palabra que quiero emplear— en el funesto (y harto difícil de

asimilar) suceso de diciembre del año anterior. ¿Puede uno imaginar algo que no sea capaz de asimilar? No creo que pueda. O no creo que quiera intentarlo.

En aquellos tiempos solía pasarme los días de Nochebuena comprando los regalos de Navidad; luego recorría las calles de Londres en mi Mini (que arrancaba como mínimo el cincuenta por ciento de las veces) para recoger a mi hermana y a mi hermano —y quizá también a su novia—, y enfilábamos rumbo a la gran casa del norte de Barnet, con el coche lleno de regalos, botellas, bolsas de patatas fritas, latas de cerveza y colillas de porros, y yo me sentía como un vampiro que al atardecer pisara el acelerador de su ataúd abarrotado de gente para llegar al castillo antes del crepúsculo. Las Navidades, en Inglaterra, eran unas fechas oscuras: las luces se apagaban en todas partes desde el 24 de diciembre hasta lo que se me antojaba finales de enero, de forma que el mundo entero se volvía tan negro como Aberdeen.

La casa de Hadley Common era una ciudadela de probada solvencia alborotadora, no sólo en Navidades sino todos los fines de semana. En su interior sentías una sensación de incondicional respaldo, y había en ella una bodega, un barril de whisky de malta, una amplísima despensa a prueba de tormentas de nieve y de paralización de todos los servicios. Creo que fue en la mañana de esa Navidad cuando los cuatro Amis, con la bandeja del desayuno en el regazo, vimos *Viaje al centro de la tierra*, y luego nos fuimos al pub, y luego tuvimos un almuerzo que duró todo el día, toda la semana. Y Kingsley era el pivote de toda jocosidad y todo ánimo festivo, la auténtica alma del festejo… Me sentía tan seguro en aquella casa —y, por el contrario, tan inseguro en cualquier otra parte— que siempre experimentaba cierta aprensión cuando me subía al coche el domingo por la noche, cualquier domingo por la noche, y partía rumbo a la autopista, rumbo al lunes, hacia el apartamento grande o pequeño, la calle, el trabajo, el «terror del vagabundo», el mundo exterior. Una aprensión que se acrecentaría sobremanera tras aquella Navidad interminable —un domingo sin fin, un domingo al cuadrado o al cubo —. Y ahora, amén de esto, en el mundo exterior faltaba alguien. Porque en la noche del 27 de diciembre de 1973 desapareció mi prima Lucy Partington.

Habíamos cenado tarde, al estilo español, y yo estaba en la cocina con mi madre y mi tía. Ellas estaban junto al escurreplatos, preparando una bebida caliente, y yo seguía en la mesa, absorto en una desagradable, nada constructiva y —sobre todo— absolutamente familiar ensoñación en torno a mis dientes; un reciente estallido en los de arriba me había hecho muy sensible al tacto toda la parte derecha

de la nariz, por lo que, cómo no, no hacía más que tocármela, palpármela, analizármela… Desperté de mi ensueño cuando caí en la cuenta de que las dos hermanas hablaban —por primera vez en mi presencia— de mi prima Lucy. Yo tenía un pasado lleno de amor por mi tía Miggy: ella y sus cuatro hijos —en especial los dos mayores, Marian y David— fueron figuras indispensables en mi adolescencia y primera juventud; y también había amado mucho a Lucy, que seguía vívidamente en mí. Así que mi corazón sufría por su ausencia. Pero ¿y mi imaginación?

No era la primera vez que me había visto tan cerca de una posible ausencia. Cuando tenía seis años mi hermana —de dos añosresbaló de la mesa del jardín y cayó de cabeza contra el suelo de piedra. Durante un día y una noche su vida estuvo en peligro.[59] En absoluto preparado, en absoluto «programado» para hacer frente a ésta o cualquier otra muerte de alguien próximo, me sentía como arropado por un siniestro secreto, por una siniestra intimidad y quietud. Sentí esa misma sensación de exclusión, de inminente opacidad y silencio, una segunda vez, en la pubertad, cuando tras una larga separación empecé a sospechar que jamás volvería a ver a mi padre… Pero estas dos experiencias no me habían aportado el entendimiento necesario para comprender la trascendencia y la hondura de la tragedia de mi prima. La comprensión, o una vislumbre de ella, se hallaba aún muy lejana, no en el espacio sino en el tiempo. Me llegaría en el campo, más allá de Ronda, cuando mi hijo de tres años salió al jardín a «explorar» en compañía del perro de mi suegra. Un cuarto de hora después el perro volvió, solo. Y transcurrió quizá otra hora antes de que encontraran a mi hijo. Lo que me causó una gran extrañeza, transcurrido cierto tiempo, fue cómo la sensación de náusea y pánico aparentemente extremos había seguido creciendo y creciendo de forma inacabable. Pero eso fue en 1987, y estamos en 1974.

Mi tía, apoyada en la encimera de la cocina, con su taza caliente entre ambas manos, dijo, con voz exenta de todo énfasis, que no había pasado un solo minuto en que no hubiera pensado en Lucy, en que no se hubiera preguntado dónde estaba… Yo, al oírlo, ante la hondura de mi incomprensión, me replegué en mí mismo. Y agaché la cabeza. Iba a cumplir veinticinco años, pero cuán joven era; cuán realmente, terriblemente *joven* era… Y cómo dura la juventud, ese tiempo de constante impostura, cuando uno finge entenderlo todo y en realidad no entiende nada… Uno no entiende nada acerca del *tiempo*. Agaché la cabeza y pensé: «¡Pobre Miggy! Qué terrible es todo esto. Sigue pensando en Lucy cada minuto, y han pasado… nueve meses.»

¿Nueve *meses*?

CARTA ESCOLAR

Durham ha salido bien finalmente.[60]

55 Marine Parade
Brighton, Sussex
30-11-67

Queridísimos papá y Jane:

He acabado los exámenes (más o menos). Han sido una inmensa decepción. La semana pasada caí enfermo: una mononucleo sis infecciosa leve: dolor de cabeza, dolor de garganta (endiablado), sudores, ¡cuarenta de fiebre…! He estado tres días en la cama, gimiendo y babeando sobre la almohada. El caso es que durante los exámenes no me encontraba demasiado despierto; me sentía incapaz de hacerlos, aunque de hecho estaban totalmente dentro de mis posibilidades. El duende [el señor Ardagh] lo notó, y después de leer mis exámenes me ha dicho que, aunque no han sido tan desastrosos, no daban la medida de lo habitual en mí. La señora Gibbs [la madre del duende], que, por así decir, sobrevivió a esta misma enfermedad, ha conseguido un certificado y el duende lo ha adjuntado a mis exámenes. Sentí una horrible sensación de ineptitud, y una espantosa sensación de histeria, de ganas de hacer pedazos mis primeras tentativas de responder a las preguntas, y al cabo de veinte minutos me puse a llorar en silencio. Siento que haya podido joder mis posibilidades de entrar en Oxford (en fin, esperemos que no).

Igualmente inquietante es el aspecto que están tomando las cosas aquí en Rottingdean. Hoy he tenido una entrevista. El tipo me ha dicho que *no* iba a dar clases ni de literatura *ni* de historia inglesas. Sólo de matemáticas (incluidas las MODERNAS), y a los alumnos de ocho y nueve años; además, claro, de las de críquet y rugby de las tardes. Es bastante obvio que lo que quieren es un simplón, porque ¿cómo va a beneficiarme a mí todo esto? Aparte de no ser bueno para *mí*, no va a ser *bueno* para mí, si sabéis a lo que me refiero. El trabajo a tiempo parcial es, en realidad, un trabajo de jornada completa con la mitad de salario (cinco guineas). Tendré que estar allí de 9 a 7. No entiendo cómo eso puede ayudarme en el lío de la literatura inglesa en que me estoy metiendo, por mucho que me guste tal lío. ¿A qué estamos jugando? No puedo convencerme de que esto sea lo que esperabais… No tendré tiempo para leer porque estaré demasiado ocupado en un trabajo de lo más desagradable. ¿Dónde está el bien que va a hacerme tal trabajo? He estado temiendo esto durante meses, y admitiendo, en momentos de euforia, que al menos será divertido montar una obra de Shakespeare. No puedo soportar la idea de verme

todos los días haciendo el tonto en el campo de rugby. Y como no puedo aceptar que ello se haya concebido para que expíe pecados y fracasos recientes, porque no ha habido ninguno, ¿a qué estamos jugando? Ni siquiera se trata de algo intelectual, por el amor de Dios… Y os ruego que no lleguéis a la conclusión de que, bien mirado, de una forma u otra, esto tal vez acabe haciéndole algún tipo de bien a mi persona. Se necesita algo más tangible que eso. No suspendí TODAS las asignaturas de segundo de secundaria. Me dediqué sólo a un par de ellas. Y ahora os digo —sin el menor resentimiento—[61] que todo esto lo habéis dispuesto sin consultarme *en absoluto*, a menos que contéis el hecho de haberme preguntado si estaría dispuesto a acatar el plan general que habíais trazado al respecto… Ahora, retrospectivamente, me parece incomprensible: ¿estáis seguros de que no he cometido algún crimen atroz que yo haya olvidado y por el cual se me esté imponiendo este prolongado y penoso castigo? Repito que no estoy nada resentido; sólo que no sé lo que pretendéis.

Probablemente estáis esperando, inquietos, que vaya a sugeriros que me proporcionéis un ático en Park Lane y una asignación de 500 libras. No, maldita sea. Creo que no sería razonable. Pero ¿por qué no habría de conseguir un trabajo completamente normal, en el que pudiera empezar a cosechar «la recompensa que trae consigo el coraje»? Seguiría en Brighton, y recibiría montones de clases particulares del duende. Os ahorraría mucho dinero (no me equivoco, creedme), y me permitiría seguir con mis lecturas a un ritmo mucho más acelerado. Dado que las clases que tendría que dar han resultado ser espectacularmente «no escolares», ¿por qué no intentar algo «no espectacularmente» escolar? Y, por favor, no pensemos que tenemos que seguir adelante sólo porque el plan haya ido ya muy lejos.

En fin, el duende estaría de acuerdo en que lo dejara y me pusiera a buscar otro trabajo, así que si no hay acontecimientos que puedan hacernos más apetecible el que tengo, ¿me dais vuestro permiso para dejarlo?

Siento que esta carta suene tan quejumbrosa/irascible/malcriada, etc. Con amor, besos

Mart

Posdata: Papá: no sabía que te gustara que en tu poesía hubiera pasión…, *mucha* pasión.

Pos-posdata: (¿Podríais responderme *cuanto antes?*)

UNA PARADA DE AUTOBÚS: 1994

Hace poco, hurgando en mis papeles, encontré una carta de mi primo David Partington que conservaba de milagro, porque jamás guardo las cartas (ni siquiera las de mi padre).

No tiene fecha. Pero mi primo se refiere al efecto de la paternidad en mi nuevo libro, cuyo título menciona. Mis hijos nacieron en 1984 y 1986, y mi nuevo libro era *Los monstruos de Einstein* (1987). Julian Barnes ha dicho que los novelistas no escriben «sobre» sus temas y asuntos, sino «en torno a» ellos, y esto es con bastante exactitud lo que yo pienso al respecto. El libro constaba de cinco relatos cortos *en torno a* las armas nucleares y de un ensayo preliminar *sobre* ellas. Por supuesto, la etapa que va desde mitades a finales de la década de los ochenta fue una de las más *calientes* de la guerra fría: la época de la gran concentración de armas de Reagan; del incremento del gasto; del «imperio del mal»; de la Guerra de las Galaxias («la fuerza está con nosotros»)… Gorbachov aún no había mostrado sus cartas, y —por esa época— Reagan acusó a los rusos de que su lengua carecía de una palabra que designara la *détente*.

Lo que sigue se ha tomado de la polémica introducción, titulada «*Concebibilidad.*»

> Cuando le dije [a mi padre] que estaba escribiendo un libro sobre las armas nucleares, me dijo en tono cantarín: «Ah, supongo que estás… "en contra de ellas", ¿no?» *Épater les bienpensants* es su regla de oro… Soy decididamente más duro con mi padre en el asunto de las armas nucleares que en cualquier otro, más duro de lo que haya podido serlo nunca desde mis años adolescentes. Suelo acabar la discusión diciendo algo como: «Bien, sólo tenemos que esperar a que vayáis muriendo uno a uno, pobres bastardos.» Y él diciendo algo como: «Piénsalo. Sólo con clausurar el Arts Council podríamos aumentar considerablemente nuestro arsenal nuclear. Las ayudas a los poetas podrían costear durante un año el funcionamiento de un submarino nuclear. Con el dinero empleado en *una sola* representación de *Rosenkavalier* podríamos comprar una ojiva nuclear. Si cerramos todos los

hospitales de Londres podríamos…» La sátira es en parte acertada, porque no hago más que hablar y hablar de las armas nucleares pero no sé qué diablos hacer con ellas.

Después de leer sus *Letters*, sé que Kingsley estaba genuinamente (y —me da la impresión— regocijadamente) enfurecido por mi toma de posición al respecto. En una carta a Robert Conquest le decía años después lo «jodido necio» que yo era, que había llegado a la «izquierda» tan tarde (un «jodido necio», en su vocabulario, designaba a alguien lo suficientemente brillante como para acabar sabiendo qué era lo correcto). El domingo siguiente a la publicación de *Los monstruos de Einstein* fui con mi hijo de tres años, como de costumbre, a almorzar a casa de mi padre. Y Louis —recuerdo— se quedó horrorizado ante nuestro intercambio nada más vernos:

—HE LEÍDO TU COSA SOBRE LAS ARMAS NUCLEARES Y NO DICE NI UNA PUTA PALABRA DE LO QUE TENEMOS QUE HACER CON ELLAS.

—BUENO, NO ES NADA EXTRAÑO, PORQUE DESPUÉS DE CUARENTA AÑOS NO HAY *NADIE* QUE SEPA QUÉ DIABLOS HACER CON ELLAS.

Al recordarlo ahora con detenimiento, veo que mi padre estaba enfurecido de verdad: jamás lo había visto tan agresivo. Mi hermano Philip hace una imitación magistral de Kingsley en tal estado de ánimo: le vibra toda la cabeza, los ojos se le hinchan ominosamente, la boca se le tensa en una violenta y falsa sonrisa, y (más revelador aún) las uñas de los índices se ponen a escarbar, casi hasta hacerse sangre, en las cutículas de los pulgares… Los sentimientos respecto a las armas nucleares dependen, entre otras cosas, de la fecha en que uno haya nacido. Sé exactamente lo que a mí me sucedió. Cuando era niño mis profesores de primaria me hacían tenderme en el suelo y confiar en que la tapa de mi pupitre me protegiera del fin del mundo; percibí, pues, la violencia y el absurdo que acechaban más allá de la reflexión, y al cabo de los años lo expulsé de mi mente consciente. Luego, a los treinta y cinco años,[62] con la paternidad, desarrollé nuevos instintos de protección que me hicieron volver a experimentar aquella angustia arrumbada o reprimida, aquella angustia callada. Y los sentimientos seguían allí para sentirlos, y las historias estaban allí para escribirlas.

«¿Te acuerdas?», me escribía mi primo en aquella carta,

> de que cuando teníamos doce años[63] hablábamos de lo que haríamos si de pronto todos desaparecieran menos nosotros y el mundo quedara intacto? Tú estarías en Cambridge y yo en Gretton; nos pondríamos en contacto y nos reuniríamos. Puede

que hasta tuviéramos un plan.

¿Te acuerdas? Sí, David. Me acuerdo. Me acuerdo de todo. Porque todo ello se halla conectado en mi mente. Y me acuerdo de que pensaba en ti, y en tu madre, cuando escribí:

> Me dan asco: me dan asco las armas nucleares… Están allí y yo estoy aquí; ellas son inertes y yo estoy vivo, y sin embargo, al pensar en ellas, siento ganas de vomitar; me hacen sentir una sensación de náusea en el estómago; me hacen sentirme como si uno de mis hijos pequeños llevara fuera de casa mucho tiempo, y se estuviera haciendo muy, muy tarde, y empezara a anochecer…

A veces, durante cierto tiempo, David lograba persuadirse a sí mismo de que Lucy seguía viva —con vida, pero en otro sitio—. Como es lógico, todos los Partington intentaban de cuando en cuando algo parecido. Mi madre también lo intentaba. Yo también lo intentaba. Lucy era una chica seria, resuelta, artística, musical y religiosa. Desde que éramos niños, el mensaje que siempre me había transmitido Lucy era que jamás conseguirían desviarla ni disuadirla de sus cosas. Era muy difícil imaginar a Lucy proclive a de sa pa re cer sin dejar rastro; pero no costaba nada imaginarla con la voluntad necesaria para hacerlo. Así que estaba en un convento, en alguna parte, o era violinista en Melbourne, o una poetisa con seudónimo en Montreal. Claro que estas ensoñaciones topaban con un obstáculo de peso: el hecho de que Lucy fuera buena y amable, y estuviera cuerda. A lo cual sólo podría responderse: «Bien, debo de haber estado equivocado al respecto», y supongo que ello podría sorprender enormemente a cierta gente: esa que siempre está dispuesta a propalar las penas. Así, la discusión continuó (muy débilmente después de un tiempo, y al cabo casi inaudible, dada la distancia del hecho aciago) por espacio de veintiún años.

Fue David quien llevó a Lucy a Cheltenham el 27 de diciembre de 1973.

Y estamos en 1997.

—Podría *perfectamente* haberla ido a recoger para traerla a casa. Se lo ofrecí.

Pero Lucy había decidido coger el autobús, y de nada valía discutir con ella cuando había tomado una decisión.

—Si hubiera insistido…

—Podrías seguir hasta el infinito —le dije— con esa cadena de «*si…*».

David fue uno de los grandes amores de mi niñez. Hoy, en nuestra

pesada forma adulta, nos vemos raras veces, pero los lazos siguen siendo más fuertes que entre simples primos. Mi hermano[64] es, por supuesto, irremplazable, al igual que mi medio hermano Jaime. Pero durante gran parte de mi niñez deseé vehementemente que David fuera mi hermano. Él lo quería también, y nuestra afinidad continúa. Cuando estaba escribiendo la novela *Campos de Londres* encaré la tarea menor de pensar en un nombre para el hermano del narrador: me llevó apenas un segundo dar con el nombre de David (el personaje era judío, y —reparo ahora en ellomoría muy joven…).

Este encuentro entre David Partington y yo tuvo lugar el 31 de octubre de 1997, la víspera del día de Todos los Santos. El aciago destino de Lucy era de dominio público desde marzo de 1994. Más que de dominio público. La suerte que había corrido Lucy —idéntica a la de todas las demás víctimas— era conocida por *todo* el país: formaba parte de algo que todos los ciudadanos se sentían obligados a compartir. Y desde entonces David tiene que armarse de valor para abrir el periódico cada mañana. Porque todo empezaba de nuevo: despertar en mitad de la noche y levantarse y pasarse horas en vela llorando y maldiciendo. Tal como se sentía al día siguiente de la desaparición de su hermana. «Lucy no volvió a casa anoche.» Nadie había vuelto a ocupar su cuarto, y en su cama, que seguía hecha, no había vuelto a dormir nadie. Se tenía certeza de la fatalidad. Y allí estaba mi pobre primo (odio pensar en ello), en el patio, llorando y levantando los puños y diciendo: «¡Si alguien le ha hecho algo…!»

Llorar y maldecir, renegar y sollozar: debería haber una palabra que aunara ambas cosas. En noviembre de 1918, la noticia del armisticio inspiró a Siegfried Sassoon los siguientes versos: «Y me sentí anegado por el contento / que debe de sentir un pájaro enjaulado al recobrar la libertad.» Robert Graves, sin embargo, sintió lo siguiente: «La noticia me hizo salir a pasear por el dique que da a las marismas de Rhuddlan (un antiguo campo de batalla: la de Flodden, en Gales), maldiciendo y llorando y pensando en los muertos.» Maldiciendo y llorando y pensando en los muertos: debería haber una palabra que aunara las tres cosas. «Dolerse» no sirve. Hablo de algo anterior. Es —pienso— no una lucha para «aceptarlo» sino una lucha para «creerlo».

—Cuando la llevabas a casa de su amiga, ¿te acuerdas de qué hablasteis?

—Sí, yo intentaba justificar a la chica con la que salía, que era…, bueno, *sexy* pero un poco tonta. Lucy estuvo muy contemporizadora. Nada crítica. Pero yo seguía necesitando justificarme.

—Seis años después de su desaparición, ¿te acuerdas? —dije—. ¿Te acuerdas de que hablamos de ello? Tú decías que querías vengarla. Con tus propias manos. ¿Sigues queriendo hacerlo?

—No. Pero ahora mismo, o en cualquier momento del pasado, habría dado la vida por que Lucy hubiera podido vivir la suya. Porque mi vida es… Y la suya era…

—Te entiendo. Pero no seas duro contigo mismo. Creo que eres modélico…

—¿Yo?

Se hizo un silencio, y ambos nos quedamos pensativos: en la misma línea de pensamiento. La noche del 27 de diciembre de 1973 Lucy Partington fue secuestrada por Frederick West, uno de los asesinos con más víctimas de la historia del Reino Unido. Fue decapitada y descuartizada, y sus restos fueron embutidos contra una bajante del edificio, entre cañerías llenas de fugas, junto con un cuchillo, una cuerda, un trozo de cinta adhesiva y dos horquillas. Pero lo que no puede saberse es lo que le sucedió realmente mientras estaba viva. Los archivos médicos dan cuenta de que, justo después de la medianoche del 2 al 3 de enero de 1974, West se presentó en la sala de Urgencias del Gloucester Royal Hospital con un gran desgarro en la mano derecha. «Parece muy probable que la mantuviera con vida varios días», escribe un comentarista. Las pruebas en tal sentido, sin embargo, no son sino meramente circunstanciales. «Es posible», escribe otro, «que [West] se hiciera la herida durante el descuartizamiento del cadáver, pero también es posible que no, y ésta es la hipótesis con la que me gustaría que se quedara la familia.»

Le dije a David:

—He leído todos los libros que han salido, y no hay…

David trató de desviar un poco el rumbo de la conversación, como asombrado de que yo hubiera podido soportar unos textos que a él le suscitaban la más honda de las repugnancias. Aquellos libros… Me apresuré a esconderlos en un aparador cuando, un par de meses más tarde, mi primo vino a pasar la noche a mi casa. Bien, los libros eran lo que eran, pero me habían dado algo que quería que David oyera.

—He leído todos los libros, y no hay pruebas fehacientes de que no acabara todo allí, en aquel momento: en la parada del autobús.

Y añadí, con la esperanza de que pudiera servirle de consuelo:

—Lucy tuvo muy mala suerte, David. Tu hermana tuvo una increíble mala suerte.

Era domingo, 10 de julio de 1994, y uno de los días más hermosos de aquel año o de cualquiera de los que recuerdo. Una mañana sin tacha, una tarde radiante, azul. No tenía idea de la crucial, transmutadora experiencia que me esperaba poco después. Vivía, o iba tirando o subsistiendo de momento a momento, de una hora a la siguiente… Como mucha gente que aún no ha cumplido los cuarenta,

yo solía dar escaso crédito a la crisis de la edad mediana: era la excusa esgrimida por los bobos y peleles que, por una razón u otra, eran incapaces de seguir la línea recta. Cuando mi crisis pasó (y esas crisis acaban: una crisis no puede seguir siéndolo indefinidamente), vi que se trataba de algo intrínseco y estructural. Tenía que ver con las cosas que ya estaban mal de antemano y a las que no se les había hecho frente. La crisis de la edad mediana te impone sensiblerías y humillaciones, pero es parte del tormento. En un plano más material, te sitúa en una cabeza de playa de dolor que tus propios clichés han creado. Pero más tarde ves que se estaba dando en ti un reajuste, algo ineludible y universal que tiene que ver con tu idea —en proceso de cambio— de la muerte (uno debería pasar obligatoriamente una crisis de este tipo). La gente dice que un niño que va madurando comprende primero la muerte de una mascota, luego la de un abuelo, y luego incluso la de alguien de su propia edad. Sólo en la adolescencia empezamos a oír los primeros rumores de la propia muerte, rumores que seguirán siendo vagos hasta la irrefutable confirmación de la madurez, cuando el mirar hacia el final del camino se convierte en algo constante. La juventud se ha esfumado al fin, y con ella la creencia en la propia invulnerabilidad. El conocimiento te marca: hace que tu pelo se vuelva cano y ralo, te mancha las órbitas de los ojos… Aquel domingo del 10 de julio de 1994 yo estaba tan pegado al presente como el capitán MacWhirr de *Tifón*, de Conrad, que contemplaba cómo los zapatos que se acababa de quitar «se deslizaban de un lado a otro del camarote, retozando uno sobre otro como dos cachorros», mientras la oscura tormenta empezaba a mostrar a las claras todo su poder.[65] Yo no esperaba ninguna revelación salvadora, pero la tuve.

Aquel día tenía dos razones más para sentirme poco receptivo. La primera, que tenía —cómo no— dolor de muelas: un dolor de muelas cómico, de esos que se ven en las tiras humorísticas de los periódicos y que muestran la sala de espera de un dentista (podía haber llevado perfectamente una funda de almohada alrededor de la cabeza); el bulto de un lado de las mandíbulas amenazaba con cerrarme el ojo derecho. La segunda, que estaba pasando por la peor época que había conocido en toda mi trayectoria de narrador: estaba acabando una larga novela, y mi ansiedad era tan intensa que alcanzaba a veces niveles de enconamiento. Las muelas me habían empezado a doler el viernes, en Oxford, donde pasé una noche de dolor insomne en casa de Ian McEwan (otro artista en la crisis de la edad mediana, como todos mis mejores amigos; si bien, en su caso, se debía a causas externas), seguida de un horrorizado autoexamen en el cuarto de baño. Durante el día y medio siguientes el absceso dejó de dolerme y se limitó a seguir hinchándose. Era espectacular: absolutamente excepcional (el

caso es que mi dentadura estaba ya en fase terminal, y lo que debía hacer sin tardanza me daba auténtico pánico). Apretándome una cubitera contra la mejilla, ante el espejo, vi que había adquirido un atributo que yo había otorgado por azar a uno de mis personajes menores más toscos: ventanas de la nariz «velocípedas». El lado derecho de mi cara le decía al izquierdo qué aspecto iba a tener cuando se pusiera muy, muy gordo. Nadie hizo ningún comentario al respecto aquel fin de semana. Los familiares porque lo entendían perfectamente; los demás, por tacto y decoro y discreta miopía, y porque las reuniones humanas son así: uno guarda una visión indulgente de una vagamente recordada cara deformada por un derrame cerebral, o una parálisis, o cualquier otro achaque motivado por la edad.

En términos logísticos, el fin de semana había sido hasta el momento bastante típico para alguien en mis circunstancias. Subí a Oxford con los niños el viernes, bajé a Londres con los niños el sábado, subí a Oxford con los niños el domingo (para transferírselos a mi mujer —estábamos separados—, que vivía en Londres pero estaba en Oxford)… Pero aquel día debía continuar el viaje. En el coche íbamos mi madre, mi hermano y yo, y enfilábamos rumbo al noroeste, y por fin podíamos hablar (y fumar, y toser) y prepararnos para lo que teníamos que hacer aquella tarde. Nos dirigíamos a Cheltenham, Gloucestershire, donde, en unión de más de un centenar de personas, íbamos a asistir a una ceremonia en memoria de Lucy Katherine Partington (1952-1973) que se celebraría en la Religious Society of Friends Meeting House. El funeral había sido pospuesto porque los restos de Lucy aún seguían retenidos como prueba por la policía. Seguimos carretera adelante. Mi madre utilizaba como cenicero una lata de pastillas para la garganta vacía y con tapa. Advirtió a sus hijos que no se sentaría con ellos —ni siquiera cerca de ellos, ni al alcance de su vista—. Mi hermano y yo lo entendimos y aceptamos (las razones las desvelaré más adelante). Los tres fumábamos, tosíamos, pensábamos, mientras seguíamos carretera adelante… David me contaría más tarde que, desde el momento mismo en que oyó hablar de la exhumación de los cadáveres, supo que Lucy estaba entre las víctimas. A principios de marzo yo estaba fuera del país, y no me enteré de nada hasta que abrí un periódico en el taxi que cogí a mi vuelta, en Heathrow. Venía la fotografía que yo había visto hacía veinte años en un cartel de personas desaparecidas.

En un trabajo justamente famoso,[66] Marian, la hermana mayor de Lucy, cita del diario que llevaba en la época de las excavaciones lo siguiente:

> **Sábado, 5 de marzo**: Las 10.15. Llaman por teléfono de la

policía y dicen que les gustaría venir a hablar con nosotras [Marian y su madre]. Tienen noticias que darnos. La media hora que tardaron en llegar estuvo llena de inquietud y angustia, de palpitaciones y náuseas. El embotamiento y la mudez de la conmoción empezaban a hacer mella en nosotras… Solemos tener montones de mensajes en el contestador cuando volvemos a casa. A los Buitres del Dolor parece que no les cabe ninguna duda de que tenemos que contestarles (la televisión y los tabloides). No lo hacemos… Apenas pude dormir aquella noche. Sentía una sensación paralizante: de peso, miedo y dolor en el corazón. Es algo abrumador. La conmoción te trae al presente, y es doloroso como un parto. Todas tus energías se focalizan en la supervivencia. Hay gente que muere de esto.

Durante un tiempo mi mente se entregó a involuntarios experimentos de pensamiento, o de sentimiento: imaginaba a cada uno de mis hijos viéndose a sí mismo, como su prima lejana se había visto un día, inmerso en un campo de fuerzas de tamaña violencia, e imaginaba el momento en que padecían en su propia carne la magnitud de aquel odio indiscriminado. La primera vez que lo hice di unos pasos hacia atrás, tambaleándome, y oí una clara ráfaga o un bramido, como si me hubiera acercado a la boca de un túnel de viento. Tal túnel era un tiro o un respiradero que daba a la habitación ocupada por los padres y hermanos de Lucy. Y allí, a cierta distancia de ellos, experimenté una sensación de derrota, de arrasadora derrota. La idea de que las cosas podrían haber sido de otro modo se revelaba ahora lastimosamente frágil, sin sentido, y mi cuerpo hacía acopio de valor para enfrentar la ardua tarea de vivir con lo que había sucedido realmente.

Llegamos muy temprano. Habría de pasar una hora antes de que nos reuniéramos con mi tía y mis primos, y con todos los demás, en el lugar de la cita.

Lucy Katherine Partington (1952-1973).

Marigold Palmer-Jones, hija de Marian, escribe lo siguiente:

«Hace veinte años, la hermana de mi madre, Lucy, fue a visitar a una amiga a Cheltenham. Salió de la casa de ésta para coger el autobús de vuelta a casa, y nadie volvió a verla nunca más. Recuerdo claramente cómo me lo contó mi madre. Debía de tener unos cuatro años, y estábamos mirando unas fotografías de su familia. Había una foto de cuatro niños montados en un poni. No reconocí a uno de ellos y le pregunté a mi madre quién era. Me dijo que era su hermana, y que había desaparecido cuando tenía veintiún años. Creo que en aquel tiempo era demasiado niña para entender que su hermana hubiera

desaparecido sin más, sin dejar rastro. Pero recuerdo que me sentí muy desconcertada cuando miré a mi madre y vi que estaba llorando sin que yo entendiera por qué…»

Y Susan Bliss, una amiga de Lucy de la infancia:

«… Los conejillos de Indias jugaban entonces un papel muy importante en nuestras vidas. ¡Tenían la extraña costumbre de multiplicarse tanto! Nos pasábamos horas y horas en cuchitriles y cabañas, en la amistosa compañía de nuestros animalitos… Llevábamos varios días cuidando a un conejillo enfermo. Creo que era de Beryl, pero como los compartíamos totalmente no importaba de quién fuera. Al final el conejillo murió, y las tres chiquillas dijimos adiós a nuestro pequeño amigo en el gallinero… Lucy y Beryl le dieron un beso de despedida y me lo pasaron a mí. Pero a mí me daba miedo besarlo, porque estaba muerto, y Lucy se enfadó mucho conmigo. Me dijo muy duramente que sólo porque algo muera no tenemos que dejar de quererlo, y que todo el mundo merece un beso antes de irse al cielo. Besé, pues, humildemente al conejillo de Indias, y hoy rindo el mismo tributo a mi amada amiga.»

Mary Smith, una de sus profesoras en el Pate's Junior School:

«… No era nada pagada de sí misma. Por mucho que amara los libros; por muy espléndidamente que hiciera los deberes. Nunca fue una piadosa santurrona de esas que siempre están sentadas en un rincón. Discutía con quien fuera, pero siempre porque quería saber la verdad… Solíamos tener —algunas de vosotras tal vez lo recuerde— un rito anual en Pate's: la Semana de las Carreras. Las alumnas se reunían, bien arregladas y pulcras y calladas, para saludar al ver pasar a la reina madre. Pues bien, recuerdo que en primero de secundaria Lucy se rebeló contra esta costumbre. Debía de haber oído la anécdota según la cual la reina madre le había dicho una vez al secretario del Ayuntamiento: «¿Cuál es el nombre del colegio de esas chicas sordomudas que vienen a saludarme?» En fin, Lucy no era demasiado monárquica. Se sentaba en el aula y debatía sus ideas antimonárquicas y el estado del país y el estado del mundo, y qué tipo de poesía iba a estudiar después, y luego pasó el tiempo y…»

Elizabeth Christie, otra amiga de la infancia:

«… La última vez que vi a Lucy fue en el verano de 1973 en Gretton, y me habló con mucho entusiasmo de su curso de inglés medieval, y escribió de memoria [«equivocándose muy poco»] cierto poema… Y lo guardé, y al cabo de los años se convirtió para mí en una especie de epitafio de Lucy. Es un poema medieval sobre la virgen María:

Canto a una doncella

CANTO a una doncella
sin par:[67]
quiso que su hijo
fuera rey de reyes.

El niño vino tan calladamente
—allí estaba su madre—
como rocío de abril
que cae sobre la hierba.

Vino tan calladamente
a la enramada de su madre
como rocío de abril
que cae sobre las flores.

Vino tan calladamente
—allí yacía su madre—
como rocío de abril
que cae sobre las ramas.

Madre y doncella
no hubo jamás más que ella.
¡Que una dama tal
sea la madre de Dios!»

Marion Smith, otra amiga de la infancia:

«… Cuando representamos en el colegio la obra *El crisol* —no sé si alguna lo recordará: Lucy hacía de Abigail y yo de Mary Warren—, teníamos que gritar. Así que nos pasamos horas ensayando esos gritos en el campo. Lucy lo hacía de maravilla, y todas nos quedábamos boquiabiertas a su alrededor, escuchándola. El trimestre siguiente, en segundo de secundaria, escenificamos *Middlemarch*, y Lucy era la entusiasta y la erudita… Yo iba a leer un trozo de la obra, un trozo que he estado releyendo recientemente. La pobre Dorothea no estaba a la altura de Lucy… Dorothea, al final, tendría una vida larga; y era muy amable y la gente pensaba que era maravillosa; pero nunca llegó a influir demasiado en nadie. Y Lucy, a pesar de su corta vida —creo que ya lo han dicho todos aquí hoy—, influyó en muchísima gente, y Dios sabe lo que habría llegado a hacer si… Dorothea no estaba a su altura… Lucy lo tenía todo.»

Elizabeth Webster, profesora en el Arts Centre:

«… Vino a verme cuando estudiaba en Exeter, justo antes del

último año, y le dije: “Ahora que ya eres mayor, ¿qué piensas hacer?”, y ella me contestó: “No me importa lo que vaya a hacer siempre que lo haga *totalmente.”* Y entonces le dije: “Sí, está bien, pero ¿adónde vas a ir?” Se quedó pensándolo muy, muy detenidamente, y al cabo dijo: “Hacia la luz… Hacia la luz.”»

Marian Partington:

«… Cuatro meses después de la muerte de Lucy tuve un sueño. Y en el sueño Lucy volvía y yo le decía: “¿Dónde has estado?”, y ella me decía: “He estado sentada en una vega, cerca de Grantham.” Y luego añadía: “Si te quedas sentada muy quieta puedes oír cómo se mueve el sol.” Y yo sentía que me embargaba una gran sensación de paz…»

Pronto caí en la cuenta de que estaba sucediendo algo extraordinario. Mientras lloraba, vi a mi hermano llorar también, y pensé: cuán desesperadamente necesitaba esto. Cuán desesperadamente necesitaba esto mi cuerpo: tanto como el sustento y el sueño y el aire. Los pensamientos y sentimientos que llevaban veinte años aprisionados empezaban a liberarse. Estaban listos para manifestarse. He conocido la catarsis literaria y la catarsis dramática, y he llorado la muerte de algunos seres y he sido consolado; pero jamás había experimentado una aflicción e inspiración tan puramente combinadas. Mi cuerpo era sólo mi corazón: así lo sentía en aquel momento. De un modo trillado, quizá, pero exento de todo misticismo, puedo asegurar que me sentí anegado de su presencia (y ello me hizo sentirme increíblemente mejor). Ahí es adonde vamos realmente cuando morimos: al corazón de aquellos que nos recuerdan. Y todos nuestros corazones estaban llenos de ella.

LA CEBOLLA, LA MEMORIA

—¿Vuelves a Oxford? —me preguntó mi madre cuando la dejé en su casa.

—No, mamá. No vuelvo a Oxford. Qué tarde más maravillosa.

—Sí, es cierto. Dale mi amor a Isabel.

El día que les dije a mi padre y a ella que me iba de mi casa, mi madre se echó a llorar en silencio, sin ningún énfasis, sin querer. Tres de sus tres hijos (tres de cuatro: Jaime tenía veinte años entonces, y estaba soltero). Pero enseguida se secó las lágrimas con el dorso de la mano y me aceptó en mi nueva realidad.

No volví a Oxford. Volví a mi apartamento del oeste de Londres, a mi lugar de trabajo (que ahora era también mi casa). Era un estudio bastante confortable en circunstancias normales, pero habían estado los niños el domingo por la noche, y las camas plegables ocupaban la

mayor parte de la sala, y el apartamento estaba atestado de cómics, bolsas de patatas vacías, cartuchos de videojuegos, envases de yogur y diversos muñecos de demonios necrófagos y genios y monstruos y lustrosos superhéroes y depredadores y terminators y robocops…

Me senté entre todos aquellos detritus con una bolsa de hielo apretada contra la mejilla y el corazón aún en carne viva, aún henchido y en íntima comunión con mi prima asesinada.

Habían asistido a la ceremonia más de un centenar de personas. Su dolor —de diferentes grados— se había remontado a veinte años atrás, y seguiría en sus corazones otros veinte, cuarenta, sesenta años… Y ese centenar conocía a otro centenar que se solidarizaba, que se inquietaba, que se estremecía. Y mi prima no era la única víctima sino sólo una entre once, o quizá trece, o quizá más… El asesino, en cierto sentido, preside este pequeño universo lleno de puntos y de círculos, pero como es lógico no hay lugar para él en su interior. Él lo ha causado, pero no forma parte de él.

No tenía intención de decir mucho sobre Frederick West. Anteriormente había pergeñado un breve capítulo que describiría un día cualquiera en el 25 de Cromwell Street, y concluiría —tras un apenas creíble inventario de aquella sordidez troglodítica, que incluía el robo, la violencia, el incesto, la violación, la tortura sexual, la prostitución, el proxenetismo, el voyeurismo (la hija: «La pared de mi dormitorio era como un colador»), la pornografía, la prostitución infantil, la pedofilia—, concluiría, digo, con las insistentes y repetidas «buenas noches» de West a su extensa y diversa prole. «Cuando os vais a dormir, mi vida empieza.» Mi familia no puede entender el extraordinario azar que le permitió a West tocar nuestras vidas, y yo no tengo intención de prolongar ese aciago contacto. Pero él está aquí, ahora, en mi cabeza; quiero exorcizarlo. Frederick West es incontrolable: incontrolable. De momento conseguirá de mí un veredicto de una frase, y yo tomaré de él un solo detalle. He aquí la frase: «West era un siniestro tarado a quien la niñez le enseñó a ser adicto a ese momento en que la impotencia se convierte en prepotencia.»

Y he aquí el detalle que tomo de él: West tenía hábitos de comida quilpianos. Cogía un gran trozo de pan y lo acompañaba con una barra entera de queso. Y se paseaba por la casa comiéndose una cebolla como quien se come una manzana.

¿Una *cebolla*? Cuando lo conoció en la parada del autobús (en *otra* parada de autobús), Rose pensó que West tenía los dientes «verdes y repugnantes». Decidido enemigo del lavabo y la bañera, West —podemos estar seguros— tampoco era muy amigo del hilo dental ni del cepillo de dientes de agua. Sin embargo, podía masticar una cebolla sin inmutarse. Se lo permitía la fuerza de sus dientes.

Pero ¿qué decir de sus *ojos*?

Basándome en el citado detalle, mi mente se remontó a una noche de finales de los años setenta. Mi hermano Philip y yo estábamos en casa, apoltronados, y en un momento dado le llamé para que echara una ojeada al libro de poemas que estaba leyendo: *The Onion, Memory* [La cebolla, la memoria}, primer libro de mi mentor y protegido y amigo (amén de ex tutor) Craig Raine. Hablamos del título: de cómo la cebolla, como la memoria, estaba dispuesta en capas en torno a un núcleo. Y dije:

—¿Qué más tienen en común?

—Que te hacen llorar —dijo mi hermano.

En mayo de 1994, Marian Partington había viajado a Cardiff con dos amigas íntimas. A que bendijeran los huesos de su hermana:

> Levanté su cráneo con gran cuidado y ternura. Me maravilló la sensación de reconocimiento de sus curvas y proporciones. Lo envolví, como había envuelto a mis hijos de pequeños, en la suave manta de color castaño de Lucy, la manta en la que solía acurrucarse. Y la apreté contra mi corazón.

Y cuando, a finales de 1995, las cintas de los interrogatorios de Frederick West se hicieron públicas y apareció en la prensa — sin contrastación alguna— su versión de los hechos, Marian se movilizó y obtuvo una refutación pública. Refutación que —creodebo ratificar, consolidar y perpetuar. Porque, de otra forma, las cosas se pierden, se pierden entre los manchones diarios de los ríos de tinta; y no quiero que nadie me vuelva a preguntar jamás cómo Lucy Partington llegó a «entrar en la órbita» de los West.

West dijo que mató a mi prima porque ésta quería llevarle a conocer a sus padres.[68] Que él y Lucy estaban teniendo una aventura («puro sexo, y nada más»), y que Lucy, embarazada, había empezado con «la monserga del amor y demás»: «Me decía “quiero irme a vivir contigo” y toda esa mierda, y fui y la agarré por el cuello y…» «Quería que fuera a ver a sus padres, quería que hiciera todas las jodidas cosas que la gente hace en esos casos.»

Esto es lo que aireaba la prensa, sin contrastación alguna. Yo lo refuto. Este libro lo refuta.

Al anochecer de aquel día —10 de julio de 1994— fui a casa de Isabel. Hablamos de mi prima, y del hermano de Isabel, Bruno — otro prodigio de encanto e inocencia—, que había muerto hacía un mes y medio a la edad de treinta seis años. Mastiqué con sumo tiento mi comida, utilizando como un diez por ciento de mi boca —la única zona útil—, y en un momento determinado Isabel me dijo:

—Tienes que ir al dentista. Ir a que te vea, al menos…

No había ido al dentista desde hacía cinco años. Llevaba cinco años escribiendo una novela. Dije:

—Si me siento en el sillón del dentista jamás volveré a levantarme. Voy a terminar la novela. Luego me sentaré en ese sillón.

CARTA ESCOLAR

55 Marine Parade
Brighton
Sussex

Queridos Jane y papá:

Gracias por vuestra alentadora y justa carta. He hablado con el duende, y está de acuerdo siempre que también lo esté la señora Gibbs. Sin embargo, es probable que Rottingdean sólo me necesite a media jornada, porque el tipo que se iba a ir ha decidido quedarse. La señora Gibbs y ese grandísimo archiduende del señor Gibbs ponen un enorme énfasis en afirmar que Rottingdean es sin duda el mejor colegio privado de secundaria de Inglaterra, y que debería aceptar lo que me proponen. Y lo que me proponen es un salario con el que no se puede vivir (sólo 6 o 7 libras a la semana), aunque, por otra parte, puede que me asignen las clases de los becarios, que, no me cabe la menor duda, son más listos que el hambre. ¿Qué pensáis? Estoy bastante contento, porque no tengo ganas de enseñar a dividir decimales a chiquillos de siete años y cosas por el estilo. Pero la cuestión es si esto variaría o no en algo mis posibilidades de tener un apartamento.

Lo dejaré enteramente en vuestras manos, y si pensáis que lo que me ofrecen está bien me amoldaré a ello de buen grado.

Acabo de saber que Durham está dándome la lata para una entrevista, que tendría que haberse celebrado el lunes 21. Pero Col[69] ha tardado tanto en enviarme la notificación que me temo que no voy a poder ir. Me ha llegado hoy (sábado) y tendría que haber salido mañana mismo, así que por culpa de la negligencia de Bruce no va a poder ser. Y es una jodida pena, ya que le dije expresamente que estuviera muy atento porque este tipo de ofertas deben contestarse en una semana o son anuladas automáticamente. Aunque tampoco es tan grave, porque puede que acepten mis excusas y pospongan la entrevista (también puede que no lo hagan). No hay que olvidar que hay 37 solicitantes por cada plaza en literatura inglesa. Tendré que escribirle a Col una carta muy seria; de lo contrario, seguro que un día recibo una oferta sin condiciones de la Universidad de Bristol en un

sobre todo arrugado que lleva allí tres semanas y que Col no ha considerado importante enviarlo antes. En fin, no es un desastre tan grave.

Bien, hacedme saber el veredicto.

Montones de amor, besos Mart

LAS MANOS DE MIKE SZABATURA

Estamos en una luminosa mañana de otoño de 1994. Estoy sentado en un café de Madison Avenue. He acabado la novela (aunque aún tengo que darle unos retoques). Y estoy aquí por el sillón. Dije que hacía cinco años que no iba al dentista. Las cosas han cambiado. En mi nueva realidad, hace cinco días que no voy al dentista. Y ahora vuelvo a ir. Dentro de veinte minutos voy a enfrentarme a algo terrible.

La primera vez me hizo falta mucho valor: podría, en teoría, haber salido corriendo en dirección contraria. Para la segunda visita sólo necesité estoicismo. Porque ya no tenía elección.

Cuando era niño y empezaba todo este asunto, solía anhelar ser mayor. Por el simple hecho de ser mayor sería valiente —ineludible, automáticamente—. El valor me llegaría sin más: no podría evitarlo. Mira a los adultos, me decía. Los adultos no se niegan a levantarse de la cama porque les espere una cita con el dentista horas después. No se pasan la hora del almuerzo lloriqueando en el retrete. No vuelven a casa y le dicen a su madre que sí, que han ido al dentista cuando en realidad no han ido, cuando en realidad han estado vagando por las calles, desvalidos, hechizados por una falta de voluntad súbita, por una súbita falta de coraje. El valor me sería dado con la edad. Las dos palabras me parecían íntimamente relacionadas: la edad me daría *coeur*. La edad me haría valiente. Pues bien, no fue así. Cuando tenía cuarenta años dejé de ir al dentista. Y ahora tenía cuarenta y cinco.

La primera visita a Mike Szabatura había tenido lugar a las ocho de la mañana del miércoles anterior. Me llamaron por mi nombre y entré en la consulta. El apretón de manos de Mike Szabatura fue masónicamente médico. Las manos de los dentistas son cálidas, fuertes, divinamente inmaculadas. Dos bellas mujeres jóvenes, de luminosa piel morena y uniforme rosa, se bamboleaban a nuestro alrededor. No hizo falta que me invitaran dos veces a repantigarme en el sillón. Las palabras me salieron con fluidez. Las había estado escribiendo en mi cabeza desde hacía muchos años.

—Voy a pasármelo fatal. Pero también usted: va a tener que mirar dentro de mi boca. La parte inferior de mi dentadura es, sencillamente, muy mala. Pero la superior… Tengo un puente que me

va de oreja a oreja, y lo único que lo mantiene ahí, que yo sepa, es la costumbre. El problema es hereditario, amén de la falta de adecuado cuidado cuando era más joven. Mi ma dre tenía buena dentadura y malas encías. Mi padre tenía las encías bien y mala dentadura. Yo tengo mala dentadura y malas encías.

—Echemos un vistazo.

—Ármese de valor —dije, y abrí la boca.

Media hora después Millie me ayudó a quitarme el chaleco de plomo en el que me habían embutido para protegerme de la descarga cerrada de rayos X. Siempre pienso en mi prima Lucy cuando me están dando rayos X, cuando me sujetan y oprimen de algún modo; y siempre pienso en ella cuando estoy en una iglesia… Esperé en la sala de espera. Aún no eran las nueve de la mañana y ya había en ella otros sufridores dentales. ¿De qué padecían ellos? De temblores y molestias locales, sin duda; no de auténticos movimientos tectónicos. Millie me hizo una seña. Me hizo entrar —de forma harto ominosa, tuve la impresión— en otra sala, una sala más silenciosa y oscura, una sala que bien podría llamarse la Sala de las Malas Noticias, donde Mike Szabatura estaba de pie, inclinado sobre una radiografía. Mike es un hombre grande y robusto, de cara carnosa, viva, con una expresividad casi de cómic. Cuando habla mueve la cabeza y frunce los labios y se le ponen los ojos saltones. Es una cara adiestrada durante años a dramatizar lo positivo y lo negativo, para decir: «Por un parte, *esto*; por la otra, *esto otro.*» Pero mi caso no iba a poner a prueba su repertorio. No había «por la otra».

—La parte de arriba no tiene remedio. La de abajo también está muy mal. Mire.

Examinamos el paisaje lunar de la radiografía. Había una «patología» en la mandíbula inferior: un bulto oscuro justo encima de la barbilla, que —según aprendí en aquel mismo momento— podía deberse a una de las tres causas siguientes: un tumor canceroso; un tumor de nombre muy largo, que sería recurrente; y un tumor, sin más (tratable y nada exótico). Sea lo que fuere, acabaría manifestándose. Llevaba meses y meses sintiendo que algo nuevo y extraño se estaba desarrollando en aquella zona de mi boca: presión, actividad, ocupación…

—Los de arriba no tienen remedio. En mitad de cualquier comida puede usted quedarse con los dientes *en la mano*. Se los sacaré el lunes. No le queda otra opción.

Pasamos el fin de semana en la finca de Isabel, en Long Island, con su hermano el pintor Caio Fonseca. Isabel tuvo otro hermano, Bruno, también pintor, que había muerto allí mismo, en junio. Su madre, Elizabeth, me dijo:

—Sigo pensando en él como si no estuviera muerto. Pienso: ha vuelto a Barcelona. —Y añadió, encogiéndose de hombros—: Y como de todas formas nunca lo veía, ¡para mí está en Barcelona!

Bruno era un ser adorable que siempre bailaba con la que nadie sacaba a bailar nunca; y ahora sus cenizas fluían con las aguas del océano. La última vez que lo vi era —como el Cristo de Eliot— una criatura infinitamente amable, infinitamente sufriente. En su oscura habitación de la planta baja, rodeados del pálido fulgor de los aparatos de cuidado médico doméstico, yo solía sentarme a su lado a leerle. Le gustaba el sonido de mi voz, y a veces me pedía un texto concreto; pero cada párrafo que salía de mis labios parecía un comentario siniestramente poético sobre su estado. «Las ruinas circulares», por ejemplo, de Borges:[70]

> Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba... El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad... Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

«Un artista del hambre» (*Ein Hungerkünstler*), de Kafka:[71]

> Éstas fueron sus últimas palabras, pero todavía, en sus ojos quebrados, mostrábase la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.
>
> —¡Limpien aquí! —ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Mas en la jaula pusieron una pantera joven. Era un gran placer, hasta para el más obtuso de los sentidos, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, la hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida que le gustaba traíansela sin largas cavilaciones sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel noble cuerpo, provisto de todo lo necesrio para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo la propia libertad; parecía estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tan fuerte ardor de sus fauces,

> que no les era fácil a los espectadores poder hacerle frente. Pero se sobreponían a su temor, se apretaban contra la jaula y en modo alguno querían apartarse de allí.

Tal vez fue el ejemplo de Bruno lo que apuntaló mi sentido de la proporción, pero aquel fin de semana fui, como suele decirse, todo «un modelo de calma». Tal cliché es en verdad harto revelador y descriptivo (como tantos otros lugares comunes, como «estar fuera de sí», por ejemplo). Me sentía modelado, moldeado —y cohibido, y casi paralizado—, y sin embargo estaba en calma. Con calma paseé por la playa. Con calma jugué al tenis. Con calma contemplé cómo se agrupaban para la migración unos gansos cana dienses. Con calma fumé y bebí y tomé tranquilizantes. Con calma me limpié los dientes. Los inferiores solamente, por supuesto, porque los de arriba iban a estar en el cubo de la basura antes de las diez de la mañana del lunes siguiente. Lavarme los dientes había sido siempre una operación de gran importancia en mi vida. Quince años de higiene dental suponían algo así como ocho mil horas lavándome los dientes. Con cepillos de agua, palillos, cepillos interproximales, seda dental, cepillo eléctrico. Encendía el televisor para ver algo mientras me lavaba los dientes, y ¿qué veía? Un anuncio de implantes dentales. Miraba a quienes los llevaban: masticaban zanahorias y manzanas, atacaban mazorcas de maíz de un modo que te hacía pensar en máquinas de escribir eléctricas, y besaban. Besaban como locos. «Hacen todo lo que solían hacer antes del implante. Marque el 88-etcétera…» El anuncio te inducía a pensar que aquella gente había sido súbitamente readmitida en una fiesta, en un orgiástico banquete de inmortalidad y dicha. Al ver el dolor de su exclusión convertido en tal felicidad, me sorprendía con lágrimas en los ojos. Y luego caía en la cuenta de que no eran sino actores que siempre habían poseído una dentadura impecable.

Tal fue el clímax físico de mi vida. O, mejor, el clímax del tercer acto. Luego vendría el cuarto acto (un acto sosegado, según las convenciones teatrales). Y luego el quinto. Dos semanas atrás había dejado un momento las últimas páginas de *La información* y había ido al cuarto de baño y me había mirado en el espejo y había visto una cara con tres o cuatro dolores de muelas —una cara metamorfoseada en algo lleno de hinchazones—, y había dicho en alto: «No estás preparado para esto. El plan no ha funcionado. No estás preparado.» Pero sí estaba preparado. O al menos estaba dispuesto. El plan había sido siempre el siguiente: aguanta hasta que ya no puedas aguantar más. Aguanta hasta que se te haga insoportable. Aguanta hasta que te sea más fácil aguantar *cualquier otra cosa*. Era un mal plan. Un buen plan habría sido seguir yendo al dentista. Era un mal plan, pero había funcionado. Mi respeto por el inconsciente no hace sino crecer con los

años. Puede que mi mente inconsciente tampoco hubiera puesto demasiado empeño en el plan, pero le había dado vueltas al asunto y había hecho sus preparativos. Lo cierto es que la mente consciente puede permitirse un descanso de cuando en cuando. Las grandes cosas las hace el inconsciente. Es el inconsciente el que lo hace todo.

Yo estaba en calma, pero los gansos canadienses no estaban en calma. Habían convertido todo el campo de detrás de la casa en la zona de despegue de un aeropuerto norteamericano, sólo que cualquier norteamericano, cualquier humano, al ver tal trajín, tal concurrencia, habría girado en redondo y se habría vuelto al taxi, modificando la agenda con resignación y alivio. Los gansos canadienses estaban revolucionados, exaltados, extáticamente comunicativos. Para ellos no había facturación de equipaje ni asignación de asientos. Esperaban en palpitantes cuñas y trémulas falanges, e iban ganando energía en medio de un entusiasmo libre de toda impaciencia; decidirían ellos mismos cuándo partir, sin necesidad de autorización de torre de control alguna. Se acercaba su momento. Y también el mío. Yo también partía hacia otro lugar… Luego, el momento había llegado: los gansos se habían ido, no como un solo cuerpo sino en sucesivas formaciones y relevos y ráfagas y salvas, adoptando toda forma que pueda adoptar una hoja: punta de espada, punta de flecha, lisa o mellada… En cada vértice, el ganso en cabeza, sutilmente receptivo, evolucionaba y se abría paso en el cielo hacia las corrientes ascendentes de aire caliente, rumbo a Boca Ratón, a Terceira, a Santa Cruz, a Barcelona…

¿Eran aquellos gansos un auspicio (*auspicium*: observación del vuelo de los pájaros en la adivinación)? Al día siguiente sería el fin de mi boca tal como yo la conocía, de forma que podría derivarse algún consuelo de la siguiente línea de pensamiento: mi boca ha actuado mal, y merece un escarmiento. Mi boca tiene malos hábitos: bebe y fuma y profiere juramentos. Como las manos de Humbert Humbert, mi boca ha herido a demasiada gente demasiadas veces. Ha mentido y ha prometido en falso. Ha besado insinceramente, imprudentemente, incontinentemente… En la fiesta en la que intercambié los primeros suspiros con Lamorna Seale la atracción física fue tan inmediata que nos habíamos apresurado a buscar unas sombras al abrigo de miradas indiscretas. Cuando emergí de ellas, mi novia de entonces[72] estalló en sollozos. «¿Qué te pasa?», le dije, con retadora inocencia, y con la boca llena de lápiz de labios. (Fue una de las escasas ocasiones en que competí con mi padre, cuya temeridad sexual —como veremos más adelante— a menudo rayaba en lo psicótico.) Mi boca habla demasiado. La semana anterior, sin ir más lejos, mi boca había agriado una cena del *New Yorker* en el Caprice de Londres, al embarcarse en la siguiente escaramuza verbal con Salman Rushdie:

—Así que te *gusta* Beckett, ¿no es cierto? Te gusta la prosa de Beckett…

Como Salman, momentos antes, había dejado claro que le gustaba la prosa de Beckett, no se molestó en contestarme.

—Muy bien. Cítame algo de él. Oh, ya veo. No puedes.

Salman seguía sin responder. Se limitaba a mirarme con los párpados caídos, por el rabillo del ojo. Richard Avedon habría necesitado un estudio lleno de focos y reflectores para conseguir tal expresión desprevenida en Salman. Pero en aquel momento cualquier camarero con una Instamatic habría podido mejorar el resultado. Nadie decía nada. Ni siquiera Christopher Hitchens. Y es cierto que odio la prosa de Beckett: cada frase suya se me antoja una agresión al oído. Así que dije:

—Bien, lo haré yo por ti. Lo único que se necesita es un máximo de fealdad y un montón de negaciones: «ni en absoluto jamás es»; «en ninguna parte tampoco nada es»; «no nada ni nunca»…

Entonces, sintiendo a mi padre en mí (en unión del centenar de copas de vino consumidas en la fiesta de la que veníamos todos), acometí una serie coordinada de pullas y halagos. Para entonces Salman Rushdie parecía un halcón mirando fijamente a través de una ventana de lamas.

—Ni tampoco nadie nunca no…

—¿Quieres que salgamos a la calle?

Fin de la velada.[73] Mi boca jamás había sabido cuándo callarse. Pero al día siguiente, en el dentista, le iban a bajar los humos. No le quedaba otra opción.

Las comidas de aquel fin de semana fueron un auténtico martirio. Cada vez que mis dientes superiores se juntaban con los inferiores, experimentaban una especie de rechazo eléctrico que hacía que mi cabeza recibiera una sacudida. Y a veces, cuando masticaba, toda la parte de arriba se movía y temblaba, y emitía un sonido como de algo que ha encajado mal. Como cuando estás doblando una curva en un coche y pones el intermitente en el momento exacto en que está programado para volver a su posición central y la palanca se resiste y se niega a obedecer.

Echo de menos a mis chicos.

EL TÚNEL

Lunes por la mañana en Madison Avenue. Estoy en un café, y ante mí, en la mesa, tengo el cuaderno de notas y un capuchino meditabundo. Estaba diciendo adiós a mi maxilar superior, aunque no creo que mi maxilar superior me hubiera agradecido ninguna

invitación de despedida. Un largo bocadillo de salami, por ejemplo. O de carne. El último, la «espuela». Otra cosa que no quise hacer fue apretar los dientes. Se acabó el apretar los dientes, me dije (hacerlo dolía demasiado, además). La hora que me esperaba no era nada: la soportaría estoicamente. ¿Cómo? Mirando en mi alma y viendo el valor, la fuerza, el sencillo egoísmo de alguien que se ha tomado una muy grande dosis de Valium.[74] Oh, Dios, que otras plumas se detengan en los síntomas del miedo… Y sin embargo…, y sin embargo no me sería posible hurtarme al crucial instante en que habría de sentirlo. Lo cierto es que me estaba despidiendo de mí mismo. En adelante sería alguien diferente. Ignoraba cuán diferente. Pero diferente: una entidad cambiada.

Miré el reloj. Tomé otro sorbo de café; en la calle encendería un último cigarrillo y chuparía con cuidado una pastilla de menta. Reuní mis cosas. Cuando me dirigía hacia la puerta, en el campo de mi visión periférica surgió un hombre joven que me preguntaba trémulamente:

—¿Es usted Martin Amis?

Sí, le respondí. Aunque —pensé— ello no seguiría siendo estrictamente cierto por mucho tiempo.

—Me encanta lo que escribe.

—Muchísimas gracias.

Si el amable lector de aquel café tiene ante sí este libro en este momento, sabrá lo cerca que estuve de echarme en sus brazos aquel día. Pero me sirvió de ayuda: me infundió valor para seguir. En aquel crítico ascensor, mi plataforma de lanzamiento (vamos, aprieta el botón donde pone Barcelona), me dije a mí mismo: «Sí, tengo eso: la escritura. No soy cantante de ópera ni actor, ni toco el trombón. Mi escritura no necesita para nada a mi boca. Y esa faceta de mi persona, que es lo mejor de mí, no va a cambiar. Cambiará mi modo de comer, y de sonreír, y de besar (*besar…*), pero no el de escribir… Adelante: piso quince… *Llévame contigo, muchachito, como has venido haciendo en toda la feria de juguetes…*»

Adiós, mascullé en voz baja mientras me encaramaba con rapidez a la torneada *chaise longue*.

Millie está a un lado con su instrumental accesorio. Los hombros de Mike Szabatura —cubiertos por la bata blanca— se encorvan sobre su trabajo. Primero los pellizcos y pinchazos acres de las inyecciones, una tras otra (¿doce, quince?), hasta que siento que su contenido me desborda casi los ojos. Luego Mike Szabatura saca la honda «herradura» de plástico y empieza a aplicarle un poderoso pegamento. Luego un civilizado compás de espera para que ciertas cosas solidifiquen y otras licúen.

Adiós. Adiós. Es el adiós. Me odiabais. Os odiaba. Os amaba. Desapareced. ¡Quedaos! Adiós. Os amo. Os odio. Os amo. Os odio. Adiós.

Las manos de Mike Szabatura —tengo la herradura en cuña contra el paladar— empujan, tiran… Y en medio de los crujidos rítmicos algo cede y algo encaja. Mi dedo índice derecho cobra vida para apuntar hacia mi colmillo derecho: reacio a abjurar de su capacidad de aguante ante el dolor, este diente va a batirse denodadamente hasta el final. Otro trío de inyecciones. Millie está muy cerca, con su enjuagador y su aspirador, con su cara enmascarada. Una falla de San Andrés más de arrancamiento y desgarramiento, de extático hendimiento.

—Espere. Sus dientes siguen ahí.

No puedo controlar la lengua, que trata de alzarse para tocar el colgante puente. Algo liviano cae sobre ella —un trozo de raíz cortada — y resbala hacia un lado. Las manos aromáticas de Mike Szabatura están aplicando ahora una fuerza decisiva. Y ya está hecho: la ensangrentada piltrafa es retirada de mi vista cual un terrible despojo en una sala de partos.

Clara y firmemente digo:

—Veo que puedo hablar.

Ahora (finalmente) el escritor invita al lector a acompañarle al cuarto de baño. Mike Szabatura me acaba de dar una palmada en la espalda, y yo sigo sumido en la apenada solicitud de la mirada suave y castaña de Millie, pero al tiempo me deslizo tambaleante a través de la consulta, y dejo atrás la mesa de recepción y enfilo un pasillo donde me espera un espejo. Cierro la puerta a mi espalda y me quedo allí quieto, de pie en la oscuridad. ¿Qué aspecto tendré? ¿De cascanueces, como Dorothy Wordsworth? ¿Como comprimido y chupado como Albert Steptoe? ¿Con mucha más edad? ¿Todo ello a un tiempo? Enciendo la luz.

El espejo del cuarto de baño, a lo largo de los años, me había familiarizado con el espectáculo de la convexidad. Puede sucederte sin aviso previo —sin dolor—. Cuando salía a cenar solía pasarme antes por el cuarto de baño para peinarme, y me encontraba con una cara muy parecida a una caótica patata. Entendía, pues, de convexidades. Pero ahora me enfrentaba a lo cóncavo. Nada demasiado dramático, sin embargo: mi cara no se había venido abajo totalmente. Mi aspecto era el de un idiota de cara alargada; era como si estuviera diseñado de modo insuficiente. Recité el alfabeto. Todo bien salvo la «f» (una letra que necesitaba desesperadamente). Y al pronunciar las letras parecía el de siempre —con el tan pesado y fláccido labio superior después de tantas décadas sin sonreír—. La identificación, el reconocimiento, fue

instantáneo.

Afirmo que el escritor es tres cosas: un ser literario, inocente, común y corriente. Bien, lo que pensé fue lo que habría pensado el ciudadano corriente. No todo el mundo se verá obligado a ver lo que yo vi aquel día; pero todo el mundo pensaría lo mismo si lo viese… Cuatro o cinco años atrás entreoí que mi madre le decía a una vieja amiga: «Oh, yo los he perdido todos.» Y añadía, lisa y llanamente: «Sé perfectamente el aspecto que voy a tener cuando esté muerta.»

Tal no era aún mi caso. Emplazados sin remedio, contingentes, mis dientes inferiores seguían en su sitio. Pero en el nuevo espacio de arriba —no podía no verse— había una negrura, un vacío, un túnel que conducía paso a paso a mi fenecimiento.

CARTA DESDE EL HOGAR

108, Maida Vale, W. 9
Maida Vale 7474
12-2-68

Queridísimos papá y Jane:

Gracias por tu carta, Jane. Debo decir que Acapulco suena a eminentemente espantoso. ¿Es que habéis contratado todo un equipo de expertos para que os planeara un viaje al extranjero que abarcara la mayor cantidad posible de lugares horribles? Lo que no puedo entender, ¿sabéis?, es por qué no habéis vuelto directamente cuando terminó el trimestre. ¿Es que llegasteis a pensar siquiera un instante que México iba a estar *bien*? Me temo que el haber oído tanto de Nashville y su horror me ha adoctrinado en una virulenta xenofobia de la que podría sentirse orgulloso hasta el exigente Simio.

Qué genial lo del latín, ¿no?[75] Otra cosa en la que el desvergonzado del duende ha tenido razón: tres semanas antes de los exámenes me dijo que no me dedicara más que al latín, y le hice caso, y, gracias a haber completado todo el temario en esas tres semanas, he aprobado. Otra agradable noticia es que el odioso pequeño teutón llamado Schicht, que hizo el examen conmigo y se levantó del pupitre diciendo «Interesante…, interesante…», ha suspendido. El propio duendecillo me ha programado unas clases de latín una vez a la semana en Brighton. El profesor es un tipo llamado Bethell que, yo diría, está viviendo la pubertad por segunda —o quizá tercera— vez. El viejo mostrenco habla con fluidez diecisiete idiomas, incluidos el latín, el griego antiguo, el galés, el anglosajón, el *Romney* (sic)[76] y la lengua de los gitanos. Dice cosas como: «Hay 140 verbos deponentes de la primera conjugación», y yo respondo: «¡No me diga!» «Tenemos

“venor”, y “conor”, y otros tantos y tantos y tantos…» También es sumo sacerdote de la B. O., y consumado conocedor de sus más secretas artes, y maestro de los más esotéricos preceptos de su oficio. Sigue siendo capaz de utilizar con cierta frecuencia sus extremidades, aunque a partir de la segunda articulación pierdan operatividad y se conviertan en unos miembros supurantes y gangrenosos. Pero trabajamos duro y avanzamos mucho cada semana.

Trabajar para Col es muy divertido —una de mis más difíciles tareas es sacarle dinero al backgammon—. Jugamos una media de diez partidas diarias, y como estamos bastante igualados nunca cambian de mano grandes sumas. Sin embargo, hubo una partida muy reñida en la que jugué tan bien que le gané ocho chelines. Col se deprimió tanto que se tomó unos buenos copazos[77] y se fue a la cama a las seis de la tarde. Pero la vida en el 108 de Maida Vale discurre de momento sin grandes tragedias, si exceptuamos el hecho de que Sarg[78] lo está pasando francamente mal con una chica que al parecer le gusta bastante.

Paso al síndrome literario (bostezo). He pensado que las traducciones tienen que ser una *muy buena* idea después de leer «Exile’s Letter» [Carta del exilio], de Ezra Pound, quien, he de admitir, no es a menudo demasiado edificante. El poema es tan espléndido que no importa lo que quería decir Rhaiku, aunque, por otra parte, no pretendo conocer en absoluto el poema original. Claro que existen multitud de formas de apreciar el Arte.

Bien, os veré dentro de cinco semanas, entonces. ¿De acuerdo? Estupendo. Buenas noches (el latiguillo de Alan Feeman).[79]

Montones de amor, y escribid rápido.

Mart.

A propósito: estoy leyendo *El extranjero*, de Albert Camus (pronunciado Alber Cami).

QUIEBRAS DE TOLERANCIA

Jacob, de seis años, dijo, pensativo:

—Nunca le he visto moverse a Kingsley.

—¿Qué quieres decir?

—Que creo que a Kingsley no le he visto moverse nunca.

—¿Moverse?

—Moverse.

—Tonterías. Cada vez que comemos en su casa se mueve. Va al baño como mínimo una vez.

—Eso es verdad —concedió Jacob.

—Y ¿qué me dices de la vez que le armasteis caballero? Se movió, ¿no?

—… Es verdad.

Cuando a Kingsley le concedieron el título de sir no nos dijo nada de inmediato; sin duda lo pensaba anunciar aquella noche en la cena: lo esperábamos a las siete. Pero ya habían dado la noticia por la radio, y todos estábamos deseando que llegara para felicitarle… Era el año 1990. Mi vida, por esas fechas, se me antoja ahora surrealistamente exenta de complicaciones. Me había casado tarde. Tenía cuarenta años, y vivía con mi mujer y mis dos hijos (de seis y cuatro años) en una casa alta y estrecha situada en una calle que iba a dar a Ladbroke Grove. La larga novela *Campos de Londres* pertenecía ya al pasado, y la corta *La flecha del tiempo* aún no se había escrito. Mi padre venía a cenar a casa una vez a la semana.

Sonó el timbre a las siete en punto de la tarde —Kingsley era de una puntualidad naipauliana—. Dejé que la puerta se abriera por completo para que mi padre pudiera ver a los niños, que, promiscuamente provistos de sendos petos, guanteletes y astas vikingas de alce, alzaban despaciosamente sus espadas grises de plástico. Kingsley, en silencio, hincó una rodilla (operación para él nada sencilla) en el felpudo, y los niños, con mirada impasible e igualmente callados, le armaron caballero dándole un golpecito en cada hombro con la espada. Un minuto después, Antonia conducía a la planta baja a Kingsley para ofrecerle la primera copa, ginebra helada, acompañada de cebollitas de cóctel. Jacob bajó a continuación, aún

con cierta pompa (la espada en alto, quizá), pero Louis se entretuvo un rato arriba, quitándose con impaciencia las piezas protectoras de muslos y piernas (las habían encontrado en un baúl muy viejo que un día revolvieron a conciencia).

—¿Por qué es sir?

—¿Por qué?

—Sí. Hoy día ya no se *necesita* para nada a los… *caballeros*.

Yo estaba encantado por mi padre (tendría la oportunidad de visitar el Palacio de Buckingham, y viviría su tierno —y atizador de sueños— momento con Corky),[80] pero he de admitir que estaba de acuerdo con mi hijo.

En aquellos días di por sentado que Kingsley se sentía enormemente gratificado por su título de Caballero del Imperio Británico, pero hoy no consigo recordar prácticamente nada que pueda dar fe de ello. Cuando los escritores ambicionan honores, suelen hacerlo con todas sus fuerzas: uno oye hablar de escritores que saben el nombre de los perros y gatos de cada burócrata de Estocolmo. Mi padre jamás habló de su título de sir (y entre nosotros jamás hablamos de premios, o de anticipos sobre derechos, o sobre ventas). Y en cierta ocasión, cuando saqué a colación el ejemplo de Ferdinand Mount,[81] quien de hecho prescindió de su título por considerarlo un estorbo y algo propio del pasado, Kingsley se limitó a encogerse de hombros y asentir con la cabeza. No era un honor desdeñable, pero le había llegado demasiado *tarde*.[82] Espero le proporcionase algún placer en los últimos cinco años de su vida. Convertirse en sir debió de satisfacer todo vestigio de posibles aspiraciones derivadas de su cuna y formación (clase media baja, baptista no practicante, educado en la ética del trabajo), y seguramente debió de acallar para siempre la voz de su padre, que nunca dejó de repetir: «Todo eso de escribir y demás está muy bien, pero, ¿sabes?, llegará el día en que tendrás que armarte de valor y encontrar un trabajo como es debido…» El recientemente nombrado sir Kingsley probablemente caminaría con la cabeza más alta en el club. Y al fin podría también mantener la cabeza alta en el *ménage* en el que vivía con mi padrastro (lord Kilmarnock) y mi madre (lady Kilmarnock).[83] Sólo por culpa de un tecnicismo el adolescente Jaime seguía sin título: había nacido fuera del matrimonio, y por tanto tenía que arreglárselas sin el tratamiento honorario de «honorable».

Edward Upward decía que percibía en él el proceso de envejecimiento cuando se sorprendía «pequeñas quiebras de tolerancia». Pues bien, Kingsley nunca fue un conspicuo practicante de la tolerancia, y sus quiebras en tal sentido eran quiebras «graves». Cuando se hubo asentado en la sesentena se volvió pesado como un batiscafo, y cuando frisaba ya la setentena empezó a padecer una

fluctuante serie de estragos internos. A veces articulaba las palabras de un modo amorfo; se inclinaba hacia un lado, con aquella mueca de incomodidad tan suya, semejante a una sonrisa de dolor, y se señalaba el oído bueno; había perdido toda confianza en su cuerpo, toda capacidad de manejarse con él (llamaba a un taxi para un trayecto de cien metros: le dolían las piernas). Kingsley nunca mencionaba esas quebraduras y oclusiones cerebrales, esos pequeños *coups de vieux*, y se suponía que los demás tampoco debían mencionarlos (o siquiera advertirlos). Cuando le sobrevenían solía apartarse del mundo. A los sesenta y ocho años, en ciertos estados de ánimo, la creación revelada no parecía tener para él el menor sentido; y, por ende (dado que confiaba plenamente en su instinto y pensaba que jamás se equivocaba), *no* tenía valor alguno y podía ser repudiada por completo. Kingsley, en general y como norma, siempre se negaba a ser indulgente: consigo mismo o con cualquiera.

Había otra consideración. Lo que sigue es de *Los viejos demonios* (1986):

> William puso el coche en marcha.
>
> —El cinturón, papá…
>
> —Sí. Perdona.
>
> —Ya veo que te gustaría librarte de él, si pudieras. ¿Sabes lo enormemente gordo que estás? Más gordo que nunca. Gordo de solemnidad. Claro que lo sabes. No podrías no saberlo. La bebida, más que nada, supongo, ¿no? Ojo, no estoy diciendo que te lo eche en cara…
>
> —Es la comida… Sentado sobre este culo cuando se acaba la tele, empiezo a atiborrarme y… Sobre todo de pasteles. Profiteroles, barquillos rellenos de crema… Cualquier cosa con crema o mermelada o chocolate.

Mi padre no esperaba que no notáramos que su peso prácticamente se había duplicado en los últimos dos años. Cuando yo tenía veinticinco años Clive James me dijo algo inquietante: «No es que estés gordo. Es que un día todo el cuerpo se te va a convertir en grasa.» A Kingsley no le había sucedido de ese modo. En él el engordar era más una especie de proyecto, inflexiblemente inaugurado el día en que le dejó Jane, en el invierno de 1980. Inició así la época de los hidratos de carbono a altas horas de la noche: esas dos horas de bocados desmedidos con los que Kingsley iniciaba el proceso de apaciguamiento y embotamiento que le permitiría al fin sumirse en el sueño. Su estilo gustativo me sorprende, se me antoja ahora manifiestamente estrafalario, como algo que debería practicarse siempre en soledad. Pero mi reacción, entonces, fue irreflexivamente

filial: limitarme a aceptar la nueva realidad. Como si a fin de poder hibernar satisfactoriamente se atiborrara las mejillas de dulces a una velocidad doble de la empleada en engullirlos.

—Dios santo, papá —le dije una vez—. ¿Qué te está pasando ahí dentro? Tienes la cara del tamaño de un balón de baloncesto.

Tras diez minutos de disciplinada masticación me respondió lo siguiente:

—Creo que me calma.

Y siguió atiborrándose.

Comía para reconfortarse; los tranquilizadores efectos del almidón y la glucosa le ayudaban a ahuyentar el miedo. Pero hoy veo que sus atracones nocturnos constituían un síntoma complejo, regresivo, autoaislador. Lo anulaba sexualmente. Y parecía indicar que todo había acabado: la búsqueda del amor, la creencia en su primacía.

Poco después de la publicación de *Stanley and the Women*, en 1984, me dijo:

—Por fin he comprendido por qué no me gustan los norteamericanos.

Aguardé.

—Porque o son judíos o son paletos.

—¿Qué tal es ser un poco antisemita?

—Está bien.

—No. ¿Cómo *se siente* uno al ser *ligeramente* antisemita? Descríbemelo.

Stanley and the Women —o más bien Stanley, su personaje principal— había sido objeto de acusaciones de antisemitismo (y, con mayor razón, de misoginia), basadas en digresiones en primera persona tales como la siguiente: «Salí y cogí un taxi que acababa de dejar a alguien en una de esas casas de muchachitos judíos de Bishop’s Avenue.» Pero el antisemitismo, en *Stanley and the Women*, es estructural: el prejuicio heredado e irracional del narrador contrasta con los violentos parloteos y garabatos (MALIGNO VIVO VIL LEVI)[84] de su hijo Steve, que ha sucumbido al miserable y trillado sistema de creencias de la esquizofrenia. Porque se trata de un *sistema*, de un pequeño y execrable rombo: judíos, espías, extranjeros, electricidad…

—¿Que cómo se siente uno? Bien. Es algo muy *ligero*, como tú dices. Si estoy viendo el final de un nuevo programa de arte, seguramente encuentro nombres judíos en los títulos de crédito, y pienso: «Ah, como de costumbre.» O: «Oh, ya veo. Ellos de nuevo.»

—¿Y eso es todo?

—Más o menos. Lo que hago es darme cuenta de que están ahí. Pero no quiero que nadie *haga* nada al respecto. Me horrorizaría que lo hicieran.

—Fascinante. ¿Has leído la crítica de *Jake's Thing* del *New Yorker*? Es de John Updike.

—No.

—Dice que todas tus objeciones en relación con las mujeres podrían resumirse en lo que dice el profesor Higgins en *My fair lady*: «Oh, ¿por qué una mujer no podrá ser como nosotros?»

—Sí —dijo Kingsley con moroso énfasis—. Es *correcto*.

Un domingo de ocho años después, en 1992, esperábamos a Kingsley a la hora del almuerzo (sin demasiado entusiasmo, he de admitirlo). Él y yo, en nuestras charlas, habíamos llegado más de una vez a una modesta conclusión relativa al comportamiento social y familiar: existe el deber moral de ser alegre. Existe el deber solemne de ser alegre. Y Kingsley no cumplía con él desde hacía ya algún tiempo. Su bajo estado de ánimo adoptaba un perfil agresivo: después de hacer de mí un sumiso juguete de corrección multicultural, trataba luego de escandalizarme con lo abrupto de sus herejías. Yo me sentía más capaz de lidiar con tal rutina al final del día, cuando el alcohol y el cansancio me habían sumido ya en un ligero letargo. El hecho de que Kingsley viniera a casa a comer y no a cenar había constituido en sí mismo una victoria menor de mi progenitor. Habíamos discutido cansinamente al respecto: «Odio los almuerzos», decía yo. «Tonterías», respondía él. «Odio todos los almuerzos. Odio beber a mitad del día.» «¿Cómo es posible odiar los almuerzos?» «¿Es que no me crees?» «A mí me encantan los almuerzos.» «No te creo.» «Estás loco.» «A mí me encantan las cenas. Y odio los almuerzos.» «Bueno, a mi edad los almuerzos son cenas.» Sí, y a mi edad los almuerzos seguían siendo almuerzos, y tres horas contigo, papá, sin unas buenas copas y sin la consoladora perspectiva de ese taxi que viene a recogerte a las diez menos cuarto…

Sonó el timbre de la puerta. Yo estaba abajo, en la cocina, y le abrieron los niños. Dejé el libro a un lado y me puse a hacer los preparativos para las bebidas de Kingsley: me cercioré de que su jarra helada seguía en el congelador, al lado de su lata gigante de *lager* extrafuerte (la Especial de Carlsberg). Luego oí el cauteloso crujido en lo alto de las escaleras.

—Hola, papá —dije, y nos dimos un abrazo.

—¿Qué estás leyendo? ¿A algún *judío*?

Le di la espalda, y seguí dándosela conscientemente. El libro al que se refería era *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. Mi novela sobre el Holocausto, *La flecha del tiempo*, se había publicado pocos meses antes, ¡y me habían acusado de antisemitismo![85] Lo que no deseaba en absoluto era otra sílaba más de charla trivial sobre el asunto. Así que, mientras le preparaba a mi padre su copa y algo para picar —la ginebra, las cebollitas blancas—, mantuve agachada la cabeza y dije

algo como lo siguiente:

—De hecho iba a decirte algo al respecto. Algo definitivo sobre la diferencia entre los sexos. Cuando las milicias fascistas detuvieron a Levi, lo trasladaron a un gigantesco campo de concentración italiano (situado en el norte del país, creo). Allí los judíos fueron identificados y separados, y se les dijo que iban a ser deportados a Auschwitz al día siguiente. Los hombres se pasaron la última noche bebiendo y follando y peleando. Las mujeres, por su parte, la pasaron lavando a sus hijos y las ropas de sus hijos y preparando comidas para el viaje. Y Levi escribe algo como «… cuando salió el sol, cual aliado de nuestros enemigos, el alambre de espino que rodeaba el campo estaba todo lleno de ropas infantiles tendidas al viento para que se secasen».

Al final me di la vuelta con la copa de mi padre. Y, al verle, lo primero que pensé fue alargar la mano para coger un trapo de cocina. ¿Cómo había tenido tiempo para llorar de esa manera? Su cara inmóvil era una máscara de lágrimas desatendidas. Le oí decir con voz firme:

—Es algo que me duele más y más a medida que me voy haciendo viejo. *No* detengamos a las mujeres y los niños. *No* vayamos al otro lado de la colina a joder a la gente del pueblo vecino. *No* volvamos a hacerlo nunca más.

Pese a sus quiebras de tolerancia, a Kingsley le gustaba venir a nuestra casa cercana a Ladbroke Grove: «Uno de los pocos lugares —decía— donde puedo estar seguro de sentirme bien.» Más tarde, en la primavera de 1993, después de vivir diez años en ella, abandoné esta casa —un acontecimiento (un cataclismo, un terrible fracaso) que a Kingsley, a punto de cumplir los setenta y dos años, difícilmente pudo gustarle lo más mínimo—. Pero aceptó incondicionalmente mi nueva realidad, lo mismo que mi madre. Todos nuestros matrimonios se iban al garete; estábamos ante el desmoronamiento de otra segunda generación… Los domingos seguí yendo con los niños a comer con Kingsley (a la casa de Primrose Hill, donde seguía en su *ménage* con mi madre y mi padrastro). Para nuestros encuentros a mediados de semana, sin embargo, habíamos elegido un restaurante italiano llamado Biagi's, cercano a Marble Arch, que de modo intermitente y en diversas variantes combinatorias humanas llevábamos treinta años frecuentando.

Fue allí, en 1966, donde, rodeado de frascas y redes de pesca y moledores de pimienta del tamaño de personas y botellas de Chianti en sus cestillos de mimbre (el local es hoy más aerodinámico), puse el broche a una de las noches más extrañas de mi juventud (admirado, y suntuosamente aliviado, de verme en un restaurante en lugar de en una cárcel: en Biagi's en lugar de en Brixton). Eran las siete cuando

entré en casa «de vuelta del colegio». En realidad me había pasado el día haciendo unos pródigos novillos en compañía de Rob: primero, la casa de apuestas (donde, mediante apuestas acumulativas y pronósticos «de marcha atrás», habíamos *ganado* algo); luego, el pub (donde habíamos intentado —como de costumbre sin éxito— beber alcohol: hasta media cerveza con gaseosa nos habría producido un inmovilizador dolor de espalda), y luego una inmensamente prometedora tarde escuchando discos con dos chicas mundanas que tenían su propio apartamento y, lo que es mejor, sus propios porros. Cuando crucé la puerta principal de mi casa iba totalmente «pasado» de hachís.[86] Mi intención era bajar a la cocina para prepararme un tentempié rico en almidón y glucosa. Pero de pronto oí que una voz profunda me convocaba al salón, donde mi padre, mi madrastra y mi tío político se hallaban inequívocamente confabulados en contra de mi libertad… Kingsley tenía el poder de infundirme espanto, aunque era una carta que sólo utilizaba cuando había sido incitado a ello por su cónyuge (la ira le exigía un enorme esfuerzo; para él era algo demasiado parecido al trabajo). Estaba representando el papel que se esperaba de él, frunciendo el ceño y fulminándome con la mirada. Pero yo percibía la sagacidad de Jane en aquel triunvirato de unanimidad adulta. Resumiendo: me habían pillado. Y mi delito no había sido hacer novillos y drogarme, sino *sólo* drogarme. Me habían pillado, y me la había cargado. Y, lo que es mucho más pasmoso, mi hermano Philip (sólo 375 días mayor que yo),[87] a raíz de unas pesquisas paternas de horas antes, *se había ido de casa*. Habían encontrado droga en uno de sus cajones de la ropa. No era ninguna proeza detectivesca: Philip guardaba la droga en una caja en la que se leía DROGAS DE PHILIP en llamativas mayúsculas multicolores. Y mi hermano, desde siempre más rebelde que yo, más «lanzado» que yo, no iba a permitir que le castigaran. «Sabemos que te drogas», entonó Kingsley. «Philip dice que no», dijo Jane, «y trató de defenderte. Pero no es muy bueno en esas cosas. Y al final salió la verdad.» Luego tuvimos una charla sobre mi situación legal al respecto, y sobre la posibilidad de «llamar a la policía». Cuando Elvis Presley fue a ver al presidente Nixon y se ofreció como mascarón de proa en la lucha contra la droga, no estaba en su mejor momento. Adicto ya a la heroína, el Rey, en aquella audiencia presidencial en la que hablaron del problema de la droga, *estaba drogado*. Mientras farfullaba, y fingía arrepentimiento, y me quedaba con la boca abierta, lleno de paranoia, tampoco yo tenía la cabeza demasiado despejada. Pero luego la noche fue cayendo, o alzándose, y adentrándose en la incoherencia y el realismo mágico. Me llevaron a cenar fuera, al Biagi's, donde Kingsley (bastante borracho, ahora lo veo) intentó convencerme de que el tráfico internacional de marihuana y de hachís era «una confabulación

comunista» urdida para «debilitar a los hombres en el campo de batalla», y, más concretamente, a las fuerzas norteamericanas que combatían en Vietnam. Opiniones que más tarde elaboraría y defendería a plena luz y con conciencia plena. Aquella noche yo me limité a mantener la cabeza baja, inclinada sobre el cóctel de gambas, sobre el bistec y las patatas. Cuando me fui a la cama aquella noche destapé las mantas y encontré una nota de mi hermano que decía algo parecido a lo siguiente: «Saben que *yo* sí, pero no saben lo tuyo.» Me habían engañado, pues. Eso era la experiencia. Pero lo más importante, con mucho, era que el dormitorio gemelo contiguo al mío estaba ahora vacío: y eso era existencial.

Pensé en Philip con desasosiego, con asombro, con envidia. No iba a quedarse en la calle. Estaría en casa de Rob, en brazos de la seductora y neurótica hermana mayor de Rob, Jane, fumando plácidamente uno de aquellos porros de treinta centímetros de largo, de tres boquillas, que a la sazón Rob había aprendido a liar con manos de experto. Pero me sentía lleno de ansiedad. Phil había hecho algo que yo tardaría en hacer otros cinco años. Y Phil nunca volvió. Volvió, sí, pero convertido en otro, en un adulto; no siendo el chiquillo que era cuando se fue de casa. Ese chiquillo había muerto.

Kingsley tenía cuarenta y cuatro años entonces, en 1966.

Y yo tenía cuarenta y cuatro años en el momento que he citado, en 1993, cuando me fui de casa, de otra casa.

Y él tenía setenta y uno. La guerra de Vietnam había terminado hacía veinte años. Si el tráfico de hachís fue un día una conjura para fomentar el comunismo, tal conjura había fracasado, al igual que el propio comunismo. Y Philip y yo llevábamos ya mucho tiempo fumando porros delante de nuestro padre de forma rutinaria. Él se retraía un poco, quizá con una leve expresión supersticiosa, pero su desaprobación también era rutinaria. Un día entré en el salón y Philip me preguntó, a modo de saludo (algo habitual en nosotros): «¿Llevas algo de *hash*, Mart?» Le respondí que sí, que llevaba algo. «Sí», dijo Kingsley, «ya te he notado algo *raro* nada más entrar.» Nos echamos a reír los tres. Y la cosa no pasó de ahí. En el terreno de la geopolítica, por otra parte, su posición era sinceramente grotesca. ¿Qué diablos le pasaba? Era capaz de echarse a llorar cuando mencionaba la «tragedia» del fiasco norteamericano en Indochina; expresaba su más humilde gratitud a las armas nucleares por habernos mantenido a salvo durante la guerra fría; muy cierto, las revoluciones «de terciopelo» de 1989 le habían dejado un poco escaso de conspicuos villanos y personajes a quienes odiar, hasta que, increíblemente, la tomó con Nelson Mandela. Después de leer sus *Letters* siento tentaciones de pensar que la mayoría de las veces decía estas cosas

para «pincharme», porque su correspondencia se halla en gran medida exenta de provocativas insensateces. Sin embargo, seguimos discutiendo mucho sobre estos temas, y con virulencia. Pero ya no: no actualmente, en 1993. Lo que nos había impelido a ello semana tras semana, durante meses, años, era algo que tenía que ver más con el hogar.

«Dejar de estar casado con alguien», había escrito diez años atrás,[88] «es un hecho increíblemente violento que un día te sobreviene y que no es fácil asimilar plenamente.»

Kingsley sabía que ahora yo estaba asumiendo la realidad, el fuerte impacto de la separación. Y sabía también que el proceso no podía ser suavizado, ni acelerado. Lo único que podía hacerse era sobrevivir a él. Y lo que mi padre me enseñó fue la posibilidad de tal supervivencia. Me lo enseñó con el ejemplo. Pero hizo algo más. Se apasionó e hizo algo más. Me dijo:

—Habla sobre ello: lo mucho que quieras o lo poco que quieras.

Aquellas palabras —en mi estado bárbaro, en mi desmadejamiento de cuerpo y mente— me sonaron a civilización. Que hablara cuanto quisiera, o lo poco que quisiera… Hablé mucho. Sólo a él era capaz de confesarle lo terriblemente mal que me sentía, lo físicamente mal, lo desconcertado, lo disminuido, lo aturdido que me sentía por dentro, siempre al borde del sobrecogimiento o el estremecimiento ante el esfuerzo de hacer que mi cara pareciera honesta, amable, cuerda. Sólo a él era capaz de hablarle de lo que les estaba haciendo a mis hijos. Porque él me lo había hecho a mí en otro tiempo.

Y él me respondía, y así cerraba el círculo: su último deber de padre.

Su «alografía (escrito acerca de otros)» titulada *Memoirs*[89] la había publicado dos años atrás. Termina con un poema («En lugar de un Epílogo») cuyas primera y última estrofas son las siguientes:

Para H.

I

En 1932, cuando tenía diez años,
en el jardín de mi abuela, en Camberwell,
vi una mariposa Camberwell Beauty
posada sobre un macizo de ásteres.
La reconocí porque días antes había visto una ilustración
—alas castañas y bordes de color crema—
en la estampa de un amigo o en un cromo, y recuerdo que
pensé: No es nada extraño. Todo el mundo sabe

que las Camberwell Beauties vienen de Camberwell,
y por eso se llaman así. Sí. Tenía diez años.

III

En 1946, cuando tenía veinticuatro años,
conocí a una persona inofensiva, indefensa,
pero hasta entonces entera, no readaptada por dentro;
desmañada, amable, sana, erguida,
que hablaba para decir algo, que reía cuando algo le hacía gracia;
que cuando las cosas le salían mal, temía tener la culpa,
y cuyos ojos, entonces, podría haber mirado eternamente.
Oh, sí, y que además era tan bella.
En fin, se ajustaba bastante a como uno espera que sean las mujeres,
y mi mirada siguió buscando más y más en ella.
¿Cómo estar seguro de las cosas, sin nada con que compararlas?

AMANTE

En la última página de *Sir Vidia's Shadow* [La sombra de sir Vidia] —su remembranza de V. S. Naipaul—,[90] Paul Theroux relata —bastante tendenciosamente, podría pensarse— cómo el veterano escritor «huyó» de él por una calle de Londres. Bien, sé perfectamente lo que es una «huida», y decididamente mi padre huyó por el camino de grava el día en que se fue de casa —de Madingley Road, Cambridge—, en el verano de 1963. Llevaba una maleta, y le esperaba un taxi… Soy ocho o diez centímetros más bajo que mi padre, pero nuestros cuerpos son similarmente desproporcionados. Tenemos el centro de gravedad muy bajo: «casi a la misma altura de pie o sentados», como Kingsley lo describe en *That Uncertain Feeling* [Ese sentimiento de inseguridad] (1955). Luego añade que ese tipo de físico no es atípico entre los galeses.[91] Son piernas *hechas* para «huir», para escabullirse. Kingsley siempre estaba en tránsito de una realidad a otra. Aquel taxi formaba parte de un túnel que conducía a un mundo diferente. Yo no sabía entonces —al verlo marchar desde la ventana aquel día— que iba a heredar su tipo de cuerpo (salvo su autoinfligida corpulencia, hasta el momento); ni que también yo huiría un día de mi casa.

No hace mucho (en diciembre de 1998) me topé con otro caballero teatral, sir Richard Eyre, en una espléndida fiesta dada por un tercer caballero teatral, sir Tom Stoppard, en honor del dirigente-filósofo

checco Vaclav Havel.[92] Sir Richard Eyre y yo nos fuimos de la fiesta con otros tres matrimonios. En la calle ambos recordamos que sir Richard había sido alumno de Kingsley en Cambridge. Nuestra casa de Madingley Road era harto diferente de las de los otros colegas de Kingsley en Cambridge: los estudiantes venían a verle regularmente, y se quedaban a dormir. Usaban el coche familiar. Leían o dormitaban en el jardín. A veces me hacían la comida. Y yo disfrutaba con su presencia. Con tres o cuatro de aquellos estudiantes llegué a tener una amistad genuina, y uno de ellos, Bill Rukeyser,[93] se convertiría en uno de mis mejores amigos. Los alumnos de Kingsley eran todos varones, aunque en su entorno también había algunas mujeres jóvenes. Recuerdo algunas generosas y fragantes entidades femeninas, pero no logro individualizar a ninguna (clara prueba de que no había «despertado» todavía). Cuando nos volvimos a ver quince años después en los Estados Unidos, Bill Rukeyser me dio a entender que en el número 9 de Madingley Road, entre 1961 y 1963, tuvo lugar una considerable actividad sexual —de la que yo no llegué a ver casi nada, o de la que apenas fui consciente—. En aquella casa se respiraba una atmósfera absolutamente anárquica, y en cierto modo inocente, y de camaradería. No era nada extraordinario, por ejemplo, ver a mi madre y a un amigo de la familia llamado Theo Richmond[94] muertos de risa, cruzando alguna de las salas a lomos de Debbie, nuestra pequeña burra, que cada mañana metía la cabeza por la ventana de la cocina y relinchaba al son de Radio Caroline.

Nos acercábamos ya a los coches, y le dije a sir Richard:

—Seguro que nos vimos alguna vez en aquel tiempo.

—Oh, sí. Eras tan infeliz…

—¿Sí?

—*Tan* infeliz.

¿Lo era? Tenía trece años, y no demasiada suerte. Estaba gordo y era muy bajo, y había alcanzado ese punto muerto en el que la niñez (en mi caso dichosa, casi idílica) va quedando atrás y aún no ves a tu alcance ningún modo de existencia alternativo, o incluso posible. Es el tiempo del cuarto de baño y el espejo, de la mirada petrificada y luego apartada de golpe en las duchas del colegio; el tiempo de las comparaciones odiosas, de las atroces predicciones. La voz, delgada, sigue presa dentro del cuerpo, que, pujante, se amotina…

—Estás demasiado gordo para ese traje, Mart —me dijo un compañero, con demoledora justicia, en el verano de 1963.

Hasta aquel año me las había arreglado sin ambiciones de elegancia en el atuendo, sin conciencia siquiera de que tal cosa existiera; había vivido contento, incluso orgulloso, de ir tirando con la ropa heredada de mi hermano. Pero empezaba ya a darse en mí el proceso de *osricización*. Un día, en el vestíbulo de nuestra casa de

Madingley Road, me quité mi impermeable de retaco para mostrar a la familia el traje a medida que me acababan de hacer en Burton's. Me lo habían hecho siguiendo escrupulosamente mis indicaciones, y, como es lógico, el resultado era grotesco: los pantalones, prietos como mallas; la chaqueta, una rotunda negación de la forma humana: dos botones dorados, sin solapas, sin cuello (salvo el retazo de terciopelo negro al pie del pescuezo, que pronto se convertiría en un venero de chispeante caspa). Otra cosa que he de decir de la chaqueta es que me llegaba tan sólo hasta la cintura: crucial demérito, pues a la sazón yo tenía un complejo. Un complejo referido a algo muy sencillo. Al volver del internado para pasar las vacaciones de Semana Santa, mi hermano Philip (que era alto y delgado, que ya había pasado lo que tenía que pasar, que ya se hallaba en el otro lado) escribió en su diario lo siguiente:

> Mamá me ha contado que una noche se encontró a Mart llorando por el tamaño de su culo. Me da mucha pena, pero a) es *enorme*, y b) no se le va a quitar.

Me causó una particular impresión el apartado b).[95]

Bien, de acuerdo: medianamente infeliz a mis años, tal vez. Pero esencialmente seguro. El matrimonio de mis padres, creía, era como un horizonte traslúcido —una creencia memorablemente reafirmada por mi padre el verano anterior, en Deià, donde (bien es verdad que a una hora avanzada de la noche) nos había dicho a mi hermano y a mí: «Jamás dudéis de que amo a vuestra madre. Jamás dudéis de que estaremos siempre juntos…» Y yo jamás lo dudé.

Puede que sir Richard Eyre me recuerde de mis últimas semanas en Madingley Road: poco tiempo después del diálogo que tuvo lugar en la mesa de la cocina:

—Sabes que tu padre tiene una amante[96] en Londres, ¿no?

—No, no lo sabía.

Mi informante era Eva Garcia (pronunciado «*Gahcia*»). Y Eva Garcia sí era galesa, la clásica celta-ibérica, lo mismo que su marido Joe, un tipo amable, cubiforme, semianalfabeto y sufrido que se mataba a trabajar y que era, literalmente, *más alto* sentado que de pie. Eva era terrible, y fascinante. Fue una de las divinidades de mi infancia, y supongo que, por eso mismo, era la persona más indicada para ponerle término a mi niñez de una vez por todas con aquella siniestra frase… Eva la grande: a veces, en Swansea, al volver del colegio me la encontraba cantando a voz en cuello mientras me preparaba el té, y giraba airosamente en redondo sobre el grueso taco de su bota ortopédica (había tenido la polio de niña), y se sacudía el

pelo con auténtico deleite en sus ojos hispánicos. Eva la terrible: otros días te la encontrabas pálida, apoyada contra la pared de la cocina, con una mano en la mejilla y un pañuelo rojo atado con fuerza alrededor de la frente, y tu ánimo infantil se preparaba para una velada de silencio e incluso de inmovilidad en trance, pues Eva era víctima de unas pérfidas migrañas. En tales ocasiones, cuando la tarde iba cayendo, se ponía a hablar con una voz cuya intensidad crecía por momentos de los múltiples desastres acontecidos a su gente. Nada hacía recuperarse más rápidamente a Eva que la contemplación del sufrimiento de sus semejantes.

Era en Eva en quien pensaba, treinta años más tarde,[97] cuando sugerí que la palabra *schadenfreude* no era alemana sino galesa. Una vez, bordeando la costa por la carretera de Mumbles, nuestra familia se encontró con un embotellamiento causado por un grave accidente. En el coche se alzó un murmullo de inquietud ante el temor de que Sally —entonces de dos o tres años— pudiera ver algo terrible. Finalmente, al acercarnos al cruce, vimos que en el arcén había una figura humana toda ensangrentada que se estremecía bajo un abrigo que le cubría a medias. Casi habíamos logrado pasar sin demasiado sobresalto cuando Eva cogió a Sally en brazos, la incorporó al revés sobre el asiento trasero y dijo: «Míralo, Sall. *Se retuerce en su agonía*».[98]

—No. No lo sabía —dije.

Eva había venido desde Swansea sola, de visita, y para hacer acto de presencia en aquel doloroso trance. Capté su mirada desde el otro extremo de la mesa. Incluso a mi corta edad era consciente de que nadie le había investido de la autoridad necesaria para comunicarme semejante nueva. Sabía, también, que la divulgación de malas noticias no era para Eva una contrariedad, sino un privilegio que merecía la pena. ¿Estaba, por exceso de celo, exagerando? Dije:

—¿Seguro?

Me miraba con aquellos ojos encogidos y aquella sonrisa sin brillo y calculadora que yo tan bien le recordaba de mi niñez en los valles. Y al cabo dijo, descarnadamente:

—Pues claro.

A la mañana siguiente, o quizá a la mañana de dos días después, mi madre, como de costumbre, me llevaba en el coche al Cambridgeshire High School for Boys, y cuando nos acercábamos al cruce final me dijo, en un tono como de pasada, que Kingsley y ella se iban a separar (no hizo mención alguna a una hipotética amante). Siguió con la mirada fija en la carretera (era lógico, porque estaba conduciendo), mientras fumaba uno de sus cigarrillos mentolados (un Consulado). Mamá ha seguido fumando, pero en mi opinión jamás ha sido una fumadora empedernida. Da una chupada y echa el humo enseguida, como para acabar pronto. Calculo que, incluso entonces

(teniendo yo trece años), yo era el doble de fumador de lo que ella haya podido serlo nunca… Sin embargo, aquella mañana —me daba perfecta cuenta—, mi madre necesitaba aquel Consulado. Me preguntó si entendía lo que me estaba diciendo, y creo que le dije que sí, que lo entendía. Me bajé del coche, y me quedé parado al sol, ante la verja.

Lo que mi madre pretendía —según me contaría años más tardeera darme la noticia en un momento en que no pudiera ponerme a darle vueltas a la cabeza. Y el plan surtió efecto, al menos parcialmente. Allí estaba el colegio con todos sus trabajos, sus obligaciones, sus juegos, sus tribulaciones…, con los compañeros y los miedos. Sólo me llevó unos segundos abandonar la sensación de ingravidez, de «gravedad cero» de la niñez y pasar a sentir la verdadera masa del mundo. Y pensé algo como: «Bien, lo fácil ya ha pasado. He pasado ya lo fácil.» Y entré en el patio con la cartera y la gorra.

Cuando volví a ver a mi padre era noviembre: una medianoche de invierno, en Londres. Su asombrada figura, en pijama, retrocedió un paso en el umbral.

—No estoy solo, ¿sabéis?

Al fondo, en albornoz blanco, estaba su amante, una mujer con la cabellera hasta la espalda.

—¡Si ni siquiera sabes lo que significa *sofisticado*! —dije.

Mi madre se volvió hacia mí con brusquedad. He de repetir que cuando me dio a luz sólo tenía veintiún años. Nunca he sido mucho más joven que mi madre, y ella nunca ha sido mucho más mayor que yo. Estábamos en el coche, y me llevaba al colegio. Era en Swansea, a finales de los años cincuenta.

—¡Oooh, sí sé lo que significa *sofisticado*! —dijo ella.

—No, no lo sabes. No lo que significa *realmente*.

—Sí, sí lo sé.

—Pues venga, dime: ¿qué significa *sofisticado*?

Veo el perfil de mi madre, que frunce el ceño levemente, concentrándose, mientras enumera algunos de los atributos más atractivos y propios del vocablo, todos ellos dignos de ser ambicionados por una tímida chica de pueblo de Berkshire.

Dije:

—No, no es eso lo que significa *de verdad*.

—De acuerdo. ¿Qué significa *de verdad,* entonces?

—*Corrupto*.

Mi madre era inocente. Con el tiempo le vino la experiencia, y la asimiló. Y con el tiempo volvió a ser inocente. Y yo siempre me he preguntado cómo lo logró.

CARTA DESDE EL HOGAR

108 Maida Vale
W.9[99]

Queridísimos papá y Jane:

Mi última carta parece haberos dejado sin habla, así que voy a intentar, con bastante nerviosismo, resolver la controvertida cuestión de mi futuro inmediato. Espero poder prescindir de la vehemente retórica y la implacable dialéctica a la que ya debo de teneros harto acostumbrados. El duende llamó a varios colegios y todos ellos buscaban denodadamente profesores versados en las nuevas matemáticas. El ilustre duende sugirió luego que podría ponerme a trabajar en una librería, y se dispone a mirar por ahí durante las vacaciones. Dice que probablemente aprendería mucho más si trabajara en ese campo, y me inclino a pensar que tiene razón. Dice también que por qué no me da clases de anglosajón el año que viene. ¿Qué os parece la idea?

Fui a la entrevista de Durham y todo salió bastante bien. El tipo que me entrevistó en el departamento de literatura inglesa resultó ser un ex alumno de papá (SWAN), y dice que me había visto varias veces. No me enteré de su nombre, pero es un tipo pequeño de aspecto raro con una increíble mata de pelo oscuro y ondulado. Para enero he conseguido otra entrevista en Exeter.[100] ¿Cuál de ellas es mejor universidad? Durham me pareció una ciudad preciosa, he de decir, y la facultad parecía cómoda en todos los aspectos.[101] Pero esperemos que me acepten en Oxford o en Bristol.

Sólo quedan cuatro días para las entrevistas de Oxford, y, como no he recibido ningún telegrama, tengo la impresión de que he salvado el primer obstáculo. Ahora hay tres firmes candidatos por cada plaza. La entrevista me da bastante miedo, la verdad. ¿Habré de mostrarme refrescantemente diferente, impasible y medianamente cultivado, encantadoramente ingenuo, cándidamente práctico, desdeñosamente sofisticado, incorruptiblemente sincero, rimbombantemente pedante, curiosamente voluble, juvenilmente asombrado? ¿Habré de agachar la cabeza en señal de solemne reconocimiento de la atmósfera sagrada de aquel templo del saber? ¿Deberé interpretar el papel de profundo buscador de la verdad, de astroso antihéroe, de malhumorado observador de la sociedad, de sagaz amante de la belleza? No, supongo que no. Supongo que acabaré…, que acabaré siendo… yo mismo.

Tu carta, Jane, me ha llegado mientras os estaba escribiendo ésta, así que voy a decir unas palabras sobre lo que en ella me dices. Debéis entender que lo que se ha dispuesto que haga es de ese tipo de cosas que normalmente van acompañadas (sic) de alguna forma de coerción.

Pensaba que su única finalidad era que fuera bueno para mí. Y lo acepté —con ciertas reservas—, pero cuando he visto lo «bueno» que va a ser para mí he empezado a cuestionarme la validez de todo el proyecto. Ahora veo claramente que no respondía en absoluto a la intención original. Estoy seguro de que el duende (el muy condenado) acabará por encontrarme algo más interesante. Y confío en que estas transatlánticas batallas de agudezas entre nosotros amainen y no vayan a más.

Ahora llevo el pelo muy corto. Y aunque el contorno de mi barbilla tenga ahora un mejor trazo, creo que parezco un babuino particularmente inmundo e irascible.

(Me he cambiado a la pluma y a la tinta después de once horas de máquina.)

Paso a las artes. Creo que papá está siendo muy bobo en relación con Donne, que sin duda no es tan «frío» como tu Marvell, que es demasiado inmaculado para ofrecer la pasión que uno seguramente espera. Marvell, en mi opinión, vive todos sus sentimientos *antes* de ponerse a escribir, mientras que a Donne —siempre siento eso al leerle — le rechinan los dientes mientras escribe. Leed «S. Lucies Day» [El día de Santa Lucía] y «The Apparition» [La aparición], y luego «The Definition of Love» [La definición del amor] e incluso «To His Coy Mistress» [A su tímida amante], y creo que veréis —siquiera en parte — a qué me refiero.

Primeras impresiones:

Conrad: un pelmazo de gran fuerza romántica.

James: elocuente, y bastante divertido, y muy refinado.

He leído *Guerra y paz*, y me ha parecido endiabladamente buena (algo así como los «grandes acordes» de Forster sonando a toda potencia).

A propósito, ¿qué queríais que hiciera con vuestros regalos? Porque pienso mandároslos muy pronto para que los recibáis a su debido tiempo.

Montones de amor, besos

Mart

¡ESTE QUE ES, AQUEL QUE FUE!

El Osric de la dentadura frágil dijo que a John Donne le «rechinaban los dientes» mientras escribía «S. Lucies Day». Es una visión errónea de Donne, y una visión errónea de cómo se escribe poesía. Catorce años más tarde yo reconvendría solemnemente a John Carey (consúltese) por defender esta visión en su obra *John Donne: Life, Mind and Art*. La conjunción de nombres me hizo releer «S. Lucies Day» (o «Poema nocturnal sobre St. *Lucies*, que es el día más corto»). Aunque, como crítico, el profesor Carey sabe bien que los poemas líricos son «producto de la imaginación», el corsé biográfico es un corsé pesado: «Wordsworth no necesitó una muerte real para llorar a su Lucy. Pero si el poema a Lucy de Donne versa realmente sobre una mujer muerta, es su esposa la única candidata a considerar.» Carey describe «S. Lucies Day» —pieza rimada y escandida— como «suicida». Los suicidas escriben notas de suicidio, no elegías. Los últimos versos son inolvidables, pero el sentimiento que expresan es el tradicional y manido de la forma elegíaca:

> Como ella ya disfruta de su largo festival nocturno,
> dejad que me prepare para ir a su encuentro, y dejad
> que llame a esta hora su Vigilia, y su Víspera, pues ésta
> es la honda medianoche de los años y los días.[102]

La *Enciclopedia Británica* es mezquina a este respecto, y el *Oxford English Dictionary* silencia la identidad de St Lucy, o de St Lucia. El *Brewer's Dictionary of Names* dice lo siguiente: «La isla caribeña de Santa Lucía fue bautizada por Cristóbal Colón en virtud del día en que fue descubierta, el martes 13 de diciembre de 1502, festividad de santa Lucía, virgen y mártir siciliana.» Actualmente se ha estipulado que el día más corto del año —la medianoche del año— es el 23 de diciembre. Lucy Partington desapareció el 27 de diciembre. Aquel invierno hubo una crisis energética y no había iluminación en las calles. El año era 1973, pero la oscuridad era del siglo XVII.

Que me rechinaran los dientes era algo que *no* podía sucederme en noviembre de 1994. Un concepto místico: el rechinar de dientes de

una sola mandíbula.

Sabía que los sijs tenían todos el mismo apellido, y me estaba consolando bastante la idea de que una gran hermandad de taxistas singh[103] iba a pasearme tiernamente de un lado a otro de Nueva York durante mi duro trance dental. Pero mi ensoñación no mereció durar mucho: tras recogerme en el aeropuerto y llevarme a la ciudad, Inderjid Singh tuvo un pequeño accidente.[104] Y luego fue Charon Singh quien, de forma inquietante, me llevó a mi primera cita con Todd J. Berman, doctor en odontología, cirujano dental miembro del American Board of Oral y Maxillofacial Surgery. Fue Todd quien hubo de encarar el reto profesional de rehacer mi maxilar inferior: una serie de extracciones, la extirpación del tumor, la reconstrucción de la mandíbula con hueso de vaca (sometido a las pruebas detectoras del sida) y la realización de los implantes.

Pero fue, con justicia, a Charjit Singh a quien le tocó en suerte la carrera de once dólares rumbo al norte de la ciudad, donde me habrían de someter a una tomografía por computadora. A mi amigo Chris, el que un día dijo que le habría encantado que Salman Rushdie le hubiera dicho que «saliera a la calle», le han hecho recientemente una tomografía por computadora —o, mejor: intentaron hacérsela—. «Tengo claustrofobia. No sabía que te metieran la *cabeza entera* ahí dentro. Me puse como un loco.»

Sí, te meten la cabeza ahí dentro. Con una lima de esmeril entre las mandíbulas, un gorro de ducha azul en la cabeza y unas correas en frente y barbilla, fui «succionado» hacia atrás hasta encajar en una especie de ciclotrón, en cuyo interior permanecí unos diez minutos. El confinamiento, o internamiento, me hizo pensar con impotencia en Lucy Partington. Shaw se equivocaba: el sufrimiento *es* relativo.

Cuando me acercaba a los treinta años empecé a sufrir ataques de pánico en el metro. Y durante un tiempo pensé que heredaría la pródiga panoplia de fobias de mi padre: aerofobia (fobia a volar: voló una vez, de niño: una voltereta de cinco chelines en la costa), acrofobia (cuando nos llevó a mí y a mis hermanos al último piso del Empire State, en 1959, sólo nuestra presencia —contaría después— le impidió ponerse a gritar a voz en cuello), y nictofobia, o miedo a la noche.[105] A su nictofobia se sumaba una monofobia (miedo a estar solo) parcial. Había muchas cosas que no podía hacer solo. Cuando iba de visita a Swansea, mi hermana le llevaba y luego volvía a recogerle. Una vez, varado en Newcastle, volvió a Londres en taxi. Y, lo que era aún más grave, no podía quedarse solo en casa después del anochecer. No podía, sencillamente. Mis ataques de pánico se curaron con el consejo —de una sola fraseque me dio un día en un pub uno de los mejores amigos de Kingsley, el psiquiatra Jim Durham. Me dijo: «Ten siempre presente que lo peor que te puede pasar es que te pongas en

ridículo.» Funcionó entonces, y funcionó en el ciclotrón. Mi ánimo se aprestó a pasar diez minutos de callada entereza.

Cuando salí, el hilo musical —solidario— estaba poniendo «Candle in the Wind». Mientras esperaba para pagar, permanecí sentado en la sala de espera en compañía de dos ancianas damas. Una de ellas se hallaba absorta en una revista, *Modern Maturity*, con la consabida pareja de ancianos en buena forma en la portada. Las damas bebían papilla de bario de unas tazas, despreocupada y jovialmente, como si estuvieran disfrutando de su café de la mañana. El hilo musical cambió de la primera de Chaikovski a «Let it be…». Pagué y salí de la clínica. La hermandad de los singh, harto hirientemente dado el tormento que acababa de soportar, debía de estar en cualquier parte de la ciudad menos en aquélla, y hube de recurrir a Jorge Palomino para que me llevara a casa.

Inmediatamente después de mi cita con las manos de Mike Szabatura, Isabel, sagazmente, me llevó a comer al Lower East Side. Me disponía a escupir sangre en una alcantarilla cuando oí que me decía:

—No olvides que esta ciudad es como un circo. Mira a tu alrededor. Nadie se va a dar cuenta.

Miré a mi alrededor. Era cierto. Era fantástico. Charlatanes, artistas con el almuerzo en bolsas de papel marrón, pordioseros…, todos con las más asombrosas combinaciones de biomasa, desde obesidades de grasas saturadas a delgadeces de taco de billar; y gentes en silla de ruedas u otros artilugios para inválidos, prospectores de cubos de basura, drogadictos, putas, veteranos de guerra demenciados… Aquella esquina era un punto de venta de drogas, y los vendedores de aquel día estaban de pie en la acera, y como inclinados en el aire sin punto de apoyo alguno,[106] como una barra oblicua (/). Y basura por todas partes, hasta el tobillo y por doquiera. En los dorados soportales del centro de la ciudad mi estampa habría resultado embarazosa para el fresco social. Pero a aquella altura de la Segunda Avenida podía pasearme con la cabeza bien alta, pues nadie reparaba en mí ni nadie me miraba. Incluso parecía haber lugar para mayores deterioros.

Excelente compañía, pues, en aquellas calles. Excelente compañía, también, en la mesa del restaurante, pues Isabel, cual un controlador aéreo en una película de aeropuertos, no paró de hablarme hasta que me acabé la sopa de pollo. Y asimismo disfruté de una excelente compañía en otra parte: en la mente.

Pregunta: ¿Cuál de estos tres célebres estilistas: James Joyce, Vladimir Nabokov y Martin Amis, hubo de soportar la catastrófica pérdida de la dentadura entre el comienzo y la mitad de la cuarentena? Respuesta: los tres.

—Mi dentadura es muy mala —musita Stephen, en el primer capítulo de *Ulises*, y pasa a formular la gran e inútil pregunta: «¿Por qué?»

> Por qué, me pregunto. Toca. También éste lo pierdo. Cáscara. ¿Tendría que ir al dentista —me pregunto— con ese dinero? Ése. Éste. Un Kinch sin dientes, el superhombre. ¿Por qué esto —me pregunto—, o es que quizá significa algo?

¿Por qué? ¿Hereditario? ¿El agua del grifo celta? ¿Una introspección perniciosa? Incluso cuando tenía poco más de veinte años Joyce se retorcía de dolor al tomar una sopa templada. En 1907 escribió a su hermano Stanislaus desde Marsella: «Mi boca está llena de dientes podridos, y mi alma de podridas ambiciones.» Joyce nació en 1882. Los dientes le duraron hasta 1923. Se pasó dos semanas en un sanatorio recuperándose de las extracciones, pero según la biografía (casi trascendente) de Richard Ellmann, *James Joyce* (1959), tal pérdida «no le molestó gran cosa». Como le diría a su hijo Giorgio, con maravillosa simplicidad: «No eran unos buenos dientes, de todas formas.»

Joyce padeció algo mucho peor: el espectro miltoniano (y quizá homérico) de la ceguera. En 1922 había terminado *Ulises*, y no era precisamente la dentadura lo que habría de servirle de ayuda en la escritura de *Finnegans Wake*. «Siempre tengo la impresión de que ya ha caído la tarde», le decía a su amigo Philippe Soupault ese mismo año. Las operaciones dentales fueron intercaladas entre las tres fases de una esfinterectomía óptica (entre cuyos preparativos se incluía la aplicación de «cinco sanguijuelas para drenar la sangre del ojo»). Sobreponiéndose a estas violencias padecidas por su cara, por su cabeza, por su mente, Joyce escribió su primer poema en más de media década: «Una oración.» «La actitud de quien habla», glosa Ellmann (la biografía es siempre un trabajo duro), «confunde deseo y dolor, [el dolor] porque su mente asocia su sometimiento a los seres queridos a otros sometimientos: a sus problemas oculares y a la muerte.» Y a no tener dentadura. Según se admite comúnmente, «A prayer» [Una oración] (de *Poemas manzanas*) tiene como destinataria a Nora Joyce. Pero en mi universo tiene como destinatario a Mike Szabatura. La segunda de las tres estrofas reza (bellamente y, para mí, de forma insufrible) como sigue:

> No puedo soportar el frío tacto que tanto temo.
> ¡Sigue sacándome
> la lenta vida! Inclínate aún más sobre mí, amenazadora cabeza,

orgullosa de mi ruina, rememorando, compadeciendo
¡a este que es, a aquel que fue!

Leí este poema por vez primera en 1992 o 1993. Veo que escribí al margen: «la inevitabilidad del sometimiento». Y no estaba pensando en ninguna mujer.

El 23 de noviembre de 1943, Vladimir Nabokov (nacido en 1899) comienza una carta a Edmund Wilson, sin preámbulo alguno, como sigue:

> Querido Bunny:
>
> Algunos de ellos tenían pequeñas cerezas rojas —abscesos—, y el hombre de blanco se ponía contento cuando salían enteras, junto al marfil carmesí. Siento la lengua como si al llegar a casa me hubiera encontrado con que se habían llevado todos los muebles. La dentadura postiza no estará lista hasta la semana que viene; soy un lisiado oral…
>
> Cuando mi cara se reflejaba en alguna superficie esférica,
>
> apreciaba en ella cierta semejanza con el Ángel (ya sabes, el luchador…). Pero ahora hasta un espejo normal produce ese efecto.[107]

La experiencia esperó un tanto —como acostumbra hacer las más de las veces— hasta infiltrarse en la ficción. En *Pnin*, publicada en 1957, el «heroico» Timofey sale al fin pesadamente hacia la cita con el hombre de blanco. Y luego:

> Un cálido flujo de dolor fue reemplazando gradualmente —en el deshielo de su boca, aún medio muerta y abominablemente martirizada— al hielo y la madera de la anestesia… Su lengua, una rolliza y lustrosa foca, solía agitarse y deslizarse tan dichosamente en medio de las familiares rocas, inspeccionando los contornos de un maltrecho aunque aún seguro reino, pasando de cueva en cala, escalando tal cresta, metiendo la nariz en tal hueco, encontrando tal hebra de alga dulce en la vieja y conocida grieta; pero ya no quedaba ni un solo hito, y todo lo que existía era una gran herida oscura, una tierra ignota de encías que el miedo y la repugnancia disuadían de explorar.

Esta desolación pronto se «desangra» en otra cuando el encuentro ardorosamente acariciado de antemano por Pnin con su ex esposa (la terrible Liza) queda en nada: en *nada*. Su delicada casera norteamericana, Joan, lo encuentra en la cocina:

> Las espaldas innecesariamente robustas de Pnin seguían temblando…
>
> —¿No quiere volver con usted? —le preguntó Joan con voz suave.
>
> Pnin, con la cabeza apoyada sobre el brazo, empezó a golpear la mesa con un puño sólo levemente apretado.
>
> —No tengo nada —gimió, entre sonoros y llorosos resoplidos—. ¡No me queda nada, nada, nada…!

¿Qué más tenían en común Nabokov y Joyce, aparte de la pésima dentadura y la soberbia prosa? El exilio, y décadas de una precariedad económica cercana a la indigencia.[108] Y una compulsiva tendencia al exceso. Y la desmedida sumisión que merecidamente les inspiraban sus esposas: la polifacéticamente capaz y artística Véra Slónim (que tradujo *Pálido fuego* al ruso), y la sublimemente poco instruida Nora Barnacle («Está escribiendo otro libro», decía, refiriéndose con cierta exasperación a *Finnegans Wake*). Más aún: ambas vivieron su vida «hermosamente», no en ningún sentido jamesiano (en el que, además, la absoluta solvencia habría sido un requisito previo), sino en la curiosa fortaleza de su perseverancia. Hacían su trabajo, y con estilo. Podría decirse que Joyce exageraba su frialdad de hermano mayor con Stanislaus, y que prefería las obras de Ibsen a las de Shakespeare.[109] Y podría decirse asimismo que Nabokov era culpable de cierto triunfalismo parnasiano. Pero las vidas que llevaron fueron inquebrantables. Cuando pienso en que D. H. Lawrence, acaso el escritor con peor talante de todos los tiempos (vapuleador de mujeres y animales, racista, antisemita, etc…),[110] fue también, quizá, el exponente más pródigamente chapucero de la lengua, siento la tentación de una inmensa generalización respecto de la probidad y la prosa. Pero el lector apto, el lector ideal, considera la vida del escritor tan sólo como una añadidura interesante. En los días buenos, cuando uno tiene la sensación de ser un mero instrumento de la tarea para la que uno fue enviado a este mundo, tal es, en efecto, lo que parece ser la propia vida: una añadidura interesante. Y no existe correlación válida alguna entre la vida y la obra del escritor. Algunos autores sentirán alivio al oír esto.

«Mi inglés es un mero peloteo comparado con la maestría de juego de Joyce», dijo Nabokov (con —sospecho— una considerable aunque no total sinceridad). Yo podría decir lo mismo respecto de Nabokov. Sin embargo, reclamo un plano de igualdad con estos maestros en un terreno concreto. No en el arte ni en la vida, sino en los dientes. En el terreno de los dientes.[111]

LA GUERRA CONTRA LA VERGÜENZA

Mi primera palabra fue *bus*. Aparte de mis primeros balbuceos de infante —«mami» y «papi» y «Philip»—, «bus» fue la primera palabra que pronuncié en mi vida. A lo largo de mi niñez en Swansea sentí una pasión sin paliativos por aquellos grandes autobuses de dos pisos y color rojo sangre, y solía montarme en ellos y viajar sin rumbo fijo durante horas, y un día tras otro. Una vez, cuando tenía siete u ocho años, entreoí una conversación entre el cobrador —un importantísimo personaje, con su aparato metálico expedidor de billetes sujeto por una correa al pecho como un acordeón de plata— y una viajera. Ésta le dijo el nombre de su parada, y luego añadió:

—He estado mal. He estado francamente mal.

—¿Ah, sí? ¿Va al hospital, entonces?

—Sí. Tengo un terrible dolor de muelas.

—Lo que hay que hacer es sacárselos todos y acabar con esa lata de una vez.

—Sí. Te ahorras todo el sufrimiento.

—Es de sentido común.

El cobrador se asió a una de las correas de encima de su cabeza y se inclinó sobre la mujer como si estuviera dudando si darle o no un beso, y de pronto abrió la boca y dejó al descubierto una impecable dentadura postiza.

—Oooh… Preciosa. Y qué elegante…

Ambos interlocutores tenían unos veinte años.

He aquí la trastienda de una cultura que en verdad *tenía en gran estima* las dentaduras postizas; las consideraban un simulacro más práctico y atractivo que las reales. Era una preferencia de las clases trabajadora y media baja exclusivamente, por supuesto. Evelyn Waugh hace un comentario despectivo al respecto, al dar cuenta, con un estremecimiento de asco, de la «sonriente prótesis dental» de un viajante de comercio en *Retorno a Brideshead* (1945).[112] Hoy los lectores más burgueses considerarán el diálogo en el autobús que acabo de relatar como ilustrativo de la credulidad proletaria. Pero la preferencia en cuestión era también una preferencia estética, y una aceptación de lo nuevo, del mismo modo que el nailon se prefería al algodón, y el plástico a la madera.

La dentadura se hallaba claramente —o en apariencia, al menos— vinculada al rango social —una mala noticia para las clases bajas, y una mala noticia para Osric—. Treinta años atrás, al presentir que se me venía encima un problema y saber que se trataba de un problema que jamás se solucionaría por sí solo, sentí que se añadía otro signo de interrogación a mis pretensiones de alta cuna. De todas formas, los datos demográficos dentales estaban cambiando. Aquellas

escandalosas bocas de los pobres empezaban a ser sólo un recuerdo. La evidencia brindada por la mera observación era que *todo el mundo* tenía mejor dentadura que yo: *hooligans* futbolísticos, drogadictos, vagabundos… Y, en aquellos tiempos, ni siquiera podía aducir el contraejemplo del aristocrático Nabokov, por cuyas venas corría sangre de emperadores…[113]

La otra conexión dental clave, por supuesto, es la de la potencia sexual. Freud tiene mucho que decir al respecto; cómo, por ejemplo, los sueños en los que se da una pérdida de dientes son manifestación de duda y miedo sexuales. De forma harto interesante, Nabokov, que en cierta medida había cultivado un desprecio desproporcionado por el «matasanos vienés» (y su mundo de «resentidos pequeños embriones que espían, desde sus recovecos naturales, la vida amorosa de sus padres»), reconocía e incluso infundía nueva vida a tal asociación no sólo en *Pnin* y otros textos sino asimismo en uno de los más grandes párrafos de *Lolita* (1955). Estas frases —bellas, atroces, estremecedoras y quejumbrosas, en su dolor y aflicción— nos muestran el espíritu moral de toda la empresa. «Rondaba mi sueño», dice Humbert Humbert de Lolita, cuando ésta se ha ido,

> pero aparecía en él extraña y grotescamente disfrazada de Valeria o de Charlotte,[114] o de un cruce entre las dos. Tal complejo fantasma venía a mí, despojándose de uno y otro ropaje, en una atmósfera de gran melancolía y asco, y se reclinaba en actitud de vaga invitación sobre algún tablero estrecho o algún duro sofá, con la carne entreabierta como la válvula de goma de la cámara de aire de un balón de fútbol. Y me veía a mí mismo, con la dentadura rota o extraviada sin remedio, en horribles *chambres garnies*, asistiendo a tediosas fiestas de vivisección que generalmente terminaban con Charlotte o Valeria llorando en mis ensangrentados brazos y recibiendo los tiernos besos de mis labios fraternales en un trastorno onírico de baratijas vienesas sacadas a subasta: piedad, impotencia y las pelucas castañas de unas trágicas ancianas a quienes acababan de gasear.[115]

A veces he creído que el sexo y la dentadura se extinguirían a un tiempo. Y que con ellos acabaría el amor. En algunas de mis más trémulas fantasías pensaba que un buen día me escabulliría de mi país para recalar en una tierra —¿Albania? ¿Uzbekistán? ¿Sur de Gales?— donde tampoco nadie tuviera dientes. O, con espíritu menos aventurero, localizaría y me inscribiría en el adecuado centro para crisis amatorias, donde todos nos sentaríamos en círculo en una atmósfera viciada de fijador y pastillas de menta, con la boca llena de

piezas de cerámica que chocarían entre sí como castañuelas, hasta que, quizá, me iría a la barra del bar en compañía de Dorothy Wordsworth, ella con un cóctel de Corsodyl y yo con mi vaso largo —mucho más franco y varonil— de Plax *on the rocks*…

En cuanto al período de transición, la semana de desnudez oral, kinchiana, parecía resistírseme a todo intento de visualización. Pero supuse que podría sentirme bastante cómodo en la carbonera o en el armario de debajo de las escaleras, entre cuadros de fusibles y bulbos de geranios; y siempre habría alguien que me pasaría el termo de sopa por un hueco de la puerta. Cuando llegara el día podría desenrollarme de la posición fetal en la que me había mantenido hasta entonces y salir al fin, tan pálido como un Sex Pistol, para la primera sesión de ajuste protésico.

Cuando era mucho más joven y estúpido llegué a dar con otra estrategia para encarar el problema: el suicidio. Siempre fue una fantasía, un modo de posponer el miedo, y jamás llegó a constituir una seria opción mientras cualquiera de mis padres continuara en este mundo. Pero la idea parecía consolarme. La única forma de salida definitiva de este mundo que se me llegó a ocurrir jamás fue una nihilista orgía de Valium y alcohol —con los ribetes decorosos de rigor, como la nota en la puerta del cuarto en la que pedía a los empleados del hotel que llamaran a la policía, etcétera—. En cualquier caso, nada de esto pudo evitar que un lento, pasivo, apagado deseo de muerte se fuera asentando en mi interior. Me volví —para lo que yo era— muy poco temeroso de los aviones, etéreamente calmo en las más espeluznantes turbulencias.

La idea de suicidio desapareció incluso como fantasía en noviembre de 1984, el día en que nació mi primer hijo. Cuando nació mi primer hijo tuve dolor de muelas todo el santo día. También tuve dolor de muelas cuando nació mi segundo hijo. Tuve dolor de muelas el día en que logré una íntima comunión con el espíritu de Lucy Partington. Ahora tenía esos niños y tenía esos dolores de muelas y ya no estaba en mí la idea del suicidio (el suicidio como grata distracción): aquellos nacimientos habían «matado» al suicidio. Estoy contento. Estoy contento de haberme quitado de encima aquel hábito. Y no tardaría mucho en aprender un poco más acerca del suicidio: que, por ejemplo, es pecaminoso (y un insulto para los suicidas genuinos) pensar en él cuando en el fondo uno sabe que no va a matarse.

Así que no cabía más remedio que seguir viviendo. No me quedaba otra opción.

Felizmente —me dije— sólo tendría que aguantar desdentado tres días; luego iría a probarme la dentadura. La mañana del cuarto día me

levanté con la sensación de que todo iba a salir a las mil maravillas. Pero el primer augurio no fue bueno. Al cabo de cinco minutos de esperar un taxi en la Sexta Avenida descubrí mi exacta ubicación en el universo de la hermandad singh: estaban dejando claro que no tenían intención alguna de llevarme… Eché a andar en dirección norte, con Isabel a mi lado. Aparte de para darme ánimos, Isabel estaba allí porque también tenía cita con Mike Szabatura: al parecer existían posibilidades de mejora en algún intersticio de aquellas almenas suyas de cristal. Una vez le dije a un dentista que las mujeres tenían mejor dentadura que los hombres, yél no me contradijo. Mejores dientes, mejor pelo. Imaginemos un planeta con igualdad pilosa: mujeres con las azuladas lagunas de los distintos patrones de calvicie varonil (¿es que existen otros patrones de calvicie?), mujeres con implantes capilares, con peluquines… Inicialmente horrorizado («era como una pobre calavera fósil a la que se le estuvieran acoplando las mandíbulas rientes de un perfecto desconocido…»), Timofey Pnin aprendió a amar su «nuevo anfiteatro de plásticos traslúcidos»: «Fue una revelación, fue un amanecer, fue una firme bocanada de la eficiente, alabastrina, humana Norteamérica…» Pronto, pues, como Pnin, y como aquel cobrador de autobús de Swansea del pasado, yo le estaría diciendo a la gente que se sacara toda la dentadura de inmediato: «“… al día siguiente, nada más levantarse; será usted otra persona, como yo”, proclamó Pnin».

—La boca —me dijo la amable Millie en cuanto me senté en el sillón— es increíblemente adaptable.

La mía estaba a punto de padecer una intrusión; con el tiempo, acabaría por percibir a mi enemigo como a un enemigo de mi enemigo: llegaría a percibir a mi enemigo como a un amigo. El artilugio llegó a la sala en las manos de alguien, y esperó tímidamente a que fuéramos presentados. He aquí mi billete —me dije— para la guapura, para la buena mesa, para poder echar la cabeza hacia atrás cuando estalles en carcajadas, para las caricias y carantoñas con el «morro», para los besos acaramelados y de tornillo…

Pero un momento: aquello no eran «las mandíbulas rientes de un perfecto desconocido». Nada podía resultarme más espantosamente familiar. Aquello era yo, yo mismo: era mi viejo puente, mi «puente de los suspiros» con su peso de oro y de oreja a oreja bajo la gran montura rosada del paladar. Me lo encajaron. Permanecí allí echado, aplanado, absolutamente vencido por la pura masa de la prótesis. Y cuando traté de expresar mi consternación oí la voz de un perfecto desconocido que parecía estar detrás de mí, a cierta distancia. La cara de Millie rebosaba solidaridad y simpatía. Y dijo:

—Es como acostumbrarse a unos zapatos nuevos.

Sí, le habría contestado si hubiera podido. Como un zapato nuevo

dentro de la boca. No, una bota de fútbol dentro de la boca. Una bota construida con un elemento nuevo en la tabla periódica: un elemento llamado, por ejemplo, *nausium*. Millie sacó un espejo de mano. Y conocí al profesor chiflado. Y eché de menos a mis niños, y sentí cómo ellos me echaban de menos a mí, y supe que lo más duro, quizá, iba a ser enfrentarme a ellos con aquella cara.

La gente sale de las consultas de los médicos con una ligereza apaciblemente satisfecha en el andar, o —la otra opción posiblearrastrando pesadamente los pies con aire manso. De esta segunda forma salí yo a Madison Avenue. Isabel me ofreció un trago de zumo de naranja: el sabor tardó varios segundos en llegar a la parte posterior de mi garganta, y fue seguido por una catarata de saliva. Fumarme un cigarrillo tampoco resultó un camino de rosas. Fumarme un cigarrillo no fue ningún plato de buen gusto. Tragando saliva, presa de fuertes arcadas, tratando de fumar e intentando maldecir, me apoyé sobre el brazo de Isabel con todo mi peso.

Recorrimos tres manzanas y entramos en Brentano's. Tenía idea de comprar algunos libros que pudieran transportarme lejos de lo cotidiano, de lo meramente terrenal, de lo rotundamente dental. Me acerqué a un joven alto y pelirrojo, y le dije:

—La sección de astronomía, por favor.

—¿Cómo?

—La sección de astronomía.

—¿La qué?

—Astronomía.

—¿Perdón?

—Astronomía.

—¿Qué?

Al final pareció comprender. Echó a andar y le seguí. Y de pronto me vi en la sección de astrología… Durante centenares de años los hombres y mujeres racionales de este planeta han esperado que la astronomía subsumiera primero y luego sustituyera por completo a la astrología. Pero no ha sucedido así.[116] Allí estaba todo, estante tras estante tras estante… No necesitaba nada de aquello. No necesitaba sus cartas ni sus gráficos ni sus cúspides ni sus predicciones para saber que no era mi día.

No era mi día. Pero era mi noche.

El pobre Pnin no tenía nada. No le quedaba nada, nada, nada. Pero no era mi caso.

Aquella noche saliste del baño y viniste a mí bailando la danza del vientre, y llevabas a) tu bata de seda y b) mi dentadura. Y luego «te quitaste» ambas cosas.

Fue una guerra contra la vergüenza.

A la mañana siguiente me desperté temprano y me quedé en la cama quieto, riendo y llorando sobre la almohada. Me sentía frágil, sin malicia, y exquisitamente consolado. La calidad de aquella felicidad me hizo pensar en un poema —del Yeats de los primeros tiempos— que en cierta ocasión, hacía treinta años, copié para que mi hermana pudiera aprenderlo de memoria. Si tuviera los…, los oscuros ropajes de la noche y la luz y la penumbra…, he extendido mi… Pisa suavemente, porque tú…

«Porque uno no se enamora de esa forma», me había dicho mi madre. «Es terrible lo que te está pasando. *Terrible*. Pero si te aman no importa. Porque uno no se enamora de los dientes de una persona, ¿no te parece?»

No. La cosa no había acabado. Y ahora tal vez podría crearse más vida.

CARTA DESDE EL HOGAR

108 Maida Vale
London, W.9

Queridísimos papá y Jane:

¿No está mal lo de la ayuda, eh?[117] Aún hay cierta adrenalina corriendo por mis venas. Son 40 libras. (¿Serán 40 al año o para los tres años?) Sea como fuere, no es tanto el dinero cuanto la distinción y la fama que si duda me aportará y el respeto reverente que mi nuevo rango intelectual suscitará de forma inevitable. El señor Ardagh me ha contado que [John] Carey, del St. John's, sintió cierta vergüenza por el nivel de mis idiomas, pero [Jonathan] Wordsworth, de Exeter, al que eso le tiene sin cuidado, y, sospecho, se siente bastante orgulloso del hecho de que le tenga sin cuidado, me ha notificado que he sido elegido para pasar un examen en público.

Espero que os hayáis divertido en México. Entretanto, aquí en Maida Vale, todo va más o menos como siempre. Colin fluctúa entre las largas sesiones de ejercicios en la cama y las peligrosamente prolongadas exposiciones a la lámpara de rayos solares, y luego se mete de lleno en la meditación. En consecuencia, está soñador, moreno y sereno. La única razón que me atrevo a aventurar para explicar su intermitente correspondencia es que ha estado demasiado ocupado al no pedir el suficiente Weetabix.[118] Sarg trabaja algunas horas en el empleo de siempre. Aparte de estas graves negligencias todos me cuidan espléndidamente.

Catsaca, cuando no está matando petirrojos, da tumbos y babea, y

airea a los cuatro vientos su carne desnuda; el principesco Hugo se pasa las horas en su habitual asombro plácido. Malfi lleva las riendas de la casa en todo momento. Si se arman broncas entre ellos Catsaca es recluida en el estudio de Niger (aunque ella aún no se ha dignado honrar con su orina ninguno de los muebles).[119]

He pasado las Navidades con mamá. En Maida Vale nunca se ha prestado demasiada atención a estas fiestas. Hubo un sombrío intercambio de regalos la víspera de Nochebuena, y luego todo el mundo se fue por su lado. Pero los ánimos están altos y vuestra vuelta es el anhelado complemento para el contento general. Estamos pensando en ir a recibiros a S/Hampton en un Lincoln Executive, que tiene como unos cuarenta metros de largo: sería lo ideal para la ocasión. Me encantará ver a Col despejando el recibidor de todos sus chismes de alta fidelidad (su equipo ha estado creciendo tanto que hoy es una vasta extensión amorfa de cables, cajas y tubos). Deseo que volváis de un modo que me resulta difícil de expresar.

Montones de amor, besos

Mart

Posdata: Siento que pueda pareceros una carta un tanto «monólogo interior», pero la verdad es que sigo muy entusiasmado…

Posposdata: ¿Qué podéis decirme de Virginia Woolf?

LA CIUDAD Y EL PUEBLO

En la ceremonia religiosa en memoria de Lucy Partington una de las oradoras, Sara Boas, se presentó a sí misma de la adorable manera siguiente: «Soy Sara, y mi madre es el padre de Lucy…, quiero decir la hermana del padre de Lucy. ¿Buen comienzo, no?»[120] Sara, dicho de otro modo, era prima de Lucy por parte de padre. Y yo era primo de Lucy por parte de madre. Ambos somos, según esa frase extraña, «primos germanos» (*COD* [*Concise Oxford Dictionary*]): «una muy estrecha relación de parentesco»). Lucy y yo teníamos dos abuelos comunes: Leonard y Margery Bardwell, que a su vez eran primos: primos germanos. Cuando tenía unos diez años le pedí a Marian, la hermana de Lucy, que fuera mi novia; y ella aceptó. De haberse llevado a buen término tal compromiso secreto, David (al fin) se habría convertido en mi hermano, en cierto modo, y Lucy en mi hermana. No en mi hermana germana sino en mi hermana política, en mi cuñada.

Una vez le dije a David, más con ánimo experimental que por simple burla:

—Tú eres un paleto de pueblo y yo soy un urbanita.

—No —dijo él—. Tú eres un paleto de ciudad y yo un urbanita de pueblo.

Y aquel David de diez años —me dio la sensación— tenía de su lado no sólo la verdad sino también el ingenio. Pero la cosa era así: los Amis eran urbanos, de ciudad, y los Partington eran de campo, de pueblo. Eran más inocentes que nosotros. Yo compartía esa inocencia siempre que iba a pasar con ellos una temporada (en Gretton, «cerca» de Winchcombe, como solía poner en las cartas); no lejos, ciertamente, del balneario de Cheltenham, en Gloucestershire. Se ha dicho que los primos italianos son más cercanos entre sí que los gemelos irlandeses. David y yo —no hay duda— fuimos primos italianos durante muchos años. Y tal intimidad llegó a su fin, como tantas otras cosas, cuando Eva Garcia («¿Sabes que tu padre tiene una amante en Londres? Oooh, sí…») me despojó de mi niñez en Cambridge, en 1963. Fue el verano anterior, creo recordar, cuando David nos visitó por última vez en la casa de Madingley Road.

Un día, durante su estancia, se le encomendó decirme que nuestra muy amada perra Nancy (una cariñosa pastora alemana) había sido sacrificada.[121] Llamó, entró en mi —nuestro— cuarto, y dijo:

—Mart, siento mucho tener que decirte que…

Y no se quedó conmigo; me dirigió un grave movimiento de cabeza y me dejó con mi dolor. Nancy había tenido hacía poco una camada de ocho o nueve cachorros. Me pasé las horas siguientes en la oscuridad del edificio anexo, con los huérfanos, dando y buscando consuelo mientras las crías me rondaban torpemente y se me subían encima sin saber que las cosas habían cambiado para siempre. Así que hasta en la ciudad había perros y gatos, e incluso un burro. Había mucha inocencia. Pero yo no era tan inocente como los Partington.

Hacia el final de la famosa escena de la conferencia ebria de *Lucky Jim*, el héroe empieza a denunciar el *ethos* que le ha sido encomendado ensalzar: la cultura popular de la «Alegre Inglaterra». He aquí las últimas palabras de Jim antes de desplomarse sin conocimiento en el estrado: «Es sólo esa caterva de la alfarería casera, la caterva de la agricultura orgánica, la caterva del tocadiscos, del esperanto…» Ése era, más o menos, el *ethos* de los suegros de Kingsley, los Bardwell, los abuelos que compartía yo con Marian, David, Lucy y Mark. Margery Bardwell, como la señora Welch en la novela de Kingsley, tenía dinero: los restos de una fortuna mercantil victoriana (cuya mitad donó para la investigación contra el cáncer. Sus padres fueron misioneros en China). Leonard Bardwell, ex funcionario del Estado, fue un benévolo excéntrico y un apasionado por el arte popular. Y era inocente; ambos cónyuges eran inocentes. Mi abuelo, estoy seguro, no hablaba esperanto, pero se había tomado el trabajo de llegar a dominar tres lenguas de limitada utilidad: sueco, galés y romanche (ésta hablada únicamente en el cantón suizo de Grisons). Yo ciertamente me crié en la creencia de que también sabía romaní y la lengua de los gitanos. Era asimismo músico aficionado y bailarín de bailes folklóricos ingleses —esa gente que corre y brinca en formación, ataviada con cintas y campanillas—.[122] Lo quise mucho, y siempre me asombró la enorme cantidad de energía que dedicaba a entretenerme. Se movía con una rapidez y agitación raras en cualquier hombre de cualquier edad; y mientras me mostraba, por ejemplo, alguna pirueta dibujándola con un lápiz en un trozo de papel doblado, me daba perfecta cuenta de que él estaba disfrutando mucho más que yo. Papi B.,[123] siempre con su característico traje azul de sarga propio de los ordenanzas y conserjes, tenía un vaporoso pelo blanco, unos cuantos dientes y una voz nerviosa alta y aguda. En una carta a Philip Larkin, Kingsley lo describe como alguien parecido a un «encargado de retrete público amante de la música». Lo siento, mamá, pero reconozco un hallazgo literario en cuanto le pongo la vista encima, y éste lo es. De

hecho Papi B. emerge como una gran figura cómica en las *Letters*, donde sobrevive a la hostilidad que mi padre le dedica con una alegre autosuficiencia.[124] Kingsley cultivaba un elaborado resentimiento contra su suegro, pero en el fondo lo que le irritaba en él era su inocencia. A mi padre, como veremos más tarde, le irritaba la inocencia. Y los Bardwell eran de una inocencia tal… Yo me di cuenta de que eran inocentes cuando tenía *seis* años.

Mi último recuerdo de Mami B. está ahora teñido de una vergüenza retrospectiva —aunque la anécdota no creo que sea mucho más que un absurdo un tanto embarazoso—. Era el año 1970. Yo era un universitario que arrastraba las palabras, vestía trajes de terciopelo y calzaba botas de piel de serpiente: Osric en una buena racha (pero haciéndose menos estúpido despacio, día a día). Mami B., ya viuda, había accedido insensatamente a invitarme a comer en Oxford, en el Hotel Randolph (donde, en los años de la posguerra, Kingsley solía ser invitado a comer y beber por munífícos amigos como Bruce Montgomery[125] y Kenneth Tynan). Desde el momento mismo en que Mami B. entró en el hotel quedó claro que se sentía abrumada —totalmente sepultada, de hecho— por la pompa del lugar. Había estado en él al menos una vez en el pasado: el 21 de enero de 1948, en un té familiar que tuvo lugar en el Randolph con motivo de la boda de mis padres. Mami B. hubo de dejarse engatusar por Mami A. para acceder a unirse a la celebración; lo mismo que Papi B. y Papi A. Bien, mi madre tenía diecinueve años, y estaba embarazada de Philip; y fue Rosa Amis quien tuvo que persuadir a los otros tres para que dejaran de actuar como unos autómatas convencionales… No es que el Randolph se hubiera hecho más grande desde que Mami B. había estado allí. Es que Mami B. había encogido. No parecía más alta que los tableros de las mesas (y así de pequeña se sentía ella misma). Con expresión de doliente timidez e insignificancia (y esporádicas ráfagas de indisimulado miedo), entró en el comedor con su despreocupado nieto. Durante los primeros diez minutos hizo caso omiso a lo que yo pudiera estarle diciendo y no hizo sino repetir una y otra vez la misma frase: «Deberíamos haber ido a Debenham's.» Mami B. se sentía demasiado vieja para hacer lo que estaba haciendo: demasiado vieja, demasiado pequeña, demasiado sorda. Hube de alzar la voz para que me oyera, y hube de seguir alzándola a medida que su pánico fue dando paso a la extenuación. Al rato me encontré hablando a aproximadamente las tres cuartas partes de mi potencia vocal máxima. Se hicieron varios silencios y las cabezas se volvieron desde todos los rincones de la sala en varias ocasiones, mientras yo seguía gritando preguntas y respuestas acerca de la salud y paradero de mis padres, hermanos y primos. Debería haber sido más sensato. Debería haberla llevado a Debenham's. Mami B. murió al año siguiente.

Los Bardwell dotaron a cada hijo con su parte de la herencia en (o alrededor de) su vigesimoquinto cumpleaños. Mi madre heredó lo bastante para comprar nuestra primera casa, un edificio de tres plantas en una manzana de casas adosadas cercana a Cwmdon kin Park (y cercana al Cwmdonkin Drive en el que Dylan Thomas había sido una especie de Rimbaud), en Swansea, por 2.400 libras. Lo que sigue es o un temprano recuerdo preternatural o una anécdota a menudo visualizada en familia, pero veo y oigo a Kingsley y a Hilly correteando alrededor del 24 de The Grove, Uplands, Swansea, lanzando vítores y grandes alaridos en celebración de su recién estrenado espacio y su recién estrenada nueva libertad.

Hasta yo heredé algo de dinero de los Bardwell, en (o alrededor de) mi vigesimoquinto cumpleaños, al igual que mis hermanos y mis primos: 1.000 libras. Mi madre y —creo— mi tía, y quizá mis tíos (a quienes jamás llegué a conocer realmente) también heredaron la inocencia.

Y a los hijos de los Partington también les tocó parte de ella. Y los hijos de los Amis también recibieron su legado de inocencia, aunque quizá más modesto. Porque en nosotros también alentaba Kingsley,[126] y ellos eran de pueblo y nosotros de ciudad.

La inocencia y la desnudez, como en Adán y Eva, solían ir de la mano en otros tiempos. «De honor desnudo vestidos, / en su desnuda majestad parecían señores de todo lo existente», escribe Milton en el Libro IV de *El paraíso perdido*.[127] En el Libro IX la serpiente conduce a Eva hasta el árbol del «conocimiento prohibido». Ella come, e insta a Adán a que la imite («Fíate de mi experiencia, Adán, y pruébalo sin miedo»):

> cada cual, al ver al otro,
> pronto comprendió cuán abiertos estaban sus ojos, cuán
> oscurecidas sus mentes; la inocencia, que como un velo
> les había impedido hasta entonces conocer el mal, se había
> esfumado; así la confianza, la innata rectitud
> y el honor, y quedaron desnudos
> a la vergüenza culpable…

Y Adán, tras comer él, lanza el terrible lamento:

> cubridme, pinos,
> cedros, con innúmeras ramas
> ocultadme…

Nuditas virtualis: desnudez virtuosa, anterior a la caída. Por

increíble que parezca, aún seguimos vislumbrando algo de ella año tras año en nosotros mismos. En vacaciones, estemos en Nailsea o en algún «paraíso» profusamente anunciado, vamos sintiendo cada vez menos vergüenza del propio cuerpo. La primera mañana, cuando nuestros pies trémulos y mortalmente grises entran en contacto con la arena, pensamos sólo en la asombrosa decoloración de nuestra piel —en ese ente desnudo, tan pálido y agostado—. Luego, al rato, el cuerpo se vuelve el foco de una cauta complacencia. Con qué cuidado lo prepara uno con aceites y ungüentos, cómo intenta defenderlo del rigor de la arena y la sal y el sol ardiente… La desnudez es, por supuesto, sólo parcial (como —bien lo sabe Dios— lo es también la virtud), pero el nexo[128] aún sigue estando a nuestro alcance en el pequeño Edén de la playa.

En los primeros tiempos de nuestra relación David me asombraba al ponerse a jugar desnudo en la playa de Swansea. No era su desnudez: era su indiferencia ante ella. Se ponía de rodillas y empezaba a hacer un castillo de arena: cavaba, moldeaba, daba palmaditas, con la mirada muy seria. Yo era consciente de que hacía tiempo —varios veranos— que había perdido aquella clase de libertad. Algo había aflorado en mí que en él aún seguía ausente. Él era de pueblo, yo de ciudad. ¿Era sólo eso? Un extraordinario día de verano en el pueblo de Gretton, Gloucestershire, Marian ejecutó una sensacional proeza: salió de la casa, desnuda, y dio una vuelta al jardín a la carrera. Los cuatro chicos que allí había —David, mi hermano Philip, un primo lejano (o primo segundo) y yonos quedamos de pie, quietos, riéndonos. Ella nos pidió que abriéramos la manguera y la dirigiéramos hacia ella. Recuerdo su figura en movimiento, sus gritos. Recuerdo la relación entre la curva de su espalda y los arcos que describía el agua. En otra ocasión, por la noche, muy tarde, en el ático de la segunda casa que tuvimos en Swansea (el 59 de Glanmore Road), Marian y yo nos quitamos el pijama y nos metimos en la cama juntos. Fue un juego inocente, muy inocente.[129] Luego (esta palabra debería llevar aquí las charreteras de unas comillas) nos quedamos quietos en la oscuridad y nos hablamos en susurros durante largo rato. Y al cabo pregunté:

—¿Querrás casarte conmigo?

—… Sí.

Sí… Y pensé algo así como: «Bueno, es un poco pronto…, pero a veces conviene dejar estas cosas claras cuanto antes.»

He dicho que mi niñez fue idílica (y arcádico el tiempo que pasé con los Partington: el león y el cordero descansaban juntos, y la rosa crecía sin espinas). Me habría sido imposible pensar en el sino de mi prima Lucy Partington sin recordar que donde hay hierba hay

también, necesariamente, serpientes.[130]

La inocencia atrae a sus dos principales contrarios: la experiencia y la culpa. La *nuditas virtualis* atrae a su correlato teológico la *nuditas criminalis*. El pedófilo, por ejemplo, quiere de los niños más cosas que la mera belleza física; el pedófilo ansía tanto profanar que tan sólo los niños le sirven. Yo era joven, y el mundo era más joven, casi inimaginablemente más joven. Y sin embargo siempre están ahí estos enemigos, estos seres que al ver la inocencia necesitan hacer algo contra ella.

DALE OTRA VEZ, DAI

Estaba pasando el rato con ese tipo de cosas que los chicos de ocho años consideran fascinantes. Un guijarro se había quedado encajado entre los barrotes de una tapa de alcantarilla, y yo intentaba forzarlo a través de ellos pisándolo con fuerza con la suela de la sandalia; quería que cayera a plomo y oír el grato *plof* que haría al chocar contra las aguas de las tripas de la ciudad.

—¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo en esa alcantarilla?

—Nada. Sólo estaba… Yo…

Tenía unos quince años: moreno, de pelo rizado, con la buena presencia minada por unos ojos verdes de brillo malicioso. Había oscurecido, el ambiente era muy húmedo, pero en Swansea, en invierno, la llovizna oscura era tan común como el aire que respirabas. «Cuando las luces se encienden a las cuatro / al final de otro año», había escrito Larkin en Hull, bastante más al norte que noso tros (pero él necesitaba la asonancia y su monosílabo, y no podía decir «las dos y media»).[131] Sin embargo, la memoria me informa de que la hora era ilícitamente tardía y yo no tendría que haber estado en la calle junto aquella tapa de alcantarilla, intentando hacer caer aquel guijarro, a unos metros de aquel chico de ojos verdes.

Estábamos en la concurrida y bien iluminada Glanmore Road, al pie de la colina. Echamos a andar juntos pendiente arriba, en medio de la penumbra. De un modo diestro aunque indirecto el chico me preguntó si, dada su indulgencia para conmigo con lo del guijarro y la alcantarilla, le quería hacer un favor.

—¿Cuál? —dije yo.

Dijo que me daría un dulce de tofe y chocolate —un Rollo—, «o puede que dos», si hacía lo que me pedía.

—¿Qué?

—Oh, no tardas ni un minuto… Enséñame… el pito.

Me quedé quieto y sentí la presión de las lágrimas dentro del pecho. Qué extraño: sabemos que los niños lloran de miedo, pero

aquello se parecía más a una profunda *pena*. Crucé la carretera. Se quedó mirándome cómo subía por la colina. Al llegar a casa no le conté nada a mi madre.

Un par de semanas después volví a encontrarme con el chico de ojos verdes. A una manzana de casa, en una calle lateral que solía cruzar todos los días de colegio (y a cuyo extremo había un estupendo atajo de tierra). De nuevo había oscurecido, de nuevo era tarde y el tiempo era húmedo.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo en mi calle?

A su lado había otro chico. Pequeño y robusto, tranquilizadoramente más joven y bajo que yo. Este chiquillo terrible —según pronto sabría— se llamaba David, y le llamaban Dai, el tradicional diminutivo galés.

—¿Qué estás haciendo aquí en mi calle?

—¿Tu calle?

—Dale, Dai.

Con explosiva alacridad, como un jugador de bolos en el momento del lanzamiento, Dai me asestó un puñetazo en la frente. No sabía que un chiquillo de su tamaño fuera capaz de pegar con tanta fuerza. Pero supe dos cosas. Una: que el ataque era una venganza del chico de ojos verdes por mi negativa a plegarme a sus deseos. Y dos: que el pequeño Dai había degustado los Rollos de marras montones de veces. Pero sabe Dios qué habrá sido de aquella pareja. E incluso sabe Dios qué habrá sido de sus hijos.

—¿Quién te ha dicho que puedes pasar por delante de mi casa?

—No sabía que estuviera prohibido.

—… Dale otra vez, Dai.

Y así durante unos diez minutos: la misma pregunta, y el mismo resultado. Cuando llegué a casa le conté a mi madre el porqué de mi cara hinchada. Le expuse los hechos escuetos, y callé el trasfondo del asunto. Mi madre, de inmediato, les puso la correa a los tres grandes perros de la casa: Nancy, con toda seguridad; ¿Flossie? ¿Bessie? Con inquieta adoración la vi bajar la colina cual un Charlton Heston o un Steve Reeves llevando con mano firme las riendas de su cuadriga. Los perros, no menos indignados que su dueña, tiraban con tanta fuerza que iban casi levantados sobre las dos patas traseras.

Mi madre volvió media hora después, aún furiosa y sin haber logrado hacer justicia.

Volvía a clase del campo de deportes. Era el Cambridgeshire High School for Boys, durante la crisis cubana, lo que nos sitúa a todos en la semana del 22 al 28 de octubre de 1962, y a mí dos meses después de cumplir los trece años.

La crisis cubana, estoy seguro, tuvo un efecto mucho mayor en mí que la agresión relativamente menor que me dispongo a relatar (y que incluso podría deberse en parte a la propia crisis). Lo recuerdo[132] como un largo, húmedo y luminoso crepúsculo: oscuridad al mediodía, un eclipse solar, una mañana de invierno islandesa. Los niños del planeta padecieron esta crisis —la más grave de la historia humana— de manera muda, míseramente muda. Yo pude hablar de ello luego (con David, por ejemplo), pero no dije ni una palabra a mis amigos de aquel tiempo; y no recuerdo haber oído ninguna frase tranquilizadora (o nada que me proporcionara una calma efectiva) de mi madre o de mi padre. Cuando la televisión mostró los objetivos, los blancos, los círculos concéntricos, los pronósticos de lluvia radiactiva, salí corriendo de la sala. En el colegio nos habían dado un somero adiestramiento antinuclear, en el que, como ya he contado, se nos invitaba a creer que las tapas de los pupitres nos habrían de salvar del fin del mundo. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer con semejante idea? ¿Cuál fue su efecto en nosotros?[133] Los niños de la era nuclear, creo, vieron mermada su capacidad de amar. Es difícil amar cuando te estás preparando para recibir tamaño impacto. Es difícil amar cuando el amado o amada y quien ama pueden en cualquier instante convertirse en sangre y llamas, al igual que todos sus semejantes.

Volvía del campo de deportes, como digo, en dirección a mi clase cuando me asaltó un grupo de chicos mayores que me arrastraron hasta una de las aulas. Un grave descuido (acaso vinculado asimismo con la crisis) había dado lugar a que un edificio anexo del colegio hubiera quedado libre de toda vigilancia durante una tarde entera: el tiempo suficiente, en cualquier caso, para que bien pudieran haber sido dieciocho o veinte los alumnos pequeños que padecieron el trato que a mí ahora me esperaba. La feroz resistencia que ofrecí fue resultado de un primitivo pánico, y ni los golpes ni las amenazas lograron domeñarla mientras me tendían sobre la mesa del profesor ausente y me quitaban sin miramientos los pantalones. En la pizarra alguien había escrito con tiza una especie de tabla; durante unos instantes pensé que se trataba de unos horarios escolares, pero luego caí en la cuenta de que era una lista de puntuaciones en la que se especificaba el nombre, la edad, la clase y la fase de desarrollo sexual de la víctima (si es que se hallaba en alguna). Sólo para dejar constancia de ello, diré que el juicio que les merecí fue el siguiente: PEQUEÑA. NI UN PELO TODAVÍA... Bien, podría vivir con ello. No era el fin del mundo, me dije, mientras escapaba corriendo del aula con el cinturón en una mano y un zapato en la otra. Si el miedo no es sino un intenso deseo de que algo pase cuanto antes, entonces yo experimenté un miedo atroz aquel día. Me aterrorizó su histeria, su energía de turba que se incita a sí misma, todo resoplidos y baba

sonriente. ¿Había nihilismo en ello? A quién le importaba. Estábamos todos muertos, de todas formas. Pero la esencia, el grave contenido del agravio, era aquel sometimiento a la fuerza y lo que ello le hace al espíritu.

Estaba echado en la cama; era un luminoso atardecer estival; no estábamos en la ciudad, no estábamos en el pueblo. Estábamos en una zona residencial de las afueras de Princeton, Nueva Jersey: Edgerstoune Road, un trecho de casas de una planta con bosques y lomas al fondo. Mis padres daban una de sus fiestas; a través de varias paredes me llegaba el ruido: como el amortiguado bullicio de un patio de colegio. A veces mi hermano y yo hacíamos de camareros en sus fiestas, y nos pagaban; en una ocasión gloriosa ganamos tres dólares cada uno. Pero al parecer era demasiado tarde para que estuviera levantado, por mucho que mi cuarto pareciera lleno de luz y yo no tuviera ni pizca de sueño. Era 1959, tenía casi diez años y estaba completamente norteamericanizado: acento, corte de pelo a cepillo, bicicleta de carreras con ruedas de flancos blancos y timbre eléctrico.

La puerta se abrió y vi que un hombre atildado y de mediana edad me sonreía y entraba con toda confianza, seguido de una mujer con una blusa de seda gris y una chaqueta negra. Era una mujer guapa, incluso distinguida, de pelo oscuro y huesos bien torneados. Cuando me vio, su cara «se iluminó» con esa expresión de «vaya, vaya, a quién tenemos aquí…» típica de los adultos que carecen de todo talento para el trato con los niños (en circunstancias más normales se acercan de puntillas y se dirigen a ti con el sonsonete que utilizarían para hablar con un oligofrénico). Se pasó todo el tiempo junto a la puerta abierta, con el cóctel en una mano y la palma de la otra pegada al esternón. El hombre vino hasta la cama y se sentó en el pie de ella. Tras algunas preguntas generales dejó caer la información de que era médico y que sería una buena idea que le permitiera someterme a un pequeño examen. Agradecido por la diversión, me apresuré a quitarme el pijama.

Ahora, al mirar hacia atrás, me pregunto cuántos niños me precedieron en esto, y también hasta qué punto se llegó en cada caso. Aquel hombre sólo llegó conmigo a lo que normalmente llamamos «caricias», aunque tal palabra sea blasfematoriamente inadecuada, ya que sugiere que el tipo me tocó «amorosamente» (cuando no era un amante, sino un ave de presa). ¿Y qué clase de *incursión* era ésa, en cualquier caso? Venir a una fiesta, encontrar a un niño solo y, arriesgándolo todo, traicionar la confianza del amigo o colega que te ha invitado?

Esta tercera agresión adquirió una nueva resonancia en mi mente tras la exhumación de Lucy Partington, porque implicaba a unos

adultos hechos y derechos y suponía una *folie à deux*.[134] Harto significativamente, quizá, mi recuerdo de aquel hombre es un recuerdo vacío (una forma, un tono, un perfil…), pero el recuerdo de la mujer está intacto y entero. Su forma de apoyarse contra la jamba de la puerta abierta, manteniendo una sonrisa altiva, de absoluta normalidad, cuando se volvía cada pocos segundos para echar una mirada al pasillo. Debí de percibir ya entonces aquellas miradas; su frecuencia, su disimulado sigilo. Luego habría de fundirse en mi interior el episodio entero.

No me pareció una experiencia desagradable entonces, pero no existe la menor duda de que *fue* una experiencia desagradable. ¿Por qué no se la mencioné a mi madre a la mañana siguiente, o cualquier otra mañana; inocentemente, con toda naturalidad, mientras desayunaba, o camino del colegio? Al igual que con los otros incidentes, callé, y me vi obligado a buscar yo mismo su sentido. Se trata de injurias. Se trata de robos. Te arrebatan algo que ya nunca podrás recuperar por completo.

«Paidofilia» o «pedofilia» significa «amor a los niños». Y los pedófilos argüirán que eso es precisamente lo que hacen: amar a los niños. Como el suicidio, la pedofilia es un asunto elusivo, y poco comprendido. Pero ciertos énfasis estadísticos apuntan en determinada dirección. Cuando viola a niñas, por ejemplo, el pedófilo muestra una marcada preferencia por la sodomía. Y quienes son víctima de la agresión sexual de un pedófilo son, por lo general, lastimados físicamente (para no hablar, de momento, del incalculable daño causado por tal intrusión en el sistema sensorial del niño). Dados estos maltratos adicionales, superfluos, cuanto menor es el niño mayor es el peligro de eventuales secuelas. Cuanto *menor* es el niño… Ello es harto elocuente. Y también lo siguiente: cuando he tenido en mis manos a mis bebés me ha asaltado un pensamiento ingobernable: el sugerido por su belleza e inocencia. Es como un pensamiento sexual pero, en rigor, es un pensamiento violento. Dejarse llevar por él lo más mínimo sería como estrellar el cuerpo desnudo del bebé contra el suelo del cuarto de baño. Los pedófilos odian a los niños. Odian a los niños porque odian la inocencia, y los niños *son* la inocencia. Mirémoslos. Vienen desnudos, aunque no exactamente. Para los ojos que saben ver vienen concienzudamente «acorazados»: de innato honor vestidos.

SICIGIA

He aquí una epifanía geográfica. En el extremo más occidental de la península de Gales, en la punta de su garra inferior, está St David's, amplia aunque discretamente afamada, en la década de los años cincuenta, como la ciudad más pequeña del planeta. Era un pueblo

con una catedral. Era una ciudad que al mismo tiempo era un pueblo.

Un verano fui a St David's de camping, con mi tía Miggy y sus cuatro hijos: Marian, David, Lucy y Mark. Aquellos días quedarán para siempre en mi memoria como un lapso de delectación ininterrumpida (como si la sal del mar, en mi garganta, cediera continuamente ante el sabor de los helados). Cuando nos preparábamos para acostarnos en el interior del gran tipi yo sentía que abandonaba mi complejidad y fango urbanos y me adentraba en un universo más apacible que aquel al que (finalmente) habría de retornar. La tía Miggy era mi madre y no era mi madre. David era mi hermano y no era mi hermano. Aquélla era mi familia y no era mi familia. La noche no era sino un cono de lona bajo el cielo, pero yo estaba enteramente al abrigo. En *Habla, memoria*, cuando habla de su abuelo, Nabokov es de una elegante economía expresiva acerca de la percepción que el niño tiene de la seguridad secundaria, o adicional: «Todo es como debe ser, nada cambiará nunca, nadie morirá jamás.»

Cierto insólito perihelio o sicigia hacía que el sol se hallara antinaturalmente bajo a últimas horas de la tarde. Una pelota de tenis proyectaba una sombra de dos metros en el suelo. Cuando David y yo, con la esperanza de ser obsequiados con un tentempié antes de la cena, íbamos a visitar a unos nuevos amigos del camping, éstos, dos varones adultos, sentados frente al fuego de espaldas a nosotros, empezaban a saludarnos a gritos cuando aún estábamos a unos cuarenta metros de ellos. Éramos chicos en pleno crecimiento. Y nos sentíamos inmensamente orgullosos de nuestras largas sombras.

Cuando llegó el momento de irme estos amigos se ofrecieron a llevarme a Swansea. «Llegaremos a tu casa *a la hora de la comida*, Martin», dijo uno de ellos. «Llegaremos a tu casa hacia la hora en que la gente *come*», dijo el otro. La gran Eva Garcia había sido convenientemente advertida de mi llegada.

A lo largo de todo el viaje fui sentado en el asiento trasero del coche, rezando para que Eva estuviera bien y no con aquella mirada trágica bajo el pañuelo rojo atado a la frente. Llegamos al 24 de The Grove (la casa, no sé bien cómo ni por qué, había pasado a los Garcia), y la bienvenida de Eva fue de una calidez rayana en el coqueteo. Mi corazón se llenó de gozo al verla reír mientras servía con generosidad su especialidad: huevos fritos con patatas fritas, tostadas y té. Ah, los huevos fritos de Eva. El pálido sol de las yemas, la suculencia de las claras…

No fue culpa de Eva, por supuesto, pero fue un privilegio suyo singularmente galés el que hizo que en 1963, en Cambridge, me dijera que todo aquello había terminado. Que el primer acto había terminado. Sólo cuando me decidí a escribir este libro llegué a caer en

la cuenta de lo mucho que perdí y cuán profundamente me hundí con aquella breve frase: «¿Sabes que tu padre…?» La infancia, los abuelos, los Partington, el pueblo, los animales, el jardín, la inocencia, incluso la propia Eva: todo quedó barrido de un plumazo.

Y también mi padre se había ido o se estaba yendo.

Kingsley mantuvo hasta el final de su vida que la idea era pasar sus vacaciones con Jane, y luego volver a casa, a la familia (y luego seguir viendo a Jane tan a menudo como le fuera posible). Sin embargo, sabía que había cruzado una línea con mi madre. Sí, volvió a Madingley Road. E imagino que debió de sentirse aterrorizado al encontrarla vacía: sin animales, sin niños, sin esposa. No le gustaban las casas vacías. No encontró en ella nada, ni una nota.

Nos habíamos ido a Sòller, Mallorca, a una casa que la familia ya había alquilado para pasar un año experimental fuera de Inglaterra. No puedo describirla porque apenas la recuerdo: unos muros dorados, un bosquecillo de naranjos, mucho sol, grandes penumbras… En su útil aunque curiosamente repetitiva biografía de Kingsley,[135] Eric Jacobs escribe:

> Puede que su matrimonio se deshiciera más por un error de cálculo que por un plan deliberado por su parte. Hilly, pensó Kingsley, quizá se había ido a Mallorca para ponerlo en evidencia, y con la esperanza de que él corriera tras ella profundamente contrito y dispuesto a renunciar a Jane. Si fue así, Hilly se equivocaba.

No. Mi madre también había cruzado una línea. La idea de Kingsley corriendo a España en pos de ella es descabellada. Si mamá nos hubiera llevado a casa de Miggy (como Miggy, una vez, había venido a la nuestra), mi padre quizá habría viajado hasta Gretton en busca de ella. ¿Pero a Sòller? Para acometer tal aventura habría necesitado que alguien le hiciera las reservas, le llevara hasta Southampton, compartiera su camarote en el barco y le llevara desde Palma de Mallorca hasta la puerta misma de la casa donde nos alojábamos. La única candidata posible para semejante múltiple tarea era Elizabeth Jane Howard. En cualquier caso, nada de ello aconteció. El matrimonio aún se hallaba muy lejos de haberse vaciado de amor, pero mi madre había tomado una decisión. Me cuenta, ahora, que en cierto modo acarició la quimera de que Kingsley se precipitara de inmediato hacia España para buscarla, pero que nunca lo esperó realmente. Mi madre entendía perfectamente la fuerza del viejo precepto (o tautología) de que el carácter es el destino. Como es lógico, resulta ocioso discrepar del *fait accompli* del pasado, y ocioso por mi parte «desear» que mi padre hubiera seguido con mi madre.

Los divorcios son como las revoluciones: hechos consumados. Pero me sorprende la simetría siguiente: las mismas fobias, las mismas timideces neuróticas que los mantuvo separados en 1963, los volvería a unir en 1981.

Al cabo de varias semanas en Sòller, mi hermano y yo caímos en una rutina sin palabras. Después del desayuno cruzábamos el pequeño naranjal y llegábamos a la verja de hierro y nos sentábamos en el muro y esperábamos. Esperábamos al cartero. Esperába mos algo de nuestro padre, algo que sus ocasionales notas y postales no traían (éstas nos parecían mezquinas, tangenciales, absolutamente insuficientes). ¿Qué nos hacía ir hasta aquel muro todas las mañanas? ¿Qué es lo que necesitábamos saber? Nuestra espera se iba haciendo más desvaída día a día. Hablábamos poco. Las naranjas eran anaranjadas y las hojas eran verdes. La motocicleta del cartero era roja. Las cartas eran blancas o castañas, y las postales, de colores. Pero yo no era capaz de ver esos colores. La opresión no parecía originarse en mi propio corazón: la causaba el mundo; el mundo restaba claridad a las cosas. Para cuando nuestra madre nos puso en el avión estábamos casi comatosos.

Veo a Kingsley con su pijama a rayas, retrocediendo ante noso tros en actitud de histriónica consternación. Londres, medianoche, el brusco sonido del timbre. El avión había llegado con retraso, y el telegrama de aviso ni siquiera había llegado. No era sólo que se sorprendiera de vernos: estaba horrorizado. Lo habíamos pillado *in flagrante delicto*: con las manos en la masa. Nuestra madre había sido muy parca (aunque nunca crítica) respecto a cómo vivía ahora nuestro padre. Y la fantasía no confirmada de Eva acerca de la «amante» (toda pulseras, escote, pelo rojo eléctrico) había acabado por borrarse de mi mente. Kingsley, habíamos dado en pensar, estaba viviendo en un «pisito de soltero». Cuando pensaba en mi padre, en las últimas semanas de aquella separación de cuatro meses, me lo imaginaba en el improbable papel de un hombre soltero competente y meticuloso en sus quehaceres domésticos: Kingsley calentándose una filosófica cena televisiva; King sley frunciendo el ceño mientras restregaba aquella testaruda mancha de la cacerola; Kingsley planchándose una camisa… Pero las palabras inaugurales con que nos recibió a Philip y a mí aquella noche —formuladas con delicadeza, según me pareció (incluso entonces)— fueron las siguientes:

—Sabéis que no estoy solo.

Anonadados, y escandalizados, los dos hermanos nos encogimos de hombros con frialdad, y entramos en el apartamento.

En albornoz blanco, con el pelo rubio hasta la cintura, alta, seria, mundana, Jane se movía en segundo plano, ocupándose ya en atendernos, haciendo unos huevos con bacon, buscando sábanas y

mantas para preparar las camas del cuarto de invitados. Para mí hubiera sido una herejía inconcebible el admitir que pudiera existir una mujer más bella que mi madre. Pero aprecié de inmediato que Jane, además de ser también bella, era ciertamente una mujer con más *experiencia*.[136] Y la experiencia cuenta en la atracción —absolutamente documentada— que siente el Hombre Joven respecto a la Mujer Madura. Y no es sólo una cuestión de experiencia sexual. La mujer madura lleva en ella el glamour y el misterio de la vida vivida: las gentes conocidas, los lugares vistos, las vivencias experimentadas. Jane había viajado, y a un alto nivel (bastante más alto que el de mi padre). Reconocí la atracción que ejercía sobre mí todo aquello, con sencilla resignación y sin sentirme en absoluto desleal con mi madre.

Aquella semana fue una fiesta continua de certeros agasajos —vistosos restaurantes, la recién estrenada *55 días en Pekín*[137] (en un cine de Leicester Square), el bar de zumos de Harrod's, un LP para cada hermano (el mío, *Meet the Searchers*, con la canción «Love Potion Number Nine»)— contrarrestada por largas, torpes y (para nosotros) inevitablemente lacrimosas discusiones entre padre e hijos. En apariencia tranquilo, con voz inusitadamente suave, Kingsley acometía la tarea de explicar cómo los matrimonios se iban al garete. Encajó todos los puntazos que quisimos dirigirle, incluso cuando Philip (increíblemente, para mí, si bien fueronpalabras proferidas entre lloros) le espetó: «Eres un *hijo de puta.*» Aquellas charlas sirvieron sin duda a una finalidad vital, pero no precisamente a la de aclarar las cosas. Todo lo que puedo recordar, por lo que concierne a Kingsley, es una divagación irrisoria en torno al té chino (cómo a papá le gustaba tanto, y cómo mamá jamás se acordaba de comprarlo, y cuán feliz se encontraba ahora, rebosante de Earl Grey…). Hacia el final de nuestra estancia vino un día a cenar el periodista George Gale.[138] Pero no se quedó mucho; pronto hubo de ponerse el abrigo para regresar apresuradamente a Fleet Street: instantes antes había sonado el teléfono, y era una llamada del mundo real. Mi padre gritó «¡No!» en el auricular. Jane se puso a llorar. Tal fue el lugar y en tal compañía estaba cuando me enteré de que Lee Harvey Oswald había matado al presidente Kennedy.

En cuanto volvimos a Mallorca ingresamos en el torbellino de la escolaridad. El colegio, dirigido por un tipo teatralmente pedante de Yorkshire, era informal y cosmopolita y, sobre todo, mixto (fulguraban en él las hijas de importantes hombres de negocios y diplomáticos: maravillosas, aterradoras, inconcebiblemente distantes). Fascista y católica, la España oficial mostraba sin embargo una considerable laxitud en relación con los jóvenes, y Philip y yo empezábamos a disfrutar de nuevas libertades. Mi madre trató de apaciguarnos con unas motocicletas de motocross con las que solíamos estrellarnos unas

ocho veces diarias. Podíamos pedir cerveza en los bares de la plaza, al salir de clase; y una vez, con un amigo, nos tomamos un coñac *antes* de entrar en el colegio (donde, a partir de entonces, fuimos conocidos como «Los Tres Coñacs»).[139] En los cines españoles no había clasificaciones por edades, y pudimos asistir varias veces a una *Psicosis*[140] doblada sin demasiado rigor. Había una chica de dieciséis años con la que solíamos ir en el tren de Sòller a Palma. Con la excusa de que se trataba de un experimento, un día me besó en la boca con los labios abiertos. Pensé: Oh, es divino, pero ¿no debería estar pasándole a Philip?[141]

En el tren de Sòller a Palma había un sistema de clases muy estricto. El vagón de primera clase era un auténtico salón móvil, una especie de tocador profusamente alfombrado, con sofás y cuadros y oscilantes arañas en el techo. Segunda clase era como una barbería burguesa de cuero y espejo y antimacasar. Pero cuando viajaba solo siempre me decantaba por la madera desnuda de tercera, por una razón que aún me hace sentirme un tanto taimado. En aquellos vagones silenciosos, ordenados, atestados de gente siempre existían más posibilidades de presenciar algo que jamás podría verse en el norte protestante: madres amamantando a sus hijos. Y aunque la nuca de los lactantes me parecía sin duda harto bonita, he de confesar que lo que realmente me gustaba era el antes y el después. Nadie más miraba: nadie le prestaba la menor importancia. En un país donde los turistas en bikini eran detenidos a punta de pistola, seguía existiendo esta desnudez virtuosa, invisible para todos salvo para aquel furtivo jovencito extranjero cuyos pensamientos habían ya dejado de ser puros.

Mi hermano y yo estábamos pasando la terrible experiencia integral de convertirnos en hombres, pero habíamos dejado de ser profundamente infelices. En una entrevista posterior, hablando de aquel tiempo, Kingsley dijo que en parte debía su supervivencia al perdón de sus hijos. Aunque jamás existió el riesgo de que tal perdón —en el sentido de entera *reaceptación* de nuestro padre— pudiera no llegar a darse. Philip y yo empezábamos a saber que nuestro padre, aunque ya no viviera con nosotros, aunque ya no estuviera casado con nuestra madre, seguía siendo nuestro padre.

A finales de la primavera volvimos a Inglaterra. Y desde entonces todo fue ciudad, todo fue Londres, todo fue experiencia.

Cuando vuelvo al núcleo de mi niñez, en la visión periférica de mi memoria siempre parece estar Lucy Partington. Pienso una y otra vez que si moviera la cabeza tan sólo unos centímetros y cambiara el ángulo de visión llegaría a verla cabalmente. Al igual que Marian —que me llevaba apenas un año— era magnificada por mí mentalmente,

así Lucy, dos años y medio más joven, era proporcionalmente empequeñecida (el pequeño Mark era poco más que un par de piernas en pantalón corto que corrían hacia el punto al que quería llegar). Sólo a David lo veía tal cual era… Alguna gente, ay, vive y muere sin dejar huella. Vienen y se van, y no dejan huella. Éste, al menos, no fue el destino de Lucy.

Lucy está a un lado, como al margen. Siempre a un lado, con un libro, con un plan o un proyecto o una empresa. O con un animal. Había animales por todas partes —era como el *Gran granero rojo* con seres humanos adicionales—. Siempre había una continua sucesión de ponis y caballos, de competiciones ecuestres, de escarapelas. Recuerdo a Marian practicando saltos en el campo, más allá del jardín. Recuerdo a Lucy en traje de montar, con aquella cara con gafas, sonriendo con fruición bajo un casco cubierto de tela. Cada tarde, al rústico cántico de «¡Vienen las vacas!», las vacas llegaban, como en una Pamplona a cámara lenta: docenas de ellas, con ese paso suyo pesado y bamboleante, Duglinch Lane abajo, inundando el aire con su humeante aliento y su humeante bosta. Las vacas jamás miraban a la pequeña tropa de niños que las miraban tan atentamente día tras día. Como otros Bardwell —como mi madre, por ejemplo—, Lucy Partington entendía la inocencia y el misterio de los animales, y escribió sobre ellos —ya desde niña— con visión clarividente. En mi más clara imagen de ella la veo cruzando el pequeño patio que había entre la cuadra y la casa, mirando hacia el suelo y con sonrisa enigmática, íntima, como compartiendo una broma con el ratón que yo sabía que llevaba en el bolsillo.

Yo era, en conjunto, un muchachito ecuánime, probablemente el de trato «más fácil» de los Amis más jóvenes. Amaba a mi hermana Sally, y a menudo me consideraba su legítimo guardián;[142] incluso era capaz de derramar lágrimas de solidaridad cuando la veía triste. Pero el patrón fraternal de los Amis era un tosco «chico-chico-chica» (en oposición a la perfección platónica de los Partington: «chica-chico-chica-chico»). Philip, por tanto, ejercía su autoridad sobre Martin; y Martin, por tanto, ejercía su autoridad sobre Sally. A mi pobre hermana llegué a hacerle algunas cosas horribles,[143] a veces en connivencia con Philip. Así, cuando tenía —pongamos— diez años, quizá llegué a pensar que mi prima Lucy (que tendría siete y medio) era alguien a quien podía manipular o de quien podía mofarme. Pero tal tentación fue absolutamente inexistente en David, e inmediatamente desactivada en mí, por una razón muy simple: jamás habríamos osado meternos con Lucy, y no porque temiéramos su rectitud e inteligencia, sino porque su presencia era, de algún modo, infinitamente autosuficiente y determinante. Era un ser autónomo porque era *poderosa*. Y la idea de invadir su universo aún es capaz de

hacerme estremecer. Cuando pienso en la posibilidad de intentar ceñir o constreñir a Lucy mis nervios y membranas sienten su fuerza moral y su rotunda exigencia de ser liberada. Ello, unido al hecho de que su agresor —Frederick West— carecía de valor físico, es mi mejor razón para permitir que una apasionada esperanza —la de que todo terminó muy rápidamente— se convierta en algo muy parecido a una certeza.

Luego están las fotografías. La poesía y la prosa de Lucy fueron recopiladas en el que habría sido su vigesimosegundo cumpleaños, el 4 de marzo de 1974, justo tres meses después de su desaparición. En la última página de su *Poesía y prosa* vemos a la autora (a la edad de ocho años) y a su abuela (Mami B.) sentadas al sol de febrero en sendas hamacas. Lucy lleva botas de agua y pantalones de tartán. Tiene un cuaderno abierto sobre el regazo. Casi completamente camuflado, su ratón Snowy se acurruca en un pliegue de su jersey blanco de cuello vuelto. La muerte les llegó ya a los tres seres de la fotografía. Tanto mi prima como mi abuela llevan gafas, y ambas esbozan la misma sonrisa. Conozco esa sonrisa.

Luego está la fotografía que guardo en mi estudio (otra vez las gafas, y la corbata escolar, y la leyenda: «alienígena indeseable»), y a su lado la otra fotografía: la de la niña de dos años con sandalias y vestido de flores: mi hija Delilah.

Luego está la fotografía que puede verse en todos los libros, la del semblante sonriente entre los semblantes sonrientes de las otras chicas asesinadas. Conozco esa sonrisa Bardwell por la fotografía de mi madre cuando tenía veintiún años: está sentada con Kingsley (y la perra Mandy) en el exterior de Marriner's Cottage, cerca de Oxford, y me lleva en su vientre.

CARTA DESDE EL HOGAR

108 Maida Vale
Londres, W. 9
9-1-68

Queridísimos papá y Jane:

Gracias por vuestras respectivas cartas. Es bueno saber que ya esperabais este resultado: al tiempo que sabía que si no lograba ingresar en Oxford no me arrojaríais ipso facto desnudo a la calle, tenía la íntima y tranquilizadora certeza de que ninguno de vosotros volvería jamás a dirigirme la palabra. No, ahora *muy* en serio… Gracias, oh Jane, por haberme literalmente «metido» en Oxford. Si no hubieras bendecido mi educación con tu interés y sagacidad, ahora no sería sino un pobre diablo con la secundaria casi entera pero con

escaso o ningún mérito. Tengo una enorme deuda contigo, que saldaré siendo un hijastro modélico.

Por cierto, la idea de ir a Brighton tres veces por semana no me parece mala, pero ese ágil elfo, ese insigne duende del señor Gibbs opina de otro modo. Entiendo sus razones, o más bien las mías, pero creo que quedarme en Brighton durante seis meses de sólida… [Ésta es una carta incompleta, así que creo llegados definitivamente el momento y el lugar de clarificar la función estructural de estas cartas, dada la súbita y florida reOsricización del autor (no siendo el síntoma, ahora, de torpor sino de orgullo). En Brighton habíamos tenido previamente un profesor auxiliar de literatura inglesa (normalmente era el duende quien impartía Shakespeare, Coleridge, Lawrence…), y el tipo en cuestión me había catalogado —intuía yo— de nulidad (una nulidad con una enorme soltura, pero nulidad al fin). ¿Cómo se llamaba? Era un ser desengañado, apasionado, sufrido, con un aire de melancolía inteligente; si hubieran hecho una película sobre este hombre, sólo Denholm Elliott habría podido hacer de él. En un trabajo sobre Wilfred Owen yo había escrito algo como: «Para emanciparse de la influencia de los poetas georgianos, Owen necesitó la Primera Guerra Mundial: como poeta lo nutrieron la conmoción y el asombro ante el inmenso sufrimiento.» Denholm Elliott habría subrayado las once últimas palabras, y sugerido: «¿Por qué no decir sólo “fue nutrido por ella?”. Con Osric, sin embargo, lo que vemos es el primer tanteo lingüístico, la primera arremetida al lenguaje. Siempre será una visión dolorosa: hágase caso omiso de ella, por tanto. Estructuralmente, su finalidad no es otra que permitir que el lector, presionado por el mundo tal cual es, disfrute de unos instantes de vacuidad, de inanición suntuosa, antes de «entrar en materia» con lo que sigue.] … pañuelos para Navidad. Profundamente conmovido por el regalo, correspondí con un espejo liviano de bordes dorados que es sin duda el orgullo del hogar de esa buena ama de casa.

La vida aquí en el 108 de Maida Vale, en compañía de Simio y Sarg, discurre bastante bien, pero no puedo dejar de sentir que se vería realzada enormemente por vuestra presencia. ¿Qué hacéis por allí? Pero aún faltan dos meses…

El otro día vi *Darling*, y Rob dijo que le daba la sensación de que Jane tuvo que parecerse mucho a Julie Christie hace diez años. Lo dijo como un cumplido, de todas formas.

Os veré en marzo.

Con todo mi amor, besos

Mart

Posdata (para papá): Tus poemas me han parecido buenísimos. Sobre todo «A. E. H.» (me lo sé de memoria). Sobremanera

conmovedor, y el de Nemo[144] muy divertido.

EL PROBLEMA DEL RETORNO

En noviembre de 1994 perdí el rostro. Algo a lo que me sentía muy apegado, y con lo que mantenía una relación desde hacía mucho tiempo. Me daba la impresión de haber cambiado, de haberme transformado totalmente.

La realidad, sin embargo, no era tan mala como me temí al principio. Mi cara no se parecía tanto a la de Albert Steptoe, el curtido —rotundamente curtido— trapero de la telenovela proletaria *Steptoe & Son* de los primeros tiempos, cuya expresión característica era una especie de rictus de masticación, amargado y como a dos niveles. Ni mi boca se había vuelto arrugada y con incontables muescas verticales. Y me quedaba la alternativa de encarnar a dos impostores. Cuando llevaba la dentadura postiza me parecía a uno de los insólitos personajes menores de la isla del Doctor Moreau: medio hombre, medio conejo, o un completo monstruo de feria (el protagonista de *La revolución de los novatos*). Cuando no la llevaba parecía… Mi cara, a mí, no me parecía vacía (nada más lejos), sino extrañamente desalojada. Y cuando abría la boca ante un espejo me encontraba ante aquel vacío, aquel túnel que conducía al olvido… Además —pensaba —, mis ojos mostraban el conocimiento de tal túnel, y de lo que ello llevaba consigo.

A mi vuelta a Londres tendría que sortear el problema del retorno. Volver a enfrentarme con la gente, encontrarme con ojos que evitarían mirarme. Y tendría que ver a mis hijos, y ellos tendrían que verme a mí: sabía lo que me esperaba. Me lo decía la experiencia.

Durante el trimestre de verano de mi segundo año en Oxford recibí una visita de mi madre (a la sazón una figura huidiza y nómada). Acababa de volver de una estancia de dos años en los Estados Unidos en compañía de su segundo marido,[145] y se disponía a viajar a España, donde conocería al tercero.[146] Mamá —según sus propias palabras— se había «forrado» con su negocio redondo de Ann Arbor, Michigan: un local de *fish and chips* llamado Lucky Jim. Venía acompañada de mi hermana Sally y traía una botella de Asti Spumante… Mi madre siempre tuvo un gusto muy excéntrico en bebidas, y era incapaz, por ejemplo, de terminarse una copa de jerez sin añadirle un par de

terrones de azúcar. Sus bebidas preferidas eran el Chartreuse verde y otro licor verdaderamente dulce, de tonalidad violeta, llamado Parfait Amour…

Era una luminosa tarde, y mi madre se sentía locuazmente orgullosa de su Osric-estudiante universitario en Oxford. Pero yo me sentía como un actor en un sueño triste, porque mi madre había cambiado. Hacía un rato había hablado de una especie de confrontación última con el hombre al que siempre se refería (sin duda para darse ánimos) como «el dentista de Peter Sellers». Y le había sucedido. Mi madre había sido despojada de sus dientes. Su dentadura, pues, era postiza, pero no era el efecto de tal cambio lo que me mortificaba (probablemente seguía siendo tan bonita como siempre), sino el hecho mismo de haber cambiado. Y ante aquella *parodia* de madre, me enfrié. Y sentí que mi corazón realizaba un retroceso táctico. Porque es mejor no poner demasiado amor en alguien que de súbito se ha vuelto tornadizo. Se supone que las madres y los padres no cambian. Al igual que se supone que no se van, ni se mueren. Son seres que no deben hacer eso.

Estaba en Nueva York y hacía denodados esfuerzos por mostrarme obediente con la gentil Millie. Trataba de permitir que mi boca se adaptara a aquel intruso grotescamente prodigioso. No quiero aburrir al fiel y paciente lector con una relación enciclopédica de mis sufrimientos, pero estaría eludiendo mi tarea si dejara de apuntar que una reconstrucción dental se prolonga mucho más allá de lo que nadie pueda siquiera imaginar.

Me hallaba en un nuevo mundo, pero deseaba volver al antiguo, con sus hilos dentales y sus bolsas de hielo y sus cepillos de agua lastimosamente ineficaces, y sus dolores de muelas y sus negativas a aceptar la realidad. La negación de la realidad, a mi juicio, ha sido muy vilipendiada; había varios párrafos que la elogiaban en la novela que entonces estaba terminando (*La información*). Tengo mucho respeto por esa negación —le he dedicado mucho tiempo—, y siento lo mismo respecto de los dolores de muelas. Meses más tarde me encontraría con mi viejo amigo John Gross[147] cuando acompañaba a mis hijos al Tower Records del centro comercial que ocupa la mitad de Queensway, cerca de donde viví la mayor parte de mi primera juventud (de los veinte a los treinta años) rodeado de hoteles con alto riesgo de incendios, en Kensington Gardens Square. Era la primera vez que veía a John desde que había superado con éxito su operación de doble *by-pass*, y, mientras los chicos compraban y buscaban, o simplemente «polinizaban» los estantes, John me describió el ataque al corazón que dio comienzo a la crisis. «El dolor no era demasiado intenso», me dijo. «Soportable. He tenido dolores de muelas peores.» Y

me pareció natural que John situara el dolor de muelas en el cenit del dolor civil y no mortal.

Lo reconozco: lo sé todo sobre la maestría musical de los dolores de muelas. Sus metales, sus vientos y percusiones, y, sobre todo, sus cuerdas, sus cuerdas… (el «*concerto* para chelo» de Bach — cuando lo oí recientemente en una sala de conciertos— se me reveló como una impecable transcripción de un dolor de muelas: la persistencia, el irresistible poder de persuasión). Los dolores de muelas pueden tocarse *staccato, glissando, accelerando, prestissimo* y, sobre todo, *fortissimo*. Pueden ser rock, blues y soul; pueden convertirse en doowop, en bebop; en heavy metal, en rap, en punk y funk. Y, tras todo este fragor anárquico siempre hay una sola, suave, insistente voz, siempre audible a mi imaginación servil: el trágico lamento del castrato.

Sí, pero al menos los dolores de muelas eran «yo», y la dentadura postiza no es «yo», por mucho que trate de vivir en mitad de mi cabeza. Es ajena a mí. Estoy bien si no hago más que estar sentado, leyendo, escribiendo. Pero si hablo, o camino… Toda in terac ción pública me deja de inmediato exhausto.

Hoy he ido contigo y con tu madre Betty de compras a Union Square (a comprar, entre otras cosas, camisetas de fútbol para los chicos) y he sentido literalmente la fuerza de la gravedad —he sentido cómo tiraba de mí hacia el centro de la tierra—. ¿Cómo es posible que estas decenas de gramos de más que llevo en la boca adquieran el peso de toda una mochila militar (después de una marcha de doce horas)? La opresión que siento ha de ser —no hay duda— espiritual; tiene que ser algo del espíritu.[148]

Todo el mundo está siendo increíblemente amable conmigo. La sonrisa de tu hermana es suave. Lo que tu madre cocina es suave. Es *bueno* que yo siempre haya considerado comer como una especie de tarea, de entrenamiento para algo, porque ahora cada comida es un castigo, cada bocado se me hace cruel e inusitado. Es *bueno* que jamás haya tenido un paladar exquisito (a veces hago un gesto como de chuparme los dedos ante un vino con sabor a corcho), porque ahora no tengo paladar en absoluto: mi boca necesita diez segundos para distinguir entre la sal y el azúcar.

Pero no es eso.

La dentadura postiza me da la impresión de que algo está sujetando mi boca dentro de *su* boca. Pero no es eso. Y poco importan todas las náuseas y vómitos —tan compulsivos como ataques de hipo —, todos los súbitos «niágaras» de baba. Durante varios años no fui al dentista. Ahora la dentadura postiza hace que me sienta como si estuviera en el dentista todo el santo día. Incluidas las veladas. Y al cabo se queda ahí quieta sobre el cristal, encarándome con su

expresión gruñona o despectiva.

Pronto iré a Londres y les mostraré mi cara a los chicos.

EL CASTILLO DEL CONDÓN

Aparecí por primera vez en primera plana de un periódico cuando aún no había cumplido los diez años. El gran titular del más importante periódico de la tarde del sur de Gales (el *Evening Post*, creo recordar) reza como sigue: «LA *SAGA* DE LOS CHICOS AMIS.»

Resulta que soy un progenitor mucho más inquieto de lo que lo fue jamás mi madre. Una vez me pasé media tarde —España, una merienda campestre, con veintiocho años, sin hijos— de pie y con los brazos extendidos bajo un árbol por miedo a que Jaime — entonces de cuatro o cinco años— pudiera caerse de él. Mi madre levantó la vista del sándwich que estaba comiendo y lanzó una mano hacia atrás en el aire.

—Le dejo hacer *de todo*. A vosotros también os dejé hacer *de todo*.

Y era cierto. Nos dejaba hacer lo que nos venía en gana. Nos pasábamos todo el día y la noche de los viajes en coche encima de la baca del Morris 1000, los tres hermanos, en toda condición climatológica, deslizándonos de dentro a fuera y viceversa mientras nuestra madre fruncía el ceño ante el parabrisas. No creo que se nos permitiera hacerlo estando nuestro padre en el interior del coche, y es muy probable que él fuera —en general— mucho más prudente. En cuanto a las decisiones que dieron lugar a la citada *saga* de los chicos Amis…, bien, no creo que mi padre necesitara o deseara ser consultado acerca de una cuestión que tenía que ver con el aire libre. Él estaba en su estudio. Él *siempre* estaba en su estudio.

Los chicos Amis —sobre todo Philip— le pidieron a su madre que les dejara ir en canoa solos desde Swansea Bay hasta Pembroke Bay, una distancia de varios kilómetros hacia el oeste bordeando la costa de Gales (notoriamente —y en aquella dirección aún másimpredecible). Y mi madre dijo que sí. En secreto yo siempre había pensado que se trataba de un plan sobremanera ambicioso. Y no me sentí precisamente envalentonado cuando vi la altura del mar en el punto de partida (Swansea Bay era por lo general más mansa que las otras bahías que teníamos que bordear). Pronto comprobaría, además, lo difícil que habría de resultarnos conseguir que la canoa dejara atrás el oleaje de la orilla. Repetida y brutalmente, las olas nos rechazaron durante un buen rato, y al cabo, ya casi medio ahogados, logramos sentarnos en nuestros huecos y remar —Philip delante y yo detrás— rumbo al lado oeste de la bahía. Todo fue bien durante unos minutos. Luego, de pronto, los remos quedaron callados: tratábamos de asimilar

un efecto oceánico que en el censo de mis vivencias aún sigue siendo único. Un kilotón violento y confuso de agua se desplazaba *lateralmente* a lo largo de la bahía hacia nosotros… He visto mares lastimosamente rizados y revueltos, en el epílogo de huracanes, de un verde malsano y ebrio tras el atroz derroche de los elementos, arremolinándose y encrespándose y replegándose como sin sentido… La marea cruzada que ahora nos amenazaba, si bien formidablemente poderosa, tenía ese mismo aire desarraigado al desplazarse despacio hacia nosotros. Podíamos haber girado en redondo (yo, sin duda, lo habría preferido); pero sabía que Philip no iba a volver. Vista la situación en su conjunto, al hermano pequeño le tocaba la parte menos mala: ver cómo su hermano mayor se negaba a dar la vuelta. Philip, como siempre, me llevaba —con mucho— la delantera. Pero esta vez yo estaba en el mismo barco. Mirando hacia adelante, Philip gritó:

—Adiós, Mart.

Y nos pusimos a remar a ritmo de batalla, a ritmo de ataque, a ritmo de embestida, en dirección a la espuma que se nos avecinaba. «Saga» sugiere algo arduo y sin fin (y resignadamente nórdico); pero aquellos escasos segundos en que avanzamos en nuestra canoa dando tumbos y brincos, fueron en realidad toda nuestra aventura. Fueron, en cualquier caso, suficiente para mí. Pedí a Philip (con gran disgusto por su parte) que me dejara en la siguiente playa. Llamé a casa desde el bar de Caswell Bay; luego me quedé en los escalones que ascendían por el acantilado y contemplé cómo Philip intentaba, una y otra vez, llevar la alta canoa por encima de las cada vez más altas olas, para una vez tras otra, con la canoa sobre la cabeza, ser rechazado hacia las aguas poco profundas de la orilla. Su cuerpo era infatigable; no podía verle la cara, pero sabía que para entonces habría adoptado una expresión feroz e inflexible.

En Pembroke Bay mi madre y yo nos pasamos la tarde entera escudriñando en vano el perfil montañoso del mar. La alarma ya había saltado. Pero admitamos las cosas como son: aquella primera plana del *Evening Post*, al esbozar una valerosa proeza marítima que habría dejado anonadado al mismísimo Patrick O'Brian, fue un camelo casi completo. Porque mi hermano nunca llegó a pasar las altas olas con la canoa. Y el tiempo que los guardacostas y los helicópteros se pasaron rastreando la costa Philip se lo pasó bebiendo Tizer e intentando llamar por teléfono en el bar de Caswell Bay.

El titular me hizo sentirme más avergonzado que halagado. Mi posición resultaba particularmente fraudulenta; Philip, al menos, había *intentado* seguir adelante, con riesgo de perder la vida.

La prensa, pues, dio una versión errónea de los hechos. Y aquella habría de ser la primera y última vez que me trató (injustamente)

como un héroe.

Cuando el matrimonio de mis padres se fue al traste, en los años sesenta, los periódicos dieron cuenta de ello. Y cuando mi primer matrimonio naufragó, treinta años después, los periódicos dieron cuenta de ello (con notables diferencias en el enfoque periodístico). Cuando mi padre se arregló la dentadura, en los años sesenta, los periódicos no dieron cuenta de ello (sus dientes no aparecieron en los periódicos, pero sí su sonrisa: no había sonreído así en toda su vida). Y cuando yo me arreglé los dientes, treinta años después, los periódicos sí dieron cuenta de ello. Mi dentadura mereció unos titulares. Pero déjenme decir algo sobre la experiencia. Las vivencias sobrepasan con mucho cualquier relato que pueda hacerse de ellas (y toda versión ulterior de esos relatos). Un hombre que tiene un fuerte ataque epiléptico en plena calle no se preocupa de las risitas solapadas de los niños que hay en la acera. Está ensimismado en sus propias prioridades.

En 1993, en mitad de la cena, mi padre dijo:

—Cuenta lo que te apetezca, sea poco o mucho.

Le conté sobre mi reciente viaje a Cape Cod para ver a mis hijos, y a su madre —para la cual me había convertido en un extraño, y de la cual había sido *extrañado*—. Los chicos presentían que existía una posibilidad de reconciliación. La primera mañana Jacob empujó mi taza de café hacia mi mano derecha y dijo:

—¿Te lo estás pasando bien?

Cinco días después, mientras hacía los preparativos para marcharme, el estanque del jardín reflejaba obedientemente en su superficie las apelmazadas nubes del cielo. Mis hijos estaban construyendo un zoo en miniatura en un retazo de césped. Louis me enseñó el pequeño dispositivo que, tras recibir una moneda que se deslizaba por un complicado túnel, expedía las entradas. Pero yo no iba a quedarme, y ellos lo sabían. Sabían que me estaba yendo. Sabían que el intento había fracasado, que todo había fracasado. Les dije adiós y subí al coche de alquiler.

—No puedo dejar de pensar en ello. No puedo quitármelo de la cabeza.

—En este tipo de cosas nunca se puede hacer nada. Lo único que puedes hacer es albergar la esperanza de «coexistir» con ellas. Ellas nunca se irán. Estarán siempre contigo. Están *ahí*, eso es todo.

Sí, siempre al alcance para el deleite, y jamás disminuidos en su poder. En el vuelo nocturno de vuelta a Londres llevé a cabo lo que me pareció una extraordinaria proeza: derramar incontables lágrimas durante las seis horas del trayecto, incluido el sueño superficial del

que no paraba de despertar al poco de conciliarlo. Me preguntaba sobre la fisiología del llanto: sobre el abastecimiento y el almacenamiento. En mi delirio me turbó el pensamiento parentético de que en la cabina de mando parpadeaba un intermitente —parecido a ese dibujo de una regadera de los salpicaderos de los coches— que me decía que había agotado mis reservas lacrimales.

Ahora sobrevuelo de nuevo el Atlántico para ver a mis hijos. Y soy Kinch, soy Pnin, soy la parodia del padre. Y estoy aún más *extrañado*.

Un breve preámbulo.

El tren Swansea-Cardiff aminoró la marcha, y se paró con un vivaz suspiro. Los pasajeros de nuestro vagón se volvieron vagamente hacia la ventanilla, y las conversaciones cesaron de inmediato, como una radio desenchufada de repente. Nos miramos unos a otros y volvimos a mirar afuera. Si era una alucinación, las alucinaciones podían compartirse. Lo que veíamos en el exterior era un simple letrero con una flecha que dirigía a los visitantes hacia un lugar llamado «Castillo del condón». A la sazón yo tenía once años, y me dirigía —en compañía de dos compañeros de colegio y lleno de entusiasmo— al Cardiff Arms Park, donde iba a tener lugar un partido de rugby de la categoría subveintiuno. Probablemente era aún muy joven para saber que «duncardo», en Gales del sur —y quizá también en otros lugares —, significa, en argot, «condón»…[149] Había un hombre joven sentado frente a mí: cuello abotonado y corbata, pelo muy corto. Nunca olvidaré el serio, apesadumbrado ceño que se fue instalando en su semblante, y la reacción de dolida incredulidad con que exclamó (como registrando un crucial solecismo en el orden de las cosas): ¿*Castillo*… del condón? Mis amigos y yo fingíamos inocencia, y nos esforzábamos por no estallar en carcajadas. Pero el joven habló —y harto elocuentemente— por todos los viajeros: ¿*Castillo*… del condón?

El día de mi regreso a Londres, en noviembre de 1994, tenía dos tareas que cumplir relacionadas con los dientes que en cierto modo se me antojaban casi cotidianas, porque mi más reciente etapa de Nueva York —cuando la dentadura postiza me hacía sentirme como si estuviera todo el día en el dentista— me la había pasado, de hecho, casi por entero en el dentista, sometido al ajuste y puesta a punto de la prótesis, en el caso del denudado maxilar superior (a cargo de Mike Szabatura), y al raspado y legrado del atroz maxilar inferior (a cargo de Todd Berman).[150] Al bajar del avión estaba sereno, pero como aturdido y ensordecido por todo, y espectral, y drásticamente demacrado. Con todo, me acababan de dar varias buenas noticias en ese marco donde tantas malas había recibido en el pasado: la consulta del dentista. El tumor de encima de la barbilla (que me extirparían al mes siguiente) era, casi con certeza, no canceroso, y muy probablemente no muy raro. Y el costoso TAC había revelado, en

palabras de mi cirujano maxilofacial, que tenía una «mandíbula inferior *excelente*», y apta —tras un injerto frontal de hueso— para recibir los implantes de titanio.

Curiosamente, las dos enojosas pruebas que me esperaban el Día Primero del Retorno no suponían visita alguna a ningún dentista. Una de ellas era cómica, y la otra de matiz trágico, y ambas constituían ritos de paso. Pero así estaban las cosas y no había manera de eludirlas.

Dicho lisa y llanamente, la primera consistía en un intercambio de «dinero por mercancía»: la adquisición inaugural de un dentífrico con el que sólo los lectores de veras provectos —creo— se sentirán razonablemente familiarizados. Su marca es Steradent, y se expende en tubos de pastillas. Éstas, en contacto con el agua templada, producen un festivo burbujeo, y es en la solución resultante donde la dentadura postiza ha de permanecer sumergida — con su mueca burlona— durante la noche. Mientras me aprestaba a la tarea —más precisamente, mientras rondaba en torno a un par de establecimientos posibles— caí en la cuenta de que la situación me traía a la memoria de pronto otra situación de hacía treinta años: la compra —por vez primera— de condones. Aunque era de ese tipo de asociaciones que inicialmente se hace no con la mente sino con el cuerpo: la misma sensación, la misma disposición química. Lancé un gemido de derrotada risa. Porque la primera de ambas iniciaciones había entrañado el advenimiento de una potencia vital prefiguradora de insuperables placeres, mientras que la segunda…, bueno, la segunda no era sino una especie de pantomima, y apuntaba en la dirección contraria con su pulgar rígido y manchado. Pero sus similitudes eran evidentes:

1) Tratas de cerciorarte de que el empleado que va a atenderte en la farmacia es un hombre, no una mujer, y en ningún caso una mujer joven. 2) Te pasas largo rato merodeando y mirando sprays de fijadores de pelo y desodorantes hasta que la farmacia queda vacía, pero en ambos casos, cuando te dispones a pasar por caja, aparece por la puerta todo un silencioso tropel de chicas de dieciocho años. 3) Como (ridícula) maniobra de diversión, compras — cómo no— otras cosas. Productos sin la más mínima relación con el alijo que persigues; en ningún caso, por supuesto, vaselinas o similares (las cuales, según solía repetir Kingsley, te instalaban definitivamente en la cincuentena). Cosas inocuas como champú o vitamina C (nunca E). 4) Te desvives por dar la impresión de que tales artículos no son para ti: tú no eres sino el mero recadero de un misterioso sátiro o nonagenario. Puedes incluso esgrimir una lista, y mascullar, o pensar en mascullar, algo sobre la indolencia de tu hermano mayor o sobre lo olvidadiza (e incapaz de moverse) que es tu pobre abuelita. 5) Con

indiferencia de cómo te haya ido, abandonas la farmacia con la cara ardiendo.

Además, por descontado, elegirás una farmacia en la que jamás hayas estado con anterioridad. En este caso, elijo un pequeño local y entro con el alegre tintineo de una campanilla. La cajera es una mujer, muy cierto, pero con el pelo blanquecino (es casi una ancianita). Por lo demás, el local es perfecto. Fuera, en la acera, como un poema de la pobreza, hay un ciudadano de la tercera edad con deformadas zapatillas de gimnasia y *pantalones acampanados*; y en el interior la cosa es aún más halagüeña: es un local no reconstruido, prácticamente de antes de la guerra, lleno de pastillas para la tos y de cuchillas para los callos y de vendas de gasa color carne, y en el aire flota un olor a penicilina decrépita. No hay gafas de sol ni bolsas playeras que puedan atraer a clientes jóvenes y sanos; sólo productos capaces de atender las desesperadas necesidades de la lumen-supervivencia, amén de un mostrador de recetas para aquellos clientes que, como reza esa frase aterradora, se hallan «en manos de los médicos». A un lado, dominando enteramente la sección del cuidado dental, veo la vitrina del Steradent, que se comercializa en tres sabores.

La farmacia sigue vacía mientras cojo además varios artículos para hombre —cuchillas de afeitar, una codera— y me dirijo hacia la caja metiéndome la lista en el bolsillo. En unos cuantos segundos todo habrá concluido. Ahora estoy frente a la anciana dama. Y percibo que a sus ojos les sucede algo muy extraño: se le dilatan de gozo.

—¡Usted es Martin Amis! Oh, oh… Mi sobrino…, mi sobrino piensa que es usted… ¡Jim! ¡Jim!

En fin, Jim es el tipo jovial que hay detrás del mostrador de las recetas. Le escribo un autógrafo con un texto de aliento (es un aspirante a escritor: buena suerte, muchacho) en el dorso de un pedido. Luego salgo a la calle con la cara en llamas. Pero la vieja pareja ha sido en extremo cariñosa, y me río ante ese fulgor fortuito que a veces te depara el destino. *Esto* jamás sucedía en los viejos tiempos del condón, me digo. Y me pregunto cómo se las arreglará, por ejemplo, el niño-estrella Macaulay Culkin, en estos tiempos de infinitamente mayor «conciencia del condón»; tal vez hace que se los compre su padre. Como hizo Kingsley una vez por mi hermano y por mí con mano pródiga.

Esa noche dejo caer una pastilla de Steradent en un vaso de agua tibia, y —quizá demasiado vieja ella misma— no hace ninguna reacción. Pero la siguiente produce el esperado burbujeo, y creo notar cómo la dentadura postiza, aún dentro de mi boca, adopta una fugaz y desmayada expresión burlona.

Mis padres —ambos— mantenían una impecable e invariable

distancia en relación con las vidas amorosas de sus hijos. Mi madre lo hacía de forma instintiva, pero con mi padre siempre tuve la impresión de que era fruto de una consciente política de deferencia. En la casa de Maida Vale, una amiga mía que buscaba el cuarto de baño entró una vez de madrugada en el dormitorio de Jane y de mi padre, y les despertó. A la mañana siguiente cogí con cautela la nota que me esperaba en el exterior de mi puerta. Mi padre había escrito en ella: «Invitamos de muy buen grado a tu amiga a quedarse a desayunar. Pero sé discreto con la señora Lewsey.»[151] Mi amiga, luego, se sintió inquieta por haberse quedado a dormir en mi casa, y yo tampoco las tenía todas conmigo, y al final no se quedó a desayunar. Pero así supe que no sólo se me disculpaba, sino que se me notificaba con talante solidario que disfrutaba de una nueva libertad.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—He llegado a donde habla de la masturbación.

Estamos en 1995, y estoy echado brevemente sobre un retazo de césped de un parque londinense, releyendo las *Memoirs* de Kingsley mientras mis hijos, encaramados en sendos pares de patines, pasan de largo, oscilantes, y vuelven, y se detienen junto a mí.

—¿Y?

—Cuando Kingsley tenía vuestra edad su padre le dijo que la masturbación «te hacía la sangre más pobre y acababa por volverte loco».

—¿De veras?

—Sí. Y, por cierto, es totalmente falso.

—Estupendo.

Tal fue el único consejo sexual («que me volvía a repetir de cuando en cuando») que Kingsley recibió jamás de William Robert Amis. Y «antes de empezar a reírte, lector, si es eso lo que te apetece hacer al oír esto», prosigue Kingsley, «… un compinche me contó cómo en su colegio, cuando se acercaban a la pubertad, les llevaban a visitar la sala de los supuestos maniaco-masturbadores del hospital mental local», donde se hacía pasar a auténticos esquizofrénicos y maniaco-depresivos por simples y consumados practicantes del llamado vicio solitario. Mi padre afirma en sus memorias que él era «lo bastante sensato» como para no creer tales advertencias, y creo que sí, que realmente sobrevivió a aquella conspiración de hipócritas engaños y amenazas, fenómeno que hoy día sólo podríamos interpretar como odio a la juventud. O puede que no fuera sino un detestable juego puesto en práctica por mediocridades desencantadas, y que mi abuelo llegara realmente a persuadirse de que si «se hubiera dejado en paz el cuerpo» en su juventud tal vez habría llegado a ser algo más que un empleado de cierto rango en la City, y que como es lógico deseara

para su hijo un futuro mejor… Parece justo razonar que la relación entre padre e hijo jamás llegaría a recuperarse de aquel antiguo y agresivo entenebrecimiento del ámbito sexual. No era que Kingsley necesitara información «delicada» sobre pájaros y abejas. «La instrucción sexual en el hogar», afirma, «… no ha de ser instrucción sino permiso formal»; y «debe otorgarse».

Kingsley solía contarles a sus hijos el siguiente chiste sobre pájaros y abejas (chiste que yo, a mi vez, les he contado a mis hijos): la esposa del granjero le dice al granjero: «Ha llegado el momento de que le cuentes a nuestro George lo de los pájaros y las abejas.» El granjero arrastra los pies, reacio. «Oh, vamos, cariño… Es un poco violento para un tipo…», se resiste, pero al final accede. Una tarde de calor padre e hijo están en un claro del bosque, y en el aire hay trinos de pájaros y zumbidos de innúmeras abejas. «George, ha llegado el momento de que tu padre te cuente lo de los pájaros y las abejas.» «Sí, papá.» «¿Te acuerdas de lo que les hicimos a aquellas chicas el viernes por la noche en la zanja?» «Sí, papá.» «Pues los pájaros y las abejas hacen lo mismo.» Mi juicio sobre este chiste, como tal chiste, varía. Pero nunca olvidaré la reacción de mi hijo menor nada más oírlo: unos tres segundos de pasmada asimilación, y a continuación un primer grito voluptuoso.

En 1943, cuando Kingsley tenía veintiún años y estudiaba en Oxford y era teniente del ejército, su padre William descubrió que su hijo estaba teniendo un romance con una mujer casada.[152] Es deprimente imaginar la «explosión» que ello causó en la humilde casita suburbana de los Amis. Y seis años después vendría el orgulloso boicoteo de la boda de mis padres por parte de mi abuelo William. En aquella ocasión Mami A., Rosa (en mi memoria apenas una presencia oscura, ataviada de profusos bordados, aromática, calorífica), se las arregló para hacerle volverse atrás. Pero tampoco ella era un dechado de libertad mental —fruncía el ceño por encima de la valla del jardín, por ejemplo, cuando el vecino había utilizado la palabra «luna de miel» delante de su hijo Kingsley, que tenía entonces catorce años—. En general —escribe Kingsley—, William y Rosa no podrían haber «coartado mi elección de los amigos, o mis oportunidades de frecuentarlos, con más determinación e insistencia si en la familia hubiera habido un largo historial de prostitución masculina o dipsomanía juvenil». Mi padre amaba a su madre sin demasiadas complicaciones, según pudo irse viendo a lo largo de su vida; pero jamás vi a Kingsley enteramente cómodo en presencia de su padre.

Recuerdo a Papi A. como un hombre guapo, convencionalmente atildado y amarillento —aunque esto último es quizá una derivación regresiva de mis recuerdos de sus últimos momentos, cuando su tez era de una tonalidad cetrino-anaranjada a causa de la ictericia—. Se

pasó una buena parte de su viudez (1957-63) viviendo en nuestra casa —para gran fastidio de Kingsley, ahora caigo en la cuenta—, y dedicó gran parte de esa etapa de su vida a jugar con mi hermano y conmigo con entusiasmo e inventiva (no exentas de severidad). Admito sin reservas que mi abuelo William fue una de las grandes pasiones de mi niñez (hasta el punto de que en cierta ocasión me entregué a un ruidoso berrinche cuando le oí afirmar que era «natural que el abuelo sintiera un mayor afecto por el nieto primogénito»). Por lo que a mí concernía, no se trataba de que fuera o no *natural*. Era una cuestión de amor: de amor insuficientemente correspondido. Él trató de suavizar tal afirmación, pero sin desdecirse; no se avino a ceder ante la hondura de mi dolor… Tras el año en los Estados Unidos se volvió más intranquilo, y regresó a Londres. Y en sus frecuentes y siempre desea das visitas, desconcertantemente, siempre le acompañaba alguna amiga chabacana y parlanchina.

Y luego se acabó. Me refiero al amor: se acabó mi amor por él. No me di cuenta de cómo se extinguía, pero recuerdo el instante en que supe que se había esfumado por completo. Una vez, en Cambridge, mi madre había estado todo el día dejando entrever que me hallaba a punto de recibir un regalo secreto: un regalo espléndido. Avanzada la tarde nos dirigimos en coche hacia un misterioso destino (Peterhouse, de hecho: la facultad de mi padre), y allí, ante la verja, vi la súbita, absoluta, irremediablemente inadecuada figura de mi abuelo Papi A. El corazón se me paró apenas una fracción de segundo, y me apeé de inmediato para abrazarlo. Pero en aquel infinitesimal latido del tiempo experimenté como un golpe sordo de desencanto y sorpresa. Papi A. *había sido siempre* un «regalo» espléndido. Y ya no lo era. Yo tenía trece años (una edad difícil); y los abuelos, cuando tienes trece años, están, ay, entre esas cosas infantiles que uno debe ir dejando a un lado… Un año después el abuelo murió de cáncer, un par de meses antes de que Kingsley se marchara de casa[153] y Cambridge se volviera una morgue de animales muertos y de animales que partían. A Philip y a mí nos habían llevado a la residencia de ancianos cercana para lo que a todas luces habría de ser la visita última. Me alegro, ahora, de que para entonces ya no lo amara. El horrible rictus de su cara al intentar sonreírnos, los ojos brillantes en medio de la amarillez verdosa de la ictericia (como una calabaza de Halloween iluminada desde dentro)… Íntimamente, mi hermano y yo nos sentíamos nerviosos e insensibles ante la muerte del abuelo. O simplemente ante la muerte. Quizá, también, mi joven corazón seguía herido desde el día en que sentí que mi amor había sido desairado.

En aquella ocasión yo había sentido, además, su enorme obstinación. Él intentó suavizar lo que había dicho, pero sin llegar a desdecirse. Se negó a dar su brazo a torcer. Se negó a decir la benéfica

mentira piadosa que hubiera calmado a un niño que sollozaba y le gritaba, suplicante:

—Eres como Kingsley —le dije un día a mi hijo (al mayor) mientras lo llevaba en el coche a alguna parte. Y continué—: Eres una de esas personas totalmente incapaces de admitir que están equivocadas.

—Sí, y tú eres otra.[154]

Sí, al igual que Kingsley. Al igual que William. «Cuando llegué a vislumbrar la imagen conforme a la cual mi padre estaba tratando de moldear mi carácter y futuro», escribe Kingsley en sus memorias, «empecé a resistirme, y durante años discutimos con violencia cada semana (o cada dos semanas), como mínimo.» Y yo podía *verlo*, podía *oírlo*: como un matrimonio mal avenido: el abuelo, que tan escaso poder ejercía sobre el mundo exterior, tratando de imponer su voluntad mediante la mera iteración; y Kingsley, infinitamente más inteligente, aprendiendo que podía llegar a marcar el paso en aquel baile. Al final mi abuelo se limitó a perseguir a mi padre con aburrimiento (y ¿qué otro novelista, desde Dickens, se ha sentido tan fascinado y vivificado por «la abrasadora sinceridad de todo aburrimiento»?). Creo que el amor estaba allí, en su interior, y que él se vio forzado a mantenerlo oculto. Finalmente afloró en un poema, en una modesta elegía abiertamente titulada «*In memoriam*: W. R. A.», y subtitulada «Muerto el 18 de abril de 1963». Cuando la leí y fui cabalmente consciente de su contenido, sentí que algo mal alineado, algo torcido se había enderezado también entre mi abuelo y yo. Pero no creo que captara la autocrítica —que llegaba casi a equivaler a una leve repugnancia de sí mismo— contenida en los últimos versos (que tenían que ver con la indolencia emocional, con el resentimiento y la obstinación, y con la parálisis de los Amis). La larga pelea había tenido al fin un ganador: la muerte. El poeta considera banal tal resultado, y el aire levemente indiferente que adopta es un reconocimiento de ello: «*In memoriam*: W. R. A.» finaliza con el «Yo» del poema imaginando

tu charla siempre incesante,
mi respuesta cada día más formal
que jamás podía defender
pero que jamás suavizaba lo bastante,
y que conducía al silencio
y a caminos que se bifurcan.

Perdóname si he de verlo
tal como sucedió:

incluso tu orgullo y tu amor
se han tomado este tiempo para llegar
a ser claros, para despertar mi amor.
Siento que tuvieras que morir
para que me dé lástima
que no estés aquí ahora.

Mientras cenábamos en Biagi's en el verano de 1965 Kingsley dio por sentado que sus dos hijos habían iniciado ya su vida sexual. Lo hizo alegre y alentadoramente, y casi regodeándose. Uno o dos días después nos llevó a comer al Soho, y fue una de las veces en que se mostró no sólo cómicamente derrochador sino también tenazmente subversivo. «Papá es genial», nos dijimos Philip y yo, como siempre solíamos hacer y aún seguimos haciendo. Pero recuerdo haber dicho (o quizá sólo pensado): «Está encantado de que no seamos maricas.»[155] Me equivocaba, creo. Siendo un hombre promiscuo en un tiempo en que serlo exigía una gran energía, a Kingsley le entusiasmaba su «contigüidad» con la eventual promiscuidad de sus hijos. Y sentía el justificado calor íntimo del hombre que no hace lo que su padre hacía, y que, al no hacerlo, se convierte para sus hijos en lo diametralmente contrario al aburrimiento.

Después del almuerzo en Biagi's nos llevó a un pequeño y equívoco local situado en una calle lateral de la zona norte de Piccadilly. Habrá quienes consideren perfectamente normal que allí, entre frascos de Brylcreem y suspensorios y sujetadores de hernia, nuestro padre nos comprara una *gruesa* de condones: doce docenas. Pero no fue nada normal para nosotros. Como los celebrantes en el famoso poema de Larkin, mi hermano y yo nunca habíamos conocido un éxito tan rotundo o tan absolutamente absurdo.[156] Claro que el regalo fue en gran medida simbólico: representaba la luz verde para el sexo. Pero también representaba un ahorro de 14 libras y 12 chelines, amén de ahorrarnos asimismo un total de 48 visitas a la farmacia.

Kingsley solía contar la siguiente anécdota sobre la rivalidad entre hermanos: un día, cuando yo tenía cuatro o cinco años, me encontró tirado en las escaleras en un estado de hondo sufrimiento; preocupado, se arrodilló a mi lado, y al cabo de varios minutos consiguió sofocar mis jadeos salpicados de hipo, mi respiración entrecortada, y me dijo: «Venga, tranquilo… ¿Qué ha pasado?» Cuando por fin pude encontrar y articular las palabras necesarias, dije: «A Philip le han dado una galleta.» En otra versión de la historia digo: «A Philip le han dado una galleta más que a mí.» Y ésta es la variante que yo seguía teniendo en la cabeza en el verano de 1965. No podía ponerme a llorar tirado en las escaleras: iba a cumplir dieciséis años. En cualquier caso, al poco de estar con papá en aquel local de

Piccadilly —surrealistamente poco, me dio la sensación—, me vi de nuevo delante de una farmacia, aguardando con semblante pálido el momento preciso, con mis tres chelines y tres peniques en el bolsillo.

Se me ocurre tardíamente que el letrero que rezaba Castillo del Condón no pretendía dirigirte hacia ningún castillo, sino a una farmacia. Eso es lo que las farmacias son para los jóvenes clientes (seres que tratan de escalar la fortificación en cuestión): castillos de los condones. Para apuntalar esta teoría necesitaríamos probar la existencia de un castillo gemelo, o más bien de un letrero gemelo (con una flecha apuntando en la dirección contraria) que te encaminara al castillo del Steradent.

La segunda prueba dental, el Día Primero del Retorno, era en sí misma lo suficientemente contundente: tenía que ver a mis hijos.

Incluso las cosas livianas se vuelven pesadas con el tiempo, y las pesadas aún más pesadas, y la dentadura postiza —después de un día pesado— me pesaba en la mandíbula si cabe con más peso.

Ahí están los chicos, me dije, y empecé a hablar en voz muy alta, pero con la sensación de no saber muy bien dónde situar la cabeza, en qué ángulo soportable, a qué sostenible altura.

Mis hijos, más que mirarme, me observaban detenidamente. Estudiaban a aquel padre de parodia. *Aquel* padre se ha ido; *este* padre ha venido. Sus caras parecían vacilar.

—Papá, te ha pasado algo en la cara.

Yo dije:

—Sí, lo sé. Pero es temporal. El cambio es sólo temporal.

Como lo es la retracción de vuestro amor, deseé decirles (era patente, y no podía eludirse). Pero no lo podía decir. Lo único que podía hacer era tratar de imitar al «mí mismo» anterior durante un rato. Imitarme a mí mismo, y luego decirles adiós y bajar apresuradamente las escaleras rascándome el pelo con las dos manos.

EL SENTIDO DE LAS HERIDAS

He aquí «A. E. H.», el poema de Kingsley que aprendí de memoria a los dieciocho años y sigo reteniendo fielmente. Es un reverente pastiche de A. E. Housman, y duplica uno de sus efectos característicos. Normalmente mejor adaptado para el verso liviano o el ripio, el metro trocaico —«tum-ti», en oposición al más señorial «ti-tum» del yambo— es utilizado aquí de forma inusual en aras de la solemnidad.[157] El primer verso del poema es también la ayuda mnemotécnica que suelo precisar para localizar los puntos donde el sol sale y se pone:

La llama adorna el cielo del oeste,
deja sin luz bosquecillos y colinas;
los sonidos de la batalla, surgidos de mañana
menguan y vagan y cesan.
Dejando atrás los estandartes rasgados, embarrados,
dejando atrás los impávidos montones de caídos,
camina un casaca roja que, sin sangre alguna,
llora con furia, y no de dolor.

Los heridos —cuando llega el momento
la muerte y los cirujanos cruzan la cortina—
ya no gritan, los envuelve lo oscuro;
todos duermen al fin.
Todos salvo uno, que, la noche entera,
maldice heridas más imaginadas que vistas,
y se pregunta una y otra vez en tono frío
cuál es el sentido de las heridas.

Lo que las heridas significan, por supuesto, es que Dios está ausente, o es inmoral, o impotente.

Lucy Partington se convirtió al catolicismo tres meses ante de su muerte, y a mi juicio ello suscita ciertas cuestiones de teodicea. Es ingenuo por mi parte, sin duda, pero a menudo me sorprendo preguntándome cómo el Vaticano tiene el descaro de seguir con la cabeza alta después de los sucesos que siguieron a la Navidad de 1973. La forzada explicación intentada en las líneas finales de *Brighton, parque de atracciones*, de Graham Greene («No puedes entender, hijo mío, ni yo puedo, ni nadie puede, lo atrozmente enigmática que es la misericordia de Dios») siempre ha sido elocuente pero inadecuada, porque en el caso que nos ocupa nos pide que consideremos al asesino de Lucy Partington como una suerte de instrumento divino,[158] y ésa es una idea a todas luces absurda. Por otra parte, existía el sentimiento, expresado por más de una voz en la ceremonia de Cheltenham, de que su conversión al catolicismo fortaleció a mi prima, de forma que (como conmovedoramente afirmó Jane Kamar) «cuando se fue se fue con toda la fuerza que le infundía el poder de la fe». Y hemos de tratar de creer vehementemente esto, lo mismo que tratamos de creer con vehemencia que todo terminó muy rápidamente: *muy rápidamente*.

Otra oradora en la ceremonia, Christina Kiernan, ensayó un más ambicioso consuelo (de tendencia budista/hinduista). Exploró la

intuición de que la de Lucy «fue la culminación de muchas vidas»: «algunas personas tienen la oportunidad de… despejar un montón de desechos de otras vidas, liberándolas para que puedan seguir avanzando en la próxima, o en otro estrato de vida». Podríamos poner objeciones a la osadía poética de tal conjetura; y podríamos aducir una cada día más respetada teoría filosófica (muchos mundos, muchas mentes; o la interpretación del estado relativo de la mecánica cuántica), según la cual hay una constante proliferación de universos, y, por ende, de otras Tierras donde, tal vez, el 27 de diciembre de 1973 Lucy Partington volvió sana y salva (mejor: con toda normalidad) a casa de su madre en Gretton. «Creo que deberíamos ver su vida como una vida completa», dijo Christina Kiernan, «no como una vida truncada y cercenada demasiado prematuramente.» Pero en esto ya no pude seguirla. Allí estábamos todos, congregados, muchos de nosotros coetáneos de Lucy; éramos todos seres adultos, bien entrados en nuestras historias personales y en nuestros modos mundanos. ¿Dónde estaban los años de Lucy?

Recordemos de nuevo las palabras de Elizabeth Webster:

> … Le dije: «Ahora que ya eres mayor, ¿qué piensas hacer?» Y ella me respondió: «No me importa lo que vaya a hacer siempre que lo haga *totalmente.*» Y entonces le dije: «Sí, está bien, pero adónde vas a ir?» Se quedó pensándolo muy, muy detenidamente, y al cabo dijo: «Hacia la luz… Hacia la luz.»

Todo en ella, incluido el nombre, apuntaba hacia la luz. Teniendo en cuenta esto, pues, no puedo encontrar el más mínimo orden ni sentido en una oscuridad tan honda y duradera.

La muerte de Lucy Partington representa una inmensa colisión absurda (colidir: del latín *collidere*: chocar contra algo o alguien). Tal es lo que acontece cuando la oscuridad topa con la luz, cuando la experiencia topa con la inocencia, cuando lo falso topa con lo verdadero, cuando la absoluta impiedad topa con la pureza de espíritu, cuando lo que sigue:

Hola May soy tu padre Escribiendote. o dame tu número de telefono… o Escribeme tan pronto como puedas, por favor a ver si puedo solucionar lo que me ha hecho el señor Ogden, mis nuevos abogados son muy buenos he leido lo que decias sobre mi en el *News of the* eso ha sido lealtad leiste lo que dijo Scott Canavan de que había

topa con esto:

las cosas son tan grandes como nosotros las hacemos;

puedo llenar un cuerpo entero,
un día entero de la vida
con la preocupación suscitada
por unas cuantas palabras
escritas en un trozo de papel;
y sin embargo, la misma noche,

mirando hacia lo alto,
puedo hacer que mis dedos
contengan el cielo
en mis manos ahuecadas.

CARTA DESDE LA FACULTAD

Exeter College
Oxford
Miércoles, 13 de octubre [1968]

Queridísimos papá y Jane:

Fue algo increíble veros a los dos; desde entonces he estado tremendamente eufórico. En especial porque aquella misma tarde tuve la tutoría, en la que Wordsworth no le dijo más de media docena de palabras a ese apocado mierdecilla del que ya os hablé, el cual, después de pasarse cuarenta minutos poniendo los ojos saltones y sacando los morritos intentó argucias como hacerse un diminuto ovillo, tararear canciones infantiles y suspirar con arrobo ante el atardecer sobre la capilla. Pero con ninguna de tales cosas obtuvo lo que deseaba; es decir, pasarse una hora hablando de sus emociones al leer “An exequy» [Exequias].[159]

El criado[160] limpió las escaleras ayer, y ahora huelen como si alguien hubiera subido y bajado por ellas meándose en todas partes después de haberse comido cuatro o cinco kilos de espárragos.[161] Ahora todo es terriblemente aburrido porque Marzipan[162] (mi compañero de cuarto [su verdadero nombre es Marzys]) está poniéndose muy exaltado con su trabajo y tengo la sensación de tener que andar de puntillas todo el tiempo. PERO ayer tuvo una especie de ataque —punzadas en el hígado— por haber comido chocolate. No puede probar las especias, ni beber. Huelga decir que he sembrado la habitación de paquetes abiertos de galletas de jengibre, de higos, membrillo, delicias turcas y otras exquisiteces. Si vuelve a darle otro ataque seguro que tiene que pasarse fuera un año entero. A ver si se le quita de la cara esa sonrisa de estúpido.

Gracias de nuevo por ese almuerzo de puta madre. Amor a todos, y

no menos a la señorita Plush.[163]

Besos

Mart

EL ALMA PERMANENTE

Conocí a Saul Bellow en la cuarta semana de octubre de 1983, cuando fui a Chicago a escribir un artículo sobre él para el *Observer* londinense. Cuando el artículo fue entrando en materia, dije, entre otras cosas, lo siguiente:

> Lo de escribir sobre escritores es algo más ambivalente de lo que el producto final normalmente deja entrever. Como lector y admirador, uno quiere que su héroe resulte genuinamente inspirador. Como periodista, espera encontrar locura, resentimiento, indiscreciones deplorables y una crisis nerviosa en toda regla en mitad de la entrevista. Y, como ser humano, uno anhela el nacimiento de una halagadora amistad. Todo muy bochornoso, pensaba yo mientras cruzaba el pardo río Chicago, con los ojos húmedos frente al viento mineral.

Un joven escritor, en Belfast, me preguntó cómo podía malgastar «viento mineral» en un artículo periodístico. No creo que le dijera la verdad: que era de Saul Bellow. Ahora sé cuán prepotente ha de parecer citarse a sí mismo, pero, de todas formas, el artículo proseguía con pertinencia como sigue:

> La fase actual de la literatura occidental es indiscutiblemente una fase de «autobiografía de alto nivel», intensamente autoindagadora. Empezó con la «baba» del confesionalismo [en la poesía norteamericana: Lowell y otros], pero ha logrado estabilizarse y persistir. No más historias ajenas: el autor se halla más y más comprometido con la intimidad individual. Con todo tipo de torpezas, asperezas y extraordinarias expansiones, supremamente equipado, erudito y lleno de humorismo, Bellow ha hecho que su experiencia resuene más memorablemente que la de cualquier otro escritor vivo.

Su experiencia no se nutre de divorcios y de seculares litigios político-literarios, sino de la experiencia del inmigrante y, más

generalmente, del alma permanente en su entorno moderno.

Autobiografía de alto nivel: sigo creyendo que en el desarrollo de la novela del siglo XX se ha dado una fluctuación de este tipo. Y yo estaba muy bien situado para observarlo… Uno siempre se da cuenta cuando la narrativa experimenta un cambio evolutivo: harto prolíficos —aunque no necesariamente muy literarios—, los críticos de la narrativa empiezan a quejarse de ello.[164] Hubo mucha gente que se quejó de la autobiografía de alto nivel. *Yo* me quejé de la autobiografía de alto nivel. Como crítico, rastreé a Philip Roth en sus años de Zuckerman. Roth es, por naturaleza, un extremista, y también un posmoderno. Escribir sobre escritores, escribir sobre la escritura: sus compulsivos círculos en torno a sí mismo, pensé, sofocaban su energía y su humorismo. Le faltaba algo: otra gente.[165] Aquí podríamos puntualizar también que Bellow es quizá un modernista, pero jamás un posmoderno. Su narrativa, como tal narrativa, es absolutamente seria, no es un juego. Su único *ismo* es el realismo. El Realismo Meditativo, o, quizá, el Realismo Interior.

«¿Qué podría usted revelar sobre mí», le preguntó una vez Bellow a un biógrafo potencial, «que no haya revelado ya yo sobre mí mismo?» Una de las presunciones que alienta en la Autobiografía de Alto Nivel, en mi opinión, podría formularse como sigue: en un mundo que se está volviendo más esto y más lo otro, pero sobre todo más *mediatizado*, la línea recta a la propia experiencia es lo único en lo que uno puede confiar. Así, el foco se desplaza al interior de uno mismo, con el lento zoom que el escritor siente cuando cambia de la tercera persona a la primera.[166] En 1983 estaba terminando la novela *Dinero*, narrada en primera persona por un personaje llamado John Self. Constituiría una feroz calumnia a Martin Amis (un personaje menor en la novela, por cierto) el afirmar que *Dinero* era una obra autobiográfica. Y no era, ciertamente, una autobiografía de *alto nivel*. Pero ahora veo que la historia activó mis propias preocupaciones: trata del cansancio de ser soltero; trata del miedo a que el hecho de no tener descendencia pueda condenarte al infantilismo.[167]

Supe que la Autobiografía de Alto Nivel era algo absoluta aunque transitoriamente inevitable cuando vi a mi padre bajar por el camino y alejarse de la casa, en contra de sus inclinaciones, en contra de su pasada praxis, en contra de sus principios declarados. Para mí fue como si lo hubiera visto paseándose desnudo. Saul Bellow, en gran medida en apoyo de su aislamiento espiritual, escribe de sí mismo desde la perspectiva del alma, del alma permanente. Mi padre era capaz de adoptar tal perspectiva en su poesía, pero no en su narrativa, que es decididamente social, cotidiana y sujeta a un fi nal expositivo; su mundo, según un juicio de John Updike que no logro quitarme de la cabeza, es «agobiantemente humano». *Jake's Thing* acaba con el

terriblemente elocuente repudio de las mujeres del protagonista. *Stanley and the Women*, la novela de su época tardía, post-Jane, *empieza* con algo mucho más radical: la abolición por parte del autor de su androginia artística. Lo que siguió fue un libro de una misoginia programática tal que tardó algún tiempo en encontrar editor norteamericano.[168] Jamás le había pasado antes. Como tampoco le había pasado lo siguiente: antes de acometer la escritura de *Stanley and the Women* Kingsley dejó una novela a medias. La dejó —me explicó con paciencia— porque temía la imputación de la Autobiografía de Alto Nivel: el personaje central era homo sexual.[169]

La ansiedad filial —percibo ahora— se estaba metastatizando en mi interior cuando viajé a Chicago en 1983. No estaba buscando un nuevo padre, pero me preocupaba sobremanera el que tenía. Su vida se había estabilizado bastante, al menos en sus disposiciones externas. Era el estado de su talento lo que me preocupaba. Yo siempre solía saber lo que mi padre estaba haciendo ante su máquina de escribir. Su año con la abortada *Dificultades con las chicas* — dejaba entrever— había sido como un intento de inmersión en la Cloaca Máxima, y me había brindado una visión bastante fiel de hacia dónde quería llegar con *Stanley and the Women*. En su vida pública, Kingsley siempre había demostrado ser alguien «a la contra», alguien que cortejaba la impopularidad. Ahora trataba de llevar su arte al foro. Si su alma era infeliz (y lo era), no podía ser por su culpa. El culpable era el mundo. Las culpables eran las mujeres. Era la nueva teocracia. Ya no habría más separación entre Iglesia y Estado.

Yo temía que Kingsley pudiera estar acabado. Su poesía parecía hallarse en el «punto de evaporación», y las novelas estaban empezando a sonar como una larga discusión de esas que acaban adentrándose en la noche de forma interminable.[170] Me daba la impresión de que su estrategia consistía en irse liberando de los sentimientos a medida que iba acercándose a la muerte. El valor indispensable —el amor romántico—, por tanto, habría de mostrarse como una ilusión. «“Esa melodía pegajosa”, dije, y oí una carcajada / en mitad de aquella pieza en re menor del viejo Franck.» Tales son los versos iniciales de «Una nota cromática» (escrito a principios de la década de los sesenta). Aquella melodía, prosigue el poema, no siempre le había parecido tan empalagosa. En su juventud le había sonado a una especie de «paradigma»:

> Sí, ahora lo entiendo mejor, o de forma diferente.
> No es imagen: sólo mitigación, almíbar, muleta.
> «Pegajosa» era un gruñido de desencanto.

Y eso es lo que yo me preparaba a escuchar de él en adelante. Un

largo gruñido de desencanto.

Saul Bellow tenía sesenta y ocho años en 1983. Tres matrimonios, tres hijos; y luego otro matrimonio: el cuarto. Éste también habría de acabar. Pero así es la vida. Todos tenemos *vidas*. Y a mí lo que me llamaba era la escritura. Milan Kundera ha dicho que seguimos siendo niños durante toda nuestra vida, porque una vez tras otra se nos va enfrentando a nuevos conjuntos de reglas que exigen ser descifradas. En diversos estadios de la vida uno piensa que ha conseguido «asir» razonablemente la realidad; luego, de súbito, ese conocimiento tan laboriosamente adquirido se revela de una inutilidad absoluta. En Bellow, el sentido de la visión de un niño es supremo y definidor. Pero siempre es el *mismo* niño, no una serie de «yos» improvisados u oportunos.[171] Y en sus novelas, a medida que va desarrollándose la trama, vemos a un hombre (vemos su conciencia) dirigiéndose hacia la muerte con los ojos abiertos y la cabeza alta…, Cuando yo era niño a veces oía a mi padre en mitad de la noche: sus horrorizados jadeos, cada vez más intensos en tono y fuerza… Mi madre lo traía a mi cuarto, y encendía la luz. Se acercaban hasta mi cama y se sentaban. Me pedían que les contara cosas de la jornada, del colegio, de mis juegos. Y mi padre escuchaba débil pero amorosamente, admirativamente, con la boca abierta y trémula, como si contemplara una sonrisa. A la mañana siguiente, le preguntaba a mi madre el porqué de todo aquello, y ella era muy franca al respecto: «Le calma, porque sabe que no puede estar asustado delante de ti.» «¿Asustado de qué?» «Sueña que deja su cuerpo.» Aquello me hacía sentirme importante: estaba despierto a altas horas de la noche, hablaba de lo que había hecho con el mayor de los aplomos, curaba a un hombre adulto: a mi propio padre. Aquello creó un vínculo entre nosotros. Pero siempre supe lo que le pasaba en relación con la muerte, lo personalmente que se la tomaba, lo visceralmente que la temía y odiaba.

TRASCENDIENDO LO PURAMENTE DENTAL

Alguien —Horacio Martínez, muy probablemente— me ha mandado un artículo del *Bulletin of the History of Dentistry* titulado «El *Ulises* de James Joyce y la odontología», firmado por Horacio Martínez. Sus diversos epígrafes son, por orden, «Joyce apreciaba la salud dental», «Joyce aborrecía la enfermedad dental», «Joyce abogaba por la prevención», «Joyce valoraba el tratamiento dental» y «Joyce observaba ciertos hábitos dentales». Pero siento que estoy siendo injusto con Horacio Martínez, doctor en cirugía dental. Cierto que dice cosas como «es hora ya de fomentar la lectura de Joyce entre los miembros de la profesión dental», y «hay mucho en el libro que

trasciende lo puramente dental», pero no es el estruendoso adepto del literalismo que lo que digo podría hacerle parecer. No hay duda de que la lectura de *Ulises* le ha proporcionado el adecuado tipo de deleite, y sus citas, pese a cierta cualidad tenaz que supongo le es difícil de orillar, son una delicia fiable: «… una dentadura tan espléndida que me había hecho anhelar continuamente contemplársela», «Se sacó un carrete de hilo dental del bolsillo del chaleco y cortó un trozo y se lo fue encajando hábil y sucesivamente entre los pares de dientes resonantes y sin limpiar», «Su aliento, suave como el de un ave, a través de aquellos dientes de los que tan orgulloso se sentía, sonó con lastimera congoja».[172] Bloom en la farmacia: «El olor casi te cura, como el timbre del dentista.» A lo cual el señor Martínez apostilla: «Joyce tal vez ha sido una de las muchas personas en las que el miedo vence al dolor y al convencimiento racional.» Yo no lo creo. Pero, en conjunto, aplaudo la receptividad de este maestro dentista. Y reto a Mike Szabatura y a mi cirujano maxilofacial Todd Berman a escribir con parejo sentimiento sobre la novela cardinal de nuestro siglo.

Estamos en 1994 (aunque ya no por mucho tiempo) y hemos llegado a esa fase del vuelo en la que la excitación del viaje (o traslado), de existir, se ha esfumado por completo, junto con todos nuestros demás humores internos. La bebida y la comida y la película (todas ellas muy apreciadas) son cosas del pasado, al igual que la siesta de cinco minutos; ahora estamos rellenando adustamente los formularios de aduanas e inmigración de los Estados Unidos, y —si me disculpan— he de ponerme a hurgar en el armario de encima de los asientos para encontrar mis documentos, que me permitirán dar mi número de pasaporte, datos del vuelo y fecha de expedición del visado. En mi bolsa de mano, compruebo, está la reciente carta de Janis Bellow, enviada desde las Antillas, en la que me informa alegremente de que —entre otras cosasresulta que a Saul se «le revuelve el estómago» con facilidad pasmosa ante el olor de la cocina de los vecinos, y le llevan los demonios cada vez que le llega a las pituitarias. Ahora sabemos que se trataba de una alucinación olfativa: el primer síntoma de una catástrofe fisiológica cuyas consecuencias no están aún del todo claras… Los pasajeros estamos entrando en la séptima hora de viaje: ante nosotros queda la gran tarea de la rehidratación. En turista, donde yo viajo, estamos en total comunión de alientos y de bostezos boca-a-boca y de eructos y de suspiros y de estornudos. Vengo a Nueva York para una serie de citas con Mike y con Todd, en especial con Todd, que finalmente va a operarme la mandíbula inferior. La superior va en mi bolsa de viaje. De hecho llevé la dentadura postiza puesta hasta el aeropuerto, y dentro de él hasta los lavabos de la sala de embarque, aunque sólo para evitar que

la bolsa de mano pudiera ser inspeccionada por los servicios de Seguridad. Mi boca era un sitio tan bueno como el que más para esconderla: incluso en un registro en el que se me exigiera desnudarme hubiera dado negativo. La verdad es que, sin la dentadura, tengo mucho mejor aspecto, y me siento (y como) mucho mejor. Sólo la suavidad insistente de Millie y sus instrucciones (sobre el «entrenamiento» oral) me han persuadido de que la lleve. «Tus dientes están otra vez como siempre, papá», me dijo Louis, con un amor enteramente restaurado. Pero yo pensaba: «*¿Qué* dientes?» Al parecer mi semblante es harto inexpresivo. El labio superior lo tengo decididamente flojo y caído, atrofiado por veinte años de no haber sonreído… Ante la terminal de British Airways hay una aglomeración humana sensiblera. Todo el mundo está como agrandado, engordado, ampliado por la impedimenta y los gruesos abrigos, acolchado, inflado, Kingsleysado, y ocupa montones de espacio y choca incesantemente con sus semejantes.

¿Cuándo me envió Horacio Martínez «El *Ulises* de James Joyce y la odontología»? No consigo acordarme. Pero el cándido lector se preguntará *por qué* me lo envió. Bien, Horacio es argentino, de Buenos Aires. Cuando paso a limpio este libro estamos en 1999 y he celebrado públicamente, en compañía de Ian McEwan, el centenario de Jorge Luis Borges (lo mismo que, la semana que viene, me iré a Nueva York a celebrar el centenario de Vladimir Nabokov). Horacio Martínez… ¿Estoy siendo arrastrado acaso al interior de un laberinto borgiano, a una singularidad, a una circularidad? ¿Es Martínez, de hecho, el *nom de plume* de alguno de los colaboradores o vástagos literarios de Borges (de su ingenioso compañero de trabajo Adolfo Bioy Casares, por ejemplo)? La respuesta es no. Horacio Martínez es un ser de carne y hueso, y sincero. Y yo estoy en todos los *mailings* de todos y cada uno de los dentistas de Occidente.

Llego a la casa de mi futura suegra en Greenwich Village y te llamo a casa. Luego marco el número de Saul Bellow en Boston y hablo con *su* suegra (más joven que él) Sonia. La noticia es prudentemente esperanzadora. Saul sigue en Cuidados Intensivos, pero le han reducido la medicación. Está *luchando*… Perfecto. Como le dijo su benjamín Daniel, después de que su septuagenario padre saliera despedido por encima del manillar de la bicicleta en una carretera de tierra de Vermont: «Eres un tipo duro…» Y es precisamente en lo que es bueno Saul: en la lucha, en la pelea, en el trabajo, el trabajo, el trabajo…

TODAS AQUELLAS DELICIOSAS VECES Y BROMAS

Un atardecer de verano, hacia 1975, Kingsley dijo:

—Voy a comprarme una pistola.

—¿Para qué, papá? —dijo uno u otro de sus hijos.

Y él dijo, con parsimonia, como en un poema cuyos versos acabaran fuertemente acentuados:

«Para joder
a cualquiera que se le ocurra venir
a intentar llevarse alguna de mis cosas.»

Estábamos en el jardín de doce mil metros cuadrados de la casa de Hadley Common. Quizá él bordeaba su perímetro a grandes pasos al final de la tarde. Era una de sus rutinas, un régimen físico que observó sólo durante un breve período y sólo cuando hacía buen tiempo. Muy probablemente era el primer ejercicio que hacía desde la Segunda Guerra Mundial.

—Así que vas a comprarte una pistola…

—Voy a comprarme una pistola… para matar, o por lo menos *joder*… a cualquiera que se le ocurra venir a intentar llevarse alguna de mis cosas.

Se rodeaban las tres praderas descendentes de césped, suavemente escalonadas en elevación y tamaño (en la primera y mayor se alzaba, en el extremo del fondo, un altivo cedro de Líbano). Luego se torcía hacia la izquierda, se bajaba por un estrecho sendero lleno de zarzas y se llegaba a una verja con cinco barrotes que daba a un campo de dos hectáreas, que también pertenecía a la finca pero que nosotros jamás utilizábamos (los dueños se lo ha bían alquilado gratis a dos jovencitas locales —un par de campesinas con acento rural— ligeramente lascivas —aunque no coquetas— que lo recorrían a lomos de sus respectivos caballos). Pero no estábamos ni en el campo ni en la urbe sino en Barnet, una ciudad dormitorio de los suburbios situada en un extremo de la Northern Line; más allá de los caballos, más allá del campo, con aspecto de benevolencia y de decencia y de sensatez (o, como Kingsley había escrito en *Todos queremos ser jóvenes*: «… con aire de gran gravedad por encima de las lejanas copas de los árboles, como si en un tiempo alguien importante hubiera sido decapitado ante la puerta de su iglesia o hubiera sido la sede de alguna cristalería única en su género»). Las zonas residenciales del extrarradio de la ciudad, en los años setenta, pare cían estar adoptando una expresión como crispada, y empezaban a perder su falta de timidez por los enanos de sus jardines, las fachadas a la tirolesa de sus pareados con nombres como Hizanherz o Dunroamin, y sus clubs de golf típicamente indoeuro peos… Después de admirar aquella diminuta urbe, doblábamos y subíamos por la gran avenida, pasábamos por el granero oficialmente catalogado y protegido —«lleno de cajas de cartón vacías y piezas de madera con formas específicamente pensadas

para industrias del pasado» (ibídem)—, dejábamos atrás el invernadero y entrábamos en el patio enlosado, con sus edificaciones anexas, el camino de grava, la casita del ama de llaves, y la propia casa («Lemmons»), en su mayor parte de estilo geor giano, con sus dos grandes escaleras y sus más de veinte habita ciones… El elemento más plutocrático de toda la finca era la cortadora de césped, con su doble faro y su encendedor de cigarrillos (de botón). Así, en aquellos días de conspicuas huelgas y «okupas» y movimientos estudiantiles, Kingsley sentía que tenía mucho que defender: casa, esposa y una racha de buena forma que le había permitido escribir — entre 1969 y 1974— *I Want It Now* [Lo quiero ahora], *El hombre verde, Todos queremos ser jóvenes, El asesinato de Riverside* y *Ending Up* [Acabar], amén de un respetable puñado de poemas.

¿Qué es lo que suponía para él todo aquel esplendor de alta burguesía? En los últimos tiempos de su matrimonio Jane escribió un artículo para una revista en el que decía que su marido tenía menos interés por el dinero o por cualquiera de sus elementos aledaños —«o, ciertamente, por adquisiciones de cualquier tipo»— que cualquiera de las personas que había conocido en su vida. Yo estoy de acuerdo con ella. Pero la cosa resultó algo más complicada que eso. A los lectores y críticos de sus *Memoirs* se les podrá discul par que disientan de tal veredicto sobre su carácter. En esa obra Kingsley saca del anonimato a algunos conocidos para denunciarlos por no haber compartido el pago de ciertas cuentas de restaurante y no haber pagado ciertas rondas en el pub.[173] «No puede ser sólo el dinero, ¿no es cierto?», escribió Ian Hamilton en el *London Review of Books*. No, no era el dinero; o, mejor, no era ciertamente *sólo* el dinero, sino algo que le importaba cada día más y más. Más tarde, mucho más tarde (en una de nuestras cenas últimas en Biagi’s, en —probablemente— 1994), perdí la paciencia al respecto y pasé al ataque. Llevaba dos semanas hablando de un almuerzo con uno de sus mejores y más viejos amigos, el cual, según Kingsley, experimentaba un gran deleite en el hecho de no pagar nunca. Aquella misma noche, al verlo entrar arrastrando los pies en el restaurante, me pareció que tenía un aire como desastrado y fiero. Yo había estado rumiando el asunto y en mi mente se fraguaba ya el enfrentamiento. Y finalmente dije:

—Mírate: estás hecho una puta ruina. ¿Quién ha pagado la comida?

—*Yo*.

—Y has dejado que eso te envenene todo el día… Toda la semana. En lugar de haber pasado un rato agradable con tu viejo camarada. No *vale la pena*, papá. Eres doblemente perdedor. Cuando yo salgo con Rob, lo pago todo. Me dice: «Haz como si estuvieras con una tía.» Y yo lo pago todo, y encima le doy veinte libras para que vuelva a casa en

taxi. Y me importa un pimiento.

—Sí, pero Rob *no podría* pagar aunque quisiera.

—¿Y qué? Es como cuando Hitch decía: «¿A quién le toca pagar lo que tengo que pagar?» A algunos amigos les encanta escaquearse de pagar la cuenta. Y lo que hay que hacer es permitírselo. Cualquier cosa es mejor que pasar un rato pésimo. Mírate. Dios. En cierta forma tu actitud hacia el dinero es tan enfermiza como la de tu amigo.

Con la cabeza trémula, con la voz trémula, con las uñas de ambos índices buscándose la cutícula de uno de los pulgares, con genuino desdén, dijo:

—*Eso es exactamente lo que* ESPERABA *que dijeras*.

Porque, a sus ojos, yo era joven, moderno e ignorante, y estaba mal aleccionado; porque no veneraba —o reconocía siquieralos valores en los que él había sido educado (valores que entonces, en la vejez, adquirían un mayor predicamento). Kingsley era una criatura de la ética del trabajo de la Baja Iglesia.[174] Escurrir el bulto a la hora de pagar era de gente vaga y mezquina. Más aún: al ser una suerte de sacrilegio laico, te convertía en *poco hombre*.

Aquella noche hicimos simbólicamente las paces cuando nos presentaron la cuenta. (Siempre hacíamos las paces.) Kingsley intentó pagar, aunque no le tocaba hacerlo. Mi tarjeta de crédito — firme pero suavemente— prevaleció sobre la suya.

Hoy tengo la impresión de que mi padre fue muy afortunado al sobrevivir a aquel almuerzo con su amigo. En la escena culminante de *Los viejos demonios*, el protagonista, Alun Weaver, está pasando la tarde con un grupo de gente en casa de su amigo Garth Pumphrey. Se sirven las primeras copas, y el anfitrión saca una calculadora de bolsillo. Alun alza la voz sarcásticamente:

> —No te olvides de sumar lo de esta primera ronda.
>
> Al oírle, Garth aparta la calculadora hacia un lado, aunque no muy lejos, y dice en tono compungido:
>
> —Considero que lo que has dicho es algo por completo fuera de lugar, Alun. Cuando no absolutamente gratuito. Esas copas no eran una *ronda* en ningún sentido del término. Eran la hospitalidad que libremente os brindo. Pero por Dios, amigo mío…, ¿es que me tomas por una especie de Scrooge?
>
> Alun, acto seguido, se ahoga con el primer trago largo de whisky con agua. Tosiendo con marcada violencia deja con mano temblorosa el vaso sobre el aparador, da un par de pasos y se desploma con gran parte del torso sobre uno de los sofás y las piernas extendidas sobre la delgada alfombra. E incluso a él se le antoja una imitación inusitadamente convincente de alguien que se viene abajo víctima de la furia o el asco.

Alun respira honda y ruidosamente por la boca, en el equivalente gutural de un ronquido. Sus ojos están abiertos como platos, y todo parece indicar que enfocados, aunque no en Charlie ni en Peter, ni en Garth cuando también él se inclina sobre su amigo caído. Y, en voz baja y con absoluto laconismo, pronuncia un par de palabras sin sentido, y mueve la boca. Luego sus párpados se cierran, y se queda por completo inmóvil.

Durante muchos años pensé que Kingsley deshonraba a Jane —y se deshonraba a sí mismo— cuando empezó a poner en cuestión la fuerza de sus sentimientos hacia ella. Trataba de reescribir el pasado, de negar su anterior ser, de dejar de haber amado. Y uno no puede hacer eso (o eso creía yo, al menos). Sus primeras cartas a Jane —que ahora he podido leer— son, en dos sentidos como mínimo, envidiablemente elocuentes sobre la fuerza de su inicial pasión.[175] Fue como esa clase de rayos que llenan el mundo de un súbito color. La evocación de la fisiología del amor, en *La liga anti-muerte* (1966) y *I Want It Now* (1969), hizo que al menos uno de sus lectores murmurara, con humildad y respeto: «Dios, papá está loco por ella...»[176] Y durante mucho tiempo la familia vivió la confianza y el humorístico liberalismo que se respira en torno a un matrimonio en pleno dinamismo. En Maida Vale solíamos desayunar todos juntos en el dormitorio principal (donde, además, se podía fumar). A veces mi hermano o yo entrábamos demasiado pronto. Philip sabía imitar magistralmente a nuestro padre sorprendido en el acto del amor: los labios «almenados» en intensa concentración, por supuesto, pero la voz perfectamente calma: «Espera un momentito, ¿vale, chaval?»

Una vez escribí —y aún lo creo— que el amor tiene dos opuestos. Uno es el odio. El otro, la muerte. La idea tal vez la sembró en mí *La liga anti-muerte*, que agresivamente se enfrenta al hecho de que el amor te *realerta* ante la muerte, y ante todo sufrimiento, y ante toda injusticia mortal. Se trata de un libro desigual (demasiada trama, demasiado diálogo, demasiado protocolo). Pero, a mi juicio, logra un verdadero golpe maestro al hacer que toda la novela *dependa* de un poema. Tal poema es enviado anónima y subversivamente a un capellán militar, el mayor Ayscue, que ejerce su ministerio en una base secreta dedicada al despliegue de armas biológicas. Se titula «To a Baby Born Without Limbs» [A un bebé nacido sin miembros], y quien habla es Dios:

Esto es para que te enteres de quién manda aquí.
Te hará poner los pies en el suelo, por así decir.
Te hará ponerte manos a la obra, por así decir.

Hará que no te cruces de brazos, por así decir.
Puedes afrontarlo como un hombre,
o ponerte a gimotear como un bebé.
Es cosa tuya. Nada tiene que ver conmigo.
Si te lo tomas con el debido talante,
tu vida podrá ser maravillosa,
con las recompensas que trae consigo el coraje,
y la belleza de aceptar LO QUE TE HA TOCADO.
Y piensa en el bien que puede hacer a tu mamá y tu papá,
y a tus abuelitas y abuelitos y a toda esa panda de pesados,
el que les hagas dejar de ser complacientes contigo.
Pero asegúrate de que te bautizan,
por si acaso a algún bastardo asesino
se le ocurre liquidarte en un santiamén,
lo cual te enviaría directamente al LIMB-O,[177] ja, ja, ja.
Pero deja que te diga algo al oído, si es que tienes alguna oreja:
asegúrate de tomarte ESTO con talante animoso,
y de tratarME siempre con el debido respeto,
porque DE LO CONTRARIO,
tengo otro montón de cosas en la manga,
como la leucemia y la polio
(que, por cierto, te pueden llegar en cualquier momento
sea cual sea el talante con que te lo tomes).
Te he dado un «toque de amor», ¿no?
Y seguro que no quieres otro.
Así que mucho ojo, muchacho.

Las deliberadas incorrecciones[178] son en la novela una suerte de cortina de humo (el autor del poema quiere ocultar su identidad a su destinatario el capellán), pero creo que también son inherentes al estilo del monólogo dramático del poema, y contribuyen a hacer de él una de las mejores piezas poéticas de Kingsley. Oímos aquí la voz del mal omnipotente, y la voz de la atrocidad, con su brutal escarnio y sus chillones juegos de palabras. Vemos aquí a ese «bastardo asesino» que no sabe ortografía, que no sabe de sintaxis, que ni siquiera sabe *escribir*…[179] Quizá lo más revelador que mi padre dijo jamás lo hizo en respuesta a la pregunta de Evgueni Yevtushenko (King’s College Chapel, Cambridge, 1962):

—¿Es usted ateo?

Mi padre respondió:

—Bueno, sí, pero más que nada es que le odio.[180]

Kingsley nunca pudo compartir la aspiración de Saul Bellow de entablar unas «sobrias, decorosas relaciones con la muerte» (al ser la muerte «el soporte oscuro que necesita un espejo para que veamos algo»). No era sólo que la temiese; la odiaba, porque era lo opuesto y lo enemigo del amor.

La muerte visitó a nuestra familia no mucho después de mudarnos a la casa de Hadley Common. La madre de Jane, Kit, que llevaba viviendo con nosotros unos cuantos años, murió de un ataque al corazón en su dormitorio de la planta baja, donde para entonces se hallaba ya recluida casi totalmente. Aquella noche, como respondiendo a una especie de reto (queríamos experimentarlo, porque era nuevo para nosotros), mi amiga Tamasin y yo entramos a hurtadillas en el cuarto para ver el cuerpo. Yo nunca había profesado especial afecto a la vieja Kit. Y tampoco —estoy seguro— Kingsley. Solía revolverse y gruñir y maldecir para darse fuerzas y poder cumplir así con las visitas diarias a su lecho (lo que él llamaba «hacer lo de Kit»), pero nunca dejó de hacerlas. Yo la consideraba una esnob y una cascarrabias, y pensaba que había sido una madre dura, sobre todo con mi tío político Colin —persona cariñosa donde las haya—. Kit me recordaba a Mademoiselle O. (aunque éste se tratara de un caso extremo), la institutriz de *Habla, memoria*, a quien Nabokov le dice adiós del modo siguiente:

> Se había pasado la vida sintiéndose desdichada; la desdicha era su elemento natural; y las fluctuaciones, las diversas honduras de ésta no hacían sino darle la impresión de moverse y de vivir. Lo que me preocupa es que una sensación de desdicha, sin más, no basta para hacer a un alma permanente. Mi enorme y taciturna Mademoiselle O. vive perfectamente en la tierra pero es impensable en la eternidad.

Kit, supongo, había vivido perfectamente en la tierra. Y su alma permanente, de existir, en aquel momento —cuando la mirábamos— se hallaba ciertamente ausente. Parecía un ser completamente vaciado… La muerte es un símbolo complejo, y compleja fue nuestra reacción ante ella. Tamasin y yo reímos —ya abiertamente, ya con risitas tontas— y nos tendimos el uno hacia el otro las manos trémulas. Y entonces sentí como una sentencia sobre nuestras cabezas. Y tal sentencia llegó: poco después, el padre de Tamasin, el entonces Poeta Laureado[181] Cecil Day Lewis, moriría en aquella misma habitación, en aquella misma cama.

Aquel dormitorio lo sabía todo de la muerte, y estaba perfectamente equipado para ella (recuerdo lo recargado e inquietante de los embellecedores del cuarto de baño contiguo). Fuera estaba el

patio y el jardín, pero aquel dormitorio lo sabía todo acerca de la muerte. Cecil Day Lewis y su mujer, Jill Balcon, recalaron en aquella casa como quienes recalan en una residencia para enfermos terminales: el desenlace no pudo, pues, ser otro. En abril de 1972 Kingsley le escribió a Larkin:[182] «El pobre Cecil D. L. está muy enfermo; se está muriendo, de hecho, y se va a quedar con nosotros hasta que le llegue la hora. Está muy débil, pero totalmente sereno y alegre (Dios…). Nadie puede asegurarlo, por supuesto, pero podría durar entre una semana y un mes…» Duró un mes. «Quiero morir bien», dice un personaje de *Nuns and Soldiers* [Monjas y soldados], de Iris Murdoch, «pero eso ¿cómo se hace?» *En contra de* Dylan Thomas, se hace yéndose con suavidad. Y Cecil se fue suavemente. Como admirador (y, en un momento dado, imitador) de sus primeros y más románticos poemas («Breve, breve es el tiempo»), y, más recientemente, de su ocurrente y coloquial traducción en verso de *La Eneida*, y en mi calidad de conocido amante de su hija, orillé al agonizante Day Lewis. Pero su ecuanimidad, su quietud, me hizo sentirme más próximo. Fue una extraordinaria muestra de entereza. Nos enseñó cómo puede uno mantenerse dueño de sí mismo hasta el final; cómo seguir teniendo un alma permanente. Vino Tamasin. Vino Daniel. Y se consumó el fallecimiento. He aquí los últimos versos de su último poema «En Lemmons»:

> una flor
> de magnolia entonando sus réquiems,
> un clima de aceptación. Muy bien.
> Acepto mi debilidad mientras el buen natural de mis amigos
> endulza cada día mi cuarto enfermo.

En el mismo poema, versos atrás, Day Lewis escribe de «la calma que una casa amada brinda». Que su muerte fuera una buena muerte es un homenaje a él mismo y a Jill, y a Tamasin y a Daniel.[183] Y el hecho de que pudiéramos vivirla y asimilarla tan sin fricciones me dice, más claramente que ninguna otra cosa, que aquella era una casa llena de amor.

Mi padre, pues, tenía en aquellos días mucho que defender. Se mostraba indiferente a su entorno, indiferente a eventuales adquisiciones materiales, pero la gran finca, como digo, era quizá la final réplica a su padre en la eterna discusión que ambos mantuvieron de por vida. Porque para Kingsley, y para todos los escritores que he conocido, la prosperidad da fe de la salud del talento, y de la cantidad de lectores. Y de nada más. La prosperidad no había sido buscada; podían haberse pasado sin ella.[184] Si la memoria no me falla (Kingsley habría considerado esta expresión un acartonado norteamericanismo

—el condicional contenido en tal expresión ha sido uno de mis principios al escribir este libro—, así que nuestra discusión, de un modo u otro, continúa), mi padre sólo se mostró dominante o altanero en una ocasión, y el resultado fue (para él) desastroso. Es difícil describir cómo se recibe una tarta de merengue en la cara en la vida real (y puede hacer reír o no), pero trataré de preservar lo refinado del momento… En un ruidoso almuerzo en la cocina en el que quizá participábamos una docena de personas, a Kingsley le estaba resultando inusitadamente difícil hacerse oír. Yo lo observaba levantar la cabeza una y otra vez como en demanda de algo, para al cabo de unos segundos bajarla con gesto teatral. Siguió así tal vez durante un minuto y medio. Hasta que al fin impuso un silencio total en la cocina dando un ruidoso golpe contra la mesa con su lata de cerveza, aún cerrada. Los cubiertos saltaron del mantel. Con gesto frío, adusto, orgulloso fue examinando uno por uno a los presentes y, antes de tomar finalmente la palabra, procedió a abrir la lengüeta de la tapa de su Heineken. Y un torrencial chorro de cerveza le alcanzó en plena cara. Se produjo, al instante, otra erupción torrencial (esta vez de risa, y producida por la concurrencia). Pensé: puede reaccionar de dos maneras. Y reaccionó viendo el lado chistoso del asunto. No había otro. Antes había actuado en contra de su naturaleza: por primera vez en su vida había carecido de sentido del humor, y el humor le había aplicado de inmediato un correctivo… Al responder a un reciente cuestionario, lady Violet Powell[1] dijo que había sido un placer recordar aquellos años y «todas aquellas veces y bromas». Sí, exactamente, Violet: todas aquellas veces y bromas. Y Kingsley en el centro de todas ellas, como un motor.

—Así que ¿cómo dices, papá? ¿Que vas a…?

—… a comprarme una pistola… grande.

—Oh, una pistola *grande*…

—Me voy a comprar una pistola grande… para matar, mutilar o, como mínimo, *joder*… a cualquiera que se le ocurra venir a intentar… quitarme alguna de mis cosas.

Por supuesto, jamás compró pistola alguna. Y la gran casa acabó por desaparecer, lo mismo que el amor.

CARTA DESDE LA FACULTAD

Exeter College
Oxford
[1970 (¿Semana Santa?)]

Queridísimos papá y Jane:

Gracias por invitarnos a comer tan de puta madre, papá (también de parte de Ros).[185]

¿Has visto que he ganado dos libras en el certamen del *New Statesman*?[186] La mejor experiencia de mi vida.

Estoy poniéndome bastante paranoico con mis *prelims*.[187] No vamos a terminar el curso hasta aproximadamente una semana antes de los exámenes (o sea, la semana que viene), y para entonces habré de estar versado en dos obras de Virgilio, en montones de textos ingleses antiguos, en montones de gramática inglesa antigua, en todo Milton, del que sólo hemos dado seis meses, a diferencia de toda la demás gente de Oxford, que lo ha estudiado dos semestres. Es otra vez como Brighton, sólo que sin ningún pequeño duende que me diga continuamente lo que tengo que hacer.

Mi único amigo (Rob) vino a verme la semana pasada. Su llegada al apartamento de Ros fue precedida por media hora de llamadas telefónicas cada vez más aterrorizadas, pero por fin llegó sin novedad. El aumento de sueldo que llevaba tanto tiempo esperando resultó ser de cinco chelines a la semana, así que se va de Biographic a empezar de nuevo en cualquier otro sitio, desde abajo. Todo muy deprimente.[188]

¿Cómo va tu novela, Jane? Sé a qué te refieres cuando hablas de distracciones. Yo, de hecho, suelo sorprenderme preguntándome si realmente tengo *tiempo* para hacerme un café por la mañana. Cuando acabe el trimestre (el día 15, por si no lo sabéis) voy a sentirme *de puta madre*.

Amo a Col y a Sarg, pero no a Rosy, que ya puede irse preparando para seis meses de trato desconsiderado por no reconocerme (también voy a hacer todo lo posible para que se la folle un chucho cualquiera). Os veo dentro de tres semanas.

Montones de amor

Mart.

Posdata: he aquí algunos gastos:

Café, etc.: 15 chelines
Tintorería: 1 libra 15 chelines 0 peniques
Papel y demás: 8 chelines
Comidas (fines de semana hasta el final del trimestre): 2 libras
Propina para el criado: 1 10[189]
El dinero que os negasteis a mandarme el trimestre anterior:
+ 3 libras 18 chelines
El dinero que le debo a papá de aquel día que pasé con vosotros:
— 1 libra

Total: 8 libras 6 chelines 0 peniques

EXISTIR SIGUE SIENDO EL TRABAJO

1995 no se anduvo con ceremonias. Se anunció el día 1 de enero con el suicidio en la cárcel de Frederick West (que al morir se traslada, por así decir, de las notas a pie de página al cuerpo del texto). El acto había sido largamente premeditado. Se ofreció voluntario para el taller de zurcidos de camisería de la cárcel de Winson Green, Birmingham. Ello le facilitó el acceso a las cintas de algodón, que luego alargaría cosiéndoles a los extremos los dobladillos de la ropa de cama. Esperó a la reducida vigilancia de aquella fiesta señalada. Por la mañana jugó al billar, hizo ejercicio en el patio y recogió el almuerzo de sopa y chuletas. En su celda había una silla, pero fue el cesto de la ropa sucia lo que apartaría de una patada bajo su peso. La ruidosa caída de una silla habría podido atraer a la carrera a los carceleros. El cesto de la ropa sucia caería, a lo sumo, con un crujido suave.

Se especuló mucho en su día sobre el «motivo» de West para suicidarse. ¿Se sentía incapaz de afrontar el juicio que le esperaba? ¿Se desesperó cuando Rosemary lo rechazó después de su detención? Cierto escritor ha sugerido que West, al quitarse la vida, llevaba a cabo quizá su último «asesinato lujurioso», la apoteosis de su adicción a la muerte. Pero las circunstancias y detalles concretos de su suicidio parecen apuntar más a una partida timorata. Dos de sus hijos, Stephen y Mae, aventuran un motivo mucho más simple y creíble. Mae: «Siempre supe que se mataría en la cárcel. Estaba aterrorizado, y constantemente miraba hacia atrás por si alguien intentaba agredirle.» Stephen: «Papá me dijo que si no lo hacía él, lo haría cualquier preso… Y al decírmelo lloraba como un niño, a lágrima viva… [Su suicidio] fue un acto muy egoísta.»[190] Pienso que tales testimonios refuerzan la idea —a mí se me hace necesario creerlo así, en cualquier caso— de que Frederick West era particularmente proclive al miedo. Se arrastró hasta su propia muerte. Abandonó la existencia arrastrándose.

Cuando me enteré de su suicidio sentí cierta conmoción y cierta reflexiva lástima (porque el suicidio te envía un mensaje desde el más hondo desmoronamiento humano), pero no me sorprendió. Ni lo más mínimo. El suicidio y Frederick West eran enteramente congruentes.

¿Por qué se mató? Sería mucho más difícil encontrar una razón para que siguiera vivo. Y pensé también algo como lo siguiente: Al diablo con su cara suplicante. Que sea borrada por completo del planeta.

Por otra parte, la verdad había recibido un duro varapalo. Eso quedó claro de inmediato, y yo podía sentir íntimamente tal agravio. Durante toda su vida, West había sido un coloso de la mendacidad, el enemigo de la verdad, lo opuesto a la verdad por antonomasia.[191] Y seguía difamando a mi prima desde la tumba. El suicidio constituyó su evasión final. Su hermano John West se llevó asimismo su parte de la verdad consigo cuando —también él— se quitó la vida en noviembre de 1996.[192] Se mató de la misma forma que su hermano, e incluso utilizó el mismo nudo para el dogal (lo aprendieron quizá de sus padres en Much Marcle, el pueblo de Herefordshire donde habían crecido). Sus padres, Walter y Daisy, les enseñaron también la brutalidad física y sexual, tal como ellos a su vez la habían aprendido de sus padres.

Tengo ante mí un reciente recorte de prensa que comienza: «La madre de [una chica desaparecida de veintidós años] dijo anoche: "No puedo cerrar los ojos por miedo a lo que pueda ver."» Sus palabras poseen una elocuencia esencial. Al principio —cuando lo leemos en las reseñas y relatos al respecto— el hecho de que los familiares de las víctimas asesinadas *quieran* saber cómo murieron éstas se nos antoja contrario a toda lógica. Pero la razón es meridiana. Quieren retardar o minimizar el enjambre de horrores que se les ofrece a la imaginación. Luego, al menos, cuando cierres los ojos sabrás lo que vas a ver. Quien a continuación habla es Pnin (y Nabokov —no debemos olvidarlo— perdió a su hermano Serguéi en el Holocausto; su crimen: la homosexualidad):

> Y dado que el exacto modo de su muerte no había sido registrado, Mira siguió muriendo un gran número de veces en mi mente, y experimentando el mismo número de resurrecciones, para morir de nuevo una y otra y otra vez, conducida por una enfermera a algún lugar donde se le inoculaba inmundicia o bacilos del tétano o vidrio roto, se le gaseaba con ácido prúsico en una parodia de ducha colectiva, se le quemaba viva en una fosa, sobre una pila de leña de haya rociada de gasolina…

El 1 de enero de 1995 podía sentir que mis preguntas, mis ojos, mi artillería apuntaban ya hacia Rosemary: su juicio —que duraría una semana— se había fijado para el 6 de febrero.

Afirmar que aquel sonado suicidio «hizo volver a vivirlo todo» a las

familias afectadas es inexacto e inadecuado, porque tales cosas no les abandonarán jamás. Con tales cosas, diría Kingsley, lo único que se puede hacer es tratar de coexistir con ellas, porque están siempre *ahí*… Pero ahora nos embarcábamos en un nuevo ciclo de meditación afligida y sin rumbo (en una más quieta versión de las maldiciones y sollozos de David: imprecación y lloro y rememoración de los seres perdidos). Puede que, al comenzar el año, yo me encontrara con el ánimo muy bajo. Sí, sin duda mi estado anímico no era bueno. (De mi cuaderno de notas: «Si tener ganas de llorar es estar bajo de forma, entonces estoy bajo de forma.») Soy de lágrima fácil, y raras veces, por ejemplo, logro salir del cine sin haber derramado alguna, probablemente sacudido por el más mecánico, ampuloso o incluso brutalmente sentimental patetismo (algo en el exterior del rostro humano, tan vasto y tangible, con sus ojos y sus labios: todo es demasiado evidente para mí, demasiado inmediato). Pero aquellas lacrimosas, aquellas desconsoladas Navidades fueron para mí una convulsión formativa, algo nuevo para mi experiencia. Y llegó 1995.

Me hallaba estructuralmente debilitado —en orden ascendente de gravedad— por varias rupturas (algunas de ellas a un tiempo profesionales y personales, y todas ellas públicas), por los atroces tormentos en el sillón del dentista (con sus lecciones prolijas, sus disertaciones sobre el comienzo de una nueva etapa) y por las despedidas y separaciones de mi mujer y mis hijos a lo largo del verano y el otoño. La trama es nítida: rupturas, tormentos dentales, separaciones… Todo ello unido a la gran carga de profundidad de mi prima Lucy, con su bello apellido hoy lleno de pesadumbre.[193] Además, amén de todo ello, mi amigo, mentor y héroe Saul Bellow estaba en una máquina de ventilación mecánica de una unidad de Cuidados Intensivos, con ambos pulmones inutilizados. El origen de aquel ataque masivo contra su sistema nervioso seguía sin estar del todo claro. En las Antillas, sus alucinaciones olfativas habían dado paso a los síntomas del dengue. Su mujer Janis casi tuvo que secuestrar un avión para llevarle de San Martín a Puerto Rico, y luego a Boston. En el hospital, Bellow tuvo un fallo cardiaco, y se le declaró una neumonía doble. Una noche se bajó de la cama y sufrió una caída. Su espalda estaba tan inflamada que — en palabras del médico que le atendía— parecía un bosque incendiado visto desde el aire. Y Saul tenía casi ochenta años.

Luego estaba Bruno: Bruno Fonseca (1958-1994). Y por último aquel instante en Nueva York en el que convergieron todas las congojas… Al final de la cena (era, quizá, Nochebuena), tu madre nos fue pasando una serie de dibujos que había hecho de su hijo Bruno agonizante. Dibujos de Bruno dormido, mirando fijamente, esperando… Parecían autorretratos de algún Goya redivivo. Y —

conmovedoramente—, detrás de todos los dibujos, había una fotografía de Bruno a la edad de doce años: pecho y brazos suaves y desnudos; hombro caído y mohín inocuamente inquisitivos. El delgado fajo de dibujos llegó a manos de tu padre, del padre de Bruno. Durante todo aquel año la serenidad de Gonzalo había sido extraordinaria. Jamás lo vi perder la compostura o llorar por mucho que la desolación lo golpeara una vez tras otra. Cogió los dibujos. Era escultor, y hundió su peso en la tierra cual una de sus viejas esculturas de piedra sobre la ladera de una colina. Le estoy viendo pasar las estampas a un ritmo cadencioso. Sonreía levemente en lo que tomé por reconocimiento de la calidad de la técnica de su ex esposa (una técnica mantenida pese a la intensa emoción). Al final, con una honda espiración, llegó a la fotografía. Y de súbito, involuntaria, bruscamente, *aspiró* el aire a través de los dientes inferiores. Fue el sonido que uno emite cuando un mar invernal le golpea en el pecho, o el del propio mar cuando una ola comienza a acumularse de nuevo sobre los guijarros y la arena. Se recuperó al instante. Y eso fue todo. Más tarde comprobé que el revivir aquel momento producía en mí una conmoción intensa. Establecía un nexo catastrófico, porque abarcaba a mis propios hijos (de miembros y facciones tan semejantes a los del chico de la fotografía), y la cuestión del amor paterno frustrado, y todas las discontinuidades y desapariciones de 1994.

NADA CURA ESO

El destino, disfrazado de Michael Ignatieff,[194] quiso que Bellow y yo volviéramos a encontrarnos en 1985 en Londres, donde los tres hicimos un programa nocturno de debate en televisión. Saul y yo compartimos un par de taxis. Y hubo una cena, a la que asistió también mi primera mujer, Antonia Phillips. Saul parecía viajar solo. Ahora sé que su matrimonio con la persona a quien había dedicado *El hombre que hablaba demasiado* (1984), su cuarta esposa, estaba a punto de terminar o había terminado. Pero yo sentía poca curiosidad por su vida personal. Quiero decir que mis sentimientos hacia él siempre han estado basados en la admiración literaria (y conformados y constantemente renovados por ella). Tal admiración raras veces llega a ser más apasionada que cuando en sus páginas «lee» un rostro humano, una presencia humana. Y estas lecturas no son meras impresiones; son visionarias y bíblicas. Así, en aquella ocasión, vi que su mirada estaba *evaluando*. Me sentí examinado por ella. Era capaz de mirarme la cara y decir exactamente la magnitud de los conflictos que me aguardaban.[195]

A principios de 1987 me pidieron que interviniera en la conferencia que iba a dedicarse a Saul Bellow en Haifa, organizada

por el famoso novelista israelí A. B. («Matón») Yehoshua.[196] Mi disertación iba a versar sobre su novela (de inminente aparición) *Son más los que mueren de desamor*. Volé a Israel con mi mujer y llegamos muy tarde al Hotel Haifa, donde hacía horas que habían cerrado las cocinas. Creo que conseguimos que nos dieran una manzana y un tomate. A la mañana siguiente, muy temprano, oímos el estridente timbre del teléfono: fui informado de que «el minibús de la conferencia» estaba esperando en el patio delantero con el motor en marcha. Sin comer y a medio vestir llegué a un edificio de la universidad que parecía un refugio antiaéreo de mucho pisos, y escuché a una serie de académicos y eruditos norteamericanos disertar sobre temas como «La caja registradora enjaulada: tensiones entre el existencialismo y el materialismo en *Hombre en suspenso*», etc… Saul estaba presente. Se le oyó decir que si tenía que escuchar muchas más cosas por el estilo se iba a morir, pero no de desamor sino de inanición.[197] A partir de entonces, Saul Bellow no fue visto muy a menudo en la sede de la conferencia. (Tampoco yo.) Pero habría de asistir fielmente el último día, cuando yo di mi disertación y los novelistas Alan Lelchuck y Amos Oz las suyas.

Después de felicitarme por el esplendor del tiempo, y por el esplendor de la novela que glosaba, continué:

> Y además se da una circunstancia que me produce una extrema complacencia: Bellow ha estado leyendo a Philip Larkin. Ahora bien, el narrador de *Son más los que mueren de desamor* creció en París bajo los auspicios de pensadores de talla como Boris Souvarine y Alexandre Kojève, que hablaban de geopolítica y de Hegel y del Hombre del Final de la Historia y escribían libros con títulos como *Existenzia* (repárese en la fuerza de la *z*, en lugar de la más modesta *c*). Yo crecí en Swansea, Gales, y Philip Larkin solía venir a vernos con frecuencia. Él hablaba del psicodrama de la calvicie prematura. Bellow cita a Larkin: «En cada uno de nosotros duerme un sentido de la vida en consonancia con el amor.» Larkin «dice también que la gente sueña “con todo lo que podría haber hecho si hubiera sido amada. Nada cura eso”». Y la nada —es decir, la muerte— lo curó. El amor —para Larkin— no era una posibilidad. Porque para él la muerte excedía al amor y lo volvía irrisorio. Larkin murió en 1985: a una edad mucho más temprana, por cierto, que la que tiene hoy Saul Bellow. Para él, la muerte desplazaba al amor. Para Bellow parece ser todo lo contrario: son más los que mueren de desamor, dice el título de su última novela. Bien, Larkin nunca padeció de desamor, no en ese sentido. Acaso una de las tantas, tantas cosas que esta

nueva novela nos dice es que uno *necesita* el desamor para seguir siendo humano… El tipo de desamor apropiado, por supuesto. Aunque, lo necesites o no, vas a tenerlo de todas formas.

Me sorprende sobremanera ver cómo la vida se comporta con tal obediencia temática. Hoy (13-7-99) he dado con el siguiente pasaje de *El cierre de la mente moderna* (1987), de Allan Bloom: «Muy pocos hombres son capaces de aceptar su propia extinción… La tarea más difícil de todas es afrontar la falta de respaldo cósmico para las cosas que nos importan. Sócrates, por tanto, define la tarea de filosofar como "aprender a morir".» Lo cual me hace pensar en la observación de Bellow: «La muerte es el soporte oscuro que necesita un espejo para que veamos algo.» Y ello, a su vez, me hace volver a Larkin y a su verso: «La costosa aversión de los ojos por la muerte.» Sí, una aversión costosa: prohibitiva, excesiva, ruinosa, caramente comprada. Y ahí lo tenemos, el 21 de noviembre de 1985, a punto de salir para el hospital, metiendo en la bolsa el pijama y las cosas de afeitar, y haciendo acopio de la destreza, el humor y la generosidad necesarias para escribir una última carta: a mi padre. Sus últimas palabras, dirigidas a la enfermera que le cogía de la mano en su lecho de muerte, fueron: «Voy a lo inevitable.» Sus últimas palabras, a la última mujer, en el último cuarto.

La conferencia acabó y nos fuimos todos hacia el sur, a Jerusalén, donde —si no me engaño— Saul y yo nos hicimos amigos.

—¿Es Saul Bellow, en algún sentido, su padre literario?

Era una pregunta habitual (y en absoluto poco grata) en las entrevistas, una vez se hubo conocido la estrecha relación existente entre ambos. Yo normalmente respondía:

—Yo ya tengo un padre literario.

Y, en 1987, todavía era verdad.

TORMENTOSO

Cuando acabó el año 1994 mi vida se hizo tormentosa. *Lurid*. Según la entrada —todo un poema épico condensado— de Fowler en el COD, significa:

> **1**. *Ghastly, wan, glaring, unnatural, stormy, terrible* [horroroso, pálido, cegador, antinatural, tormentoso, terrible] en color o combinación de colores o luces (de tez, paisaje, cielo, relámpago, nubarrón, llama humeante, mirada, etc.); ***cast a lurid light on***: explicar o revelar (hechos o carácter) de un modo trágico o terrible. **2**. *Sensational, horrifying* [sensacional,

horripilante] (detalles *lurid); showy, gaudy* [llamativo, chillón] (libros de bolsillo con cubiertas *lurid*). **3**. (Botánica, etc.) de un castaño amarillento deslucido.

En *The King's English: A Guide to Modern Usage,*[198] mi padre tiene que decir lo siguiente en la entrada correspondiente a «*single-handedly*» [sin ayuda, en solitario…]:

> Algunas crasas incorrecciones son presentadas en aras de la corrección a ultranza… Quienes gustan de hacer las palabras más largas y polisílabas no han reparado (o les tiene sin cuidado) en que *singlehanded* [sin ayuda (de nadie)] es ya un adverbio… La reciente moda del adverbio *overly* [en exceso], uno de los más feos intrusos de este tramo del siglo, es una extensión igualmente innecesaria de lo que es ya un adverbio saludable e incuestionable.
>
> Hay montones de otros adverbios vulnerables al analfabetismo creativo por no acabar en «ly». *Regardless* [con independencia de, etc.] se halla a la cabeza de ellos: poseedor de tres sílabas y quizá pendiente de rehabilitación tras haber sido reducido a *irregardless* por un analfabetismo diferente. Pero no hay palabra de este tipo —ningún adverbio no acabado en «ly»— a salvo de esta amenaza. ¿Para cuándo *quitely [quite*: completamente, bastante]? ¿Y *altogetherly [altogether*: totalmente, del todo]? ¿Qué nos espera *nextly [next*: luego, la próxima vez]?

Esto es lo que nos espera *nextly*: ayer (30-4-99) oí al portavoz de la OTAN, Jamie Shay, utilizar la frase «… sé completamente bien…». Lo primero que se me ocurrió fue llamar a mi padre, pero, claro, ya no había ningún padre a quien llamar. Kingsley continúa (y a un tiempo echa una mirada surrealista a mis tormentosas actividades de este período de mi vida):

> A una actriz galardonada se le oyó recientemente… dar las gracias a todos los que habían contribuido a su triunfo, y «*lastly but not leastly*» [lo correcto: «*last but not least*»: «en último lugar, aunque no por ello menos importante»] a cierta persona fácilmente omisible. Y un dentista de Nueva York le dice a su paciente «*open widely*» [lo correcto: «*open wide*»: «abra todo lo que pueda»] cuando quiere ser fino, y «*open big*» [literalmente, «abra grande(mente)»] cuando tiene mucha prisa.

El dentista era Todd J. Berman y la actriz Jessica Lange. Tras haberme visto sometido a un casi total *desdentamiento* por Todd en

Nueva York, volé a Los Ángeles y me vi «tormentosamente» mezclado con Jessica, con Sharon Stone, con Sofia Loren, con Tom Hanks, con Quentin Tarantino, con John Travolta. Con John tuve un par de cenas en la intimidad de su casa alquilada de Beverly Hills, al norte de Sunset, y luego una comida de despedida en su roulotte del rodaje de *Cómo conquistar Hollywood*.

Del cuaderno de notas: «15 de diciembre: conducido allí con ternura por Subhindra Singh (oh, *ahora* sentían mucho aquello de Nueva York…), llego al 307 Este de la calle Cuarenta y nueve bajo los efectos de una dosis casi fatal de Valium. Dick[199] consigue un fármaco mejor de su dentista: "Te hace sentirte como si te importara una mierda lo que puedan hacerte." Y el Valium, en mi opinión, no es ni la mitad de bueno que eso. *"Open widely…"*

»1) Explicación. 2) Inyecciones (¿una docena?). 3) Extracciones derechas; extracciones izquierdas acompañadas de una distopía de raspados y triturados —y de puntadas con un hilo muy parecido a un hilo dental ensangrentado. 4) Examen de pantalla con ilu minación de fondo: el puente que conecta los caninos inferiores, con un incisivo superviviente —una pequeña y patética boya en un piélago enfermo —. Luego la extirpación del "gran quiste". "¿Quiere verlo?" Emito un ruido que quiere decir "sí". Me recuerda a una clase de biología en Swansea: un trozo de gusano diseccionado, abierto. 5) La incesante pericia del cosido de remate. Dos tandas de rayos X.

»Una hora sentado en la sala de "recuperación", a la espera de que la sangre coagule. Recetas para penicilina y Valium. Y para Toradol y Percadan (Don DeLillo dice que los nombres de los productos farmacéuticos suenan como a dioses de ciencia ficción). "Tendrá que ser un cascarrabias durante un tiempo", me dice Todd. No debo estirar la boca. No debo sonreír. Dispongo de mi acostumbrado centenar de dólares de analgésicos.

»Esa semana duermo sólo un día. Utilizo mucho la bolsa de hielo. Ni rastro de la esperada decoloración. Tengo la mandíbula toda rígida y sensible. En reposo, no siento tanto el dolor como presencia, como cuña: el injerto de hueso —de vaca, sometido a la prueba del sida—. El virus. Bruno.[200]

»Me pregunto qué es de *mi* hueso; el olor y la espuma de mi hueso ardiente; el irrigador, el aspirador y dos pares de manos dentro de mi boca, todo al mismo tiempo, y el torno, y por supuesto el segundo torno, capaz de hacer que la visión se te estremezca.

»"Suelo aconsejar a mis pacientes que mantengan los ojos abiertos durante la operación. Les libera —un poco, al menos— de la interiorización." El paciente dental debe tener algo en lo que fijar la mirada: los estores o persianas, los certificados enmarcados

(Diplomado por el Consejo Norteamericano de Cirugía Bucal y Maxilofacial. Una vez le oí a Todd decir, con desdeñosa jactancia: “Llevo años sin hacer *odontología.”* Y, bueno, para mí lo que me estaba haciendo *era* odontología), la bata verde de la ayudante, el cirujano con la lengua sacada, hacia arriba, sobre el labio superior, sus ojos forzados, sus guantes parecidos a condones, que al cabo de tres horas están manchados de sangre fresca y seca y compacta, su índice doblado como un garfio…

»21 de diciembre: Saul Bellow sigue en el hospital, pero ya no está en Cuidados Intensivos.

»22 de diciembre: voy a ver a Todd para un pausado chequeo. Pero me llevo un chasco: los puntos se han soltado. «¡Abra grande!»

»Otra carnicería, y de lo más dolorosa pese a las ocho o nueve inyecciones. En la mandíbula inferior, abajo, donde ahora se halla anclado el hueso de vaca, grandes raspados y cortes. Cómo grazna y restriega el instrumental…

»De nuevo dando tumbos por la Segunda Avenida, con un labio hinchado y un montón de kleenex, como un camorrista que jamás aprende.»

El único viaje organizado que mi sufrido agente de viajes Martin pudo conseguirme («¿Qué es lo último?», preguntaba una y otra vez cansinamente, a medida que veía cómo los planes iban cambiando) fueron cinco noches en San Juan, Puerto Rico, donde, dos semanas antes, Janis Bellow había empujado la silla de ruedas de su marido por la pista del aeropuerto… A modo de preparativo me compré un traje de lino deslumbrante en una tienda de una cadena llamada algo así como Sir Guy; una vez alojado en el Condado Plaza Hotel/Casino, añadí al conjunto unas chancletas negras de raso que golpeaban airadamente el suelo a cada paso. A veces es un alivio entregarse a la indignidad. Me entregué a ella, pues. Ya no volvería a ponerme la dentadura postiza: sentía que ahora mi mandíbula inferior estaba demasiado lisiada para poder llevar sobre ella toda aquella masa burlona.

Cómo enfermó: el primer síntoma de Bellow, repito, fue el horror —el odio— a la comida, y no sólo al gusto sino también al olor, y a la mera visión de ella. En los primeros estadios, la pérdida del apetito «parecía fundirse con el malestar que me había traído conmigo del Norte: una especie de desasosiego o dislocamiento, algo similar a una pesadumbre metafísica». Al principio, para cenar, Bellow se las podía arreglar con un bol de cereales, e incluso podía decirse a sí mismo que tal morigeración era saludable, porque «como todo hijo de vecino en los Estados Unidos, estoy en exceso sobrealimentado». Una noche sólo logró tomar una cucharada de la sopa de pollo que Janis le había

preparado. Bromeando sobre tal fracaso, recordó a las madres inmigrantes de su infancia, que gritaban: «Mi Joey no puede comerse un helado…, no hace más que apartar la cabeza…, debe de estar muriéndose.» Pero Bellow se moría *de verdad*… En Londres, cuando los niños llegan al hospital quejándose de dolor de tripas, el médico prueba a detectar una apendicitis haciéndoles la siguiente pregunta: «¿Te apetece un Gran Mac?» Si la respuesta es no, ahí tienen el diagnóstico. Le hicieron esa pregunta a mi hijo Jacob, que estaba tendido en Urgencias, retorciéndose a causa de una gastroenteritis. El dolor le llegaba en oleadas, cada minuto, y cuando se acercaron a examinarle, me gritó: «¡Ayúdame, papá! ¡Ayúdame, papá!» Y yo no podía ayudarle… Saul, por su parte, no tenía una idea cabal de estar enfermo. La enfermedad le empezaba ahora a atacar la «funda» de los nervios.

Entre los concesionarios de restaurantes en el Condado Plaza estaba el Tony Roma's —anunciado como «El *sitio* de las costillas»—. Claramente, Tony Roma's no era *mi* sitio. El Desdentado comería un sándwich con cuchillo y tenedor en su cuarto; o, con un llamativo traje de baño, se sentaría a chupar y engullir patatas fritas bajo una palmera, con el altavoz de la música atornillado al tronco. Ahora no estaba rodeado de vagabundos y mendigos y camellos «inclinados» como en el Lower East Side. Harto menos consoladoramente, me hallaba sumergido en un auténtico despliegue de la salud, la riqueza y la pulcritud facial microcontrolada norteamericanas. Saul «no era bueno» comiendo; yo «no era bueno» comiendo. Parecía una aflicción solitaria, sobre todo en el Condado, donde comer era la principal actividad de los grupos humanos. Comían mientras comían, pero también mientras pa sea ban, compraban, jugaban al voleibol, nadaban, buceaban… Condenado de momento a un peso corporal irrisorio (el menor en toda mi vida de adulto), al menos podía haber encontrado el brío suficiente para holgarme de mi delgadez en medio de toda aquella redondez bronceada. («En exceso sobrealimentados.») Los huéspedes de aquel hotel no podían ser tomados por representantes de esa extraña innovación del capitalismo, los pobres obesos, que airean sus gorduras como una enseña de baja casta, y que, si se juntaran los suficientes (después de pasar el día, pongamos, en un casino de indios americanos de Connecticut), podrían hacer peligrar la estabilidad del ferry New London-Orient Point (del tamaño de un transatlántico) al pasar por el estrecho de Long Island… Aquél era un tipo diferente de turba de casino: de renta media, de peso medio, pasándoselo bien en un decorado tropical. Si las Antillas, en frase de Bellow, se había convertido en una «gigantesca barriada recreativa de Norteamérica», en aquel hotel había mucha inmovilidad humana, mucho letargo ahíto en que posar la mirada ociosa. Me sorprendí más

y más atraído por una familia de brontosaurios (madre, padre, hija, hijo) que, por las tardes, se tendían al sol y dejaban que sus cuatro panzas respiraran al unísono mientras dormían, en legítima y buena armonía, como después de haber realizado con éxito algún difícil esfuerzo colectivo. Tal esfuerzo colectivo, supongo, lo simbolizaba perfectamente el almuerzo. Más tarde solían ir a *estar de pie* en el mar, con el agua hasta el cuello, acaso para experimentar la ligereza, tras verse debidamente reducida su biomasa por el peso del agua desalojada. Yo era delgado y hueco y nada bueno comiendo; pero me acercaba hasta las bolsitas de sal que había junto a las salsas y el ketchup, en las mesas al efecto situadas al borde de la piscina, y me retiraba a hacer mis enjuagues de agua salada (uno cada hora).

Y ¿qué leía? Quiero comunicar un estado de ánimo, y lo que uno lee es algo indisociable a cómo se siente. En las biografías se debería especificar siempre, rutinariamente, al margen, lo que los biografiados leían en cada momento. ¿Qué leía yo en San Juan de Puerto Rico? Como de costumbre, no llegué a hacer una nota con tal valioso *aide-memoir*, pero por supuesto que recuerdo lo que estaba leyendo. Recuerdo que te estaba leyendo a ti y me estaba leyendo a mí. En nuestra habitación, revisaba por encima *Enterradme de pie: el camino de los gitanos* y retocaba morosamente las galeradas de la edición norteamericana de *La información*. Una década de trabajo estaba desapareciendo de nuestros escritorios, y había muchos instantes en los que me sentía maravillosamente feliz y orgulloso…[201] El tumor de encima de mi barbilla ahora descansaba en Nueva York, en una bandeja de cultivos. Ya no estaba dentro de mí. Pronto sabría si debía resignarme a que se reprodujera, y con qué grado de virulencia. «La tenencia de la vida», como lo llama Bellow, había sufrido cierta merma. Me abría paso despacio entre los temblores causados por mi *coup de vieux*. Un pulgar nudoso y artrítico apretaba con fuerza el Avance Rápido. El cuerpo se quejaba de ello, pero el cuerpo, de pronto algo menos estúpido, tomaba lo que podía de la experiencia. De todos modos, yo lo sentía tormentoso, atroz, de un pardo deslucido, como el reflejo de mi cara en lo alto del traje de lino plagado como de charcos (el reflejo de mi cara se deslizaba sobre el metal gris plomizo de las máquinas tragaperras mientras mis pies me desplazaban por el gélido casino).

Pasarían algunos años antes de que pudiera entender adónde había arribado Saul Bellow al cabo de aquel viaje al apartamento alquilado de la pequeña isla de San Martín. Hizo un viaje dentro de ese viaje, un viaje fantástico a los límites de la mortalidad y a las lindes de la tierra. Acertado, absolutamente acertado el haber dejado de comer. El comer —entenderemos luego— era lo que le había llevado a la unidad de Cuidados Intensivos. Y ¿qué estaba leyendo? También eso era crucial.

Estaba leyendo un libro sobre las atrocidades de la Guardia de Hierro en Bucarest durante la guerra —el matadero y los ganchos de la carne, las aberturas en canal, los desollamientos—. Y también algo acerca de la increíblemente «apetitosa fragancia» de la carne humana asándose en las hogueras de los cazadores de cabezas de Nueva Guinea, entre torrentes y cataratas de flora exuberante.

Cuaderno de notas: «Las manos de Mike Szabatura me encajan con precisión milimétrica la parte de arriba de la dentadura. Me pintan una mancha azul en la punta de la nariz para calibrar con exactitud la simetría. Medidas de médico nazi. Así es como pasaban el tiempo los médicos nazis: midiendo, midiendo, midiendo…

»No puedo creer lo de las galeradas norteamericanas de *La información*. Un termitero de comas importadas (cada una de ellas como si me cortaran un pedacito de alma).[202]

»3 de enero de 1995: gran día. Consulta de Todd. Me quita los puntos. No hay infección. Operación por completo indolora. Siento más libre la mandíbula, más suelta. *Más* penicilina: tercera tanda en un mes. El tratamiento, como el paciente, se va haciendo viejo.

»Pero buenas noticias. Buenas noticias. El informe del laboratorio de patología dice que el quiste no es maligno. No me estoy muriendo. Viviré. Buenas noticias.

»En la Séptima Avenida consigo un ejemplar de *The Sun*. Leo el suicidio en la cárcel de Winson Green. La terrible cara suplicante. Parece un pobre desdichado a quien llevaran de nuevo al cepo (y esta vez albergara la esperanza de que le fueran a dar fruta y verdura no demasiado podridas). Para él ya no habría más ladrillos ni llaves inglesas ni piezas de pizarra para tejados.

»Mis dentistas me alaban: puedo quedarme muy quieto. Muchos pacientes, me dicen, son auténticos “blancos móviles”. Mi imperturbable rigidez posibilita unos resultados óptimos… Otra de las cosas que dicen: “Perdone que le torture de este modo.” Mi querido Mike, mi querido Todd: si hubierais *intentado* infligirme dolor, como Szell, el dentista nazi de *Marathon Man*, en lugar de intentar todo lo contrario… Además, doy por sentado que los torturadores nunca se disculpan. Pero ¿alguna vez explican lo que hacen?

»Gran día. Sé inmediatamente por la viveza entrecortada del mensaje de Janis en el contestador que Saul está *mucho* mejor. Casi a punto de volver a casa.»

Yo también vuelvo a casa, y me instalo en un tormentoso y lúgubre Año Nuevo.[203] Mi cuaderno de notas registra que, en el curso de ese período, mi hijo mayor irrumpió una vez en mi cuarto:

—¿Estás *llorando*? —me preguntó.

—Sí —dije—. Pero no te preocupes. Las cosas están mejorando bastante.

¿Era cierto? Mi prima estaba muerta, y tu hermano Bruno había muerto. Pero yo no me estaba muriendo, y Saul tampoco.

—El Guardabosques —les informé a mis chicos— ha salido del hospital.

Asintieron solemnemente. Años atrás, con su madre, en un viaje a Vermont, el Premio Nobel iba a reunirse con nosotros en un centro comercial de una pequeña población cercana a su casa. Llegó en un jeep, y se bajó de él con una especie de guerrera municipal con (creo) las palabras CUERPO DE BOMBEROS bordadas en los hombros. Les dije a los chicos que era guardabosques. Y no puede culpárseles por haberme creído. Porque eso era lo que parecía al cabo de un verano de escribir, andar en bicicleta y cortar leña. Y, a partir de entonces, intercambios verbales como los siguientes:

—¿A quién vas a ver?

—Al Guardabosques; o:

—¿Quién ha dicho eso?

—El Guardabosques; o:

—¿Qué estás leyendo?

—Al Guardabosques….., habían llegado a ser normales entre nosotros. Hablé con Saul el 9 de enero (cuaderno de notas: «Es otra vez él mismo, totalmente; la voz de Janis suena tan *emocionada…»*), y una semana después, camino de Los Ángeles para mi cita con John Travolta, me detendría en Boston para visitarle.

En *Ravelstein*[204] (2000) —¿no resulta esto extraño?—, el narrador, hospitalizado y en el umbral de la muerte, parece tener alucinaciones, delirios —«fantasías que no necesitaban ser inventadas»—. Bellow escribe:

> Un auxiliar de hospital, encaramado en una escalera de mano, colgaba espumillón, muérdago y ramitas de verdor perenne en los elementos salientes de la pared. Este auxiliar no solía hacerme mucho caso. Era uno de los que me acusaban de alborotador. Pero eso no me impedía que me fijara en él. Fijarme en las cosas es parte de mi trabajo: describir. La existencia es —o era— mi trabajo.

Suscribo esto. La existencia sigue siendo el trabajo.

CARTA DESDE LA FACULTAD

Exeter College
Oxford
[1970, ¿primavera?]

Queridísimos papá y Jane:

Os adjunto mis hojas oficiales de gastos —no he podido mirarlas con detenimiento, pero me temo que los vales de dinero (6 libras) los he agotado con mis cupones de comidas (6 libras — 6 chelines). En cualquier caso, necesito un cheque antes del viernes, porque de lo contrario van a multarme. Es una lata, porque no me he sentido tan enfermo en toda mi vida. Me despierto por la mañana sintiéndome fatal, aunque de forma completamente diferente a la de la mañana anterior. El jueves pasado tenía el cuello y la parte alta de la espalda tremendamente sensibilizados por esos nódulos fibrosos que le salen a uno en esa zona, entre los músculos (no entiendo por qué tiene que pasarme esto si últimamente no me he tomado ni una mísera cerveza con limonada).[205] El miércoles fue un frío febril; el viernes, un dolor de cabeza fuerte y constante, y el sábado creí que me iba a dar algo al corazón. Dios, siempre me pasa lo mismo cuando se acercan los exámenes. Mi salida de la mañana para recoger mis trabajos ahora siempre incluye una visita a la farmacia.

Trabajo tan duro que seguro que las cosas empiezan a encajar como es debido antes del lunes que viene. La gramática anglosajona ha resultado ser el mayor escollo, por mucho que trate de animarla con horribles tonadillas destinadas a recordar los cambios sonoros (el asunto consiste mayormente en mirar fija y sombríamente las interminables listas de verbos, maldiciendo en voz baja cada varios minutos…).

Ayer conocí a un tipo increíblemente reaccionario que apoya a los árabes en contra de los judíos, a Rusia en contra de los checos, a *Nigeria* en contra de Biafra. Muy en línea con Peter Simple;[206] he dejado de leer el «Bellygraph» desde aquel artículo del «*Bouquet* perdido» (cuánto mejor era en 1830). Voy a dejaros, porque hoy quiero acostarme temprano. Me sentiré mucho mejor cuando os vea dentro de dos semanas.

Ros. os envía mucho cariño.

Con amor, besos

Martin

Posdata: Gracias por vuestras cartas. Mi amor para todos, sin excluir a la señorita Plush.

LAS MUJERES Y EL AMOR — 2

1970: todo empezó a ir mal en 1970. De una carta de mi padre a Robert Conquest, escrita en 1991:

> Sigo llevando una vida encantada, sin relación alguna con mujer. Es casi increíble que *en noviembre haya hecho ocho años* desde que lo hice por última vez… Ahora me asombra lo mal que me sentí durante meses después de que se fuera; quería que volviera, incluso consideré el escribir un *poema* sobre el tema, si me permites que te lo diga… Hoy querría que me hubiera pasado en…, pongamos…, en 1970. En fin, todo es experiencia, aunque es una pena que tengamos que acumular *tanta* a lo largo de la vida…

Éste es un ejemplo de Kingsley en «modo» revisionista (y un ejemplo relativamente moderado: en otros pasajes es mucho más enérgicamente indelicado). Creo que ahora entiendo su necesidad de esa revisión, aunque me pregunto si él llegó a entenderla alguna vez. A mí aún me duele verla. ¿1970? Seguramente no. Pero ¿hay forma de saberlo? Los matrimonios, en más de un sentido, no son sino secretos: secretos compartidos por los protagonistas. En la primavera de 1976, de todas formas, el de mi padre y Jane tenía los días contados.[207] La pared era la de la gran casa que habitábamos, y quienes lo escribían —en mayúsculas cursivas— eran los escritores que la frecuentaban. Todo parecía haber cambiado en el curso de una semana. El visitante más poco interesado, con sólo asomar la cabeza unos segundos en la casa, se habría dado cuenta de que el matrimonio de Kingsley Amis y Elizabeth Jane Howard estaba ineluctablemente condenado.

Por razones que tal vez puedan parecer más obvias de lo que en realidad son, he perdido todo deseo de asignar partes alícuotas de culpa en el terreno de los afectos —uniones fracasadas, rupturas, divorcios, etc.—. La simbiosis, la díada, fracasa; eso es todo. Para alguien que ama a su madre, es muy difícil —acaso imposibleamar a la mujer por la que su padre la ha dejado. Porque la Otra Mujer te ha hecho cauteloso en el amor: ha creado recelo en ti respecto del amor. Sea como fuere, estuve muy, muy cerca de amar a Jane. «Soy tu

malvada madrastra», me dijo después de la boda. Y, en efecto, era mi «malvada» madrastra —aunque sólo en el sentido que le da al adjetivo mi hijo Louis (cuando me dice, por ejemplo, que es «*sensacional* en latín»).[208] Jane era generosa, cariñosa, diestra y sagaz. Salvó mis estudios, y por ello tengo con ella una deuda inestimable. Un fallo: a veces, en los primeros tiempos, me decía cosas destinadas a hacerme pensar menos en mi madre, y yo le decía que me dejara en paz, que le estaba saliendo el tiro por la culata, porque conseguía que pensara menos en *ella* (en Jane). Así que se aprestó a corregir su pequeño vicio, y lo superó. Cuando la veo ahora echo de menos nuestra perdida relación de parentesco, cancelada por la ley pero no por el sentimiento. Y también la admiro como artista, lo mismo que entonces.[209] Cordura penetrante; ambos la tenían en su trabajo. Y yo no hacía más que pensar, mientras contemplaba cómo la familia empezaba a irse al traste, que si al menos fueran capaces de distanciarse un tanto de su situación, si pudieran *escribirla* en lugar de sólo padecerla, entonces, casi con toda seguridad, podrían ver… Pero los escritores son capaces de una mayor penetración en su escritura que en su vida. Sus novelas les muestran en plenitud de facultades: en el acto mismo de realizar el enorme esfuerzo de tensarse hasta vibrar.

¿Qué les sucedió? Al formularse esta pregunta, Eric Jacobs, biógrafo oficial de Kingsley Amis, reflexiona: «En tales cambios operan fuerzas tanto sencillas cuanto misteriosas. El declive del matrimonio de Kingsley y Jane fue así: sencillo y misterioso: su relación se desmoronaba al tiempo que continuaba, como una forma artística que caminara despaciosa e imperceptiblemente hacia su consunción.»[210] Bien, sí, las causas fueron a un tiempo cercanas y no tan cercanas, a un tiempo vulgares e irrepetibles. Pero el *precipitante* real, puedo revelar, fue *La máscara de Fu Manchú*. Kingsley me contó cómo sucedió. El día se había visto desacostumbradamente enriquecido por la perspectiva de ese clásico de Karloff (en emisión de madrugada). La ambientación de penumbra, la fascinación de medianoche… Pero la película, cuando llegó, fue increíblemente aburrida.[211] Se quedó en vela, a solas, una hora más, en lo que él describió como «un trance de depresión». Algo —razonó— debía de faltarle en la vida. Y decidió que lo que le faltaba era Londres. Quería dejar la gran casa… Así pues, su matrimonio con Jane —de haber sido algo buena la película *La mosca*— podía haber durado quizá otras veinticuatro horas. Pero habría de durar otros cinco años. Aunque se había acabado, de hecho, en el instante mismo en que dejaron de pasar aquellos títulos de crédito.

Los hombres, he observado, pueden ser indiferentes a su entorno (cuando no a su situación geográfica). Las mujeres no. Como mi madre me diría un par de años después (siendo ella nómada

entonces): «Si eres mujer, eres tu casa y tu casa es tú.» Me impresionó doblemente el que Jane, que no tenía deseos de dejar la casa, aceptara la propuesta de Kingsley sin discutir lo más mínimo. «No importa lo que hayas puesto en ello», me dijo. «No puedes seguir viviendo en un lugar que hace infeliz a uno de los dos.» Yo tenía veintiséis años. Y pensé: Eso es madurez. Eso es civilización. Lo que sucedió acto seguido, sin embargo, equivalió a una fulminante *folie à deux*... Por razones de economía Jane decidió prescindir de cualesquiera servicios profesionales y se encargó de la mudanza ella misma. Ello no sólo prolongó sino que reavivó la agonía entre ambos. La atmósfera doméstica pronto llegaría a hacerse casi insoportable. Todo había comenzado con una película, y ahora se daba paso a otra: a una cinta larga, de largo título, algo como: «Se mudan de casa; es absolutamente obvio que están mudándose de casa; pero es absolutamente obvio que no quieren mudarse de casa; y el marido, entretanto, se limita a mirar.» Al cabo dije:

—Papá, esto es de locos. Tienes que insistir hasta conseguir llamar a los de las mudanzas.

—Ella dice que no nos lo podemos permitir.

—Te vas de un sitio enorme a otro sitio enorme. La mudanza no va a ser más que una pequeña parte de las sumas que se barajan.

—Ella dice que no nos lo podemos permitir.

—Endéudate, entonces.

—Ya estamos endeudados, al parecer.

—Pues endéudate más.

Nos quedamos en silencio mientras Jane, con andares karloffianos (*Frankenstein*, 1931), se movía con dificultad por el vestíbulo, suspirando bajo el peso de una caja de embalaje. Kingsley la miraba, incapacitado: delicadamente incapacitado. La parálisis de los Amis se había apoderado de él. Por supuesto, jamás había cabido duda alguna de la disponibilidad de Kingsley para —como dice el dicho— «echar una mano». Pero si lo hubiera hecho habría echado por tierra el objetivo subliminal de Jane, que a mi juicio sólo podría calificarse de sadomasoquista. «Mi principal ocupación hasta ahora», alardeó, incómodo, ante Robert Conquest en mayo de 1976, «ha sido beberme las botellas medio vacías (licores horribles como vodka de cerezas, Mavrodaphne, raki, etc.).» Aquel mismo día, más tarde, mi padre y yo salimos como de costumbre hacia el Two Brewers. En el patio vimos a Jane tratando denodadamente de embutir un sillón en la pequeña y martirizada furgoneta. Se disponía a hacer otro viaje de ida y vuelta a Londres. En algún momento debió de contratar a alguien para que la ayudara: jamás la vi acarreando sola un frigorífico o una cama de matrimonio. Sea como fuere, acabó lo que había empezado y al fin los Amis se vieron instalados en una casa en Hampstead (catalogada y

protegida, aislada, del siglo XVIII, con jardín delantero y trasero vallados), una casa con enormes cimientos de resentimiento. Y aún habría de empeorar todo.

Cuando el mes pasado releí *Todos queremos ser jóvenes*, me produjo cierto escalofrío ver que la evocación de Kingsley de la casa de Hadley Common era persistentemente necrótica. Cierto que las frases que voy a citar sirven al propósito general de esta divertida, triste y autobiográfica novela, pero no puedo evitar verlas como indicios de un desafecto latente:[212] el «patio enlosado y ornado por pequeños árboles enfermizos o muertos», los viejos abrigos en el viejo colgador, las botellas vacías, «la penumbra del granero», el «paseo lleno de leña caída», el «sendero enmarañado de maleza, cuyo suelo tenía más de cinco centímetros de hojas apelmazadas y podridas», «las ruinas del invernadero», los «jarrones con flores marchitas»… Y ¿cómo debo tomarme el sino del Barril Peludo, un personaje fielmente basado en la cómica y voluptuosa Rosie Plush? A diferencia de Nancy en *La liga anti-muerte*, Rosie acaba sobreviviendo en *Todos queremos ser jóvenes*. La novela termina en divorcio y ruina; y el narrador (alguien ajeno a la familia que visita por última vez la casa) ve que también el perro ha sido atrapado en esta convulsión final, y lisiado por el niño del hogar que se desmorona: «Una de las patas traseras, con una especie de venda elástica, le sobresalía hacia un lado, y en la parte trasera del lomo llevaba varias correas cruzadas.» ¿Cómo debía tomarme *esto*?

> Me agaché y acaricié la cabeza sedosa de la perra, y sentí como si algo funesto hubiera sucedido allí mismo, en el centro de mi vida y de mis cosas, algo crucial, algo irreparable, como si hubiera tomado una decisión errónea años atrás y sólo ahora cayera en la cuenta de lo mucho que había perdido con ella.

Todos queremos ser jóvenes se publicó en 1971. (En mi ejemplar se lee esta dedicatoria: «A mi buen candidato a licenciado Martin. Con amor, de papá.») *El hombre verde* vio la luz en 1969. *Todos queremos ser jóvenes*, por tanto, tuvo que ser escrita en 1970.

Y lo que sigue es «Wasted» [Desperdiciado], que apareció en 1973:

> Aquella tarde fría de invierno
> la chimenea no tiraba,
> y la familia en pleno rondaba
> sobre los lúgubres morillos
> donde los leños empapados de lluvia
> burbujeaban, siseaban, humeaban.
> Luego, cuando los demás se hubieron ido
> a sus camas heladas

y yo me disponía a imitarles,
los troncos empezaron a arder
con llama rosa y violeta,
y calentaron el pequeño hogar.
¿Por qué tal recuerdo me vuelve, tenaz,
ahora que los niños se han hecho adultos
y la casa —una casa diferente—
está caliente en todas las estaciones?

¿Qué es lo que es, qué es lo que fue «desperdiciado»? No sólo el calor de la chimenea, está claro. «Una casa diferente»: hay algo como de rechazo, de conjuro en los guiones que ciñen estas tres palabras. El poema trata de la pena recurrente, endémica, del varón divorciado: el dolor por la familia perdida. Más aún: aquí la tristeza es derrotista. Dice que no valió la pena. Ese *todo* de dolor, de desunión familiar: *eso* es lo que fue desperdiciado.

Pero de pronto oigo una voz subversiva del bando contrario, arguyendo (con cierta base) que lo que fue «desperdiciado» fue el propio Kingsley, el Kingsley de 1973. Y caigo en la cuenta de que en esas páginas hay una especie de «subtema» —el Two Brewers, el vodka de cerezas, el Mavrodaphne, el raki…— que pugna por introducirse con modos de intruso. Volveremos, forzosamente, a ello… Quiero terminar este epígrafe con dos imágenes del rostro de mi padre. Son imágenes idénticas, aunque separadas por veinte años. Sé que hay un nexo entre ellas, pero no logro identificarlo del todo.

La primera: surge al final de un altercado en la biblioteca de la casa de Hadley Common. La disputa —creo recordar— era a tres bandas, porque yo estaba implicado en parte, quizá por haber tomado partido (y no necesariamente por mi padre). Acabó, por fin, y en la aturdida calma que siguió Jane, impulsivamente, alargó una mano hacia Kingsley, que se percató tarde de su gesto y dio un respingo hacia atrás mientras de forma instintiva alzaba una mano para protegerse. Acto seguido fue Jane quien reculó dando un respingo, como diciendo: «¿Ves? ¿Ves cómo es nuestra relación?» La cara de mi padre: infantil, levemente ceñuda, iniciadora de un ruego de mitigación, de indulgencia, de que las cosas pudieran mirarse bajo una luz más amable.

La segunda: es en Swansea, he sido enviado arriba a recibir una tunda —o unos azotes, al menos— de mi padre en su pequeño estudio del fondo de la planta. Veo el largo pasillo, el minúsculo estudio de tonalidad pardo rojiza, que da a la empinada pendiente del jardín trasero: ello me dice que estábamos aún en el 24 de The Grove, y que aún no nos habíamos mudado a Glanmore Road, en lo alto de la colina; yo era, por tanto, increíble y embarazosamente joven para

haber cometido tales crímenes —de seis a nueve peniques, a lo sumo —. De forma cada vez más temeraria, había estado robando dinero y cigarrillos del bolso y del bolsillo del abrigo de mi madre. Y sabía que se acercaba el día de la verdad. Aquel mismo día, un poco antes, con las piernas temblorosas por la aprensión y el asco, había escondido un montón de calderilla robada debajo de un banco de la parada del autobús, y me había ido a casa. Al llegar mi madre me dijo que me presentara en el estudio de mi padre para recibir una azotaina… Recuerdo la creciente penumbra del pasillo. Llamé (siempre llamábamos). Mi padre, de pie ante la ventana, me daba la espalda. Se volvió con aquella expresión en la cara. Lo que sucedió después se halla inmerso en oscuras sombras y escapa a mi memoria. Mi mente no sabe nada del instante que siguió. Luego, mi padre dijo: «¿Qué es lo que quieres hacer ahora?» «Quiero irme a la cama», dije. Era un anochecer de verano. De la calle llegaba un bullicio de apresurados y afanosos pasos, y los viandantes se llamaban unos a otros con una animación y optimismo inimaginables en cualquier otra estación a aquella hora de la noche… En cuanto a la memoria cancelada de la zurra, el vacío es tan perfecto y total que a veces sospecho que ésta jamás tuvo lugar. Aunque si no hubiera sucedido lo recordaría. Mi madre me contó que mi padre lloró aquella noche, como solía hacer siempre que nos pegaba.[213]

Se volvió, como digo, y su cara, de medio perfil, tenía una expresión (¿no debería haber sido *mi* cara la que exhibiera precisamente esa expresión) infantil, levemente ceñuda, iniciadora de un ruego de mitigación, de indulgencia, de que las cosas pudieran mirarse bajo una luz más amable.

Si bien su permanente ofensiva contra el aburrimiento y los pelmazos, contra obtusos y pedantes, concitaba en sus novelas un violento arsenal de martillos, atizadores, puños de hierro, llameantes estacas, hormigueros hirvientes, hambrientos cocodrilos («Papá.» «¿Sí?» «Si tres hormigueros y dos cocodrilos…»), armas de fuego, morteros, lanzallamas (y la lista no es en absoluto completa), junto con agresiones comunes y corrientes («Ronnie llevaba de pie como medio minuto…, considerando si el hecho de correr hasta Mansfield y pegarle una buena tunda lograría transmitirle algo de sus sentimientos hacia él»), Kingsley era un hombre profundamente no violento. No dejó a mi madre ni dejó a Jane. Ambas le dejaron a él. El divorcio era para él «algo increíblemente violento que un día te sucede». Mi padre, por encima de todo, temía las *escaladas*.

EL CALENDARIO DEL DOLOR

«Vamos a divertirnos», repetía una y otra vez Bellow cuando, aún

entumecidos por la monotonía de Haifa, decidimos no quedarnos a cenar en el parador oficial de Mishkenot Sha'ananim y salimos a buscar un restaurante. Y, en efecto, nos divertimos. Fue una velada en la que sentí una animación que fue mucho más allá del entusiasmo garantizado por el escenario: Jerusalén, la ciudad sin charlas triviales. Aquella noche, los *dramatis personae* fueron, al parecer, elegidos con ominoso esmero: mi mujer y yo, Saul y Janis, Allan Bloom (el filósofo político), Teddy Kolleck (alcalde de la ciudad) y Amschel y Anita Rothschild. Bloom y yo tuvimos una discusión larga, acalorada y al cabo exenta de rencor en torno a las armas nucleares.[214] Aquella noche, cauteloso, di mi brazo a torcer. Veía los enormes atractivos de la escalada (de los arsenales nucleares). Durante un rato, como ante un panel de cuenta atrás en la Sala de Crisis de la Casa Blanca, me sentí al borde del precipicio y vi el abismo. Pero cedí. Hay veces en que los modales son más importantes que el fin del mundo. De hecho, en Israel me sentía a menudo como entre mis mayores, y me habían hecho el honor de brindarme (furtivamente) alojamiento en el parador de la ciudad (donde —a mi modo de ver— Bloom y los Bellow se hallaban legítimamente instalados). Me atraía la actitud de Bloom (de constante expectativa de diversión), y la codicia física con que apuraba sus Marlboros. Y asimismo fui sensible a lo mucho que Saul disfrutaba con él. Su amistad era una delicia: un par de fugitivos de *Ulises* (Bloom, Moses Herzog) conspirando alegremente… Teddy Kolleck tendía a desaparecer entre plato y plato, para al poco *rematerializarse* poderosamente ante nosotros, después de haber logrado que su ciudad se volviera un poco más calma o más solvente con su acto de presencia en algún lugar o su llamada telefónica a alguien. Los jóvenes Rothschild —viejos amigos míos pese a su juventud— se hallaban asimismo inmersos en aquella (para mí) misteriosa palestra del poder y las relaciones públicas, de las donaciones, de las iniciativas de beneficencia… «Soy la lady Di de Israel», dijo Anita (de soltera Guinness), medio en serio, medio en broma: «Lo soy, *de veras*.» Su marido Amschel la miraba con su acostumbrada y tímida benevolencia, con su habitual (y singularmente elástica) elegancia física, con sus cálidos ojos castaños. ¿De qué más hablamos aquella noche? De Israel. Recuerdo que no quería que la velada terminara.

Al día siguiente, en Mishkenot Sha'ananim, le envié a Bellow una nota en la que me mostraba sobremanera timorato y vacilante. Creo saber tan bien como el que más que los escritores están *siempre* alimentando con mimo alguna preocupación: «Normalmente estamos esperando», en palabras de Bellow, «a que alguien se largue y nos permita seguir con el asunto de la vida (con el cultivo del pequeño jardín de las obsesiones).» Ningún escritor ha combatido tan

apasionadamente como él la distracción. («Lo que acontece en cada momento jamás nos deja en paz.») Y me asaltó la sospecha, una vez más, de que yo estaba allí en calidad de representante del «infierno imbécil», que es lo que significa la «distracción». Así que mi nota a Saul, repito, era tímida y vacilante. «Hacia el final de tu vida», dice Benn Crader en *Son más los que mueren de desamor,*

> tienes algo parecido a un calendario del dolor que llenar —una tabla larga como un documento federal: tu calendario del dolor—. Con epígrafes sin cuento. El primero: las causas físicas, como la artritis, los cálculos biliares, los retortijones de la dismenorrea. El siguiente: la vanidad herida, la traición, la estafa, la injusticia. Pero los epígrafes más duros tienen que ver con el amor. La cuestión es la siguiente: ¿por qué todo el mundo persiste en él, entonces? Si el amor nos causa tanta aflicción, y vemos sus estragos por doquiera, ¿por qué no somos sensatos y nos damos de baja de él más temprano?

En mi nota, pues, le pregunté cómo iba su calendario del dolor,[215] y le decía que no tenía el menor deseo de añadir otro a la lista, pero que si por casualidad tenía un rato…, a menos, claro, que…

Me contestó, y aquella tarde tomamos el té (yo con leche, él con limón) en una terraza o azotea del parador, frente al indeciso paisaje de Jerusalén: tropical, yermo, plagado de basura. Era nuestro primer encuentro enteramente no profesional; en cierto modo me gustaría haber tenido conmigo algunas de las herramientas de mi oficio: pluma, cuaderno, grabadora (que hubiera mirado fijamente, con recelo, mientras me temblaban las manos…).[216] Porque no recuerdo en absoluto de qué hablamos. Pero puedo adivinarlo. A menudo se ha dicho que Saul Bellow habla exactamente como escribe. En mi opinión, esto no se ajustaría demasiado a la verdad en ningún novelista con calidad literaria (y piénsese en cuán grotesco sería decirlo de un poeta). Sin embargo, en su caso es más cierto que en ninguno de los otros escritores que he conocido en mi vida. Su discurso muestra los mismos hábitos del ritmo, la misma vigilancia y circunspección, la misma voluntad de ascender y expandirse.[217] Hablar con él, aquel día, no fue algo muy diferente a repantigarse en un sillón con *El planeta de Mr. Sammler* (y sentir que se entra en conexión con alguien de talento), sin que ello implicara pasividad alguna por mi parte. Aquí nos acercamos a una de las definiciones de la ficción literaria. Incluso el mejor tipo de novela popular se limita a llegarnos de forma directa, y en una sola dirección: uno no «conversa» con ella. Mientras que uno mantiene una conversación (una fuerte discusión) con *Herzog*, con *Henderson*, con *Humboldt*, y frunce el ceño, y asiente

con la cabeza, y niega, y califica, y objeta, y concede…, y sonríe. Al principio sonríe con admiración remisa, luego sonríe con admiración abierta. Y así es como fue en aquella azotea de Jerusalén. Y así es como fue anoche (18-7-99), de continente a continente, cuando, sentado en una cocina londinense, releí *Seize the Day* [Atrapa el día].

Así que fui feliz en Israel; y la felicidad —aún sigo cayendo en la cuenta— contiene un fuerte aditamento de paranoia. Ahora que eres feliz —recelas—, va a caerte un avión en la cabeza. Meses después, aquel mismo año, Bellow publicó *Son más los que mueren de desamor*, yo *Los monstruos de Einstein* y Allan Bloom *El cierre de la mente moderna*.[218] Y en medio de toda esta productividad y vigor no alcanzo a ver ahora sino una mueca burlona de calamidad final. Desplacémonos a siete años más tarde. Yo me estoy quedando en los huesos, como consecuencia de la convulsión de la edad mediana; Allan Bloom agoniza de sida, y un pargo de San Martín que se alimenta en el arrecife se convierte en una cápsula de cianuro destinada a los Bellow. Y ¿qué ha sido de los demás comensales de aquella cena en Jerusalén? Teddy Kolleck ha perdido la alcaldía frente al Likud, y el trabajo de toda su vida, la ciudad, que a mediados de la década de los ochenta era un bazar de febril ecumenismo, se está convirtiendo en algo mucho más monolítico, conservador y ortodoxo. La última vez que vi a Amschel Rothschild fue en una fiesta en Londres, en 1996. Mientras charlábamos, lo acribillé a preguntas sobre las armas de fuego: necesitaba información para el suicidio de mi novela *Tren nocturno*. Tres meses después, Amschel se ahorcó en la habitación de un hotel parisiense.[219]

No hay manera de hacer que Amschel vuelva, si bien en parte sigue viviendo en sus tres hijos. Otros lograron volver. Tras veinte días en la sala de espera de la muerte, Saul Bellow volvió a la vida. Y luego acometió otra recuperación. Allan Bloom «es» Ravelstein. He utilizado comillas, pero tengo la impresión de que pronto habré de descartarlas —junto con otras muchas puntillosidades críticas—. Claro que sólo una persona casi analfabeta diría que Harold Skimpole *es* Leigh Hunt o que Rupert Birkin *es* D. H. Lawrence. No hay duda de que hasta el personaje más minuciosamente recreado sigue siendo *recreado*, transfigurado; y, por supuesto, tampoco hay duda de que la ficción autobiográfica sigue siendo ficción: una entidad autónoma; y, por supuesto, la *roman-à-clef* es el producto menos valioso de la inteligencia creativa. Conozco la novela de Bellow incomparablemente mejor de lo que jamás llegué a conocer a su amigo Bloom. Y sin embargo *Ravelstein* casi me logra convencer de lo contrario. Se trata de una obra numinosa. Constituye un acto de resucitación, y Bloom *vive* en sus páginas.

—Quiero meter a Rob en una novela —dijo Kingsley.

Corría el año 1982 (un tiempo pos-Jane). El lugar era la sala de estar de una endeble y carcelaria casa de una esquina de Kentish Town. Mi hermano Philip también estaba presente. Nos acababa de visitar el tocayo de Philip: Larkin. Me estaba bajando del coche la noche de la cita cuando vi que Philip Larkin y su novia, la varonil Monica, subían por Leighton Road con aire de buscar algo. Habían estado en el críquet, en Lord's,[220] y ahora se encontraban un poco perdidos. Tenían un aire como contrito y provinciano, y Larkin me recordó a una de sus estampas de autorreprobación (un titular imaginario para acompañar a una fotografía poco afortunada: «¿Curandero, o fraude despiadado?»). Me acerqué a ellos desde un costado, despacio, para no asustarles, y les hice entrar en casa sanos y salvos. Para mi sorpresa, mi hermano Philip cruzó la estancia y abrazó a su padrino. La reacción de Larkin también me sorprendió (porque conocía sus poemas mejor que a su autor), y corroboraría una observación que haría Kingsley en diciembre de 1985 en Hull, en el entierro de Larkin:

> era imposible encontrarte con él sin que desde los primeros segundos fueras consciente de su impecable y atenta cortesía: grave pero al mismo tiempo luminosa, siempre lista para responder a cualquier destello de humor o de calor.

Por supuesto, él y Hilly siempre se llevaron de maravilla… Ésta sería la última vez que yo vería a Larkin. Todos nuestros poetas familiares iban a tener una mala época. Y qué lujo tener a tales poetas en tu pasado… John Betjeman[221] murió en 1984. Lo habíamos visto mucho en los años setenta: era (ominosamente, para el matrimonio de Jane y mi padre) uno de los pocos amigos que a ambos les gustaba por igual. En una carta de los últimos tiempos Kingsley se hace eco de un rumor póstumo que afirmaba que «Betch» había hecho llorar a lágrima viva a una secretaria, y añade algo como: «Y él será recordado como un encanto, mientras que al auténtico “osito de peluche” (yo, Kingsley Amis) se le recordará como a otro viejo cerdo más.» Pero jamás vi en Betjeman otra cosa que su lado animal y festivo (en cierta ocasión protagonizó un almuerzo que duró hasta que se hizo de noche) y su lado adorable (siempre que venía a Hadley Common, incluso en los últimos tiempos, insistía en subir las escaleras que hiciera falta para visitarte en tu lecho de enfermo).

Dije:

—¿Rob?

—Sí. He pensado que me apetecería sacarle en un libro. Como un personaje menor, ya sabes.

—¿Qué tipo de personaje?

—Un bebedor que intenta producir películas.

—Rob nunca ha intentado producir películas. Ha sido ayudante de dirección.

—Está bien. ¿Crees que le importaría?

—Supongo que no. Pero no pienso decírselo.

—¿Cómo le llamaré?

Hubo un silencio. Al cabo, mi hermano dijo:

—Llámale *Rob*.

Muchos años después, en 1990, Kingsley publicaría *La gente del barrio*. Entre los personajes menores hay un gran bebedor llamado Rob que quiere ser productor de cine. Pero este «Rob» *no es* Rob. Lo cierto es que no se puede «meter» a alguien real en una novela, porque la novela, si tiene vida propia, deformará a ese alguien de forma inexorable. A fin de cumplir sus propios designios, lo someterá a una fuerte presión y lo desvirtuará por completo. *La gente del barrio* trata, en líneas generales, de la amabilidad, y el principal rasgo del Rob personaje es que es insensible a la amabilidad, o que la recibe como algo que le es debido (un rasgo por completo ajeno al Rob persona). A este respecto Rob me trae a la memoria las dolidas y desconcertantes palabras de Aziz en *Pasaje a la India*: «Señor Fielding: nadie será capaz de entender jamás lo mucho que necesitamos la amabilidad nosotros los indios; ni siquiera nosotros mismos llegamos a darnos cuenta cabal de ello. Pero sabemos cuándo nos ha sido brindada.» Y el hecho de que yo sea moderada y ocasionalmente generoso con Rob lleva en sí mismo su propia recompensa, porque si no —muy probablemente— no lo sería… En su ensayo de 1973 «Gente real y gente inventada»,[222] Kingsley escribe: «Paradoja o perogrullada, lo cierto es que cuanto más se parezca un personaje a la persona real, menos interesante será éste en la novela.» Era algo en lo que siempre habíamos estado de acuerdo mi padre y yo. Hasta 1978. Llamar Rob a aquel personaje menor, sin embargo, no fue por parte de Kingsley sino la continuación de un momento de broma con sus hijos.

En el mismo ensayo encontramos la frase ya citada en las primeras páginas de este libro: «Una vez, por pereza o por un bache imaginativo, traté de poner a gente real en el papel, y escribí —según se admite unánimemente— la peor de mis novelas: *Me gusta estar aquí.*» En mi opinión, la peor —o menos buena— novela de Kingsley Amis es esa fantasía de un mundo alternativo titulada *Russian Hide-and-Seek* (1980),[223] seguida de la problemática *Jake's Thing* (1978) y, tras la mayor brecha temporal de su carrera, la superproblemática

Stanley and the Women (1984). Fue un período climatérico (y cuán brutalmente define el COD esta palabra: «adj.: que da lugar a una crisis, crítico; (Medicina) que acontece en un período de la vida (45-60 años) en que la fuerza vital comienza a declinar». La narrativa de Kingsley volvería a renacer, y de forma triunfal. Desde mi perspectiva de privilegio, empero, Kingsley parecía hallarse a la deriva en el arte y en la vida. *Russian Hide-and-Seek* era una obra «deprimida». Mi padre carecía de la energía necesaria para viajar muy lejos de sus principales preocupaciones. *Jake's Thing* y *Stanley and the Women,* por otra parte, se hallaban asfixiantemente cerca del calendario del dolor. Percibía en mi padre una pérdida del equilibrio. Su vida, obvia y demostrablemente, había (medio) sobrevivido a una *tormenta,*[224] a un mar enfurecido. Pero ¿qué había sucedido con su trabajo? Sólo otros escritores, quizá, estarán de acuerdo en que tal pregunta entraña una pareja trascendencia.

El día en que terminó *Jake's Thing* fui a ver a mi padre a la casa de Hampstead. Cuando Jane hubo salido de la sala, dije:

—Todo eso de la terapia sexual y demás… ¿De verdad *hiciste* algo de eso?

Sabía ciertas cosas acerca de la vida sexual de mi padre. Una fuente era Jane, que en época tan temprana como el año 1975 me contaba más de la indolencia creciente de mi padre en tal sentido que lo que yo realmente deseaba saber. Otra fuente fue *Jake's Thing.*

—¡Sí!

—¡Dios! Focalizarlo todo en lo genital, e irse a la cama con un anillo en la polla…

—¡Sí! Cosas de ésas.

—¡Dios!

—Bien, en casos como éste uno tiene que dar muestras de buena disposición…

—Sí, pero la *novela* no parece dar muestras de buena disposición, ¿no te parece?

Mi padre me dirigió de nuevo aquella mirada… Incapacitado. Amablemente incapacitado. Volvió a entrar Jane, y cambiamos de tema.

En tiempos más felices, los dos escritores solían acabar el día leyéndose —mientras se tomaban una copa— lo que cada cual había escrito en la jornada. No creo que lo hicieran con *Jake's Thing.* Y ciertamente no lo hicieron con *Stanley and the Women.*

Kingsley no podía quedarse solo a partir de la caída de la tarde. Yo no tenía la menor idea de qué hacer, pero esperaba la llamada y supe al instante lo que quería decir mi hermano cuando dijo:

—Mart. Ya ha pasado.

CARTA DESDE LA FACULTAD

Exeter College, Oxford
[1971, ¿julio?]

Queridísimos papá y Jane:

Siento no haberos escrito antes —ésta es mi primera carta del trimestre—, pero hace un tiempo de verano tan espléndido que es difícil no pasarse todo el tiempo libre adormilado, tumbado en una batea o en el jardín del Profesorado, fingiendo leer. También dedico mucho tiempo a buscar dónde vivir el curso que viene. Podría seguir vuestro consejo: un sitio algo apartado y con tres habitaciones. Los precios andan por las 12 libras, y, teniendo en cuenta que el alojamiento en la facultad cuesta 8 o 9, cuánto deberé dedicar a la comida y cuánto al alquiler.[225] Voy a compartir piso con dos compañeros (no puedo aventurar nada de lo que puede pasar con Gully),[226] así que serían 4 libras cada uno de alquiler, aproximadamente. El caso es que a menos que tengamos una suerte increíble tendremos que alquilarlo también para las vacaciones, porque es virtualmente[227] imposible conseguir un apartamento en octubre. Bueno, dime lo que piensas.

Las cosas no me van mal con Gully, pero sigo pensando que ojalá no estuviera atado, y que me estoy perdiendo los mejores años de mi vida, etc., ya que, en lo que a mí respecta, la relación no está mejorando de forma sustancial. Parece que la cosa consiste en que intente mantener la ilusión de que estoy más interesado por ella que nunca (lo cual no es cierto). Sé que todo es cuestión de responsabilidad, pero no puedo dejar de pensar que también se trata de mi vida. Y es en ese preciso y horrible estadio cuando pienso que estaría igualmente jodido sin ella. Así que me da miedo, y algo de escrúpulo, terminar con ella.

El otro día tuve una conversación increíble con Wordsworth.[228] Me dijo que Shakespeare, probablemente, era marica, y que en cualquier caso se sentía asqueado de la heterosexualidad. Y luego pasamos a hablar de la homosexualidad en general. Dijo que él estaba muy hecho a la idea, ya que su padre y su hermano son homosexuales. Al cabo de un minuto me había dicho, como de pasada, que su madre también había sido homosexual y que había vivido con una mujer durante la guerra.[229] Que no sabía muy bien de dónde le venían los genes heterosexuales, y entendí perfectamente lo que quería decirme. Estoy dando Shakespeare todo este trimestre, lo cual me divierte mucho, y Wordsworth me habla de todos los premios a los que debería

presentarme. Aún no sé lo que haré, pero está de acuerdo conmigo en que debería quedarme otro mes cuando acabe el trimestre, porque va a ser mi última oportunidad de estudiar a fondo antes de los exámenes finales. Buena idea, ¿no te parece? Este trimestre estoy asistiendo también a una serie de seminarios dirigidos por el catedrático Northrop Frye —unos seminarios de campanillas, con un profesor de cada facultad.

Lo he arreglado todo para que venga Sall; la llevaré a remar en batea y demás… Escríbeme sobre lo de Gully, y sobre lo del apartamento. Hasta pronto (te avisaré si puedo ir a veros algún fin de semana).

Montones de amor,

Martin

¿Podríais mandar las 50 libras al Administrador antes del fin de semana? Y, para mí, lo siguiente: tintorería: 1 libra, 5 chelines; café, etc.: 1 libra; cupones de comida: 2 libras; cuadernos de notas: 1 libra. Total: 5 libras y 5 chelines.

Amor a todo el mundo y a la señorita Plush.

CELEBRACIONES DE AMIGOS

Llamaban discreta pero persistentemente a la puerta de mi dormitorio. Me desperté.

—¿Puedo entrar?

Era mi hijo pequeño. Se quedó al pie de la cama. Eran las Navidades lúgubres de 1994, cuando los tres aún acostumbrábamos acampar en el apartamento los fines de semana (envases de yogur por el suelo, con bolsitas de té usadas dentro, etc.). Lo normal era que los chicos (de ocho y diez años entonces) me despertaran los domingos por la mañana dando brincos sobre mi cabeza. Jacob me estaba susurrando:

—Papi, siento molestarte.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Siento molestarte, pero el Chacal te llama por teléfono.

El Chacal era mi agente, Andrew Wylie. Mis hijos habían visto *cosas* en los periódicos y me hacían preguntas acerca de ellas. ¿Quién —querían saber— era el tipo al que llamaban el Chacal? Al Chacal, les expliqué, le llamaban así por sus garras y sus fauces y su abertura trasera en el traje oscuro de rayas claras. No me creyeron demasiado, pero Jacob, en aquel momento, pecaba de cauteloso.

No puedo recordar los detalles de aquella llamada concreta. Pero debió de ser importante, y estoy seguro de que la atendí con interés e inquietud a un tiempo. Las negociaciones para la publicación de mi novela *La información* seguirían hasta entrado el nuevo año. Tengo ante mí la carta de Julian Barnes en la que daba por concluida nuestra amistad. Me llegó al día siguiente al de la firma del contrato, y está fechada el 12 de enero. Es un documento curioso. Y merece una réplica por mi parte.

No logro recordar los detalles de aquellos meses de mi crucifixión en la prensa. «¿Por qué siempre tú?», me preguntaban. Estoy cansado de decir que no lo entiendo. Estoy cansado de decir que estoy cansado de decir que no lo entiendo. Cuando estaba sucediendo no hacía más que decirme para mis adentros: Dios, no entiendo nada, soy un extraño para mis semejantes. Era aleccionador, e incluso estimulante, el que un ente que siempre había creído entender (Inglaterra) me

dejara ahora estupefacto. Lo que me estaba sucediendo no lo motivaba ninguna historia sobre mi persona, porque sobre mi persona no había historia alguna. «¿Cuál es la *historia* en todo esto?», me preguntaban los periodistas extranjeros. Se esforzaban por entenderlo: podías ver cómo se les fruncía la frente al intentarlo. Pero no era una historia sobre mi persona. Era una historia sobre la propia Inglaterra.

El 16 de enero de 1995, el Desdentado voló del aeropuerto londinense de Heathrow al aeropuerto bostoniano de Logan. Mientras me apeaba del taxi imaginé las miradas que pronto nos dirigiríamos Saul Bellow y yo. Saul me llevaba treinta y siete años, y su suplicio había sido inconmensurablemente peor que el mío. Sin embargo, parafraseando a Philip Larkin, en las *Letters*: «él se ha llevado la peor parte, pero la mía la he tenido que vivir yo». Yo sufría más que Saul sólo en un mísero sentido: a él, de momento, no le habían atacado por estar enfermo. Nadie le estaba reprochando que su sometimiento a cuidados intensivos hubiera sido «cosmético». Le atacaban, como de costumbre, por otras cosas. Pero no por ésa.

Al abrazarnos con el debido cuidado, dije:

—Estás más delgado.

—*Tú* estás más delgado.

Fue un pez, un pargo («suave y pegajoso» al paladar, y servido con una mayonesa que parecía «pomada de cinc»). Fue un «pescavore» que comía en el arrecife lo que por poco acaba con él. Al husmear en el coral vivo, aquel pez se había armado de una toxina terriblemente hostil para el ser humano…

Mientras escribo, sigo aprehendiendo el tormento de Bellow a través del esplendor de su novela *Ravelstein*, en la cual los hechos adquieren su razón, orden y sentido —y, amén de ello, barruntos de grandeza universal—. Debo recordarme a mí mismo el carácter común de tal percance, fruto de una increíble mala suerte. Y también yo he de verme en mi propia piel y aceptar la horrible nimiedad de mi caso (moderno, local, mortificante). En *Seize the Day* (1959), Bellow escribió que «las penas de un hombre con sus dientes» suponían como un dos por ciento de sus penas totales. Yo, por mi parte, reviso este porcentaje de acuerdo con la sentencia con que Clive James, enfática y *empáticamente*, trató de exhortarme cuando fui a su consulta a los veintisiete años: «Nueve de diez cosas malas suceden en la consulta del dentista.» Las cosas malas de Saul le habían acontecido en un marco paradisíaco. No tan bello, es cierto, como la selva tropical de Nueva Guinea y su cascada de orquídeas, donde la nariz del viajero es recibida por una fragancia de guerreros caídos que activa la saliva. Pero las Antillas (con su paisaje marino, sus atardeceres súbitos) eran un buen lugar para aprender cierta lección sobre la fragilidad de

nuestra «tenencia de la vida»: su falta de apoyo cósmico. Cuando volvió a Boston, la tecnología médica se impuso. Las máquinas *vivieron* por él, y él se fue a pique durante tres semanas y media. Lo abandonó la conciencia; le quedó sólo la mente subliminal (sub: bajo, debajo; *limen-inis*: umbral). Fue allí donde estuvo veinticinco días: bajo el umbral.

Hablamos muchísimo aquella noche: teníamos historias estupendas que contar: historias de miedo, historias de emoción. En aquella época los Bellow vivían en un caserón (muy parecido a la mansión de un embajador) cedido por la Universidad de Boston. El cuarto de invitados estaba en la casa contigua, y debían de ser como las cinco de la madrugada (hora europea) cuando entré en él y saqué mi pluma. Me parece pertinente señalar que en la mesa, junto a la ventana, había un ejemplar de *Much Too Soon* [Demasiado pronto], «la fascinante nueva novela del autor del bestseller *Everything and More* [Todo y más]». En el cuarto también había dos globos terráqueos. Dos mundos. ¿Todo y *más*? A cierta gente no se la satisface fácilmente. Cuaderno de notas: «A veces la misma luz en los ojos; a veces, una luz diferente.» Me dio la impresión de que Saul se hallaba mentalmente entero, intacto.[230] Janis dejó bien claro, sin embargo, que su marido se sentía alternativamente desolado y enfurecido por sus mermas físicas. (*Ravelstein*, penúltima página del borrador primero: «[El neurólogo] me pidió que realizara unos tests sencillos, y fallé en todos ellos… El grado de recuperación posible no podía evaluarse. Pronto cumpliría ochenta años.») Cuaderno de notas: «Juro que ha pasado de ser más grande que yo a ser más pequeño. Tengo confianza (?) en que se recupere por completo.» Se recuperó por completo.

Y me sentí satisfecho. La princesa Diana solía afirmar que su poema preferido era «Ye Wearie Wayfarer» [Tú, fatigado caminante], de Adam Lindsay Gordon: cuatro versos de armoniosa broza victoriana que rezan como sigue:

> La vida es sobre todo espuma y burbuja,
> y dos cosas permanecen como la piedra:
> la benevolencia ante los problemas ajenos,
> el coraje ante los propios.

Por diversión, Kingsley había reescrito recientemente este «Tú, fatigado caminante», y le había infundido algo del espíritu de los tiempos:

> La vida es sobre todo pena y trabajo,
> y dos cosas te ayudan a soportarla:
> reírte cuando se ceba en el vecino,

quejarte cuando es a ti a quien golpea.

La amistad, tal como yo la veo, reside en el punto medio entre estas dos estrofas. Es una fuerza misteriosa: le muestras a tu amigo tu debilidad, y de alguna forma los dos os hacéis más fuertes…

A la mañana siguiente les pedí a los Bellow que me llevaran a desayunar a un sitio que se llamaba algo así como «*Somos* las tortitas». Suelo hacerlo, más que nada, porque me gusta ver la cara de reproche que me pone Janis; le suelo tomar el pelo metiéndome con la cultura popular norteamericana (inexplicablemente, la verdad, porque ella es canadiense).[231]

Acabamos en un local llamado no «Somos las tortitas» o «Las tortitas somos nosotros», sino algo así como «Casa de las tortitas» o «Mundo de las tortitas de Mike»… El aspecto de Saul había mejorado mucho de la noche a la mañana. Cuando le dije adiós me escandalizó un tanto comprobar que había vuelto a ser más grande que yo. (No me atribuí mérito alguno, aunque quizá era *yo* quien había empequeñecido.) «Es que ha *decidido* ponerse mejor», me explicó Janis meses después, cuando la recuperación —su asombrosa recuperación — se hubo consumado. Y la creí. Saul lo hizo con la cabeza.

Volé a Hollywood, a visitar a un *actor* que había vuelto de la tumba: el señor John Travolta.

SE LO GUARDÓ TODO PARA ÉL

Los lectores de *Letters* de Kingsley podrán seguir el arco emocional que ellas describen. Leemos, tras un interesante tartamudeo,[232] un extensísimo e ininterrumpido discurso dirigido a Philip Larkin (varias decenas de miles de palabras, incluso después de abreviado). Era amor, innegable amor, por parte de mi padre. Quería estar con Larkin *todo el tiempo*. Y el no poder hacerlo le causaba irritación y desconcierto. Larkin, creo, sentía lo mismo; o, más bien, el equivalente larkinesco. Pero él tenía menos talento para el amor… Luego, la vida empezó a *sucederle* a Kingsley: primero la guerra, luego el matrimonio, los hijos, la enseñanza, los viajes, el divorcio, el nuevo matrimonio, el nuevo divorcio. Y también el éxito (que produjo el extraño efecto de calmarle: el éxito lo tranquilizó). Entretanto, la vida le estaba *sucediendo* también a Larkin, pero él no tenía talento para eso, y permaneció, hasta el final, soltero, sin hijos, tenazmente reacio a moverse. Y lo hizo todo callada, heroicamente (según lo veo yo hoy). Se lo guardó todo melancólicamente para sí mismo, en sus poemas —*para* sus poemas, podríamos decir también—. No es que cultivara la aflicción. Era más el sentimiento: la infelicidad —se dice uno a sí mismo— es algo común y cotidiano, algo que abunda; veamos, pues,

si puedo hacer algo con la mía, que de otro modo jamás podría aliviarse.

Mi percepción de Larkin viene de la niñez. Luego pasé buenos momentos con él cuando fui adulto o casi adulto. Una vez invitó a Osric a cenar en All Souls, donde había fijado su residencia mientras trabajaba en el *Oxford Book of Twentieth-Century English Verse* [Libro de Oxford de la poesía inglesa del siglo XX].[233] En su cuarto, antes de la cena, me dio, o quizá sólo me enseñó (¿era un regalo para su sobrina?; yo ya lo tenía, de todas formas), el LP de la grabación en vivo de los Rolling Stones *Get Yer YaYas Out*. Estuvimos de acuerdo en que había temas de mucha fuerza, sobre todo «Stray Cat Blues». Luego cenamos con el decano, John Sparrow, y otras personas. Enfundado en un improvisado esmoquin (terciopelo negro con una especie de tela negra alrededor del cuello), me sentía a un tiempo desdeñado y apetecido por Sparrow y el resto de las reliquias de pelo de peltre de aquel santuario exclusivamente masculino. ¿Quién más estaba? ¿Bowra? ¿Rowse, el «biógrafo» de Shakespeare? ¿Sobre qué versó la charla?

> Esta noche cenamos sin el Maestro
> (los vahos nocturnos no nos placen);
> el oporto circula con celeridad,
> los temas surgen no menos fácilmente:
> qué colación parece más justa,
> a cuánto se venderá la madera de Snape,
> nombres del *pudendum mulieris,*
> ¿por qué es Judas como Jack Ketch?[234]

Larkin y yo, en cualquier caso, formamos de buen grado un enclave de clase media baja en medio de la plata y los sirvientes y el ceremonial de *connaisseurs*. Y nos sentimos solidarios en contra de todo ello.[235] Y comimos y bebimos hasta alcanzar un estado sobremanera placentero. Dos o tres meses más tarde, cuando se supieron los resultados de los exámenes finales, Larkin me escribió diciéndome lo aliviado que se sentía: temía que su pasada hospitalidad pudiera haber perjudicado mi cerebro. «Cada siglo tiene su profesión-bicoca», dijo aquella noche en All Souls. «Antes era la eclesiástica. Hoy la académica.» Nos sentábamos a una Alta Mesa de la Alta Iglesia,[236] con sus bandejas y sus cálices y sus crismeras: el mundo académico en su aspecto más epicúreo y seudoaristocrático. Las tres partes del poema «Livings» concluyen con una visión nocturna. He aquí el final de la parte II, a la que antes he hecho referencia:

> Las campanas discuten la gradación de las horas;

en los estantes polvorientos hay plegarias y pruebas:
en lo alto, constelaciones caldeas
centellean sobre tejados atestados.[237]

Larkin disfrutaba moderadamente de aquel pomposo boato de All Souls, y yo también.[238] Mi educación llegaba a su fin. La vida estaba a punto de empezar a sucederme. El mundo académico (en un marco más humilde) era algo a lo que quizá tendría que volver en el futuro. Pero lo que me entusiasmó, aquella noche, fue la compañía de Larkin el poeta, su presencia, su ejemplo, su dedicación al uso de las palabras.[239]

—Philip, deberías *gastar más* —le dije como una década después (dogmática y fatua y, sobre todo, puerilmente, pues mi percepción de él comienza en la infancia…).

Cada vez que venía a quedarse en nuestra casa, en Swansea, repetía el mismo ritual: nos daba una propina a los dos chicos. Describo el procedimiento en una necrológica que escribí en 1985:

> Al principio eran seis peniques para Philip y tres peniques para Martin. Años después, diez peniques para Philip y seis peniques para Martin. Años más tarde, un chelín para Philip y nueve peniques para Martin… Siempre perfectamente indexado y escrupulosamente escalonado.

Tal reseña contiene una exageración grotesca: eran *cuatro* peniques para Philip y tres peniques para Martin. Las pesadas, ennegrecidas monedas eran contadas por Larkin en la mesa de la cocina, sobre la que hacía dos pequeños montones. Mi hermano y yo intercambiábamos miradas indecisas (era lo más cerca que habíamos estado nunca de una experiencia religiosa); instados por nuestra madre, nos lanzábamos hacia adelante, cogíamos los montones y nos alejábamos de la mirada lastimera y sacerdotal de Larkin. Ahora veo a mi padre, a unos pasos, con una sonrisa reprimida a medias. ¿De qué era aquella sonrisa? ¿De afectuoso sadismo al haber forzado a su amigo a soltar siete peniques? Quizá sí, en parte. Cuando busco en la periferia de este recuerdo, sin embargo, doy con una escena anterior, en la que mamá nos está diciendo que debíamos coger la propina pero que teníamos que recordar lo crucial que era el hecho de dárnosla para nuestro tacaño visitante. «No es como Bruce», nos decía, con disimulada frivolidad.[240] ¡Así que era todo un montaje! Y mi hermano y yo, en nuestra avaricia y reverencial respeto, tomábamos parte en la farsa… ¿Estaba Larkin al tanto; era el payaso serio? Bien, Larkin —se mire como se mire su vida— era ciertamente el payaso serio, y un tipo tacaño, cicatero, agarrado, roñoso, rácano. *Tacaño* tiene muchos

sinónimos espléndidos (que incluyen al bienvenido norteamericanismo *cheap*,[241] con su simplificadora imputación de renta insuficiente). Pero *near*[242] era el adjetivo que le venía como un guante a Larkin. *Near*: que se lo guarda todo para sí.

—Deberías gastar más, Philip.

No respondió.

—Acabas de comprarte el coche, y eso está bien. Ahora tendrías que…

—Me gustaría que dejaran de mandarme esas *facturas*.

—Son las del coche.

—Siguen mandándome *facturas*…

—Puedes pagarlas. Ahora tendrías que…

—Me gustaría que dejaran de mandarme esas *facturas*.

Conocía a la perfección la táctica de la inhibición, claro está. Y era absolutamente propio de él (de él, de su tiempo, de su lugar) lo siguiente: tras haber identificado la dificultad, no hacer nada para superarla. He aquí la primera y última estrofas de su poema de dieciséis versos «Money» [Dinero]:

> Cada tres meses, más o menos, el dinero me reprocha:
> ¿Por qué me dejas aquí ocioso, desperdiciado?
> Soy lo que nunca has tenido de posesiones y de sexo.
> Aún podrías tenerlos con sólo extender unos talones…
>
> Escucho cómo el dinero canta. Es como mirar desde
> unas altas y amplias cristaleras, en una ciudad provinciana,
> los suburbios, el canal, las iglesias ornadas y dementes
> al sol de la tarde. Es intensamente triste.[243]

—¿Cree que podría haber tenido una vida más feliz? —le preguntó una vez un entrevistador.

Y él respondió:

—No sin ser otra persona.

Deberías gastar más, Philip. No me hacía caso, como es lógico. Otra persona habría tenido que recurrir a las posesiones y el sexo. Larkin recurrió a sus poemas.

Una mañana, en Swansea, observé a través de los balaustres de las escaleras cómo Larkin se preparaba para salir a la calle. Estaba lloviendo. Alto (más de lo que le era útil), con gafas, prematura y casi prototípicamente calvo, cogía con un suspiro su impermeable, su bufanda, su sombrero. Todo en él rezumaba estoicismo (no le quedaba otra opción): lo opuesto a sentirse a gusto… Era fama que Larkin odiaba a los niños, o hacía profesión de odiarlos, al menos,[244] y, por

supuesto, jamás engendró ninguno.[245] Cuando empecé a leerle solía preguntarme si éramos mi hermano y yo quienes le resultábamos tan antipáticos. En casa se había hecho de Larkin el prototipo épico-paródico del avaro y el misántropo. Pero me fío de mi percepción de él de niño. Siempre que nuestros ojos se encontraban y se mantenían unidos unos segundos, su mirada era amable, y yo sentía, amén de placer y seguridad, cierto singularmente pueril desencanto. Porque se suponía que Larkin era un perro verde, alguien muy raro, y sin embargo estaba siendo amable y normal conmigo.

Así que la vida empezaba a sucederle a Philip, el novelista, y a Kingsley, el poeta (tal como ellos se veían a sí mismos en 1942). La correspondencia siguió siendo intensa hasta mediada la década siguiente. Después de *Lucky Jim*, empieza a hacerse más espaciada y fría. No creo que Larkin codiciara la mujer y los tres hijos de su amigo,[246] pero en sus remotas y martirizadas imaginaciones, al parecer, Kingsley había desaparecido —más allá de toda memoria— en el túnel de lavado de las posesiones y el sexo… «y todo lo que yo nunca tuve». En el otro extremo, el de Kingsley, tengo la impresión de que se dio una conciencia impaciente de tal delirio, y cierto desafío que se materializó en el disfrute de los vulgares triunfos que estaba cosechando; y asimismo algo más vago, que tenía que ver con la mezquindad emocional de su amigo: su «retirada» —ya que Larkin fue el primero en hacerlo— del amor fraternal total que los había unido. A medida que uno sigue el rastro cada vez más espaciado y frío de su correspondencia, empieza a sentir que la vida se ha anotado aquí una victoria tétrica, al torcer de manera burda una relación compleja.

Al final, la *vida* se espacia y se enfría. Los niños crecen, las esposas se van (o se transforman); el mundo no está ya tan de nuestra parte… Y Larkin sigue ahí, en Hull, y la intimidad desatendida sigue ahí, a la espera de ser reiniciada. Cuando en las cartas de Kingsley leemos «Querido Philip» (y cuando en las de Larkin leemos «Querido Kingsley»), nos aprestamos a descubrir algo distinto: algo mucho más íntimo. Y cuando la intimidad se reanuda es, cómo no, una delicia ver la reaparición de los apelativos cariñosos olvidados durante tanto tiempo (Larkin: «Oh, querido…, he exclamado al final, porque es así como me siento respecto a ti»); una delicia, también, ver el reverdecimiento del espíritu juvenil en sus trilladas bromas y escandalosas faltas de ortografía y estridentes mayúsculas. Pero lo que queda en uno es la sensación de que ambos, con la edad, son al fin mutuamente transparentes. Son finalmente iguales: iguales ante Dios y ante una muerte sin dios, y también físicamente, y también —por vez primera— sexualmente.[247] Es verdaderamente terrible ver cómo luego Larkin deja esa suerte de meseta y desciende en picado hacia su extinción. Cuando muere, en 1985, la narrativa de *Letters* de Kingsley

adopta un tono aturdido, «ensordecido». Es como si hubiera sido algo más que la muerte de un amigo y poeta, le escribe a Robert Conquest. ¿Qué? «¿Una presencia?» La década que mi padre sobrevivió a su amigo, como se verá, podría considerarse perfectamente diferenciada, como un apéndice. Y la correspondencia recopilada de Larkin termina con una carta dictada a una grabadora, y firmada en su ausencia (él se dispone a adentrarse en «lo grande»), que acaba como sigue:

> Debo mencionar la carta y la fotografía de Sally[248] que llegaron esta mañana. Por supuesto, merecen mi atención por separado, y *tal vez* se la dedique algún día. Estoy tan contento de ver las fuertes semejanzas que hay entre ella y su madre, Hilly…, la mujer más hermosa sin ser en absoluto guapa que he conocido en toda mi vida (estoy seguro de que entenderás lo que digo; y espero que también lo entienda Hilly).[249]

Bien, la cinta se acaba; piensa en mí cogiendo el pijama y las cosas de afeitar antes de salir para esta especie de tormento. Espero que todo vaya bien. Pienso que este año ha sido excesivo para mí; me ha venido todo junto, en lugar de poco a poco, como a la mayoría de la gente.

Me disculparás que no incluya el discurso de despedida de rigor.

Tuyo siempre,

Philip

VETE A TOMAR POR EL CULO — 1

Se dijo que me alejé. Se dijo que me tomé una amistad a la ligera —que me tomé *la* amistad a la ligera.

Tengo delante de mí la carta de Julian Barnes del 12 de enero de 1995. Técnicamente es un trozo de papel de mi propiedad, pero el texto es de Julian y lo ampara el copyright. No aportaré citas, por tanto. Sólo diré que su última frase es una conocida expresión coloquial. Una expresión que consta de siete letras, tres de las cuales son efes.[250]

El tratamiento «dale otra vez, Dai» que me estaban aplicando en la prensa («Martin Amis sucumbe a la codicia»)[251] a propósito de *La información* —aún sin terminar, aún no publicada—, me pareció la prueba concluyente de que la negociación había tomado un sesgo equivocado. Así que finalmente me comprometí de lleno con mi agente norteamericano, Andrew Wylie, y ello significaba romper con mi agente en el Reino Unido desde hacía veintitrés años, Pat Kavanagh. La segunda parte de aquel proceso se me antojó absolutamente deprimente (pese a mi pródiga y reciente experiencia

de unas separaciones más íntimas), y me hizo sentir que tales penas obraban su efecto por simple acumulación, y que en algún momento se habría de llegar a un límite, y que yo, de súbito, había ya llegado a dicho límite. Sin embargo, años antes, mi padre había roto también con la agencia de Pat y su amistad no había terminado. Aquella ruptura profesional, empero, no había tenido ningún eco en los medios, mientras que la mía —en la que todo se magnificó y distorsionó hasta extremos indecibles— había llegado a ser dolorosamente pública.

Ahora bien, Julian —como es sabido— estaba y está casado con Pat Kavanagh, y yo sabía que Julian es un hombre muy apegado a su mujer. Pero aquel 13 de enero, mientras desayunaba, al tiempo que reconocía la letra de Julian al abrir el sobre me vi albergando la esperanza de que Julian me dijera que conocía la diferencia entre Iglesia y Estado, y que ambas cosas seguirían estando separadas en su cabeza. Y luego leí la carta.

Mi primera reacción fue de culpabilidad, al sentirme responsable de haberle abocado a escribir algo tan desatinado y feo. Y tan contraproducente. ¡Dios —pensé—: nunca le he gustado! La carta me hizo cuestionarme el contenido —y no digamos el valor— de la amistad que ahora cancelaba. Soy consciente de que ese pensamiento tal vez suene a inverosímilmente aséptico. No duró. Tal como el lector sabrá de sobra, yo tenía otras preocupaciones más cercanas (Julian enumeraba las que él conocía, y no de forma precisamente solidaria). Aquel 13 de enero fue, de hecho, un buen día. Un día que marcó un hito. Tuve aquella carta en el bolsillo mientras hablaba serena y equilibradamente con mi ex mujer por primera vez en veinte meses. Luego, por la noche, la saqué del bolsillo y dediqué una hora a redactar la respuesta.

La última vez que perdí un amigo fue en la niñez. Desde entonces he sufrido distanciamientos temporales, pero nunca excomuniones. En el caso que nos ocupa, como suele suceder, perdía no uno sino dos amigos. La carta que escribí fue conciliadora. Y un año después, al advertir ciertas señales de deshielo, traté de conseguir que nuestra amistad renaciera. Su rechazo fue cortante, pero civilizado. Y su modo de expresarlo tendió a confirmar mi barrunto de que todo se remontaba a mucho atrás.

¿Qué estoy haciendo? ¿Poniendo las cosas en claro?[252] Como Christopher Hitchens aprendió al firmar el affidávit de los directores de la casa (que contradecía el testimonio jurado de Sidney Blumenthal, asesor del presidente), el sacrificio de una amistad se les antoja una terrible afrenta a los Sauls y los Jonathans de los *media* (que pretenden ser, unos para otros, como Aquiles y Patroclo). El enfoque que darán siempre al asunto es que el sacrificio era, a un

tiempo, absolutamente calculador y absolutamente impensado. Y nunca lamentado. Cuando lo cierto es que en el mundo real, en el mundo de la experiencia, una amistad perdida te deja con numerosas dudas e interrogantes; es una ausencia amorfa que hostiga tu presente, tu futuro y, lo que es aún menos grato, tu pasado. Y me atrevería a afirmar que a Julian le pasa algo parecido.

La carta que le escribí es de su propiedad, pero el copyright es mío:

54A Leamington Road Villas,
London W11 1HT

Querido Jules:

Iba a escribirte para decirte algo como esto:

Hace doce años me llamaste por teléfono y me dijiste: «Mart, dime que me vaya a tomar por el culo y demás, si te parece…, pero ¿has dejado a Antonia?» Resultó que, aquella vez, hace doce años, volví con Antonia. Pero me gustó la forma en que formulaste la pregunta. Una forma muy tuya.

Y luego iba a añadir algo como esto:

Jules: dime que me vaya a tomar por el culo y demás, si te parece…, pero intenta seguir siendo amigo mío, e intenta ayudarme para que pueda seguir siendo amigo de Pat.

Ahora, antes de expresarte esta petición, tengo tu respuesta aquí delante. Te llamaré dentro de un tiempo. De un tiempo largo. Te echaré de menos.

Martin

Por primera vez en estas páginas, siento en mí una punzada de rencor, y mis manos, mientras escribo, están como frías y reacias. Pero tenía que dejar esto bien claro; por mis lectores, por mis amigos. Se dijo que me había alejado, y yo no hago eso. Nunca seré yo quien se aleje de mis amigos.

CARTA DESDE LA FACULTAD

Exeter College, Oxford
Lunes (sic). [Verano de 1971]

Queridísima Jane:[253]

Te adjunto las hojas de mi cuenta de gastos. He arreglado las cosas para quedarme seis semanas más (hasta el 1 de agosto), y probablemente volveré un par de semanas antes (en septiembre), si es que para entonces tenemos algún sitio donde vivir. He solicitado una

beca de vacaciones, que me vendrá de perlas ya que tendré que comer fuera y demás… Me gustaría bajar a veros algún fin de semana, pero ésta va a ser mi última oportunidad de poder estudiar a conciencia… En fin, me espera un trimestre de catorce semanas. Espero que mi tutor se tome la molestia de seguir metiéndose conmigo un poco más.

Sigo sin decidirme a decirle a Gully que no creo que lo de vivir juntos vaya a funcionar, y la cosa tiene visos de ponerse aún más negra, pues se supone que estamos buscando un sitio agradable adonde mudarnos. Creo que sabe que no me hace excesiva ilusión, pero supongo que espera que lo nuestro salga bien. Es una responsabilidad tan grande… Un amigo mío se casa el viernes (soy el padrino). No le he dicho nada, pero su casorio me convence aún más de que yo no voy a casarme hasta que tenga unos setenta años. Es demasiado angustioso.

Espero que las cosas vayan bien en casa. Cuando vinieron a pasar el día Rob y Olivia me contaron que estabais todos alegres y contentos. Quiero bajar a veros dentro de un par de fines de semana, pero ya os avisaré cuando lo sepa seguro. Dales mi amor a todos, incluido K. (El otro día vi un par de Blenheim spaniels *alucinantes*: deberíamos conseguirle uno a R[osie] como segundo marido.)

Con montones de amor, besos

Mart

Posdata: ¿Podríais mandarme también un cheque de 8 libras (3 libras y 10 chelines para la propina del criado; y, dado que me quedo más tiempo: Tintorería: 30 chelines; material [¿de escritura?]: 10 chelines; café: 10 chelines; cupones de comida: 2 libras).

Hasta pronto.

PENSAR CON LA SANGRE

—Así que al final ganaste —dijo mi madre, a mediados de enero de 1995.

—¿De verdad que has estado siguiendo todo esto, mamá?

—No desde el principio. Cuando empezaron a atacarte. Entonces pensé: *vaya*… Pero al final has ganado, cariño.

—¿Sí? Bueno, supongo que sí.

Volé a Boston, y luego a Los Ángeles y me hospedé en el Beverly Wilshire Hotel. Es el hotel que sale en *Pretty Woman. Pretty Woman*, ¿la recuerdan? La historia de una prostituta de Los Ángeles (Julia Roberts) redimida por un apuesto hombre de negocios (Richard Gere). Hay una escena, que tiene lugar en una de las mejores habitaciones del Beverly Wilshire, en la que las estrellas son las fresas, el champán y (si la memoria no me engaña) el sexo oral. Bajo los auspicios de una relaciones públicas vigorosamente posmoderna, cada huésped recién llegado encuentra en su habitación un bol de fresas y una (media) botella de champán. Lo cual, a aquellos que se toman todo en sentido literal, les hace llamar de inmediato al servicio de habitaciones para preguntar por Julia Roberts o, en todo caso, por alguna prostituta de Los Ángeles… El Desdentado se prepara para las cenas *à deux* con John Travolta. En la primera de ellas, la mujer de John, Kelly Preston, apareció con el hijo de dos años de ambos, Jett («Jett tiene unas pestañas», escribiría más tarde, «de unos dos centímetros y medio de largo»). Jett Travolta, la vida de Jett Travolta: una idea extraordinariamente buena para una novela… Caroline Graham, del *New Yorker*, vino a verme a pie de piscina en el Wilshire. Estaba ligeramente consternada, creo, ante el estado de mi cara. «Pero has ganado», me dijo. ¿Sí? ¿Contra *qué*? Unos días después, Caroline me proporcionó una improvisada pajarita en el aparcamiento subterráneo de la sala donde iba a tener lugar la entrega de los Globos de Oro, y en la que yo habría de animar a mi John Travolta (candidato a Mejor Actor, por *Pulp fiction*). Entramos en el edificio, precedidos por Sharon Stone, todo un espectáculo de rubio estrellato, fieramente vitoreada por la muchedumbre acordonada. Una vez dentro, fui inmediata y humildemente enfrentado cara a cara con Sofia Loren (una belleza

«orgullosa», cuya expresión habitual sugiere que se halla a un tris de la indignación imperial). Junto a la entrada vi la desgalichada y furtiva figura de Quentin Tarantino. Obtuvo un Globo de Oro (al Mejor Guión). Travolta no. ¿Quién lo derrotó? ¿Tom Hanks? A Jessica Lange le dieron el de Mejor Actriz, por *Las cosas que nunca mueren*. En su discurso dio las gracias a absolutamente todo el mundo. «Last but not *leastly*…» «Open *widely*…» «¿What's *nextly*…» John Travolta es uno de los hombres más cuerdos que he conocido en mi vida. No pierde el tiempo fingiendo que no es una estrella del celuloide. Hasta lo de su adscripción a la Cienciología (descrita, en los sueltos de prensa, como un cruce entre el yoga y el satanismo), resultó ser algo sobremanera duro: la vida como una lista de tareas que hacer. Nunca me he sentido más feo que cuando cené con John Travolta (o más pobre: yo con mi VW Golf y él con sus tres aviones). No dio la menor señal de haber advertido mi «dificultad»: la ausencia, la pérdida en mitad de mi cara. Y en el plató de *Cómo conquistar Hollywood*, el último día, después de comer una pizza en su remolque (una casa móvil de lujo), me abrazó al despedirme —el hombre cuya andrógina belleza había alabado Truffaut…—. Volé a Nueva York y escribí el artículo en la habitación del hotel. «Ha ganado», me estaría diciendo muy pronto un periodista norteamericano. «Pero ha sido una victoria no muy clara, ¿no le parece?» Y yo le respondí: «¿Victoria contra qué?»

Un día, once meses después, cuando cogí un taxi a la entrada del St Pancras's Hospital, donde mi padre estaba ingresado, el conductor me dijo:

—¿Notting Hill? Pensaba que vivía en Camden Town.

—Todavía no.

—He leído en alguna parte que vivía en Camden Town.

—Me mudo el mes que viene.

A la calle de mi padre. A unos ochocientos metros de su casa (pero en la misma calle).

—¡Ah! Así que ahora le llevan cierta ventaja… Y le van *dictando* lo que hacer…

Cuando volví de Nueva York (tras nuevas visitas al dentista: tras montones de nuevas visitas al dentista), mis nuevos editores me dijeron que iban a publicar rápidamente mi novela para aprovechar «la publicidad» reciente. Un momento, un momento, pensé yo: la publicidad de la que hablaban era una publicidad *mala*. ¿No debíamos, más bien, esperar a que todo pasara?[254]

Me estaban *dictando* lo que debía hacer. Y sentí que *perdía*, porque me daba mucha pena mi novela. Era un «desinteresado empleo de palabras», pero *no* lo parecía, llegando como llegaba: con ruido, y, por

así decir, de forma victoriosa, y creando una disonancia cognoscitiva en torno a sí misma. Porque era una novela sobre el perder, no sobre el ganar; sobre el fracaso, sobre mi fracaso.

Pero esto sólo sucedía en el Reino Unido, por supuesto. Era aquí donde me estaban *dictando* lo que hacer. Me estaban dirigiendo en una película sobre el Reino Unido.

HITCH: NUEVA INGLATERRA, 1989

> Ravelstein, al oírlo, echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos y echó el cuerpo hacia atrás mientras estallaba en carcajadas. Yo, a mi modo, hice lo mismo. Como he dicho antes, era nuestro sentido de lo que tenía gracia lo que nos unía, pero ése sería un modo de poco fuste, anémico de explicarlo. Un ruido jubiloso —de *immenso giubilo*-, un inmenso acuerdo era lo que nos mantenía unidos, y el tratar de formularlo no nos llevaría a ninguna parte.

Dije en el coche, un Chevrolet Celebrity alquilado:

—Y nada de memeces siniestras, ¿de acuerdo?

—… nada de memeces siniestras.

—¿Prometido?

—Prometido.

Mi acompañante era Christopher Hitchens, y lo llevaba a Vermont a conocer a Saul Bellow. Íbamos a cenar y a quedarnos a dormir, y a la mañana siguiente volveríamos a Cape Cod. Cape Cod era el lugar donde pasé ocho o nueve veranos con mi primera mujer y con los niños, en Horseleech Pond, al sur de Wellfleet. La expresión «memeces siniestras» se remontaba a nuestros tiempos del *New Statesman*. En 1978, su director Anthony Howard acabó cediendo ante las fuerzas históricas y dejó su puesto de modo honorable. Hitch y yo formábamos parte del complicado comité de dos niveles y seis miembros que debía nombrar al sucesor. En el curso de una entrevista, Neal Ascherson, uno de los tres candidatos preseleccionados,[255] dijo lo siguiente: «Si a alguien se le ocurre oponerse a la sindicación obligatoria va a acabar con las narices como una bota.» Yo dije luego que aquello eran «memeces siniestras» y Christopher, estuviera o no de acuerdo (él era, claro está, mucho más pro sindicatos que yo), pareció quedarse con la expresión. Nada de «memeces siniestras» significaba «nada de profesiones vehementes de izquierdismo». En 1989, las fluctuaciones del momento —que a la sazón recibían el nombre de Corrección Política— habían encasillado a Bellow en la derecha. Recibía frecuentes ataques por tal causa, y en mi opinión aquel día merecía una velada tranquila en su propia casa. Hoy pienso

que Bellow y Hitchens no son tan diferentes en sus intuiciones políticas —en especial en su percepción de cómo Norteamérica es administrada o repartida. Cuando leí el libro de Hitch sobre Clinton, *No One Left to Lie To* [No queda nadie a quien mentir] (1999), recordé «fisiológicamente» una hora que pasé con Saul en 1988. Yo estaba de paso hacia Nueva Orleans para cubrir la Convención Republicana (donde Bush dio rienda suelta a Dan Quayle), y le pedí que me preparara políticamente para el acontecimiento. Su visión descarnada de la corrupción y los chanchullos económicos de Washington me pusieron los pelos de punta… Y aquel día, mientras el Chevrolet Celebrity rodaba audazmente por la Route 6 rumbo a Vermont, me sentía razonablemente seguro de que la velada iba a salir bien. Nada de memeces siniestras.

Era un trayecto de cinco o seis horas, pero la sensación —muy cinematográfica— de viajar con un camarada en coche con la radio puesta me resultaba sumamente grata. Paramos varias veces para las ingentes comidas (inacabadas) y rotundas bebidas alcohólicas que demandaba Hitch. En aquel momento mi amigo se hallaba en la crisis de la edad mediana, que había empezado a ensañarse en él a finales de 1987. Mientras el comandante Eric Hitchens se hallaba ocupado en el trance de morirse, el hermano menor de Christopher, Peter, revelaba cierto secreto de la familia. Christopher lo cuenta así:

> El relato de mi hermano fue sencillo, pero sobremanera sorprendente. Nuestra madre había muerto trágicamente, y joven, en 1973.[256] Pero su madre aún vivía, y disfrutaba de una décima década de vida llena de energía. Cuando mi hermano se casó, llevó a su mujer a conocerla. La vieja dama, más tarde, le felicitó por su elección, y al cabo añadió (muy alarmantemente): «Es judía, ¿no es cierto?» Peter, que hasta entonces no había dicho nada al respecto, asintió con cautela. «Bien», dijo la mujer a quien habíamos conocido toda la vida por «Dodo», «tengo algo que decirte. Tú también lo eres.»[257]

Aquella información le brindó a Hitch un tipo de placer complejo, y le sirvió ciertamente de acicate. Pero todo le llegó como un mazazo: la nueva «ubicación» de la madre, la muerte del padre (los dos imagos ahora transfigurados), el final de su primer matrimonio, la separación de los hijos… Y helo ahí, entonces, a punto de cumplir cuarenta años y descubriéndose miembro de una raza diferente. Siempre lamentaré haber sido menos amigo de Christopher en su climaterio que él de mí en el mío. Cierto que él conocía ya el terreno: había experimentado ya los principales trances de la vida, incluido el divorcio, y yo aún me hallaba unos años más atrás… Al rellenar el calendario del dolor,

vemos que «las penas más duras tienen que ver con el amor». Christopher y yo, al irnos del hogar, lo hicimos «por amor». Pero ¿cómo queda el «libro de contabilidad» del amor cuando todo ha quedado atrás? Porque tú eres a un tiempo el enemigo del amor, y —para tus hijos— su depredador. «Odio el amor», declaró mi hijo Louis cuando tenía cinco o seis años (se quejaba del interés por el amor que vio en un libro que estábamos leyendo). En realidad no quería decir eso (lo que hoy diría sería: «Ya no confío en el amor»). Cuando Dryden volvió a contar la historia de Marco Antonio y Cleopatra, tituló su tragedia *All for Love* [Todo por amor] (o «El mundo definitivamente perdido»). Aquellos magníficos amantes sacrificaron imperios, sí, pero tuvieron la certeza de que exaltaban el amor, el valor primero, incluso en sus derrotas y suicidios. Les envidio la floritura. Los que un día nos ausentamos de la compañía diaria de nuestros hijos debemos enfocar la cuestión desde una óptica diferente. El amor sale de ello con ganancias, pero también con pérdidas. Y siempre que el amor va perdiendo es la fuerza de la muerte la que gana. El divorcio: «algo increíblemente violento». ¿Qué padre o madre que haya pasado por él no ha deseado la muerte del ser un día amado? Es algo universal. Y por eso sientes que el corazón se te gangrena dentro del pecho. Por eso (como me sucedió a mí en su día) deseas que unos hombres de blanco vengan a llevarte y a limpiar la sangre que has dejado.

El Chevrolet Celebrity de color crema, tras atravesar con suavidad las granjas y pastos pletóricos de viveza de New Hampshire, se adentraba en los paisajes sin esculpir de Vermont. Las carreteras se hicieron más oscuras y serpeantes, y al llegar a un alto túnel de follaje anaranjado nos detuvimos a comprar las botellas de vino propuestas por Hitch (y secundadas por mí: los Bellow eran anfitriones generosos, y Saul había conocido a John Berryman y a Delmore Schwartz, pero no tenía la menor idea de a qué estaba a punto de enfrentarse con nuestra llegada), y los montones de miel y jarabe de arce que nos llevaríamos de vuelta a Cape Cod. Puse el intermitente de la izquierda y el Celebrity dejó la carretera principal e inició el descenso del valle. Los Bellow nos esperaban en el jardín.

Quiero decir aquí que cuando volví de Jerusalén en 1987 mi fe en la salud artística de mi padre —y en ella englobo todo lo que yo consideraba vital para el saludable estado de su espíritu— volvía a ser ferviente. Un año antes había publicado el libro por el que sería recordado: *Los viejos demonios*.[258] Es su novela más larga, y la que menos flaquea. En mi opinión puede compararse a cualquiera de las grandes novelas del siglo (a excepción, por supuesto, de *Ulises*, que es de altura shakespeariana). Kingsley, en ella, no desmerece del mejor autor o autora. Pero lo que a mí más me importó en aquel tiempo fue

que anunciaba una *rendición de la intransigencia*. Yo lo había esperado con la vehemencia con que uno espera que cese el llanto de un bebé, o el enfurruñamiento maratoniano de un niño, o el desamor de un amante. *Los viejos demonios* marcó el final de su soledad buscada. Mi padre se echó atrás, cedió. Todos tenemos que hacerlo, tarde o temprano; todos tenemos que acabar saliendo del cuarto al que nos hemos enviado nosotros mismos. Y emergió con una novela sobre el perdón. No había perdonado a Jane, y jamás la perdonaría, pero había perdonado a las mujeres, y había perdonado al amor. Había vuelto al valor supremo (y seguiría volviendo a él en sus cinco novelas posteriores). «Odio el amor», había dicho mi hijo Louis. «Odio el amor» no es ningún credo que a uno le convenga seguir postulando. En aquella ocasión mi alivio fue puramente instintivo: una voz que decía: «Tu padre vuelve a estar bien.» Ahora veo que el largo gruñido de desencanto de Kingsley se había quedado al fin sin aliento. Y sé por qué… En cualquier caso, en mí no había ningún vacío de padre que llenar, del mismo modo que a Saul Bellow, al tener ya tres, no le quedaba hueco alguno para otro hijo.[259]

A eso de las 11.15 un silencio largo se abatió sobre la mesa donde estábamos cenando. Christopher, completamente sobrio pero con los ojos bajos, aplastaba entre las manos un paquete vacío de Benson & Hedges. Los Bellow también tenían la mirada baja. Yo estaba sentado con la cabeza entre las manos, mirando fijamente las secuelas de la cena (de aquella especie de siniestro automovilístico: faros abollados, bisagras desencajadas, tapacubos bamboleantes…). Tenía el pie derecho dolorido por las continuas patadas en las espinillas que le había propinado a Hitch.[260]

Sería una simplificación decir que Christopher se había pasado los últimos noventa minutos hablando sin parar de memeces izquierdistas. Pero no temamos caer en simplificaciones. Las simplificaciones, a veces, le vienen a uno de perlas… El tema de la discordia era, por supuesto, Israel. La posición de Christopher al respecto se hallaba perfectamente explicitada en un trabajo suyo titulado «La herética tierra prometida» (*Raritan*, primavera de 1987), donde en apoyo de sus ideas había aducido «las idealizaciones generalizadas de Israel que normalmente encontramos en Saul Bellow, Elie Wiesel y otros». Gran parte del discurso de Christopher de aquella noche, en la mesa de Vermont, puede hallarse en su ensayo de 8.000 palabras, escrito, por así decir, por el gentil que había en él. Y el resto de tal discurso lo encontramos en «Acerca de no saber de la misa la media: homenaje al telegrafista Jacob» (*Grand Street*, verano de 1988), que escribió ya como judío. Huelga decir que la cambiada identidad étnica de Christopher, por una básica y elemental cuestión de pundonor, no

causó el menor efecto en sus opiniones sobre ciencia y moralidad políticas. La revelación de su abuela Dodo no había hecho a Israel menos mesiánica o expansionista o cuasidemocrática. Christopher no pensaba con la sangre, ni en el escritorio ni a la mesa, y las emociones y atavismos los dejaba a un lado mientras la razón —ese nabab de todas las facultades— hacía libremente su trabajo.

Saul también había dejado clara su postura, tanto en hechura de libro extenso (*Jerusalén, ida y vuelta*) como en colaboraciones periodísticas y trabajos sueltos. Su condición de judío se halla en el eje de su narrativa, que es otra forma de decir que impregna toda su mente inconsciente. (Mientras que el alma de Christopher, me permito sugerir, es esencialmente gentil. Mi amigo carece de inconsciente judío, aunque su bello sueño premonitorio, conmovedoramente descrito en su ensayo de 1988, permite detectar en su ser íntimo ciertos atisbos de él.) Sería absurdo negar que, en el tema de Israel, Bellow piensa hasta cierto punto con la sangre: el inconsciente siempre piensa con la sangre. Si el escritor está hecho de tres seres diferentes —el literario, el inocente, el común y corriente—, el inocente es muy fuerte en Saul Bellow, pese a su gran saber, experiencia y sentido común. Y como escritor lo que hace es llevarlo todo más allá de su inocencia, de su mente inferior, de su alma primaria. Lo lleva todo más allá del alma. Pero su sangre *piensa*, e Israel, por tanto, se halla ligada a él por consanguinidad; «la consanguinidad judía, ese arcaísmo del que los judíos iban camino de desembarazarse hasta que los sucesos del presente siglo les han obligado a detenerse». Israel es consanguínea con el Éxodo, con la Diáspora, con el Pogromo, con el Gueto y con el Holocausto.[261] En cierta ocasión le oí decir que los judíos, «después del terrible castigo recibido», habrían sido exterminados de no haber existido el estado de Israel. El próximo capítulo será el de la Integración, y con ella habrán llegado al final: será el final de la ligazón con sus muertos esenciales.

Huelga decir que Bellow —como buen benthamiano— era perfectamente capaz de un debate racional sobre Israel, sobre sus pros y sus contras. Pero aquélla no fue una noche de debates racionales. No, en absoluto. Muy pronto las intervenciones de Janis y mías se vieron reducidas a algún ocasional fonema de protesta. Y Saul, con el torso inclinado sobre la mesa, los hombros echados hacia adelante y las piernas tensas bajo la silla, fue sumiéndose en un creciente laconismo, y allanándose más y más ante la catarata de razón pura —con todo lujo de detalles concretos, precedentes históricos, candentes estadísticas, llamativas y finas distinciones— de la «estampida» cerebral de Christopher.

Luego todo terminó. Y nos enfrentamos al silencio. Yo sentía un dolor punzante en el pie derecho a causa de las patadas en las

espinillas que le había estado dando a Hitch por debajo de la mesa (y que de nada habían servido). Como explicaré más adelante, también yo pienso con la sangre en relación con Israel. Pero mi sangre no pensaba en Israel aquella noche. Se estaba instalando un consenso en el comedor de los Bellow. Un consenso tácito: la velada no podía ya salvarse. ¿Un cambio de tema de conversación y una taza de café como lenitivo? No. No había nada que hacer, salvo dar la velada por terminada e irnos a la cama. Pero seguíamos allí sentados, rígidos, mientras el silencio se hacía más insoportable por momentos.

Christopher seguía aplastando con suavidad entre sus manos la dorada cajetilla vacía de Benson & Hedges. Y parecía intensamente concentrado en lo que estaba haciendo. Ante él, sumido en el silencio, el quieto campo de batalla: el estado de Israel, concienzudamente desmontado, minuciosamente «derrocado»... En su novela parcialmente *à clef* sobre la vida literaria londinense, *Brilliant Creatures* [Criaturas brillantes] (1983), Clive James dijo que la frase «no sentirse avergonzado en lo más mínimo» muy probablemente se había inventado pensando en el personaje basado en Christopher Hitchens. Pero al final de la velada que nos ocu pa Chris topher parecía rumiar el concepto de la reprobación de uno mismo. Durante la discusión se habían sopesado las opiniones del profesor Edward Said, y Christopher, a modo de broche, había expuesto con vehemencia sus argumentos. El silencio seguía hiriéndome el oído como el zumbido de un mosquito.

—Bien —había concluido Christopher—. Os pido disculpas si he hablado demasiado. Pero Edward es amigo mío, y me habría sentido muy mal si no..., si no le hubiera defendido.

—Y ¿cómo te sientes *ahora*? —dijo Saul.

RACHEL

> Supón que yo tuviera que hablarle de las raíces de la memoria en los sentimientos —de los temas que integran y mantienen la memoria, en caso de que tuviera que explicarle lo que realmente significa conservar el pasado—. Cosas como: «Si el sueño es olvidar, olvidar es también dormir, y el sueño es a la conciencia lo que la muerte es a la vida. De forma que los judíos piden a Dios que también Él recuerde, *"Yiskor Elohim"*.»
>
> Dios no olvida, pero en tus plegarias le pides sobre todo que se acuerde de tus muertos. Pero ¿cómo iba yo a lograr causar impresión alguna en un chico así?[262]

Mi visita de 1987 a Israel no fue la primera. Había estado el año anterior, invitado por la Fundación Educativa Amigos de Israel (en

compañía de otros cuatro escritores: Marina Warner, Hermione Lee, Melvyn Bragg y Julian Barnes). Tuvimos audiencias con rabinos y académicos; almorzamos con un par de políticos en la cantina del Knesset;[263] fuimos a Harodian, Masada, el Mar Muerto, Belén, Jericó; y estuvimos en un *kibbutz* en los altos del Golán.[264] Tomamos un vaso de té con el beduino prototípico, en su tienda, y dimos una vuelta en su camello. Y nos lo pasamos en grande. Pero no se nos presentó a ningún palestino ni a ninguno de los Herejes de Tierra Santa —tales como Israel Shahak, Witold Jedlicki y Emmanuel Faradjun— con quienes Christopher Hitchens mantenía una estimulante relación por aquellas fechas. V. S. Naipaul, en sus libros de viajes, pone a los estados-nación en el diván del psiquiatra, y analiza su salud mental. Y los escritores y los viajeros hacen algo parecido. Tras un par de días tu cuerpo emite un veredicto sobre el lugar en el que estás; y yo, allí, me sentí vigorizado, rejuvenecido. Los palestinos, es cierto, resultaron invisibles; pero ninguno de los judíos con quienes hablé dejó de mostrarse preocupado por su situación y por el agravio que ésta suponía para la justicia y la democracia.

Un año después me daría la sensación de que la sociedad israelí que había conocido estaba cambiando. El chequeo al que la sometí no me dejó muy tranquilo.[265] Mi mujer viajaba conmigo, y percibí en todo momento ciertos énfasis instintivos de los varones: el referido a su inquietud por la higiene femenina, por ejemplo… Ver a aquellos tipos con el kipa en la coronilla emitiendo sus plañidos ante el Muro de las Lamentaciones me recordaba la observación de Nabokov sobre los chimpancés vestidos para los espectáculos circenses y cómo ello degradaba su naturaleza animal. ¿Qué era lo que se degradaba en este caso? Algo cercano a la autonomía humana. Y ¿quiénes eran aquellos eruditos y cantores de sinagoga que te rozaban sin verte cuando se cruzaban contigo en sus vagabundeos y caminatas sin objeto? (De cuando en cuando eran abordados por algunos norteamericanos que hacían proselitismo en favor de las iglesias de la patria: «¡Amigo! ¡Existe otro camino!») Una vez, en el Barrio Árabe, tuve un pequeño altercado con uno de los guardianes de la Sagrada Mezquita, y en sus ojos vi que era capaz de hacernos *cualquier cosa* a mí y a mi mujer y a mis hijos y a mi madre, y que el hacerlo no haría sino reafirmar su rectitud. La humanidad —o yo, al menos— no puede soportar demasiada religión. En el plano político, además, no resultaba nada fácil hablar con libertad. Naipaul quizá debería haber llamado la atención sobre ciertos síntomas de las largas (y plenamente justificadas) manías persecutorias. Estábamos en el estado-plaza fuerte, y lo que percibíamos era el desgaste del asedio.

Me siento esperanzado ante el futuro de Israel, y jamás me mostraré enteramente racional en los debates al respecto. Al pensar en

Israel, lo hago con la sangre.

En 1967, mientras Saul Bellow se movía entre los cadáveres en el Sinaí (es «un olor "agridulce", como a cartón podrido, que acaba convirtiéndose en un sabor de boca»),[266] yo yacía entre los brazos de una judía sefardita, en Golders Green. Cuando comenzó la invasión, el 5 de junio, mi amiga salió de estampía a donar sangre para Israel. Y supe al instante que aquello era amor: mi primer amor… Mi único amigo, Rob, decía con resignación que era la chica más hermosa que había visto en toda su vida: su boca era grande, y su nariz inequívocamente guerrera, y su pelo tenía un lustre de ébano. Vivía con su madre (que trabajaba para lord Sieff, de Marks and Spencer), y su abuela era muy anciana y diminuta y divertida, y religiosamente ortodoxa (en su despensa hasta el café instantáneo era *kosher*). Mi novia era un año mayor que yo, y virgen. Cuando lo que tenía que suceder sucedió, buscamos la sangre, y no la encontramos. Fuimos inseparables durante medio año. Luego, claro está, nos separamos.

Nuestro amor tuvo un colofón. Seis años después ella leyó *El libro de Rachel*, y me llamó por teléfono. Quedamos para cenar en «nuestro» *bistrot* cercano a Baker Street, y fui —lo confieso— temiéndome una diatriba de tres horas, una bofetada y un pleito por libelo. En este libro se ha tocado varias veces el asunto de las personas reales y las personas inventadas. Cuando se empieza una novela a los veintiún años, uno no tiene conciencia (o eso me pasaba a mí, al menos) sino de su propia persona, por lo que se ve abocado sin remedio a la autobiografía, ya que no tiene *nada* más a su alcance. Rachel, en el libro, es agradable y comprensiva, pero también triste y confusa. Y yo había exagerado sobremanera la frialdad con la que es finalmente rechazada. Llegué al *bistrot* y busqué a mi primer amor con la mirada. Y no la encontré. En su lugar había una mujer de veinticinco años, absolutamente formada.[267] Fue una de esas cenas en las que los camareros no paran de preguntarte si le pasa algo a la comida… Porque sientes el cuerpo lleno, tenso, ahíto, y no puedes ingerir ni un bocado más; porque tu cuerpo no necesita nada más. Y sentí un inmenso gozo, un maravilloso alivio, una intensa emoción —amén de asombro, como es lógico— cuando mi antiguo amor, al final, me dijo: «¿Quieres venir conmigo a mi habitación? A tomar café», para enseguida añadir, de forma inusitada en ella (eso pensé en aquel momento, pero ¿qué sabía yo?): «Además de para lo obvio…» Pasé varias noches con ella en el ala residencial de su facultad, situada al final de la Metropolitan Line. Estudiaba medicina, y pronto dejaría el país. Para siempre. ¿Dónde habrá acabado? ¿En Australia? ¿En Canadá? ¿En Israel, cuyo ejército recibió su sangre? A la mañana siguiente del primer día cogí el metro —directo a Blackfriars y al *TLS* —, y al subir en el vagón me dije que «lo obvio» había sido inefable, y

recordé mi asombro (incluso mi alarma) al sentir cómo la sangre se me encendía.

Así que nunca seré enteramente racional en relación con Israel. Siempre que piense en Israel, lo haré con la sangre. No con la *mía*. Con la sangre de mi primer amor.

LA MUERTE DE UN SENTIMIENTO

El Guardabosques tiende a estar alegre por las mañanas, y normalmente te ofrece un par de expansiones festivas con las tostadas y los cereales del desayuno —lo de «K-K-K-Katie…», por ejemplo, y, si hay niños, lo de la cabra de Hogan—. Pero —harto explicablemente, quizá— aquel día no hubo cantos ni rimas infantiles cuando Christopher, que había hecho una pausa para apagar un cigarrillo en la chimenea, volvió a ocupar su puesto a la mesa. El desayuno fue cortés. Ni Hitch ni yo quisimos prodigarnos más, y al rato nos adentrábamos en la niebla rumbo a los Eastern Woodlands, «con sus hayas, abedules amarillos, arces, tilos, acacias blancas, rocas, zanjas de drenaje…, y sus pájaros y su fauna (desde las especies más grandes hasta los tritones rojos que se ven sobre el asfalto). Las hojas de los álamos, cuando entrecierras los ojos, son como una lluvia de calderilla». Ése era el problema, o parte de él: se suponía que Vermont era el mundo verde, una distracción de la distracción. Vermont era *el sitio bueno*.[268]

En el camino de vuelta a Cape Cod, me tomé —en expresión acuñada por James Fenton— una SBIR.[269] Pero entonces no lo consideré un acto de represalia (no en aquel momento), porque nuestro viaje de regreso estuvo marcado por la distensión fraternal de costumbre. Me dio la impresión de que lo que hacía era dejarme llevar por un juvenil impulso. Hoy veo con claridad que lo que en realidad buscaba era una reparación por su conducta con los Bellow. En algún punto del Massachusetts rural hicimos la parada de rigor —para comprar las muchas y fuertes bebidas y los montones de cosas de comer (jamás comidas) sin los que Hitch no podía sobrevivir durante mucho tiempo—. Fue tras cruzar el puente e incorporarnos a la Route 6 —ya en el interior de la península de Cape Cod— cuando Christopher empezó a plantearme con vehemencia la necesidad no de una repartición de Jesusalén sino de una parada inmediata. Pero el Celebrity de color crema continuó su camino a toda velocidad. Al cabo de unos veinte minutos —los pucheros de Christopher se habían convertido en una gimiente petición de clemencia (me recordaba mucho a mis hijos y su idéntico alarido terminal: «¡Papá, rápido! ¡No puedo *más*!»—, me desvié hacia una vía de acceso, y, a cien kilómetros por hora, pisé a fondo —con mi dolorido pie derecho— el

pedal del freno. La vejiga de Hitch, en comunión tan íntima e indisoluble con el cinturón de seguridad, experimentó una violenta sacudida hacia adelante, y, lo que es peor, un vibrante retroceso hasta su sitio. Me resulta difícil reproducir el doble gemido de mi amigo (algo así como «¡Ah, uh!», al pasar de inicial alarma a declarado espanto). Luego dejaría claro que no le había hecho ninguna gracia. Cuando volvió del empapado bosquecillo y me llegó a mí el turno de adentrarme en él (arbustos, maleza, colillas…, y en el aire un penetrante tufo a alivios fisiológicos humanos), Hitch intentó una taimada huida en el Celebrity, con idea de hacerme recorrer a pie unos cuantos kilómetros. Pero no consiguió ponerlo en marcha.[270]

Aquella noche, en la casa de Horseleech Pond, Christopher y yo tuvimos el ataque de risa más largo y ruidoso que habíamos tenido nunca, seguido de la más larga y ruidosa de nuestras peleas. Al ataque de risa volveremos más adelante. La pelea fue algo previsible, y no pudo evitarse: «¡Así que defendías a tu amigo…! ¡A tu amigo Edward! ¡Pues bien, Edward *no estaba* allí! ¡El amigo que estaba allí era *yo*! ¿Qué me dices de *ese* amigo? ¿Y qué me dices de MI amigo Saul? ¡Y no parabas de hacer aquello tan horrible con los labios…!» Luego dirigí mis andanadas hacia otros campos, y acusé a Christopher de ser el causante de los recientes cataclismos de su vida.[271] Pero hay veces en que los modales son más importantes que el estado de Israel, lo mismo que hubo un tiempo, en Israel, en el que los modales fueron más importantes que el fin del mundo… La vida, en este punto, se comporta como un relato corto, y todo se halla conectado. Todo se halla interrelacionado: todo por amor, el mundo definitivamente perdido, las continuas muertes de los sentimientos… Christopher estaba llegando al final de un mundo a través de grandes cambios, de colosales reorganizaciones. Todos los imagos, todas las estampas —las figuras de la baraja— estaban siendo barajadas (rey, reina, jota…).

Al día siguiente, aún conmocionado, indignado y culpable, le decía por teléfono a Saul:

—Y dile a Janis que lo siento.

—Por favor, no te preocupes.

—Merecías una noche de asueto…

Saul dijo, en tono enérgico:

—Martin, no tienes que ser duro contigo mismo al respecto…

—Gracias, Saul. Pero cuando tú…

—Escucha: estoy acostumbrado. Me pasa continuamente.

—¡Eso es precisamente lo que decía *Hitch*…!

No pudimos evitar reírnos. Y, consecuentemente, empezó a quedar atrás el incidente. Algunos veranos después, estábamos en la misma cocina de Vermont cuando vimos que Christopher dedicaba a los

Bellow unas líneas de arrepentimiento, o al menos de agradecimiento. Era un mensaje cifrado en un artículo que había publicado en el *London Review of Books*. Sus palabras fueron recibidas con indulgencia —o, mejor, con calidez—. Lo mismo que mi esposa, mi nueva esposa, que me acompañaba en aquella visita. Fui aceptado, pues, en mi nueva realidad… Es un deseo sencillo: tratar de triangular a tus amigos. Y en el caso de Hitch pienso volver a intentarlo. Y es de justicia hacerlo porque fue precisamente Christopher Hitchens quien me «presentó» a Saul Bellow (como lector). «Échale una ojeada a *El legado de Humboldt*», me dijo en las escaleras del *New Statesman*, en —creo recordar— 1977. Leí, en cambio, *La víctima*, y después de unas cuantas páginas sentí que se abría paso en mí un reconocimiento que podría formularse (de forma menos exaltada que solemne) más o menos como sigue: «He aquí un escritor del que tendré que leer todo lo que escriba o haya escrito.» Y todo se siguió de eso; y en eso sigue basándose mi relación con él. Veo a Bellow quizá dos veces al año. Y nos llamamos, y nos escribimos. Pero esto es sólo una parte del tiempo que paso en su compañía. Saul está en las estanterías, en mi mesa de trabajo; está por toda la casa, y siempre en disposición de hablar. Eso es lo que es la escritura: no una comunicación sino un medio de comunicación. Y están los otros escritores que bullen a tu alrededor; son como amigos: pacientes, íntimos, eternamente insomnes y accesibles, a lo largo de los siglos. Ésta es la definición de la literatura.

Oh, sí… Lo del ataque de risa… Fue una especie de paroxismo que te vuelve del revés y te deja con una nueva amalgama de fluidos corporales. *Immenso giubilo*. La broma —la improvisación— no tenía nada que ver con Israel, ni con Vermont, pero seguimos en esta suerte de relato corto y todo está a la altura de las circunstancias. En una de sus más asombrosas manifestaciones, Nietzsche afirmó que una broma es un epigrama de la muerte de un sentimiento.[272] Nuestra broma improvisada era violentamente escatológica, y no resistiría la transcripción. Pero estábamos de *duelo* por algunos sentimientos: los relativos a la primera mitad de nuestra vida. La juventud puede tal vez ser definida como la ilusión de la propia durabilidad. El desvanecimiento final de esta ilusión agosta la piel de las ojeras y hace que el pelo se te caiga al pasarte el peine. Era una época clausurada. E íbamos a pasarlo mal. Soles moribundos de determinado tamaño llevan a cabo la pesadilla del alquimista: convertir el oro en plomo. Y allí estábamos, en 1989, rumbo al metal de baja ley. La transmutación le había llegado a él (a Hitchens), y me llegaría a mí sin tardanza.

«Todo me ha llegado como un mazazo», le dije a Hitch aquella Navidad lúgubre, cuando de súbito me llegó el turno. «Ruptura matrimonial, separación de los hijos, crisis de salud…» Lucy Partington, Bruno Fonseca, Saul Bellow en la Unidad de Cuidados

Intensivos… Y una novela —*La información*— a la que había dedicado cinco años; empezada en paz y ahora en una guerra de espasmos… Christopher estaba allí sentado, brindándome su presencia. Cuéntame mucho o poco, lo que quieras, me decía. Él podía contemplarme —esa impresión me daba— desde la posición de privilegio de su humanidad más madura. Reconociéndole esto, dije:

—Lo que me faltaría ahora es que se muriera uno de mis padres…

Pero ahora, durante un rato más, estoy en la casa de Horseleech Pond. Ahí está el claro entre los árboles donde Christopher y yo, a los treinta y seis años, posamos con nuestros hijos en brazos: Louis y Alexander. Las mujeres que sacan las fotografías son Antonia y Eleni. Luego vendrán otros nacimientos: Jacob, Sophia. Todo esto es lo que va a acabar. Todo esto es lo que va a esfumarse. Todo va a fracasar. Yo voy a fracasar. Me dije a mí mismo: «Mira: mira lo que has hecho. Ahí tienes el coche alquilado, un coche alquilado diferente, que vas a conducir solo hasta Logan. Ahí tienes a tu mujer, que llora en el camino de entrada. Más allá, sobre el retazo de césped, están tus dos chicos, junto a su zoo en miniatura, con sus ranas, sus tortugas…»

CARTA DESDE OLD FORGE

The Old Forge
Shilton
Oxon
[Otoño, 1971]

Queridísima Wog:[273]

Gracias por el cheque y la nota. Aquí se han dado unos dramas tan interminables… Parece que todo se está yendo de las manos. Como consecuencia de los felizmente variados acontecimientos del pasado fin de semana, Z, a quien tú conoces, está internado en el psiquiátrico local de Oxford. Lo que sucedió fue lo siguiente: el viernes le dio una paliza a una chica de la que lleva enamorado de forma poco o nada realista unos seis meses, y a la que pidió que viniera a pasar con él el fin de semana y al final la encontró en la cama con otro invitado.[274] El sábado siguió portándose como un lunático (se llevó mi coche para pasar la tarde y se gastó todo el dinero que tenía); intentó suicidarse con unos somníferos (tratamos por todos los medios de hacerle vomitar y de mantenerle despierto, y luego le llevamos a ciento veinte por hora al Radcliffe, yo al volante…). Resultó que estaba bien. Y el domingo volvió a casa cuando estaban solas Gully e Y, y tuvo una agarrada con Y, y al cabo de tal aleccionadora escena Y llamó a la policía diciendo que no estaba dispuesta a «seguir teniendo a aquel

sujeto en casa». Llegué yo y puse un poco de orden en aquel caos. Temporalmente. Z se fue al psiquiátrico (donde sigue desde que le dio el ataque) e Y se fue a la London Clinic… Las últimas semanas se han caracterizado por los histerismos prácticamente continuos y las estentóreas peleas entre X e Y. Cosas como: «¡No me quieres! Si me quisieras me *cuidarías*!» (queriendo decir, me malicio, que si la quisiera se pasaría más tiempo lamiendo el suelo de la cocina). Forraje novelero[275] y poco más. Jamás he visto una gente con más ganas de hacer propaganda de su vulgar y egoísta emotividad; y que consiga hacerse tan horrible y blandamente *vulnerable*. Los nuevos decretos que Y nos ha transmitido desde la clínica son los siguientes: *nada* de traer amigos a la casa, *nada* de música pop, etc. Sencillamente porque «no puedo soportarlo». El caso es que, con la expulsión de Z, el alquiler me ha subido a 6 libras. Ya me ha llegado el dinero; me las arreglaré para hacer frente a la diferencia, y espero que Gully pueda venirse a vivir aquí enseguida, con lo que la cosa mejorará de forma indecible.[276] Pero, por otra parte —y ciertamente utilizaré esto como amenaza—, el ambiente que me rodea no es el mejor para mis exámenes finales de último curso (a esto hay que añadir, además, las agotadoras y costosas idas y venidas en coche a la facultad). Así que te diré que si las cosas no se calman esto va a resultarme un infierno… Y —la mujer— no es estudiante, y X no se enfrenta a los exámenes finales de último año, así que, ¿qué diablos le importa a ella? Ella es la *casera*, como le decía a gritos a Z montones de veces, así que podía mandarlo a la calle cuando quisiera. En fin, si se pone demasiado insoportable y se queda sola tendrá que pagar ella toda la renta.[277]

Como ves, me vendría bien un poco de apoyo y de consejo. Jonathan [Wordsworth] dice que le encantaría que le sacáramos por ahí el día 11, y yo estoy deseando ver vuestras cuerdas caras. ¿Podrías mandarme unas líneas diciéndome lo que tenéis pensado para Jonathan, amén de lo que piensas tú de todo esto? Yo estoy perfectamente, pero cada día me enfurece más lo de la casa y demás, teniendo como tengo tanto que estudiar… Os veré pronto a los dos. Dale todo mi cariño a Col (dile que lo del Seguro está bien). Y, para ti y para papá, montones de amor.

Con amor, besos

Mart

SEGUNDA PARTE

LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS

1. DELILAH SEALE

Era a finales de la primavera de 1995, y acababa de volver de una gira promocional de tres semanas por Norteamérica. En tales giras, dijo una vez Ian McEwan, te sientes como una especie de «empleado de un yo pasado», porque el libro está ahí, en la calle, y ha de ser escoltado y defendido mientras que tú has seguido hacia adelante y ya estás en otra parte. Bien, mi libro, *La información* (con toda su «impedimenta») seguía conmigo, seguía en mí enormemente, en todo momento. Pero no voy a permitirme más lamentos en torno a aquella gira. Algunos escritores consideran el papel de este doble más degradante-desarraigado-aburrido-agotador, etc., que otros; y otros no son fácilmente divisibles y se enclaustran a sí mismos en fosos con alambre de espino.[278] Novedad ultrajante en un tiempo, las giras de promoción de los propios libros se aceptan hoy día como un hecho más de la vida, y como una cuestión de rutina profesional. Llegas a una ciudad y te presentas a los medios; después, por la noche, como individuo que se debe a sus lectores, apareces en la librería y oficias. Y, al verte enfrentado a ellos (tu más preciado activo), algo salutífero sucede. Compruebas cuán desesperadamente los necesitas, porque ellos saben quién eres realmente. Son los confidentes de tu mente inconsciente. Al Autor le hace bien encontrarse con el Lector. A veces, en la cola para la firma, veo un par de ojos que calladamente me dicen que la comunión se ha producido, y siento la transfusión correspondiente.

Había llegado a Londres por la mañana, en un vuelo nocturno. Mi avión, además, después de una parada forzosa en el Ártico, había llegado con cuatro o cinco horas de retraso. El estado posgira promocional de un libro podría considerarse similar al de un *jet-lag* extremo, con o sin el cansancio y desorientación extremos que éste normalmente lleva aparejados. Maltrecho y escindido, el autor (ese ser no especialmente frágil) ha de despojarse de su yo ejecutivo para retomar su anterior ser. Era domingo. Yo y mi fantasma estábamos solos en mi estudio. Tomamos café —o al menos yo lo hice y se lo tomó él—. Se dio un baño y se desprendió de todo resto de adherencia del Jumbo, y me sentí un poco mejor. Nos fuimos pasando el cigarrillo mientras yo echaba un vistazo al correo. Una de las cartas me hizo

sentarme de inmediato, nada más leer la mitad de la primera frase. Esto, podría haberle susurrado a mi fantasma, probablemente es para ti…

Aquella noche, con la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, fui con Isabel al cine Coronet —en Notting Hill Gate—, a ver *Una insólita aventura* (adaptación de la novela de Beryl Bainbridge; lo siento, Beryl, pero me dormí —con un sueño hondo e irregular— durante la mayor parte de ella, y al final me salí del cine). Nos reencontramos a la salida y fuimos a cenar al restaurante italiano de esa misma calle, un poco más adelante. En la carta se recomendaba un plato que podría traducirse como «del bolso de la abuela». La vez anterior que habíamos estado allí Isabel le había preguntado al Desdentado si le apetecía un plato de horquillas con DentuFix. Saqué la carta del bolsillo y se la tendí a través de la mesa.

Isabel acabó de leerla y dijo:

—… *Estupendo*.

—No hay ninguna razón, ¿verdad?, para que no sea una cosa genial…

—Ninguna.

A la mañana siguiente llamé a mi madre e hice que su mente retrocediera unos veinte años. E inmediatamente la oí decir:

—Aún tengo la fotografía.

—¿Crees que podrías encontrarla, mamá?

—La tengo aquí mismo, encima del tocador.

Y ahora soy yo quien la tiene aquí mismo, en una estantería de mi estudio, junto a la mesa de trabajo, al alcance de la mano.

Consideré importante contar la historia de la forma más sencilla posible. Mis interlocutores, después de todo, tenían once y diez años. El mayor, mi hijo Louis; el menor, mi hijo Jacob. Les había llevado, para la ocasión, a un restaurante chino, el Spice Market, que los dos apreciaban mucho en aquel tiempo por sus ofertas de «sírvase usted mismo» y de «coma todo lo que pueda», amén de los fuertes chisporroteos de su Parrilla Mongola. Lo que iba a revelarles era una cuestión familiar, una cuestión privada (que yo sabía que no podía seguir siéndolo). Entre mis íntimos se daba el sentimiento de que debía esperar, de que «los chicos aún no estaban preparados» para la noticia. Pero a mí me daba la impresión de que no me quedaba otra alternativa. Para decirlo con contundencia: estaba viendo comprometido mi libre albedrío. Al Cuarto Poder no iba a importarle lo más mínimo el que mis hijos estuvieran preparados o no.[279] Fuera como fuere, decidí que *sí* estaban preparados, que lo habían estado siempre. Confiaba en la ética de mis hijos.

—Hubo una vez una niñita… —dije.

Dije: Os voy a contar una historia: hubo una vez una niñita llamada Delilah. Tenía un hermano y una madre y un padre. Cuando tenía dos años murió su madre. Su madre se quitó la vida. Se ahorcó. Delilah creció con su hermano en casa de su padre, que había vuelto a casarse. Luego, cuando tenía dieciocho años, supo que el padre que la había criado no era su verdade ro padre. Y así, repentinamente, Delilah sintió como que no tenía padres…

Louis y Jacob hablaron con una sola voz. Aquella noche lo hablaron todo con una sola voz.

—Pobre —dijeron.

—Bien, chicos… Su padre verdadero… soy yo.

—Qué bien… —dijeron.

Y seguimos hablando.

Qué bien… Sí, parecía estupendo.

La cita era a las siete de la tarde en el bar de un hotel de Knightsbridge, el Rembrandt. Un nombre con mucha fuerza, con un espíritu estimulante para los estudiosos del rostro humano. Pronto dos rostros humanos se encontrarían frente a frente, como en un espejo, y ambos se comportarían el uno con el otro con una curiosidad sin precedentes. Llegué con veinte minutos de antelación, acompañado de la indispensable Isabel. Me temblaban las manos. Siempre me tiemblan las manos, pero aquella tarde pa recían desconectadas de mí por completo. Una taza con su platillo, en mis manos, habrían parecido un par de castañuelas. Y un vaso con hielo, unas maracas. Nos sentamos en un sofá, entre lámparas y mesitas, tapetes y antimacasares. Miré hacia la puerta. Ella sabía cuál era mi aspecto. Y yo sabía que ella tenía diecinueve años y que llegaría a la hora en punto.

A aquella misma hora, el día anterior, en el mismo bar del mismo hotel, yo había tenido una conversación con el padre —o *copadre*— de Delilah, Patrick Seale (un personaje de probada versatilidad: agente literario, marchante de arte, corresponsal extranjero y especialista en Oriente Próximo). Era autor de varios libros; era asimismo el autor de la carta que yo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. En esta ocasión sus modos, como su carta, fueron impecablemente francos y directos. Patrick me explicó que el plan original era contárselo todo a Delilah cuando cumpliera veintiún años. Pero se habían interpuesto diversas circunstancias de política familiar (estaban la madrastra y dos niños más…), y al final Delilah se había enterado. Lo sabía desde hacía unos meses. ¿Cómo había reaccionado? Patrick describió un proceso que comenzaba por la pena y se convertía luego en algo más

dúctil. Siguiendo las pautas de su forma de ser extraordinariamente evolucionada, le había dado a Delilah una caja con todos mis libros (una especie de *kit*) y un vídeo con una entrevista de una hora. Yo no llegaría a ella de forma totalmente directa, sino filtrado por mí mismo y por los otros: Delilah, presumiblemente, sabía ya que había abandonado a mis hijos para irme a Nueva York a vivir con una heredera (lo mejor —como fácilmente se entiende— para desbaratar todo posible intento de hacer valer una sonrisa a lo Liberace)[280]… Pero ésa era una cuestión secundaria, o incluso terciaria. En el momento de la revelación ella debió de mostrarse totalmente indiferente respecto de mi identidad (y no digamos respecto de mi aspecto físico). Cuando traté de pensar en tal momento la imaginé sumida en el pánico del nexo perdido. El nexo —con su padre, con su hermano— parecía perdido, pero no lo estaba. Y en la mesa de aquel bar le esperaba un nuevo nexo. Pensé, también, en el valor que iba a necesitar aquella noche de verano para subir las escaleras y abrir la puerta que le conduciría hasta su padre.

Entró.

—Es… *tú* —dijo Isabel.

Abracé y besé a aquella chica con mi cara.

Al día siguiente hablé con Patrick por teléfono. Fue una conversación de urbanidad surrealista. Se me antojó probable que tales frases jamás hubieran sido oídas con anterioridad. Le felicité por su hija, y él me felicitó por la mía.

—Pobre —dijeron los chicos al unísono, cuando oyeron la historia.

—Qué bien —dijeron cuando les dije quién era el padre.

—Estoy muy contento, y me siento muy orgulloso de que os lo hayáis tomado así.

Y quizá debía haber añadido que me sentía muy aliviado, pero en realidad no creo que fuera alivio, porque no creo que hubiera albergado duda alguna respecto a cómo iban a reaccionar mis hijos. Y, de nuevo, me llegó la misteriosa única voz de aquel dúo, que ahora decía con el ceño fruncido:

—¿Y por qué no íbamos a tomárnoslo así?

Sí. Exacto. ¿Por qué no iban a tomárselo así? Y cuando uno o dos días después Delilah vino a cenar por vez primera a casa los chicos brincaron ante el sonido del timbre, y subieron corriendo a abrir la puerta para dejar entrar a su hermana.

Seis semanas más tarde fui a recoger a Louis a la salida de su clase de guitarra (eh, un momento: *¿qué fue* de aquellas clases de guitarra…?), y entramos en una tienda de prensa para comprar un cómic o una revista de fútbol. El *Daily Express* nos sacaba a Delilah y a

mí en primera plana. Mi hijo, en tono sardónico (no suelo utilizar casi nunca este adjetivo), dijo:

—¿Más mala publicidad, papá?

—No sé. Quizá no.

Cité, sin decírselo, a su abuelo, en relación con las correspondencias entre la crueldad y el sentimentalismo.

—Sólo disponen de esas dos vías —dije—. Y creo que esta vez echarán mano de la segunda para despertar calor humano en los lectores.

—Dios. Todavía están en ésas…

—Sí.

Delilah estaba en lugar seguro, o al menos distante, y seguiría allí otros tres meses. Pero el *Daily Express* mandó en su busca a un reportero (a Quito, Ecuador). Delilah cooperó (nuestra política, formulada por Patrick, era la de cooperar), y el artículo subsiguiente mostró en relación con nosotros una sonrisa indulgente. La cobertura informativa adoptó el enfoque de un tratamiento harto afectuoso. Sin duda era la juventud de Delilah —su inocencia y vulnerabilidad manifiestas— lo que había ablandado tal óptica. Yo estaba muy contento de que no hubieran intentado herirla. Pero lo vivía todo como quien tolera (pensando en sus muchas otras e inmediatas bendiciones) el interludio lloroso de un borracho notoriamente violento. Nuestra historia circulaba por las rotativas, y era tratada con mayor profundidad los fines de semana. Y entonces llegó una nueva revelación.

En su ensayo sobre *La tienda de antigüedades*, G. K. Chesterton habla de ese tipo de crítica o comentario que a un escritor le hace «brincar fuera de las botas». Si bien es extremadamente raro que tal cosa suceda. Nueve de cada diez escritores —calculo— pasan por la vida sin llegar a experimentarlo nunca. Pero sucede: me sucedió a mí. En el *Observer* dominical la novelista Maureen Freely montó una sencilla retrospectiva de mi narrativa en la que hacía constar —justo un poco antes de la publicación de mi tercera novela *Éxito* (1978)— la llegada puntual de toda una riada de hijas perdidas o errantes y padres putativos o desertores, y afirmaba que tales figuras volvían a surgir, con las debidas variaciones, poco antes de la publicación de cada una de mis novelas. Nada podía hacer yo contra tal diagnóstico. Estaba en sintonía con algo que había dicho Patrick en nuestra primera charla por teléfono: «Espero que lo hayas tenido ahí, en el fondo de la mente.» Sí, ahí exactamente: en el fondo de la mente. La escritura viene de la trastienda de la mente, donde los pensamientos se hallan aún sin formular y la ansiedad permanece silente. De ahí es de donde procede: del desasosiego silente. Sentí que algo había de embarazoso en la pulcritud y obviedad de la interpretación de Freely.

Pero al mismo tiempo me produjo un brusco consuelo, porque significaba que yo había estado con Delilah en espíritu mucho más de lo que jamás había llegado a ser consciente.

La interpretación, además, es incompleta. Hay al menos otra imagen fantasmal, otro espectro idealizado y temido. A un metro de mi hombro derecho se halla el portarretratos con las fotografías, una a espaldas de la otra (¿cómo llegaron a juntarse?), de Delilah Seal (de dos años, con el vestido estampado y las sandalias) y de Lucy Partington (sentada en un fotomatón, con gafas y uniforme de colegio). Hay una tercera presencia, una tercera ausencia: la de la madre de Delilah, Lamorna, que se ahorcó en 1978.

Creo que llevo ya mucho escrito sobre el suicidio y sus implicaciones. El suicidio es el más sombrío de todos los asuntos; la historia más triste. Despierta el terror y la piedad en mí, aunque también me compele, empuja en mí la mano que escribe. Quizá porque lo que yo hago durante todo el día y lo que hacen los suicidas en un único instante son cosas casi diametralmente antitéticas. Chesterton (de nuevo) dijo que el suicidio era un acto más duro y difícil que el asesinato. El asesino mata sólo a una persona. El suicida mata a todo el mundo. Y ¿qué *otra* memoria soterrada me hizo ayer bajar a mirar una novela que tras trece páginas me enfrentó con lo siguiente?:

> Entonces vi… cuán convencionales eran mis viejas ideas sobre las preocupaciones previas al suicidio; un hombre que ha decidido darse muerte se halla ajeno por completo a los asuntos mundanos, y el hecho de sentarse y escribir su última voluntad es, en ese instante, un acto tan absurdo como dar cuerda al reloj de pulsera, pues, junto con él, va a ser destruido el resto del mundo; la carta final es instantáneamente reducida a polvo y, con ella, todos los carteros del planeta. Y, cual humo, se desvanece también el patrimonio legado a una igualmente inexistente progenie.[281]

«Todos los carteros del planeta»: una genialidad. Siento una fuerte y constante resistencia ante la dureza de la gran formulación de Chesterton. Nabokov, que es un ser moral pero no moralista, se muestra más lacerantemente persuasivo. En la novela corta de la que he tomado la cita muestra que el escritor es lo más antagónico al suicidio que existe, pues no sólo aplaude constantemente la vida sino que, además, la crea, y asigna aliento y pulso a «una progenie inexistente». El suicidio es un omnicidio. Pero no está en mi ánimo emitir un juico sobre él. Es algo que escapa a la moralidad. A través de la historia el suicidio se ha ido distanciando gradual y trabajosamente

de la censura humana: de los anatemas y penas aparejadas, las tumbas cubiertas de piedras en cementerios sin santificar, los cadáveres profanados… ¿Por qué atravesarles el corazón con una estaca cuando, como bien sabía Joyce, lo tenían roto de antemano?

En mi novela *Tren nocturno* la narradora hace la siguiente observación: «Solía decirse, no hace mucho tiempo, que todo suicida proporcionaba a Satán un placer intenso. No creo que sea cierto, a menos que también sea mentira que el diablo sea un caballero.» Pero el diablo *no* es un *gentleman*. No le cuadra en absoluto ese concepto de *gentle*. Y cuando Satán, en *El paraíso perdido,* sale del Pandemónium (morada de todos los demonios) su misión es la siguiente: «Devastar toda la obra del Creador»,

> confundir a la raza
> de la humanidad en una sola raíz, y enlazar y
> mezclar tierra con infierno…

También los suicidas asesinan el mundo. Son, en ese instante crítico, todos los hombres y todas las mujeres. Pero su acto no lleva aparejada culpa alguna. Si el sufrimiento de Lamorna hubiera sido soportable, lo habría soportado.

Delilah era una niña de dos años y se había quedado en las escaleras; su hermano mayor, Orlando, que iba delante, vio el cuerpo colgando. Y fue Patrick quien tuvo que entrar y «bajarla». El vacío mundo de «ahí arriba» es, por supuesto, el hecho central que subyace en el origen y la evolución de Delilah, y no el pequeño misterio de su perdido y hallado padre, que es algo bueno, estupendo, y sólo eso. Sin madre, pero con más de un padre —y muchas cosas más—. Y todo continúa. Delilah, tras la revelación, perdió la consanguinidad técnica con su medio hermano y media hermana. Pero tiene otros dos más —un medio hermano y otro medio hermano— que la esperan, y que como un equipo están atentos al sonido del timbre para subir corriendo las escaleras y abrirle la puerta para que entre en casa.

—¿Qué piensas tú, mamá? —le dije, mientras ella me quitaba de la mano la fotografía.

—… *No hay ninguna duda*.

—¿Y qué debo hacer?

—Nada, cariño. No hagas nada.

Siempre había querido una niña, y de pronto la tenía delante de mí en el Rembrandt, y era como mirarme en un espejo. Durante diecisiete años sólo me había preocupado por ella en la trastienda de mi mente. El tiempo, de tal forma agraviado —pensé—, nos iba a dar ahora arduo trabajo que hacer. Pero no ha sido así. El amor fluyó (y pronto fue declarado). Y ahora los dos decimos las palabras al unísono: ¿por

qué iba a ser de otra manera?

2. UN PEQUEÑO ABRAZO MÁS

COMIENZO

Así que antes de perder a un padre encontré a una hija…

La cosa empezó con la noticia de una caída. No me alarmó demasiado enterarme de ella, por la sencilla razón de que Kingsley se caía con frecuencia. Yo solía decirle que caerse era lo único que había hecho en toda su vida. Estaban los lentos y majestuosos «hundimientos», tales como el que yo había intentado orquestar en medio de Edgware Road (véase más adelante). Y estaban otros tipos de traspiés, caídas y tropezones, que normalmente tenían lugar en alguna de las piezas de la casa y eran controladas por mi madre y mi padrastro desde la planta baja (que daba al jardín). Oyéndoselas contar a mi madre, se diría que algunas de ellas eran como si de pronto se hubiera estrellado contra el suelo una cómoda arrojada desde una avioneta.

—Absolutamente ensordecedor. Pero no deberíamos ni mencionarlo. Sucede tan a menudo que ni siquiera subimos. A menos que se quede inmovilizado y no pueda levantarse. Entonces da unos golpes en el suelo y mando a Ali.

Así que en la noticia de que se había caído no había nada demasiado alarmante: nada alarmante *per se*.[282]

No obstante, cuando me enteré de que se había caído tuve, si no una premonición, sí algo previo a ella: percibí como una «coloración», como un cambio de luz. Mi padre se había caído en una escalera de piedra en Swansea (sur de Gales), donde seguía pasando varias semanas en agosto, con talante bastante taciturno pero perfectamente consciente de su propia fortaleza. Se sentía muy ligado a sus amigos de aquellos pagos (los Thomas, los Rushe…), y le gustaba charlar y beber con ellos,[283] pero ya no era un ser de hábitos anuales; sus hábitos se habían vuelto diarios, incluso de *horas*, y temía cualquier trastorno que pudiera alterarlos. Cuando iba a Gales —acabaríamos por entender— no hacía sino ceder ante la presión familiar, que abogaba por que concediera cierto descanso a Hilly (descanso que, a su juicio, ella no necesitaba). Pero había una cosa que —confesaba—

sí le divertía: los viajes en minibús. Los minibuses empezaron a funcionar a mediados de la década de 1980. En sus *Memoirs* hay una fotografía de Kingsley y su pandilla de amigos a la entrada del Plough Inn, en el pueblo de Carmarthenshire. Y en la siguiente página, en otro pueblecito mínimo del valle, lo vemos arrodillado y sumiso, con la cabeza y las manos en un cepo. En el brazo superior del artilugio leemos unas palabras pintadas rotundamente falsas: EL TONTO DEL PUEBLO, y la cara de Kingsley tiene un aire (muy logrado) mansamente servil e ignaro. Pero ante mí se mostraba un tanto vergonzoso con lo de los viajes en minibús: visitas a pubs motorizadas, en realidad, pero también excursiones a lugares de interés de la ondulante Gales. No eran precisamente las visitas a los pubs lo que le hacían sentirse incómodo, sino el aspecto, digamos, turístico de tales viajes, pues le hacían sentirse un poco Papi B. (un gran y voluble experto en Gales, como bien sabía Kingsley). Cuando hablaba de lo mucho que le gustaban los viajes en minibús su actitud sugería que yo no me equivocaba al ser escéptico en relación con ellos. Pero el caso es que yo no era escéptico en relación con ellos: disfrutaba con la animación que veía en él… Sigo sin saber si la caída de que hablo tuvo lugar en el curso de uno de estos viajes en minibús. Sé que sucedió después del almuerzo. «Se dio un porrazo en la cabeza», me contó mi madre. Sí, debió de darse un fuerte golpe en la cabeza.

He dicho que Kingsley «se iba» a Swansea todos los años, pero este verbo reflexivo,[284] amén de arcaico (o *arc.*),[285] induce a error. Jamás había viajado solo sin sentirse aterrorizado. Incluso cuando era veinteañero necesitaba acompañante. La compañía de un niño, de un tierno infante (estoy pensando en una de sus cartas particularmente ufana, en la que cuenta un breve pero exitoso viaje en tren con su hijo mayor, mi hermano, que entonces tenía un año) era capaz de insuflarle —a través de la vergüenza— el coraje necesario para acometer un viaje. También recuerdo las veces en que mi madre lo llevaba a mi habitación en mitad de la noche tras sufrir un ataque de despersonalización. Y recuerdo asimismo la visita familiar a la azotea panorámica del Empire State Building, en 1959, sobre la que dijo que sólo la presencia de sus hijos le había impedido ponerse a gritar… Fue Sally, en aquellos días, la que lo llevaba hacia el oeste más allá de Offa's Dyke; luego, después de una taza de té en la cafetería de la estación, mi hermana cogía de nuevo el tren para volver a Paddington. Tres semanas más tarde, Sally volvía a recogerlo para traerlo de vuelta a casa. Pero aquel año su viaje de vuelta no fue el programado y revistió caracteres de emergencia. Hoy sé más de aquel suceso que entonces; cómo resbaló hacia atrás en los escalones, cómo su cabeza dio contra el suelo de cemento, cómo empezó a sentirse peor de lo que se había sentido nunca. Sentí alivio y gratitud al saber que fue un

amigo quien trajo a mi padre a Londres. Tal amigo fue, precisamente, su biógrafo Eric Jacobs.[286]

Era agosto, y la familia se hallaba en pleno proceso de reagrupamiento. Oí que se había caído el día mismo en que se le esperaba en Londres, donde iba a ingresar en el Chelsea and Westminster Hospital, en Fulham Road. Mi madre, exhaustivamente familiarizada con los miedos y apuros de su ex marido, no se mostró nada alarmada y empleó un puñado de frases hechas: Kingsley había sufrido «otra caída» y se encontraba «conmocionado» y lo iban a «tener en observación». Con lo que hoy quizá pueda parecer una ridícula falta de decoro yo había quedado para jugar al billar aquella noche. Llamé a mi amigo y le dije que tenía que ir a ver cómo estaba mi padre, y que le llamaría más tarde. Llamé al hospital, y a eso de las siete de la tarde conseguí que me pusieran con la habitación de Kingsley.

—¿Papá?

Juro que me resulta imposible recordar las dos palabras que articuló en su respuesta (salvo que había algo erróneo en ellas). Si uno quiere recordar los «neologismos» de un niño lo que ha de hacer es tomar nota de ellos al instante: son una especie de sopa de letras, y suponen un reto tanto para la memoria como para el sentido. Mi padre dijo algo somnoliento que sonó como si se estuviera esforzando en dedicarme un saludo absolutamente normal y corriente. Quizá: «Oh, eres tú»; o: «Ah, estás aquí»… ¿Qué dijo exactamente? ¿«Eres tú»? ¿«Estás aquí»?

—Voy enseguida —dije yo.

Pero él continuó, ahora reconocible por completo.

—No. Mejor que te reserve para mañana, si sabes a lo que me refiero…

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Así que me fui a jugar al billar con toda aquella cáfila de lánguidos y desgalichados y anémicos y furtivos parroquianos del Health and Fitness Club de Portobello, bajo la Westway. Visualicé al biógrafo de Kingsley conduciendo a toda velocidad por la M4 hacia el este, aquella misma mañana, en una anónima pero altamente sofisticada máquina automóvil (llevando a cabo una tarea que sin duda debía haber realizado yo mismo). La gratitud que sentía hacia él llevaba aparejada cierta dosis de culpa, en parte escasamente pertinente, ya que resultó que el tal biógrafo no había ido expresamente a Gales a recoger a mi padre sino que estaba ya allí de visita. Dicho de otro modo: me alegraba no haber tenido que ir hasta Gales a buscarle. En mi otro club de Salud y Buena Forma, el Paddington Sports, hay un gran

hombre llamado Ray Gibbs que, en cierta ocasión, desafiado de pasada acerca de su forma física, se levantó de la silla y se fue *corriendo* hasta Gales. Ray tiene sesenta años. Mientras mi cuerpo jugaba al billar aquella noche, mientras se tensaba y se agachaba y ejecutaba las jugadas —nada de ello demasiado bien, bastante peor que de costumbre—, mi mente pensaba una y otra vez: podría haberlo hecho; podría haber *conducido* hasta Gales. Pero ¿qué era lo que había dicho exactamente mi padre? ¿«Estás aquí»? ¿«Eres tú»? Sonaba a respuesta a aquella pregunta acerca del amor de *La liga anti-muerte*. 1994 y 1995 no habían tenido que esforzarse demasiado para persuadirme de que me había vuelto inmune a los desastres, y de que a nadie le son ahorrados los principales acontecimientos. Sentí que un presentimiento se iba abriendo paso a través de mi cuerpo hasta hacerse consciente en mí, y no sobre el amor, sino sobre su opuesto. ¿Era ahora? ¿Era él?

En el verano había imaginado varias veces el primer encuentro de Kingsley con Delilah. Seguía aún en Suramérica, recorriendo el continente de un lado a otro en compañía de otra gente, en un vehículo del tamaño de un camión. Ello les brindaría un tema de conversación: los viajes en minibús. Yo sabía que el presentar a Delilah a mi madre iba a suponerle a ésta una especie de brisa, una brisa suave y cálida, pero mi padre era harina de otro costal: no era del todo fiable.[287] Estaba seguro de que le gustaría su risa, sus carcajadas: su sonido y su viveza. La risa sería un importante activo en ella. Kingsley querría seguir oyendo aquella risa. Y se esforzaría en espolearla.

Como consecuencia de una de sus anteriores caídas o «contratiempos mecánicos» (a menudo acompañados de la sospecha de un infarto, una trombosis…, de un ataque leve de apoplejía), mi padre había perdido momentáneamente la cordura. Escribió acerca de ello, con toda la frescura y el detalle de la recuperada perspicuidad, en un pequeño gran texto titulado «A Peep Round the Twist» [Un vistazo a la locura], que cierra la parte de prosa de sus *Memoirs*. Ilusiones, delirios,[288] alucinaciones buscadas, imaginados poderes psicocinéticos… Estaba en el hospital con la pierna rota; la cabeza parecía tenerla en perfectas condiciones cuando fuimos a visitarle. Aunque había una diferencia. Me habló de las voces:

—Una niña pequeña me llamó viejo fascista.

—Pero en realidad no lo hizo.

—… No.

—Es como lo de Pinfold.[289] ¿Qué era lo que decía…? «Sabrás, por supuesto, que es homosexual. Todos los judíos lo son.»

Kingsley frunció el ceño, vigilante. Seguimos hablando. Apareció otro visitante (ex alumno suyo, era evidente), que había oído lo del

accidente en los periódicos. Había algo intranquilizador en aquel recién llegado (¿estaba borracho?), y no sonó a nada extemporáneo —sólo extrañamente cándido— el que Kingsley le preguntara, con suma amabilidad, si no le importaba marcharse. Y el hombre lo hizo. Mi padre y yo seguimos hablando. Él parecía estar bien de la cabeza, pero yo había detectado cierta diferencia. Y por fin identifiqué cuál era esa diferencia. Y me asusté.

Ahora pienso en *Stanley and the Women*, la novela en la que entonces estaba trabajando, y en las sugestivas disquisiciones sobre la locura de Nash, el viejo psiquiatra, que concluye: «Las compensaciones del estar cuerdo puede que no sean muchas, pero saber qué es lo que de verdad tiene gracia es una de ellas. Y eso zanja el asunto en un sentido.»

FULHAM ROAD

Especializados como están en ingresos y altas,[290] los hospitales invitan a que se los compare con los aeropuertos. Pero el Chelsea and Westminster Hospital parecía llevar tal similitud hasta extremos increíbles. La planta baja era un auténtico amasijo de establecimientos y franquicias (de comercio oportunista, en suma). Uno casi miraba a su alrededor en busca de tiendas libres de impuestos. Era sábado por la mañana. Los sábados por la mañana vienen después de los viernes por la noche, y aquel hospital hacía lo que normalmente hacen los hospitales, de forma que, presumiblemente, en alguna parte tenía que haber salas de espera y salas de Urgencias donde atender a esa hermandad de accidentados de fin de semana —para no hablar de las salas de la tercera edad, necesariamente más numerosas cada día—, pero uno no veía absolutamente nada de esto, nada de puntos de atención a los humildes, nada de vagones de tercera… Kingsley estaba en el ala privada, el Club World, y lo encontré esperando al otro extremo de los ascensores.

Si mi padre hubiera estado jugando al juego de los adverbios (tomo prestada otra línea de *Stanley and the Women*), el adverbio que le habría correspondido entonces habría sido «normalmente». Recibió y devolvió mi beso normalmente; sorbía su zumo o su agua de seltz normalmente; ojeaba el *Daily Telegraph* normalmente. Dijo poco, pero lo dijo con claridad. Y dijo que quería irse a casa. Philip estaba presente: cambiamos una mirada que nos remontó a la niñez, a la primera infancia: un cauto gesto que decía, medio cómicamente: «¿Y ahora qué?» Sally también estaba en el hospital. Estaba hablando por teléfono, pidiendo un cóctel de gambas al servicio de habitaciones. Porque es allí donde estábamos: en una de las mejores habitaciones del hotel del aeropuerto. Sólo que el cuarto de baño, con sus asideros

de metal, sus alfombrillas de goma con oquedades de ventosa en forma de calamar, sugerían las múltiples incapacidades posibles de sus usuarios. Uno a uno (la vida debía seguir), los niños Amis descendían al foso sulfuroso de la Sala de Fumadores y se sentaban junto a un trémulo espectro en bata que se inclinaba con gratitud sobre su furtivo cigarrillo…

Entró un médico enormemente alto —aún más estilizado por el traje oscuro de raya diplomática— y tan engolado como un agen te inmobiliario de Mayfair. ¡Médicos…! ¿Quiénes son estos personajes?[291] Aquel médico concreto dijo que sir Kingsley había sufrido una «conmoción» y «necesitaba descanso». Mi padre se movió con mayor coordinación mientras el médico estuvo presente. Luego, como en el retraso de cinco horas en un vuelo, la tarde se alargó de forma interminable ante nosotros.

«Hacer de canguro de papá», lo llamábamos nosotros. Y *él* también lo llamaba así. Estar con papá, hacerle compañía, se había convertido con los años en una actividad o experiencia de un cada día más claro torpor. Él leía su periódico. Nosotros leíamos el nuestro. Lo normal era que formulara sus quejas de rigor en relación con las incorrecciones y barbarismos del lenguaje, con los retruécanos de los titulares, y que explicara cómo debían escribirse. Pero ya no lo hacía. La ancianidad, para él, era como la intimidad del ámbito privado, y se hacía más densa y honda con los años.

—Mira, papá. Échame una mano con esto.

Le tendí mi ejemplar del *Independent*, doblado en cuatro para enmarcar el crucigrama. Kingsley, por supuesto, estaba muy bien dotado para los crucigramas, pero con el transcurso de los años había ido perdiendo interés, porque solía decir que los tipógrafos se confabulaban para «joderle».[292] Otra objeción era que los crucigramas eran «muy parecidos al trabajo». Y decía lo mismo del ajedrez. Una vez, en Princeton (yo tenía nueve años), se las arregló para perder una partida en cuatro jugadas. No fue el clásico mate Pastor, que exige la avisada colaboración del adversario. El mate Pastor se da en *dos* movimientos. En su versión más larga las negras no tienen más que hacer caso omiso de una amenaza de pinza absolutamente mortífera —y vergonzosamente trillada— contra su peón de alfil de rey: (1. P-4R… 2. D-3AR… 3. A-4A).

—Mate —dije, perplejo, pensando, por espacio de un instante, que me iba a pedir enseguida la revancha. Pero lo que hizo fue ponerse de pie con aire compungido y volver a su estudio. No, el ajedrez *no* le gusta, pensé. Fue la última vez que él y yo jugamos al ajedrez… En lo alto del Empire State (un día también célebre por lo mucho que gastamos: 100 dólares) dirigí la vista hacia Manhattan con una sensación de privilegio y logro sin límites, y el hecho de que aquella

centelleante inmensidad no inspirara sino horror en mi padre me parecía algo dolorosamente incongruente. Me sentía apenado por él, y también desconcertado, porque siempre había pensado que los adultos vivían más allá del miedo.

Aquel día, tendido en la cama del hospital, aceptó el crucigrama-concurso del *Independent* (el premio era un libro de consulta de la Universidad de Oxford: seguramente una obra preciada por los entendidos). Me quedé observándolo: el apretamiento de los labios, levemente contrariados e irritados; la enfática expulsión de aire por los orificios de la nariz; el movimiento previo de cabeza, como aprestándose con desgana a concentrarse. Comprendí su doliente queja: más palabras, más tratos con las palabras. Y en vano, además, porque cualquier «ratón de crucigramas»,[293] enviaría la solución antes que él (alguien que *no se dedicara más que a eso*), con lo que él jamás ganaría ese *Manual de literatura inglesa* o ese *Diccionario de citas*. El ratón de marras, por supuesto, tendría ya tal libro de consulta en su biblioteca. Más aún, probablemente *figuraría* en él… Sea como fuere, los domingos, a la hora del almuerzo —mientras los chicos veían *Tom y Jerry* o el vídeo de *Aliens*—, Kingsley solía rellenar con impresionante facilidad la última media docena de casilleros del crucigrama del sábado que yo llevaba a su casa.

Me devolvió el *Independent* (no quería saber nada del asunto) diciendo:

—El ocho horizontal es *stop*.

Creo recordar que era *stop*. Era una palabra de cuatro letras que contenía dos abreviaturas y un sinónimo táctico. La clave quizá era algo como: «Impedir obras viales (4 letras)», y la solución: *road* [carretera, calle] = *st; work* [trabajo, obra] = *op.; prevent* [impedir, prohibir] = *stop*.

—Gracias, papá.

Yo pronto recordaría estos momentos con veneración, como un apóstata que recordara la unción y el fervor de la fe.

Estuvo ingresado una semana y, aunque a quien deseaba a su lado y necesitaba era a mi madre, también los niños iban a verle por turnos, lo que me obligó a ir y venir al hospital multitud de veces.

Larkin —que ahora se me antoja desaparecido hace tanto tiempo— empezó su monumental poema hospitalario «The building» [El edificio] del modo siguiente:

> Más alto que el más elegante hotel; se ve
> su luminosa cresta en varios kilómetros, pero mirad:
> a su alrededor un laberinto de calles se alza y desciende

como un gran suspiro del siglo pasado.

Fulham Road no parecía en absoluto un gran suspiro del siglo pasado, sino un gran suspiro del que viene —y no, tampoco parecía un suspiro sino una tonadilla, un *jingle*—. La zona estaba experimentando una plutocrática italianización (con Milán de modelo, no Florencia o Roma), y tomaba su carácter del Chelsea Football Club (de Roberto Di Matteo, de Gianfranco Zola, de Gianluca Vialli…). En la calle todo el mundo va impecablemente acicalado, magníficamente calzado, y tiene cintura de avispa, y lleva chaqueta de piel. Parece que todos ganaran treinta mil libras a la semana y comieran pasta tres veces al día. Y su corazón, en reposo, apenas tuviera una pulsación a la hora.

Vivimos allí un tiempo, a un par de manzanas al este, en el 128 de Fulham Road: mi madre, mi hermana, mi hermano y yo. Era a principios de la década de 1960, después de la ruptura del matrimonio, después del interludio sin padre de Sòller (Mallorca). Ingresé en un colegio de secundaria en Battersea, sobre el río (mi madre trabajaría luego en el zoo de Battersea; en su juventud había sido encargada de unas perreras y había almohazado a montones de caballos). Philip había vuelto a su internado asociado a Cambridge. En vacaciones nos pasábamos el día intentando ligar[294] (con distintos amigos; unas veces con unos y otras con otros), y la noche jugando al Scrabble.[295] En 1963 mi madre tuvo una especie de crisis nerviosa. Se fue a algún sitio a recuperarse e, incomprensiblemente, sus hijos camparon por sus respetos, sin vigilancia alguna, durante varios días (quizá una semana, o quizá más). Una tarde George Gale llamó al timbre de casa. Recorrió los cuartos uno por uno, con solemne consternación. En cada armario que abría encontraba escondida a una chica de unos catorce años. Kingsley y Jane vinieron a cuidarnos. Jane tomó las riendas de la casa y la transformó de morada bohemia de nivel bajo a morada bohemia de nivel medio (hasta entonces la puerta principal raras veces se había cerrado con llave). Un amigo de Jane vino una vez a tomar una copa —Alexander Mackendrick, el director de cine (*Whisky Galore* [Whisky en abundancia], *El quinteto de la muerte, Sweet Smell of Success* [El dulce aroma del éxito])—, y unas semanas después yo llevaba a mi madre (BOAC, primera clase) a unas extraordinariamente halagadoras y bien pagadas vacaciones de dos meses en las Antillas. Yo cobraba cincuenta libras a la semana, y ella, en su calidad de acompañante, veinte (el alquiler de la casa de cuatro pisos en South Kensington nos costaba cuarenta y ocho al mes).[296] Interpreté sin talento alguno el papel de uno de los hijos en *Huracán en Jamaica*, la película de Mackendrick sobre la novela de 1929 de Richard Hughes.[297] Sally también debutó en el cine: fue una activa y diligente extra. Yo jugaba al ajedrez con mi coprotagonista en el

reparto, un coherentemente paternal y amistoso Anthony Quinn, y Lisa Coburn, la divina y bella hija de mi otro coprotagonista, el simpático James Coburn, se enamoró de mí y me seguía a todas partes, incluidas las profundidades de la piscina del hotel de Runaway Bay. Yo también la amaba, pero necesitaba disfrutar de mis momentos de independencia. Lisa tenía siete años. La estrella del film era una chica extraordinaria llamada Deborah Baxter, que interpretaba a la protagonista, una de mis hermanas menores. Yo, para quien tenía ojos (que no labios, ni manos), era para su hermana *mayor*: Beverly Baxter. Mi hermana más pequeña (eran tres: la mediana, Roberta Tovey, continuó su carrera y protagonizó *Dr. Who y los Daleks*) se llamaba Karen Flack y era aún más joven que Lisa Coburn. Hilly y yo nos decíamos continuamente que Karen estaba destinada a convertirse en una estrella. Una o dos veces hice de canguro de ella cuando nuestras madres salían a la ciudad con los actores de reparto y los especialistas. Para cuando ellas se iban Karen ya estaba dormida. «Métete en la cama grande con Karen», me decía mi madre. «Luego, cuando seas mayor, podrás decir que te has acostado con Karen Flack.» Esto no era propio de mi madre: era más propio de mi padre. Pero los dos sabíamos que tenía gracia. En Jamaica me reí mucho con mi madre, y dejé de sentir la honda inquietud que me había causado su crisis nerviosa (aquella noche, en Londres, me habían impedido entrar en la habitación donde ella estaba postrada). Cuando pisó una ortiga de mar entre las rocas, hacia el final de nuestra estancia en las Antillas, se portó con mucho valor (tal como yo esperaba), y se cuidó muy bien tanto de dramatizar como de autocompadecerse. Mis deberes de actor fueron harto llevaderos comparados con los de los demás niños, porque moría como a mitad de la película. Morbosamente absorto en la contemplación de una pelea de gallos que se dirimía en la plaza, abajo, me caí de una ventana del burdel regentado por Lila Kedrova… Volamos a Inglaterra (esta vez en clase turista: mi madre canjeó los billetes y se embolsó la diferencia), y pasamos el verano yendo y viniendo de los estudios de Pinewood hasta que acabó el rodaje.[298] Volví al colegio en Battersea con un blazer recién estrenado, y el primer día del curso académico, nada más entrar, fui expulsado por absentismo escolar crónico. Era pasmoso, y también risible. El Sir Walter St John's era un colegio violento, con alumnos y profesores violentos. Siempre me había parecido que en él podía hacerse *cualquier* cosa y recibir tan sólo una hora de castigo después de clase. En fin, me matriculé en una caótica academia intensiva de Notting Hill, y volví a pasarme todo el día intentando ligar y toda la noche jugando al Scrabble.

—¿Se acuestan con esas chicas? —le preguntó mi tía Miggy a mi madre, un día que vino a visitarla.

—No —respondió Hilly.

Bueno, yo no, pero Philip sí se acostaba con ellas. Luego, después de siglos de magreos y de súplicas, perdí la virginidad de súbito con una chica que había conocido horas antes en un Wimpy. Tenía quince años. Mi carrera amatoria había despegado. Mientras mi carrera cinematográfica se esfumaba de inmediato. Y mi carrera escolar de secundaria, como ya he dicho, empezaba a ajustarse a un patrón muy concreto: una materia cada dos años. No tenía mucho tiempo para leer, pero cuando lo hacía leía cómics (y, cuando los terminaba, volvía a leerlos). Callada, paciente, discretamente pestilente, estaba echado en la cama cuando mi madre, al pie de las escaleras, me gritó el resultado del inglés de segundo de secundaria: «¡Has *suspendido*!» Me levanté y me pasé el resto del día trasladando un calcetín de un extremo a otro del cuarto. Aquello tenía que acabar. Mi hermano y yo nos mudamos a casa de Kingsley y Jane, y mi madre volvió a casarse y se fue a Ann Arbor, Michigan, y Sally se fue con ella.

En mis visitas al Chelsea and Westminster Hospital no me molestaba detenerme en la vieja casa. Pasaba de largo continuamente. Hoy es un sitio selecto, una casa «de capricho». Se me hace difícil creer que hubiera podido albergarse tanto cándido desorden tras aquella nacarada fachada de Belgravia. Teles y radios, gatos e inquilinos, incendios e inundaciones… Y *chocolate*, y anfetas…[299] Todo parece indicar que, a la sazón, mis facultades se hallaban enteramente inertes. Sabía que en el mundo había otros barruntos más altos, y que tenían que ver con el alma. El *alma* era un ente muy debatido entonces, o, mejor, mi hermano y yo nos referíamos a ella como a algo que entendíamos bien, y era el primer atributo que buscábamos en seres humanos y cosas (especialmente en las chicas). Yo, además, me decía a mí mismo que quería ser escritor.[300] Y ¿qué hacía yo todo el tiempo? ¿Soñar y garabatear sobre el papel? ¿Leer, rezar? No. Lo que hacía era volver a tientas hacia el otro extremo del cuarto en busca del otro calcetín.

La crisis nerviosa de mi madre, en 1963, culminó con una sobredosis accidental de somníferos. Estuvo postrada en una alcoba con las cortinas echadas. Me asomé para mirarla y alcancé a ver la luz de la mesilla, con su pantalla rosada. Alguien, un adulto, me impedía la entrada. La recuperación de mi madre fue rápida y total. Cuando luego me habló del incidente me dijo que había caído en una depresión porque aún estaba enamorada de mi padre.

Nunca podré insistir lo bastante en hasta qué punto no era ése el caso en 1995. Se habían vuelto las tornas. Mi madre seguía contemplando la muerte como un escape de sus sentimientos hacia Kingsley, pero un escape en la dirección contraria. «Llevo años *muriéndome* por un ataque al corazón», me contó. Sin embargo, había

días, semanas, en que lo decía en serio. Siempre difícil, y más recientemente imposible, Kingsley caminaba ahora hacia lo increíble. «El valor… significa no asustar a los demás.» Mi padre hizo un gran trabajo en lo de no asustar a sus hijos: el Efecto Empire State. Pero no pensó en ahorrárselo a mi madre. Porque ahora ella lo era todo para él: el total imago. Siempre me había asombrado, y preocupado, que hasta donde me alcanza la memoria mi padre siempre llamó a mi madre como la llamábamos nosotros, sus hijos: mamá.

El 6 de septiembre, justo una semana después de su caída, Hilly y Sally fueron al hospital y se lo llevaron a casa.

GAVIOTAS

Lo primero que yo quería saber era qué es lo que estaba sucediendo a su lado del escritorio. Lo demás dependería de esto.

Yo estaba con mi madre en su salita de la planta baja. La pieza daba al pequeño y asimétrico jardín, en pasados veranos escenario de almuerzos al aire libre y de nietos bañados con la manguera. Kingsley estaba arriba con unos amigos.

—Está sentado en la silla roja.

Lo dijo en tono como aciago. La silla de piel rojo tomate estaba en el estudio de Kingsley; y su importancia residía en el hecho de que no era la del lado de trabajo de su mesa. La silla roja estaba donde se sentaba cuando no estaba escribiendo.

—¿Leyendo?

—Sí, o intentándolo…

El diagnóstico, según me llegó (o fue propalado en mi dirección para que me llegara) era una retahíla de lugares comunes a veces contradictorios. Kingsley había a) aguantado el tipo y lo peor ya había pasado (la mala racha); no estaba del todo bien: seguía pachucho, bajo de tónica y bastante pálido, pero si b) se cuidaba y se lo tomaba con calma y tenía algo de paz y tranquilidad y se ponía unos límites y los respetaba…, podría c) sí, pronto podría volver a ser el mismo. El de siempre.

Arriba, el sonido de las voces —y las carcajadas de su biógrafo.

—Papá está bebiendo, ¿verdad?

—Pues claro que está bebiendo. Se *moría* por volver al Garrick. Se moría, *literalmente*.

Fue lo primero que hizo. Fue al Garrick a comer, y la comida duró todo el día.

—¿Estaba borracho?

—Bueno, paralítico… Me gusta el sonido de la máquina de escribir. Para mí es como un sonido de fondo absolutamente natural.

Y echaba de menos tal sonido. Como cualquiera lo hubiera echado de menos después de casi medio siglo (con un interregno: de 1963 a 1981; pero los otros maridos de mi madre también eran escritores). Todas aquellas novelas, poemas, ensayos, cartas… Kingsley era un rápido mecanógrafo de dos dedos. Algunas de las teclas más usadas tenían una especie de hendiduras abiertas por las uñas. Mi madre estaba inquieta por el silencio de la máquina de escribir; era como si hubiera cesado el tráfico o el canto de los pájaros.

Hilly se lo había estado callando. Pero al cabo dijo:

—Está continuamente escribiendo la palabra *gaviotas*.

—¿Gaviotas?

—Sí, gaviotas.

Me pareció mucho más extraño entonces que ahora. Ahora vivo en la calle de mi padre, y las gaviotas, en los meses templados, son parte de mi vida cotidiana. Atraídas por los canales cercanos, llenan el cielo de Regent's Park Road. Rollizas y pesadas y torpes y pomposas, se congregan en la terraza llena de excrementos del exterior de mi estudio. Se pasan el día lanzando ruidosos graznidos, practicando con sus armónicas de diez peniques, con sus deformes trompetillas. Una gaviota madre tiene el nido en la chimenea. Golpea en el cristal de la puerta de la terraza con su pico buscón y amarillo. Una vez llegó a entrar en el salón (era del tamaño de un avestruz).

—Teclea *íes* y *oes*.

—¿Qué?

—Que se levanta a las cinco de la madrugada y se pone a teclear *íes* y *oes*.

Una semana después, llevaba tres días sin ver a Kingsley cuando, de pronto, vi que era más bajo que yo. ¿Qué había sido de los cerca de diez centímetros que me había llevado siempre? La gravedad se los había «comido». Tardaría por lo menos otra semana en comprender y asimilar este hecho.

Era como si lo hubieran pasado por una prensadora en un desguace de coches: el aplastamiento vertical se había realizado ya; ahora sólo faltaba el horizontal. Fui a verle y me tumbé en su cama mientras él seguía enfrente, a unos metros, encorvado en un sillón bajo. Su expresión se me antojó un tanto extraña, y al principio la tomé por simple enojo. Dije, para tantearle (sabía que era el tipo de cosas que le gustaban):

—Si fuéramos islandeses, te llamarías Kingsley Williamson. Yo me llamaría Martin Kingsleyson y Louis se llamaría Louis Martinson. Sally se llamaría Sally Kingsleydottir y Jessica se llamaría Jessica Philipsdottir.

—Mmm… —dijo, en absoluto divertido.

En fin, esperaba que estuviera enfadado conmigo. Lo digo en serio… Y Delilah, ¿cómo se llamaría? ¿Delilah Patricksdottir, o Delilah Martinsdottir? Seguramente lo primero. Le llama papá, como es de justicia. Yo le di la vida, y él la ha criado y educado. Él le ha dado su tiempo… Yo acababa de volver de un viaje de dos noches a Islandia (esperaba que fuera ésa la razón de que Kingsley estuviera enfadado conmigo). Y en Islandia vi un arco iris entero, arqueado a horcajadas sobre un fiordo, austeramente aislado. En el horizonte se recortaban, como planetas, unas montañas de torneadas cimas. Y ahora había regresado a mi pequeño mundo, a la habitación donde mi padre utilizaba el whisky para tragar las pastillas, donde ponía esa cara… ¿De qué era aquella expresión? No era de ira. Era más bien de desafío: de un desafiante autoabandono.

Cuando, al cambiar la guardia con mi hermano, charlamos un poco en el pasillo, Philip me dijo:

—Se está envenenando.

—Tiene las pastillas todas mezcladas en esa caja.

—Lo veo ahí sentado, *sudando* de veras…

En la planta baja. Ahora caía en la cuenta de que mi madre también había cambiado: se había «contraído». Ya no era cuestión de poner los ojos en blanco y de quitarte el flequillo de la frente. A partir de entonces iba a ser cuestión de calor humano. Dije, inú tilmente (¿*alguna vez* es necesario que nos hagan este comentario, a partir de los treinta años?):

—Pareces cansada.

—Papá grita pidiendo el Nurofen a las cinco de la madrugada. Y si digo grita quiero decir eso: *grita*…

Sonó el timbre de la puerta.

—Se pasa el día esperando a que vengan a visitarle. Y cuando vienen enciende la televisión. Y luego pregunta: «¿Qué hay para cenar? ¿Qué hay para cenar?» Pero lo grave es que ya ha cenado.

Arriba. Una buena tertulia aquella noche: Philip y yo, Moira y Percy Lubbock, Dick Hough. Y el siempre fiel biógrafo de Kingsley. Lacónico, con los ojos bajos, Kingsley estaba en su sillón, con el Macallan y el agua Evian en la mesita de al lado. Pero a mí me daba la impresión de que no hacía sino poner en prác tica la mímica de la cordialidad, como si se dijera a sí mismo: «Esto es lo que me gusta: bebida, charla, amigos, familia… Esto es lo que se supone que debe gustarme. Entonces, ¿por qué…?» De pronto levantaba la cabeza y emitía una opinión. Acababa de publicarse su novela *El bigote del biógrafo*. Y las críticas, en conjunto, habían sido muy desfavorables. Las reseñas y entrevistas sobre ella se me antojaron harto más duras

que cualquiera de las cosas que habían escrito sobre mí aquel año, y confiaba en que mi padre (en esto, al menos) estuviera ya un poco «de vuelta». Nunca había concedido demasiada importancia a esas cosas, pero en un momento dado, sin que viniera a cuento, hizo el siguiente comentario:

—Alguien se ha quejado de que saco un restaurante «real». Pero una vez que está en la novela, por mucho que sea un sitio real, deja de serlo. Al menos en parte.

Entiendo lo que dice —pensé—, y estoy de acuerdo con él. Quizá esto sea todo lo que deba decirse al respecto. La cuestión de lo real y lo inventado es para los biógrafos, los autores de memorias y otros seguidores del literalismo. En cualquier caso, de labios de mi padre no volvería a oír más teoría de la crítica. Volvería a divertirse, pero aquélla iba a ser su última tentativa de abordar un asunto abstracto. En el curso de las semanas siguientes yo habría de recordar esto como una suerte de apogeo (junto con lo de la clave del crucigrama).

En la estancia contigua —su estudio— había hojas y hojas de papel llenas de *íes* y *oes* y *gaviotas*.

VETE A TOMAR POR EL CULO — 2

He aquí algunas pinceladas de la rutina matinal de Charlie, un viejo demonio de *Los viejos demonios*:

> Cuando Charlie Norris advirtió que el hombre más menudo del vagón de tren submarino tenía la cara hecha de alfombra decidió que había llegado el momento de irse.

> Despierta, y cae en un atormentado duermevela. Son poco más de las cinco de la madrugada. Varias horas después:

> Se dio la vuelta y fijó los ojos en el armazón de sólida madera que enmarcaba la cabecera acolchada de la cama, contó hasta cien y, con un movimiento compulsivo del brazo hacia lo alto, tocó el armazón, se asió a él y, después de contar de nuevo hasta cien, se aupó con toda su fuerza hasta quedar incorporado a medias.

> Más tarde, ya totalmente incorporado, Charlie mira por la ventana del dormitorio.

> … mirando sin ver. Con una convicción no atenuada por el hecho de haber sobrevivido a incontables eliminatorias, sintió

que todo lo que tenía lo había perdido y que toda la gente que había conocido ya no estaba.

Con infinita dificultad se vistió y bajó a la planta baja:

Al cabo de diez minutos Charlie había recorrido todo el trecho entre la mesa de la salita del desayuno y el frigorífico de la cocina… La visión de una bolsa de café fuera de su caja, al lado de una taza sin usar, no fue bastante para hacerle decidirse, pero el hecho de encontrar el calentador de agua eléctrico medio lleno cambió las tornas… Cuando una pizca de saliva se le quedó pegada en la parte posterior de la garganta se las arregló para dejar la taza antes de que un acceso de tos de mil demonios lo mandara dando tumbos al otro lado de la estancia y lo hiciera darse de bruces con el señor Bridgeman [el jardinero], que estaba en la trasera del jardín, como a medio metro de él, al otro lado del cristal de la ventana.[301]

Charlie se toma un whisky «muy flojo» con agua a eso de las once de la mañana y coge un taxi. Va al descubrimiento oficial de la estatua de un poeta nacional no oficial, Brydan (figura basada en Dylan Thomas). En la ceremonia, Charlie es acosado por un norteamericano que se presenta como Llywelyn Caswallon Pugh:

—Soy un dirigente de la Camaradería Galesa de USA — dijo Pugh.

Entonces algo terrible le aconteció a Charlie en el cerebro. Pugh siguió hablando exactamente igual que antes, sin cambiar el ritmo ni el tono, pero Charlie no podía seguir distinguiendo las palabras, sino sólo los ruidos. Sus ojos vagaron un poco por el espacio. Dio un paso hacia atrás y pisó a alguien. Luego le llegó un sonido que reconoció, y casi cayó hacia un costado de puro alivio. No habría sido justo esperar que un viejo borrachín cuyo vocabulario galés empezaba y terminaba por los sonidos *yr* y *bach* y *myn* reconociera toda una sarta de sandeces si le llegaban sin previo aviso y con acento norteamericano.

—Mmm… —dijo con convencimiento—. Mmm…

La mirada abierta de Pugh se hizo aún más abierta, de un modo que a Charlie le hizo preguntarse en qué diablos acababa de mostrarse de acuerdo, pero la cosa pasó en un instante y las palabras volvieron a ser inglesas…

Una ráfaga de lluvia refrescante le golpeó a Charlie en la cara, y una gaviota le pasó por encima de la cabeza lo bastante cerca como para hacer que se estremeciera.

Aquella gaviota… Charlie es rescatado ahora por Alun, el más espabilado y priápico de los viejos diablos. Cuando el coche arranca Alun saca la cabeza por la ventanilla y le dice a Pugh que se vaya a tomar por el culo. Los dos hombres se acomodan en sus asientos.

> —En Norteamérica dicen «a tomar por el culo», ¿no? —preguntó Alun, inquieto.
>
> —Seguro que lo entienden.
>
> Alun se echó a reír calladamente durante un instante fugaz, sacudiendo la cabeza con indulgente autorreproche… Bajó la voz y siguió diciendo:
>
> —Mira…, el momento elegido para decirlo tiene una importancia increíble. Una vez, en Kilburn, me la cargué con todo el equipo: llevaba dos o tres minutos mandándole a tomar por el culo a un escritor de relatos cortos búlgaro cuando el tipo que conducía el coche descapotable en el que yo iba empezó a girar en redondo al final de la calle: ¡era una calle sin salida y no me había dado cuenta! ¿Sabes?, es asombroso lo rápido que se agota en sí mismo el decir «vete a tomar por el culo». Lo dices un par de veces a todo correr y ya has conseguido prácticamente todo lo que vas a conseguir diciéndolo.
>
> —Y tampoco hay mucho que puedas decir después de haberlo dicho.
>
> —Exacto.

Domingo, 17 de septiembre. Acabo de enterarme de lo que hizo Kingsley el sábado por la noche. Según me ha contado mi madre, estuvo «muy activo». Mientras tanto puedo sentir cómo el fallo familiar esencial —la pasividad— va apoderándose de todos nosotros. Mamá es como un fantasma de sí misma. ¿No debería ser yo el más fuerte de la familia? Kingsley necesita ir al hospital. Pero *no quiere* ir al hospital. No quiero asustarle. No quiero que me asuste.

¿Quién está a cargo de todo esto? ¿Dónde está el médico? Su especialista del aparato digestivo[302] no hace visitas a domicilio —es demasiado importante, demasiado *gastroenterítico*—. Nos vemos obligados a mirar en las páginas amarillas en busca de algún galeno pícaro o a destajo. Mamá nos transmitió el coste de una visita a domicilio: sesenta libras… Somos una familia que sabe expresarse bien pero que se está quedando sin habla. Estamos llegando a lo que ha llegado Kingsley. Estamos llegando a la mudez.

Pero anoche papá estuvo muy activo. Quería, dijo, organizar una fiesta. Y luego los mandó a todos —a mamá, a Ali, a Connie—[303] a tomar por el culo. Así que se fueron todos abajo. Él los siguió hasta el

sótano,[304] y volvió a mandarles a tomar por el culo. Luego volvió arriba. Todo el mundo lo siguió, con cautela. Y él los mandó a tomar por el culo de nuevo.

Me enteré del incidente el domingo. El domingo era el día en que solía ir a su casa a comer con Louis y Jacob. Lo venía haciendo desde hacía diez años. Kingsley era ahora un abuelo atento, aunque inmóvil. Disfrutaba de sus nietos; los admiraba y se sentía orgulloso de ellos. El nacimiento de Louis le causó una dicha solemne. Se dignó moverse, y acompañó a mi madre a la clínica. Nos vimos y tomamos unas copas en mi apartamento. Era noviembre; recuerdo que le puse una estufa eléctrica justo enfrente de las rodillas. El bebé era prematuro (había nacido con seis semanas de adelanto), pero precioso, y la madre estaba feliz… Luego, los tres tuvimos un almuerzo reverente en un restaurante chino. Yo aún estaba, supongo, en estado clínico de shock, pero me sentía mucho más entusiasmado que aturdido. En el caso de Jacob (que también fue prematuro, aunque sólo de cuatro semanas), su nombre se fijó en el tablón de anuncios del Garrick, y fue comunicado a la imprenta justo a tiempo para unirse al de Louis en la página de la dedicatoria de *Los viejos demonios* (donde, en la primera de las muchas ediciones, aparece seguido de un punto de aspecto un tanto azorado). Pero lo único que en realidad hizo en su vida con (o respecto de) sus nietos —aparte de abrazarlos al decirles hola y adiós — fue alargar la mano para cubrir con ella alguna esquina de un mueble bajo cuando —siendo ellos muy niños— los veía gatear o dar sus primeros y tambaleantes pasos por la sala.

Este domingo los chicos no están. No han venido conmigo. Como tampoco lo estarán el domingo siguiente. Kingsley jamás volvería a verlos.

Mi padre y yo habíamos coincidido muchas veces en que «mandar a tomar por el culo» a alguien era terriblemente divertido. Uno admiraba —como es lógico— la brutalidad y brevedad de la expresión, pero es que además era un exabrupto condenadamente *bueno*.[305]

Pero el mejor «vete a tomar por el culo» de la historia lo protagonizó mi padre, y no fue el emisor sino el destinatario. O al menos ése fue el papel que él se adjudicó a sí mismo. Una tarde, en Hampstead (debió de ser antes de 1980, cuando Jane aún vivía con él, porque Kingsley aún poseía aquella ligereza que lo abandonó cuando Jane desapareció de su vida), cuando volvía de echar una carta al buzón, entró por la puerta riendo callada y pródigamente, y yo le pregunté:

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Acabo de tropezarme con un jodido chucho loco…

Era un espléndido día de verano, armonioso y sin nubes. Cuando se dirigía hacia el buzón mi padre había pasado ante un pastor alemán aparentemente dormido sobre el capó (candente por el sol) de un coche aparcado. Se quedó mirando al perro con interés, y éste levantó la cabeza y le devolvió la mirada, como diciendo: «Sí, estoy tumbado en este coche, ¿qué pasa?» De vuelta del buzón volvió a mirar al perro, y el perro volvió a devolverle la mirada, como añadiendo: «Sí, puede que el coche esté ardiendo, pero yo sigo tumbado.» Antes de abrir la verja del jardín, mi padre se volvió de nuevo para echarle una última mirada al can.

—¿Y qué ha hecho él? —le insté, porque seguía riéndose en silencio, aunque con ganas.

El perro había hecho lo siguiente: había levantado la cabeza de encima de las patas y había estirado el cuello y había «dicho»…, y Kingsley hizo una de estas dos cosas: bien emitió un ladrido que sonó exactamente como a «vete a tomar por el culo», o bien dijo «vete a tomar por el culo» de forma que sonó exactamente como un ladrido.

A veces, cuando Kingsley te hacía reír, te hacía reír —no continuamente, sino cuando venía a cuento— para el resto de tus días. En eso residía su superhumor, el gran motor de su vis cómica. Pero ahora a aquel motor se le acababa la cuerda por momentos.

Se levantó en mitad de la madrugada y se duchó y se vistió, e hizo el equipaje. Una maleta. Se lo oigo contar a mi madre. Aquella noche le dijo a Hilly que tenía que coger un tren. ¿Kingsley, solo, en mitad de la noche, cogiendo un tren? Le esperaban —explicó— en una reunión muy importante. Pese a que mi madre trató de disuadirle en el umbral, Kingsley salió a la calle y se acercó a un coche aparcado y le pidió a un conductor inexistente que le llevara al Garrick. Y le gritó a mi madre:

—¿Por qué no quiere llevarme al Garrick?

Es una breve visita. Kingsley tiene un aire comatoso en su sillón, y me sorprendo cuando le oigo:

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—¿De la tarde? ¿A qué día estamos?

Cuando me dirijo hacia la puerta miro la hoja de papel que hay en el carro de su máquina de escribir. No veo *gaviotas*. Sigue en la página 106 de su nueva novela. Está en la página 106 desde el pasado otoño. Al parecer ha añadido algo. El texto acaba con las palabras: «"Muy al contrario", replicó Holmes.»[306]

Otra breve visita. La noche anterior Kingsley ha estado de nuevo activo. Pero ahora dormita en su sillón. Con *esa* expresión en la cara: la de un chiquillo que ha actuado mal —según algunos—, aunque él de ningún modo esté dispuesto a admitirlo (y que está ya cansado, cansado de luchar —de luchar por la verdad—, y que se aparta del mundo sumiéndose en el sueño).

Mamá me recuerda a una enfermera. Más aún: me trae a la memoria una guardería: la mía propia… Por supuesto, seguimos discutiendo la posibilidad de contratar una enfermera, una profesional. Pero mi madre dice que nadie sería capaz de aguantar a Kingsley (algo discutible) y que él tampoco sería capaz de aguantarlas a ellas (muy cierto: la única capaz de hacerlo era mi madre). El hospital es diferente. El hospital despierta en él cierto instinto dormido de obediencia. Y el hospital es el lugar donde debe ingresar, al menos por un tiempo. Tiene que ponerse «en manos de los médicos», como suele decirse. Cuando uno «no está muy bien» es como ha de estar: «en manos de los médicos».[307]

Kingsley se agita en su sillón, o da un respingo.

—¿Quieres un jersey? —le pregunta mi madre, acariciándole y dándole palmaditas en el hombro.

Yo aún no he llegado a pensar seriamente que mi padre se esté muriendo, pero cada día me acerco más al pensamiento de que jamás volveré a ver esparcimiento en sus ojos. Como confirmación de mis temores, mi madre dice:

—Lo único que puedes hacer es ser amable con él.

Ella está en esto hasta el final. Ya no hay amor en ella; sólo memoria del amor. Pero la cuestión es más sencilla: su conciencia no le permitiría hacer menos. Kingsley tenía razón:

> En 1946, cuando tenía veinticuatro años,
> conocí a una persona inofensiva, indefensa,
> pero hasta entonces entera, no readaptada por dentro;
> desmañada, amable, sana, erguida,
> que hablaba para decir algo, que reía cuando algo le hacía gracia;
> que cuando las cosas le salían mal, temía tener la culpa…

Pero… un momento. En 1963 él le rompió el corazón, y ella le dejó.

> … y cuyos ojos, entonces, podría haber mirado eternamente.
> Oh, sí, y que además era tan bella.
> En fin, se ajustaba bastante a como uno espera que sean las mujeres,

y mi mirada siguió buscando más y más en ella.

¿Cómo estar seguro de las cosas, sin nada con que compararlas?

Y ahora ella va a estar con él hasta el final, aunque siga viviendo —aunque persista, aunque dure— hasta que acabe el siglo. 1963 era treinta y dos años atrás. ¿Cómo se había metido mi madre en esto?

LA NOCHE DEL MELOCOTÓN

Estaba yo sentado en mi calcetín[308] de Bayswater, empezando *Dinero*, cuando me llamaron por teléfono.

—Mart…

—Phil.

—Ha sucedido.

—¿Qué? —dije. Pero sabía muy bien a qué se refería.

—Le ha dejado.

—… santo cielo.

A Philip tampoco le había sorprendido. Estando como estaban las cosas, era lo que tenía que pasar…

Hicimos los arreglos pertinentes. No era sólo cuestión de dos hijos que planearan consolar a un padre que acababa de perder a su mujer: era algo mucho más elemental. Uno u otro de nosotros tenía que estar con él continuamente. No las veinticuatro horas del día sino al anochecer, durante la noche, al alba. Seguía teniendo con él a su ama de llaves, la fiel señora Uniacke, y su presencia le ayudaba a pasar el día. Pero sólo la familia o amigos en quienes confiaba plenamente le servían cuando llegaba la oscuridad. Ahora era el atardecer, y era noviembre. Cuando llegué ya estaba Philip.

Mi memoria de aquella noche ve a Kingsley sentado en el borde del sillón bajo (era su postura característica para aliviar la espalda: en la imitación que Philip hacía de él, mi padre se hallaba pegado a su asiento por un escaso milímetro de coxis), parpadeando más rápidamente que de costumbre, y hurgándose fieramente en las cutículas de los pulgares con las uñas de los índices. Y sin decir casi nada. Se limitaba a responder a preguntas relacionadas con el aspecto logístico del problema (que Jane no había vuelto de la clínica de adelgazamiento, la nota del bufete de su abogado), pero con un mutismo absoluto acerca de sus sentimientos, acerca del amor, de los corazones rotos, de las promesas rotas. Sus necesidades, en aquel estadio, eran básicas, casi animales: abrigo, calidez, el calor de las bestias cercanas… Mi hermano y yo repetíamos lo que él tenía que oír (lo más inmediatamente necesario):

—Papá, no vas a pasar la noche solo. Uno de nosotros va a quedarse siempre a hacerte compañía.

—Os doy las gracias a los dos.

Lo decía con solemnidad. Pero hoy comprendo que se sentía profundamente abatido: románticamente mortificado, y (en cierto sentido) de forma irremediable. Luego, en su estadio revisionista, después de haber negado a Jane como persona, de haberla dejado de amar, volvería la mirada hacia su sufrimiento con un sentimiento de ridículo e incredulidad. Pero el sufrimiento seguiría allí. Aquella misma noche estaba escribiendo mentalmente —le escribía a ella y escribía sobre ella— una carta de súplica, y también un poema. Mi padre había perdido aquello que tan enormes esfuerzos —y tan minuciosas humillaciones—[309] le había costado conservar. Más importante aún, quizá, era el hecho de que no sólo uno sino dos matrimonios habían llegado a su fin, habían sido borrados de su vida. Como le diría a Larkin en una carta del 24 de junio de 1981, describiéndole un encuentro con una vieja amiga: «Me dijo lo infeliz que yo había hecho a Hilly, y al hacerlo me recordó (innecesariamente) que la partida de Jane me había hecho dejar de fingir que el modo en que había tratado a Hilly no había sido tan malo después de todo…» «La vida sin una mujer no es más que media vida», me diría a mí más tarde. La mujer, la esposa, la otra mitad,[310] se había ido… Y no iba a buscar sucesora alguna. Mi padre jamás volvió a besar con pasión a una mujer. Y ello en un hombre que en el pasado había *vivido* para el adulterio.[311] En el curso de los años he tratado de buscar una explicación psicológica al respecto, y la que he cosechado finalmente no deja de ser rudimentaria. Pero creo que explica —y por tanto, perdona— bastante. Mi experiencia más descalificadora de Kingsley (que habría de tener lugar muy pronto) se vería en gran medida suavizada bajo este prisma.

La carta a Jane llegó a escribirse. Y obtuvo una respuesta. Hubo un estéril intercambio de condiciones y ultimátums. No puedo hurtarme a la impresión de que algo había de doctrinario en la insistencia de Jane en que Kingsley entrara en Alcohólicos Anónimos. Lo que no llegó a escribirse fue el poema de amor. Sí se escribió, sin embargo, la novela del odio: *Stanley and the Women*. En *Jake's Thing* (1978) se daba cierta apertura en el plano humano; de un modo excesivamente formulario, a mi juicio (algo que sucede demasiadas veces en la obra de mi padre), el extrovertido personaje de la mujer se lleva las mejores líneas éticas.[312] Y conozco a varias lectoras que admiran y en parte expresan su conformidad con el magnífico tramo final de la novela. A nuestro héroe sin libido y ya sin esposa acaba de preguntarle el médico si le gustaría probar un tratamiento de lo que en *Todos queremos ser jóvenes* llaman «píldoras para la erección» (nuestra actual

Viagra):

> Jake hizo un rápido repaso mental de las mujeres, no tanto de las que había conocido y con las que había tratado en los últimos meses o años cuanto del conjunto de todas ellas: su preocupación por la dimensión superficial de las cosas, por los objetos y apariencias, por su entorno y por cuál era su aspecto y su ubicación en él, por parecer mejores de lo que eran y por tener siempre razón mientras los demás no la tenían nunca...; su automática asunción del papel de parte perjudicada en cualquier colisión de voluntades, su certeza de que una opinión es tanto más creíble y útil por el mero hecho de ser ellas quienes la mantienen, su utilización de los malentendidos y las tergiversaciones como armas en los debates, su selectiva sensibilidad a tonos y voces, su falta de conciencia de la diferencia —en ellas mismas— entre sinceridad e insinceridad, su interés por lo que tiene importancia (junto con su patente incapacidad para discernir en tal esfera), su afición por la charla general y la discusión sin rumbo, su derecho preferente a la cuota más substancial de sentimiento, su exagerada valoración de la propia credibilidad, el hecho de que jamás escuchen y montones de otras cosas por el estilo...
>
> Así que estaba muy claro. —No, gracias —dijo.

Stanley and the Women (1984), por otra parte, es una obra perfectamente cerrada, blindada. En aquella época, cuando mi padre, de forma minuciosa y no del todo exenta de mordacidad, empezaba a comparar a las mujeres con la URSS (con su aparato de propaganda), yo bajaba la cabeza con preocupación: «Cuando *ellos/as* hacen esto, dicen *tal cosa*; y cuando eres *tú* quien lo haces, dicen *tal otra*»; ese tipo de cosas... Hacia esa época, también, empezó a referirse al sexo opuesto como «hembras». «¡Papá, no las llames así!», solía insistirle yo. Y él moderaba en parte tal hábito cuando yo estaba presente (como resignándose a hacer absolutamente cualquier cosa por llevar una vida tranquila). *Stanley and the Women* es, de hecho, una novelita perversa en todos los sentidos: ácida, innecesaria, despiadadamente bien estructurada. Y hay algo de innoble en su ejecución. El autor pone en práctica —y hace literal— la promesa poética de Jake: «sólo para varones». Pero no hay la menor repugnancia sexual en ello (Kingsley jamás aborreció a las mujeres en tal sentido). El plano donde se dirime el contencioso es puramente intelectual.

Yo siempre he pensado que era un suicidio: un suicidio artístico. Kingsley no mató el mundo. Sólo mató la mitad de él.[313]

En el curso de las semanas siguientes mi hermano Philip y yo

hablamos regularmente sobre el problema de nuestro padre. O bien iba a vivir a alguna parte (club, casa privada, hotel..), o bien alguien venía a cuidarle. Quienquiera que fuera a ocuparse de nuestro padre tendría que… ¿Cómo podríamos definirlo? Tendría que ser alguien que entendiera, y por ende perdonara, su fragilidad. Y tendría que ser alguien que a Kingsley le gustara de verdad. Yo tenía treinta y un años, Philip treinta y dos. Un poco pronto, a nuestro juicio, para dedicarnos por entero a hacer de canguros de nuestro padre. Pero tampoco podíamos mirar hacia otro lado. Yo tenía la impresión de que la cuestión de mi padre era harto sui géneris. Exigía, por tanto, una solución simétricamente sui géneris.

En los momentos en que no me preocupaba por mi padre me preocupaba por mi madre. Su tercer matrimonio era un completo éxito, pero ella y su marido, y el pequeño Jaime, se hallaban confinados en una casita de campo en Midlands, y no podían permitirse el lujo de mudarse a Londres… Aunque sin duda no sería demasiado difícil dar con una solución que no les exigiera dejar el lugar donde vivían. Philip y yo habíamos llegado a la misma conclusión. Sondeados los directamente implicados, parecieron entusiasmados con la idea. Se programó una cena de toma de contacto. Por cierto: amigos y conocidos consideraron la idea a un tiempo estrafalaria e inviable. «Es como una novela de Iris Murdoch», decían. Sí, y lo habría sido aún más si Kingsley se hubiera llamado Otto y Hilly se hubiera llamado George. Era una propuesta nada convencional, muy cierto; pero tampoco ellos eran en absoluto convencionales. Philip y yo pensamos que el arreglo podría funcionar durante unos seis meses, o incluso un año.

Nos reunimos, pues, en la casa de Flask Walk, y dimos comienzo a la cena inaugural.

Algunos años después Kingsley llegaría a negar que tal cosa hubiera acontecido; lo negaría con vehemencia, categóricamente, pese a la presencia de cuatro adultos dispuestos a atestiguarlo. Creo que mi padre se las arregló para borrar de su memoria el incidente. Incidente, por otra parte, absolutamente inverosímil.

La cena marchaba a pedir de boca. Mi hermano y yo intercambiábamos ya sonrisas complacientes. Todos los asistentes se comportaron como auténticos modelos de ductilidad y discreción. Cuando llegó el momento del postre, Jaime —de intachable comportamiento hasta el momento (sólo tenía ocho años)— alargó la mano hacia el frutero, en el que había naranjas, manzanas, uvas…, y un único melocotón. Cuando las yemas de Jaime tocaron la piel del melocotón, Kingsley, como alguien que en Nochebuena, bajo un fuerte aguacero, intentara parar un taxi en el lado opuesto de Oxford Circus,

gritó:

—¡EEEH…!

Un aullido extraordinario, áspero, pavorosamente repentino. El alarido emitido por Kingsley acaso habría estado justificado si Jaime hubiera intentado coger no ya un melocotón sino la anilla de una granada de mano. Pero no reinó el silencio en el comedor: todo el mundo reaccionó gruñendo, maldiciendo. Hasta Jaime susurró: «Dios mío…» cuando volvió a acomodarse en su silla, anonadado. No consigo recordar —ni siquiera imaginar— cómo nos las arreglamos para sobrevivir el resto de la velada.

Sin embargo, el *ménage* duró: Kingsley se quedó con ellos quince años.

«A Philip le han dado una galleta…» Jaime quiere comerse el melocotón…

Si uno es un hombre hecho y derecho y le asusta la oscuridad, ¿qué le ocurrirá si alguien lo abandona? Cuando a uno lo dejan solo en la oscuridad y la oscuridad le da miedo, ¿qué es lo que le sucede? Es elemental, es absolutamente elemental. Que parte de uno se vuelve un niño que necesita a su madre.

Creo que es justo que fuera Jaime quien, andando el tiempo, proporcionara a mi padre su último episodio de placer en este mundo. Jaime tenía veintitrés años. Para entonces era estrictamente cierto afirmar que Kingsley había olvidado por completo la noche del melocotón. Estrictamente cierto.

Así que debería decirle a mi madre: «Sé que te hirió muchísimo que papá jugara con tus sentimientos (“La emotividad”, me dijiste, “te hace tener ganas de vomitar”), pero le hiciste volver a la vida. Es la mejor manera de ver el asunto, mamá. Papá dejó atrás *Stanley and the Women* y escribió *Los viejos demonios* y *Dificultades con las chicas* y *La gente del barrio* y sus *Memoirs* y «A Twitch on the Thread» y *The Russian Girl* y *You Can’t Do Both* y *El bigote del biógrafo* y *The King’s English* y unos cuantos poemas más…

»Jamás habría podido escribir todo esto sin ti, porque tú le recordaste el amor. Mamá: tú fuiste el melocotón.»

Es la mejor manera de explicarlo.

TOTALMENTE FIAVLE[314]

Miércoles, 20 de septiembre. El biógrafo de Kingsley había llevado a éste al University College Hospital, en Gower Street. Ah, día feliz donde los haya… Experimenté una honda y furtiva gratitud. Muchas gracias, señor.[315] Oh, muchíssimo gracias…[316]

Supe los detalles más tarde. Sé que yo no habría podido hacerlo.

En la ambulancia, el enfermero afirmó haber leí do unas cuantas novelas de Kingsley, y bastantes más de las mías. Felizmente, Kingsley no pareció entender demasiado lo que decía.

Al llegar a Urgencias lo tendieron en una camilla con ruedas. Cuando su biógrafo trató de impedirle deslizarse hacia un lado (deliberadamente) y caer al suelo, Kingsley se puso a gritar:

—¡Doctor! ¡Enfermera! ¡Detengan a este hombre!

Un camillero y dos enfermeras hubieron de inmovilizarlo para llevarlo hasta su habitación.

Antes de quedarse dormido, le suplicó a su biógrafo:

—¡No te marches! ¡Por favor, no te marches!

No: yo no habría podido hacerlo. Pero si hubiera sido capaz y lo hubiera hecho, tal vez Kingsley no habría llegado hasta el extremo de la súplica. ¿Hasta qué punto habría seguido siendo efectivo en él el Efecto Empire State?

A las seis y media de la mañana salí de la boca del metro de Goodge Street. Tomé un café con mi hermano, y luego entramos en el ascensor. Entonces, brevemente, mientras subíamos, nos agarramos los brazos el uno al otro con fuerza, con las manos como garras, listos para la dura prueba.

Kingsley está solo en su habitación individual. Tendido en la cama sobre un costado, de espaldas a la puerta. En el pequeño televisor suena —por increíble que parezca— «Top of the Pops»[317] (él solía burlarse de nosotros cuando lo poníamos): «zafios trovadores» y dúos «cantándose a la contra en lugar de al unísono; haciendo gestos de trepar por una soga o de agacharse ante unos disparos, con aire de absoluta dedicación, como si lo que estaban haciendo no fuera sino una especie de preludio de alguna prueba aún más inclemente que en última instancia debían compartir».[318]

—Estoy en el infierno.

Las palabras nos llegan como de ninguna parte. La expresión de Philip y mía —ojos bruscamente enfocados, de par en par— delata una creciente alarma. Es lógico que nos alarme ver que nuestro padre, con agilidad inquietante, se baja de la cama y empieza a quitarse el pijama de color verde claro. ¿Cuál era la última vez que lo había visto desnudo? ¿En Cambridge?

Sentado en el borde de la cama (una conmovedora figura con aire de oso, de envergadura enorme en la penumbra), dice:

—No os voy a atacar.

No me sorprende tanto lo que dice como la fluidez con que lo dice. La fluidez pronto se desvanece, pero su agitación y su súbito recelo

son lo bastante elocuentes. Philip le pregunta:

—¿Qué es lo que realmente te preocupa, papá?

—La gente de aquí.

—Pero si son muy buena gente… Están ahí para ayudarte.

—No. No *de verdad*.

—¿Crees que también nosotros te engañamos?

—No. Confío en vosotros. Pero creo que hay cosas que no veis.

—Has escrito sobre esto, papá —dije yo—. ¿No te acuerdas? La última parte de tus memorias: «Un vistazo a la locura.» Te rompiste una pierna y fuiste al hospital. Estuviste un poco ido durante un tiempo. Pensabas que todo el mundo te perseguía para atraparte. Como ahora. Es lo mismo.

El asunto —no había duda— le interesaba, y me escuchó. Creí ver regocijo en sus ojos, pero no era regocijo —al menos no cabalmente—. Era el indisimulado placer que mostraba su semblante cuando lo adulaban. La modestia pugnaba con la pizca de engreimiento que había en su forma de levantar la cabeza.

Se volvió a poner el pijama. Luego volvió a quitárselo. Al final, en la penumbra, se metió en la cama y nos dio la espalda. A nosotros y al mundo.

Fuimos a un pub cercano que tenía un nombre maravilloso: el Jeremy Bentham. Aquel viejo utilitarista (1748-1832) era un filósofo a quien Kingsley, probablemente, juzgaría digno de que a un pub lo bautizaran con su nombre. No así a otros. A mi padre no le habría gustado ver a sus hijos bebiendo en un pub llamado Bertrand Russell o A. J. Ayer. Yo conocía a A. J. Ayer, y estaba pensando en él en aquel momento, durante un silencio. Pensé en su muerte, en su funeral, en el desconcertante panegírico pronunciado por Roy Jenkins (habló del «impacto necrológico» de Ayer). A. J. Ayer era el padrastro de mi segundo gran amor: la destinataria de la dedicatoria de mi primera novela. Ayer solía jugar al ajedrez conmigo, en un tablero de bolsillo que nos pasábamos y apoyábamos sobre los muslos. Y casi siempre me ganaba. La única esperanza que me cabía era llegar a final de partida con los dos alfiles intactos. Porque se sentía tan agotado ante las infinitas posibilidades que se le presentaban que solía abandonar o incluso hacer saltar todo el tablero por el aire… Allan Bloom: «La tarea más difícil de todas es afrontar la falta de respaldo cósmico para las cosas que nos importan. Sócrates, por tanto, define la tarea de filosofar como "aprender a morir".» Yo aún no pensaba en la muerte, sólo en los estragos de la enfermedad y en una recuperación razonable. Pero ¿existe una filosofía que se ocupe de esto? ¿Existe una

filosofía de la muerte?

Al día siguiente Philip entra a ver a nuestro padre, y las palabras con las que éste le recibe son:

—A tomar por el culo.

Y al día siguiente yo entro solo, pero antes miro por la ventanilla cuadrada que hay en la puerta, a la altura de los ojos. Imagino que tal precaución es ahora general entre quienes le visitan. En aquel cuarto puede suceder casi cualquier cosa.

Aquel soleado sábado miré por la ventanilla de su puerta y di un respingo de regocijo, de esperanza henchida de gratitud. Afeitado y acicalado, mi padre estaba sentado en el sillón, encorvado hacia adelante, con una pluma en la mano. Su semblante reflejaba una fascinada concentración. Quizá está *escribiendo*, me dije. Quizá nada más entrar le iba a oír que había salido de aquello con una gran novela, una secuencia de sonetos, un poema épico…

—Ah, Mart. Ven y echa un vistazo a esto.

Miro por encima de su hombro. La hoja, una Din A4, contiene unas columnas inclinadas de números arábigos, algo parecido a esto:

017 212 2010 – 0175687278
017 222 [tachado con trazo débil] 2100 – 0175867278
017 221 2100 [tachado con trazo débil] - 0175687872
017-221 6102 017586 7872 - [tachado con trazo débil]

Las cifras de la izquierda son intentos de recordar mi número de teléfono; las de la derecha, intentos de recordar el suyo. Al lado de uno de los números veo escrito: TOTALMENTE FIAVLE. Yo no sabía entonces que mi madre, aun odiando hacerlo, había cambiado el número de teléfono de su casa. Kingsley se pasaba el día llamando a ese número. El día y la noche.

—Vamos a repasar esto otra vez —dice.

—Espera —digo—. Mira, papá. No necesitas el 017. Todos tenemos el mismo prefijo. Estamos todos en la misma zona telefónica. Mira.

Escribo: MART: 221 6110. HIL: 586 7872.

—Totalmente fiables, ¿ves, papá?

—Repasémoslos otra vez.

Y los repasamos otra vez, y ahora es él quien los escribe. Treinta veces. Cuarenta. Sólo tus hijos y tus padres (caigo en la cuenta) te exigen pasar por ese maratón de repeticiones. Hace una pausa, aparentemente satisfecho (de momento), y pregunta como de pasada:

—¿Por qué estoy aquí?

Se lo explico. No logra recordar nada. Luego se incorpora y dice

con entusiasmo:

—Repasémoslos otra vez.

Se refiere a los números de teléfono. Y al cabo dice:

—¡Ya está!

Cuando me llegó la hora de marcharme, no me rogó que me quedara un poco más. Se limitó a decirme, mientras me abrazaba:

—Muy pequeño.

Se refería al abrazo.

Me puse derecho. Dijo:

—Dame otro pequeño abrazo.

Lo abracé de nuevo.

LOS PECHOS DE LAS MUJERES

El diagnóstico más probable, me dice mi madre, es la enfermedad de Alzheimer.

—Puede seguir así años y años —añade.

¿Qué hacer al oír esto si eres inglés? No puedes echarte a llorar mientras te retuerces las manos. Te encoges de hombros y dejas escapar una risa seca. Haces lo mismo que Cliff al final de *Stanley and the Women*:

> Levantó ligeramente la barbilla como suele hacer la gente del sur de Londres cuando quiere decir «Te lo dije» o «¡Ya empezamos!» o «¡No te jode!». También la gente de los demás sitios. Y puede que la gente de todo el mundo.

—Bueno, con *Stanley and the Women* has hecho algo verdaderamente nuevo, papá —le dije un día, en 1984.

Se mostraba alerta, vigilante. Sabía que tenía mis razones (proclives a la exasperación y a la sensiblería, según él) para poner en cuestión las razones de esta obra. La literatura no afirma nada, se nos dice. Pero *Stanley and the Women* afirmaba algo. Pero yo no estaba dispuesto a embarcarme en una discusión en toda regla a este respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una mujer con tetas grandes que no es nada comprensiva.

—¿Quién?

—La ex mujer. Nowell. Eso es una primicia en ti, ¿no?

—Bobadas.

Pensó en ello rápidamente. Era capaz de citar a un par de mujeres comprensivas con tetas pequeñas, pero le costaba muchísimo encontrar a una mujer poco comprensiva con tetas grandes.

—En tu obra, en general, prestas demasiada atención a las tetas de las mujeres. ¿Cómo era aquella frase de *That Uncertain Feeling*?[319] ¿Te acuerdas de Ann Jones?

—¿Ann Jones?

Ann Jones ganó el Wimbledon en 1969.

Era, como decimos los ingleses, una chica grande; se habló bastante de cómo Billie Jean King, su adversaria en la final, explotaba este hecho hostigando a Ann en las voleas.

—Tenía un cuerpo maravilloso y una cara un poco de ida. Y tú solías poner un pulgar sobre ella en la pantalla de la tele para poder mirarle bien las tetas.

—¿Y qué?

—Que una vez me dijiste que la parte más excitante de una mujer desnuda era su cara. Y me acuerdo de otra conversación que tuvimos. Estaba presente Jane. Yo dije: «¿Eres un hombre totalmente "de tetas"? ¿Es que no te gustan las demás partes de una mujer? ¿No te gustan las piernas?» Y tú me respondiste: «Bueno, me gusta saber que están ahí, donde deben.»

—¿Y qué?

—Nada. Pero podías considerar la posibilidad de que en la segunda edición las tetas de Novell se hagan un poco más pequeñas. Y, por cierto, hay un largo artículo en el *London Review* firmado por Marilyn Butler que dice que, después de todo, *Stanley and the Women* es una novela pro-femenina. Una gilipollez, ¿no te parece?

—Por supuesto…

Kingsley también tiene las piernas donde debe. Y también sus demás partes animales. Ha empezado a mostrar un nuevo interés por ellas: una conducta sintomática en alguien en su estado. Se toma a sí mismo (aunque sólo durante un instante) como un niño con muchos hermanos que de pronto se encuentra con un juguete libre. A Philip le han dado una galleta. A Jaime le han dado un melocotón.

Aquí hay que tener en cuenta una terrible simetría. Pienso en el padre de Kingsley y en las ideas que quería transmitirle acerca de la locura y el «vicio solitario». El internamiento en hospitales psiquiátricos. El empobrecimiento de la sangre.

¿Qué es lo que leemos en *Las almas muertas*? «La edad anciana —ineludible, inevitable— es amenazadora y terrible, porque jamás devuelve nada. ¡Jamás!» Nada, muy cierto. Se mofa de uno, pero jamás devuelve nada.

¿NO SON TODOS VIEJOS CANTOS RODADOS?

Domingo, 24 de septiembre. Cuando entré en su habitación se dio la vuelta en la cama y me miró.

—Oh, Dios… —dijo, con emoción.

Su biógrafo estaba de pie frente a la ventana, y sonreía con expresión de impotencia. Kingsley dijo:

—¿Qué hora es?

—Las seis —dije.

—¿De la mañana?

—Las seis de la tarde.

—¿Las seis de la tarde? Pero ése… —dijo, señalando al biógrafome ha dicho que eran las seis de la *tarde*.

—Es que *son* las seis de la tarde.

Kingsley no estaba dispuesto a aguantarnos más. Se dio la vuelta hacia el otro lado, no tanto con enfurruñamiento cuanto decisiva y finalmente. Se dio la vuelta hacia el otro lado, y se aisló del mundo.

Las seis, las seis, las seis… Lo que realmente le dijo a Philip aquel viernes —según me contaron— no fue: «Vete a tomar por el culo.» Lo que le dijo fue: «¡Mátame, jodido loco!» Su habitación se alza a media altura del horizonte del oeste. Un vasto sol apunta hacia la ventana.

—Estoy en el infierno —había dicho Kingsley.

Y a las seis de la tarde uno siente que la habitación está a punto de estallar en llamas.

I Want It Now. Ronnie y Simona se dirigen en su fuga (estamos en el sur de Norteamérica) hacia un lugar llamado Old Boulder State Park.[320] Ronnie se queda dormido. Una sacudida del coche le despierta.

> —¿No son todos viejos cantos rodados? —Ronnie alargó la mano en busca de un cigarrillo—. ¿Qué he dicho? ¿… todos viejos cantos rodados? Dios, quiero decir si no son viejos todos los cantos rodados. ¿Qué diablos les haría asociar a uno concreto este maldito parque, me pregunto…?

¿No son todos viejos cantos rodados? Quizá fuera éste el estado de Kingsley: el de quien despierta de un trágico sueño breve a una hora extraña del día. Ronnie pronto rectifica y aclara que lo que quiere decir es que todos los cantos rodados son viejos. Pero ¿qué sucede si uno se queda estancado en lo de «todos son viejos cantos rodados»?

He aquí la anotación de mi cuaderno del 27 de septiembre:

> Kingsley está agitado. En su interior está teniendo lugar un psicodrama del que jamás dirá nada a nadie. Ni a mí ni a nadie.

No tiene palabras. Aunque quizá lo haga en el papel. Si es que vuelve.

Esto es absurdo y extenuante. No está volviendo. Las palabras y los recuerdos lo están abandonando como luces que emiten como un suspiro al apagarse.

—Siento un poco de… Ya sabes.

—¿De qué, papá?

—Ya sabes…

—¿De ansiedad? ¿De intranquilidad?

—No exactamente. Sólo un poco de… *Tú* ya sabes…

¿Podía saberlo? En la elección de las palabras mi padre jamás admitió delegaciones, en especial cuando tenía que ver con su estado anímico. Pero helo ahí sonriendo confiada y —al parecertranquilamente, y sin palabras. Hoy sé que se trataba del Kingsley de un mundo alternativo, de un anti-Kingsley, confinado en adelante a un régimen de tautologías y lugares comunes. Lo que su cerebro estaba haciendo era lo *opuesto a escribir*.[321] Sus manos estaban en todas partes, moviéndose de un lado para otro, enlazándose de cuando en cuando, volviendo a agitarse. ¿Debía regalarle los oídos con la descripción que él mismo hizo del crítico y escritor John Berger?[322]

—Y todo con mis manos… No es nada siniestro.

Estoy impresionado por el extraño e inmediato éxito del adjetivo («¿O es un predicado, papá?», le pregunté un día. «Sí, pero *en primer y más importante lugar*, es un adjetivo», me respondió él, momentáneamente enrabietado por mi pedantería competitiva).

—Así sé dónde están —explicó.

—Les das un sitio donde estar.

—Exacto.

Luego yo dije algo que había planeado decir. Dije:

—¿Te acuerdas de un libro que escribiste que se titulaba *Ending Up*? Lo han puesto en la tele, con John Mills y Michael Horden y Wendy Hiller y Googie Withers. ¿Te acuerdas? Bien, pues uno de los personajes de ese libro que escribiste, un tipo simpático llamado George Zeyer, padece afasia nominal. No puede acordarse del nombre de las cosas. No puede acordarse de los nombres de los objetos comunes y corrientes. En el libro que escribiste ello le da al hombre la ocasión de ser divertidamente *aburrido* en tres sentidos diferentes. En la primera fase es increíblemente aburrido porque construye las frases dando tumbos, improvisando a medida que habla. Como por ejemplo: «El tipo tiene un…, eso en lo que puedes viajar de un lado para otro. Eso que tiene…, ya sabes, esa cosa que gira.»[323] En la segunda fase es increíblemente aburrido porque trata de superar la dificultad que le

aflige ensayando fórmulas y paráfrasis. Como: «Le golpea ron con una de esas herramientas para apretar y con el chisme que se usa para el fuego.»[324] Y en la tercera es increíblemente aburrido porque ¡se ha curado! Ha vuelto a ser completamente normal y no puede dejar de hacer alarde de su maestría con los nombres comunes. Como: «Mesa, sábana, silla, vaso, botella, cuchara…»[325] Todo esto, papá, lo *escribiste tú* en un libro.

Mi padre me contemplaba con arrobada admiración.

—¿Te acuerdas, papá?

—No —dijo él.

Después de una pausa seguí sondeándole durante un rato. Su amnesia se estaba volviendo extrañamente selectiva. Recordaba el primer almuerzo que había tenido con Isabel y conmigo («con mucha nitidez»), pero no el segundo, que era mucho más reciente… Cuando me iba ya del cuarto cité maquinalmente una frase de un viejo disco de Peter Seller (convertido en un latiguillo en la familia), y él lo repitió perfectamente. Quizá no estaba sino gustando el mero placer del reconocimiento; pero en su cara vi algo que no le había visto en un mes: las ganas, la disposición, la capacidad de reírse. ¿Por qué habría de perderlas? ¿Por qué habría de arrebatársele también esto, o las palabras?

Cuando volví a mi apartamento repasé su novela *Ending Up*. Varias veces tuve que secarme los ojos, por la risa y por lo contrario de la risa. Vemos de nuevo a George Zeyer, completamente recuperado (un poco antes de su acceso de incontinente facundia *cosista*):

> «Le estaba diciendo a Bernard aquí presente que el sentido del humor es más precioso que las perlas o los rubíes o cualquier flota de vehículos o yates de lujo o avionetas privadas o castillos… En el supuesto, claro, de que uno coma en vajilla de plata y con cubiertos de mango de nácar y beba en copas de cristal tallado…» Tras enumerar nuevos signos concretos de opulencia, George pasó a preguntarse de qué podía valerle a alguien todo esto si carecía de sentido del humor.

Hoy (no entonces) pienso en *Stanley and the Women* y en ese gran parlamento del psiquiatra:

> «Cuando [los locos] se ríen de cosas que el resto de nosotros no consideramos graciosas, como la muerte de un pariente, no es que estén siendo más sagaces que el común de los mortales… Se ríen porque están locos, demasiado locos para ser capaces de seguir discerniendo lo que tiene gracia de lo que no la tiene. Las compensaciones del estar cuerdo puede que no sean

muchas, pero saber qué es lo que de verdad tiene gracia es una de ellas. Y eso zanja el asunto en un sentido.»

Kingsley no se reía de cosas que no tenían gracia. Gracias a Dios. No se reía en absoluto. ¿Porque ya no estaba cuerdo? ¿Porque estaba en un mundo en el que no había nada de que reírse? Ello zanjaría el asunto en *otro* sentido.

EL ASUNTO DE LAS ÚLTIMAS PALABRAS

Martes, 3 de octubre.

—Martin —me dice mi madre por teléfono.

Cuando le oigo llamarme por el nombre completo me preparo, y ese hecho, sin más, me informa de todo lo que tengo que saber.

Un domingo, mientras los chicos estaban comiendo pollo rojo («la mejor comida de la semana») y viendo unos dibujos animados o una carnicería de mil millones de dólares, y Hilly entraba y salía de la cocina… Debe de ser 1992. Yo estaba releyendo *Letters* de Larkin, y su Vida, y dije:

—Supongo que *las tuyas* serán aún peores. Desde el punto de vista de la corrección política. Harán aún más ruido.

—Pero yo no estaré para verlo.

—Yo sí estaré para verlo.

—Sí, *tú* sí estarás para verlo.

Otro domingo, quizá el siguiente, hablamos de las últimas palabras de Larkin. Cité:

—«Voy a lo inevitable.»

—No está mal —dijo Kingsley.

Not bad: con las dos sílabas largas del espondeo clásico, como *outdoors*.[326] Era difícil saber si estaba siendo escéptico sobre lo de las Últimas Palabras o sobre la contribución de Larkin al respecto. Pero percibí en él cierta aprobación —aprobación de las últimas palabras de su amigo, de su especial sentido, ya que la muerte siempre había sido algo inevitable para él, Larkin, que jamás pudo apartarla de su pensamiento—. Lo mismo que Kingsley.

—¿Tienes ya preparadas las tuyas? ¿Has pensando ya en algo para cuando te llegue el momento?

Le hice la pregunta con cautela, pero él respondió con interés, con tolerancia.

—Sí, las tengo. Ahora que lo mencionas.

—Pero no creo que me las vayas a decir ahora.

—No.

Leídas en bloque, en forma de antología, las Últimas Palabras son algo lastimero, algo que le hace a uno preguntarse a qué viene todo ese revuelo; me refiero a toda esa palabrería en torno a la muerte, en torno a la vida. Las Últimas Palabras, en conjunto, no suelen ser sino inadvertencias, incongruencias, piedades para la galería y pomposas dramatizaciones de uno mismo. Henry James se encuadraría en este último apartado: su «Así que aquí está al fin, la distinguida cosa» de refinado estilo, resulta grave y evocador, pero destila un tufillo a artificioso. Blake es a un tiempo plañidero y extático (preguntado por su esposa de quién eran las canciones que estaba cantando, respondió: «Amada mía, no son mías, no, no son mías»). Jane Austen es lacónica (le preguntaron qué necesitaba, y contestó: «Nada salvo la muerte»). Byron, fuerte y dúctil («Ahora quiero dormir. ¿Habré de pedir clemencia? No, nada de debilidad. He de ser un hombre hasta el final»). Marx —como era habitual en él—, pertinente («¡Venga, largo de aquí! Las últimas palabras son para los necios que no han dicho ya lo bastante…»). D. H. Law rence, como tantos otros propaladores de rumores que resultan falsos, creía —o al menos así lo afirmó— que iba a recuperarse: «Me siento mucho mejor», dijo.

—Las del amigo Hopkins fueron francamente buenas.

Mi padre, que odiaba a Hopkins, levantó la vista del periódico.

—Sí —apostillé—. Dijo: «¡Soy tan feliz, tan feliz!»

Kingsley asintió con la cabeza despaciosa, burlonamente.

—Además hay otra cosa sobre las Últimas Palabras —dije—. La cuestión de que puedas o no pronunciarlas.

—Sí. Muy cierto.

Horas antes del último trance, Lawrence había tenido la alucinación de que abandonaba su cuerpo. Le dijo a Maria Huxley: «¡Míralo ahí en la cama!» Y antes le había dicho a Frieda: «No llores.» *Ésas* sí que son unas buenas últimas palabras. Recomiendo que todo el mundo las utilice cuando le llegue la hora —siempre, claro, que uno sea capaz de articularlas.

Quien más fieramente rechazó todo consuelo fue Kafka. Exigiendo que sus escritos fueran destruidos totalmente, dijo: «No quedará ninguna prueba de que un día fui escritor.» Porque si uno es escritor, sus libros —todos sus libros— son sus últimas palabras.

—Martin.

—Sí, mamá.

Las palabras están abandonando a Kingsley: huyen de él. Pero también él dirá sus últimas palabras.

—Tu padre va a morir *muy pronto*.

Y vuelvo a experimentar esa sensación de levitación inminente.

CIERRA ESE OJO TRAVIESO

Sábado, 7 de octubre.

En esta fecha mi cuaderno de notas consigna lo siguiente:

> Derroto a Zach por 6-1, 6-0 en 55 minutos. No hay nada anómalo, pues, en mi constitución. Quiero decir en mi concentración.
>
> ¿Qué día jugué cinco sets sólo para dejar de pensar?

Aquella noche le pregunté a mi madre, con voz que a oídos de mi ser íntimo sonó decididamente infantil (aturdida, interrogante):

—¿De qué se muere, mamá?

—De la *bebida* —me dijo.

Estábamos sentados —ante unas copas, por supuesto— en el pub Jeremy Bentham. Jeremy Bentham, como Kingsley Amis, fue un hombre proclive a defender posturas muy poco atractivas. Bentham defendía la usura, por ejemplo, y se oponía a la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos Humanos: «Tonterías sobre pilotes.» En su sistema ético —que abogaba por «la mayor felicidad del mayor número de personas»—, las penas y los placeres eran cuantificados de acuerdo a cuatro factores: intensidad, duración, certidumbre y propincuidad. Mientras mi madre y yo estuvimos allí sentados aquella noche, se dieron los cuatro factores.

Uno o dos días antes mi madre me había dicho que habríamos de tener una «reunión terrible» —para tratar de enfermeras y residencias para enfermos terminales—, pero la *duración*, en tal caso, cedía paso a la *certidumbre*. Y al tiempo que la *bebida* había de tenerse en cuenta también un «accidente cerebrovascular». Cuando visité a mi padre, aquel día, lo encontré sentado, durmiendo (sentí un extraño alivio), en su pose de pensador pero con un rictus amargo en la boca. Una bella mujer de edad mediana y rasgos persas entraba y salía de su habitación. Hurgaba sin miramientos debajo del sillón de Kingsley como si su ocupante no sólo no fuera humano sino tampoco orgánico: un frigorífico o un aparato viejo de rayos X. Y eso que era el ala privada. Se suponía que disfrutábamos de las ventajas de la clase preferente.

Durante varios días, el trabajo silente que se desarrollaba en la trasera de mi mente había estado instándome a plegarme ante una realidad: mi ser inglés, nuestra idiosincrasia inglesa. Es algo que advierto aún más nítidamente en mis muchas conversaciones con Isabel. Su instinto le dicta explorar —y si es necesario agotar— todas las vías médicas y farmacológicas posibles antes de empezar a pensar

en el paso siguiente. Me veo a mí mismo —o más bien no me veo a mí mismo— empujando la silla de ruedas de Kingsley hasta un avión que nos llevará a la consulta de esa eminencia médica de Zurich o Toronto. Me veo a mí mismo —o no me veo a mí mismo— administrándole una innovadora dieta de bario y arroz basmati. Isabel procede de un medio donde lo primero que uno hace en relación con la muerte es emplear todos sus ahorros en conjurarla. En el caso de Kingsley, Isabel quiere, como mínimo, una segunda opinión, cuando yo ni siquiera quiero una *primera*. De hecho tuve que forzarme a mantener el teléfono cerca del oído mientras su médico, el doctor Croker (no, no era una de esas ironías que habrían «hecho las delicias» del propio Kingsley),[327] con voz estridente y desagradable aunque con cabal solidaridad profesional para con su paciente, me hablaba del daño cerebral, la pérdida de control motor y la incontinencia que ahora «afligen a su pobre padre». Cuando me enzarzaba en estas discusiones con Isabel lo hacía parapetado tras la cortina de mi *inglesidad*, de mi vieja idiosincrasia inglesa. Cuán palmario, cuán trillado es lo que digo. En Inglaterra, cuando uno ve que la muerte se acerca, se limita a preguntar si está en la cola correcta.

—Siempre dijo —volvió a insistir mi madre en el Jeremy Bentham— que «si alguna vez me da *un aire*, o un *patatús* o algo parecido, no quiero que se pongan a *enredar* conmigo. ¿Comprendes?»

Y había añadido:

—Comprad el ataúd más barato que encontréis y enterradme sin decir ni una palabra.

Volvimos al hospital. El enfermo se hallaba intranquilo; se revolvía en una protesta sin palabras. Mi madre le daba toquecitos en la cara con 4711. Sentías cómo su ansiedad se sometía a un fiado ritual cuando ella le decía:

—Puedes dormirte, cariño. Ya has hecho todo lo que tenías que hacer.

El ojo izquierdo vago de mi padre seguía abierto unos instantes.

—Cierra ese ojo travieso. Ya lo has hecho todo. Has hecho todo lo que tenías que hacer.

Al día siguiente, el cuarto de Kingsley es otra vez una suerte de crisol vivamente iluminado. Mi padrastro Alastair ayuda pacientemente a Kingsley en sus esfuerzos por abrir el escurridizo tapón de un frasco, y con la misma paciencia le pregunta si quiere morir en casa.

—¿Te gustaría venir a casa? ¿Qué te parece la idea? ¿Te apetece?

Un antepasado de Alastair, William Boyd, cuarto conde de Kilmarnock, pronunció unas últimas palabras *buenas* de verdad,

comunes y corrientes en sí mismas pero ennoblecidas por las circunstancias. Sostenía en la mano un pañuelo que se proponía entregar después de su rezo final, y dijo: «En un par de minutos os daré la señal.» Destacado jacobita, William Boyd fue decapitado en Tower Hill en 1746.

—¿Te gustaría venir a casa? ¿Te parece una buena idea? ¿Te apetece?

Papá tiene problemas para asir las cosas: le cuesta mucho agarrarlas, le cuesta mucho soltarlas. Su cara sigue siendo su cara, pero su mano resulta irreconocible: parece aquejada del síndrome de Marfan.

—Podrías venir a casa… ¿No te parece una buena idea? ¿Te apetece?

—No especialmente —se avino a zanjar Kingsley al cabo.

JUNE I HAGGLE UNCTION [328]

Horas antes le había estado leyendo. Al principio le había sugerido Chesterton (*El napoleón de Notting Hill* o *El hombre que fue jueves*). Luego le había sugerido Anthony Powell. Y cuando le sugerí George Macdonald Fraser (la serie de Flashman),[329] Kingsley movió de pronto la cabeza en sentido afirmativo.

Al comienzo de *Flashman el libertador*, nuestro héroe considera la idea de una nueva carrera: la política. En una fiesta de campo de varios días en Wiltshire, su suegro le presenta a una camarilla de gerifaltes tories, entre los que se cuenta cierto novelista: «… ese gallito judío de Disraeli». Seguí leyendo:

> —Mal papel el de tu grupo en los lores, ¿eh? —digo, y él baja los párpados ante mí con esa afectada elegancia tan suya —. Ya sabes… —digo—. Rechazan el proyecto de ley judío… Líos en Whitechapel… Muy mala suerte en todo… —continué —. Y encima Shylock queda segundo en Epsom. Había apostado veinte libras por él…
>
> Oí que Locke mascullaba: «Santo Dios», pero el amigo Codlingsby[330] echó la cabeza hacia atrás y me miró, pensativo.
>
> —Sí… —dijo—. Curioso, muy curioso… Así que aspira usted a dedicarse a la política, señor Flashman…
>
> —Ésa es mi intención —dije.

Levanté la cabeza con (un tanto negligente) expectación. Mi padre me miraba con aire fiero, con intensa y vana concentración; y, por supuesto, sin el menor sentido del humor. En su obra hay quizá media docena de descripciones de hombres adultos tratando de leer: tratando

de leer medio borrachos. Generalmente su primera reacción es echar la culpa al libro. He aquí a Shorty en *Ending Up*:

> Shorty hacía denodados esfuerzos por leer un libro de bolsillo que relataba —le pareció— cómo un grupo de hombres llevaba a cabo una misión bélica en la que tenían que volar algo. Su estado mental, habitual en él a aquella hora del día, prestaba a la narración cierta atmósfera de hondo misterio. Nuevos personajes aparecían de forma constante y sin ninguna ceremonia; o más exactamente —según se daba cuenta al rato—, nuevos personajes cuyas actividades había estado siguiendo durante varias páginas sin haber reparado siquiera en su irrupción en el relato, o que, más exactamente aún —según caía en la cuenta tras consultar los dos primeros capítulos—, habían estado en él desde el principio. El estilo de la prosa era tortuoso, elíptico, lleno de alusiones y de extraños alientos poé ticos… De cuando en cuando se topaba con algún detalle que casi lograba convencerle de que aquello lo había leído ya antes, y quizá más de una vez.

Kingsley había leído *Flashman el libertador*. Más de una vez. Y ahora le sonaba a *Finnegans Wake*.

Así que seguí leyéndole. ¿Por qué no? Nuestras visitas llevaban consuelo a Kingsley, pero sólo un visitante le procuraba placer: Jaime. Kingsley disfrutaba con él, se mostraba exultante. Porque en Jaime aún estaba el rocío, el encanto. Jaime le llevaba su juventud, con toda su conradiana fuerza (la juventud, ese «poderosísimo poder»). Yo ya no tenía juventud que ofrecerle. Aquel año había clausurado para siempre mi juventud. Lo siento, papá: no me queda ninguna juventud que brindarte… A veces imagino que a los muertos se les permite ver a sus hijos. Sería uno de sus privilegios. Pero ha de llegar un momento en que los muertos ya no quieran mirar más. William Amis, o incluso Rosa Amis… Ahora ya no estarían mirando a su hijo Kingsley.

Saltándome una página aquí y otra allá, seguí leyéndole. Después de matar —en una borrachera— a un invitado en la fiesta de campo del Partido Conservador, Flashman es enviado por su suegro a un viaje por mar. Llegué al punto en que Flashman cae en la cuenta de que el *Balliol College* no es un mercante sino un barco de esclavos. Enormemente alarmado (aunque sin el menor asomo de escándalo), pasa revista a los peligros inherentes a la situación. «Pero ¿de qué sirve…», leí,

> … pensar en eso en el aprieto en que estoy metido?», me dije. Al final, como de costumbre, por encima de cualquier otra consideración prevaleció un solo pensamiento: «Sobrevive,

> Flashy, y lo demás déjalo estar.» Pero entretanto, por lo que pudiera pasar, decidí mantener mi perfidia intacta.

De pronto Kingsley se incorporó en la cama y pronunció una retahíla de palabras que no alcancé a entender.

—¿Qué? —dije.

Volvió a intentarlo. Ahora *él* era *Finnegans Wake*. El sentido implícito era más o menos claro, pero las palabras seguían siendo incomprensibles. En flagrante contravención de las premisas humorísticas del libro, Kingsley me daba a entender que estaba en total desacuerdo con el proceder de Flashman: con su egoísmo, con su maldad.

—Lo siento, papá. No te entiendo.

Mi padre puso cara de contrariedad, y lo intentó de nuevo. Al menos era muy de él insinuar que su hijo estaba sordo, o era demasiado estúpido (o estaba demasiado borracho) para comprender lo que le estaba diciendo.

—Perdona —dije.

—¡Dios!

Explicaré a qué sonaba su frase (o frases). En *Una chica como tú* Patrick Standish entra con paso inseguro en un apartamento londinense donde le van a presentar a dos mujeres. Se acerca a una de ellas, Joan.

> Llega al borde de una alfombra y lo salva como quien pasa por encima de un gran danés dormido…
>
> —Hola, *I parry stashed a nowhere hermes peck humor speech own* —se oyó decir—. *June I haggle unction when donned ring gone oh swear…*

«*June I haggle unction*»:[331] un *buen* modo de pasar el principio del verano. Después de dedicarle un tiempo de reflexión y de recibir algo de ayuda, logro descifrar íntegramente el parlamento: *Hello, I'm Patrick Standish and now we're here I expect you must be Joan. Julian and I had lunch and went on drinking elsewhere* [Hola, soy Patrick Standish y ya estoy aquí y supongo que eres Joan. Julian y yo hemos comido juntos y luego nos hemos ido por ahí a seguir bebiendo].

Pero no pude descifrar ni una sola sílaba de lo que Kingsley dijo contra Flashman.

Las cosas, entonces, me fueron viniendo a la cabeza. Aunque mi padre ya no estaba borracho, lo había estado muy a menudo en el pasado, de forma que ahora pensaba como un borracho y hablaba como un borracho. Y su vocabulario[332] (cuán visceralmente odiaba

estas palabras compuestas, con su recordatorio implícito de cómo hubo de abrirse paso en inglés antiguo en Oxford) se estaba viendo erosionado drásticamente.

Se había dormido. El sueño: el hermano de la muerte.

«Hubo *un tiempo* en que fui importante», le había dicho a Jaime, al parecer bastante jovialmente. Sí, en un tiempo había sido alguien importante. «Pero ya he dejado de serlo.»

SOBRE LA BEBIDA

«De cuando en cuando caigo en la cuenta de que tengo fama de ser uno de los grandes bebedores —cuando no de los grandes borrachos— de nuestro tiempo», escribe Kingsley en sus *Memoirs*.

La bebida. Sí, como diría él mismo, «también estaba *eso*».

—Anoche llegué a casa hecho unos zorros —me contó un día (en 1985, creo)—, y no tenía dinero para el taxi. Le dije al taxista: «¿Me aceptaría un cheque?» Y él me respondió: «Bueno, supongo que tendré que hacerlo, ¿no?» Y siguió quejándose un poco. Con toda la razón. Sentí sus ojos fijos en mí mientras yo intentaba por tercera vez rellenar un talón como es debido. Y entonces me dijo: «Usted parece un hombre educado: ¿cómo tiene ganas de ponerse en semejante *states* [estado]?».[333]

—Buena pregunta.

—Muy buena pregunta.

Muy buena pregunta. Kingsley escribió tres libros sobre el alcohol: *On Drink* [Sobre la bebida], *How is Your Glass*? [¿Cómo está tu copa?] y *Every Day Drinking* [Beber cada día]. Y el alcohol anima e incluso satura su narrativa.[334] El alcohol significaba muchas cosas para Kingsley. Y tales cosas incluían el olvido, acaso en dos sentidos, aunque existían inocuas gradaciones intermedias. Parte de su entusiasmo era motivado por sus aficiones personales, sobre todo en los días expansivos de Lemmons: el vaso de vino caliente, la nata fría sobre el dorso de una cuchara, las hojas de menta y el jugo de pepino, las tiras de corteza de naranja, los bordes con sal, los exprimidores y los coladores. Era sólo en tales ocasiones cuando se le veía atareado en la cocina. Y había algo de adolescente, de *sabihondo*, en la forma en que mimaba su pequeño barril de malta, en cómo lo cuidaba y rellenaba periódicamente. Kingsley podía argumentar, entonces, que estaba haciendo trabajo de investigación para su columna sobre el hecho de beber, pero por supuesto era más bien al revés. Escribía sobre el hecho de beber para salvar siquiera mínimamente algo de las muchas horas que dedicaba a la bebida.

Al tiempo que sincero y humilde aprecio por los rituales, sabores y,

por encima de todo, efectos inmediatos del alcohol, en mi padre había también compulsión (rasgo que, de cuando en cuando, se daba también en sus tres hijos). No pudo permitirse beber todo lo que le apetecía hasta la aparición de *Lucky Jim*, en 1954. Luego bebía menos de lo que podía permitirse, pero más de lo que hubiera deseado —o más de lo que hubiera deseado desear—. «Quiero beber mucho, necesito beber mucho», me dijo en cierta ocasión Peter Porter, antes de pasar a matizar su estrecha relación con el alcohol. Kingsley quería beber mucho, y necesitaba beber mucho. El alcohol se hallaba ominosamente vinculado a la codicia, a la saciedad. «Dentro de todo hombre gordo», escribió Cyril Connolly, «hay un hombre delgado que pugna por salir al exterior.» Kingsley, en *Un inglés gordo*, es mucho más certero y divertido: «Fuera de todo hombre gordo hay un hombre aún más gordo que pugna por menguar.»

Un jueves por la noche en Biagi's. Primavera de 1994. Observé su entrada con cautela; vi su paso pesado, y vi cómo examinaba la sala del restaurante como alguien que buscara la cara de su enemigo. Me levanté. Nos besamos. Le ayudé a sentarse, y dije:

—¿Te apetece un gran almuerzo?

—Mmmm… No sé. El problema es que, cuando llegas a mi edad, el almuerzo es la cena.[335]

—¿Quieres decir que ahora lo tuyo es el almuerzo y que lo demás…?

—Sí.

Pidió un Campari con soda: lo de costumbre para sentirse mejor y seguir bebiendo… En los restaurantes mi padre siempre mantenía un aire de vigilancia, como si temiera que lo fueran a tratar con condescendencia, o ser mal atendido, o estafado, o agasajado por alguien pretencioso (la abierta vulgaridad, sin embargo, le complacía).[336] Incluso en Biagi's, su lugar preferido durante décadas, se mantenía en todo momento alerta. Una de las cosas que indefectiblemente le enfurecían era que los camareros se acercaran a su mesa sin haber sido llamados (le parecía que lo hacían siempre en el preciso instante de arruinarle las anécdotas). Quienes concitaban su mayor desprecio eran los camareros que llegaban con molinillos de pimienta.

—¿Desea un poco de pimienta, señor? —le ofrecieron aquel día.

—No lo sé aún… Porque aún no lo he probado.

Cuando me llegó el turno acepté una generosa capa de pimienta en mi primer plato aún sin catar. Kingsley me miró con fijeza, con dureza. Dije:

—Si te gusta, te gusta. No es como la sal. Por eso los camareros no

andan llevando saleros a todas las mesas.

Mi argumento debió de parecerle genuinamente esclarecedor. Pero luego cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado: un niño lloraba en las cercanías.

—Antes —dijo—, la madre se lo llevaba fuera para hacer que se callara. Antes ni siquiera los traían a sitios como éstos.

—Bueno, ya ves. Una clara mejora.

—Un cambio, en cualquier caso —dijo él, levantando la barbilla.

Yo jamás había entendido su postura antiniños pequeños. Ni la de Larkin, ni la de nadie. Al menos no era yo quien había suscitado tal antipatía en Kingsley, porque ésta era anterior a mi aparición en este mundo. Y a la de mi hermano. «Es la *pertinaz intensidad*», le escribió a Larkin, «aún más que el *egoísmo animal* del llanto de los bebés lo que más me encoleriza. Es como si temieran que si dejan de berrear uno o dos segundos van a dejar de recibir *una sola gota* de leche.» La carta es del lunes de Pascua de 1948 (mi padre tenía entonces veinticinco años). Al oírle aseverar tal cosa uno simplemente se decía: «Le dijo la sartén al cazo.» O: «El cuervo recriminándole a alguien su negrura...» Porque Kingsley era él mismo un niño pequeño. Y (como añadiría mi madre) a veces seguía actuando como tal a los setenta años.

El niño seguía llorando y Kingsley seguía doliéndose. Resignada y melodramáticamente. Yo no quería provocarle (pensaba provocarle más tarde), pero tampoco quería seguirle la corriente, así que dije:

—Ese tipo de cosas puede hacer gracia en los libros,[337] pero está fuera de lugar en cualquier otra parte. ¿Cómo es ese poema disparatado que escribiste...? «Las mujeres y los maricas y los bebés / lloran cuando las cosas les van mal.»

—«Las mujeres y los maricas y los niños...»

—Y ¿cómo sigue cuando entras tú...? ¿Cuando entra en el poema la gente como es debido? «Pero otro tipo de hombres...»

—«El tipo normal de hombres, / el que mantiene unido el mundo, / consigue hacer frente a su ofensiva / en cualquier circunstancia.»[338]

—Hombres como tú. Héroes callados como tú.

Y lo imité (Kingsley con los labios apretados, con aspecto heroico y callado). A Kingsley le gustaba tanto que sus hijos lo imitasen que casi siempre solía pedir bises («Hazlo otra vez. Por favor, sólo una vez más...»). En aquella ocasión no pidió ningún bis (aunque, de todas formas, el camarero reapareció ante nosotros exhibiendo la botella de vino, lo cual sumió a mi padre en una nueva saturnal de suspiros y ceños de ogro). Aquella noche me estaba preguntando dónde situaría a mi padre en aquel momento en su propia escala de embriaguez. ¿En el siete y medio? ¿En el ocho? Porque me disponía a retomar una discusión política iniciada la semana anterior, e intentaba calibrar su

tolerancia. Kingsley jamás había sido un bebedor del tipo Jekyll-Hyde, pero el alcohol podía crear, en su discurso, ciertos callejones sin salida y zonas prohibidas —tierras no susceptibles de debate.

Me preguntaba cómo se tomaría que le pusiera las peras al cuarto en relación con Nelson Mandela.

Simpósium es una palabra que se ha extraviado, o que ha andado dando bandazos hasta apartarse un buen trecho de su origen clásico. Cuando murió F. R. Leavis en 1978, reuní para el *New Statesman* una serie de trabajos de evaluación de su carrera, y lo titulé: «F. R. Leavis: un simpósium.» Consistiendo como consistía en unas cuantas contribuciones sobrias y discretas recogidas en el curso de unos meses, el título malamente podía considerarse una gran afrenta a su etimología, pues *simpósium* significa —o significó— «fiesta en la que se bebe copiosamente», o «debate festivo»: de *syn* [juntos] y *potes* [bebedor].

Y eso es lo que le gustaba a Kingsley por encima de todo. Bueno, en el mediodía de su vida de varón probablemente le había gustado más el adulterio;[339] pero los simpósiums fueron para él un placer mucho más duradero e inequívoco (un amor cuyo mes era siempre mayo). La perspectiva de uno de ellos le hacía invariablemente frotarse las manos con tanta rapidez que uno temía que fueran a incendiarse. La discusión, las anécdotas (no el cotilleo), las imitaciones, las piezas obligadas, las citas, las recitaciones. Las recitaciones… Recuerdo que, cuando nos quedábamos juntos hasta altas horas de la madrugada, yo solía pensar: «Dios… Se sabe *toda la poesía inglesa*… Diez versos aquí, veinte versos allá. De Shakespeare, Milton, Marvell, Rochester, Pope, Gray, Keats, Wordsworth, Byron, Tennyson, Christina Rossetti, Housman, Owen, Kipling, Auden, Graves…, y, por supuesto, Larkin. La ebriedad es en cierto sentido lo opuesto a la escritura de poesía (la ebriedad escribe versos sin sentido), pero en otro sentido muy diverso existe sin duda un claro nexo.

En un tiempo pensé que su crítica de *Altas ventanas* (1974), de Larkin, era campechana o perfunctoria o algo a caballo entre lo sublime y lo trivial. Empezaba así: «Cuando todos se han ido ya a la cama, ¿cuántos poetas pueden competir con una nueva grabación de la sinfonía en si bemol menor de Chaikovski como acompañamiento del último escocés de la velada?» Y seguía citando a algunos de los poetas enumerados más arriba (incluyendo a Betjeman, el Macaulay de «Horacio» y el R. S. Thomas de los primeros tiempos). «La cualidad que comparten», prosigue, «es la inmediatez, la densidad, la fuerza en un sentido análogo a la del whisky escocés.» Yo puse objeciones a esto, tachándolo de impropio, en parte porque *Altas ventanas* era sin duda la más grande de las obras de Larkin y en parte porque era

claramente su obra final. Pero hoy acepto esta analogía, tal como la habría aceptado probablemente el propio Larkin si la bebida en cuestión hubiera sido ginebra en lugar de whisky. Un día de la década pasada, en los primeros meses del *ménage*, Kingsley me dijo:

—Hace unas noches tuve una extraña experiencia con Byron. Tenía una hora libre antes de una cena en Chelsea y entré en un pub y me puse a leer *Don Juan*. Al cabo de media hora no podía creer lo absolutamente maravilloso que era lo que estaba leyendo. Sabía que me gustaba *Don Juan*, pero…, oh, Dios, aquello era algo de un *orden* completamente diferente. Cuando llegó la hora de marcharme recorrí con la mirada el pub deseando exclamar con toda el alma: «¿Tiene alguien de aquí alguna idea de lo maravilloso que es *Don Juan*?»

—Bueno, entonces… —dije, inseguro—, supongo que *modificaste* tu opinión al respecto.

—No —dijo él—. Estaba borracho. Eran las primeras copas del día y lo que sucedía era que me estaba emborrachando.

—Y *Don Juan* te venía de perlas para conseguirlo.

—Exacto.

Emborracharse: no había duda de que ése era siempre el objetivo. Estar borracho tenía sus cosas, pero emborracharse era la parte realmente buena. Kingsley había escrito a menudo y con garra sobre ese instante en que el emborracharse se convierte súbitamente en estar borracho. Y él era, por supuesto, el campeón de las resacas. Sin embargo no fue nunca nada remilgado a la hora de admitir que emborracharse, o, en su defecto, estar borracho, era lo que él siempre tenía en mente al empezar a empinar el codo. Véan se estas festivas frases de *Me gusta estar aquí* (donde la palabra «propiedad» resulta loablemente precisa):

> [Bowen] le había añadido a Barbara [su mujer] que la cerveza era más barata y compartía con la ginebra y el borgoña la propiedad de emborracharle. Este último factor había recibido un aplauso insuficiente. Ahora pensó para sus adentros que si alguna vez se metía en el negocio de la destilación de cerveza sus carteles de publicidad llevarían escrito en la parte superior «La cerveza de Bowen», y debajo, en la mitad, una foto de [su suegra] bebiéndola desaforadamente y partiéndose de risa, y, en la parte inferior, en negrita o con relieve, las palabras «*Te emborracha*».

¿Por qué, pues? ¿Por qué anhelaba beber hasta llegar a *tal* estado? La vida de un escritor es todo ansiedad y ambición (y la ambición, aquí, no es fácilmente distinguible de la ansiedad; es parte del deseo de acertar en el desarrollo del talento que uno tiene). Así que algunos

de nosotros pretendemos darnos un respiro en esto, si es que está en nuestra mano lograrlo. En el prefacio de sus *Memoirs* Kingsley señala lo siguiente: «He dado ya cuenta de mí mismo en veinte o veintitantos libros, la mayoría de los cuales han sido novelas.» Estas novelas «no son en absoluto autobiográficas, pero al mismo tiempo cada palabra de ellas dicen inevitablemente algo de la clase de persona que soy. "Que en el vino hay verdad", me dijo una vez Anthony Powell, "es un dicho de cuya veracidad no estoy muy seguro, pero que en la escritura hay verdad es una absoluta certidumbre"». Y aquí hay otra conexión. Tanto en el vino como en la escritura, la mente consciente recula y el inconsciente da un paso adelante. Ambas necesitan un cambio de escenario. Y ambas topan con el problema eterno: la edad, y el solo desenlace de la edad.

Llegan las croquetas de pescado de Kingsley. Todos los jueves come croquetas de pescado. Cuando encontraba algo de comer que le satisfacía (o podía engullir sin problemas) tendía a pedirlo continuamente. En los restaurantes indios era el *rogan josh*. Siempre pedía *rogan josh*. «No puedes equivocarte mucho con el *rogan josh*», decía, ritualmente. Le digo:

—No puedes equivocarte mucho con las croquetas de pescado.

—Exacto.

Pero en esta ocasión Kingsley se está equivocando *mucho* con tales croquetas. Se lleva la mano a la boca y se quita una parte de la dentadura inferior. La pieza se pasará el resto de la velada a la vista de todo el mundo, junto a la copa de vino (a modo de fiel recordatorio de lo que muy pronto va a sucederme a mí). Cuando termine la novela que estoy escribiendo tendré que volar a Estados Unidos a ponerme en manos de Mike Szabatura. Pero tengo que volar a Estados Unidos de todas formas. He de ver por última vez a Bruno Fonseca… El camarero aparece ante la mesa y veo que mira la prótesis. Por espacio de un instante temo que la tome por un trozo de *prosciutto* y lo barra brusca y diligentemente de la mesa. Pero los aspavientos de Kingsley bastan para intimidarle, y el hombre se retira. Empiezo a decir, mesuradamente:

—La semana pasada te pregunté si te inquietaban los acontecimientos de Suráfrica, y me miraste como si estuviera loco. Dijiste que Mandela era un terrorista que había matado a mujeres y niños y que nunca lo había negado.

—Sí, exacto.

—Bien, pues estás… *equivocado*. Hasta te costaría encontrar un extremista afrikáner que estuviera de acuerdo contigo. Tus opiniones al respecto harían que te echaran hasta de un bar llamado El Azote de los Cafres. Los únicos que opinan como tú son un puñado de tipos

centenarios a los que llaman *viernicht*.

Y seguí vapuleándole sin piedad.

Cuando era joven mi padre me dio un consejo sobre la bebida del almuerzo y la sombra que proyectaba sobre la bebida de la cena. Piensa en todo lo que has bebido en la comida —me dijo—, multiplícalo por dos e imagina que te lo bebes de golpe a las seis menos cinco de la tarde. Aquella noche me acordé de tal norma cuando, una hora después, Kingsley apuraba su grappa y se erguía con asombro sobre sus pies. En general, había encajado mi defensa de Mandela revolviéndose en su asiento y espetándome: «No entiendes. *No entiendes*. NO ENTIENDES», hasta que, finalmente, con gesto que jamás le había visto antes, se tapó los oídos con las manos y se quedó mirando fijamente el plato. Y, tras una pausa, dijo:

—Cambiemos de tema.

—De acuerdo. Sólo una cosa más. Consigue un poco de mierda nueva sobre Mandela mientras estoy en Estados Unidos. Porque la vieja no convence a *nadie*. Cambiemos de tema. Volvamos a las mujeres y a los maricas y a los niños.

—Vale. Sólo una cosa más. No eres más que una hoja en el viento de la moda.

Sellada con contundentes licores, la cena acabó amigablemente, como de costumbre. Pero la cara de Kingsley, ahora elevándose en el aire sobre el nivel de la mesa, reflejaba una genuina alarma. Lo que en aquel momento yo estaba presenciando era un efecto alcohólico a la enésima potencia. Me acerqué a él para ayudarle.

En una isleta de Edgware Road (esa vía urbana de eterna mala fama, a un tiro largo de piedra al noroeste de la opulenta Marble Arch, más allá de los pubs y pequeños comercios y locales de máquinas tragaperras de debajo de la Westway, después de dejar atrás Little Venice para adentrarse en Maida Vale, donde treinta años atrás vivíamos en una casa con Philip y Jane), Kingsley cayó al suelo. Y no por un brusco tropezón o traspié, sino por obra de una administración prodigiosa. Al principio fue una especie de efecto lento, como de goteo, que me infundió de inmediato el temor de que Kingsley, una vez llegado al suelo, se desparramara en plena calle a ambos lados de la isleta, donde había coches, camiones, estruendosos autobuses. Luego, cuando lo agarré y tiré de él, fue como si fuera un gran barco empeñado en escorarse. ¿Lograría enderezarse, o acabaría hundiéndose? Luego vino una sensación de disolución generalizada, y una pérdida de la cohesión física básica. Miré a un lado y a otro en busca de algún lugar donde apoyarlo, pero todo él se estaba cayendo, desmoronando, deslizando hacia el punto más bajo de su entorno, como en un gran resbalón en el barro.

Al final logré llevarlo hasta casa. Él encontró cierto equilibrio, cierta elevación, y yo le encajé un hombro bajo la axila, y lo fui llevando despacio. El incidente en ningún momento dejó de tener como un tres por ciento de cómico. Incluso con la cara a la altura de la rodilla, y los ojos llenos de desnuda aprensión, como los de alguien que estuviera hundiéndose en una ciénaga, jamás perdió ese destello de asombro, de regocijo ante lo que le estaba sucediendo —ante el peso de su cuerpo «cargado», ante la codicia de la gravedad, ante la rueda de los años—. Papá, estás demasiado viejo para esta mierda, ¿sabes?, podía haberle dicho. Pero ¿por qué preocuparse? ¿Es que él no lo sabía? Eres demasiado mayor para esto, papá… Para estos trotes, para estas diabluras…

LA ESQUINA

Jueves, 12 de octubre. Kingsley ha sido trasladado al St Pancras's, detrás de King's Cross: a la Sala Phoenix. Estoy a su cabecera, y sigo con la lectura de *Flashman el libertador* (ahora nos estamos acercando a la costa de Dahomey). No estoy muy seguro de lo que pueda captar mi padre de todo ello. Tiene la cabeza echada hacia atrás (los ojos abiertos y húmedos durante un rato, y luego otra vez cerrados). Pero estoy contento de que no se haya dado la vuelta hacia un costado, de que no me haya dado la espalda.

Su biógrafo escribiría luego (bastante poco verosímilmente, he de decir) que mi madre se temía que la Sala Phoenix me iba a horrorizar tanto que me haría insistir en que Kingsley fuera trasladado a otro sitio. Pues bien, no era el caso. La Sala Phoenix no me horrorizaba lo más mínimo.

Es una sala para enfermos terminales. Es lo que en la cárcel los internos llaman el corredor de la muerte: la Esquina.

Eric Shorter, un buen tipo del Garrick, va a visitarle. El biógrafo, compañero de club de Shorter, ha estado en la habitación hace un rato. Tras intercambiar unas palabras conmigo el visitante se inclina sobre Kingsley y dice, muy afectuosamente (y bastante formalmente):

—¿Cómo te encuentras, Kingsley?

Mi padre lleva días sin apenas dirigirme la palabra. Así que me impresiona sobremanera, y me hace soltar una carcajada, el verle volver la cara hacia Eric Shorter para decirle con claridad cristalina:

—¡De puta pena, chico!

Al cabo de unos instantes Eric le habla de las futuras visitas que va a hacerle, de las futuras visitas que va a hacerle otra gente…

—No quiero ver a *nadie*… A *nadie* —dice mi padre, y se vuelve solemnemente hacia el otro lado.

Mientras Eric se dispone a irse mira a su alrededor, sacude la cabeza, se estremece. Y en su estremecimiento hay un total rechazo de lo que está viendo.

No quiero ver a nadie no es cierto al ciento por ciento. Quiere ver a su más fiel visitante: su hija Sally.

Eric sale de la habitación; lo deja todo atrás.

Es la muerte en lo que algunos londinenses llaman la Empresa Pública. De ahora en adelante ya nadie se preocupará aquí por tonterías propias de la Clase Preferente, por el servicio de habitaciones o por la indiferente aspiradora de la señora de la limpieza. Esto es la Esquina, y es transporte público, de una sola clase.

Los hombres están incorporados en el lecho, con una mirada de censura de maestros de escuela, o de indignados conductores en coches antiguos; y las mujeres están más agrupadas, más juntas, más hechas un ovillo en torno a pequeñas mesas, o alineadas ante el televisor de la sala de estar. Sobre un colchón hay un enfermo de cáncer devastado y consumido, y se le ve reptar hacia la almohada (del tamaño de la de un niño de dos años).

Pero todo está bien; hasta el punto de que me gustaría morir aquí. Pritchett tiene un texto sobre hospitales en el que afirma que hacen que el cuerpo «se sienta importante», porque en él uno lleva su «talento para el dolor» hasta su ápice. El talento para el dolor me parece algo apasionante.

Lo que me rodea ahora, sin embargo, y me sobrecoge, es el talento para el amor. O el amor supererogatorio. Es de lo que «adolecen» las enfermeras de este lugar, que son de todos los colores: de amor que excede a la obligación. Hay en ellas un amor que les desborda, y por eso tienen que venir aquí y hacer lo que hacen.[340]

Parece haber una especie de película sobre las cosas, una fina lluvia de polvo o de vaho, pero todo —objetos y personas— está limpio. Kingsley está muy aseado, e, increíblemente, empieza a tener de nuevo una apariencia apuesta.

En un momento dado me sobresalta ver que se incorpora en el lecho y que dice algo incomprensible. Lo repite, pero sigo sin entenderlo.

Parece haber dicho algo parecido a «… Borges».

«Bor-gesss…» Como si quisiera nombrar a Jorge Luis Borges. Creo que lo que intenta es lanzarme un juramento. Philip ha recibido ya los suyos, y también yo he tenido mi cupo de ¡*Cristos*!, etc., cuando me he interpuesto en su campo de visión. Puede que haya tratado de maldecir a Eric Shorter, o a Bernard, el bromista de la sala. Quizá haya querido decir *buggers*, o *bastard*,[341] o sencillamente «Bernard». «*Bor…gesss*…» Lo que con seguridad no quería decir en ningún caso

era precisamente «Borges» (otro de mis dioses; alguien ante el que mi padre siempre se sentía instintivamente receloso, y para el que nunca tenía tiempo, y en cuya obra jamás se había «iniciado»).

Pero también eso estaba bien. Mamá tenía mucha razón al decirle:

—Has hecho todo lo que tenías que hacer.

Sí. Ha hecho lo que tenía que hacer. Ha hecho todo lo que debía.

Su perturbación dura menos de un minuto. Luego se da la vuelta en la cama y me da la espalda.

TODO GENIAL

—Papá vuelve. Papá vuelve a casa del hospital —dijo Philip—. Todo genial.

No tenía nada que ver con Flashman, cuyas peripecias yo le había dejado de leer hacía un par de días. Éramos Philip y yo, de hecho, quienes volvíamos del hospital donde estaba internado nuestro padre. Mi hermano me estaba contando un sueño de la noche anterior. Le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—Sólo había ido al hospital a desintoxicarse y adelgazar un poco. Y ahora volvía… genial.

Genial. Cuando teníamos unos dieciséis o diecisiete años Philip y yo, en una caótica academia intensiva de Notting Hill, habíamos tenido un profesor de matemáticas llamado Flash Crunch. Quiero decir que nosotros le llamábamos Flash Crunch. «Crunch» por una razón fácil de explicar: solía restregar y hacer crujir las dos piezas de su dentadura postiza. Con el nombre de señor Greenchurch, lo saco en *El libro de Rachel*: en un momento dado la rebelde dentadura se le escurre y le cae por la barbilla, por lo que el hombre ha de sorbérsela hasta encajarla de nuevo en su sitio. Lo de «Flash» es un poco más difícil de justificar. Cualquiera podría haberse hecho con el apodo de Crunch. Pero ¿cómo aquella estantigua arrugada y temblona —que una vez se abrió una brecha en la cabeza con la puerta de su Morris 1000 *sin siquiera darse cuenta* había llegado a «merecer» el epíteto de «flash»? Porque en dos ocasiones nos había recriminado a mi hermano y a mí (aunque de forma nada altanera) nuestra falta de puntualidad. Nos pareció de lo más extemporáneo, viniendo de él. Y no necesitamos más. A partir de entonces, pues:

—Hoy tengo deberes extras.

—¿De quién?

—De Flash Crunch.

—Llego tarde a clase.

—¿De quién?

—De Flash Crunch.

Philip continúa contándome su sueño:

—Y tenía el pelo bien peinado. Y coche. Y había vuelto con Jane. Todo genial.

En Regent Park Road nos bajamos del taxi y tocamos el timbre de la puerta principal. Nos abrió Alastair. Mi madre estaba en las escaleras.

—¡Vuelve, mamá! —le gritamos.

Nos miró con recelo por encima de los balaustres.

—Tiene un aspecto genial. Lleva ese abrigo color oro.

Mi madre siguió mirándonos desde donde estaba.

—Y conduce su propio coche.

—Todo… genial.

Tales momentos de «moratoria» —en este caso humorísticano eran los únicos. En mi cuaderno de notas me veo enfrentado a algunos embarazosos éxitos en la cancha de tenis.

Le gano a Zach por 6-2, 6-2. Le gano al incansable David por 6-2, 2-6, 6-4. Le gano a George por 6-3, 6-3. Le gano a Ray —el que se fue corriendo hasta Gales— por 6-3, 6-1. E incluso le gano a *Chris*, técnicamente; el tanteo era 4-6, 4-3, y en ese punto Chris rompió *dos* raquetas nuevas y se fue de la pista.

Este último resultado es de lo más loable, porque Chris, campeón de judo en un tiempo, no es ningún hueso fácil de roer. Juega bien al tenis, y normalmente me gana con facilidad. Pero ese día se enfrentaba a un Amis cuyo padre se estaba muriendo (lo cual era otro cantar). La primera raqueta la rompió de rabia. En cuanto a la segunda, la sacó tranquilamente de su funda y la dejó en el suelo; se puso de pie sobre el mango y, con ambas manos, la dobló hasta dejarla casi en ángulo recto.

—No más tenis este año —masculló, dirigiéndose hacia la salida y dejando atrás las destrozadas raquetas recién compradas (parecían dos perchas).

El verano en que me marché de casa apenas podía levantar una pelota de tenis. Conque levantar una raqueta… Apenas podía levantar la mano hasta la frente. En la pista de tenis sólo me sentía más o menos bien jugando dobles mixtos con gente de unos setenta años.

Pero ahora, con mi viejo padre muriéndose en el St Pancra's… Mírenme brincar hasta el juez de silla para esos fulminantes remates por encima de la cabeza. Mírenme llegar como un rayo allende las líneas laterales para esos reveses con efecto. Mírenme alcanzar esa dejada. Miren cómo…

¿Por qué me bajo de la cama como si tuviera un muelle en los pies? ¿Por qué me despierto y siento que se enciende en mí la idea de

que se está fraguando, de que está a punto de suceder algo palpablemente bueno? ¿Por qué mi cuerpo está tan en vilo? ¿Por qué estoy tan… *genial*?

«¿Qué me *pasa*?», me pregunto en mi cuaderno de notas. «¿Es que quiero mi pellizco de su dinero?» «¿Es que *no* le *quiero*?» «¿Es que él no *me* quiere?»

«Oh, Bernard tiene la cabeza encima de los hombros.»

«Oh, Bernard no nació ayer. Podéis estar seguros de eso.»

«Bernard utiliza el coco como es debido.»

«Bernard sabe en qué lado de la tostada está untada la mantequilla.»

En el St Pancras's mi madre no tarda mucho en unirse a las bromas de —o sobre— Bernard, el guasón de la sala. Bernard da la impresión de que lleva toda la vida en la Sala Phoenix. Sonriendo con holgazanería, con flojedad, con gorgoteos, y casi sin palabras, Bernard se cierne y ronda y está siempre ahí… Resulta difícil entender cómo se ha ganado esa reputación de pertinencia e ingenio. Pero la reputación de Bernard, al parecer, no se halla en absoluto amenazada.

«Apuesto a que Bernard se las arregla perfectamente, ¿tú no, querido?», dice mi madre.

«Oh, Bernard consigue siempre lo que es suyo», tercia una de las enfermeras.

«Apuesto a que Bernard no tiene un pelo de tonto.»

«¿Bernard? Oh, sabe cuidarse, no se preocupe.»

«Oh, no. Yo no me preocuparía por Bernard…»

Y Bernard esboza una sonrisa maliciosa; y sigue rondando por allí, tan genial como de costumbre…

Entretanto, el mejor novelista humorístico de su generación yace en la cama sobre un costado, en la callada oscuridad. El biógrafo obtuvo de él un vacilante «Hola, viejo amigo» el otro día, pero lo único que yo obtengo es un gruñido tolerante mientras lo abrazo al llegar y al despedirme. Kingsley tiene el «eterno amigo del anciano»: neumonía. Le dan morfina y antibióticos. Cuando sufre una recaída le siguen administrando morfina pero le quitan los antibióticos. Es la forma inglesa de hacerlo… Cuando lo visito solo ya no le leo. Leo para mí, mientras lo vigilo con la esperanza — y sin la esperanza— de que en algún momento despierte. El libro que más a menudo tengo en el regazo es el de las memorias de Gore Vidal, *Palimpsesto*, cuya crítica voy a hacer para el *Sunday Times* in extenso. Mi mente parece clara pero mis emociones siguen golpeándome de forma desconsoladamente caótica. Por ejemplo, en *Palimpsesto* hay un tema recurrente o una broma constante sobre la llamada Maldición de Gore: todos sus

enemigos y difamadores reciben pronto castigo (a menudo contundente). Los hados están con Gore Vidal, así que no quiero tentarlos. ¿Qué más, qué otra fatalidad podría ahora infligirle esa Maldición a mi padre? Quizá devolver a su cuerpo moribundo todas las cosas de las que ahora, afortunadamente, carece: razón, juicio, conciencia. Y yo no quiero que eso suceda.

«Oh, Bernard sabe muy bien por dónde le da el aire.»

«Bernard sabe un par de cosas.»

«Bernard está al tanto de todo.»

«Bernard sabe que dos y dos son cuatro.»

De pronto mi agonizante padre se incorpora del pozo de gravedad del lecho, y dice:

—Oh, venga ya…

Al principio, absurdamente, supongo que se está refiriendo a Bernard, al rotundo e inmerecido ensalzamiento de Bernard. Pero las palabras las dice tan dulce, tan suplicantemente… Quizá nos está diciendo «Oh, venga ya…» a nosotros, a mi madre y a mí: esta endiablada farsa se ha prolongado tanto, y tan más allá de lo razonable, que ya no podemos persistir en ella… Quizá está diciéndole a la vida: no más detalles, por favor, no más pelos y señales, no más detenimiento en el manicomio y el hospicio de la ancianidad. Quizá se lo está diciendo a la propia muerte.

Mi padre se apaga y mi madre lo arropa.

Ésas fueron sus últimas palabras, y sabemos su significado. O bien retoman o bien acaban. Ya basta. Todo ha terminado.

Me digo a mí mismo lo que siempre me he dicho. Lo que, consciente o inconscientemente, todos los escritores se han dicho siempre a sí mismos. Las cosas que uno siente son universales.

Mi padre se muere, como un día hizo el suyo (como un día hizo el suyo). Lo inevitable se acerca y uno se siente dispuesto a levantarse a recibirlo. «Una sensación de inminente levitación.» La *levitación* no se equivoca. La *levitación* no es ni más ni menos que la verdad.

Esas superdrogas de nuestro interior listas para responder a la conmoción y el dolor… Esas superdrogas capaces de hacerte realizar cualquier proeza… Están ahí dentro para ayudarte a pasar el trance, para llevarte hasta el otro lado.

Los hospitales hacen que el cuerpo se sienta importante. El padre moribundo hace que el cuerpo se sienta importante. Que el cuerpo haga lo que el padre no hace: vivir. No hay razón alguna, hasta el momento, para que ello te sorprenda: que tu cuerpo viva.

Estamos en 1995, y lleva ahí desde 1949. La figura mediadora está borrándose ahora, y ya no hay nadie entre tú y la extinción. La muerte

está más cerca, y te recuerda que hay muchas cosas por hacer. Hay niños que criar y libros que escribir. Tienes mucho trabajo por delante.

Ahora estamos en 1999, cuatro años después, y sus libros están por todo mi cuarto: encima de la mesa, en el suelo, en las estanterías. Siempre estoy buscando alguno que en ese momento me apetece, y me digo una y otra vez: Cuántos libros escribiste, papá, y cuánto cuánto trabajaste. *Ellos* son tus últimas palabras. *New Maps of Hell* [Nuevos mapas del infierno] está debajo de *La liga anti-muerte. The King's English* está encima de *Collected Poems. What Became of Jane Austen*? está apoyado sobre *The Alteration. Los viejos demonios* se esconde tras *Ending Up*. Todo esto eres tú y es lo mejor de ti, y sigue aquí y yo sigo teniéndolo.

ME HABLA BERNARD

Martes, 17 de octubre. Oigo un ruido sordo y de pronto se arma un gran revuelo en la Sala Phoenix: Bernard se ha caído. Bernard está en el suelo y las enfermeras llegan corriendo hasta él y se agrupan en torno a su figura doblada, en bata.

«Vaya…, un pequeño accidente. Ya estás bien, querido.»

«Bernard está bien.»

«Bernard está como una rosa.»

«¿Bernard? Está tan campante…»

Esta semana aparezco en los periódicos por algo a lo que ya estoy habituado. Sí, los periódicos siguen existiendo, pero parecen dar cuenta de cosas de un universo alternativo que apenas guarda semejanzas con el mío. Esta semana aparezco en ellos porque *La información* no figura en las listas de candidatos al Premio Booker. Que yo sepa nadie ha reparado en que tampoco está la última novela de Kingsley, *El bigote del biógrafo*, cuya aparición —si el lector recuerdapuso a prueba la paciencia tanto de críticos como de entrevistadores. Kingsley agonizante no sale en los periódicos. Todo lo que se le dedicó en su día fue una jovial columna sobre su percance y ulterior ingreso en el hospital. No mucho, teniendo en cuenta que el Cuarto Poder sigue muriéndose de curiosidad por el asunto de mi dentadura. Por ejemplo, ningún reportero se ha colado en la Sala Phoenix para informar sobre mi padre (mientras que un colega suyo sí lo había hecho en la consulta de Mike Szabatura). A menos que el reportero sea Bernard, quien, compruebo, vuelve felizmente a arrastrar los pies por la Sala Phoenix (a menudo se acerca a nosotros, como queriendo escuchar lo que decimos). Pero no hay nada que oír. Los periódicos, en especial los tabloides, están muy interesados en el

proceso de Rosemary West. Cuando el *Sun* publica un artículo sobre Kingsley se refiere a él como el autor de *Lucky Jim* y el tío de Lucy Partington.

Kingsley tiene un aspecto suavemente hermoso. Lleva el pelo más largo que de costumbre, y a mí se me antoja más fino y plateado. La pérdida de peso va desvelando la cara que hay bajo su cara, el viejo rostro, que es el rostro de su juventud. El día en que Kingsley tomó posesión de su puesto de profesor en Swansea, uno de sus alumnos se volvió a sus amigos y dijo: «Eh, chicas, mirad bien: ahí tenéis Talento con mayúscula.» No estaría mal para su lápida, junto con los versos de su poema «A Dream of Fair Women» [Un sueño de mujeres hermosas]:

> La puerta sigue balanceándose, y las chicas vuelven a animarse,
> aeronautas en las supremas altitudes
> del desmayo del tedio, bajan en picado
> y se sumergen en el brillante oxígeno de mi gesto de cabeza…
> «Yo primero, Kingsley: soy la más inteligente», declara una tras otra,
> pero ningún gourmet se apresura a bajar a cenar,
> ni yo me apresuro a ir arriba.

No sé a qué juega la naturaleza ahora, rehaciendo ante mis ojos su belleza. La naturaleza debería hacerle feo para que yo me sintiera más dispuesto a dejarle marchar.

El paciente se agita y abre la boca. Me veo obligado a decir que su solo rasgo desagradable eran los dientes. De ahí sus muchas fotografías de juventud con esa sonrisa de absoluto regocijo pero no confiadamente abierta. Su boca ahora está vacía. Tiene el aire de una lámpara con el casquillo a la espera de que le cambien la bombilla.

—Tuvo una caída.

Quien habla, sorprendentemente, es Bernard.

—Sí, eso es —le digo.

—¿Estaba borracho?

—Bueno…, sí.

Bernard, entonces, se cree en la obligación de dar más consistencia temática al asunto de la que necesito. Yo habría preferido cambiar de tema. Si esto fuera una novela, ¿no me habría apetecido dejar el asunto durante un rato?

Pero no. Acaso desatascados por el esfuerzo o la novedad del discurso hablado, los *dientes* de Bernard, su dentadura *postiza* —la parte de arriba de ella— empieza a deslizársele fuera de la boca.

Dios…, ahí está… Por espacio de unos segundos Bernard adquiere un aire muy juvenil y un poco memo, como el de alguien mirando pasar trenes, y luego, instantes después, vuelve a parecer muy viejo, desastrosamente viejo. ¿Es Bernard *hijo* de Flash Crunch? Una enfermera da un paso hacia adelante y cariñosa y ágilmente le quita la dentadura rebelde y la mete («¡Ya está!», dice) en un tubo blanco de plástico con una etiqueta en la que se lee (con letras negras): DENTADURAS. Bernard sigue sonriendo.

Hace un año todo esto me habría horrorizado. Pero ¿ahora? ¿Ahora?

He entregado cautamente mi reseña de las memorias de Gore Vidal. Mil ochocientas palabras despachadas con gran fluidez y soltura. Creo que las han redactado mis endorfinas. La crítica es firme y sinceramente favorable, pero llamo la atención sobre ciertas anomalías del carácter del autor: su deseo de estar al mismo tiempo en la palestra y por encima de la contienda. Estoy empezando a desear no haber dicho que Vidal (como Lear) se ha conocido siempre a sí mismo (aunque poco). La Maldición de Gore tiene un impresionante historial. No es que yo sea supersticioso. Sabemos de sobra lo que va a sucederle a Kingsley. Lo que no sabemos es lo que va a sucedernos a nosotros. Mi crítica se publicará el domingo.

ANTES DEL DESPERTAR (2)

La fecha era enero de 1974; el lugar, Lemmons, la casa que daba a Hadley Commons y a Hadley Wood.

Recuerdo que Kingsley, en el desayuno, tenía un aspecto realmente deplorable; parecía estar padeciendo la peor de las resacas, cuando en realidad no era sino su penitencia diaria, su «cuota sindical» a la ansiedad de la autoría literaria. Día tras día pensaba que subiría a su estudio y no conseguiría crear nada. Que no le quedaría nada que decir… Al final emitía el bramido del elefante herido —un ruido que expresaba una sumisión furiosa— y se forzaba a sí mismo a levantarse de la mesa.

Su estudio estaba justo debajo del dormitorio que yo reivindicaba como mío los fines de semana (y en algunas otras ocasiones). Así que aquella mañana pude oírle: tras una hora ante la mesa, se echaba a reír a carcajadas. Era el sonido emitido por un hombre que, al cabo de cierta resistencia, sucumbe a un acceso de risa irrefrenable. Estaba escribiendo *Ending Up*. Yo escribía *Niños muertos* (y Jane, en el mismo piso que yo, al otro extremo del pasillo, escribía *Something in Disguise* [Algo disfrazado]). Las novelas de los dos Amis eran comedias negras

ambientadas en casas de campo. En el libro de mi padre moría todo el mundo. En el mío morían todos salvo un personaje.

Subió a preguntarme algo y me encontró mirando por la ventana. A unos setenta y cinco metros de la casa, en el ejido del otro lado de la carretera, había un pequeño estanque circular, y un equipo de policías de paisano estaba de pie a su alrededor, examinándolo. Cuando pienso en ello puedo sentir que mi memoria trata de elaborar el incidente. Se empeña en añadir a alguien de uniforme. Se empeña en añadir un hombre rana con aletas y máscara. No sé: serían tres, cuatro hombres en torno al estanque. Dije:

—Voy a bajar a preguntarles si van a dragarlo para buscar a Lucy.

Fue la única vez que mi padre y yo hablamos de Lucy Partington. Algún mercenario fantasioso de la prensa había escrito que Lucy era la gran preferida de Kingsley, cuando en realidad él apenas la conocía (además, en *Letters*, se muestra muy duro con su hermana Marian, que entonces tenía un año). Dijo:

—¿Cómo era Lucy?

¿Qué dije yo? Recientemente, en el verano de 1999, he soñado con Lucy. En el sueño ella tenía unos dieciocho años, y me estaba enseñando a tocar un instrumento musical muy antiguo y complicado. Lucy se mostraba animada y divertida, y me infundía aliento. Y yo sentía el gran apoyo que ella suponía para mí. Sentía que había descubierto una *adición* inapreciable. Cuando desperté y recuperé la óptica correcta, sentí exactamente lo contrario: una *sustracción*, una sustracción muy grande…

¿Qué le respondí a mi padre? Algo como: Dulce. Intensa. Religiosa, creo. Intelectual, pero también inocente. No había empezado a salir sola con chicos.

—Aún sin despertar, como suele decirse.

—Aún sin despertar.

No sé si llegaron o no a dragar aquel estanque. Veinte años después, cuando supimos lo que le había pasado a Lucy, recuerdo que Kingsley procuraba mantenerse al margen de las muchas conversaciones que tuve con mi madre al respecto. Pero sabía exactamente lo que el sino de Lucy despertaba en él: odio hacia Dios.

Cuando dejo atrás la Sala Phoenix me digo que es un buen sitio, y siempre tengo ganas de decirles a las enfermeras: «Que Dios os bendiga. Que Dios os bendiga…» Pero es un lugar de muerte. Y a veces sus suspiros y sonidos se mezclan calamitosamente con lo que voy sabiendo sobre los tormentos que al parecer les fueron infligidos a Lucy y las demás víctimas de Cromwell Street. Entonces he de luchar contra una especie de visión del fin de los tiempos en la que la carne

humana ha sido depauperada por completo, y esquilmada de toda trascendencia.[342]

VISITA NOCTURNA

Viernes

Volvíamos de cenar con unos amigos y pasamos con el coche por el hospital. Era medianoche… Al principio me impresionó el hondo silencio colectivo del sueño medicado. Es más que simple sueño, porque hay también anestésicos. En el interior de aquel recinto todo el dolor está constreñido, medicado. Aunque no sea sentido, aunque no sea registrado, el dolor sigue actuando en las salas, la muerte sigue trabajando… El aire es denso y pesado por el dolor aprisionado. Pero nadie grita o gime; todos están tendidos boca abajo, y silenciosos; en hileras y grupos, en rectángulos. Se percibe su degradación, y el hecho de que en adelante tan sólo les espere una actividad animal, porque la sensación reinante es la de un corral, un corral bañado por la luz de las estrellas, un corral en el que las viejas ovejas y gallinas están a un lado y los perros y los burros a otro. Las viejas damas a un lado, los viejos demonios al otro…

Isabel le arregla el embozo y los lados de la cama y le alisa el pelo con la mano.

En Homero los dioses disfrutan de verdad cuando les son ofrecidos sacrificios. La adoración les proporciona placer físico, pero también disfrutan del humo, de los olores… Cómo ha debido de henchirse de gozo el corazón del dios del dolor al ver todos esos sacrificios, todas esas propiciaciones elevadas a él esta noche, en las que no faltan bolos alimenticios ni enemas ni agujas hipodérmicas…

SUDOR DE MUERTE

Sábado

Cuando entro hacia la hora de la comida está con él Sally. Ha estado toda la mañana. Permanece sentada junto a su cabecera durante horas, tranquilizándole, arrullándole. Al cabo de un rato le ofrezco llevarla a casa (donde sólo se quedará el tiempo necesario, porque va a volver en cuanto pueda).

Su apartamento está impecable, como siempre. Es un apartamento (como siempre, también) asombrosamente pequeño. Suelo decir que cuando llamas por teléfono a Sally casi puedes colgar si no responde después de un solo timbrazo: es imposible que el teléfono esté fuera de

su alcance. Pese a la falta de espacio, hay todo un rincón de su apartamento convertido en lo que los periódicos llamarían un «santuario». Un santuario dedicado a Kingsley: ejemplares firmados de sus libros, fotografías, objetos de todo tipo relacionados con su persona… En la estantería hay también un volumen publicado por la editorial de la Universidad de Carolina del Sur y titulado *Understanding Kingsley Amis* [Entender a Kingsley Amis]. Saco de mi bolsa otro volumen recién llegado de la misma serie titulado *Understanding Martin Amis* [Entender a Martin Amis]. Sally y yo estamos de acuerdo en que necesitamos leer atentamente esos libros, y en que nos vendrían bien un par de ejemplares más.

El pisito de Sall es realmente diminuto. Cuando vuelvo a mi apartamento de Notting Hill (dormitorio, estudio, sala de estar, cocina) me da la sensación de estar entrando en una vivienda del tamaño de Harrod's. Las horas que siguen tienen un timbre de vacío…

La Sala Phoenix, a mitad de la noche, me recuerda a un libro que conozco bien: *El gran granero rojo* (de la autora de *Buenas noches, luna*). Todos los animales están en sus cubículos, profundamente dormidos («mientras la luna está alta / en el oscuro cielo nocturno». «Los pequeños y negros murciélagos se van, / vuelan fuera del establo al final del día»): desde cierta distancia ves cómo los murciélagos escapan por una ventana de arriba, como humo. Los alados murciélagos me hacen pensar en el dolor «aprisionado».

En 1948 la Universidad de Tucumán, en Argentina, encargó a mi padre la redacción de un libro sobre Graham Greene: algo así como un *Understanding Graham Greene*. Le ofrecían 1.500 dólares: una suma astronómica. El 6 de agosto, nueve días antes del nacimiento de mi hermano y tres meses antes de que yo fuera concebido, Kingsley le escribió a Larkin:

> Hay algunas no tan buenas nuevas sobre esos dólares; le pedí a mi padre que se informase al respecto, y me comunica que, basándose en las fuentes más autorizadas, los jodidos dólares de marras valen como un chelín cada uno, con lo que los 1.500 arrojarían un montante de 75 libras, 7 chelines y 6 peniques, lo cual no está mal, aunque no tiene nada que ver con lo que pensamos al principio.

Terminó el libro, y lo envió. Y alguien lo extravió en Argentina a su llegada. Jamás fue publicado. Jamás fue pagado. Difícilmente habría sitio, hoy, para *Understanding Graham Greene* en el censo de obras de Kingsley Amis (aunque el más contumaz de los temas recurrentes del voluminoso tomo de *Letters* sea el reproche a sí mismo:

el reproche por su holgazanería).

Si aún queda algún desasosiego en él ahora, la fuente es sin duda tal reproche. No puede creer que haya terminado todo su trabajo. En casa, sobre el escritorio de su estudio, le espera media novela titulada *Black and White*. Y la otra media sigue estando dentro de él, en alguna parte.

La neumonía de Kingsley ha vuelto y no está siendo tratada. Tengo la sensación de que su cuerpo no está exento de alguna fuerza constitucional última, pero está terriblemente confuso. Su cuerpo lucha por quedarse y lucha por partir. Los saquitos de aire de sus pulmones se están llenando de pus. Ha de respirar con mucha más fuerza y rapidez que cuando estaba sano para conseguir el oxígeno que necesita. Cuán duro es morir. Uno ha de obstinarse, jadeante, en ello. El gran sudor de la muerte, dijo el divino poeta, refiriéndose a esa batalla. Aplicamos la perseverancia antigua: mi padre está haciendo lo que siempre hizo. Cuando subía a su estudio en mitad de la noche y mecanografiaba sus íes y oes, sus gaviotas y gaviotas, hacía lo que siempre había hecho. Y ahora trabaja y trabaja y trabaja y trabaja en su tránsito hacia el acontecimiento supremo.

Se ha dado la vuelta en la cama, y me da la espalda. Me está enseñando cómo se hace. Te das la vuelta, sobre un costado, y te mueres.

Domingo

Durante una de nuestras últimas cenas de los jueves Kingsley me dijo que en sus insomnios más indefensos tendía a preocuparse por Sally y por cómo sería la vida para ella cuando él se hubiera ido. Una merma de apoyo, en general, dijo (y una merma de determinación, también…). Y una intuición, una «sensación rara» despertó a Sally a las dos de la madrugada («sentí que me necesitaba»). Se vistió, recogió sus cosas y corrió al hospital.

Los relojes habían cambiado aquella noche (en primavera se adelantaban; en otoño se atrasaban), y nos encontrábamos en una nueva hora en la que el crepúsculo llegaba antes. Philip y yo nos habíamos citado en la entrada del hospital. Era mediodía. Yo llevaba bajo el brazo el dominical donde aparecía mi crítica de Gore Vidal. Propuse quedarnos un rato fuera, fumando un cigarrillo. Nos sentamos y charlamos unos diez minutos, y nos resultó bastante fácil porque aunque teníamos miedo no sentíamos pesar. Y eso *no es* universal. Cuando lees lo que los escritores escriben sobre la muerte del padre, cuando lees lo que Kingsley ha escrito sobre la muerte de su padre, lo que te están contando en gran medida es su pesar. Mi hermano y yo sentíamos pesar en el sentido de que queríamos que nuestro padre

viviera para siempre. Pero habíamos debatido con él lo que había que debatir, y habíamos pasado con él el tiempo necesario. Y mientras nos fumábamos un cigarrillo ante la puerta del hospital, sentados sobre el pretil de un parterre circular, bajo un sol a retazos y unas veloces nubes, nuestro padre dejaba de existir.

Fue justo, fue absolutamente justo que fuera Sally quien lo acompañara en ese instante. Llevaba a su lado diez horas. Cuando entramos en la habitación estaban corriendo unas cortinas blancas, y Sally estaba de pie, como electrificada, como «en cursiva», como si viera ante sí tantas tareas que cumplir que no fuera capaz de decidirse por cuál empezar. Philip dio un respingo hacia atrás para no ver el cadáver, y yo le dije que tenía que hacerlo, que tenía que verlo; y cuando avanzamos hacia la cama sentí sus dedos clavados en mi brazo, de la misma forma en que nos los habíamos clavado el uno al otro tantas veces, en la niñez, cuando nos llamaban a capítulo. Luego vino un instante de estrafalario horror. En la cama de Kingsley una figura se retorcía, envuelta en sábanas (¡le están matando!)… Pero era otra persona, otro enfermo, un nuevo ingreso a quien estaban arropando. Nuestro padre yacía más allá, al otro lado de las cortinas blancas. Corrí las cortinas para llegar hasta él. La química instantánea de la muerte estaba operando ya en él el cambio de lo alcalino a lo ácido. Y los colores de la muerte, verdes e índigos, cual tinturas de casta, eran mucho más chillones que los colores de la vida. Su mano derecha (moteada y contraída), se hallaba un poco levantada, como en ademán de rechazar algo, y llevaba en la muñeca una etiqueta de plástico con su nombre.

Fui de un lado a otro de la sala. Había cosas que hacer (consolar a Sally, llamar a mamá, dar las gracias a las enfermeras, firmar formularios). Y volví a ir de un lado a otro de la sala, abriéndome paso entre los carritos y andadores y sillas de ruedas; y vi los cestos para la ropa de cama, los cestos para los paños sucios, los rompecabezas, los juegos de mesa, los libros de bolsillo de antes de la guerra, la película en blanco y negro que estaban poniendo en la televisión colocada en alto… Bernard estaba allí (como de costumbre), en un extremo de la sala. Me quedé contemplándole…, ¿con qué talante? Con talante derrotado. Vencido. Bernard estaba tan indiferente e impasible como siempre, descansando en sus laureles. Hacía falta algo más que la muerte de un escritor para sacarlo de su flema. Había que levantarse muy temprano para dársela con queso a Bernard… El nuevo ingreso, que ocuparía el lugar de Kingsley, había dejado de resistirse. Y ahora se empeñaba en convocarme a su cabecera con un ceño imperioso. Recuerdo ese ceño. Cuando invadía corriendo la mitad de la calzada y hacía que un enorme coche diera un viraje brusco o tuviera que frenar, solía ver ese ceño, a través del

parabrisas, en la cara demudada del conductor. Tal rictus autoritario está cayendo en desuso y se ha visto hoy restringido al semblante de algunos viejos directores de colegio. Esto es el colegio (esta mole de ladrillo rojo). Esto es Swansea; esto es la infancia: todo está como medio siglo anticuado. El reloj de pared, con sus flancos en declive, el tablero de Monopoly, el televisor en blanco y negro. Están mi hermano y mi hermana; mi madre llegará pronto. Mi padre no está en la sala, pero está cerca; en su estudio, probablemente, empeñado en algún trabajo.

Sally, lo siento, pero ya no te aguarda ningún quehacer urgente. Él ha terminado su trabajo y tú has terminado el tuyo. No queda nada por hacer.

3. LAS MAGIAS

NOVIEMBRE DE 1996

—Ahí tenemos a un hombre —dijo mi adversario (Zachary Leader) — que va a tener un hijo.

Se había ido al baño del club en el descanso entre sets. Cuando volvió a la pista no me encontró, como esperaba, sentado en el banco fumando un cigarrillo.

Me encontró haciendo flexiones de brazos en la línea de saque.

Yo era un hombre que estaba a punto de tener un hijo.

La semana anterior había oficiado de maestro de ceremo nias en el servicio religioso en memoria de Kingsley celebrado en St Martin-in-the-Fields (Trafalgar Square), ante una nume-rosa concurrencia pródiga en novelistas, entre los cuales cabe citar a Ian McEwan, Salman Rushdie, Piers Paul Read, A. N. Wil son, William Boyd, David Lodge, V. S. Naipaul[343] e Irish Murdoch.[344] Y estaba Hilly, y estaba Jane. Y estaba Delilah, por supuesto, y estaban Louis y Jacob al igual que mi sobrina Jessica, la hija de Philip. Y también estaba otro nieto, pero un nieto aún no conocido por el mundo. Kingsley nunca conoció a su nieto de más edad. Y, por supuesto, jamás llegó a conocer al más joven. Llevaba muerto un año cuando éste vino al mundo.

Los principales acontecimientos son esos milagros ordinarios y esos ordinarios desastres.

Cuando le conté a Salman Rushdie lo de Delilah, dijo:

—Así que ahora está en Oxford… Ya está en Oxford.

—Estudiando Historia. En segundo año.

—Una forma muy interesante de hacerlo, la tuya. Saltarse la etapa de los pañales y plantarse en las togas y birretes.

—Exacto.

Me tranquilicé (tenía cuarenta y siete años) elaborando caprichosas fantasías en torno a *esa* forma de hacerlo… La alternativa Oxford, la alternativa *emérita* (en la que el título del padre es meramente honorario), explicaría el hecho de que fuéramos a tener el bebé en el St Mary's —a un tiro de piedra de la estación de Paddington—. Tan pronto como naciera el bebé lo enviaríamos a Oxford. Sabía que el

plan tenía un fallo. No me sorprendería excesivamente cuando me llamaran para decirme que el bebé no sabía leer ni escribir, ni andar ni hablar, y que no paraba de llorar ni un momento. Y que, por tanto, me lo enviaban de vuelta… Lo cierto es que yo estaba preparado para tener otro hijo (estaba «adiestrándome» para tenerlo), pero no ocultaba que lo que anhelaba tener era una niña. Aunque ahora tenía a Delilah, no la había criado. Y yo quería criar a una niña. Me moría de ganas de ver cómo crecía día a día aquella «otra mitad».

En esta fase, empero, tenía que admitir que el bebé se estaba comportando como todo un varoncito. Se había encajado alto en el seno de su madre, tal como dicen que hacen los chicos, y se movía en aquel medio con una sospechosa violencia masculina. Uno no necesitaba *palpar* para sentir «cómo se movía» el bebé. Uno podía *ver* cómo se movía. Era como si quisiera salir de donde estaba a puñetazos. Podíamos haber zanjado la cuestión con una llamada telefónica, pero se trataba de una prestación moderna de la que preferí prescindir, una tentación moderna a la que preferí resistirme. Es algo que *no debe saberse*. Y el trance del nacimiento confirma lo que digo. A medida que el parto se acerca a su consumación, uno deja de pensar en «niño» o «niña» y empieza a pensar en «bebé». Bebé, bebé, bebé. En el momento del alumbramiento la naturaleza parece borrar la cuestión del sexo; se convierte en algo que no es ni un mero detalle. No debe saberse el sexo, pues. Si uno lo sabe, la experiencia le *desuniversaliza*. Le aísla de sus antepasados y de toda la humanidad pasada.

Yo estaba preparado, por supuesto. Los acontecimientos principales son esos milagros ordinarios y esos desastres ordinarios de la vida cotidiana. En el milagro ordinario, entran en una sala dos personas y salen tres. En el desastre ordinario…, en fin, iba a decir que entran en una sala dos personas y sale una sola. Pero de hecho sólo una persona entra en esa sala y al cabo no sale ninguna.

EL DÍA EN QUE LOS RELOJES SE ATRASAN

Llamé a Rob y se lo dije:

—El rey ha muerto.

Y él dijo:

—Vaya…, creo que es *muy triste*…

Y eso es precisamente lo que yo pensaba: que era *muy triste*…

—Es como perder una parte de ti mismo —dijo Chris en el club.

Sí, era eso exactamente. Y uno sabe que está lidiando con la experiencia, con la experiencia de los acontecimientos principales, cuando un cliché te prende con toda su fuerza original. Quedan en mi

mente otras palabras y actos de condolencia: la amabilidad de las enfermeras del hospital; el largo y apasionado mensaje de Dmitri Nabokov;[345] la carta de Pat Kavanagh; la carta de Gore Vidal. La maldición de Gore Vidal no llegó a cumplirse esta vez; funcionó puntualmente, pero no logró dar en el blanco.

El día en que mi padre murió llevé a mis dos hijos y a sus dos amigos de toda la vida (también hermanos entre sí) a comer pizza al Shepherd's Bush, y luego a Wormwood Scrubs, ese vasto y desolado campo de deportes de White City flanqueado por sus instituciones tutelares: el hospital y la prisión (donde un día estuvo encarcelado Rob y en cierta ocasión yo leí partes de mi novela *Campos de Londres*). Aquellos cuatro niños a quienes yo había visto crecer desde la cuna eran ahora unos mozalbetes que formaban casi medio equipo de fútbol… La incredulidad que mis hijos suscitan en mí jamás disminuye. Contemplo a cualquiera de ellos y no puedo creer que una creación en la que yo tomé parte haya podido seguir formándose hasta adquirir tal contorno y tal esencia y tal masa. No hay más que mirar cómo llenan un coche, una habitación. Y la cantidad de agua que desplazan en la bañera…

Más tarde, sentado e inmóvil en la cocina, me dio la sensación de estar situado en el centro de un gran vacío circular. Cuando nace un niño tienes la sensación de andar dando tumbos en medio de la aparente vaciedad de la calle, porque el mundo ha dado un gran empujón a las cosas para hacer sitio al recién llegado, pero al mundo se le va la mano y da lugar a ese gran vacío en el que uno anda dando tumbos. La muerte no actúa simétricamente en esto. La muerte también crea espacio, pero te enclaustra y te aísla dentro de él. Cuán propio de Kingsley morirse en domingo. Cuán implacable de su parte morir el domingo en que los relojes se atrasan.

En la luz plástica del cuarto de baño, por espacio de un minuto largo, mientras estaba de pie frente al espejo, me asaltó una especie de alucinación (deseada a medias) que me embadurnó el cuerpo con los colores de la muerte —los amarillos y los verdes que había visto en la Sala Phoenix—. La muerte jamás devuelve nada (¡nada!), pero probablemente sí aporta al menos algo a la persona del hijo. En mi caso, la muerte era algo próximo, y literal, y mostraba —proyectándola como sobre una pantalla— mi propia muerte en los colores del cadáver de mi padre. Ahora los relojes se habían atrasado y yo jamás me había visto enfrentado a una tan inmensa oscuridad. «El rey ha muerto», dije al teléfono. «Vaya…, creo que es *muy triste*…» Y después de llamar a Rob llamé a Saul, que es a quien normalmente menos me gusta importunar. Por razones egoístas. Nunca quiero importunarle, ni distraerle, porque quiero que siga con lo que está escribiendo para así poder leerlo en cuanto lo termine. Pero hice la

llamada. Hice la llamada sin escrúpulo ninguno, sin siquiera pensarlo. Dije con voz apagada:

—Mi padre ha muerto hoy.

Y Saul me dijo lo que yo necesitaba desesperadamente oír.

Y el crepúsculo llegó, en efecto, antes. Como cabía esperar en un tiempo nuevo.

—Has cambiado desde que murió tu padre —me dijo.

—¿En qué sentido?

—Tienes más gravedad. No eres el chiquillo que eras.

—Dios, no… ¿El *chiquillo*?

Mucho tiempo después, en 1997, estábamos sentados él y yo y Janis en uno de los reservados de un restaurante de Boston. A nuestro alrededor un equipo de televisión recogía sus cosas. Acababa de grabar las últimas tomas de un programa literario titulado «El don de Saul Bellow» (yo había propuesto «Saul Bellow y lo real», sin ningún éxito). La artificialidad, el entorno controlado de los dos últimos días (las conversaciones «puestas en escena», el inocuo tráfago de ruidos y de transeúntes curiosos del fondo) cesaban ya definitivamente, y volvíamos a ser —poco más o menosnosotros mismos. Yo iba a cumplir cuarenta y ocho años. Él, ochenta y dos. En el curso de nuestras charlas yo le había preguntado sobre la muerte, sobre «la más o menos grata lucidez a esas alturas del camino», y él me había respondido: «A veces pienso que estoy muerto.» Tal respuesta parece apuntar a una lucha nueva e insospechada: la lucha por creer que uno sigue vivo.

En la cena le había dicho (tal como tenía pensado decirle):

—¿Recuerdas cuando te llamé el día en que murió mi padre? Estuviste genial. Dijiste lo único en el mundo que podía servirme de algo. La única cosa que podría ayudarme en el paso al otro lado.[346] Y yo dije, con voz apagada: «Tendrás que ser mi padre ahora.»

Funcionó, y aún funciona. Mientras Saul siga vivo jamás me sentiré totalmente huérfano.

Y sigue funcionando en 1999. Pero no debo invadir el territorio de Gregory, Adam y Daniel —y el de un cuarto hijo que esperan para finales del milenio—. Supongo que será correcto que cite de una carta que le escribí a Janis cuando me enteré de que iba a tener un niño, porque sólo estoy citando a mi padre:[347] «Lo que más cuesta es convencerse de la resistencia del bebé. Pero los bebés *son* resistentes, fanáticamente resistentes… Así que Saul…, ¿lo sabes, ¿no? Tendrás un pedacito de él, la mitad de él, para siempre.»

EL ENVIADO

Mi vida, tengo la impresión, es ridículamente informe. Conozco los ingredientes de un buen relato, y la vida carece de muchos de ellos (patrón y equilibrio, forma, remate, proporción). A menudo sucede que la Vida —a primera vista, al menos— parece una historia que acaba bien; pero la única forma fiable que la *vida* exhibe es la de la tragedia —despojada de toda gran palabra como némesis, rueda de la fortuna, fallo fatal, etcétera—. La tragedia sigue la fina línea de la boca de una máscara trágica (lo mismo que en la comedia). Se alcanza el ápice y se empieza a declinar hasta un punto lejano de la misma latitud. Es la única forma que la vida adopta normalmente —y, de nuevo, olvidémonos de coherencia en la imaginería y del Tema Unificador.[348]

Tenía un cigarrillo en la boca. Un cigarrillo que suplicaba, que pedía a gritos que lo encendieran. Esperábamos las palabras que debían llegarnos de arriba… Era a principios de abril de 1996, en Nueva York, y yo acababa de volver de una breve gira promocional de mis libros. Estaba sentado en el camerino del estudio de televisión con el encendedor en ristre. Y el mensaje de arriba llegó al fin: «El "talento" puede fumar.» Y el talento fumó. Y al talento le supo a gloria el cigarrillo.

Al día siguiente, al entrar tambaleante en el vestíbulo del hotel, fui saludado por un viejo amigo.

—¿*Otra vez*? —dijo.

—*Otra vez* —dije.

«Otra vez» tenía dos aplicaciones. La primera la justificaban ciertas «pistas» ofrecidas por mi aspecto: el kleenex manchado de sangre, apretado contra la boca hinchada (de la que sobresalían trocitos del gasa). La segunda, el segundo «otra vez», tenía que ver con el *affaire* del biógrafo de Kingsley (o el asunto de los «deseos» de Kingsley Amis),[349] un escándalo que aún coleaba con cierta virulencia en los periódicos de mi país.

—No acabará nunca —dije—. Siempre habrá otro «otra vez».

Todd Berman me acababa de sacar una muela de la mandíbula inferior («Abra *grande*»). La pieza en cuestión se había declarado en ruina en Nashville, la Atenas del Sur. Pero había aguantado el tipo —prácticamente en ángulo recto con la encía— desde Miami a Filadelfia. La extracción no había sido en absoluto anodina: tres inyecciones, dos puntos de sutura y un sanguinario interludio en la sala de recuperación.[350] Luego fui sometido a una sesión de rayos X «panorámicos»: encajado en un sillón, con el chaleco de plomo, la cámara me patrulla la cara con lentitud y diligencia. La claustrofobia, como de costumbre, se presenta en escena con una apagada tos de cortés presentación. Uno no puede apartarse porque no hay ningún

lugar hacia el que volverse. Pasé aquellos minutos en compañía de mi prima, con la certeza de que el sufrimiento (*en contra de* Bernard Shaw) *sí* es relativo. Hay una escala del dolor: una escala que va del cero a la unidad seguida de un millón de ceros.

Aquella noche mi padre me visitó en un sueño. No trató sino de cosas materiales. Venía no como una sombra fantasmal sino como un enviado.

Me dormí, y fue como si él ya estuviera allí, esperándome con paciencia (aunque su tiempo no era en absoluto ilimitado). Tenía unos sesenta años; su aspecto era respetable hasta el punto de resultar casi vulgar, y parecía más autosuficiente y manifiestamente benévolo de lo que jamás lo había sido en vida. Y asexuado —crucialmente asexuado: libre de género o deseo.

Cuando sueñas con los muertos siempre tienes ganas de decir: qué *listos* fuisteis. Engañasteis a todo el mundo, fuisteis más hábiles que nadie…

«Bien, papá», dije. «¿Cómo te gustaría que fuera todo, ahora que has vuelto?»

Y no quería decir «vuelto de la muerte». Quería decir «vuelto al barrio». Pero por otra parte percibía que mi padre ya no tenía que implicarse en los asuntos superficiales, agobiantemente humanos, del común de los mortales, pues carecían ya de poder para causarle pesar o fascinación alguna.

No dijo nada (y me dio la impresión de que no quería que lo tocasen). Con gestos, con miradas, con pausas, me dio a entender que gozaba de toda su confianza (en el cumplimiento de sus últimas voluntades y en todo lo demás). Porque mis deseos eran sus deseos, y viceversa. Luego se fue, desapareció de súbito, volviendo no a la muerte sino a algún lugar benévolo e intermedio. Se había mostrado resuelto, enérgico. Fue un sueño en el que sólo se trató de asuntos materiales. No vino como una sombra fantasmal sino como un enviado.

Un mensajero de mi propio inconsciente, como es lógico. Pero estaba bien. Porque mi mente es su mente, y viceversa.

Fue increíblemente consolador volver a verte, papá. ¿Por qué no vienes a verme más a menudo? Como mensajero, y no como una sombra fantasmal a la que importuno y agobio y aburro con mis deferencias.

Fue increíblemente consolador volver a verte, papá, pero, crée me, no era necesario que me tranquilizaras en relación con tus deseos. Porque mis deseos son tus deseos, y yo soy tú y tú eres yo.

LA SAGACIDAD DE LOS BEBÉS

Cuando nació mi primer hijo yo quería una niña, pero acepté enseguida la idea (por tradicionalista y kingsleyana que ésta fuera) de empezar con un varón. Cuando tuve el segundo seguía queriendo una niña, y me llevó varios minutos perdonarle el haber nacido con el mismo sexo que su hermano. Mi segundo hijo nació por cesárea, y no estuve presente en el momento en que «niño» y «niña» se confunden en la situación general de urgencia (de ahí mi desconcierto al oír, de labios de una enfermera, que la niña era en realidad un niño). Sin embargo, siempre quise una niña. Toda mi vida. Incluso de chico.

Ahora, en el St Mary's, me había estado preguntando una y otra vez si el bebé llegaría a tiempo para el tren de las cuatro que iba a Oxford; pero la broma quedó definitivamente olvidada bastante antes del parto, pues el corazón del bebé había dejado de latir durante un minuto entero. De ese momento en adelante todos los pensamientos fueron primitivos y corales: un gemido constante de petición de misericordia. Pero mi fe en la sagacidad de los bebés era firme; sabía que en aquel trance no se mostraban ni desinteresados ni pasivos, que querían vivir y que persistían en la existencia. Los dos chicos habían sido prematuros, peligrosamente prematuros, y habían sido tenaces. El nuevo bebé había agotado su tiempo en el útero materno, y vendría aún más preparado, con más recursos, más decidido, con más astucia… En el paritorio reinaba ahora una atmósfera de laborioso gabinete de crisis. El personal de apoyo —un pediatra y dos comadronas— se mantuvieron alerta mientras la Ventosa —ese instrumento de succión— era aplicada con contundencia.

El señor Marwood separó los muslos de la recién nacida con un floreo de matador de toros. Yo fui asimilando lo que iba viendo, pero lo que me tenía absolutamente ocupado era mi labio inferior, que seguía temblando descontroladamente como en un intento de impedir que se me saltaran las lágrimas. Bien, había sido un viaje difícil, con todo tipo de extraños tiempos meteorológicos. Al cabo de un rato llevé a aquel cálido nuevo ser a la habitación contigua, a que lo lavaran y pesaran y midieran y «etiquetaran», y a recibir la liminar cuota de dolor «administrado» de su vida (en el muslo, en forma de una aguja clavada por la enfermera).

Nuestro primer visitante del día siguiente fue Delilah Seale. Antes de subir a la habitación se había detenido unos instantes en la floristería de la planta baja. Y nos contó:

—Mientras preparaba el ramo la señora me ha preguntado: «¿Sobrino o sobrina?»

—¿Y qué le has dicho?

Las palabras de Delilah me hicieron feliz, pero también me

hicieron caer en la cuenta de los muchos días y noches que yo ya había pasado en el planeta.

—«No, hermana», le he dicho. «Hermana.»

Habían entrado dos y habían salido tres. Más tarde le dije a Isabel que la maternidad traía consigo otro privilegio menos tangible: ahora ella podía completar, rematar su amor por sus padres, algo que no estaba al alcance de las mujeres sin hijos. Con el nacimiento de un hijo uno lo perdona *todo* a sus padres, sin medias tintas, como en una revolución de terciopelo. Es parte de la sagacidad de los bebés. E Isabel disponía de tiempo para ello, pero no demasiado, porque Gonzalo Fonseca —su padre— moriría al año siguiente. La muerte fue indulgente con él: le llegó de súbito. Tras un día de viaje espartano desde Nueva York, había cenado y se había acostado en su cama de Pietrasanta, hogar de escultores y canteros. Entró uno en aquel cuarto, y de él no salió nadie. Así, la bebé recién nacida fue doblemente despojada de unos seres queridos. Abuelas, sí, pero no Abu y no Nonno para la increíble Fernanda. Fernanda es una chica. Y es judía. Es un cuarto de Kingsley y un cuarto de Betty, un cuarto de Hilly y un cuarto de Gonzalo.

Gonzalo había estado junto a su hijo Bruno en el momento de su muerte, lo mismo que Sally estuvo con Kingsley cuando éste exhaló el último suspiro. Todo el mundo estaba de acuerdo en que fue como debió ser.

«La vida es sobre todo pena y trabajo…» Sí, es cierto, papá. La vida es sobre todo las muertes y los nacimientos; los milagros ordinarios y los desastres ordinarios, la magia blanca del crecimiento, y la otra magia del otro lado del espectro, la magia negra, tan extraña, tan febril, tan llegada «de ninguna parte».

Cuatro años después, Sally sigue llamándome llorando cuando está teniendo un «mal día-papá». Después de la muerte de Kingsley todos fuimos castigados por la magnitud del vacío que lo había reemplazado. Para mí no es tan malo, porque tengo sus libros y, por tanto, su presencia, siempre insomne y siempre disponible.

Me resultaba odioso que, en la Sala Phoenix, se diera la vuelta en la cama y me diera la espalda. Hoy odio que me den la espalda. Y que lo haga cualquiera, incluso un animal: un pastor alemán que dormita a un lado de la carretera, un elefante marino varado en una orilla tropical. Y mi hija, que gira sobre sí misma por primera vez en la vida y mira hacia otro lado. Odio que me den la espalda.

POSDATA: POLONIA, 1995

Tres semanas después de la muerte de mi padre viajé solo a Varsovia. En el aeropuerto me recibió Alexandra, en nombre de la editorial, y Jeff, en nombre del British Council. Camino de la ciudad, la aceitosa densidad del tráfico parecía contribuir abiertamente a un crepúsculo realzado por el *smog*. Hubo una conferencia de prensa en el sótano de un bar —y un buen altercado entre el intérprete oficial y Alexandra, que no paraba de *reinterpretarle*—. Un periodista se apiadó de mi reciente pérdida, e instantes después me vi hablando libremente de mi padre (por vez primera fuera del círculo de la familia). Dije lo terrible que tuvo que ser para él que lo abandonaran las palabras. Y que sin duda ése habría sido íntimamente el momento de su muerte… Luego firmé ejemplares —sin ninguna lectura previa— en una librería (actividad mortificante siempre, en cualquier parte del mundo). Luego hubo una cena. Al haber leído tanto acerca de mi dentadura, Alexandra había hecho eliminar del menú todo aquello que pudiera estar *al dente* (en un gesto solidario, me había revelado asimismo lo *accidentado* de la línea de su encía superior). Muy delicado de su parte, aunque ello no potenció en modo alguno el sabor de la poco apetecible carpa en gelatina (yo, a la sazón, bien podía haberme comido un bistec). Me gustó aquella gente, y me gustó la forma en que practicaban su inglés. Luego hubo un programa de radio en Radio Zet. El anfitrión empezó con el resultado de una encuesta entre los oyentes que puso de manifiesto que en Polonia nadie había oído hablar de mí. Así que cuando me hicieron la pregunta «¿Qué piensa usted de Polonia?», dije que jamás había oído hablar de tal país (cuando, claro está, sí había oído hablar de Polonia, y de hecho tenía unas cuantas opiniones al respecto). A mi juicio era uno de los países más maltratados del planeta, y uno podía percibir enseguida tal detalle en cualquier pregunta, en cualquier mirada. A la mañana siguiente me encontré con un viejo amigo, Zbigniew, ahora un hombre de negocios de Varsovia muy estimado por su perfecto inglés (tanto conversacional como técnico), y en un tiempo un experimentado carpintero pluriempleado en Londres.[351] Zbigniew me había hecho las estanterías

de mi apartamento de Notting Hill, lugar que (teniendo en mente su bar, su diana de dardos, su máquina del millón, etcétera) describió como un «jodido paraíso». Aquella mañana tomamos unos cafés y luego visitamos el monumento al Levantamiento de Varsovia, el gran friso socialista conmemorativo de los acontecimientos del 31 de julio de 1944 (los nazis, en su retirada, redujeron Varsovia a «un nombre en el mapa» y la abandonaron al Ejército Rojo), y luego la estatua de mármol negro de Nicolás Copérnico, el hombre que dijo que la ilusión era de hecho un delirio y que el sol no era un satélite nuestro (teoría que daría aliento a la Ilustración). Almorcé con editores y traductores, y di una conferencia sobre *Lolita*... En el hotel, aquella noche, me relajé en una silla metálica estilo Expo del lujoso burdel mundial del bar. Me habían prevenido contra aquellas mujeres: tras hacerse con llaves maestras que les facilitaba el conserje entraban en tu habitación y se ponían a negociar contigo sin que tuvieras siquiera que moverte de la cama.[352] Zbig me había dicho que Varsovia se había convertido en una ciudad «dominada por el dinero», y al salir del avión ya había yo advertido que Polo nia era «chica de portada» en el *Business Week* que todo mun do estaba leyendo. El bar del hotel ofrecía su propia versión del fenómeno: las rubias de traje pantalón rosa habían sido inevi tablemente invocadas, cual una fuerza del mercado, por la lle gada de aquellos morosos y anodinos empresarios con chaque tas de ante y piel. Entretanto, la música ambiental preconizaba el amor libre: «If You Go to San Francisco», de los Flowerpot Men.

Visité también Cracovia, y Oswiecim.

Tenía diez años cuando por primera vez mis ojos se toparon con aquella visión: aquellas vías de tren, aquellas chimeneas...

—Mamá, ¿quién era Hitler?

—No te preocupes por Hitler. Tienes el pelo rubio y los ojos azules. A Hitler le habrías encantado.

A menudo pienso que este retazo de charla, y el indigno alivio que me brindó en su día, constituyó el primer trazo de una novela que escribiría treinta años más tarde: una novela sobre el Holocausto narrada por un hombre de pelo rubio y ojos azules. Pese a haberla ambientado en parte en ese tristemente famoso campo, yo jamás había estado en Auschwitz.

He aquí la localidad: Oswiecim (a un kilómetro). Y he aquí la estación de tren, en su día tan grande como Victoria Station, la Gare du Nord, Grand Central. Hay también una cafetería, y un hotel. Y tengo a mi lado a la guía, una joven llamada Dovota.

¿De qué sueño escapas con un mayor anhelo de cabal conciencia: de un sueño en el que eres asesinado o de un sueño en el que asesinas (o instigas a asesinar, o eres familiar o anfitrión del asesino)? El primer sueño te conmocionará quizá más, pero el segundo

permanecerá en ti más tiempo. Auschwitz es ahora un museo, un monumento estático a la memoria; continúa (de modo inerte) generando una mortal vergüenza para Alemania, y es un incesante insulto para Polonia.

Cuando abordamos este punto, mi guía dijo:

—Polonia había dejado de existir.

Sí, por supuesto. Y no por vez primera. En 1939 fue arianizada, sovietizada; hitlerizada, stalinizada. Cuando acabó la guerra Polonia se vio menguada de tamaño (y desplazada hacia el oeste); la capital, arrasada; la población, reducida en una cuarta parte. En Polonia quedaba Auschwitz, y las otras islas del archipiélago del exterminio… Mi guía se llamaba Dovota, y era enérgicamente elegante y de voz sobria y suave. Se había maquillado con delicado cuidado, y su piel tenía una textura glaseada. Pero en sus ojos no había ningún destello helado: eran frescos, no encallecidos, aún vulnerables.

—Ahora hay gente que viene —dijo— pensando que todo esto ha sido inventado para engañarles. Y no sólo de Alemania. También de Holanda, de los países nórdicos. Creen que aquí no sucedió nada, y que el Holocausto es una invención.

¿Cómo se comportaba ella con esa gente?

—Me limito a las *pruebas*. Punto por punto. Pero ellos lo niegan. No se lo creen.

Uno ha de admitir que Auschwitz-Birkenau es algo muy difícil de creer. Pero el corazón que no se niega a la realidad aún puede percibir las fieras palpitaciones del lugar. Auschwitz es repugnantemente íntimo (la casa de Hoess se halla detrás de la horca; su mujer y sus hijos jugaban a menudo en el jardín); Birkenau, repulsivamente vasto. En Auschwitz es más fácil creer en la crueldad que creer en el desprecio, el increíble desprecio… ¿Y qué decir de la literalidad sin límites del proyecto (que englobaba a *todos* los judíos de Europa, incluidos los de Irlanda; todos los Bloom, todos los Herzog…)? ¿Y de la pátina de eficiencia y «economía»? ¿Cuál es la eficiencia de un campo de trabajo donde los esclavos duran tres meses (siempre eran tres meses; ora te mataban inmediatamente, ora te organizabas y sobrevivías; en todos los demás casos, siempre eran tres meses)? ¿Cuál era la rentabilidad de todos aquellos montículos de cepillos de dientes, de todos aquellos trenes dementes llenos de cabello humano? Durante la guerra hubo un departamento de meteorología en la Ahnenerbe destinado a «probar» que la raza aria, intocada por la evolución, se había mantenido en hielo desde el principio de los tiempos en el continente perdido de la Atlántida. Ideológicamente todo se dirimía en tal nivel de demagogia, de sensacionalismo (el mundo de los animales que hablan, de las celebridades resurrectas, de las panaceas milagrosas, de las abducciones por parte de alienígenas, de los bebés

de dos cabezas). La otra cara de la moneda, Auschwitz-Birkenau, donde la ideología se convierte en acción, es como una distopía formal que pusiera en escena la mente del charlatán, del monologuista, del hombre subido a un cajón con los ojos centelleantes.

Cualquier serio y profundo tratamiento de este asunto nos llevaría a pasar por varias fases. Que —a mi juicio— son: incredulidad otra vez plena, pese a toda posible familiarización previa con los hechos en cuestión; ira frustrada, mientras el cuerpo pugna por encontrar cómo expresarla; vituperación rica en términos soeces, imprecaciones y sollozos, maldiciones y lágrimas, remembranza de los muertos; sensación de *asco*, como ante una infestación; náusea que se asemeja —aunque no lo sea realmente— a una culpa extrema (vergüenza por la propia especie, acaso), y, finalmente, capitulación, derrotado asentimiento. Al fin uno ha cumplido el recorrido desde la incredulidad a la certeza. O al menos lo ha hecho su mente. Al cuerpo, sospecho, le cuesta más rendirse a la evidencia, y pugna por amoldarse poco a poco, calladamente. Realiza esta labor de adaptación durante la noche, agitándose, jadeando, revolviéndose. Acaso se trata también de una empatía física, o de un intento de ella. Tal reorganización interna solía despertarme de repente, y era como si me hubiera pasado el día en un coche, a toda velocidad, o en unas aguas turbulentas, con el torso entregado al movimiento pero también tensándose en su contra… Había pasado por este proceso antes, e iba reconociendo cada alto en el camino mientras trataba denodadamente de dormirme en el hotel de Cracovia.

Pienso ahora en aquella conversación con mi primo David Partington. Me dijo que no podía ver la palabra *west* [oeste] (o sus compuestos *westerly* [del oeste], *southwest* [suroeste], o *the West* [el Oeste] sin horror (Frederick West: todos los campos de exterminio en una sola persona). Me contó que cuando llevaba el ataúd de su hermana sentía gratitud por la viva quemazón que le causaba en la mano la correa… Gratitud por el dolor, y por su insistencia en la realidad. Fue por esta misma insistencia por lo que Marian fue a ver y tocar los huesos de su hermana… David me contó sus largas horas de maldiciones y sollozos, cómo se levantaba en la noche para imprecar y llorar. Y entonces comprendí que la atrocidad hace esto: cuando estás cerca de ella, como él estuvo, la tarea no es aceptar sino simplemente dar crédito. La atrocidad desafía la capacidad de creer, pero también la *hostiga*, exigiendo algo que jamás puede darse libremente: el propio consentimiento. Lucy Partington era la hija de la hermana de mi madre. Era mi prima carnal, no mi hermana ni mi hija. Jamás me han pedido que crea en cosas realmente increíbles, salvo en los artículos de fe normales para un hombre de cincuenta años (y ya ellos se me antojan harto improbables): que los padres se van, que los hijos se

quedan, y que yo estoy en algún punto entre unos y otros.

APÉNDICE: EL BIÓGRAFO Y EL CUARTO PODER

Una vez iba yo paseando por Portobello Road —me veía obligado a avanzar despacio (tenía delante a una anciana) y en fila casi india (había obras que entorpecían el tráfico humano de aquella calle de mercado)— cuando sentí que un par de fuertes manos me agarraban por el cuello. Sobresaltado, me di la vuelta, pero en aquella fracción de segundo ya había decidido que se trataba de un amigo y no de un agresor. Incluso tuve tiempo de pensar: ¡Redmond! ¡Redmond O'Hanlon! El rudo (y afectuoso) Redmond siempre estaba haciendo este tipo de cosas. Recordé aquel lance de su primer libro de viajes, cuando deliberadamente inflige un miedo mortal a su compañero James Fenton. Pero aquello había sido en Borneo, lugar más pavoroso que Portobello Road un domingo por la mañana. Así que me di la vuelta con las palabras «¡Vete a tomar por el culo, Redsi!» gestándose ya en mis cuerdas vocales. Pero no era Redsi. Era un desconocido joven, negro, sonriente, que me apartó hacia un lado y me adelantó con su chica, diciendo: «No, tío. Así no se anda por la calle.» Queriendo decir: «Tan despacio.» Acto seguido, el obstáculo —es decir, la anciana— giró hacia la izquierda y la pareja avanzó hacia el cruce con gesto airoso de libertad. La chica, que era blanca, cogió a su chico por el brazo y dijo, aprobando lo que acababa de hacerme:

—¿Has visto el tío? ¡Se está cagando!

Me sentí… Sentí un inmenso cansancio, y, vencido por él, casi me dejé caer contra el muro… No, no estaba andando tan despacio *adrede*; y no, no me estaba cagando; y no, no… La sensación de multiforme injusticia, y de multiforme futilidad, la convicción de que el universo carecía de razón de ser o de remedio me trajeron a las mientes algo:

Era como estar en los periódicos.

Si estas páginas se han mantenido hasta aquí libres de cualquier sentimiento de agravio no es porque yo haya puesto un especial

cuidado en ocultarlo. Es porque *no hay* en ellas ningún sentimiento de agravio. Pero ahora estamos en un apéndice, en un campo de materias disociables, y voy a tratar de poner las cosas en su sitio. Lo que sigue ha de tomarse como un ataque no tanto contra alguien concreto que ha errado cuanto contra el Cuarto Poder en su conjunto. El Cuarto Poder se halla en un estadio peculiar de su evolución. A la prensa, por una parte, cada día le place más el poder que la corrompe. Y, por otra, camina inexorablemente hacia una mastodóntica impotencia en las cuestiones que realmente importan.

Tres días después de la muerte de mi padre recibí una llamada telefónica de su biógrafo, Eric Jacobs. Me dijo que había estado tomando algunos «apuntes» sobre Kingsley —notas para un segundo libro que pensaba escribir sobre mi padre—. Como insinuando la necesidad de unas señales de admiración en lo que dijo, su voz expresó sorpresa y divertido regocijo al explicarme que el *Sunday Times* había considerado publicables tales apuntes. Yo dije algo como:

—Bueno, eso parece sonar bien…

—Creo que convendría que antes les echases un vistazo.

No sentí la menor aprensión. Le estaba agradecido a Eric. Con su energía y cordialidad había hecho más liviano el peso de la muerte de mi padre. O el peso de su agonía. Y eso queda. Yo esperaba que los apuntes en cuestión fueran afectuosos y anodinos. Me gustaba la idea (entre paréntesis) del biógrafo escaso de fondos que saca un dinero extra aportando al fulgor de los obituarios algún que otro aditamento. En cierto momento del proceso, hacia el final, había llegado a temer que hasta los obituarios resultaran hostiles…

Seguí trabajando. El material me llegó por fin, y seguí trabajando. A las 2.15 de la tarde empecé a echar un vistazo a los apuntes de Eric, y a las 2.45 recordé que tenía un partido de tenis. Me fui de casa y llegué a tiempo, pero después de un par de juegos tuve que abandonar y disculparme (mi adversario era Zachary Leader, y comprendió al instante lo que me pasaba). Volví a casa, me senté ante las notas de Eric y me puse manos a la obra.

Eran una treintena de hojas: una episódica crónica de los últimos días de Kingsley escrita desde el punto de vista de alguien muy cercano a él y a la familia. Eric irrumpía en la tienda de porcelana de las sensibilidades familiares como un elefante en una cacharrería. Cada vez que se inclinaba para examinar un jarrón hecho pedazos barría con el trasero otra estantería entera. ¿Qué diablos *hacía* él allí? Y ¿qué diablos estaba haciendo allí *en aquel momento*? Estaba causando un profundo dolor en la familia inmediata (y en la periférica también: mis hijos, por ejemplo) de su biografiado, y el acontecimiento central, su rito de paso, había sido insoportablemente

degradado. Era algo muy duro —como visitar un mundo sin afectover a mi padre —en su instante más desvalido, y literalmente desnudo— descrito sin un ápice de decoro. Llevaba muerto setenta y dos horas.

Cuando terminé de leer las notas, derramé lágrimas de pura amargura, y en tal estado estaba cuando empecé a hacer las llamadas telefónicas.

—Es tan… *grosero* —dijo mi madre.

Tal vocablo abarcaba en ella un gran abanico de significados. Podía querer decir: brusco, burdo, áspero…

—Haz que tu… hombre se ocupe de ello —dijo mi madre—. ¿Cómo se llama…? Sí, eso es: Sly.[353]

—Se llama Wylie,[354] mamá. Y ya se está ocupando del asunto.

Eric accedió inmediatamente a no publicar esos apuntes (tengo en alguna parte la carta en la que se disculpa). Luego me confesó que había enseñado sus notas no sólo al *Sunday Times* sino también al *Daily Mail*. Así que aquel día, y el siguiente, los pasé intentando expurgar los «aditamentos» suministrados por Eric al torrente sanguíneo de la prensa. Yo tenía cierta mano en el *Sunday Times*, donde era jefe de Críticas de Libros o algo parecido. Hablé con Gillon Aitken, el socio de Andrew Wylie, quien, asombrosamente, representaba a *Eric*. (Gillon era agente de Eric desde hacía muchos años, pero el efecto, para mí, seguía siendo asombroso.) Aquello no era lo que me apetecía estar haciendo en aquel momento, cuando mi padre aún no yacía en su ataúd y aún faltaban unos días para su entierro.

La familia, como es lógico, se negó a tener más tratos con Eric. Ello significaba, o llevaba aparejado, el retirarle la tarea aún no emprendida de editar las cartas de Kingsley. Se hizo llegar a Eric el aviso de que no sería bienvenido el 31 de octubre en St Mark's. Más tarde yo le escribiría una apesadumbrada carta a ese respecto. Sentía lástima por él (y seguía estándole agradecido).

Cuatro meses y medio después sus «apuntes» fueron publicados en tres entregas por el *Sunday Times*. La primera noticia que tuve de ello fue un sábado por la noche, cuando un motorista se presentó ante mi puerta con un ejemplar del *Sunday Times* de la mañana siguiente, acompañado de una nota del jefe de sección, en la que se me decía algo así como que el ladrido era peor que la mordedura. En la primera plana de Críticas de Libros aparecía mi artículo sobre Hillary Clinton. En la primera plana de otra sección aparecía la primera de las tres entregas de Eric Jacobs sobre la muerte de mi padre.

El biógrafo de mi padre, en mi periódico… Y toda la operación llevada por Gillon Aitken, el socio de mi agente… Por espacio de un instante creí verme de nuevo en Portobello Road…

¿Qué le había hecho romper su compromiso a Eric? El que en una entrevista yo hubiera mencionado que el encargado de editar las cartas de mi padre era otra persona: mi amigo Zachary Leader. Eric, comprensiblemente, dio por sentado que era mi amistad y cercanía con Zachary lo que me había llevado a confiar esa tarea a mi «compadre del tenis», a quien más tarde —en una carta a uno de los corresponsales de Kingsley—, Eric estigmatizaría diciendo que tenía «un curioso apellido.[355] Sí —me habría gustado apostillar—, y Zachary tiene, además, un curioso *título*: catedrático.

Como anteriormente, la «jugada» de Eric me obligó a numerosas fintas y forcejeos. Y me obligó también a actuar deshonestamente, lo cual no le perdono. Para conservar cualquier influencia que pudiera tener en el *Sunday Times* tuve que decirle al editor literario, Geordie Greig, que tal vez pudieran convencerme para que siguiera trabajando para ellos —cuando lo cierto es que mi relación con tal publicación cesó en los dos segundos que tardé en abrir aquel sobre en la puerta de mi casa, mientras el motorista seguía mirándome con fijeza—. Creig se portó conmigo con solidaridad y simpatía, y con exasperante decencia, y fue una auténtica humillación para mí tener que engañarle. Y algo más espantoso aún: tuve que seguir hablando por teléfono con Eric con voz tranquila, mientras le instaba a suprimir o rectificar esto o lo otro. Estos diálogos se cuentan entre los más extraños que jamás me haya yo visto obligado a mantener. Por ejemplo:

—Veo que has añadido una reseña del funeral.

—Bueno…, sí.

—Y lo describes como algo hecho a la ligera, para cumplir el expediente. Y acabas el relato con lo siguiente: «Sólo Sally lloraba.» Si fuera tú, Eric, quitaría eso. Porque no es verdad.

—Oh, ¿de veras?

—Había presente mucha gente que podría confirmar que no es verdad.

—Oh…

—Tú no estuviste, ¿verdad, Eric? ¿Quién te ha contado que sólo lloró Sally?

—Alguien que estaba…, que estuvo allí.

—Pues ese alguien está equivocado.

—Oh… Entonces… Entonces voy a…

—Lloró todo el mundo.

Ahora todo se ha hecho público. Quizá sonría con un gesto de lástima, oh lector, cuando le diga que yo esperaba que la prensa se iba a poner del lado de la familia. Si lo que Eric hizo lo hubiera hecho, pongamos, en Italia, ahora estaría en la cárcel. Al igual que la mitad de los periodistas del Reino Unido. Los periódicos revelan cosas y publican cosas, y por lo tanto siempre se pondrán del lado de quienes revelan cosas y publican cosas. Los periodistas siempre se aliarán con los periodistas, y Eric era un periodista que actuaba como tal: como periodista. Aunque había otras fuerzas implicadas, otras fuerzas en juego. La existencia de varios periódicos serios y acreditados en la capital del Reino Unido se interpreta a veces como un signo de diversidad y salud. Lo que uno acaba obteniendo, sin embargo, es una «cámara de ecos» relativista —lo que Kingsley llamaba una neutralidad perniciosa—. En toda «pendencia pública» o «reyerta literaria» o «contienda indecorosa» ha de haber dos partes, porque de otro modo, ¿cómo iba a materializarse? En el curso de las dos semanas siguientes contemplé con fascinación cómo la prensa salía a la palestra para pelear con un adversario imaginario, para poco después volver a desaparecer en el vacío.

Porque era de cajón, no había vuelta de hoja. No había que tener más de dos dedos de frente. Sólo un espíritu razonable. Todo se reducía a lo que Eric nos hizo a nosotros y lo que nosotros le hicimos a Eric. El efecto de sus actos fue que padecimos asedio en nuestro dolor. Y que por tanto hicimos lo que todas las familias que conozco habrían hecho: cortamos toda relación con él. La «dolorosa venganza» que —se dijo— nos tomamos («despedirle» de la tarea de preparar las cartas de mi padre para su publicación) no fue sino la ruptura de tales relaciones. Hoy siento vergüenza ajena por Eric cuando le oigo hablar de los «deseos» de Kingsley. «Pensaba que los albaceas testamentarios han de cumplir los deseos de la persona a quien representan», declaró al *Sunday Time*, «y esto es exactamente lo contrario de lo que deseaba Kingsley.» (Supongo que esto quiere decir que Eric es exactamente lo opuesto a alguien llamado Zachary.) Si con lo que dice convence a alguien de que mi padre —o cualquier ser de este mundo— respaldaría póstumamente al hombre que hace sufrir a su familia cuando aún le llora, habrá que felicitarle.

Lo dice la Biblia. Lo dice la columna del camposanto que hay detrás de St Pancras's, donde mi padre yace: «Bienaventurados los que están de duelo, porque ellos serán consolados.» Lo que Eric cometió no fue sólo un error, sino algo malo en sí mismo. Y lo que es malo en sí mismo en octubre sigue siendo malo en sí mismo en marzo. Sin embargo, dice mucho en favor de Eric el hecho de que —finalmente, al menos— llegara a darse cuenta y admitirlo.[356]

Dos sábados después de la muerte de Kingsley me encontraba solo

en mi apartamento, incapaz de escribir o de leer. Lo único que parecía aliviarme algo era mirarme fijamente el zapato. No me sentía enfermo, sino sumido en el embotamiento de los sedantes; todos estábamos igual, todos estábamos con esos *antibióticos* de la aflicción. Era un fin de semana sin hijos: las camas plegables estaban guardadas, el apartamento se mantenía limpio de envases de yogur y paquetes de patatas fritas vacíos, limpio de juguetes monstruosos. No había bolsitas de té usadas encima del tubo de pasta de dientes. Decidí que quería ver a mis hijos, y pedí permiso para sacarlos y pasar un par de horas con ellos. Fue casi un error, por la lluvia y los coches, y por la visita a aquel horrible centro comercial con el peor de los ambientes dominicales… Nuestra misión era comprarle a Louis unas zapatillas de deporte. El joven dependiente abrió un montón de cajas y examinó con detenimiento su contenido. Al final levantó un par de zapatillas y dijo:

—Son de la misma talla, ¿no?

Me quedé mirándolas sombría, fijamente. En una quiebra de la tolerancia, quizá, sentí que la comprobación de la talla era cosa suya, no mía. Dije:

—No. A la vista está que no.

Una zapatilla era claramente más grande que la otra. E incluso una pizca diferente de color. El dependiente siguió mirándolas con fijeza, y dijo:

—Son un par…

La salida fue, con todo, parcialmente exitosa, porque mi cuaderno de notas dice: «Louis, pese a todo, se muestra amablemente agradecido, y mucho más comprensivo. Montones de palmaditas de Jacob.» Las palmaditas de consuelo eran la especialidad de Jacob.

En cuanto al dependiente de la zapatería, creo que el pobre chico se había equivocado de trabajo. No tenía ningún futuro en el negocio del calzado. Debería haberse dedicado a escribir en algún periódico de calidad, donde lo más normal es quedarse mirando fijamente una bota alta y una zapatilla de cristal y mas cullar:

—Son un par…

Lloró todo el mundo.

«Sólo Sally lloraba.» No, lloró todo el mundo. Sally fue la que más lloró («Ojalá tuviera un Valium», dijo, y Rob le ofreció uno al instante, cual una máquina expendedora). Pero lloró todo el mundo. Fue como un contagio. Durante toda la ceremonia, Jacob estuvo apretándome la mano o dándome consoladoras palmaditas en los hombros (sacudidos por las lágrimas). Mis hijos me habían visto llorar antes, pero no en público; y jamás habían visto llorar a Sally ni a Isabel ni a Hilly ni a

Philip. Y también su madre lloraba. Así que los chicos también lloraron. Luego, en la calle, Louis, por lo general tan airosamente autosuficiente, tenía el mismo aire de desconcierto y encogimiento dentro de su indumento formal que a veces le habíamos visto a los cuatro o cinco años. Pobrecito. Pensaba que la ceremonia que le esperaba no iba a ser más que una hora de asueto fuera del colegio. No contaba con un acto de tal naturaleza.

Los Amis adultos (todos fumando, todos tosiendo) llegaron en el Daimler a Golders Green, y regresaron en el Daimler todos fumando, todos tosiendo. La primera persona con la que hablé en el velatorio fue la persona a quien besé en los labios por primera vez en la vida: mi prima Marian Partington, que había asistido al juicio de Rosemary West.

—Cuando pronuncias el nombre de *Jacobs* —dijo Jacob repetidas veces aquel día—, ¿podrías por favor pronunciar bien la ese final? Porque si no no paro de pensar que hablas de mí.

Sí, por supuesto, Jake. Eso no podemos permitirlo. Pero ¿cómo estaban las cosas con tu *casi* tocayo? ¿Qué íbamos a hacer por fin con él?

La noche en que la última entrega de los apuntes de Eric Jacobs entró en la rotativa del *Sunday Times*, llamé a Eric por teléfono y le increpé con dureza:

—¡Y ahora vete a dormir preguntándote qué pensaría Kingsley de ti después de esto!

Me pregunto qué pienso *yo* de él ahora. Hoy lo recuerdo mucho menos insensible e insolidario que su agente y consejero Gillon Aitken. El comportamiento de Eric fue alocado y errático, y quizá caótico a causa de la pena. Y, caritativamente, doy por sentado que necesitaba el dinero. Pero ¿qué diablos estaba haciendo Gillon Aitken?
357 Si hubiera aconsejado de forma diferente a su cliente, Eric habría editado finalmente las cartas de Kingsley. Habría llevado a cabo tal labor de forma polémica, no hay duda, pero lo habría hecho con la conciencia tranquila.

Eric tiene conciencia. Lo sabemos.

En la ceremonia en memoria de Kingsley de un año después, Karl Miller habló de su narrativa y Blake Morrison de sus poemas. Mavis Nicholson habló de Kingsley como profesor. Richard Hough y Eric Shorter evocaron a Kingsley como ser social, y Christopher Hitchens tocó todos estos aspectos de su persona. Yo hablé de los últimos días de mi padre, y de su actitud ante Dios, y dije que ahora empezaríamos a verle de un modo diferente, y no sólo como el viejo *demonio* que siempre fue. Empezaríamos a verle como un hombre completo.

Empezaríamos a verle de forma integral. La ceremonia acabó con la reproducción de una cinta en la que Kingsley hacía una de sus imitaciones: la de Franklin Delano Roosevelt compitiendo con una banda de viento en una emisión de radio de onda corta en los más sombríos días de la Segunda Guerra Mundial. Se oyeron risas, y aplausos, y un apagado runrún humano. Salimos a Trafalgar Square y fuimos caminando hasta el Garrick, donde charlamos y bebimos ante el cenotafio de Kingsley. Para la mayoría de nosotros fue un día feliz.

«Sólo Eric lloró», me siento tentado de escribir. Sólo Eric lloró. Pero estas palabras tienen cierto regusto periodístico, y resultarían por tanto poco creíbles.

Marigold Johnson también lloró, mientras su marido Paul se fue con la nariz levantada, proclamando que Kingsley había sido «secuestrado de su tumba por la izquierda».

No puedo dejar de sentir cierto vestigio de gratitud hacia Eric. Pero uno sólo puede perdonar aquello que cree entender, y él sigue siendo un misterio para mí. Ni aun en el supuesto de que lograra colarse en una novela mía sabría qué hacer con él. Eric se me antoja a menudo un personaje de ficción. Así que la pregunta obligada sería: ¿de qué autor?

Al volver a examinar los apuntes de Eric Jacobs recordé la gran convención modernista del Narrador Poco Fiable —ese «Yo» cuya versión de los acontecimientos no debe merecernos ningún crédito—. Si la cosa funciona, sin embargo, el narrador poco fiable ha de ser por el contrario perfectamente creíble: fidedignamente parcial, fidedignamente ignorante de su propio egotismo. Se me ocurrió que Eric podía haber sido un primo lejano de Kinbote, el vehemente «editor» de *Pálido fuego*, de Nabokov, que piensa, erróneamente, que el poema que se dispone a editar es una admirativa versión de la historia de su propia vida.[358] Escuchemos a Eric en la última novela de Kingsley Amis, *El bigote del biógrafo*:

> Dije:
>
> —Kingsley, eso suena mucho a mí… Un escocés escribiendo sobre un escritor…
>
> —Oh, sí —dijo él rápidamente—, pero él *no es* como tú.
>
> Me pregunté si habría escogido el nombre de Cedric porque contenía el nombre de Eric… Y estoy empezando a preguntarme si la novela, que se parece tanto a la historia de su vida, no estará inspirada en el hecho de que yo esté escribiendo su biografía.

Lo de Cedric/Eric (el nombre del personaje sería cambiado posteriormente a Gordon) y la frase «dijo él rápidamente» es muy

propio de Kinbote —en un día muy tranquilo, eso sí—. Y, por cierto, Gordon no se parece a Eric, y la novela, a diferencia de otras muchas de mi padre, no es en absoluto autobiográfica. Sigo pensando en la frase «Sólo lloró Sally», con la que sonoramente concluyen —en su versión no corregida— los papeles de Eric. El «vicario» de Eric en el funeral de Kingsley (un acto que se prestó muy especialmente a las lágrimas) era —presumimos— un ser sensible. Puede que a Eric no le cupiera otro remedio que imaginar que todo fue como él dice, después de que le negáramos el permiso para asistir a la ceremonia y poder unir sus lágrimas a las de Sally. Eric Jacobs amaba a Kingsley todo cuanto era capaz de amarlo, lo mismo que Kinbote amaba a su poeta John Shade.

El *affair* Jacobs, por supuesto, nos mostró la verdadera cara de *la crème de la crème* de los santones de la cultura, forzados de modo inmisericorde a descubrir su juego. Fracasaron estrepitosamente, pero al menos trataban de ser serios. Incluso Eric trataba de ser serio… En cuanto a los otros, a todas esas esforzadas pequeñas figuras del Cuarto Poder… Bien, a sus mundialmente célebres atributos — ser maestros de la intromisión y la negligencia y la vulgaridad y la dipsomanía—, podríamos añadir lo que Kingsley llamaba sus «aires de superioridad no comprometida con nada», su hábito de «ironía omnipresente e inespecífica» y su «hostilidad siempre vigilante».[359] Al cabo de una breve búsqueda dimos con el arquetipo de la gente como Eric Jacobs. Pero sólo nos llevaría un instante encontrar el arquetipo del periodista medio en un día cualquiera. Lo encontramos en la fuente primera, Shakespeare, donde, tarde o temprano, uno acaba encontrando a todo individuo. He aquí a Tersites: figurón de un solo parlamento en la *Ilíada* pero todo un personaje desarrollado en *Troilo y Cressida*. «Tú, desabrida porción de la naturaleza», como le llama el (aquí) despreciable Aquiles. «Tú, médula de la envidia.» Tersites…, «un esclavo cuya hiel acuña calumnias como monedas una ceca». El «deforme e insidioso griego», compelido por su propia bajeza a ver deformidad por doquiera.[360]

Con esto basta. Nabokov, me temo, habría juzgado a este biógrafo concreto demasiado lento y premioso para sus tramas. Y los intrigantes y canallas de Balzac, por ejemplo, lo habrían expulsado de inmediato de sus páginas por su absoluta candidez. En cualquier caso, Eric es demasiado *british*. Hoy pienso que V. S. Pritchett habría adivinado su juego en un instante. Y hay otro escritor que, de haber llegado a sus oídos todo este asunto, sin duda le habría sacado un buen partido literario a Eric Jacobs: el propio Kingsley Amis.

ADENDA: CARTA A MI TÍA

8 de noviembre de 1999

Querida Miggy:

Ésta es una carta que nunca enviaré, incluida en un libro que nunca leerás. Sin embargo, no podía concluir sin dedicarte unas palabras, por breves y vacilantes que pudieran parecer…

En primavera Isabel y yo llevamos a Fernanda y a los chicos a España, a ver a tu hermana. Sé que visitaste la casa de Ronda hace veinticinco años, porque en aquella ocasión también yo estaba allí. Pero no sé si has llegado a conocer la casita de campo, justo a las afueras de la localidad, donde Ali y ella viven ahora (Jaime, que vive en Sevilla, va y viene continuamente). Su vida allí es muy básica y sencilla. En los meses fríos, dice mamá, tarda como mínimo una hora en «vestirse» para la cama (una «capa» encima de otra…). Su nueva rodilla ha sido todo un éxito; dice que no siente el más mínimo dolor por primera vez en muchos años. Pero no es sólo la rodilla. Ella es una chica de campo, y ahora tiene lo que siempre hemos querido todos que tenga: una vida después de Kingsley. Tiene gallinas y perros. (Ya no tiene aquellas dos cabras que solían montarse una encima de otra sin caerse.) Me recuerda al jardín de tu casa cuando yo tenía diez años: anárquicamente vivo —un cloqueo aquí, un bufido allá—, pululado siempre por los niños más bulliciosos que uno pueda imaginarse. Fernanda se ha quitado la ropa como ha podido y se ha metido en el gallinero a «recoger» los huevos. Ha añadido rápidamente esta palabra a su vocabulario: ha recogido rápidamente recoger.

Sabía por Marian que te asaltaban dudas sobre mi intención de hablar de tu otra hija, Lucy, en este libro. Luego nos escribimos varias cartas y me brindaste detalles y puntualizaciones de tu puño y letra —con esas manos tan fuertes y tan rectas, esas manos que aún siguen recordándome a las de mi madre (salvo en su famosa calidad *fonética)* —. Y tus dudas persistieron. Yo había empezado ya este libro, pero

comprendí que así no podría continuarlo. Cuando me sentaba a escribir sentía la ausencia física de tu bendición. Y entonces me llegó una suerte de certeza extraña. Y supe que sólo una persona en el mundo sería capaz de conseguir tu bendición para mi libro.

Fuimos a comer contigo, ¿te acuerdas? No era la primera vez que volvía a visitar el Molino siendo adulto. El pueblo, el camino, la vereda circular con su muela de molino, tu césped, tus estanques, tus ásteres… Me recordaba recorriendo aquel jardín a la carrera, en varios trechos, yendo ardorosa y desesperadamente de pista en pista (que consistían —creo recordar— en unas rimas tuyas) en busca de los huevos de Pascua que habías escondido en rincones estratégicos… Hace casi cuarenta años. El pueblo está hoy como «esterilizado». Ya no baja el ganado humeante por el sendero («¡Vienen las vacas!»). Y tu jardín ya no es el universo finito aunque sin límites en que yo lo convertí cuando niño. «¡Cuán pequeño es todo!» Y sin embargo el lugar aún sigue transportándome, y vuelvo a encontrarme en un mundo sin Caída. Sentía la fascinada excitación que despertaba en mi hija, que aún no había cumplido los dos años. Hoy es su tercer cumpleaños. La fiesta acaba de terminar y la casa sigue llena de globos.

Aquella tarde tú y yo pensábamos hablar de Lucy, y de la conveniencia o no de que escribiera acerca de ella. Pero ambos sabíamos que no íbamos a hacerlo. Para hablar de ello tendríamos que haber estado juntos y solos durante, pongamos, seis meses. Además, no habría tenido ningún sentido tratar de convencerte de que cambiaras de opinión. No era un cambio de opinión lo que yo necesitaba. Necesitaba algo más. Pero no estaba en mi mano conseguirlo. Sólo Fernanda podía hacerlo.

Poco después de aquella visita, me escribiste. Me decías que una mañana, al despertar, habías caído en la cuenta de que tus dudas habían sido reemplazadas por un sentimiento de paz. Y me diste tu bendición. Me decías también lo que te había parecido Fernanda… Saqué la carta del buzón de la verja y la leí mientras caminaba hacia Camden Town. Cuando volví le tendí el sobre a Isabel y dije, no en tono triunfal sino con escueto respeto:

—El poder de Fernanda…

Jamás lo había puesto en duda, pero sigue pareciéndome increíble: el poder de estas chiquillas…

No podía prever que mi hija te recordase a Lucy, aunque eso es lo que me dijiste. De lo único que estaba seguro era de que ella te dejaría algo. Que te transmitiría algo. No ha venido a este mundo a estar y a irse. Como tu hija Lucy, Fernanda siempre deja algo. No puedes estar en su compañía sin que te transmita algo. Lucy tenía eso, intacto: tenía magia. Cuando llegó el momento de marcharnos Fernanda se

negó a dejar aquel jardín y aquel patio y tendió las manos hacia ti como acudiendo a su salvadora.

Te mando unas cuantas fotos más de Fernanda, y un par de ellas de su hermana mayor Delilah (de quien ya te he escrito…, al hablar sobre el inconsciente, y la ansiedad callada), y otras de su hermanita *pequeña*: la diminuta Clio.

Louis y Jacob también están en las fotos.

Con amor, como siempre, tu sobrino, besos

Martin



Osric con dinero en los bolsillos. Esta fotografía, tomada en un despacho vacío del *Times Literary Supplement*, apareció en la solapa posterior de *El libro de Rachel* (1973).

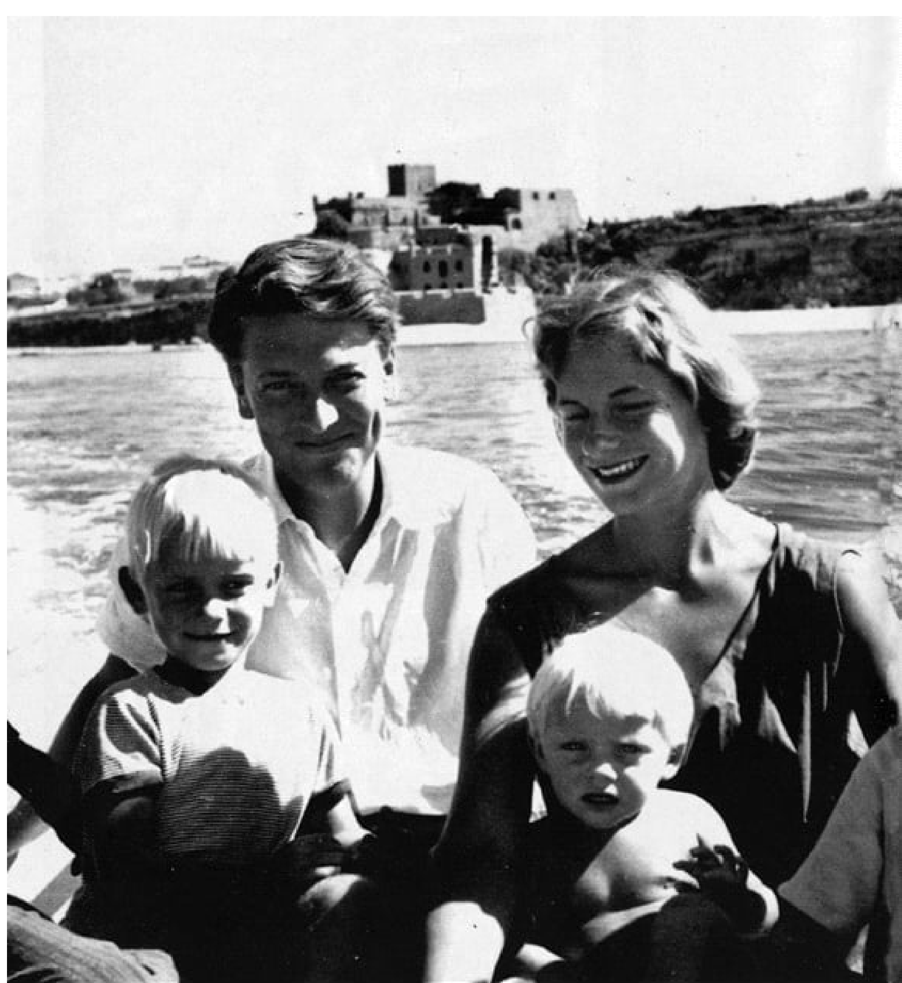








Pequeña (ángulo superior izquierda): Philip y yo en la pila del patio, cuando éramos pobres.
Grande: Tal vez le estoy poniendo a mi padre al corriente de algún combate entre ballenas asesinas y tigres con colmillos como sables, mientras mi madre y Sally nos miran *(Hulton Getty).*
Arriba: Ante la puerta de nuestra primera casa, en el número 24 de The Grove, Uplands, Swansea *(Hulton Getty).*
Abajo: En el exterior de nuestra casita de campo en West Wratting, justo antes de nuestra época de Cambridge (1961-64). Mi delgadez no duró (véase lo que sigue).



Portugal, en 1955. Philip (página opuesta, abajo) era mucho más alto que yo (la gente creía que me llevaba dos o tres años, cuando en realidad sólo era un año mayor que yo: 375 días, exactamente). En el curso de aquellos tres meses de exilio (locuazmente denostados pero en realidad disfrutados por Kingsley), Philip salvó una vez a Sally de desaparecer en medio de un rebaño de cabras. Los estoy viendo: Philip la lleva en andas, por encima de un mar de cuernos bamboleantes.







Mi madre y mi padre en Martha's Vineyard (1959).



Soy el primero por la izquierda (regordete, apoyado en el coche). Es el año 1962 y voy a cumplir trece años. De derecha a izquierda: Robert Graves, Kingsley Amis, Tomás Graves, Hilly.



Eva.



Pelo al rape, ruedas de flancos blancos: Princeton, 1959. Jamás llegamos a usar los nombres americanos que habíamos ideado para cuando viviéramos allí. El mío era Marty; Philip, adaptando uno de sus nombres, se había decidido por Nick, Junior.



Philip en Fulham Road, examinando su Vespa hacia 1966, mientras un poli (o un «cabeza-teta») hace su ronda por la acera.



Sally termina una ensalada en España (1973).





Rob (arriba) y yo perdíamos mucho tiempo (y dinero) en los fotomatones (1967).



En Barnet, a principios de la década de 1970. Kingsley se hace el intelectual francés y dice algo como «Si la existencia precede a la esencia...».







Arriba (izquierda y derecha): Las dos fotos que tengo siempre junto a mi mesa: Delilah Seale y Lucy Partington.

Abajo: Marian y Lucy Partington en Fountains Abbey, un mes antes de la desaparición de Lucy en diciembre de 1973.



Este Bee Gee es de 1974. La fotografía la tomó la destinataria de la dedicatoria de mi segunda novela.



Christopher Hitchens y yo flanqueamos a James Fenton (Sacré Coeur, París, invierno de 1980). La fotografía es de Angela Gorgas, mi compañera de tantos años.



Kingsley Amis, Elizabeth Jane Howard y yo (Hampstead, finales de la década de 1970: hacia el final de su matrimonio) *(Dmitri Kasterine/Camera Press)*.

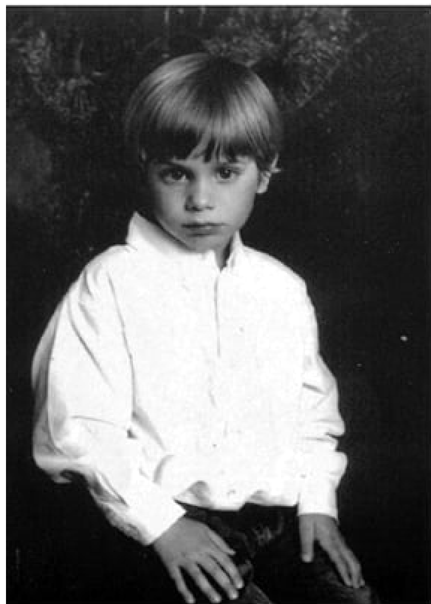


Mis padres a principios de la década de 1990.



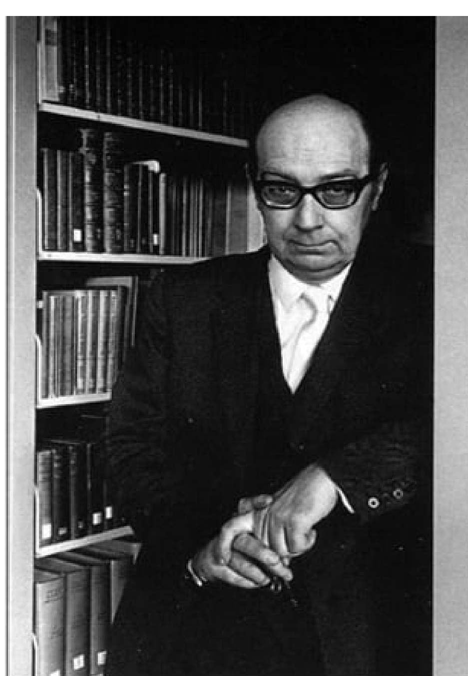
Arriba: Antonia Phillips.

Abajo (de izquierda a derecha): Jacob Amis y Louis Amis. Calculamos que estas fotografías –obra de Jo Ryan– se tomaron a finales de 1990, cuando Jacob tenía cuatro años y medio y Louis seis.



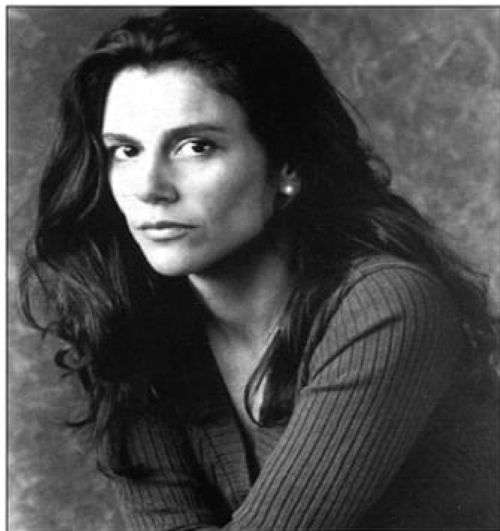






Arriba (izquierda): Yo de pie junto a mi padre en 1991 *(Frank Martin/The Guardian)*.
Arriba (derecha): Philip Larkin *(Fay Godwin/Network)*.
Abajo: con Saul y Janis Bellow (Vermont, 1998). Por razones estructurales, no damos el nombre del bebé que tengo en los brazos.

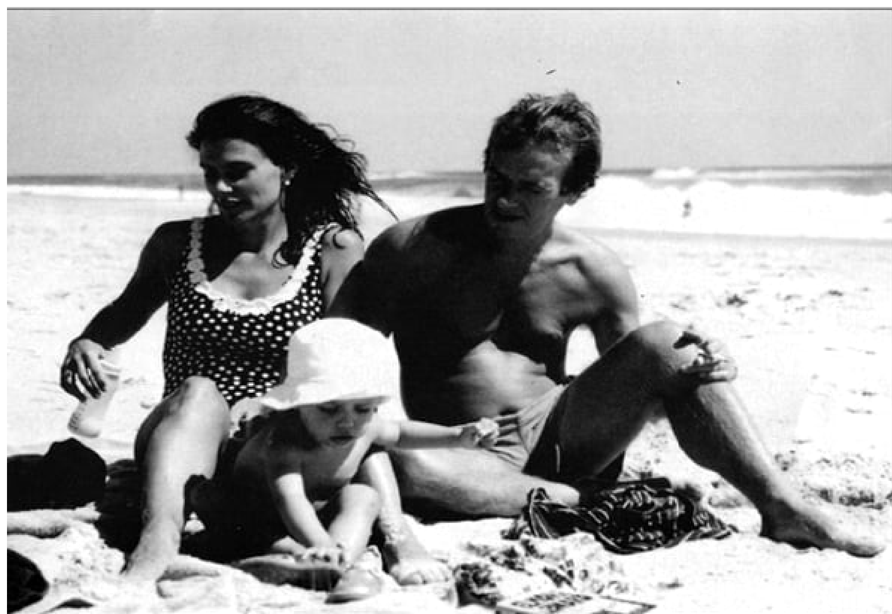


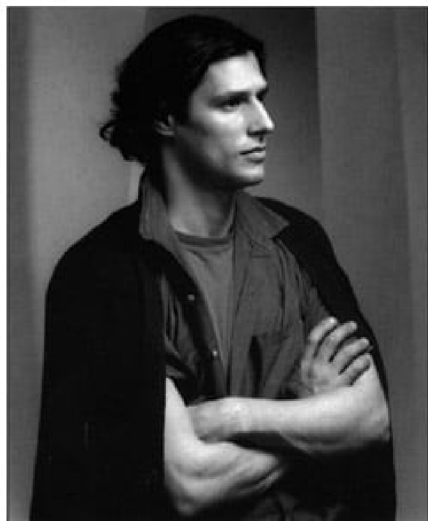


Izquierda: Isabel Fonseca, el día siguiente a nuestra vuelta del Condado Casino de Puerto Rico, en enero de 1995 *(Marion Ettlinger).*

En la página siguiente: Bruno Fonseca (1958-1994); *arriba izquierda:* en 1998 *(Luca Vignelli), derecha,* en 1968; y en 1994, el día anterior a su muerte. El dibujo es de Elizabeth Fonseca, su madre.

Abajo: Isabel y yo con un bebé «sin nombre» (Long Island, 1998). La fotografía es de Pamela Morgan.









Kingsley Amis con Sarah Snow [Sarah Nieve].

NOTAS

[1] En *The Amis Collection* (1990), Kingsley escribió: «Una vez, por pereza o por un bache imaginativo, traté de poner a gente real en el papel, y escribí -según se admite unánimemente- la peor de mis novelas: *Me gusta estar aquí.*»

En ella, comparto la dedicatoria con mi hermano Philip y mi hermana Sally.

[2] Mientras escribía este libro no caí en la cuenta (sólo caería en ella mientras lo *leía*) de cuán a menudo mi libre albedrío se ha visto comprometido por la fama (o, dicho de otro modo, por «los medios de comunicación»): obstaculizado, «atrapado», mal interpretado. Se supone que no te tiene que importar, porque se supone que la fama es algo tan excelso… Y yo no me quejo: hinco la rodilla en tierra y pienso en mi amigo Salman Rushdie. En realidad existe una buena razón, una razón estructural, por la que los novelistas suscitan una actitud tan corrosiva en la prensa. Cuando uno hace la crítica de una película, o evalúa el trabajo de un director o directora, no hace un corto de diez minutos sobre él o ella. Cuando uno escribe sobre un pintor, no traza boceto alguno. Cuando uno escribe sobre un compositor, no alarga la mano para coger el violín. E incluso cuando quien es sometido a valoración es un poeta, el crítico o autor de la reseña no escribe un poema (a menos que quiera incurrir en la osadía o en el tedio). Pero cuando uno escribe sobre un novelista -sobre un exponente de la escritura en prosa-, escribe en prosa. Y ¿eso era todo lo que uno esperaba para su propia prosa? ¿Comentar libros, hacer entrevistas, entregarse al cotilleo? Estimado lector, no me corresponde a mí decir si se trata o no de envidia. Te corresponde a *ti* calificarlo de ese modo. La envidia jamás asiste al baile ataviada de envidia. Asiste con otro atuendo: Ascetismo, Grandes Principios, Sentido Común. Sea como fuere -como ya he dicho-, no me quejo, porque la fama es algo tan excelso…

[3] V. S. Pritchett sigue siendo impecablemente ejemplar a este respecto. *The Complete Short Stories* [Relatos cortos completos] (1990)

es una serie de poemas dramáticos sobre los pensamientos de «la gente normal y corriente». Yo intenté algo similar en *Dinero*: es la novela que John Self, el narrador, llevaba dentro y jamás llegó a escribir.

4 No es que en el futuro todo el mundo vaya a ser famoso un cuarto de hora: en el futuro todo el mundo será famoso todo el tiempo -pero sólo en su propia mente-. Será un remedo de fama, una fama «de karaoke». Pero en algo será idéntica a la genuina: en que será mala para la cabeza.

5 La novelista Elizabeth Jane Howard: mi madrastra desde 1965 hasta 1983. Mi mitad de esta embarazosa correspondencia puede consultarse en la Huntington Library.

6 Kingsley era entonces profesor invitado en la Vanderbilt University de Nashville, Tennessee (conocida -y supongo que sin ironía alguna en algunos- como la «Atenas del Sur»).

7 Bruce era el apodo que mi hermano y yo le habíamos puesto a Colin, el hermano de Jane, que durante muchos años formó parte de la familia.

8 *Form* significa, en general, «forma», y también -en el sistema educativo del Reino Unido- «curso». De ahí que la palabra le recuerde la urgencia de volver a los estudios. (*N. del T.*)

9 Me deberían haber aconsejado primero los relatos, que son, por supuesto, inmortales. Sus novelas -moldeadas como sueños- son brillantes, pero son pesadillas. Ni siquiera él pudo terminarlas.

10 Recientemente me han recordado que mi padre hizo el papel de Osric en una representación universitaria en Swansea, en 1953. Ahora recuerdo su encarnación de Osric: sobremanera insinuante, todo pestañas y muñecas lánguidas… Como Osric dice de Laertes: «Un absoluto caballero, lleno de los más excelentes contrastes, de muy suave trato y de extraordinario porte.» Ése era yo en 1967.

11 «Viernes», «lunes» y «jueves», respectivamente. Louis y Jacob empiezan a someter a su padre a un interrogatorio sobre su pronunciación inglesa. (*N. del T.*)

12 «Cumpleaños». (*N. del T.*)

13 «A menudo». (*N. del T.*)

14 «Ayer». (*N. del T.*)

15 «Hoy». (*N. del T.*)

16 «Día». (*N. del T.*)

17 «Lunes», «viernes», «domingo». (*N. del T.*)

18 Esto le hace a uno recordar que, en ciertas culturas, *Otelo* se considera una tragedia en la que ¡el héroe es *Yago*! Las citas son de *Memoirs* [Memorias], de Kingsley Amis (1991).

19 Una baladronada huera, amén de una rotunda mentira. Charlotte era muy guapa e inteligente (y fina, y tajante). Intenté por todos los

medios seducirla y no conseguí nada.

20 ¿*Qué* pasaje, so memo? «… de la citada novela», santo Dios… Pero no debo hostigar a mi antiguo yo demasiado duramente. En estos anales desolladores no he hecho más cambios que los necesarios para proteger al inocente. Y el lector realmente generoso concederá que también yo era inocente.

21 Amis juega con *rainbow* («arco iris») y *bore* («aburrimiento») y a la obra *The Rainbow* [*El arco iris*], de D. H. Lawrence, la llama *The Rainbore*. (*N. del T.*)

22 «La bella dama sin piedad». (*N. del T.*)

23 «Enfurecido y maldiciendo en el calor abrasador.» (*N. del T.*)

24 «Enfurecido y maldiciendo en el calor insufrible». (*N. del T.*)

25 «El cocinero echó una mirada al libro.» (*N. del T.*)

26 La gran proclividad de nuestra familia a las anécdotas me inclina a revelar que mi ex novia era Emma Soames. Y su sucesora Mary Furness, quien luego habría de padecer la persecución de la prensa en su calidad de extrovertida condesa de Waldegrave. Kingsley adoraba a Emma Soames -que llevaba a mi lado dos años-, porque era adorable. Pero, amén de ello -sospecho-, había en él también una admiración por el hecho de que Emma fuera nieta de Winston Churchill. Una admiración histórica, no social. Sólo en una ocasión conoció mi padre a sus padres. Éstos le invitaron a almorzar, y Jane le llevó en coche a la casa de campo de los Soames, donde yo pasaba - como tantas veces- el fin de semana. Mientras servía unas bebidas, sir Christopher (era ya *sir*), con aquel ceño suyo suave, solícito, atento, apasionado (heredado por sus tres hijos), le preguntó a mi padre: «¿Le gustaría lavarse las manos antes de entrar?» Y Kingsley le respondió: «No, gracias. Me las he lavado detrás de un arbusto antes de llegar.» El almuerzo fue un éxito rotundo: de principio a fin (estaban presentes, también, los hermanos mayores de Emma, Nicholas y Jeremy, de estatura formidable). Pero, Señor, la importancia que se daba en aquella época a los asuntos de cuna y clase… Hiciera lo que hiciera en otros campos, Margaret Thatcher contribuyó a que todo ello amainara. La señora Thatcher, con sus Cecil, con sus Norman, con sus Keith…

27 Si exceptuamos la conversación que a continuación relato. En un momento dado del final de nuestra adolescencia, Kingsley nos preguntó a mi hermano y a mí qué queríamos ser en la vida. «Pintor», dijo mi hermano. «Novelista», dije yo. «Estupendo», dijo Kingsley, frotándose las manos con movimientos rápidos, incluso ruidosos, de aquel modo tan suyo. «Entonces los Amis se bifurcan hacia otras artes sin por ello dejar el bastión de la narrativa.» Se refería también, obviamente, a Jane.

28 La tirada -única- fue tan corta que un ejemplar de esta novela

vale hoy el doble del anticipo sobre derechos que cobré entonces. Por cierto: mi agente, Pat Kavanagh, y mi editor, Tom Maschler, también representaban a mi padre, y los he conocido a ambos desde mi primera juventud. Así que, sí, era un asunto de tácito nepotismo. Cualquier editorial londinense la habría publicado siquiera por mera curiosidad.

29 La caligrafía de Kingsley Amis era más regular y erguida que la mía, pero a veces nuestras manos coincidían. Este «de todas formas» de mi original podría haber sido suyo perfectamente: es una «falsificación» exacta.

30 Aquí nos remontamos a 1973 y a una pieza titulada «Rondo for my funeral»:

«... Debería manifestar que, desde que comencé a buscarla en los años tempranos de la adolescencia, la música me ha dado más placer, y un placer más intenso, que cualquier otro arte... Y más aún: sólo un mundo sin amor se me antoja instantánea y decisivamente más terrible que un mundo sin música.»

31 Al recibir la noticia de la muerte de un amigo (de nuevo parafraseo a Northrop Frye), un hombre puede echarse a llorar; pero jamás se pondrá a cantar. En la narrativa y la poesía de las mujeres -tengo la impresión- hay algo más de «cántico». Aunque admito que esto puede discutirse... Kingsley *adoraba* a Elizabeth Barrett Browning; no tenía mucho tiempo para Jane Austen; bastante más para George Eliot, y ninguno en absoluto para Virginia Woolf. De ésta decía que su mundo creativo le parecía totalmente artificioso: al leerla -explicase sorprendía emitiendo constantes negativas hostiles, interpolando susurros de protesta: «Oh, no es posible que ella...» o «Oh, no, ella no ha...» o «Oh, no, eso no ha sido...» tras cada proposición de la autora. Pese a su genuina admiración por Iris Murdoch, Elizabeth Taylor y Elizabeth Jane Howard, mi padre -creo- consideraba que la escritura de las mujeres era esencialmente oculta -no tanto un género cuanto un movimiento, como en el caso del vorticismo-. Nabokov (nada caro a Kingsley) confesaba ser exclusivamente «homosexual» en sus gustos literarios. Decía también que un buen traductor debe ser a) razonablemente competente en lo «externo» de la lengua, b) enormemente experto en lo «interno» de la lengua y c) varón.

32 En español en el original. (*N. del T.*)

33 En el Cheltenham Literary Festival. El debate que Jane había organizado y en el que participó Kingsley versaba sobre «Sexo y literatura»: una broma pesada de Dios.

34 Conseguí este trabajo muy pronto, aunque no inmediatamente. Durante cuatro meses trabajé en una pequeña galería de arte de Mayfair, enseñando el local a los clientes, quitando el polvo a los

marcos en el sótano, haciendo té y café, escribiendo a mano las invitaciones para las inauguraciones y leyendo (aproximadamente) un libro al día. Luego conseguí un empleo de redactor publicitario meritorio en una agencia de publicidad -la J. Walter Thompson- cercana a Berkeley Square. El mundo de la publicidad solía ser una especie de refugio para literatos. Pero en la J. W. T. llegué a temer por mí mismo. El lugar parecía enteramente poblado por dramaturgos bloqueados, agradables poetas desgalichados, novelistas únicos en su género. La agencia era toda ella un pequeño mundo cerrado, una suerte de asilo para el talento literario. Me despedí a la semana (sólo porque tenía otro empleo en la manga), aunque me quedé dos semanas más antes de entrar en el *Times Literary Supplement*, a la sazón sito en un anexo del viejo edificio del *Times*, en Blackfriars, encima de una empresa de piscinas controlada por unos enormes carceleros con patillas de tamaño formidable.

35 Y no en un paranoico álbum de recortes (en adelante no volveré a hablar mucho de reseñas), sino en un volumen encuadernado de la revista. Cuando dejé de trabajar en ella, en 1979, me regalaron -encuadernados en varios volúmenes- los números de seis años. Permítaseme emplear un tono elegíaco: *Staggers* [Tumbos] fue durante muchos años una sección excelsa de la revista (mis contemporáneos en ella fueron, por ejemplo, James Fenton, Christopher Hitchens y Julian Barnes). Su parte primera, la política, empezó a morir con la conciencia del Partido Laborista. La segunda poseía una cohesión válida tan sólo para un campo de interés minoritario, y duró algo más de tiempo.

36 Auberon Waugh, hijo de Evelyn, fue muy generoso. Nadie -literalmente nadie- estaba en situación de ser más solidario. Escribió su primera novela a los diecinueve años.

37 La popularidad del corte de pelo de los Beatles se debía en gran medida al hecho de que tapaba el tercio superior de la cara. «¿Qué hay debajo de ese flequillo? Una galaxia de acné, sin duda», fue la acertada conjetura de Kingsley unos años antes. El pelo a lo Beatle se había ya esfumado. La galaxia de acné tardó bastante más en desaparecer.

38 ¿Lítote (eufemismo irónico)? No, más bien una chirriante tentativa de *bathos* [paso repentino de lo sublime a lo prosaico]. Pido a mis lectores varones que recuerden cómo eran a los dieciocho años. Y a mis lectoras que recuerden el tipo de chicos con los que tenían que vérselas entonces, y cómo eran *ellas*.

39 En esta cancioncilla, como en tantas otras («Cuando me dirigía hacia St Paul's / una dama me agarró del codo»), se juega con expectativas que no acaban cumpliéndose.

40 «El gato era gris, y siamés…» (*N. del T.*)

41 En español en el original. (*N. del T.*)

42 Al parecer ésta era la reacción habitual de Graves a las burlas amistosas. En el Oxford de la primera posguerra alguien le hizo una broma acerca de su altura. «Ello me animó a un jocoso fingimiento de violencia física; pero me detuve de inmediato cuando vi la expresión de su cara. Había espoleado por sorpresa su mórbido terror a ser tocado» (*Adiós a todo eso*, 1929). No había sido Rob en aquella ocasión, sino T. E. Lawrence. No tenía que haberme preocupado por irrumpir en casa de Robert Graves sin previo aviso. Él hizo lo mismo con Thomas Hardy, y fue acogido con la misma generosidad.

43 Kingsley ni siquiera se ablandó respecto a Le Boulou cuando le conté, años más tarde, que Nabokov había escrito una novela en el cuarto de un hotel de esa localidad (*La defensa*, 1930).

44 *Sofa*: «sofá». *Lavatory*: «lavabo», «servicios». (*With drawing-room*: «salón». *Miffy*: «quisquilloso», «que se ofende fácilmente». (*N. del T.*)

45 Estaba mal ser *miffy*. Ser *miffy* significaba que eras de ese tipo de personas que, cuando se sirven una taza de té, se echan antes la leche. Martin: «¿Y eso es común en la clase obrera, me dices?» Rob: «Sí.» Martin: «¿Por qué?» Rob: «No estoy seguro. Pero es así.» Martin: «¿Y qué sucede si, al echarte la leche después, el té está demasiado fuerte y ya no queda sitio en la taza para más leche?» Rob: «Pues te levantas y *tiras un poco de té por la pila* y vuelves y te lo pones a tu gusto.»

46 Una de las acepciones de *gentle* [suave, amable; *gentle reader*: estimado lector] es el risible adjetivo *posh* [elegante, refinado, fino]. Zarpemos hacia el pasado de la palabra… Duncan (*Macbeth*): «Ese castillo tiene un grato asiento; el aire, / grácil y dulcemente, se hace apetecible / a nuestros refinados sentidos.» Nuestros *refinados* sentidos… *Refinado* lector…

47 Ocho meses de cárcel por una serie de infracciones de tráfico (con efecto dominó) por conducir borracho. Podría sucederle más o menos a cualquiera, pero le sucedió a Rob.

48 «Agua, no» y «Agua, sí», en español en el original. (*N. del T.*)

49 Al traductor noruego de *La información* le concedieron no hace mucho un premio de diez chelines y una banda por su traducción de este libro, y eso es lo más cerca que he estado de un premio desde 1974. A Kingsley le concedieron dos: el Somerset Maugham y, cuando frisaba los sesenta y cinco años, el Booker. De ello infiero que nuestras novelas nunca han logrado un gran consenso, e infiero mismo que, en cierto modo, esto es una virtud. La razón secreta del interés de los medios de comunicación por el Premio Booker es la siguiente: desmitifica y desclasa al escritor. Los escritores se convierten en algo sobre lo que se puede apostar, y cuando llega la noche de esta «lotería» uno puede verlos en la televisión reducidos a lo que en yiddish llaman *schwitzers* (sigilosamente sudorosos en sus esmóquines

y trajes de fustán). Mi padre dijo la única cosa que puede decirse de los premios: que están bien si tú los ganas.

50 En español en el original. (*N. del T.*)

51 En español en el original. (*N. del T.*)

52 Vi un par de corridas de toros en mi adolescencia, y me apresuré a leer *Muerte en la tarde* y unos cuantos libros más sobre el asunto, incluido el de Kenneth Tynan, *Bull Fever* [Fiebre del toro], rebautizado como *Bullshit*: «sandeces», «gilipolleces», por Clive James. Al principio no fui inmune al poderoso e inmediato efecto del espectáculo, pero la emoción pronto se enfrió para dar paso a algo mucho más extraño: una especie de vacuidad insensible. Una vez, en Barcelona, tras una hora de presenciar cómo se daba muerte (bastante torpemente) a unos cuantos toros, vimos cómo un torero era corneado y lanzado al aire hasta una altura sorprendente, y toda la familia estalló en fieras ovaciones. Hemingway argumentaba que las corridas no eran un deporte sino un ritual; una tragedia, de hecho, porque el toro jamás puede vencer. ¿Cuál es, entonces, el fallo trágico del toro? ¿Que es un toro? (Además, tanto en las corridas tradicionales como en las modernas es el caballo el que más y durante más tiempo sufre.) En 1974, fui a ver otra corrida en Ronda (la «cuna» del toreo español), y presencié el ritual en su forma decadente: toros hostigados, malcriados y acobardados bajo unos cuernos «afeitados». También me fue dado entrever algo de la otra cara de la fiesta: el héroe de Hemingway, Antonio Ordóñez, ahora retirado, era quizá el personaje más insigne de Ronda, y lo vi con frecuencia por el pueblo, aunque jamás en el Antonio Ordóñez, uno de mis bares preferidos pese a toda su parafernalia hemingwaiana. Ordóñez era increíblemente guapo y carismático, e irradiaba fulgor como si estuviera bajo unos focos y llevara una gruesa capa de maquillaje. Los días de corrida tomaba las riendas de un coche de caballos y se paseaba en él con su glamourosa mujer y sus hijas (las dos jóvenes más glamourosas de la localidad). El fulgor interior de Ordóñez le venía de la «asimilación de la veneración». Un hombre de valor probado -un matador que entraba a matar *por encima* de los cuernos, no desde un costado- y uno de los artistas clásicos del toreo. Se le trataba como a un héroe de guerra que poseyera asimismo los atributos de un Pavarotti y un Pelé.

53 En español en el original. (*N. del T.*)

54 Cuando lo que en realidad quería decir era: «*¡Fuera! ¡Fuera!*»

55 Este vocablo significa lo que el lector piensa que significa. Pero en España no tiene más fuerza que «hombre» o «tipo» o «tío».

56 Y a mí no me parecía en absoluto escandaloso. Cuando vivíamos en el sur de Gales nos dejaban fumar un cigarrillo el día de Navidad, a la edad de cinco años.

57 Cuando estudiaba en la universidad Tina era ya famosa (en un

tiempo en que *nadie* era famoso): dramaturga alternativa, periodista, guapísima… Un prodigio. Para llegar a su habitación en la residencia de la facultad, yo tenía que abrirme paso entre los equipos de televisión y entrevistadores y reseñadores que la aguardaban.

58 Recuerdo bien la sonrisa de satisfacción sádica que iluminó el semblante de John Updike cuando hablábamos de esto en el curso de una entrevista que mantuvimos en la cafetería del Massachusetts General Hospital. Updike había tenido cuatro hijos cuando -según sus propias palabras- no era mucho más que un niño. Le divertía, pues, oír lo que era ir cargando infantes a la edad de treinta y cinco, cuando se tienen las rodillas esponjosas y la columna doliente y todas esas desconcertantes cosas que el cuerpo y el tiempo traen consigo.

59 Sally se recuperó por completo de su fractura de cráneo. Pero un año después tendría otra escaramuza con la muerte. Estaba pasando unos días con nuestros abuelos paternos, en Berkhamsted, y una mañana, poco después de que mi abuelo se fuera a trabajar, mi abuela sufrió un derrame cerebral y cayó muerta en el acto. A su vuelta, diez u once horas después, mi abuelo encontró a Sally ilesa, pero extrañamente vestida y extrañamente embadurnada con las pinturas de la abuela. Según alguien nos contó a mi hermano y a mí, Sally «le había abierto la puerta» al abuelo. Pero no puede ser cierto. Me pregunto, sin embargo, cómo pudo sobrevivir mi abuelo a aquel regreso suyo a casa.

60 Me refiero a la Universidad de Durham, donde debía mantener una entrevista para una plaza.

61 Lo que me ponía tan furioso era el hecho de que no había suspendido ninguna de mis materias de segundo de secundaria: no aquel año. Saqué sobresaliente en inglés y literatura inglesa, notable en historia y aprobado en lógica.

62 Cuando tenía treinta y cinco años, Kingsley escribe en una carta a Philip Larkin: «… Dios, acabo de oír una sirena de alarma antiaérea y me ha dado tanto miedo que creí que iba a desmayarme… Sólo era una prueba, espero, *para cerciorarse de que va a funcionar cuando la necesiten*. Prefiero no pensar ni un segundo en ello.» Sus hijos -nosotros- tenían entonces ocho y nueve años. ¿Qué pensarían, y sentirían, ellos sobre el particular?

63 David tenía doce años y yo acababa de cumplir los trece cuando Kennedy ordenó el bloqueo de Cuba el 22 de octubre de 1962.

64 Me había encontrado con Philip el día anterior. Pasaba a mi lado en un supermercado, y me impresionó la seguridad con la que mi visión periférica lo identificó al instante por la forma y volumen, como si hubiera en mí una plantilla mental en la que sólo él pudiera encajar.

65 Y prosigue: «Adoptó el ademán del esgrimista que lanza una estocada y alargó la mano para coger el chubasquero; y luego se

tambaleó por el exiguo espacio mientras se lo ponía a trompicones.» Esa estocada… Conrad era el tipo de escritor que mantiene los ojos bien abiertos cuando la mayoría de nosotros prefiere tenerlos cerrados.

66 *Salvaging the Sacred* [Rescatar lo sagrado], publicado por el *Guardian* (18 de mayo de 1996).

67 *Makeless*: 1) *matchless, peerless* [incomparable, sin par]; 2) *mateless, husbandless* [sin compañero, sin esposo].

68 Roger Partington, padre de Lucy, vivía entonces en la zona de Teesside.

69 Mi tío político Colin Howard, alias Bruce y Simio.

70 Traducción inglesa de James E. Irby. [Lo que aquí se ofrece es el texto original de Borges.]

71 La traducción inglesa es de J. A. Underwood. [Versión española de Alianza, Madrid, 1960.]

72 Julie Kavanagh, a quien dediqué mi *segunda* novela. Lo siento, Julie. Y aún te debo una carta.

73 No salimos a la calle. Al día siguiente, por la tarde (Salman y yo nos habíamos apresurado a hacer las paces por teléfono aquella mañana), yo estaba en el Paddington Sports Club jugando a la máquina de las preguntas con mis amigos Steve y Chris. En la pantalla apareció la siguiente pregunta: ¿Quién escribió *Los viejos demonios*? Y se proponían las siguientes respuestas: A: Kingsley Amis; B: William Golding; C: Salman Rushdie. Apretando la A, apunté hacia la C y dije: «Anoche reñí con él, y me dijo que saliéramos a la calle.» Steve dijo: «¿Sí? Bien, supongo que salisteis y le diste una buena tunda…» «Un momento, un momento…», empecé a decir yo, retomando el viejo debate, aunque en términos más coloquiales que los que había empleado recientemente al discutir el asunto con George Steiner (que se mostró inexplicablemente obtuso al respecto). «¿Qué queríais? ¿Que pensara en lo de "el dinero de los contribuyentes" y actuara como un loco?» (E. M. Forster decía que «las mujeres y los niños» era «la frase que exime al varón [inglés] de la cordura». Hoy la frase que te permite no ser cuerdo es «el dinero de los contribuyentes»). «Bien, pues no me convenía perder la cabeza: era, digamos, un dinero *bien gastado*. ¿O es que os gustaría ver al país empeñado hasta las cejas por un montón de tipos con turbante…?» Miré a Chris: su silencio, su inmovilidad. Estaba tenso, inclinado hacia adelante, mirándome fijamente, con perplejidad. Magnate hecho a sí mismo, antiguo campeón nacional de yudo, ex gorila de club: una gran masa muscular cuadrada. Yo llevaba años tratando de suavizar a Chris en relación con Rushdie, diciéndole que abandonara sus hábitos violentos y viviera conforme a su coeficiente intelectual. Creía que casi lo había logrado. Pero lo que dijo entonces fue lo siguiente: «¿Te dijo que salieras fuera?

Me gustaría que me lo hubiera dicho a *mí*».

74 Un consejo: tómese una dosis casi fatal al levantarse, por supuesto. Pero también otra dosis casi fatal *la noche anterior*. El embotamiento se suma al embotamiento. Y estás dos veces lejos de tu realidad.

75 Sorprendentemente, y a duras penas, Osric aprobó el latín de primero de secundaria. Pero volvería a necesitar el latín si quería entrar en Oxford, de modo que Osric pensó que lo sensato sería seguir estudiándolo.

76 El joven Amis escribe mal *Romany* o *Rommany*. De ahí el «sic». Y a continuación incurre en la redundancia de añadir «la lengua de los gitanos». (*N. del T.*)

77 Mi editor en Cape, Dan Franklin, ha cuestionado este punto. Se pregunta: «¿Echar una bombilla por el triturador de basura» es en lenguaje de argot «tomarse unas copas»? Ello me ha hecho pensar en un pasaje de *El hombre verde*, de Kingsley Amis, en el que el hecho de que un personaje se disponga a hacer una visita al obispo le hace preguntarse a otro personaje si «visitar al obispo» no era un «eufemismo familiar de "ir a defecar"». Al parecer Dan toma lo de la bombilla en sentido literal. Y también Colin, para quien «echar una bombilla por el triturador de basura [tomarse unas copas]» era la forma más fiable de levantarse el ánimo.

78 El pintor Sargy Mann, que vivió durante muchos años con la familia Amis-Howard.

79 Freeman era el disc-jockey bizco de *Thank Your Lucky Stars*.

80 Los sueños de Kingsley con la reina eran bastante reverenciales y casi enteramente castos. Kingsley: «Anoche soñé otra vez con Corky [Acorchada].» M.: «¿Y qué sucede en esos sueños tuyos con Corky?» (Solíamos llamarla Corky, sobrenombre muy utilizado popularmente en un tiempo -creía yo-, pero que no he logrado encontrar ni en el Brewer ni en el Jonathon Green.) K.: «Oh, no sucede gran cosa. La beso un poco y le digo algo como "Venga, vámonos por ahí a algún sitio", y ella me dice algo como "Kingsley, no puedo" o "No, Kingsley, no debemos…". La cosa nunca ha ido más lejos con ella.» Kingsley siempre conseguía «ir más lejos» con Margaret Thatcher.

81 Novelista, baronet y editor del *Times Literary Supplement*.

82 Es curioso comprobar cuán raramente y cuán tarde reciben este honor los novelistas. Suelen recibirlo, además, no por sus novelas sino por algo *más* ajeno a ellas. Servicios prestados al PEN [Asociación Internacional de Poetas, Dramaturgos, Editores, Ensayistas y Novelistas] (V. S. Pritchett) o al Zoo de Londres (Angus Wilson). Supongo que a Kingsley le fue concedido en parte por ser públicamente -audible y visiblemente- de derechas, o conservador/

monárquico. Es igualmente curioso lo pronto y a menudo que los dramaturgos lo consiguen. Siempre que me topo con mi coetáneo sir David Hare, me divierte tanto que no logro entender por qué a él no le divierte aún más que a mí que le llamen sir David Hare (nombre harto ridículo, como el de sir Johnny Rotten o lord Vicious [*Hare*: liebre. *Rotten*: podrido. *Vicious*: malo, cruel]). ¿Por qué un fustigador del *establishment* tan fiero puede desear súbitamente ser nombrado Caballero del Imperio Británico? Pero quizá también los dramaturgos lo consiguen por algo *más* que por sus obras: servicios a la industria turística, tal vez, o al sindicato de conductores de microbuses y autocares. Pido disculpas por mi tono (y no quiero que me otorguen el título de sir), pero aprovecho la ocasión para repetir que, a mi juicio, la obra dramática es inferior a la novela y al poema. Entre los dramaturgos que han durado más de un siglo están Shakespeare y… ¿quién más? Bueno, uno siempre echa mano enseguida de un noruego sepulcral. Compárese con la poesía en lengua inglesa y sus grandes veneros de inmortalidad. Admito que tiene bastante gracia el hecho de que Shakespeare fuera dramaturgo. Me río a carcajadas cada vez que pienso en ello. Es una de las mejores bromas de Dios.

83 Mi madre jamás tuvo el menor aire aristocrático, y solía decir que se sentía como una impostora, como una vagabunda ladrona, cada vez que usaba el talonario en el supermercado. Pero me sorprendió -y me hizo reír- cuando una vez le pregunté con suficiencia: «Aquello no te llamaba nada la atención, ¿eh, mamá? Lo de que Alastair fuera lord y demás.» Frunció hondamente el ceño, y dijo: «Oooh, pues claro que sí.»

84 «*EVIL LIVE VILE LEVI*», cuatro combinaciones de las mismas cuatro letras. (*N. del T.*)

85 Todo empezó con una reseña (en la que se afirmaba que había abordado el tema de Auschwitz por «afán de lucro») aparecida en el *Spectator*, que luego publicó mi carta de refutación de tales acusaciones. El crítico, James Buchan, novelista él mismo, era un personaje ilustre sin el menor sentido del humor. Y al afirmar tal cosa pretendo impugnar su seriedad de forma categórica: una persona como él ha de improvisar su probidad *ex nihilo*. (Un inciso: no sé si el señor Buchan tiene hijos, pero a menudo me pregunto cómo educan a sus hijos los tipos sin humor. ¿Cómo es posible hacerlo sin humor?) En cualquier caso, el asunto suscitó una controversia menor en la prensa británica, donde la tradición de «neutralidad» garantiza que las opiniones en liza dispongan de las mismas oportunidades de exposición. Cuando la novela se publicó en Norteamérica, me dispuse a encarar una mayor animosidad. Y me equivoqué. No la hubo. Ni la habría en Alemania, ni en Israel. En el Reino Unido, sin embargo, la acusación de antisemitismo no reviste tanta gravedad como en

aquellas latitudes, y normalmente se hace uso de ella en unión de otras cosas al alcance de la mano. Contemporizadoramente salpicadas de octogenarios signos de admiración, las réplicas de Buchan a mis cartas personales buscaban precisamente tranquilizarme a ese respecto.

86 El hachís jamás me ha dado valor, y cuestiono la supuesta etimología del término «asesino»: plural oblicuo de *hassas* («comedor de hachís»). Tal droga me había negado recientemente el control del esfínter urinario, ese príncipe de todos los músculos. Paseaba yo por Gloucester Road, canturreando tenuemente una canción de los Beatles, cuando noté que se volvía viscoso el pavimento bajo mis pies. El operario cuyo cemento acababa de deformar (había, advertí enseguida, un cartel que rezaba «cemento fresco») se puso en pie y plantó su cara enfrente de la mía. «Tú…, pequeño melenudo *hijo de puta…*», dijo, blandiendo la piqueta por encima de la cabeza. Levanté mis drogados brazos en un gesto de propiciación o de defensa propia. Pero el *mano a mano* se había ya resuelto con otro chorro caliente que me empapó los pantalones acampanados. Mis pantalones acampanados negros, con sus costuras especiales. Por fin el hombre me dejó marchar dando tumbos.

87 De niño atormenté durante bastante tiempo a Kingsley con el siguiente diálogo sobre mi hermano y yo: «Papá.» «¿Sí?» «¿Philip y yo somos gemelos?» «*No.*» Volvería a ver este anhelo de consanguinidad acrecentada en mi medio hermano Jaime. Siempre se negó a llamar «primos» a los chicos españoles con quienes creció (y con los que no tenía parentesco alguno). Eran sus «hermanos». *Mis hermanos* [en español en el original], porfiaba.

88 *Stanley and the Women* (1984). Cuando comprobé la fecha, me sorprendió un tanto ver que la novela estaba dedicada a mi madre (*A Hilly*). Mi novela *Dinero*, dedicada a mi mujer, salió aquel mismo año. «He comprado tu libro hoy», me dijo Hylan Booker (el padrino de Louis, un negro norteamericano). «Y también he comprado el libro de tu padre.» A Kingsley le encantó esto, y dijo: «Esa frase sólo se pronunciará una vez en la historia del mundo.»

89 Dedicadas a Hilly, mi madre, y también a Philip, Martin, Sally, Jaime y Ali.

90 Mi trato con el gran hombre ha sido «remoto» pero gratamente simétrico. Lo esbozo más adelante (Segunda Parte - 3. Las magias - Noviembre de 1996: nota a pie de página).

91 Pese a las tenaces inexactitudes de la prensa, y pese al lugar de nacimiento (Swansea) y segundo nombre (Myfanwy) de mi hermana Sally, y pese a las burlas de mis hijos («un galés ciento por ciento, nacido en el corazón de Gales de padres totalmente galeses cuyo linaje galés se remonta a….»), y pese a las piernas…, no puedo reivindicar

una sola gota de sangre galesa. Kingsley era muy susceptible con el asunto de las piernas. Jenny y Patrick, en el partido de críquet descrito en *Una chica como tú* (1960), mantienen el diálogo siguiente: Jenny: «Oh, me da mucha rabia no haberte visto con las espinilleras.» Patrick: «¿Qué? ¿Y por qué querías verme con las espinilleras puestas?» Jenny: «Sería una visión nueva de esas pequeñas piernas con esas pequeñas espinilleras. ¿Te has hecho hacer unas especialmente cortas? ¿O te las prestan los del equipo de alevines?» Patrick no se toma muy bien la cosa («Vaya, pequeña bruja descarada…»), y sin la menor pizca de humor defiende sus piernas a lo largo de más de media página.

92 De figura un tanto distorsionada a causa del largo confinamiento, la mala salud y el poder menguante, Havel me pareció un personaje extraordinariamente atrayente. Y me gustó también su controvertida nueva esposa: Helga. Mucho más joven que él, de cara redonda y redondeado pelo, tenía un aire de presentadora de concurso de televisión de los primeros tiempos. Atendía a su marido con lo que Saul Bellow ha llamado «una luminosidad televisiva» en sus maneras. Uno no podía sino desearles a ambos lo mejor, pero tampoco podía evitar tener en cuenta cómo se verían las cosas en la república checa, donde Havel se enfrentaba a numerosos problemas.

93 Hoy figura televisiva y analista financiero de renombre, amén de ex director de la revista *Money*.

94 Autor de ese formidable monumento a la memoria judía titulado *Konin* (1994).

95 Pero *sí* se me quitó. Y he identificado cuándo: seis años después, en España. Nos habíamos reunido un gran grupo de adolescentes en casa de mi madre, en Ronda. Cuando nos dirigíamos hacia el pueblo, al anochecer, las chicas iban detrás de los chicos por la ancha calle que da a la garganta. Y al llegar al bar de la plaza principal una voz femenina (¿de quién?, oh, ¿de quién?) me dijo al oído: «Mientras veníamos os hemos estado comparando, y hemos votado. Y “el mejor culo” lo has ganado tú.» Así, mi complejo, con un gran grito final, se esfumó para siempre en la noche española.

96 Con tonillo sugeridor de vulgaridad, superficialidad, etc…

97 «Eva, ¿puedo tomar un vaso de leche en la comida?» Eva estaba hundida en su silla, junto a Rayburn (un gato negro y rechoncho) y vi que levantaba las piernas para buscar un punto de apoyo y luego volvía a relajarse. Iba a decirme que sí, pero dijo que no. «No», dijo con firmeza. «Oh, ¿por qué no?» «Porque conocí a un hombre que se bebió un vaso de leche en la comida… y se *murió*.» Yo estaba seguro de que aquello era una tontería; y una tontería perezosa, además, porque lo que le sucedía era que estaba sucumbiendo ante uno de sus raros ataques de vagancia. Sea como fuere, evité tomar leche con la

comida hasta la edad adulta, por si acaso me moría. Una vez adulto, la disyuntiva entre tomarme o no un vaso de leche en la comida dejó de planteárseme.

98 Ahora iba y venía de Brighton a Londres (en un tren obsoleto llamado «la Belle de Brighton»). Al parecer ya había contraído el mal hábito de no fechar las cartas. Y había empezado a escribir a máquina. A lo largo de los años he llegado a ser un mecanógrafo increíblemente bueno (los novelistas, y en particular los que escriben obras muy largas, deberían ser premiados no por *escribir* sino por escribir a máquina), y raras veces cometo más de tres fallos por línea. Pero en diciembre de 1967 era decididamente malo. En esta carta mantengo mis excentricidades. Y, en conjunto, el jovencito que yo era entonces ha dejado ya de repelerme. Ya no es Osric totalmente (aquel tipo coqueto y valetudinario). Pero ambos nos estamos volviendo más verborreicos.

99 En 1973, Lucy Partington cursaba su último año de Literatura Inglesa en la Universidad de Exeter.

100 La pobreza y el derrotismo de esta frase refuerza mi sospecha de que para entonces empezaba ya a conformarme con Durham. Bristol me parecía poco probable, y Oxford absolutamente inaccesible.

101 En el día quizá más largo del año -creo recordar- 1975, en una fiesta ofrecida por Claire Tomalin, se acercaba la medianoche Compárese con el término «amante» referido a un varón.

102 En mi novela *Tren nocturno*. Al personaje galés le di el nombre de Rhiannon, en deferencia para con la heroína de *Los viejos demonios*. cuando se pidió a Harold Pinter que leyera «S. Lucies Day», y él accedió, y lo hizo de manera espléndida. En el silencio que siguió al perfectamente modulado clímax, la secretaria de Claire, Sally, eructó y dijo: «Muy bueno, Cyril» (un latiguillo futbolístico, empleado aquí con ánimo trivializador). Me impresionó la tolerancia de la risa de Pinter. *Sally*, de hecho, tenía tendencias suicidas. Se mató al año siguiente. Luego hubo otro suicidio, el de la hija de Claire, Susannah, que se quitó la vida en 1980, a los veintidós años.

103 Sijs que se han unido al Kalsa, hermandad religiosa y militar. (*N. del T.*)

104 Poco más que un arañazo, y, para Inderjid, nada del otro mundo. Mi anfitrión en Nueva York, Richard Cornuelle (actualmente padrastro de mi mujer), fue hospitalizado brevemente en cierta ocasión a causa de una colisión del taxi en que viajaba. «Supongo que lo de que los taxis de Nueva York están todo el tiempo chocando por las calles no es más que un bulo, ¿no?», le comentó al agobiado médico que le atendía. Y el médico respondió: «¿Un bulo? Escuche: cuando hay huelga de taxis este lugar se queda *vacío.*»

105 Hay algunas palabras ridículas, y algunas fobias ridículas, en la

sección pertinente del *Thesaurus*. Kingsley no padecía triskaidofobia, o miedo al número trece. Ni autofobia: no le daba el menor miedo referirse a sí mismo.

106 Este efecto «Torre de Pisa» se llama «la inclinación del yonqui» y es tan característica como el «bamboleo del chulo de putas». Habría de esperar tres años hasta encontrar un texto que me lo explicara:

Los camellos son como carteles vivientes, auténticos anuncios andantes y parlantes de las sustancias químicas que corren por sus venas. Un camello que se dirige hacia su puesto dando tumbos y simplemente se queda en él -con los ojos vacíos, con una «inclinación del yonqui» de unos treinta grados, explicándoles a los que pasan que sus *Spider Bags* [Bolsas de arañas] son una bomba-, se está ganando el sustento.

El pasaje pertenece a *The Corner* [La esquina], de David Simon y Edward Burns (Broadway Books, 1997). Se trata de una obra pavorosa, al igual que la anterior de David Simon, *Homicide* [Homicidio] (1991), una suerte de epopeya de egregia inutilidad e hilaridad, narrada con impecable prosa.

107 De *The Nabokov-Wilson Letters 1940-1971* (1979), editadas por Simon Karlinsky. Este libro es un apasionante diálogo entre dos pesos pesados. La temprana generosidad de Bunny para con Volodya resulta impresionante y cautivadora, y Volodya se muestra a veces descaradamente satírico a costa de Bunny. Sobre los supuestamente lascivos personajes femeninos de *Memorias del Condado de Hecate* (obra por la que fue procesado con éxito por obscenidad en 1946), Nabokov escribió: «Habría preferido intentar abrir una lata de sardinas con el pene.» Volodya, sin embargo, tiene mayor talla que su amigo tanto humana como intelectualmente. Volodya tiene razón, y Bunny se equivoca, en casi todas las cuestiones importantes: prosodia, política (la URSS), el supuesto genio de André Malraux («Admito que carece de sentido del humor», escribe Wilson, como desechando una crítica meramente puntillosa).

108 En 1922 Joyce recibió una carta de su padre, John, pidiéndole una libra para poder pasar las Navidades. James, que estaba en Roma, consiguió la libra de Stanislaus, que estaba en Trieste, y se la envió a su padre, que estaba en Dublín. Se ha dicho que sólo existen dos tipos de varón irlandés: el hombre duro y el desesperado buscador de oportunidades. En la vida, Joyce era un desesperado buscador de oportunidades. Pero en su trabajo era un hombre duro. Cuenta un sueño y pierde un lector, decía Henry James. Y es bien sabido que el juego de palabras es la más baja modalidad del ingenio. Joyce se pasó diecisiete años haciendo juegos de palabras sobre los sueños. El resultado, *Finnegans Wake*, se lee como una clave de crucigrama de 600 páginas. Pero para escribirla había que ser un hombre duro.

109 Estoy de acuerdo con el texto que mi padre dedica a Shakespeare en *The King's English* [El inglés del rey] (1997): «Quien afirme o sugiera que el hombre así llamado no es nuestro más grande escritor de todos los tiempos, es, en el mejor de los casos, una persona mediocre.» Y estoy de acuerdo asimismo con Nabokov: «La textura poética verbal de Shakespeare es la más grande que ha conocido el mundo» (*Opiniones contundentes*, 1978).

110 Aunque derramo una lágrima al final de *A Married Man* [Un hombre casado], de Brenda Maddox, la cual cita a Sam Johnson: «Es tan difícil para un hombre enfermo no ser un bribón.» Los dientes de Lawrence, en cierta ocasión, fueron comparados con negras semillas de calabaza. Pero le duraron hasta el final de su corta estancia en este planeta: cuarenta y cuatro años.

111 John Updike llevó a cabo una clara tentativa de «apuntarse» al club de los dientes en el doblemente cuestionable capítulo de sus memorias -*A conciencia* (1989)- titulado «Sobre el hecho de no ser una "paloma"». En él Updike intenta -y no lo logra- vincular su oposición al movimiento pro paz en Vietnam -o, mejor, su oposición a la especie de acoso intimidatorio que padeció por parte del tipo de gente que integraba dicho movimiento- con su propio «esfuerzo bélico» en el sillón del dentista. Nabokov, Joyce y yo, sin embargo, hemos rechazado la candidatura de Updike a integrarse en nuestro club. Su dentadura es, con mucho, demasiado buena. Mírenle: sigue sonriendo como un loco a sus sesenta y nueve años. No se trata de alguien, ¿lo ven?, que pueda codearse en tal sentido con Joyce, que sí puede considerarse compadre dental de Nabokov. En sus críticas, por cierto, Updike escribe sobre Nabokov de modo perspicaz y receptivo, pero sin verdadero entusiasmo. Y sin embargo dedica a Joyce el inmenso cumplido de tratar de escribir como él durante muchos años (de intentar modernizar y *norteamericanizar* su *Ulises*). Véase *Parejas* (1968). No funcionó, pero a cambio le funcionaron otras muchas cosas. También le concedo que no ha de inclinarse ante nadie en su lucha (asimismo tratada en *A conciencia*) contra la soriasis. Su colega de sufrimiento, Nicholson Baker, en su excelente libro *U and I* [U y yo] (1990), otorga los máximos laureles al personaje de Updike que comienza el día pasando la aspiradora por las sábanas y mantas de su cama. ¿Sería realmente cruel sugerir a Updike que creara un club alternativo propio, en el que enrolaría primero a Nicholson Baker y luego -como estoy seguro de que le sería posible hacera numerosos precursores célebres?

112 Sabemos por las *Letters* que la dentadura de Evelyn Waugh tampoco le duró toda la vida. Pero era un hombre valiente, y jamás se sintió desclasado a ese respecto.

113 Un pie de nota para nabokovianos: recientemente (23-4-99), en

los actos del centenario de su nacimiento organizados por el PEN, que congregaron a más de mil personas en un teatro de la calle Cuarenta y tres, afirmé que Nabokov era para mí el novelista del siglo. En un acto que hubiera congregado a los bellowianos podría haber afirmado igualmente que Saul Bellow era mi novelista del siglo, y no habría mentido. Siempre he mantenido que estos dos escritores son - en mi opinión- las figuras gemelas más grandes. Nabokov, ridículamente, descalificó en una ocasión a Bellow tachándolo de «mísera mediocridad», una evaluación basada (estoy seguro) en el exiguo conocimiento de su obra; quizá también asociaba a Bellow con esas novelas de Grandes Ideas que Edmund Wilson a veces le hacía leer. Además, era obvio que Nabokov obtenía un gran placer sensual en el hecho de mostrarse desdeñoso (es el patricio que hay en él). En el acto mencionado del PEN, su biógrafo Brian Boyd me contó que en una ocasión Nabokov «calificó» una antología de relatos cortos de varios autores, y dio una matrícula de honor a Joyce (por «Los muertos»), y el más bajo de los suspensos a Lawrence y otros autores de fama universal. Por su parte Saul Bellow tiene sus dudas sobre Nabokov. Sé que siente una apasionada admiración por *Lolita* y *Pnin*, pero hay algo en Nabokov que le disgusta: cierto barrunto de aristocrático triunfalismo, detectable en las novelas rusas *Mary* (1926), *Glory* [Gloria] (1932) y *La dádiva* (1937), y en esa novela rusa escrita en inglés que es *Ada o el ardor* (1969). Comparto esa opinión, o, más bien, me solidarizo con ella. Los personajes parecen etéreos: no caminan, «dan largos pasos»; jamás mascan, siempre «mastican»; se sienten siempre «con derecho a». Pero yo argüiría también que ello nada tiene que ver con el esnobismo (del cual Nabokov fue siempre un incisivo e ingenioso enemigo). Al releer con detenimiento *Habla, memoria* he reparado en que Nabokov no suele emplear tal vena ampulosa («había irrumpido en mi habitación, asido con fuerza mi red [para cazar mariposas] y bajado a la carrera las escaleras de la veranda») sino cuando habla de su padre. Vladimir Dmitrievich Nabokov (1870-1922), en cuya casa solariega había cincuenta sirvientes, era un abogado, periodista y político enormemente competente («liberal de familia noble, hijo de un antiguo ministro zarista, Nabokov era un ser casi simbólico en su autosuficiente corrección y seco egotismo», según una gélida descripción debida a Trotski). Sirvió en el gobierno provisional de 1917, y tal vez habría seguido en la política (o así le pareció siempre a su hijo) para «conducir» a Rusia hacia algún tipo de administración centralizada. Exiliado en Berlín, fue asesinado por un «siniestro rufián» de filiación zarista, «a quien, durante la Segunda Guerra Mundial, Hitler nombró administrador de los asuntos de los emigrados rusos». De forma que el triunfalismo nabokoviano acaso pudiera interpretarse más como

nostalgia de las cualidades de solidez anímica, decidido vigor e innata confianza de su padre: aristocráticas (y anacrónicas) virtudes, pero virtudes al fin. Yo sugeriría con cierta cautela que ese ligero desequilibrio que percibimos en su obra se debe a un gran amor filial frustrado.

114 Las esposas anteriores de Humbert. Valeria, «la muñeca sin cerebro» de su época de París, y Charlotte, «la de los nobles pezones e inmensos muslos», en un tiempo señora Haze: la madre de Lolita. Ahora, por favor, volvamos y leamos el pasaje desde el principio.

115 Una vez, hacia 1990, le leí en voz alta y desafiante a mi padre este pasaje. Treinta años antes él había escrito una larga y hostil y, a mi juicio, deliberadamente filistea crítica de *Lolita* justo antes de que fuera publicada en el Reino Unido en 1959 (en nuestro país se publicó con bastante cautela; la cuestión fue discutida incluso en el consejo de ministros). El libro, anunciaba mi padre, era «absolutamente malo en ambos sentidos: malo como obra de arte, y malo moralmente (aunque ciertamente no obsceno o pornográfico)». Una vez cumplida la necesaria condición de identificar enteramente a Humbert con Nabokov, Kingsley se sintió libre para lanzarle al autor unos cuantos duros derechazos: «… las numerosas crueldades totalmente incidentales… traen a colación al autor mismo, y en realidad no me importa quién de los dos está siendo maravillosamente maduro y devastador cuando la madre de Lolita… es atropellada y muerta [aquí sigue una larga cita, y acaba:] “una mujer muerta, con la parte superior de la cabeza convertida en una papilla de hueso, sesos, cabello de color bronce y sangre”. He aquí al tipo: Humbert/Nabokov: aliterativo hasta el final». El golpe sesgado de Kingsley, aquí, es la cuchillada de un vándalo. Y lo de que «en realidad no me importa quién…» (cuando lo que hace es desechar los grilletes críticos para echar mano de otros que convienen a la común decencia) ha de tomarse literalmente como una baladronada de indiferencia ante la verdad literaria… Cuando le leí el citado párrafo en voz alta, él dijo: «Eso no es más que paja para despistar, hojarasca de diversión para que el lector crea que le importa. No es sino estilo.» Yo, por mi parte, argumenté que el estilo *es* moralidad: moralidad detallada, configurada, intensificada. No es en la mera disposición narrativa de lo bueno y lo malo donde la moralidad se hace notar. Puede hallarse en cada frase. Para Kingsley, sin embargo, la sostenida eufonía se convertía automáticamente en eufuismo: siempre. Su crítica de *Lolita* puede encontrarse en *What Became of Jane Austen*? [¿Qué fue de Jane Austen?] (1970).

116 Una salvedad: en astrología todo es falso al ciento por ciento salvo lo que dice de los Escorpio, que es verdadero al ciento por ciento.

117 Esperaba decir que ésta es la frase que menos me gusta de todo el repertorio de Osric, pero pensaba que había escrito «bastante bueno» y no «no está mal», y «no está mal» no está tan mal como «bastante bueno». Una ayuda universitaria (40 libras al año) le sitúa a uno entre el becario (60 libras al año) y el alumno de pago (nada en absoluto). Los profesores encargados de las admisiones utilizan esta especie de «premios» como un sistema interuniversitario de captación de los estudiantes que les gustan. Me hicieron becario completo el último año, y recibí la toga más larga que los diferencia. Y probablemente me complació mucho recibirla. En esta carta he vuelto a escribir a mano.

118 Cereales para el desayuno. (*N. del T.*)

119 He aquí a los tres gatos de la casa, todos ellos grandes y exóticas bellezas (aunque Catsaca estaba cambiando de pelo con la edad). Niger, o El Niger (pronunciado como el río) -un ser de ficción a quien Kingsley remedaba de cuando en cuando-, era un gángster negro de éxito incontrolable al que le esperaba una flota de «Cadillacs rosas *aparcados en doble fila*» a la puerta de su casa.

120 Fue un buen comienzo; y también nos brindó un buen final: «… He oído cómo varios de ustedes han descrito a Lucy como una chica sensata, y recuerdo que cuando yo tenía unos diez años le hablé a Lucy de lo sensata que era, y ella me contestó: "Bueno, el caso es que a mí me gusta ser lo opuesto a lo que suele ser la gente que me rodea."»

121 Unas semanas antes Nancy había sido atropellada por un coche. Tenía la pata delantera rota, y al llevarla arrastrando se le inflamó e infectó… Una vez, en Sudáfrica, en una visita a un coto privado de caza, mis hijos y yo estudiamos a un cocodrilo que había padecido la experiencia…, digamos, «Mike Szabatura» en las condiciones propias de la selva: había perdido toda la mandíbula superior (como un tercio de la cabeza) en alguna atroz pelea entre congéneres. Y yacía allí quieto, humeado, gorgoteando, hediendo, y, por encima de todo (siendo un saurio), esperando, esperando, esperando… (En este caso, a que le echaran un cubo de comida sobre la lengua desnuda.) No me dio la impresión de que el animal fuera realmente consciente de ninguna sustancial reducción de su calidad de vida, de que careciera de… *je ne sais quoi* [no sé qué]… Con Nancy, sin embargo, había sido diferente, por desdicha. Era una perra valiente, y se desplazaba a trompicones lo mejor que podía, pero sigo pensando que vi aflicción, consternación e incluso vergüenza en su frente y en sus ardientes ojos castaños. Mi intimidad con ella se había hecho aún mayor desde el accidente. La echamos en un colchón en el cuarto de la televisión, y cada atardecer tenía que persuadirla de que estaba bien, de que se hiciera pis donde estaba. Me llevó mucho tiempo convencerla; de

nuevo sus ojos, su gran ansiedad…

122 Un sábado de finales de los sesenta, Rob y yo deambulábamos míseramente de un extremo a otro de King's Road cuando nos topamos con un grupo de estos bailarines folklóricos que representaba su número en una plaza ajardinada. «Mi abuelo solía bailar esas danzas», le estaba diciendo a mi amigo, cuando una figura con el traje tradicional me metió un folleto en la mano. Lo abrí, y vi una fotografía del ahora difunto Papi B., ataviado en todo su esplendor, dirigiendo con deleite el «lado» de Abingdon.

123 Mis padres llamaban a los abuelos Bardwell Papi B. y Mami B., y a los abuelos Amis Papi A. y Mami A.

124 Por ejemplo, ¿quién es el ganador en la anécdota referida en esta carta (dirigida también a Philip Larkin)?:

La mejor de todas fue un día en que estaba yo echado en una bañera parcialmente llena y él, en el piso de abajo, acompañaba al piano -mientras golpeaba con el pie rítmicamente el suelo- unas canciones folklóricas que había puesto en el gramófono. Entre las dos fuentes musicales había una disonancia de aproximadamente un tercio de tono. Cuando acabó una insípida y monótonamente predecible canción y empezó otra, me percaté de que del grifo de agua caliente ahora salía agua fría, conque salí apresuradamente de la bañera y empecé a secarme.

Entiendo a mi padre, pero mi voto va para el pie que acompaña con golpecitos en el suelo la música de gramófono y piano. El retrato general que traza Kingsley tiene momentos más amables. En uno de ellos concede que el viejo no hace «daño» a nadie. Y no debemos olvidar la consideración y dulzura que muestra por su trasunto en la ficción, el profesor Welch de *Lucky Jim* («El pobre Papi B.», le escribe a Larkin, cuando la estaba terminando), en el pasaje de la ropa de cama maltrecha y chamuscada. En otra carta a Larkin (me gusta el tono de derrota que percibo en ella) leemos: «Ahora veo lo que puede hacer que los padres echen de casa a sus hijos con unos cuantos chelines a la edad de once años; mis hijos, cuando lo veían llegar [a Papi B.], siempre corrían hacia él con gritos de jubilosa bienvenida.»

125 Mi padrino (un padrino extraordinariamente generoso, en especial si lo comparamos con el de mi hermano, su tocayo Philip Larkin). Bruce Montgomery era un compositor menor que también escribió y firmó antologías de novelas policíacas con el seudónimo de Edmund Crispin.

126 No quiero que se me interprete mal en este punto. Mi padre poseía la inocencia necesaria para ser novelista, y la inocencia aún mayor que requiere ser poeta. Pero respondía con rotunda dureza a la experiencia, y ésta se agitaba con turbiedad en él, y en nosotros.

127 A propósito: Kingsley y yo estábamos de acuerdo en que los

cuarenta y tantos versos últimos de *El paraíso perdido* eran con mucho lo más grande jamás escrito en inglés en poesía no dramática.

128 Hace un par de años, después de haber sido husmeado a conciencia por un pastor alemán gris y negro (¡oh, Nancy! ¿Cómo pudo hacerme esto un gemelo tuyo?), se me sometió a un registro en busca de droga, y me hicieron desnudarme. Era el aeropuerto de Venecia. «Los perros nunca se equivocan», dijo un civil-señuelo de eventuales compradores de droga, pendiente y collar incluidos. Me conducían hacia un recinto situado en la trasera del vestíbulo. Lo primero que vi fue a un hombre flexionando e introduciendo los dedos de una mano en un guante de goma que sostenía en el aire con la otra, y pensé: «No, no me irás a hacer eso…, ¿o sí?» Quise decir: «Me registráis con razón, pero os equivocáis de sitio.» (En el futuro ya jamás me registrarían con razón; no después de aquello.) Isabel estaba presente. Empecé a quitarme la ropa. Cuando me quedé en calzoncillos -tipo bóxer-, me ordenaron que me los bajara. Lo hice, y al poco me dejaron marchar con talante desdeñoso. Era como si hubiera cometido un acto de exhibicionismo, pero al revés. Aún más: mi desnudez había probado mi inocencia. Se había establecido un tenue nexo.

129 Técnicamente fue también mi primer fiasco. Un fiasco estructural: tendríamos que haber tenido el doble de años. Pero no nos hicimos ningún reproche. Y no tuve que estar allí echado en la cama con una mano lánguida en la frente, hablando y hablando de los deberes y de las presiones que tenía que encarar un niño de ocho años de nuestro tiempo.

130 Frederick West también fue siempre bastante pueblerino; y luego, andando el tiempo, también muy de ciudad. No es extraño que las víctimas de sus primeras brutalidades de patán fueran los animales.

131 Larkin escribe: «*When the lights come on at four / At the end of another year*». (*N. del T.*)

132 Todos lo recordamos. Parafraseando la pertinente inversión de Christopher Hitchens: como todo hijo de vecino, recuerdo exactamente dónde estaba y con quién en el instante en que el presidente Kennedy estuvo a punto de matarme… Sólo que no fue sólo un instante, no fue sólo una semana. Empezó con la primera prueba nuclear rusa, el 29 de agosto de 1949, y duró cuarenta años.

133 En la novela *Submundo* (1997), de Don DeLillo -una meditación de 800 páginas sobre este interrogante-, los escolares llevan una placa de identificación en el cuello, a fin de que, tras el estallido de la guerra atómica, los encargados de las labores de rescate puedan identificar a los niños perdidos, desaparecidos, heridos, mutilados, inválidos, inconscientes o muertos. [Los niños] esperaban alguna

instrucción al respecto, cómo protegerse llegado el caso, algo similar a lo ensayado antes de la llegada de las placas. Cuando por fin tenían las placas, cuando por fin sus nombres se hallaban grabados en aquellos delgados trozos de metal, ya no se trataba de un adiestramiento ante un riesgo remoto sino algo que les concernía muy directamente, como la propia guerra atómica.

134 Frederick West, al igual que su esposa Rosemary West, era pedófilo. Violaba y torturaba a sus propias hijas, y asesinó a dos de ellas. «Tu primer hijo ha de ser de tu padre», aleccionaba a sus hijas, siguiendo un razonamiento acaso evocador de una especie de rectitud de hombre de las cavernas (uno puede imaginar tal idea acuñada en algún sentencioso pareado rústico-idiota, cuyo primer verso podría rezar como sigue: «A menos que tu primer hijo sea de tu padre / …»). «Te hice yo», solía responder West a las protestas de sus hijas. «Luego puedo tocarte.» En *Out of the Shadows* [Surgidos de las sombras], las descarnadamente dolientes memorias que escribió -con Virginia HillAnne Marie, la primogénita de West, ésta cuenta cómo su padre consiguió dejarla embarazada cuando tenía quince años. Fue un embarazo ectópico, y el feto hubo de serle extirpado quirúrgicamente. A Anne Marie se le dijo que la operación «tenía algo que ver con su regla». Años más tarde, después de sufrir complicaciones con dos de sus embarazos ulteriores y de serle practicada una histerectomía completa a los veintitrés años, vio su historial médico y se enfrentó con su padre: «Eso no se le hace a una niña. No era más que una niña. Yo te quería. Y abusaste de mi amor y de mí», le dijo, entre otras cosas. Antes de responder que no estaba dispuesto a escuchar aquellas «putas gilipolleces» y de irse de la casa todo indignado, West, absolutamente falto de argumentos, vino a farfullar que «si vas a sacar ahora todas esas historias…, no eres para nada hija mía». En 1994 Anne Marie dejó flores en la puerta del 25 de Cromwell Street, y una nota dirigida a su hermana asesinada: «Para mi hermana Heather: he buscado y rebuscado, he llorado y rezado pidiendo que volvamos a reunirnos algún día de sol. Te he echado de menos tanto. Siempre te amaré y recordaré. Con el más tierno amor, Gran Hermanita, Anna-Marie». Estaba terminando este libro cuando Marian Partington me contó que Anne Marie (su apellido ha cambiado), con quien seguía en contacto, felizmente había sobrevivido a un reciente intento de suicidio. Anne Marie tiene toda la solidaridad de Marian, y por supuesto también la mía.

135 *Kingsley Amis: A Biography* (1995). A su debido tiempo, ver el Apéndice.

136 Jane era de hecho unos años mayor que mi madre: tenía casi la edad de mi padre (cuarenta y uno, entonces). Philip y yo acabábamos de cumplir quince y catorce años, respectivamente.

137 Al rato de estar viendo la película, Kingsley empezó a levantarse de su asiento para tenderse en el suelo cada vez que Ava Gardner aparecía en la pantalla. Ava Gardner era la estrella del film, coprotagonizado por Charlton Heston; y *55 días en Pekín*, según mi Halliwell, tiene una duración de 154 minutos. Kingsley, por tanto, debió de pasarse una media hora echado en el suelo de la sala, a nuestros pies.

138 Alias, satíricamente, George G. Ale. [*Ale*: cerveza.]

139 En español en el original. (*N. del T.*)

140 Ésta fue otra película que ejerció un notable efecto en mi padre. Yo sentía una especial predilección por ella después de una conversación que había tenido con mi madre un año antes, en Cambridge:

-Mamá, ¿por qué papá te sigue a todas partes y te hace entrar con él en el cuarto de baño?

-Porque anoche vimos una película de mucho miedo.

-¿De qué trataba?

-… Bueno…, de un hombre que pensaba que era su madre.

Su respuesta me satisfizo. Me dije: Sí, eso podría explicarlo.

141 Innecesario decir que *sí* le estaba sucediendo a Philip, y a conciencia, con otra persona. Con una Mujer Madura. Cuando me lo contó, no me podía creer la suerte que tenía. Yo sólo tenía un año menos que él, pero los años duraban mucho en aquellos tiempos, y no eran los meros días, las meras tardes, las meras evanescencias que han llegado a ser a partir de entonces.

142 Sally nació el 17 de enero de 1954, en el 24 de The Grove. Muy poco después se me permitió entrar en el cuarto donde había venido al mundo, y tengo un recuerdo absolutamente radiante -y absolutamente falso- de mi hermana con una hora de vida, ya con rasgos angelicalmente formados y mechones rubios y ondulados cayéndole sobre los hombros. De hecho, no era sino otro bebé más de los Amis: un renacuajo berreante. Larkin celebró su llegada al mundo con «Born yesterday» [Nacida ayer»], poema que Sally, a lo largo de su vida, ha ido reescribiendo muchas veces, de forma que, en un momento dado, su verso inaugural («Capullo de apretados pliegues…») se había convertido en el expresivo «Abultada vaina…» [juego de palabras basado en la similitud fonética], y así sucesivamente…

143 La peor fue la siguiente: una vez, desde mi cama, le lancé unas pequeñas tijeras (a ella o hacia ella, no estoy seguro) mientras dormía. La punta le dio en la frente, y sin embargo siguió durmiendo. Sólo cuando le estaba secando las gotas de sangre que acababan de brotarle se agitó y despertó: «¿Qué estás haciendo?», me preguntó. «Te estoy secando la frente», le respondí. Y ella, inolvidablemente, dijo:

«Gracias», y, con un suspiro, volvió a sumirse en su legítimo sueño.

144 «L'invitation au Voyage» [La invitación al viaje], de *A Look Round the Estate* [Una ojeada a la hacienda] (1967).

145 El profesor D. R. Shackleton Bailey, alias Shack (aunque el nombre completo resulta más descriptivo). El profesor D. R. Shackleton sigue siendo una autoridad mundial en Cicerón. Era, asimismo -siempre lo he pensado- la total antítesis de mi padre: un tipo tacaño y lacónico, bajo y fornido, de difícil sonrisa. Yo solía decirme a mí mismo: mamá ya ha tenido suficiente «encanto» con mi padre. Sin embargo, Shack poseía una cabeza interesante. Durante veinte años, antes de hacerse cargo de una cátedra en Michigan, había sido profesor de tibetano en la Universidad de Cambridge. Y una vez estuve presente cuando experimentó -como solía decirse entonces- con LSD. A mí me pareció a punto de perder la chaveta durante horas a causa del mal viaje, pero más tarde declaró solemnemente que la experiencia le había complacido.

146 Ali, Alastair Boyd, conocido también como lord Kilmarnock: el segundo gran amor de mi madre. Me entero por la biografía de mi padre escrita por Eric Jacobs que el título de Alastair es del tipo de los que despertaban en mí sueños sexuales cuando tenía quince años. Nada de dinero ni de propiedades, pero se remontaba a siete siglos atrás. Otro lord Kilmarnock más reciente había sido ejecutado por traidor en Tower Hill, al haber tomado parte en la rebelión jacobita de 1745. «Pero por tal mancha en el blasón familiar», escribe el biógrafo de mi padre, «Alastair Boyd era hoy el decimocuarto conde de Kilmarnock.»

147 John Gross fue uno de mis dos editores más importantes de los primeros tiempos (el otro es Terence Kilmartin, del *Observer*). Me inspiró una norma que aún sigo tanto en la narrativa como en el periodismo y las críticas de libros. Nunca empieces párrafos consecutivos con la misma palabra -a menos (añado de mi cosecha) que empieces con la misma palabra como mínimo tres párrafos y el lector pueda darse cuenta de que lo haces a propósito-. John tiene razón. Da la fea sensación de falta de atención, *chirría* tanto a los oídos como a la vista. Tengo que añadir de inmediato que tal norma ha sido infringida por muchos de los más grandes escritores. Conrad y, por supuesto, Lawrence no la seguían. Forster parecía sólo intermitentemente consciente de ella. Nabokov la acataba en general, y cada día más: no hay «repeticiones de comienzo» -como las llaman los correctores de las revistas de Nueva York- en *Habla, memoria* o en *Pnin*. Y cuando en las páginas 107-109 de *Pálido fuego* nos encontramos ante tres «él» seguidos de tres «el» [«*three* Hes *followed by three* Thes»] sabemos que algo (una modulación a gran escala) está urdiendo. Joyce no la observó en *Dublineses* ni en *Retrato*, pero se sitúa

a sí mismo más allá de la posible negligencia en las obsesivas páginas de *Ulises* y *Finnegans Wake*. El incansablemente puntilloso Henry James flaqueaba a veces, aunque sus párrafos son lo bastante copiosos como para no herir ni el ojo ni el oído (a veces uno tiene demasiadas páginas en la recámara cuando se detiene para volver atrás a revisar). El primer Bellow no cumplía esta norma. El Bellow posterior sí. Y lo mismo sucede con Kingsley Amis.

148 También es física. Luego he leído que la náusea es en sí misma extenuante; que la lucha del cuerpo contra ella resulta agotadora. duros -explica- que se ve obligado a reclutar mujeres embarazadas en las calles.

149 En el letrero se lee «Dunker Castle». *Dunker* significa «miembro de la Iglesia de los Hermanos», o duncardo (de *dunk*: «sumergirse»; derivado de su ceremonia de bautismo); y asimismo «condón», que es la acepción que ha concitado el escandalizado asombro general en el vagón donde viaja Martin. (*N. del T.*)

150 Durante la pegajosa operación de moldeado, en la consulta de Mike Szabatura, hube de permanecer sentado durante unos minutos con la boca revestida de una especie de chicle insípido. Mientras que Joyce y Nabokov, según cuentan ellos mismos en sus «confidencias de dientes», tuvieron que pasarse media hora -entre retorcimientos y arcadas- con la boca llena de una especie de puré de huevos podridos (el sabor preferido para tales mejunjes en su tiempo).

151 Tesoro doméstico y absoluta nulidad para la cocina. Hasta las tazas de café instantáneo que a veces nos traía amablemente resultaban no sólo *imbebibles* sino incluso -estábamos de acuerdo toda la familia- irreconocibles.

152 No se trataba de un devaneo. Fue el exaltadamente melancólico primer amor de Kingsley. Véase «Letter to Elizabeth» [Carta a Elizabeth], que abre sus *Collected Poems* [Poemario completo].

153 No querría aventurar relación alguna entre ambos hechos. Pero la muerte del padre (y acaso la muerte de *ese* padre, en concreto) le hace a uno más osado, entre otras cosas.

154 Un par de días después le dije: «Te dejé ganar *esa* discusión. La que tuvimos en el coche.» Y él lo admitió; aunque de forma sólo táctica, había sido una discusión en la que quizá merecía la pena salir perdiendo.

155 Lo cual me sitúa en una edad demasiado temprana para ser capaz de atribuir a mi padre prejuicios reaccionarios. Osric, en aquel tiempo, tendía a repetir como un papagayo lo que decía Kingsley, e infeliz aunque lealmente seguía la pauta de sus ideas respecto a la guerra del Vietnam. Eso no duró, y yo ya no era un halcón cuando llegó el día en que Kingsley abogó por la implicación de tropas británicas en el conflicto (hombres no incapacitados por el hachís, si

es que podía encontrarse alguno). Discutimos sobre la guerra del Vietnam durante los treinta años siguientes.

156 «Las bodas de Pentecostés.» *Las bodas de Pentecostés* fue publicada el año anterior (1964).

157 Kingsley Amis, entre otros, ha sugerido que el insigne poeta de la guerra Wilfred Owen escribió con peculiar angustia y ternura sobre los hombres que batallan a causa (al menos en parte) de su (si bien inerte) homosexualidad, y lo mismo podía decirse de Housman. Es una hipótesis perfectamente verosímil. (A manera de experimento mental traté de visualizar los primeros minutos de *Salvar al soldado Ryan* con unos intérpretes femeninos, y comprobé que no podía llegar muy lejos.) Owen también insistió en ver al adversario no como una nación o una ideología, sino como una agrupación de individuos sujetos a una enorme tensión. De «Mental Cases» [Casos mentales]: «Saliendo en persecución de quienes les habíamos golpeado, hermano, / alcanzándonos con sus garras por haberles dado la guerra y la locura.» O de «Strange meeting» [Extraña reunión], con las más bellas medias rimas de Owen: «Soy el enemigo al que has dado muerte, amigo mío… / Te conocí en esta oscuridad: fruncías el ceño / ayer, al mirarme mientras me apuñalabas y me quitabas la vida. / Esquivé el primer golpe; pero mis manos estaban remisas y frías. / Ahora durmamos…» Kingsley siempre se estremeció ante este verso: «… mis manos estaban remisas y frías».

158 Frederick West, asesino de niños, sembrador de pesadillas. Discutible aunque conscientemente, aludo sólo a él y no a los dos miembros del matrimonio West. Rosemary merece estar en la cárcel para el resto de sus días, pero sostener que fue condenada justamente por asesinato no resiste una lectura del libro de Brian Masters *She Must Have Known* [Ella tuvo que saber] (1996).

159 De Henry King (repárese en las comillas cojas de “An exequy» en mi manuscrito). No debe confundirse con el igualmente gran poema de Peter Porter del mismo título, «An exequy». Por otra parte, me horroriza ver lo extremadamente poco generoso que fui en mi retrato de alguien a quien llegué a apreciar mucho, alguien que, además, ahora se cuenta entre la docena de mis poetas vivos preferidos: Christopher Reid. Lo siento en el alma, Chris, pero *eras* un personaje bastante singular en aquel tiempo; aunque también yo (como apuesto a que tú te dabas perfecta cuenta de ello) era un tipejo horrible.

160 El criado de Oxford. En Cambridge, hasta hace muy poco, los llamaban «*gyps*» [siervos de la universidad].

161 Creo que es la única frase de los textos de Osric que encontró acomodo en una de sus novelas: *El libro de Rachel.*

162 «Mazapán.» (*N. del T.*)

163 La cavalier spaniel roja de Jane, a quien casi siempre llamábamos Rosie. Plush [«Felpa»] era el «apellido» de sus papeles del *pedigree* oficial. Así que Rosie era una perra elegante. En 1968 haría muy poco que habría dejado de ser cachorra. Se volvió muy de derechas en la edad mediana, y hay un retrato harto vívido de ella («el Barril Peludo») en la novela de Kingsley *Girl 20* [*Todos queremos ser jóvenes*] (1971), donde la perra pertenece al compositor de izquierdas y disidente político sir Roy Vandervane.

164 La queja actual, con la que me he topado ya un montón de veces, podría formularse más o menos como sigue: ¿No podríamos, por favor, declarar una moratoria de novelas sobre la ciencia? No, no va a haber, por supuesto, ninguna moratoria de novelas «sobre» la ciencia. La novela ha enfilado hoy día esa dirección a fin de llenar un vacío creado, quizá, por el fracaso de la disciplina hermana, la filosofía de la ciencia, y por la indiferencia o desdén con que los científicos la tratan. A los científicos les tiene sin cuidado, además, lo que dice la novela. Pero los novelistas, por su parte, se van implicando más y más en el campo de la ciencia, a medida que el poder incontrolado y bruscamente creciente de la tecnología va anexionándose cada vez más espacio humano.

165 En el titular paranoico de *El lamento de Portnoy* (1969), vemos que era a un AYUDANTE DEL DELEGADO DE UNA COMISIÓN y no a un ESCRITOR a quien habían ENCONTRADO SIN CABEZA EN EL APARTAMENTO DE UNA GO-GO. Los héroes de Bellow a veces son escritores, pero escriben discursiva, no imaginativamente. Son pensadores, profesores, *lectores*. El hecho de que Charlie Citrine sea una especie de dramaturgo no modifica sustancialmente lo que digo.

166 Mi novela de 1981, *Otra gente*, fue escrita en tercera persona desde el punto de vista de una mujer (al igual que una parte considerable de *Campos de Londres)*. *Tren nocturno* (1997) la escribí asimismo desde el punto de vista de una mujer, pero en primera persona. Desde la palabra primera («Soy») sentí que algo se cerraba por encima de mi cabeza. Y supe que me hallaba mucho más «dentro» de la trama.

167 Se me antoja no demasiado exquisitamente apropiado el haber elegido el día de su publicación para casarme. Mi primer hijo, Louis, fue «publicado» cuatro meses más tarde.

168 Hubo un callado revuelo en torno a esto en su tiempo, con ruidosas, o susurradas, denuncias de «censura». Yo, como es lógico, apoyé a Kingsley, pero sin ningún entusiasmo ideológico. No me gustaba su nueva actitud en relación con las mujeres. Y debería añadir aquí que pienso que en ambas novelas -sobre todo en *Jake's Thing*- hay algunas páginas realmente memorables.

169 Le preocupaba particularmente -y, a mi juicio, de forma

absurda- «lo que pudieran decir» en su club. Me resultaba increíble. Se suponía que era algo esencial en la personalidad de Kingsley Amis: que le importaba un bledo lo que la gente pensara de él. «A ver si lo he entendido bien», dije, haciendo acopio de mis argumentos. «Renuncias a un año de trabajo por ese puñado de vejestorios del Garrick, que probablemente piensan que también eres norteño (*Lucky Jim*) y galés (*That Uncertain Feeling*), y *puede que* hasta sospechen -errónea y casi analfabetamente, y en contra de la evidencia de todos tus demás libros-, que eres marica…» «*Sí, ESO ES*», respondió él. De la novela abandonada sólo sobreviviría el título (*Dificultades con las chicas*), que utilizó en una obra posterior (la continuación de *Una chica como tú*). Tuve oportunidad de leer el texto de la novela abandonada a medias. No carece de interés y perspicacia, pero se aprecia como un estancamiento. Tal vez la fantasía a lo cómic de Bateman fue la tapadera empleada por Kingsley para encubrir su desasosiego artístico. En cualquier caso, mi padre volvería a tratar el tema de la homosexualidad.

170 *Russian Hide-and-Seek* [Al escondite ruso] fracasa, en parte, porque es una novela que nos asusta con «el coco»: una fantasía que es también una «advertencia». Esta particular demagogia se remontaba a mucho tiempo atrás. Nótese cómo la afabilidad del poema que se dedicó a sí mismo cuando cumplió cincuenta años, «Oda a mí», se halla un tanto desquiciada por el «coco» ruso («Está yendo bastante peor todo / dentro de la esfera soviética… / Lo cual indica que los muy bastardos están ya aquí…», etcétera).

171 «Aprehender este misterio -el mundo- era el reto oculto. Venías de ninguna parte -del no ser o del olvido primigenio- a una realidad cabalmente desarrollada y articulada. Jamás habías visto la vida antes. En el intervalo de luz entre la oscuridad en que esperabas el nacimiento y la oscuridad de la muerte que habrá de recibirte, uno ha de hacer todo lo que pueda con la realidad que se ha encontrado, una realidad en avanzado estado de desarrollo. Yo había esperado el milenio para ver esto» (*Ravelstein*, de próxima publicación). (Hoy, 10 de junio de 1999, Bellow cumple ochenta y cuatro años. Le llamaré por teléfono.) Comparémoslo con el Larkin de «The Old Fools» [Los viejos necios]: «Es sólo olvido, cierto: / lo tuvimos antes, y tendría que acabar, / e incesantemente se fundía con el único afán / de hacer que floreciera la flor de un millón de pétalos / de estar aquí.» Pero el poema continúa, en contra de -o, mejor, con el permiso de- la visión bellowiana: «La próxima vez no podrás fingir / que habrá algo más.»

172 La siguiente nota es sólo para joycianos y dentistas: «Curiosamente», escribe el señor Martínez, «cuando Joyce se refiere a algún personaje no precisamente agradable, vuelve a acudir a la mención de sus dientes, pero como si pertenecieran a determinados

animales (animales poseedores de los tres mecanismos masticadores del omnívoro humano, cuales son: el roedor, el herbívoro y el carnívoro…). En tres sucesivas ocasiones, leemos: "Mostrando sus dientes de rata masculló…", "… sonriendo con sus herbívoros dientes de conejo…" y "cínicamente dejando al descubierto sus amarillos dientes de comadreja…".» Las páginas aludidas (en edición de la New American Library) son las 249, 433 y 476.

173 Por ejemplo (habría lamentado mucho perderme tal anécdota): «Cuando nos sirvieron la ronda, [el novelista Andrew] Sinclair [que ya le debía una] se echó la mano al bolsillo interior de la chaqueta con gesto de gran seguridad. Como en un sueño vi cómo aquella seguridad se esfumaba al instante para ser reemplazada por perplejidad, incredulidad, consternación. E instantes después lo vi ejecutando la viva parodia de un paracaidista de caída libre que frenéticamente tratara de localizar el cordón de apertura que tenía que tener a la altura del pecho. Al cabo sus movimientos se ralentizaron, cesaron, y la vergüenza se apoderó de su persona: "Debo de haberme dejado la cartera en la otra chaqueta", dijo.»

174 «No puedo alardear de ser más honrado y responsable y ahorrativo e industrioso que la mayoría de la gente, pero estoy completamente seguro de que me distinguiría mucho menos en tales campos si hubiera sido educado fuera de la sombra de la capilla (*Memoirs*). Acabo de recordar el incidente siguiente: cuando tenía unos dieciséis años me di cuenta de que en un puesto de prensa me habían cobrado escandalosamente de menos por un paquete de cigarrillos. Al oírme jactarme de ello, mi padre me hizo volver al quiosco y se quedó observándome hasta que hube devuelto el dinero. Entonces le seguí la corriente en lo que consideré una moralidad ridícula. Hoy me maravilla no su moralidad sino su energía. [Baja Iglesia: sector de la Iglesia Anglicana que concede menos importancia a los aspectos formales de la liturgia.]»

175 En cierto pasaje Kingsley describe cómo, en una fiesta en Cambridge, en 1963, sumió en el silencio a toda una sala. Se empezó a pedir a los presentes que enumeraran las cosas que menos les habían decepcionado en la vida. La gente habló de los hijos, del trabajo, de los viajes. Cuando le llegó el turno a él, se limitó a decir: «El amor.»

176 Catharine sale a la calle: «Estaba tan bella con su vestido blanco y su cinta de pelo blanca que Churchill tuvo un instante de sincera perplejidad ante la reacción de los viandantes al pasar junto a ella: el granjero que estaba montando en su ranchera no logró acertar con lo que estaba haciendo y vino a caer dando tumbos ante los pies de Catharine; el hombre que estaba reparando el tejado de pizarra de la barbería se las vio y las deseó para mantener el equilibrio allá en lo alto. Churchill rodeó con sus brazos a Catharine y la besó» (*La liga*

anti-muerte).

177 *Limb* significa «miembro». Juego de palabras entre *Limb-O* («cero miembros»: «sin miembros») y *limbo* («limbo»). (*N. del T.*)

178 Ciertas faltas de ortografía, de puntuación… (*N. del T.*)

179 En *La liga anti-muerte*, el capellán, mayor Ayscue, resulta no ser un hombre de Dios normal y corriente, sino una suerte de atormentado maniqueo que afirma, por ejemplo, que «creer con cierta intensidad en el Dios cristiano, en cualquier tipo de deidad benevolente, es un baldón para la dignidad e inteligencia humanas». En cualquier caso, su hambre espiritual es algo evidente. Hacia el final de la novela Ayscue formula una plegaria, o un ruego de indulgencia, por su amiga enferma (Catharine). «Siempre que había rezado había sido como hablar en una habitación vacía, en un teléfono sin nadie al otro extremo de la línea.» Esta vez, sin embargo, siente que hay alguien en la línea, «que no dice nada, que está muy lejos, pero que sin embargo escucha. Lo cual casi le asusta». En la última página la muy amada alsaciana de Ayscue se zafa de la correa a las puertas de la iglesia y, «sobremanera interesada por algo que ve en la acera de enfrente», cruza la calle sin advertir que se le viene encima un camión. La perra se llama Nancy. Y es *nuestra* antigua perra Nancy, luminosamente recobrada.

180 Evgueni Yevtushenko, *Memoirs*.

181 Poeta miembro de la Casa Real inglesa (dignidad otorgada por los soberanos de Inglaterra). (*N. del T.*)

182 Quien -a un tiempo acertada y erróneamente-, en su último gran poema «Aubade» [Poema a la alborada] («Los carteros, como los médicos, van de casa en casa»), escribió: «El valor no es bueno: / sólo significa no asustar a los demás. Ser valiente / no libra a nadie de la tumba. / La muerte no es diferente porque se gima o se mantenga el tipo ante ella.»

183 Daniel es, cómo no, el gran actor, el gran actor *poético* (véase, sobre todo, *El último mohicano*). A menudo pienso -aunque no tan a menudo como estoy seguro de que lo hace Daniel- en el deleite que Cecil habría sentido al ver el ascendiente que habría de ejercer sobre su hijo. A los quince años (yo tenía veintidós), Daniel me recordaba a mi primo David. Pero la feroz belleza de Dan se hallaba en aquellos días oscurecida por el acné. Le gustaban mucho los dulces y los bollos pringosos, y recuerdo que Tamasin, indulgente, se los compraba.

184 Yo mismo sentía ya así. Estaba haciéndome mayor y empezaba a ser menos estúpido. Osric, como mis experiencias con Kit y con Cecil, eran ya cosas del pasado. En 1974 dejé mi empleo en el *Times Literary Supplement* y entré a trabajar en la «segunda mitad» del *New Statesman*, órgano de la izquierda cuyo director más célebre, por cierto, fue Kingsley Martin. Dos de mis contemporáneos en la revista,

Christopher Hitchens y James Fenton, eran trotskistas militantes. Se pasaban los sábados por la mañana vendiendo el *Socialist Worker* en Kilburn High Street. Yo me posicioné en el centro izquierda libertario. Así que mi padre y yo entramos en nuestro período Kingsley Martin, o Kingsley-Martin, e indefectiblemente disentimos en todo.

185 Mi novia de entonces: Rosalind Hewer.

186 Aquí una mención de honor a la idea original, llevada a cabo sin demasiada convicción. Esta vez concursé firmando M. L. Amis. ¿Quién empezó lo de la doble inicial del nombre de pila? ¿D. H. Lawrence? ¿L. H. Myers (contemporáneo exacto de Lawrence, y prácticamente el único otro novelista del siglo XX que obtiene el beneplácito de F. R. Leavis)? Hace a más austero: ésa es la idea. Revela menos de uno mismo. M. L. Amis: mi primera crítica de libros -la segunda ya no- apareció con esta firma.

187 Los exámenes preliminares, que tienen lugar al final del segundo trimestre.

188 Biographic era -y quizá aún es- una pequeña compañía cinematográfica de Greek Street, en el Soho. Por qué tenía que sentirme deprimido por los avatares laborales de Rob no está nada claro. Gore Vidal no se equivocaba cuando decía que no basta con triunfar: los demás tienen que fracasar (especialmente los amigos). Suena como un vicio de la sofisticación, pero creo que hay algo primitivo en ello. Tiene que ver con el miedo al abandono. Un par de años después, la carrera de Rob como ayudante de dirección se me antojó, durante un tiempo, aterradoramente meteórica. Y pensé que ello acabaría proyectándole fuera de mi órbita. Luego vino la caída: demasiado rápida, demasiado honda (las cosas se le empezaron a ir de las manos en *El semental*, una película de sexo y lujo protagonizada por Joan Collins). Anoche (12-5-1999) cené con él y experimenté una punzada de desasosiego atávico cuando me contó que sus experimentos con nuevos encuadres cinematográficos le iban razonablemente bien… Pagué la cuenta. Le di dinero para el taxi. No había salido de su órbita. Pero podía haberlo hecho.

189 Libras, chelines y peniques. Previsible y míseramente, Osric ha dado al criado de su sección una propina de veintiún chelines, o una guinea.

190 Estas citas están tomadas del libro de Stephen y Mae West *Inside 25 Cromwell Street* [En el interior del 25 de Cromwell Street]. Stephen continúa: «Estaba decidido a no meterse en líos y llamaba a todo el mundo "señor". Incluso a los demás presos. Un día que le estaba visitando pasó un tipo que estaba allí por haber matado a toda su familia, y papá le dijo: "Hola, señor."» Cuando, refiriéndose al suicidio de su padre, Mae dice: «Creo que Dios nos ha separado y ahora está tratando de matarnos. Si es una pesadilla, por favor, Dios, hazme

despertar inmediatamente», me viene a la cabeza el poema anteriormente citado -de Dios y el bebé sin miembros- de mi padre.

191 Mentía tan incansablemente como robaba. Stephen dice: «Robaba cualquier cosa que caía en sus manos. Era una increíble máquina de robar.» Mae: «Como mínimo el noventa y nueve por ciento de las cosas de la casa eran robadas, incluido el linóleo del suelo.» Es impresionante -asombrosa- la fuerza de la vida que se percibe en estas dos voces, y en la voz de Anne Marie, la mayor en años, en martirio, en aislamiento. Es cierto, se tenían unos a otros: uno presume que tuvieron que crear algún tipo de mundo alternativo en el interior de Cromwell Street. Los otros hermanos son, o eran: Charmaine (asesinada junto con su madre Rena, la primera mujer de West), Heather (asesinada) y el resto de «los pequeños»: Niña A, Niña B, Niño C, Niña D y Niña E, cuatro de los cuales eran mestizos, e hijos de «clientes» de Rose. Todos ellos fueron puestos bajo la tutela del Estado en agosto de 1992, después de que sus padres fueran acusados de maltrato y negligencia y dieciocho meses antes de que empezaran las exhumaciones… Las mentiras de Frederick West eran caóticas y dadas a una quimérica serendipidad. Contaba, por ejemplo, que poseía una cadena de hoteles, y que había realizado una gira mundial con la estrella del pop Lulu.

192 John West se suicidó mientras un jurado deliberaba sobre el veredicto que habría de emitir en relación con las imputaciones formuladas contra él de numerosos delitos sexuales cometidos en Cromwell Street. Anne Marie declaró que, a lo largo de los años, había sido forzada a someterse sexualmente a él más de trescientas veces. Rosemary se acostaba también con John -y con su propio padre, Bill Letts, que siempre había sido un psicópata doméstico-. Y, por supuesto, Anne Mary era regularmente violada por su padre, Frederick West. Todo empezó cuando la niña tenía ocho años (Rosemary participó en la tortura iniciadora), y continuó hasta su embarazo ectópico a los quince.

193 Lucy se apellidaba Partington, y *parting* significa «separación», «despedida». (*N. del T.*)

194 Resulta grato que el amable Michael comparta apellido con el villano recurrente de los libros de George Macdonald Fraser protagonizados por Flashman: el conde Ignatieff, uno de los más recalcitrantemente perversos personajes de la narrativa popular de todos los tiempos. (Volveremos a Flashman más adelante, de forma inesperada y en mortificantes circunstancias.)

195 Debería añadir aquí que antes le había enviado un ejemplar de *Dinero*, lo mismo que a Larkin, y que su respuesta me había entusiasmado. Pero seguía siendo vulnerable a aquella mirada de ojos castaños. El programa de televisión que hicimos juntos se llamó «Saul

Bellow y el *inferno* idiota». Se me ocurrió que Saul era Saul y el idiota era yo. O, mejor, que él poseía una especie de vista panorámica de la confusión moderna y que yo me hallaba inmerso en ella y miraba hacia el exterior.

196 El apodo de «Matón» se hallaba perfectamente afianzado en la mente colectiva, aunque yo nunca llegué a entender por qué. En un discurso de sobremesa pronunciado por Simon Peres se refirió a él como «Matón» sin ninguna clase de explicación previa. Peres era entonces líder de la oposición laborista. Como el propio Bellow observó en *Jerusalén, ida y vuelta* (1976), Peres tenía una apariencia tan inverosímilmente juvenil que a uno se le ocurría que subsistía exclusivamente a base de vísceras.

197 En aquel momento pensé que se sentía simplemente cohibido (y, por supuesto, aburrido). Pero su dolor no era sólo personal. «Las universidades», había subrayado en un trabajo de 1975 («Un asunto del alma», recogido en *Suma y sigue*), «han fracasado estrepitosamente.» Despojan a la literatura de toda su emoción y agitación, y producen licenciados en Literatura «que pueden -o creen que pueden- explicar lo que simboliza el arpón del capitán Ahab o cuáles son los símbolos cristianos en *Luz de agosto*». Melville y Faulkner se habrían angustiado enormemente ante tales observaciones; lo mismo que Bellow aquella mañana en Haifa.

198 Cuando apareció esta obra de Kingsley, en 1997, todo el mundo dio por sentado que el título era un guiño a *The King's English* [El inglés del rey] (1906), de los hermanos Henry y Frank Fowler. Y lo era. Pero «King» -al igual que «Kingers» era un diminutivoera una abreviatura de Kingsley (raras veces utilizada en su presencia, aunque él la conociera y la aprobara vagamente). Rob, por ejemplo, siempre se refería a mi padre como «*the King*» («el Rey»), y me preguntaba «¿Cómo está el Rey?» o comentaba «Anoche vi al Rey en la tele», etc. Así que el título es correcto: es un libro sobre *su* inglés -el inglés de King(sley)- y sobre el inglés de todos nosotros.

199 El crítico social Richard Cornuelle, segundo marido de Elizabeth Fonseca.

200 Bruno Fonseca contrajo el virus del sida en un burdel de Barcelona, donde hacía de guía de un tío suyo de Uruguay que estaba de visita.

201 Me acuerdo de que también estaba releyendo *Corazones solitarios en el cosmos* (HarperPerennial, 1992), de Dennis Overbye. Pese a su título mediocre, es a mi juicio la mejor obra de divulgación de la cosmología moderna: trata del tipo de inteligencia humana implicada en ella, y de las preguntas que el universo plantea a esa inteligencia. Las páginas de Overbye ofrecían otra perspectiva a la vida cotidiana del Condado Plaza (con sus ascensores parlantes -

«Sube»-, su feroz aire acondicionado, su gran derroche de entropía negativa).

202 «*¿Y las funciones del corrector? ¿Ha tenido alguno alguna vez consejos literarios que ofrecer*?

»Cuando dicen *editor* supongo que se refieren a “corrector de galeradas”. Entre éstos he conocido a límpidas criaturas de tacto y delicadeza ilimitados, que discutían conmigo un punto y coma como si de una cuestión de honor se tratara (lo cual, por otra parte, es a menudo una cuestión de arte). Pero también me he topado con unos cuantos brutos paternalistas y pomposos que trataban de “hacerme sugerencias” que yo atajaba al punto con un estentóreo “¡Anule esa corrección!”» (Vladimir Nabokov, *Opiniones contundentes*, 1974).

«Brutos paternalistas y pomposos» es una expresión exquisita: entraña una verdad satírica, y ensarta a toda una generación de editores anglófonos (hoy desaparecidos, aunque aún exista la posibilidad de que de tanto en tanto reaparezca alguno).

203 Tormentoso porque mi caso seguía siendo ampliamente debatido en el Cuarto Poder. Lo grave, el meollo del asunto, era que había pedido un gran adelanto por *La información* (a fin de poder dilapidar gran parte de él en cosmética dental, amén de en los otros gastos habituales).

204 He podido ver *Ravelstein* en tres versiones sucesivas. Algunas de las citas de este capítulo han sido tomadas del borrador final. En su prólogo a las concisas ficciones que forman *Something to Remem ber Me By* [Algo por lo que recordarme] (1991), Bellow escribe: «Nuestra reacción es de aprobación cuando Chéjov nos dice: “Es extraño, ahora tengo la manía de la brevedad. Lea lo que lea -mis cosas o las de otros-, nada se me antoja lo bastante breve.” Estoy rotundamente de acuerdo con esto.» Luego, en 1997, apareció la magnífica y minimalista novela corta *La verdadera*. Así que su vuelta, con *Ravelstein*, a una exuberancia anterior, más libre, más habitada por la voz ha sido para mí una gran sorpresa. Me veo obligado a decirme una y otra vez que su autor no ha nacido en 1950, sino en 1915.

205 Hasta una cerveza con limonada era demasiado para el coqueto hipocondríaco de Osric. Un testimonio más de la extrema ligereza de su cabeza.

206 Seudónimo de un humorista de derechas del *Daily Telegraph*.

207 El modismo empleado es «*The writing was on the wall*: «Estaba cantado» Literalmente, «Estaba escrito en la pared», y de tal literalidad se derivan las frases siguientes). (*N. del T.*)

208 *Wicked*: «malvado», «travieso», y, en argot, «sensacional», «fabuloso». (*N. del T.*)

209 En mi opinión es, junto con Iris Murdoch, la escritora más

interesante de su generación. «Instintivista», pero elegante (como Muriel Spark), posee un ojo excéntrico y poético, y una cordura penetrante… Ahora recuerdo un incidente de los últimos días en la casa de Hadley Common: Kingsley, pesaroso aunque bastante adusto, corregía un relato corto de Jane (que formaría parte de *Mr. Wrong*, 1975, uno de sus mejores libros). Corregía el original mecanografiado, en busca de posibles faltas gramaticales, e iba haciendo anotaciones al margen en cada página. Cuando por fin me llegó el turno de leerlo, imaginé que mi padre quizá estaba siendo en exceso puntilloso, o se dejaba llevar por su estado de ánimo, o por una suerte de impulso paralelo (ambos estaban ya acumulando quejas y agravios en contra del otro). Pero no. Todas las correcciones eran serias y fundadas, y no pedantes. Sólo una me preocupó un tanto. La frase, que describía una calle suburbana, decía poco más o menos: «Las ventanas tenían todas las cortinas echadas, como casas dormidas.» Y Kingsley había tachado *like* [como] y escrito *as of*. Pensé: Tienes razón, pero has matado el efecto poético, y dejado cojo el ritmo. Jane, autodidacta (se empeñaba en seguir mi educación quizá porque la suya había sido harto trillada, y enclaustrada en su propia casa), aceptó las correcciones con docilidad, y -según creo recordar- las incorporó todas al texto impreso. El semblante de Kingsley parecía decir: ¿Qué otra cosa podía hacer? No desaprobé lo que hizo, pero lo sentí por ella. Y por él. No era un solo maridaje el que dependía de este matrimonio, sino dos.

210 En cierta ocasión he tachado al libro de Jacobs de «misteriosamente repetitivo». La cita de su obra es de la página 313. En la página 314 leemos: «Una de las causas de cambio puede ser el mero agotamiento, como en el caso de una forma artística que va perdiendo nervio gradualmente.» En la página 315 nos encontramos con: «El agotamiento, como el que experimenta un género literario que va perdiendo nervio poco a poco, jugó su parte en ello.» El corrector de pruebas también fue, al parecer, misteriosamente repetitivo. Ver Apéndice.

211 Kingsley quizá tenía tal desencanto en mente cuando escribió la página 31 de *Jake's Thing* (1978). En esta sentencia, Jake se queda levantado hasta muy tarde para ver -en «Cita con el terror»- *The Brass Golem*: «Pese a todo lo que podía hacer el clarinete bajo, al fondo -y en rigor hacía mucho en cuanto a cantidad-, el terror no llegó a hacer aparición en el marco prefijado.» Kingsley quizá había quedado como un trapo al ver *Psicosis*, pero lo cierto es que le gustaba el terror, en especial el de las cintas antiguas (*La máscara de Fu Manchú* es de 1932). Me encanta el tono de excitación juvenil y cobardica de que hace gala en su ensayo «Dracula, Frankenstein, Sons & Co.»: «Aparte de las aventuras del hombre increíblemente consumido, recuerdo particularmente *La mosca* (1958) y sus sucesoras. En *La mosca* se nos

sumerge en el más apresurado de los galimatías con el propósito de dar paso a las desagradables actividades de una mosca con cabeza de hombre y de un hombre con cabeza de mosca, sobre todo las de él» (de *What Became of Jane Austen?*).

212 Porque es eso lo que las novelas son (entre otras cosas): no un almanaque del despertar de la vida sino mensajes de la historia subconsciente. Vienen del cuarto trasero -no de la sala principal- de la mente (lo llegaría a ver muy claro con los años).

213 Algo que ocurría raras veces. Habría que añadir que Kingsley podía ser un castigador de sus hijos decididamente patético. Durante una fiesta, una noche de aquella época, Philip y yo no parábamos de bajar a la sala para escondernos detrás de los muebles. La cosa se nos fue de las manos. Kingsley, finalmente, nos pegó con un cepillo de pelo, pero con tan poca fuerza que mi hermano y yo, cuando él hubo vuelto abajo, nos estuvimos riendo como una hora. Estábamos un poco histéricos, de todas formas, y enmascaramos las risitas haciendo que parecieran gemidos de desconsuelo. (También esta falacia se nos antojó enseguida más divertida por momentos.) Entretanto, abajo, las lágrimas de nuestro padre no eran fingidas. Luego a mí me daría mucha pena haberle engañado.

214 Bloom consideraba que las armas nucleares eran un torpe pero efectivo medio de disuasión de la guerra convencional. Yo dije que era indefendible jugarse el futuro en un acuerdo que a duras penas (y de momento, y poco más) había logrado contener el presente. Etcétera. Ahora sé que Bloom poseía una inmensa capacidad intelectual; pero hubo momentos en que me pareció estar discutiendo con mi padre, quien a menudo, en este asunto, era muy capaz de -en palabras de Kipling- «pensar con la sangre» (en lugar de «pensar *en* la sangre», como uno ha de hacer cuando no ha perdido el buen juicio). Con el desmoronamiento de la Unión Soviética y la erosión de la disuasión, el planeta «se ha convertido en un lugar seguro donde hacer la guerra» (en frase de Don DeLillo). En la pasada era de constante amenaza de Segura Destrucción Mutua jamás se habría permitido, por ejemplo, que las matanzas y las limpiezas étnicas -ensuciamientos étnicos- de los Balcanes llegaran a desestabilizar el planeta. Pero el juicio moral contra la Segura Destrucción Masiva se mantiene hoy sin fisuras. Y, por ende, su condena. Pero estábamos en 1987 (tiempo de la Iniciativa de Defensa Estratégica, de los escudos del espacio), y había muchas voces que seguían defendiéndola.

215 Yo era consciente, por supuesto, de que la situación de Bellow había cambiado desde que nos conocimos en Chicago en 1983. Ya no vivía con su cuarta mujer, Alexandra... Pero yo no podía pretender saber cómo afectaba eso al corazón, porque a mí no me había pasado todavía. Había observado a mi padre, y lo había leído. También había

leído a Bellow, y a muchos otros. Y ésa sigue siendo la mayor deficiencia de la literatura: que su imitación de la vida no te prepara para los acontecimientos más importantes. Para éstos sólo la experiencia ofrecerá respuestas. «Si el amor nos causa tanta aflicción…, ¿por qué no somos sensatos y nos damos de baja de él más temprano?» Mi padre había seguido ese consejo. En 1987 tenía sesenta y cinco años. Bellow, setenta y dos, y en absoluto se había «dado de baja» en tal sentido.

216 John Updike ha escrito sobre los jóvenes que van a verle, con sus cuestionarios y sus manos temblorosas. Mis manos temblarían ante Updike en el verano de aquel mismo año. Yo cargaba con la bandeja (yo té con leche, él… manzanilla) en la cafetería del Massachusetts General Hospital, y él advirtió mi temblor y dijo con voz suave: «¿Por qué no la llevo *yo*?» Aprendí de la experiencia. Cuando los jóvenes vienen a verme, con sus cuestionarios y sus manos temblorosas (sólo los verdaderos admiradores tiemblan), les pongo las bebidas en la mesa, ante ellos, y aparto la mirada durante sus primeros sorbos o salpicaduras.

217 Siendo yo mismo un escritor que redacta tres borradores de sus novelas, me sorprendió mucho saber que Saul había *dictado* ciertas páginas de *El legado de Humboldt*. (Sé asimismo que puede ser un corrector obsesivo de sus textos.) La mayoría de los escritores tienen en común con Nabokov (como mínimo) lo siguiente: «Pienso como un genio; escribo como un autor notable; y hablo como un niño» (*Opiniones contundentes*).

218 La merecida popularidad de este insólito bestseller casi desbarata su tesis, porque la morbosidad del alma norteamericana -a la que no se había prestado atención hasta entonces- resultó ser algo que interesaba a millones de ciudadanos de Norteamérica. El libro de Bloom es apasionante, divertido e hirientemente erudito. Pero también (y no quiero utilizar aquí la cursiva) es coherentemente obtuso en lo relativo a las armas nucleares. Estas armas irritan a Bloom, pero sólo en la medida en que le proporcionan un pretexto para la autocompasión adolescente. Es extraño, pero no llegó a reflexionar *bien* - filosóficamente- sobre la cuestión, y sobre el modo en que ésta afecta a algunas de las proposiciones que él mismo da por descontado. «La preocupación por la seguridad de la propia familia», escribe (resumiendo a Hobbes y a Locke), «es una poderosa razón para la lealtad al Estado, que la protege.» Pero un mundo nuclearizado, en el que el Estado pone a la familia de uno en primera línea, echa enteramente por tierra tal verdad aparente.

219 El suicidio es el más sombrío de los desenlaces humanos; es la historia más triste. *Tren nocturno* trata de un suicidio al parecer inexplicable, pero el de Amschel Rothschild nos deja aún más sin

habla, porque es real y porque es cercano. Acabaron saliendo a la luz algunos precipitantes probables: la muerte de su madre, el exceso de trabajo. Pero acaso la más desconcertante revelación -a primera vista un mero detalle- se halla en la declaración de la camarera que aquella tarde entregó unas toallas en su cuarto. Describió sus modos para con ella como impacientes y bruscos. Y la idea de un Amschel altanero resulta tan irreconocible, tan *imposible*… El suicidio generalmente sobreviene cuando el calendario del dolor súbitamente se queda vacío de aire, y de toda perspectiva de él. Pero la literatura nos cuenta que también puede ser desencadenado por un impulso ingobernable, por una suerte de espasmo psíquico. Me echo hacia atrás -como usted, lectorante el suicidio de Amschel, pero no puedo sino pensar que fue un acto involuntario. Forma parte de la trinidad fundamental de suicidios que me afectan. Los otros dos son los de Susannah Tomalin (hija de Claire y de Nicolas) y Lamorna Seale, la madre de mi hija Delilah. El otro suicidio recientemente mencionado -el de Frederick West-, fueran cuales fueren sus otras consecuencias, fue un acto enteramente inteligible y no causó ni un pestañeo en el cosmos moral.

220 Monica me reprendió por subestimar la pericia de Abdul Qadir, de Pakistán (sumamente diestro imprimiendo efectos zurdos). Fue un vistazo al *Wisden Cricketers’s Almanack* de mi hijo menor (que encontré, enternecedoramente, en su mesilla de noche) lo que me permitió saber la fecha de esta cita.

221 Cecil Day Lewis fue Poeta Laureado de 1968 a 1972 (sucedió a la figura antigua de John Masefield, que había ocupado el puesto durante los últimos treinta y siete años). John Betjeman fue Poeta Laureado de 1972 a 1984. Larkin, su obvio sucesor, hizo saber que rechazaría el puesto. Escribí una necrológica de Larkin, y casi una década después escribiría un texto de mucha mayor extensión (para protegerlo de su biógrafo Andrew Motion, que la pasada semana - mayo de 1999- fue nombrado Poeta Laureado).

222 «Real and Made-up People», reeditado en *The Amis Collection* (1990). El escritor autobiográfico, afirma, es propio de este siglo: «… Un día D. H. Lawrence se puso a escribir sobre sí mismo, sobre la gente que había conocido y las cosas que le habían pasado realmente, y hoy sus herederos conscientes o inconscientes campan por sus respetos entre nosotros. Avivan los fantasmas de unos filisteos ha mucho muertos que pensaban que el poeta era un mentiroso y la historia la única verdad, y a Katherine Mansfield la califican de “la más autobiográfica de las escritoras” en un encomio sin adornos…» Lawrence tuvo que hacer frente a periódicas presiones legales no sólo por obscenidad sino también por libelo. Si escribiera hoy, tendría que moderar asimismo sentimientos tales como los siguientes (de *El amante de lady Chatterley*, cuando Connie cuestiona el valor de su

lealtad a Clifford): «¿Qué era lo que me brindaba, después de todo? Un frío espíritu de vanidad, sin contactos humanos cálidos, y tan corrupto como cualquier judío de baja cuna, que se muere por prostituirse a la diosaperra, el Éxito.» Le cité este pasaje a Saul Bellow, que apaciblemente convino conmigo en que había que anotarlo en el Debe contable. Yo sigo siendo menos tolerante. El antisemitismo del cómicamente despreciable «ciudadano» de *Ulises* es harto más sutil que la citada frase. La injuria de Lawrence es un doble lugar común: un cliché de la cabeza y un cliché del corazón.

223 Le dije: «¿Por qué ese título?». Y él dijo: «Es un guiño a la ruleta rusa.» Dije: «La gente no va a caer en eso. Yo no caí, por ejemplo.» Y él dijo: «Bueno, no olvides que tú eres increíblemente corto.» Ambientada en el siglo XXI, la novela describe una Inglaterra casi medievalizada por cincuenta años de dominio ruso. En una cena con motivo de su publicación, Kingsley le regaló un ejemplar a Margaret Thatcher. «¿De qué trata?», preguntó ella. Y él le contó la trama. «Cómprese otra bola de cristal», le respondió la Dama de Hierro.

224 En español en el original. (*N. del T.*)

225 Falta el signo de interrogación. Al parecer estas cartas las dirigía ahora exclusivamente a Jane: de ahí el énfasis doméstico-amatorio que percibimos en ésta.

226 Aquí un par de tachaduras e inserciones. Al menos es un cambio ver a Osric un tanto quebrantado, y no por tener que levantarse de la cama todos los días sino por la emoción. Gully, o Alexandra Wells, es la destinataria de la dedicatoria de *El libro de Rachel*, aunque no la heroína, de quien nos ocuparemos más adelante. Me habían presentado a Gully mucho tiempo atrás, hacia 1965 («¡Pero si decías que le odiabas, decías que tenía un *jukebox*!»: son palabras de Anna Haycraft, amiga y confidente de Gully, y conocida por su seudónimo de novelista: Alice Thomas Ellis). Empezamos a salir juntos cuando vino a St Hilda's en 1969 a estudiar Historia, y nuestra relación duró -de forma intermitente- lo que más o menos suele durar un matrimonio: ¿diez años?

227 «Virtualmente»: muletilla típica de vagos y charlatanes.

228 El nexo biológico de mi tutor con el poeta del mismo nombre -de interés para un Osric que se iba haciendo poco a poco más literario-, era real pero nepótico. Su esposa de entonces, Ann, me enviaría tres años después el siguiente comentario sobre mi primera novela: «He leído tu muy *[palabra ilegible]* libro.» Me llevó como una semana descifrar la misteriosa palabra de tres letras, y era *het* [caliente].

229 Luego me ha puntualizado que «bisexual» sería más exacto.

230 Con una laguna fascinante. Describía las «visiones» que había tenido durante su inconsciencia profunda («estaba en la bóveda

acorazada de un banco, en París…») como experiencias reales y no en el tono vacilante de alguien que intenta ensamblar las piezas de un sueño. Era categórico al respecto. Tales visiones reciben una atención completa en el primer borrador de *Ravelstein*, pero la mayoría de ellas son suprimidas en el último. Bellow debió de juzgar que no estaban a la altura estructural del conjunto, o que tendían a *deuniversalizar* su sentido.

231 Puede detectarse vagamente en cómo pronuncia las *ow*, que a veces suenan a *oh*. Los lingüistas llaman a este fenómeno la «elevación canadiense» (la lengua se alza al pronunciar la vocal). Una vez estaba yo viendo un partido de tenis retransmitido desde Montreal, y los jueces de línea gritaban una y otra vez: «*Oat! [Out*! (¡Fuera!)]». Kingsley, que estaba en la sala, dijo: «¿Los canadienses dicen "los *Moan ties" [Mounties* (policías montados)]?» Cuando volví a ver a mi (entonces) cuñado canadiense Chaim Tannenbaum, le pregunté: «¿Los canadienses decís "los *Moanties*"?» Chaim, inusitadamente a la defensiva, respondió: «Los canadienses *no* decimos "los *Moanties"*.»

232 En el que Kingsley, sin el menor sentido del humor, lanza continuos puntazos a un miembro indisciplinado del Partido Comunista. En Oxford, en 1940-41, Kingsley era el camarada Amis (e Iris la camarada Murdoch).

233 «Hoy me he leído *todo* Alan Bold», me dijo. «¿Y cuántos [poemas] has elegido?», le pregunté. «Ninguno», me contestó. El libro aparecería dos años después, en 1973. Entonces yo ya trabajaba en el *TLS*, y recuerdo a Peter Porter -exaltado y brioso por la inquietud (no le gustaba lo más mínimo tener que hacer malas críticas)- entrando en la redacción con su reseña de primera plana. La antología suscitó un amplio debate; incluso una fuerte controversia. Todo el mundo parecía hablar de ella. Así estaban las cosas en 1973.

234 De la parte III (fechada el 21 de diciembre de 1971) del gran poema «Livings». La parte II es quizá la más extraordinaria, con su final modernista de ritmo cercano al del habla (el narrador es un farero): «Iluminados transatlánticos de superpuestas cubiertas / avanzan a tientas, cual mundos locos, hacia el oeste.»

235 El feudo de Osric estaba llegando a su fin. Veintiún años, y en el último año universitario. Vivía en una de las habitaciones de estudiantes de un anexo a la facultad, en Iffley Road. Mi cena, normalmente, constituía la base de la dieta diaria que, casi dos décadas después, le asignaría yo a Keith Talent en *Campos de Londres*: Chicken Korma [pollo] envasado al vacío, seguido de un Bramley Apple Pie [pastel de manzana]. Trabajaba tan duro ante la proximidad de los exámenes finales -quince horas diarias, como mínimo- que me habría causado un gran embarazo no haber sacado un sobresaliente. Además, a altas horas de la noche, influenciado por a) un vaso de

whisky, y b) por mi padre, empezaba a intentar mis primeros párrafos de narrativa (escenas, descripciones), y sentía el azaroso y a un tiempo vigorizante barrunto del largo y difícil camino que me esperaba. Pese a ello, me sentía a menudo tan triste como la terminación de un verso de Larkin, prematuramente envejecido por el inglés antiguo, categóricamente sin novia (de nuevo), con la cara pálida y el aire de no haber desayunado cuando doblaba la esquina, bajo la lluvia, con el chelín y nueve peniques, o lo que fuera, para comprar un *Escort* o un *Parade*.

236 Sector de la Iglesia Anglicana que concede más importancia a los aspectos formales, y, por ende, más cercano a la liturgia y ritos católicos. (*N. del T.*)

237 Los caldeos gobernaron Babilonia de 625 a 538 a. de C. Eran afamados astrónomos. Babilonia, por supuesto, era célebre no sólo por sus Jardines Colgantes sino también por sus fortificaciones inexpugnables y su profuso lujo.

238 Y también el apasionado radical de Balliol [Balliol College (Oxford)] Christopher Hitchens, comensal frecuente en la mesa del decano.

239 En aquel tiempo me movía de la locura más insensata al exceso de seriedad. Seis o siete años después, en una de las reuniones periódicas que normalmente congregaban a Clive James, Russell Davies, Julian Barnes, Terence Kilmartin, Mark Boxer, James Fenton, Christopher Hitchens y (durante un rato) mi padre, puse sobre la mesa la pregunta siguiente: «¿De lado de quién os pondríais si hubiera que elegir entre Leavis y Bloomsbury [el grupo de Bloomsbury]?» Todo el mundo, salvo yo, respondió que del de Bloomsbury. El amado y llorado Mark Boxer («humorista gráfico y dandy»: su descripción preferida de sí mismo) lanzó un tranquilo relincho de incredulidad. Nunca fui un leavisiano, y escribí varios ataques contra sus postulados y seguidores. Pero creo que hoy seguiría emitiendo el mismo voto. ¿Hay algo más penoso que la descalificación que hace Woolf de *Ulises* basándose en la *clase* de Joyce? No. Que me den a F. R. y a Q. D., que me den a Frank y a Queenie [Frank Raymond y su mujer Q. D., también importante crítica literaria], pese a toda su falta de humor y su histeria, pese a la lobreguez soviética.

240 Bruce Montgomery, *mi* padrino, era de una generosidad legendaria. Compositor menor que había gozado de cierto éxito temprano con su música para películas (*Médico en la familia*, un *Carry On* o dos), Bruce nos daba propinas de plata, no de latón. Una vez hizo que nos frotáramos los ojos: la tarde de una inolvidable Noche de Guy Fawkes [la noche del 5 de noviembre, conmemoración de la Conspiración de la Pólvora] nos dio *diez chelines* para fuegos artificiales. Se decía que Bruce siempre llevaba en la mano un billete

de libra preparado para cualquier contingencia. Cuando necesitaba algo, tendía a necesitarlo con vehemencia y de inmediato. Su destino fue un tanto azaroso, como a menudo suele serlo el de ciertos talentos exuberantes y precoces. Mi último e indirecto recuerdo de él fue el suspiro elegíaco de Kingsley cuando un día le llamaron por teléfono: Bruce estaba teniendo uno de sus episodios de «botella de whisky y libreta de teléfonos».

241 Literalmente, «barato». (*N. del T.*)

242 Literalmente, «cercano» (*N. del T.*)

243 El poema «Dinero» era uno de mis preferidos. Y cuando, en 1984, publiqué una novela con el mismo título, le envié un ejemplar a Larkin. A diferencia de mi padre, consiguió acabarla. Pero en su respuesta me hizo saber con inocua claridad que le disgustaban las libertades posmodernas que me tomaba con el lector, y que la prosa le parecía demasiado densa y trabajada. Hubo partes que le divirtieron. No he conservado las cartas de Larkin (ni las de mi padre, para callado disgusto de Zachary Leader), pero recuerdo la frase siguiente: «El gran grito lo solté en la página 275, línea 3.» Y la cosa me hizo verdadera gracia, porque Larkin se refiere a un momento en que una tentación sexual excesiva (y cara) tropieza con el barrunto de una decepción excesiva (y deflacionaria). No podía enorgullecerme mucho de haber concitado el gran grito de Larkin. La broma era de Ian McEwan, y la había intercalado en una anécdota salaz que contaba de un burdel de Extremo Oriente. En la edición en rústica del Reino Unido el pasaje figura en la página 292, línea 33; en la de los Estados Unidos, en la página 271, línea 3.

244 «Los niños son bastante horribles, ¿no? Pequeños brutos egoístas, crueles y ruidosos.» De niño -nos ha contado- pensaba que odiaba a todo el mundo, «pero cuando crecí caí en la cuenta de que sólo me disgustaban los niños». Considero que esto no era sino literaturizarse a sí mismo. Tanto intelectual como emocionalmente inválida, la postura anti-niños sólo es buena en broma. Kingsley la adoptaba de cuando en cuando, como veremos más adelante. Pero jamás aspiró al genuino veneno artístico destilado por Larkin al afirmar: «… los niños, con sus ojos poco profundos y violentos».

245 La estrofa final de «This Be the Verse» («El hombre transmite al hombre el sufrimiento, / que va haciéndose más y más hondo, al igual que las orillas van hundiéndose en el mar. / Záfate de ello lo antes posible, / y no tengas ningún hijo.») debe ser tenida en cuenta junto con la estrofa final de su -a mi juicio- poema «The Trees» (son, técnicamente, casi idénticos): «Pero se oye la incesante trilla / de las crecidas mieses, mayo tras mayo. / El año pasado está muerto, parece decir, / empezad otra vez, otra vez, otra vez…»

246 En «Self's the Man» aborda la opción del compromiso con

brillante brutalidad: «Se casó con una mujer para evitar que lo abandonara. / Ahora la tiene pegada todo el día, / y el dinero que gana por desperdiciar su vida en el trabajo / ella se lo apropia como algo suyo / para pagar las cosas de los niños y el secador / y la estufa eléctrica…» Me parece admirable el tedio perfecto sugerido por la última rima [*…the drier / …the electric fire*]. Y también la clara injusticia que entraña: como si el epónimo Self no se beneficiara él mismo del secador y la estufa… El matrimonio, adivina el poeta, lo volverá loco con certeza; por eso vuelve la vista hacia la alternativa -sin oposición posible- de la soledad de uno mismo, en la que la locura no es más que una posibilidad probable.

247 Sin duda esto merece una atención más detenida que la que voy a prestarle en esta larga nota. Mientras Nabokov pensaba que la mayor división entre humanos es la que separa a los que duermen bien (a quienes ve como unos memos satisfechos) y los siempre agitados insomnes (como él), Graham McClintock, personaje secundario de *Una chica como tú* (1960), piensa que la división más importante entre los humanos es la existente entre «el atractivo y la falta de atractivo». «No puedes hacerte ni una idea», le explica el no atractivo Graham McClintock a la atractiva Jenny Bunn, «de la diferencia entre las vidas de los que son como tú y los que son como yo… Los hombres no atractivos no quieren chicas no atractivas, ¿sabes? Quieren chicas atractivas. Lo que pasa es que sólo *consiguen* chicas no atractivas.» La bella señorita Bunn no se queda con Graham. Se queda con Patrick Standish (decididamente atractivo, e imparcialmente descrito por otro personaje masculino como «bello»). Veamos ahora el poema no publicado de Larkin «Letter to a Friend about Girls» [Carta a un amigo acerca de las chicas] (1959): «Tras comparar nuestras vidas durante años, / veo cómo he perdido siempre: una vez tras otra / he encontrado chicas muy diferentes de las tuyas. / Concédeme eso, y todo lo demás empezará a tener sentido.» El «amigo» del título pertenece a un mundo «en el que desear / es de inmediato ser deseado», en el que «la belleza, en argot, es lo mismo que un "sí"». En contraste con las chicas con las que se topa el poeta: «Tienen su mundo, no gran cosa comparado con el tuyo, / pero en el que trabajan, y envejecen, y ahuyentan a los hombres / por su falta de atractivo, o por su excesiva timidez, / o por su moral estricta… Aunque jamás se dan por vencidas…» Pero el poema no parece llegar a la conclusión obvia: que el «Yo» tampoco nos atrae gran cosa. Los científicos de «la atracción» nos dicen que lo que buscamos, en el otro, son los rasgos de la primera infancia: las curvas de ojos y frente y boca. Lo cual significa, cuando menos, que todos hemos sido bellos. Y que todos seremos feos al final. Al escribirle a Larkin el 14 de enero de 1980, Kingsley se incluye lacónicamente en

este común final: «Me estoy haciendo feo», dice, «porque me estoy haciendo viejo.»

248 Mi hermana.

249 Mi madre tenía sus propias pautas, o grados, en relación con el atractivo. Los miembros de ambos sexos eran clasificados en tres categorías: birrias, posibles, irresistibles. Una vez le pregunté en cuál de ellas estaría Larkin, y me sorprendió muchísimo su respuesta: «Oh, sin ninguna duda en "posible".» Y que de hecho le gustaba queda claramente explicitado en una carta anterior de Kingsley a Larkin. Mi madre conocía sus cualidades.

250 *Fuck off, «*Vete a tomar por culo*». (N. del T.)*

251 Para convertir una pequeña borrasca en una gran tormenta la prensa hubo de conseguir la reprobación de al menos uno de mis pares. Dos hubiera estado mejor, pero con uno bastaba. Así que se pusieron a utilizar la centralita hasta dar con un escritor que estuviera de un humor de perros. Y dieron con A. S. Byatt, justamente famosa por sus novelas y sus relatos cortos, y por no ser capaz de mantenerse apartada del teléfono. Si bien concedía que yo podía necesitar dinero (el divorcio, los gastos de mi «arreglo de los dientes»), afirmaba que no veía por qué tenía que «subsidiar» mi codicia. Más tarde, en una nota en la que pedía disculpas, explicó que aquel día, cuando la llamó el periodista, tenía un horrible dolor de muelas.

252 Lo más que puede suceder al hacer lo que hago, supongo, es que uno o dos periodistas saquen el asunto de nuestra amistad del ridículo «historial» dedicado a mi persona y lo incluyan en el ridículo «historial» dedicado a Julian.

253 Como vemos, «papá» ha acabado por excluirse, y el recordarlo me duele tanto más cuanto que hoy sé la gran cantidad de cartas que escribió a todos los demás en aquella época. La única otra vez que mantuvimos una correspondencia mínimamente regular fue durante el año fiscal de 1979-80, cando viví en el extranjero. Coincidió con su climaterio, y siento no haber estado a su lado. Pero Philip sí estuvo. Philip también vino a verme a París, donde, en siete meses, escribí la novela que más irritó a Kingsley: *Otra gente*. segunda. este pasaje desde hacía quince años.

254 No toda la publicidad es buena. Como un publicista de Nueva York puntualiza: «Pongamos que el tipo es un gilipollas: ¿voy yo a correr a comprar su novela?»

255 Los otros dos eran James Fenton y Bruce Page, del *Sunday Times*. Hitch y yo intentamos por todos los medios que el puesto fuera para nuestro amigo (absolutamente en vano, porque James no llegaba a los treinta años). El gran V. S. Pritchett, que estaba en el comité, votó por Ascherson. Y ése debería haber sido el resultado lógico de la votación. Pero, dada la división en el seno del comité, el puesto fue

para Bruce Page, con lo que la decadencia del *New Statesman* se vio a partir de entonces drásticamente acelerada. La prensa dio cumplida noticia de todo ello en su día.

256 Fue aquel hecho luctuoso, creo, el que marcó el inicio de nuestra amistad. Yo conocía a Christopher sólo superficialmente cuando leí -en un tabloide dominical- que su madre había muerto. Le escribí y me escribió, y comenzó nuestra amistad. (Había sido un suicidio: otro suicidio.)

257 Véase «On Not Knowing the Half of It: Homage to Telegraphist Jacobs» [Acerca de no saber de la misa la media: homenaje al telegrafista Jacobs], de *Prepared for the worst* [Preparado para lo peor], 1988. La madre de Christopher había ocultado su condición de judía a su marido y a sus hijos, y (quizá con gran sensatez) al Oxford donde creció durante las primeras décadas de este siglo. Fue una admirable -y crucial- decisión por parte de Dodo el revelarles la verdad a sus nietos.

258 Junto con *Lucky Jim*, por supuesto, y (espero) también, muy especialmente, con *El hombre verde, The Alteration* [La modificación], *Todos queremos ser jóvenes, Ending Up*, los relatos «Dear illusion» [Cara ilusión], «All the Blood Within Me» [Toda la sangre de mis venas] y «A Twitch on the Thread [Un tirón del hilo]», los poemas de *Collected Poems, The King's English* y quizá las *Letters*… *Los viejos demonios* ganó el Premio Booker (¿o debería decir el «prestigioso» Premio Booker dado que tal adjetivo ha venido siendo indefectiblemente asociado a dicho premio, sobre todo en Norteamérica, donde apostaría a que mucha gente piensa que es así como se llama: «Prestigioso Premio Booker»? -que, por otra parte, es lo que debería ser). He aquí el artículo que dedica Fowler al vocablo «prestigioso» en el COD: «*prestigious*: adj.: que posee o muestra prestigio; de ahí, *prestigiously*, adv.; *prestigiousness*, n. Originalmente: *deceptive* [engañoso], del latín *praestigiosus (praestigiae*: trucos del malabarista)». Pero el premio lo administra un comité *ad hoc* y no un comité permanente. Así que es notoria su falta de *prestigio*, en todas sus acepciones salvo la etimológica (la clásica del francés *prestige*: «ilusión», «encantamiento»).

259 La situación, como veremos, cambiaría después de 1995 (y, de nuevo, después de 1999). Y yo acabaría comunicándole a Saul el cambio de la mía en 1997, en la mesa de un restaurante de Boston.

260 Oponerse a Hitch, tanto física como intelectualmente, es un empeño vano. Cuando en 1978 abandonó el *New Statesman* (pronto nos iríamos también los demás) para trabajar en el rotativo burgués *Daily Express*, tuve un *mano a mano* con él en medio del serrín y el humo de tabaco y los curtidos parroquianos de un pub irlandés sito en un sótano de una calle que da a Piccadilly Circus. Me hallaba en la

situación insólita de atacar a Christopher desde la izquierda: lo acusaba de defección, de traición, de aceptar el dinero de los ricos. En un momento dado, bajo la triste mirada de James Fenton (en el altercado mismo podían percibirse ciertos visos de desdicha y casi de lágrimas), nuestras voluntades -la mía y la de Hitch- se concentraron por entero en el vaso que cada uno de nosotros apretaba entre las manos. Eran copas de vino, con sendos whiskies. Los fuimos apretando más y más, hasta que empezaron a quebrarse… Yo desistí. Di mi brazo a torcer. Porque de repente supe que él no desistiría jamás. Y cuando fuimos a Urgencias juntos (James pagó al taxista y nos acompañó, profundamente entristecido), Hitch no lo lamentaba en absoluto, no sentía el más mínimo pesar por su palma rajada por el cristal, por el dedo que le faltaba, caído y perdido entre el serrín del pub. Más tarde, aquel mismo año, James y yo viajaríamos en tren con Christopher para cubrir la Conferencia del Partido Conservador que iba a celebrarse en Blackpool. Algo había cambiado, pero sin menoscabo alguno de nuestro afecto mutuo. El *Express* había alojado a Hitch en el Grand, con sus vistas del mar de Irlanda. James y yo estábamos en un *bedand-breakfast* de cinco libras por noche, situado en una calle humilde y apartada del centro. Pero *eso* era ser de izquierdas: estar tendido en el camastro estrecho, y escuchar cómo la carcoma se come la otra pieza del mobiliario del cuarto: el enorme armario ropero.

261 Una vez, en un restaurante de Boston, saqué a colación el tema de la pena capital. Karla Faye Tucker acababa de recibir la inyección letal en Texas. El gobernador Bush había orado en busca de consejo, y sus plegarias habían obtenido como respuesta un pulgar vuelto hacia abajo. Al cabo de un rato advertí que mi lamento por el movimiento de la Abolición era recibido de un modo no demasiado solidario. Yo decía:

-¿Qué les pasa a los norteamericanos con la pena de muerte? En lugar de hablar sobre Rickey Ray Rector [retrasado mental ejecutado en Arkansas en 1992, siendo gobernador del estado Bill Clinton] hablan de Gennifer Flowers. En lugar de hablar de Karla Faye Tucker hablan de Monica Lewinsky.

Saul permaneció en silencio. Y yo añadí:

-No me digas que no estás también en contra.

-Bueno… Mira Eichmann… ¿Qué se supone que habría que haber hecho con un hijo de perra como ése?

-Dios… Sois el Viejo Testamento, ¿no te parece?

Saul se encogió de hombros, y asintió con un movimiento sesgado de cabeza.

262 *La conexión Bellarosa* (1989), de Saul Bellow, publicada un par de meses antes de nuestra visita a Vermont. Christopher, que la había leído, no se parecía al personaje del chico: un nihilista «de golpe bajo

y baja estofa». Las complicaciones de Christopher eran mucho más humanas. Cuando me llegó a mí la crisis, me vi abocado a una especie de imposibilidad de hacerme oír. Pero a Hitch le sucedía todo lo contrario. Durante su estancia en Cape Cod se pasó los días escribiendo una larga, documentada y sobremanera elocuente defensa de otro futuro gran amigo mío, cuya vida habría de cambiar súbita y radicalmente aquel mismo año: Salman Rushdie.

263 La Asamblea de Israel. (*N. del T.*)

264 Cuando llevábamos como media hora escuchando la charla sobre la historia de los *kibbutz*, levanté la mano y pregunté: «Hay algo que quiero saber sobre el movimiento de los *kibbutz*, y sé que el asunto también le interesa enormemente a mi colega Julian Barnes. ¿Tienen mesas de ping-pong?» Me pareció -y no me equivocaba- que era una pregunta pertinente en 1986, pero ¿se podría hacer la misma pregunta en 1999?

265 Kingsley se sentía solidario con Israel, pero no le habría gustado lo más mínimo la vida allí. En una cena a la que fui invitado no pude por menos que recordar una línea de *Lucky Jim*, porque se me ofreció la copa *más minúscula* que había visto en toda mi vida.

266 Estaba allí como reportero. La Guerra de los Seis Días (los árabes la llaman la Guerra de Junio) terminó, ahora constato, el día de su quincuagésimo segundo cumpleaños.

267 En la novela -caigo en la cuenta- la había despojado de su exotismo. Rachel parece ser judía, pero resulta que no lo es. No sé qué escrúpulo idiota se apoderó de mí. Le cambié de nombre: ésa fue la metamorfosis que me permití en el crisol y campo de batalla de mi imaginación.

268 «Vermont: el Sitio Bueno» (1990), relato incluido en *Suma y sigue*. Mi padre, en la dirección del remitente de sus cartas a Larkin de los primeros tiempos, no solía poner Berkhamsted sino «la Ciudad Mala». Para él, y por razones diversas, la casa de sus padres era «el sitio malo».

269 *Small But Interesting Revenge*: Pequeña Pero Interesante Venganza. (*N. del T.*)

270 El hecho de no saber conducir daba fe de las cualidades de poeta (y de pachá) de mi amigo. Porque los poetas no saben conducir, o no conducen, o no deberían hacerlo. (Los poetas británicos no saben conducir o no conducen; los poetas norteamericanos conducen, pero no deberían hacerlo.) Escribí un texto sobre este asunto a mediados de 1990. Poco después, en el curso de un acto celebrado en Raleigh-Durham, Carolina del Norte, estaba firmando ejemplares de mis libros en la plaza pública cuando un poeta local se acercó hasta la mesa y, con chistoso gesto de repulsa, arrojó sobre ella un delgado volumen y un carnet de conducir. Era un hombre delgado, curtido, apuesto, de

pelo rubio rojizo. Y llevaba el brazo derecho escayolado. «¿Qué ha estado haciendo?», le pregunté. «¿Andar por ahí en el coche?» Christopher Hitchens aprendió a conducir tiempo después. Al volante tiene un aire tiernamente estrafalario (como si llevara un vestido de noche o un traje de King Kong). El deleite que se percibe en sus ojos basta para probar de forma fehaciente que no debería estar sentado en el asiento del conductor. Larkin, después de muchas penalidades, aprendió a conducir, y asimismo a lamentar tal «desenfreno» (véanse las cartas ulteriores). Fenton, el poeta esencial, «cristalizado», llevó a cabo varias tentativas de aprendizaje de la conducción de automóviles que rayaron con lo sisífico; COD: «sempiternamente laborioso».

271 Imputación ignara e indecorosa que Christopher no sólo perdonó (algo que yo habría esperado en cualquier caso) sino que consiguió olvidar por completo (jamás saldría a colación; quedaría desactivada para siempre). No es algo que vuelva una y otra vez a él, pues; es algo que vuelve una y otra vez a mí…

272 Una nota incidental: cuando la princesa Diana murió, las bromas al respecto tardaron en macerarse cuatro o cinco días. Cuando John Kennedy Jr. cayó al mar en su avioneta, las bromas fueron instantáneas, electrónicas, de «velocidad de la luz». Dicho de otro modo: el sentimiento no llegó a existir; nació muerto. Uno se pregunta, también, por muertes posteriores en la autopista de la información.

273 Ésta es la última carta del archivo de Osric, y es la primera vez que no censuro ni expurgo el apodo de Jane. Me empezó a desagradar después de ver en televisión la obra de William Boyd *Good and Bad at Games* [Buenos y malos jugadores]. La trama se desarrolla en un colegio privado y su protagonista se llama Woggie. Woggie nació en el Este. Antes solía pensarse que le pondrían el nombre de Wog o Woggie a cualquier inglés que hubiera estado alguna vez al norte del río Trent o al sur del río Tweed. Pero alguien me recuerda que a Wog se le llamaba Wog por su pelo de *golliwog* [muñeca negra de trapo]. Ahora este mote de Jane me gusta utilizarlo porque supone una especie de adiós y porque quiero darle las gracias por su ayuda. Osric se había mudado a una casita de campo remota -con un matrimonio (X e Y), y otro varón (Z)-. La cosa no funcionó.

274 Rob.

275 A propósito de *Niños muertos* (1975). Visité recientemente (10-99) el plató donde rodaron la película basada en ella. Los actores y actrices eran todos asombrosos, pero Little Keith era *alucinante*. Habían despedido al anterior Keith, según me contó el productor. Era un buen actor, y caía bien a todo el mundo, pero querían un Keith más cruel. Encontraron un Keith más cruel, y los demás actores y actrices dijeron -con el debido pesar- que, en efecto, se sentían mucho más

felices con un Keith más cruel.

276 Hay muchas cosas psicológicamente diáfanas en esta carta. En cualquier caso, en cuanto Gully se mudó a la casa (y fue un encanto al hacerlo), subí a nuestro dormitorio y anuncié: «Acabo de tomarme una "píldora de la muerte" y voy a tener unas alucinaciones horribles durante las próximas siete horas.» Era MDA y no me equivocaba en sus efectos.

277 Gully y Osric acabaron escapando un día en mitad de la madrugada, después de cargar el Mini en la oscuridad y de alejarse en

278 J. D. Salinger es el ejemplo más palmario de estos últimos. Sólo una periodista logró entrar en sus dominios, y tardó años en salir. Gore Vidal me contó en 1975 que había oído que donde vivía Salinger «hacía mucho frío»: insinuación extremadamente delicada de que el gran hombre busca calor en la bebida. Sin embargo, uno no puede sino amar a un escritor que a un personaje que le pregunta a otro si ya ha cenado le hace decir: «*Jeat jet*?» [en Filadelfia, en argot: «*Have you eaten yet*?» sería «*Jeat jet*», y la respuesta: «*No, have you*?» se contestaría «*No, Jew*» («No, judío»)]. Pero estos espectros literarios no son siempre tan intangibles como parecen. Salman Rushdie ha ido al béisbol con Don DeLillo. Y hubo un tiempo en que Ian McEwan solía *almorzar* con Thomas Pynchon.

279 Muy pronto me vería sentado en mi apartamento y diciendo paciente y sinceramente «Vete a tomar por el culo» cada vez que una mujer con impermeable castaño tocaba -de veinte en veinte segundos- el timbre de la puerta.

280 Pianista muy popular en el mundo anglosajón. (*N. del T.*)

281 *El ojo*, de Vladimir Nabokov (1930, 1965). No había leído

282 En *El bigote del biógrafo*, publicado el mismo año, meses antes (el biógrafo es Gordon, y Jimmie el protagonista), leemos:

Gordon se levantó también.

-Lo haré. Le enviaré mi c. v.

-Enviarme ¿su qué?

-Mi c. v. Mi currículum vitae.

La primera palabra la pronunció «currículum» y la segunda «vitae».

-¿Su *qué*?

Gordon lo repitió.

-Oh, seguramente se refiere usted al currículum vitae -dijo Jimmie, pronunciando la primera palabra «currículum» y la segunda «viti».

El autor, aquí, se solidariza con Gordon; pero no me cabe la menor duda de que Kingsley, en el caso de *per se*, habría pronunciado «per si» y no «per se». En esto era decididamente de la vieja escuela. Si alguien pronunciaba *sine qua non* «sini-cua-non», podía estar seguro de que él iba a devolverle la expresión en italiano de *music hall*. Tenía que ser

«saini-cuei-non». Mi vocablo preferido a este respecto era *pace* [paso, ritmo]: nada de «peis», ni nada, por supuesto, de «peich» (más *music hall* italiano). Él diría indefectiblemente «peisi», como si se refiriera a un coche o a un rápido lanzador de críquet.

283 En *Los viejos demonios*, que se desarrolla en el sur de Gales, relata un *almuerzo*, «pródigamente regado con aguardiente y Cerve-za Especial, y bien asentado con Irish Cream. Permitiéndose una licencia de dudosa legitimidad, los hombres rebajaron el fuerte licor añadiéndole whisky escocés». La Cerveza Especial es una cerveza especialmente popular entre *hooligans* y heroinómanos. Kingsley escribió un texto entero sobre ella (si no dos): sobre cómo los daneses la habían fabricado como un tributo a Winston Churchill, y sobre lo increíblemente fuerte que era. Rob argumenta, con deferencia, con miedo, que la Cerveza Especial tiene poderes y virtudes reconstituyentes inigualados por otras bebidas (aún más: por ninguna otra substancia).

284 *Betake (oneself)*: «trasladarse», «irse». (*N. del T.*)

285 Mi padre propuso que *illit. [illiterate*: analfabeto, iletrado] fuera una abreviatura comúnmente admitida de diccionario. *Vulg. [vulgar*: vulgar] no era lo mismo. Incluso su caro COD, de cuando en cuando, exigía a gritos *illit.* Cuánto amaba Kingsley aquel diccionario (yo también lo amo). La edición que manejo actualmente se me acaba de partir en dos y habré de reemplazarla. Cuando la tenía a mano y estaba elogiándola («Éste, éste es mi diccionario…»), a veces solía dar unas palmaditas (o incluso caricias) a aquel volumen macizo y negro, como si se tratara de uno de sus gatos.

286 La biografía estaba ya en las librerías. Véase el Apéndice (aunque no ahora).

287 Minutos después de conocer a Kingsley, Carol Blue (la segunda mujer de Christopher Hitchens) buscó mi consejo para las presentaciones. «No digas nada que suene a izquierdista», le dije. «De acuerdo», dijo ella, entusiasta. «No digas demasiado de nada», añadí. «De acuerdo», respondió ella. «De hecho, no digas nada de nada», dije. «De acuerdo», concedió ella. Después de estrecharle la mano, Carol se embarcó en un largo discurso encomiástico de la alta tasa de alfabetización en Cuba. Fue un auténtico *coup de théâtre* [golpe de efecto] de *contrasugestionabilidad*. Y quizá Kingsley lo percibió así. Sea como fuere, Carol le gustó, y más tarde la describiría como «una buena chica».

288 En *The King's English*, en apoyo de la distinción entre ambos conceptos, cita a Fowler: «Que el sol se mueve alrededor de la tierra fue una vez una *delusion* [creencia disparatada, delirio] y sigue siendo una *illusion* [ilusión, falsa impresión].»

289 *The Ordeal of Gilbert Pinfold* [La dura prueba de Gilbert Pinfold]

(1957), de Evelyn Waugh.

290 *Arrivals and departures*: «ingresos y altas» en los hospitales; «llegadas y salidas» en los aeropuertos. (*N. del T.*)

291 Yo también tengo mis fobias. «[Médicos]: íntimos de bacilos y nematodos, de traumas y mortificaciones, con su repugnante vocabulario y sus repugnantes muebles… Son guardianes de la vida. Y ¿por qué habría de querer alguien ser eso?» De la primera página de *La flecha del tiempo* (1991), que, he de admitir, describe un caso extremo y el narrador es el espíritu de uno de los subalternos de Mengele en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau.

292 Alun Weaver, en *Los viejos demonios*: «Mientras comía [el desayuno] resolvía animadamente el crucigrama del *Times*. "Qué *canalla…"*, decía, rellenando una casilla. "Oh, qué *cabrón…"*»

293 El señor Slang [Argot], alias de Jonathon Green, en su gran *Dictionary* (Cassell), no logra intuir el origen de *wonk* [intelectual tedioso, ratón de biblioteca]. Seguramente (mi padre y yo estábamos de acuerdo en esto) es una derivación regresiva argótica, como *yob* [patán], sólo que más ingeniosa. Recuérdese el modismo *Know backwards* [saber, conocer al dedillo; literalmente: saber, conocer hacia atrás]: toda una clave de crucigrama en sí mismo.

294 El método era el siguiente: confeccionábamos una suerte de tarjetas de visita, con nuestro nombre y número de teléfono, y las distribuíamos a centenares a todas las chicas que encontrábamos en el metro de Londres. Luego nos íbamos corriendo a casa y esperábamos -a menudo en vano- a que alguna nos llamara.

295 Llegué a tener alucinaciones con el tablero del Scrabble; los tableros del Scrabble quedaron en mí cual impronta o logotipo del sol. Me quedaba mirando fijamente la taza del retrete, a las tres de la madrugada, y veía el tablero del Scrabble, con sus diagonales de rosa y sus esquinas de rojo.

296 Le di a Philip cincuenta libras, y me contó lo que iba a hacer con ellas. Iba a coger un taxi (sólo utilizábamos los taxis para las emergencias) y le iba a decir al taxista: «A *Carnaby* Street.»

297 Entonces no la conocía: se trata de una novela histórica (ambientada en la época victoriana) sobre unos niños en absoluta libertad. Está bien escrita y la trama es emocionante. Como aproximación a este tema es más persistentemente sinuosa e introspectiva (y amena) que la novela de Golding [*El señor de las moscas*]. Hughes vino una vez al plató de Pinewood. Excesivamente alto, gravesiano de aspecto y colorido y formación (ambos habían ido a Charterhouse, un colegio privado de dudosa reputación), llegó acompañado de su esposa y quizá de un hijo ya mayor (Hughes ya era sesentón), y se quedó muy complacido, e impresionado, y divertido (en el plató de al lado quizá estaban rodando *Operación trueno*). Su

atuendo era como mi vestuario fílmico: pantalones beige crudo, chaqueta beige cruda, sombrero de paja… Tengo intención de leer más cosas de Hughes, pero siempre hay algo que me lo impide. Aquel año de 1963 -me informa mi *señora de compañía* en aquel viaje-, Hughes se hallaba empeñado -tras años de silencio- en la redacción de una novela de varios volúmenes poco sensatamente titulada *The Human Predicament* [El aprieto humano]… Aquellas vidas «en conserva», apenas abocetadas, eran a menudo siniestras. *El zorro en el desván* había aparecido en 1961. El volumen 2, la novela *The Wooden Shepherdess* [La pastora de cara de palo], publicada en 1973 (contemporánea, pues, de *El libro de Rachel* en las listas de narrativa), fue mal recibida («con poco entusiasmo crítico»). Richard Hughes fallecería unos años después, en 1976.

298 Años antes de que me armara de valor para verla (en la pequeña pantalla, donde mi pánico adolescente -pensé- resultaría más contenido). Pero eso no fue todo, porque durante el rodaje mi voz acabó por quebrarse y tuve que ser doblado (una práctica habitual) por una vieja dama. Mi otra gran ansiedad había sido mi físico. Me complació mucho oír, el otro día, que alguien había escrito una novela entera titulada *Does My Bum Look Big in This*? [¿Os parece que aquí tengo el culo grande?]. Yo podría haber hecho la misma pregunta en *Huracán en Jamaica*, y la respuesta habría sido «sí». Bien, pues ahora imagínenlo ustedes en cinemascope.

299 Y nada de alcohol. Sorprendentemente, quizá, considerábamos bárbaro el alcohol. ¿Era una rebelión? Una mañana, en Swansea, Philip, sentado a la mesa con el uniforme del colegio, se expuso a la ira de nuestra madre (falta de sueño): «Ah, ya…», dijo Philip. «Has desayunado en el bar…» Ambos habríamos de tener unos veinte años para empezar a verle el busilis al asunto.

300 Puede que a esa edad tal pretensión sea casi universal, una especie de albor de la comunión articulada con uno mismo. Los escritores serían, pues, quienes «siguen adelante» a partir de él, y sin embargo podría afirmarse que los escritores son quienes jamás «despegan» de ahí, y que esa parte de sí mismos jamás llega a hacerse adulta.

301 La propia actitud de Kingsley en relación con el desayuno guarda ciertas semejanzas con la de Peter, el más gordo de los viejos demonios. Helo aquí con su pomelo: «Algunos [gajos] se pegaban con pertinacia a sus huecos de origen, pese a que parecían haberse desgajado de ellos por completo, y otros sólo llegaban a desprenderse a medias y seguían unidos al conjunto por unas hebras de fibra blanca. En tales casos, lo que hacía era levantar el pomelo en el aire por el gajo rebelde, y, haciéndolo pender tan sólo de sus tenues hebras blancas, ponerse a moverlo todo en círculos hasta que el nexo se

partía y el grueso de la fruta caía dentro del plato o en las proximidades.»

302 El médico al que más unido se sentía Kingsley. Mi padre solía llamarle por teléfono prácticamente cada vez que iba al retrete. En su sexagésima década de vida se volvió un mártir del SCI o síndrome del colon irritable. El mal se veía agravado en él por una indudable aunque leve paranoia. A veces yo tenía que llevarle en coche a alguna parte porque temía sufrir algún «percance» en un taxi. Tanto su mal como su paranoia se hallaban en su peor momento cuando fue convocado al Palacio de Buckingham para recibir de manos de la reina el título de sir. Hizo que su médico le provocara un auténtico «tapón» de Imodium, y luego hubo dudas sobre si volvería a poder ir al baño alguna vez en lo que le quedaba de vida. Cuando pasó la crisis le dije que habría sido recordado como el gilipollas que la había palmado por recibir el título de sir. Se rió, lo cual me sorprendió mucho, ya que era muy puntilloso en todo lo relacionado con su SCI y con su majestad la reina.

303 Connie Basil, copropietaria -mientras duró- del Lucky Jim, el local de *fish-and-chips* que mi madre tuvo en Ann Arbor.

304 Donde se puso a mear sin el menor reparo en el cubo de la fregona. Le habría ahorrado a mi padre el contar aquí este detalle, pero estaba ya en letra impresa (véase Apéndice).

305 De hecho es Stephen, y no su madre Rosemary West, quien mejor viene al caso aquí en relación con «mandar a tomar por el culo» («Infancia», *Inside 25 Cromwell Street*): «Yo no tenía muchos amigos por la sencilla razón de que mi madre les mandaba a tomar por el culo en cuanto llegaban a la puerta.» Yo, un tanto indiscriminadamente, mencionaré en esta nota que mi padre, en cierta ocasión, nos mandó a Christopher Hitchens y a mí a tomar por el culo después de que le hubiéramos llevado a Leicester Square a ver *Superdetective en Holly wood*. Pero no por el hecho de haberle llevado, porque a él le gustó y a nosotros no, sino porque debimos de dirigirle alguna mueca de desdén o algo parecido. El caso es que -algo muy poco propio de él- nos dejó plantados y se alejó a pie por la acera, y tuvimos que engatusarle para lograr que nos acompañara a un pub o que cogiéramos un taxi.

306 Al final llegué a leer esas 106 páginas. El texto inconcluso se titula *Black and White* [Blanco y negro], y trata del nacimiento de una atracción entre un blanco homosexual y una negra heterosexual. Pese a su lentitud, y quizá a su enfoque carente de la debida fuerza, esta novela a medias acomete la tarea con agudeza. Lo de Sherlock Holmes es una digresión, pero llena de sentido.

307 Las expresiones inglesas son: *to be under the weather* (literalmente, «estar bajo el tiempo [atmosférico]») y *to be under the doctor* (literalmente, «estar bajo el médico»), respectivamente. (*N. del*

T.)

308 Familia y amigos solían referirse a mi apartamento de dos habitaciones en Kensington Gardens Square llamándolo «el calcetín», y el término ganó más amplia difusión tras mi novela *Dinero*. Su etimología se remonta a Tina Brown, quien, en un artículo del *Tatler* (creo), escribió que el apartamento de cierto joven era «como un calcetín». Christopher Hitchens promocionó luego el símil hasta convertirlo en un vocablo común (fue también responsable de «replantearse el peluquín»: cortarse el pelo). En aquel tiempo —1980- Hitch acababa de pasarse un año en mi calcetín, mientras yo viajaba. Mi asistenta, Ana, que seguía yendo una vez por semana, me dijo: «Sólo lo he visto *una vez*. A media tarde. Oí un terrible gruñido en el dormitorio. Y, *mister* Amis, salí CORRIENDO…»

309 Me refiero a la terapia psicológica y sexual descrita en *Jake's Thing*. Lo que me impresiona realmente ahora es la cantidad de *aburrimiento* que fue capaz de soportar. «[El psiquiatra] había asimismo… expuesto algo substancial sobre las actividades del Taller: que cada una de éstas sin excepción duraba mucho más de lo que uno habría sido capaz de imaginar.» «Siguió [de labios de otro paciente] un pasaje de alabanza de las mujeres tan intenso, categórico y, por supuesto, largo…, que casi parecía desprenderse inevitablemente de él una confesión de homosexualidad hiperactiva.» «Para limitar el peligro de un eventual paro cardíaco causado por la indignación y la incredulidad, Jake había llegado a un acuerdo consigo mismo: no mirar el reloj…» En alguna otra parte Kingsley había escrito sobre «la abrasadora sinceridad de todo aburrimiento». ¿Qué era lo que lo mantenía a él ahora? La abrasadora sinceridad de no querer que lo abandonaran.

310 El malicioso regocijo de Kingsley se halla admirablemente controlado en su artículo sobre «el lenguaje sexista» de su muy posterior (póstuma, de hecho) obra *The King's English*. El lenguaje lo hace todo por él: el inglés, «que regularmente incluye algunos afijos menos que respetables que significan *hombre* en vocablos que designan a la *mujer*. El propio vocablo *female* [hembra, mujer] -derivado de *femella*, diminutivo del latín *femina*- incluye en su segunda sílaba a *male* [macho, hombre], sugiriendo que la hembra es un mero apéndice o subdivisión del macho… La casi arcaica palabra *lady* se halla libre de todo menosprecio o desdén lingüístico, aunque quizá no existiera necesidad alguna de ellos en un vocablo que originariamente no significaba más que "amasadora de pan (*hlafdige)"*, frente a un *lord* que era el verdadero guardián de ese pan (*hlafweard*)».

311 Creo que Kingsley fue más o menos fiel en su segundo matrimonio. Una vez me contó un lance galante no del todo consumado pero harto impetuoso que había tenido lugar en el salón

de Lemmons. «¿Dónde estaba Jane?», le pregunté. «En la cama», me respondió. «¿En la cama? Dios… Creí que me ibas a decir que en *Grecia.*»

312 Al parecer yo me quejaba ya a este respecto -o me rebelaba contra ello- cuando escribía *El libro de Rachel*. En la última página el narrador hace constar que la (rechazada) heroína abandona la casa «sin decirme un par de cosas sobre mí mismo, sin preguntarme si sabía cuál era mi problema, sin darme en absoluto mi merecido».

313 «Un gruñido de desencanto», tal vez, pero también un gruñido de algo más. En él se percibe la violencia del vencido: una violencia delegada, una violencia subrogada. Leemos: «"Según un tipo que salió la otra noche en la tele", dijo, "el veinticinco por ciento de los crímenes violentos en Inglaterra y Gales son agresiones de maridos a sus mujeres. Increíble cifra, ¿no creéis? Uno esperaría que la cosa se acercaría más al ochenta por ciento. Ello indica lo fáciles de llevar que son los maridos ingleses"…» Quien habla, un bronco tipo del «mundo médico» llamado Cliff, pronuncia estas palabras en un pub brutal, el Admiral Byron (Byron…: «… es la entera existencia de las mujeres»). Otro personaje, un policía de alto rango, comenta que los países árabes «al parecer han solucionado el problema de las mujeres de forma clara y satisfactoria. Nos guste o no».

314 *Relahible* (en lugar de *reliable*) en el original. De ahí *fiavle* en lugar de «fiable». (*N. del T.*)

315 En español en el original. (*N. del T.*)

316 En *español* en el original. (*N. del T.*)

317 «Superventas.» (*N. del T.*)

318 *Todos queremos ser jóvenes*. Un poco antes, en este mismo capítulo, el narrador ha asistido a un combate de lucha y ha visto pelear a un luchador llamado la Cosa de Borneo. «A mi dereeeecha…, con cieeento cincueeenta kilos de peeeso…., ¡la Cosa de Borneo!»

319 «¿Por qué me gustaban tanto los pechos de las mujeres? Tenía claro por qué me gustaban, muchas gracias, pero ¿por qué me gustaban tanto?»

320 «Parque estatal del viejo canto rodado.» (*N. del T.*)

321 Joyce hace lo mismo, deliberadamente, en *Ulises* (el Refugio del Cochero).

322 Kingsley vio una vez a Berger -que personificaba muchas de las cosas que él odiaba- gesticulando como un loco en un restaurante. Mi padre contaba que al principio pensó que estaba a punto de estallar una pelea, pero lo único que en realidad estaba haciendo Berger era confirmar una reserva. Sus manos, dijo Kingsley, eran como dos cazas enzarzados en un combate aéreo.

323 George y un viejo amigo cambian impresiones acerca de un

dictador africano emergente. Y George dice: «Bueno, en fin, para empezar debe de tener un…, esa cosa en la que vamos de un sitio a otro; eso que tiene…, bueno, esa cosa que se gira… Uno muy caro, no te quepa duda. Seguramente dorado, sí, dorado por fuera. Como ese otro tipo. Un…, no. Y probablemente un…, bueno, eso donde se duerme… de oro. Y comerá en una…, una…, ya sabes, también de oro. Y para qué hablar de un…, bueno, de ese aparato que te lleva a sitios especiales, donde se te antoja, muy lejos… Motor… No. Con un tipo que lo pilota, ya sabes. Un… No. Pero ya sabes a lo que me refiero.»

324 «He estado leyendo lo que un tipo ha escrito esta mañana…, sobre esos cuatro cabrones que han entrado en un sitio a robar, y han visto que casi no había dinero en…, donde se suele guardar el dinero…, así que le han dado un golpe con uno de esos chismes de apretar y de las cosas esas de atizar el fuego, y se han llevado… lo que dice la hora y se lleva en la muñeca, e incluso sus cosas de fumar… ¿Qué se puede hacer con gentuza como ésa…?» («Supongo que les llevarías rápidamente al hospital», responde Adela, su angelical aunque siempre vaga interlocutora.)

325 «"Ya jamás me encuentro con algo que no pueda nombrar… Puerta, pomo, gozne, dintel, jamba, panel, ventana, marco, pestillo, hoja, cordón, ventana de guillotina, cristal, tocador… Cajón, asa, espejo, cepillo de ropa, cepillo de pelo, peine, bata, cordel, bolsillo, mesa, lámpara, bombilla, interruptor, flexo, enchufe…" Diciendo lenta y continuamente, y más y más alto por momentos que era muy interesante y harto curioso y de lo más extraordinario, el doctor Mainwaring consiguió al fin que su paciente se callara.»

326 *Not bad*: («no está mal», y *outdoor*: «al aire libre», «fuera»). (*N. del T.*)

327 *Croker* o *croaker*: «moribundo». (*N. del T.*)

328 Literalmente: «En junio regateo la unción.» (*N. del T.*)

329 Los libros de Flashman pretenden ser las memorias de Harry Flashman, el matón de *Tomás Brown en la escuela*. Conspicuo bellaco y cobarde, llega a adquirir celebridad -de uniforme- como azote de los enemigos de Su Majestad.

330 La novela de Disraeli *Coningsby* fue publicada en 1844.

331 Literalmente: «En junio regateo la unción.» (*N. del T.*)

332 *Wordhoard: word* [palabra] + *hoard* [reserva, repertorio]. (*N. del T.*)

333 *State* es singular. La *s* se emplea por el efecto eufónico. El taxista articulaba con excesiva fuerza la *t* final quizá porque a lo largo de los años se había estado forzando a dejar de pronunciar «*stei* + oclusión glótica». Empezamos a advertir esta tendencia en un anuncio de la

televisión de los años setenta. Era el anuncio de cierta bebida. Un tipo simpático, con un festivo y populoso fondo a su espalda, dice mirando a la cámara: «A mi mujer y a mí nos gusta recibir a amigos en casa por las tardes. Nos da la oportunidad de sacar el oporto *[get the ports outs* (en lugar de *out*)].» Fue Kingsley quien al instante cayó en aquel sencillo aunque no obvio medio de transcripción. Después de lograr la autorización necesaria, utilicé esto para *mi* Stanley -Stanley Veale- en *Éxito*.

334 Siempre he pensado que la primera novela de Alan Sillitoe, *Sábado por la noche y domingo por la mañana*, debería haberse titulado *Sábado por la noche* y lunes *por la mañana*. Trata de la gratificación personal en contraposición al trabajo, mientras que el eje sábado noche/domingo por la mañana se ajusta mucho mejor al ritmo de gran parte de la obra de mi padre: *autogratificación* en contraposición a *autoexamen* y a *autorreproche* y (a menudo) a odio de uno mismo.

335 Véase *Los viejos demonios*: «Para los jubilados es todo un problema, ya veo. Un día, de repente, las tardes empiezan nada más terminar el desayuno. Todas esas horas sin nada por lo que mantenerse sobrio. O sin nada durante lo cual mantenerse naturalmente sobrio…»

336 También la comida había de ser honradamente elaborada para la clientela. En la reseña de un libro sobre los hábitos gastronómicos de los británicos, leemos: «Una comida de Hong Kong… es como una declaración en la que los clientes son algo secundario.» Conozco esa clase de comida, y la declaración sería: «Vete a tomar por el culo.» Uno no tiene que irse a Hong Kong para eso: basta con desplazarse hasta el Soho.

337 Por ejemplo, de *Un inglés gordo*, la más pertinazmente antiniños de todas sus novelas (cuando se publicó sus hijos tenían catorce, trece y nueve años), me gusta lo siguiente: «Joe tenía algo de niño - grave demérito, cierto-, pero era… [aquí enumera sus menores méritos].» Y hay algo estimulantemente poco solidario en el uso del verbo «embrollar» que encontramos en un pasaje de *I Want It Now*. El protagonista, Ronnie, rodeado de gente rica, se pregunta sobre el nombre de pila de un norteamericano llamado Student Mansfield: «Como apodo difícilmente podía haber resultado apropiado en algún estadio de la carrera de Mansfield, a menos que se partiera del principio *lucus a non lucendo* [explicación ilógica o derivación absurda] que convertiría en Huesudo a Regordete. Pero eso era británico, y Mansfield no lo era. Y lo mismo podía aplicarse a otra posibilidad: la de que uno hubiera "embrollado" su nombre -hasta hacerlo difícilmente reproducible- al pronunciarlo de niño, y que de alguna forma "tal deformación hubiera cuajado" (lo cual explicaría la cantidad de Oggies y Ayyas y Brumbers y Ploofs y Jawps existentes en

el entorno de clase alta de Ronnie)».

338 Este poema, el último que llegaría a escribir, jamás fue publicado. La estrofa tercera y final, dice (ridículamente, a mi juicio): «Con atribuladas sonrisas y maldiciones / van empujando el mundo; / pero las mujeres y los maricas y los niños / lloran cuando las cosas les van mal.»

339 Mi padre llevó una vez a mi madre a cenar a casa de su amante, una mujer casada. Estaba presente otro hombre en compañía de su mujer. Y en el curso de la velada Kingsley concertó una cita con *ésta.*

340 He comprobado mi información al respecto. Mi madre pensaba que me horrorizaría el que la enfermedad de Kingsley hubiera llegado al punto de tener que ser internado en un ala para enfermos desahuciados. «A mí me horrorizaba aún más el ala privada del U.C.H. [University College Hospital]», escribe mi madre (16-11-99). «El personal de enfermería de la Sala Phoenix era increíblemente mejor que el del U.C.H. en cuanto a cuidado, respeto, amabilidad. Así que en realidad [respecto a lo que quizá dije sobre la actitud de Martin] debería cambiar "horrorizado" por "triste": la muerte del padre y la conciencia de que tal cosa estaba sucediendo.»

341 *Bugger*: maricón, *bastard*: bastardo. (*N. del T.*)

342 Rosemary West, en el juicio, no quiso decir nada sobre la muerte de Lucy, probablemente porque era inocente a ese respecto (véase el libro de Brian Masters *She Must Have Known*). En cualquier caso, dijo no tener nada que decirnos. Otro escritor, Geoffrey Wansell, en su vergonzosa obra *An Evil Love: The Life of Frederick West* [Un amor perverso: la vida de Frederick West], se permite conjeturar todo un *decatlón* de tormentos para mi prima («Lo más probable es que… Cabe la sospecha de que… Como mínimo existe la posibilidad de que… Puede que… Puede que… Casi con seguridad… Parece sumamente probable que… La única conclusión posible es que…»). Pero el hecho es que no sabemos, y que, casi con toda certeza, jamás llegaremos a saber. En el cuerpo de Lucy se encontró un trozo de cinta adhesiva de embalar (junto con un cabo de cuerda, varias hebras de pelo, y dos horquillas), que sugerían que en algún momento estuvo amordazada. Otra de las víctimas, la chica de quince años Shirley Hubbard, tenía la cara casi tapada por completo con cinta adhesiva. Tubos de plástico, del tipo de los utilizados por West para trasvasar gasolina de un recipiente a otro, le habían sido insertados a través de la cinta en los orificios nasales. ¿Había ido West dando vueltas y vueltas a su víctima con la cinta adhesiva sujeta por el anillo central de cartón? Me sorprendo pensando en las palabras de Kingsley sobre la importancia del rostro de la mujer… Con Lucy todo fue muy rápido. He llegado a creerlo así. Stephen West, un joven muy perspicaz, había observado que su padre, cuando se topaba con una oposición de cierta

entidad, tendía a acobardarse. Y Lucy, la presencia de Lucy, era verdaderamente *poderosa*. El miedo, aquella noche, viajó en ambas direcciones, y West era enormemente proclive a sentir miedo. Ése es el meollo de este asunto. La naturaleza de ese miedo no le *excitaba*, y sin duda quiso terminar con ello cuanto antes.

343 Mi relación con V. S. Naipaul goza de una leve aunque grata simetría, que bastaría (aun resultando quizá un tanto anticuada) para un relato corto. Dos de sus preceptos son bien conocidos: la impuntualidad es inexcusable y «jamás des a nadie una segunda oportunidad». Así que cuando lo conocí, sencillamente pensé: «Bien, ya la he fastidiado.» Porque debía leer un poema en el acto religioso celebrado por su hermano Shiva, y había llegado tarde. Grave y miserablemente tarde. Mi contribución a la memoria del talentoso y encantador Shiva fue el poema (exento de autocensura) de Auden: «El tiempo, que no tolera / ni a valientes ni a inocentes, / que en una semana se vuelve indiferente a un físico bello, / adora el lenguaje y perdona / a todo aquel gracias al cual el lenguaje vive.» Pero sir Vidia al parecer me había perdonado. Cuando le envié la invitación para el oficio de Kingsley, un impulso me hizo añadir (¿era un ruego para lograr un perdón tácito?): «No llegue tarde.» En los bancos de St Martin-inthe-Fields le recordé esto, y sus ojos buscaron rápidamente el ápice de la iglesia ante la idea de tamaña incorrección. «No he llegado tarde», dijo. Y, quizá equivocadamente, quizá sólo esperanzadamente, sentí la gratitud del absuelto. O la gratitud de quien comprueba que le ha sido concedida una segunda oportunidad.

344 Iris, una gran amiga de mi padre (Kingsley reconocía que Iris le superaba en capacidad intelectual), murió de Alzheimer en 1998. En la época del acto religioso en memoria de Kingsley su estado era discretamente camuflado tras un manido «bloqueo de escritor». En la recepción que siguió al acto, celebrada en el Garrick, le dije que debía vivir para mirar aquello con perspectiva en el futuro, y que las palabras volverían a ella. No fue así. En 1990 -o por esa época- fui nombrado escritor del año por el *Sunday Times*, lo cual dio lugar a una cena pública en la que los lectores podían mezclarse con autores literarios mientras apuraban unos platos (tal era la finalidad del acto). Asistieron Iris y John, e Iris me atrajo hacia sí y, con sus carnosos labios, me plantó un fuerte beso en la boca. Fue un auténtico honor, y se lo dije. Los Bayley eran genuinamente excéntricos y genuinamente soñadores, y al tiempo eran presencias vivamente físicas, despeinadas, húmedas, íntimas… John podía sacarse una aceituna del fondo del bolsillo y decir: «Toma. Están buenísimas.»

345 Hijo único de Vladimir y Véra Nabokov: montañero, piloto de coches de carreras, cantante de ópera y, por supuesto, supervisor de las traducciones de la obra de su padre y guardián de su memoria.

346 Me dijo, al despedirnos: «Te quiero mucho.» No soy su hijo, por supuesto. Lo que soy es su lector ideal. No soy el lector ideal de mi padre, sin embargo. *Su* lector ideal -curiosamente- es Christopher Hitchens.

347 Véanse las líneas finales de *Dificultades con las chicas*. Naomi Rose Bellow nació el 23 de diciembre de 1999.

348 Kingsley tiene un buen poema sobre esto: «The Huge Artifice» [El enorme artificio], en el cual toda creación es examinada por un literato moralizador (concretamente leavisiano): «Podemos tener la certeza, desde ahora mismo incluso, / de que no vamos a encontrar aquí / la seriedad necesaria para acometer / nuestro quehacer más hondamente crítico…», dice, a modo de preámbulo, antes de concluir: «Esos conceptos que normalmente no han sido superados, / por ignorancia o crasa ruindad… / Que el hábito de la indiferencia es menos / destructivo que el abrazo del amor, que los crímenes / no se pagan nunca o un millón de veces, / que lo amable y delicado acaba mal… Todo esto se ha encajado / en escenas, diálogos, comentarios, y se ve refrendado / por la trama principal, aireando en ella / una inhumanidad irremediable.»

349 Sus últimas voluntades. Se me acusaba de contravenirlas. Véase el Apéndice.

350 La mandíbula inferior no se me vino abajo totalmente hasta el verano de mi año cuadragésimo nono. Sólo tuve que arreglármelas sin ella los diez minutos que tardé en recorrer el trecho entre las consultas de Todd Berman y Mike Szabatura. El labio inferior, fláccido por la anestesia, me colgaba sobre la barbilla como la lengua de un perro. «¡Eh, tiene un aspecto estupendo!», me dijo Mike Szabatura mientras esperaba a que me acomodara en el sillón. Se refería al injerto de hueso de vaca de debajo de mis incisivos (inexistentes). Luego atornilló y soldó el implante, y helo allí ahora, como hierro, como la rejilla de una chimenea. Reconstruido a medias, me hallaba listo para el siguiente «otra vez». Mike Szabatura dejó de trabajar muy pronto aquel día. Bajamos juntos en el ascensor. Mike vestía ya «de civil»: polo, pantalones de sport blancos. ¿Cómo había ido todo? «No puedo soportar el frío tacto que tanto temo. / ¡Sigue sacándome / la lenta vida! Inclínate aún más sobre mí, amenazadora cabeza, / orgullosa de mi ruina…, rememorando, compadeciendo / ¡a este que es, a aquel que fue!» Mike Szabatura siempre tendrá para mí el fulgor del mito. Pero allí lo tenía aquel día, en 1998: un dentista más de vuelta a su casa en Westchester.

351 Después de ver la película *Trabajo clandestino* (Jerzy Skolimowski, 1982), Zbigniew llegó a convencerse de que Jeremy Irons era polaco -en el film, de hecho, era un polaco pluriempleado en Londres-. Mi amigo se escandalizó cuando le pasé unas secuencias de

Irons en el papel de Charles Ryder sonriendo tontamente en la serie de televisión *Retorno a Brideshead*.

352 El principio de «ya en la cama» o «facilidades al máximo» me recordó, indirectamente, al mísero practicante de abortos de barriada de *El almuerzo desnudo*, de William Burroughs. Los tiempos son tan

353 *Sly*: «astuto», «taimado». (*N. del T.*)

354 Andrew Wylie, agente literario de Martin Amis. (*N. del T.*)

355 *Leader*: «líder». (*N. del T.*)

356 En octubre de 1996 Eric Jacobs y Christopher Hitchens mantuvieron el siguiente diálogo: E. J.: «Supongo que piensas que he sido un cabrón.» C. H.: «Sí, lo pienso. ¿Qué diablos te pasó, Eric? ¿Creías que ibas a salirte con la tuya?». E. J.: «Está bien. Sé que he sido un cabrón.» Y, como veremos, Eric fue aún más allá en su expresión de remordimiento.

357 Todo el mundo pensó que lo que estaba haciendo, en parte, era enviar una señal de humo a Andrew Wylie. El segundo acercamiento de Aitken al *Sunday Times* supuso la disolución de la sociedad entre ambos. Dejé escapar un tenue silbido cuando Aitken, tiempo después, describió su papel en las negociaciones de *La información* como «poco edificantes». Y ¿cómo de edificantes fueron sus negociaciones con el *Sunday Times* para la publicación de aquellas tres entregas sobre la muerte de mi padre?

358 He aquí un enjundioso ejemplo del talento de Kinbote para no entender nada de nada; dice: «Había como mínimo un bromista perverso; lo sabía desde la vez en que llegué a casa… y encontré en el bolsillo de mi abrigo un brutal anónimo que decía: "Tienes una[s] [h]al - - - - - s mala[s] de verdad, tío", y, claro, no hay duda de que se refiere a "alucinaciones"». [Lo que la nota quiere decir, sin embargo - ya que son cinco las letras entre «*hal*» y «*s*»-, no es «*hallucinations*» («alucinaciones») sino «*halitosis*» («halitosis»). (*N. del T.*)]

359 1999 conoció otro centenario: el de Jorge Luis Borges. Ian McEwan y yo rendimos tributo a su persona en la London Library. El acto, que transcurrió en un espíritu de cálida celebración, fue reseñado por un periódico de calidad con una causticidad casi leniniana. Lo siguiente es un ejemplo harto trivial pero ilustrativo: el redactor decía que yo llevaba un traje «pasado de moda». Bien, pues un traje «a la moda» -pueden estar seguros- tampoco me habría mejorado demasiado.

360 El problema es que Tersites, al ser shakespeariano, sigue siendo irresistible. Mi pasaje preferido no es muy típico en él; nos muestra más bien otra faceta clave de su carácter. Durante una batalla:

Entra Héctor

Héctor: ¿Qué eres tú, griego? ¿Eres acaso rival para Héctor? ¿Eres

de sangre y honor?

Tersites:: No, no. Soy un granuja, un vil bellaco que grita, un bribón inmundo.

Héctor: Te creo. Queda con vida. [Sale]

Tersites:: Pura clemencia divina, que me creas; pero que una calamidad te quiebre el cuello por haberme metido tanto miedo.